



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

ACTA DE DISERTACIÓN PÚBLICA

No. 00111

Matrícula: 207181079

LAS FORMAS DE LA
COMPARACION: MARC BLOCH Y EL
METODO COMPARATIVO. ENSAYO
DE MORFOLOGIA E HISTORIA
INTELLECTUAL

En México, D.F., se presentaron a las 10:00 horas del día 18 del mes de octubre del año 2013 en la Unidad Iztapalapa de la Universidad Autónoma Metropolitana, los suscritos miembros del jurado:

DR. CARLOS ILLADES AGUIAR
DRA. MARIA PATRICIA NETTEL DIAZ
DR. JEROME BASCHET
DR. CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS

Bajo la Presidencia del primero y con carácter de Secretario el último, se reunieron a la presentación de la Disertación Pública cuya denominación aparece al margen, para la obtención del grado de:

DOCTOR EN HUMANIDADES (HISTORIA)

DE: CARLOS ALBERTO RIOS GORDILLO

y de acuerdo con el artículo 78 fracción IV del Reglamento de Estudios Superiores de la Universidad Autónoma Metropolitana, los miembros del jurado resolvieron:

APROBAR

Acto continuo, el presidente del jurado comunicó al interesado el resultado de la evaluación y, en caso aprobatorio, le fue tomada la protesta.



CARLOS ALBERTO RIOS GORDILLO
ALUMNO

REVISÓ

LIC. JULIO CESAR DE LARA ISASSI
DIRECTOR DE SISTEMAS ESCOLARES

DIRECTOR DE LA DIVISION DE CSH

DR. JOSE OCTAVIO NATERAS DOMINGUEZ

PRESIDENTE

DR. CARLOS ILLADES AGUIAR

VOCAL

DRA. MARIA PATRICIA NETTEL DIAZ

VOCAL

DR. JEROME BASCHET

SECRETARIO

DR. CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA
DIVISIÓN DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES
DOCTORADO EN HUMANIDADES

*LAS FORMAS DE LA COMPARACIÓN:
MARC BLOCH Y EL MÉTODO COMPARATIVO.
ENSAYO DE MORFOLOGÍA E HISTORIA INTELECTUAL.*

T E S I S

QUE PRESENTA:

MTRO. CARLOS ALBERTO RÍOS GORDILLO
PARA OBTENER EL GRADO DE
DOCTOR EN HUMANIDADES - HISTORIA.

DIRECTOR DE TESIS:
DR. CARLOS ILLADES AGUIAR

COMITÉ DE TESIS:
DRA. PATRICIA NETTEL DÍAZ
DR. CARLOS ANTONIO AGUIRRE ROJAS
DR. JÉRÔME BASCHET

MÉXICO D.F. OCTUBRE DE 2013.

“No existe conocimiento verdadero sin una cierta escala de comparación. A condición, por supuesto, de que se confronten realidades diversas pero también parecidas.”

Marc BLOCH, *Apología para la Historia*, circa 1939.

“Sin duda el único modo de realizar un experimento dentro de la historia es trabajar en una escala comparativa, pues sería imposible, o inmoral, o también insensato, iniciar por ejemplo un movimiento religioso sólo como parte de un experimento. Esto es también, más o menos, lo mismo que ha dicho Marc Bloch, y resulta increíble que lo que él desarrolló hace tanto tiempo, en aquel famoso artículo sobre la historia comparativa, sea todavía válido, y que tan pocos estudiosos se hayan de hecho involucrado realmente dentro de esta forma de abordaje.”

Carlo GINZBURG, *“El erizo encubierto”*, 1998.

AGRADECIMIENTOS

Sin el apoyo y los consejos de un grupo cercano de trabajadores, esta investigación no hubiera adquirido la forma que hoy tiene. Recordar la invaluable generosidad con la que me han apoyado en los últimos años, es recordar también su contribución en la realización de este ensayo sobre morfología e historia.

A Carlos Illades Aguiar, mi paciente y solidario asesor, debo las inmejorables condiciones que me permitieron construir esta zonda de penetración a realidades muy profundas, como el respaldo intelectual hacia todo mi trabajo. No puedo más que estarle agradecido por todo el apoyo que me brindó en los últimos años, y desear que esto sea un vínculo más entre nosotros.

A Patricia Nettel Díaz, debo la impresionante vista de conjunto de la antropología, así como el estímulo constante en los momentos más azarosos de la investigación: “Valor y coraje”, me decía continuamente. Su motivación fue el aliciente que me permitió seguir adelante. En este sentido, mi deuda con ella es también una promesa de amistad.

A Jérôme Baschet, mi maestro desde los años en que estudiaba la licenciatura en historia, en San Cristóbal de Las Casas, Chiapas, debo las primeras incursiones en el terreno de la civilización feudal y la historiografía francesa. Sus lecciones, que me han marcado con fuerza, representan una agenda de trabajo por explorar, mientras que sus observaciones en torno a este ensayo, constituyen todavía una fuente de reflexión para el futuro.

A Carlos Antonio Aguirre Rojas, debo el constante cuestionamiento y las potencialidades intelectuales de mirar las cosas con distancia crítica. Su estímulo me ha permitido encontrar una perspectiva propia de análisis sobre la realidad, que para afirmarse como discurso crítico, debe servir también para transformar la realidad. En este doble registro se encuentra mi deuda hacia él, como el sentido de nuestra revista *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*.

También quisiera agradecer a todos aquellos que me ayudaron a pensar con mayor claridad muchos de los problemas abordados en esta investigación. Las conversaciones y la lectura de los trabajos de los Profesores Carlo Ginzburg, Giovanni Levi, François Dosse, Immanuel Wallerstein, Bolívar Echeverría y Darío Barriera, sirvieron de guía e inspiración. Por todo esto, mi agradecimiento hacia ellos es mayúsculo. Igualmente, agradezco a mis amigos y compañeros del Comité de Redacción de la revista *Contrahistorias*, Norberto Zúñiga Mendoza y Martín Álvarez Fabela, los comentarios críticos que hicieron de mi trabajo y las constantes sugerencias que permitieron enriquecerlo.

En este memorial de agradecimientos, mis amigas y amigos más cercanos no podían faltar, pues su presencia ha llenado mi vida de alegría y bellos recuerdos. A Martha Olivares Díaz, Slovenia Martínez Treviño, Sofía Montoya, Fabiola Flórez Nava y la resplandeciente, Ámbar Helena Cruz Olivares, agradezco el privilegio de su sonrisa. A Ramsés Arturo Cruz Arenas, Moisés Antonio Urbina Velazco, Cristóbal Solís Molina, Emilio Pérez Solís, Carlos Alberto Vázquez Mayorga, Ricardo Isaac, Víctor Hugo y Jesús Alejandro Constantino Trujillo, Alejandro Estrella y Jorge Gómez Naredo, les estoy agradecido por haber decidido compartir

conmigo, desde hace tantos años, su amistad y compañerismo. Son ellas, son ellos, quienes mantienen encendida, todavía y siempre, la luz del provenir y la chispa de la esperanza.

A mis colegas de la Preparatoria “José María Morelos y Pavón”, (IEMS-GDF), Leticia López Zamora, Lydia Garrido, Lucía Gutiérrez, Juan de Dios Quintana, Luis Octavio Rojas, Rodolfo Quiroz, Yara Quiroz, Tonatiuh S. Reyes, Estigia Ocegüera, Jesús Lara, Gabriela Castro, Víctor Salinas, Adrián Herrera, Mauricio Jáquez, Gualberto Padilla y Jorge Castro Zarco, les agradezco por haber compartido conmigo, en el breve tiempo que trabajé con ellos, su amistad y apoyo. A mis amigos y colegas en la Universidad Autónoma de la Ciudad de México (UACM), Marco Antonio Reyes Lugardo, Ernesto Aréchiga Córdoba y Ariel Arnal, les agradezco su espíritu fraterno y solidario, así como las lecciones sobre sus respectivas líneas de investigación. A mis compañer@s estudiantes de la Licenciatura en Historia y Sociedad Contemporánea de la UACM, Araceli Vázquez, Amelia Aquino, Norma Jiménez, Lilian Madera, Gabriela Ávila, Elvia Jáquez, Luis Alonso Tapia, Humberto Isidro, Jorge Balderas, Fernando Díaz y Aníbal Ayala, les estoy agradecido por compartirme la ruta de sus investigaciones y el camino de sus sueños futuros.

A mi familia, por todo lo que desde siempre me ha dado. Debo a mi padre, Alberto Ríos Rojas, los mejores trazos de mi primera y decisiva formación intelectual, política e ideológica. Desde la infancia, su rectitud inquebrantable y sus lecciones me han acompañado hasta el día de hoy. A mi madre, cuyo inmenso amor, nobleza y generosidad me han permitido alcanzar aquél objetivo que algún día mi padre también me deseo para el futuro: ser feliz. Y esta felicidad se las debo también a mi hermana María del Carmen, a mis sobrinos Galí Guadalupe y Luis Fabrizio, cuyo encuentro es siempre motivo de extraordinaria felicidad. Mis suegros Tomás y Enriqueta, y mi cuñado Tomás, son aquí recordados por compartirme tantos sueños, tantos viajes. Mis tías Cruz, Elvita, Lilia, Alicia, Beatriz, Martha Luz, Guadalupe y Esthela, al igual que mis tíos, Arnulfo, Delmar, Enrique, Carlos y Zaidiel, acompañados de sus hijas e hijos, primas y primos entrañables (que ahora tienen también sus propios retoños) ocupan un lugar especial en mi vida, que aquí también quise rememorar en testimonio de gratitud y aprecio.

Estas son las personas que han hecho de mi vida un motivo de felicidad constante. Pero son sin duda América y Cédric, el principio esperanza que anima toda ella. Son ellos quienes me han enseñado el sentido profundo de aquella vieja frase de Michelet, que tanto gustaba a Marc Bloch: “Confío en el futuro, porque participo activamente en su construcción”. Con tod@s ellos y desde este observatorio, es donde contemplo la historia que viene, la historia del porvenir, de acuerdo con lo que dicen los compañeros zapatistas: ¡“Ya se mira el horizonte”!

Ciudad de México, Planeta Tierra.
16 de octubre de 2013.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

INTRODUCCIÓN I

CAPÍTULO I. La comparación: morfología e historia

- | | | |
|------|---|----|
| I. | Morfología de un saber. | 1 |
| II. | Jerarquía y estratificación. | 15 |
| III. | Hacia el pensamiento positivo y abstracto. | 26 |
| IV. | Las unidades de análisis. | 43 |
| V. | Las formas de la comparación: <i>in hilo tempore et nunc.</i> | 75 |

CAPÍTULO II. Hacia una tipología del método comparativo

- | | | |
|--------|---|-----|
| I. | El 'ambiente colectivo': las influencias intelectuales. | 89 |
| II. | La tipología del método comparativo. | 108 |
| II.I | Del método comparativo y antropología. | 108 |
| II.II | Del método comparativo e historia comparada. | 139 |
| II.III | Del método comparativo y sociología durkheimiana | 179 |
| II.IV | Del método comparativo y lingüística histórica. | 220 |
| III. | El mapa de las influencias intelectuales. | 250 |

CAPÍTULO III. Arquitectura del método comparativo en Marc Bloch

- | | | |
|--------|--|-----|
| I. | Marc Bloch: el historiador comparatista. | 260 |
| II. | El procedimiento de la comparación histórica | 291 |
| II.I | Elección y descubrimiento de los fenómenos | 293 |
| II.II | Los tipos de la comparación histórica | 303 |
| II.III | Interpretación de las causas de las similitudes y las diferencias evolutivas | 312 |
| II.IV | Formulación de las unidades de análisis | 318 |
| II.V | Investigación de influencias y préstamos | 324 |
| II.VI | Investigación de filiaciones y relaciones | 328 |
| II.VII | Explicación de las supervivencias | 334 |
| III. | Sobre el método y la unidad del análisis | 339 |

BIBLIOGRAFÍA 347

INTRODUCCIÓN

1. Deslumbrado por Pirenne o Meillet o Durkheim, entre otros más (pero nunca por Frazer), Marc Bloch aprendió el método comparativo y lo incorporó en sus obras. A partir de entonces, el historiador de las leyendas y los milagros escribió una obra sobre el poder curativo atribuido a los reyes de Francia e Inglaterra, pero al estar interesado también en la vida rural, sistemas agrarios y civilizaciones rurales, constituyeron el corazón de una obra dedicada a los caracteres originales de la historia rural francesa. En el marco de una civilización delimitada por tres bloques: mahometano, bizantino y eslavo, el juego de la comparación abarcaba las dimensiones de la sociedad feudal, privilegiando sociedades vecinas y contemporáneas, aunque también otras muy lejanas, como el Japón. La aparición de un artículo 'teórico' sobre la historia comparada de las sociedades europeas, constituye sin embargo un punto de inflexión: era el manifiesto de la comparación en la historia, de la historia defendida por Marc Bloch y representada por *Annales*.

Éstos son los elementos fundamentales que figuran en la mayor parte de los estudios sobre el método comparativo en la obra de Marc Bloch. La uniformidad de las descripciones apunta a un hecho incontestable: el valor atribuido por el cofundador de *Annales* al método comparativo. Inclusive, cien años después del nacimiento de Marc Bloch, las memorias del congreso celebrado en conmemoración suya, llevan por nombre: *Marc Bloch, hoy. Historia comparada y ciencias sociales*. El título adquiere todo el valor de un síntoma: fija en la memoria el carácter del acontecimiento y su regeneración histórica, configurando una tradición de los recuerdos y convirtiéndose en tiempo presente. Así, Marc Bloch se ha convertido en el portaestandarte, y en ocasiones, el fundador del método comparativo en la historia, de la historia comparada de las sociedades europeas.

Pero la cristalización de esta imagen se ha convertido en un estereotipo peligroso que también ha convertido a Marc Bloch en el historiador comparatista por excelencia, deviniendo así en canon historiográfico: un historiador que desde siempre comparó o lo hizo siempre de igual modo; siendo influenciado sobre todo por ciertos maestros y no por otros; quien incorporó el método comparativo a la historia particularmente desde una disciplina en vez de otra; y que dada su condición de historiador prestó atención fundamentalmente a las diferencias, en lugar

de las similitudes; y salvo el caso de Japón, sus comparaciones fueron regularmente entre sociedades vecinas y contemporáneas. Esta imagen tan diáfana, que ha sobrevivido sin muchos cambios hasta la actualidad, tiene el indudable mérito de la sencillez, pero esconde más de lo que en realidad refleja.

Entonces, ¿cómo y por qué esta imagen del historiador comparatista se cristalizó hasta constituir esta especie de canonización temprana?, ¿qué es lo que se esconde detrás de ella? En estas dos preguntas se encuentra el éxito de la imagen de Marc Bloch como el historiador comparatista más importante hasta nuestros días, pero también la explicación de ese mismo éxito. Estas dos preguntas, a su vez, conducen por senderos muy distintos de la investigación. Registros de análisis profundamente imbricados y de temporalidad completamente desigual, son parecidos en su forma, aunque diferentes en cuanto a su contenido. En las páginas que siguen intento explicar el por qué de todo ello.

2. La primera pregunta atañe a la cristalización de esta imagen. El método comparativo es parte de la efígie de Marc Bloch. Una y otra faceta difícilmente son disociadas a la hora de escribir el retrato intelectual de un personaje que es también un héroe de la resistencia francesa antinazi, y figura representativa del intelectual comprometido con las causas más importantes de su época. Los retratos son varios aun cuando sean esencialmente del mismo hombre: el sabio, cuya extraordinaria erudición le permitió descubrir e incorporar nuevos campos de estudio para la historia; el valeroso combatiente de las dos guerras mundiales y el mártir de la resistencia; el historiador en el sentido pleno de oficio, y símbolo del potencial del método comparativo.

Todas estas facetas constituyen la imagen del sabio, el resistente, el historiador comparatista. Todas ellas han sido estudiadas, en un momento o en otro, por diversas generaciones de historiadoras e historiadores. A pesar de la diversidad de los enfoques, las historias confluyen en torno de esta misma imagen, a todas luces innegable, pues en la galería de ancestros de los historiadores, el busto de Marc Bloch ocupa un lugar de primer orden en las filas de la corporación. Considerado en vida uno de los mejores historiadores europeos, en nuestra época su legado alcanza las dimensiones de un monumento intelectual. En una

ocasión, Giovanni Levi lo definió como el numen tutelar de toda la historiografía contemporánea.¹

Sin embargo, para ubicar el preciso lugar que ocupa el método comparativo en la obra de Marc Bloch, ha sido necesario recorrer la película de la historia hacia atrás. El objetivo no ha sido reconstruir la serie de mecanismos historiográficos, intelectuales, ideológicos y hasta políticos que hicieron posible la cristalización de esta imagen, con actores, tiempos y lugares diversos, sino analizar qué es lo que existe detrás de esta impresionante vista de conjunto, qué es lo que ha pasado desapercibido o ha permanecido oculto. Detrás de esta imagen se encuentra la clave para entender la actividad de Marc Bloch en torno de la historia comparada, y saber *cómo* comparaba el historiador comparatista.

Es decir, historiar un método, saber cómo ha sido construido, dónde puede hallarse, cómo ha surgido, en qué medios ha sido utilizado y por qué, cuáles han sido sus resultados y sus repercusiones dentro de la disciplina y más allá de ella, e incluso qué ha quedado de éste cuando la dictadura de la cronología sigue separándonos de la obra de Marc Bloch, demanda salir de la imagen cristalizada e inamovible, restituyendo el movimiento del propio método, poniendo a prueba la formulación metodológica (los artículos sobre el método comparativo) con la práctica concreta (las obras, los ensayos y hasta las reseñas), y por tanto, concentrarse no sólo en el hecho de que el historiador compara —tema explorado por William H. Sewell Jr., “Marc Bloch and the logic of comparative history”, en 1967—, es decir, no en *lo que hace*, sino en *cómo* lo hace, con qué medios, con qué procedimiento.

Esto es precisamente lo que esconde el estereotipo: el procedimiento específico del método comparativo, observado a través de su movimiento en el itinerario intelectual del historiador, y en sus relaciones con otros métodos que el historiador solía poner en marcha, haciéndolo simultáneamente, mientras que todo a su alrededor también se transformaba: fuese la obra, fuese el historiador. Así, la observación directa del método comparativo en la obra del historiador, desde *Los reyes taumaturgos* hasta *Seigneurie Française et manoir anglais*,

¹ NETTEL, Patricia y AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, “Entrevista con Giovanni Levi. La microhistoria italiana”, en *La Jornada Semanal*, núm. 283, México, 13 de noviembre de 1994, p. 36.

pasando por *La historia rural francesa* o *La sociedad feudal*, señala tanto su específica importancia como su uso durante el período comprendido entre 1924 y 1944, las dos décadas más prolíficas de Marc Bloch, quien encontró en el método comparativo una herramienta incomparable para estudiar las civilizaciones europeas, al grado de que éste constituye uno de los *rasgos más originales* de su concepción de la historia, y una de las *claves de acceso* a toda su obra.

3. Este abordaje sobrepasó una constatación que originalmente había dado por descontada, precisamente por haberla considerado una empresa que excedía los límites del trabajo dedicado a Bloch: que en la manera en la que el historiador comparaba se superponen una serie de influencias intelectuales heterogéneas, en franca competencia por el reconocimiento institucional y el prestigio intelectual, provenientes lo mismo de la etnología británica (J. Frazer), que de la sociología durkheimiana (É. Durkheim), la lingüística histórica (A. Meillet), o la propia historia (H. Pirenne). El problema de las influencias ha sido objeto de encendidos ensayos y acalorados debates, por ejemplo, el artículo sobre la influencia de Durkheim en Bloch (“Émile Durkheim and the historical thought of Marc Bloch”, de Colbert Rhodes, en 1978), o la de Meillet en éste último (“Marc Bloch and the comparative history”, de Allet y Boyd Hill, en 1980) convirtieron al historiador en un simple portavoz de la sociología durkheimiana o de la lingüística histórica, negándole cualquier viso de autonomía y creatividad propias.

Salvando el error de sobredimensionar el impacto de una influencia intelectual, atribuyéndole un rasgo fundacional y olvidando la maleabilidad de la cuál es objeto por quien la recibe, en las influencias intelectuales se observa también el movimiento del método comparativo, pero en el marco más amplio del pensamiento de una época, circunscrito a una coyuntura específica. Aquí se ubicaba una pregunta central que echaba luz a la manera en cómo comparaba el historiador: ¿qué es lo que él sabía del método comparativo de acuerdo al conocimiento que de éste se tenía en las ciencias humanas de su época? La pregunta me llevó más lejos de lo previsto y suscitó otras más complejas: ¿por qué Marc Bloch sabía lo que sabía?, ¿por qué estas influencias intelectuales estaban ahí en vez de otras?, ¿cómo y por cuáles vías aprendió el método comparativo?, ¿hubo una influencia rectora o se trata de múltiples influencias recuperadas por ‘afinidad electiva’?, ¿fueron directas o filtradas?, ¿qué

rechazó y qué tomó 'prestado'?, ¿cómo utilizó estas enseñanzas incorporándolas finalmente en el terreno de la historia? Todo ello implicaba saber *por qué* el historiador comparaba de una manera en vez de otra, atendiendo a una serie de complejas influencias y experimentos anteriores al suyo, que en torno del método comparativo habían construido otras ciencias del hombre, haciéndolo en una coyuntura determinada.

La necesidad de observar influencias, transferencias, préstamos, elecciones intelectuales voluntarias y condicionantes académicos, me impuso la tarea de reconstruir el movimiento del método comparativo en cuatro disciplinas distintas, dos de ellas en proceso de institucionalización y reconocimiento intelectual, etnología y sociología; y las otras dos, aunque reconocidas intelectualmente en los medios académicos de Francia y en toda Europa, estaban involucradas en un proceso de revolución intestina: historia y lingüística. El hallazgo fortuito de un artículo espléndido ("La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges", 1970), en donde Arnaldo Momigliano decía que a principios del siglo XX la discusión de método comparativo se encontraba por toda Europa, y señalaba a Fustel como el continuador del método comparativo de Montesquieu, siendo además el punto de confluencia con el evolucionismo de la etnología británica, el eslabón con los durkheimianos y maestro de muchos historiadores franceses importantes, como Gustave Bloch, padre y maestro de Marc Bloch, confirmó la necesidad del estudio y abrió una ruta importante. Pero, además, el caso de Fustel era revelador de la importancia del *lugar* de los actores; aspecto fundamental para entender los puntos de contacto, el dinamismo de las relaciones intelectuales y las influencias indirectas y cruzadas.

De este modo, para observar cuál era el papel que le correspondía al método comparativo en ciencias con posturas ideográficas o nomotéticas presentes *dentro* de todas ellas, con postulados científicos dirigidos a la formulación de leyes científicas o tendencias generales del desarrollo social, con la atención enfocada a las analogías o a las diferencias, implicó la formulación de una tipología del método comparativo para las diversas formas que éste adquirió según su práctica en cada una de las disciplinas. ¿Cómo se compara en cada una de estas disciplinas y qué es lo que esta práctica dinámica, que atraviesa la historia de cada de ellas, tiene de *similar* y de *diferente* respecto de las demás? Al igual que en el caso de

Marc Bloch, y en este momento específico de la investigación, el objetivo era estudiar *cómo* se comparaba en todas ellas.

En cada una de las ciencias estudiadas apareció una pléyade de comparatistas. Este 'aire de familia' indicaba que del último tercio del siglo XIX a los años de Marc Bloch, el método comparativo se había convertido en un *paradigma* de las ciencias humanas. Éste había sido utilizado antes que él en su propia disciplina, por Fustel de Coulanges o por Henri Pirenne, pero contaba ya con resultados excepcionales en otras más. Etnólogos y lingüistas lo habían puesto en marcha desde hacía mucho, configurando a sus respectivas ciencias, todavía jóvenes y en construcción vertiginosa, a partir del cariz de la comparación. Nombres ilustres: Maine, Tylor, Morgan, McLennan, Boas o Frazer; o Bréal y Meillet, figuran al lado del método comparativo. 'Sociólogos' como Durkheim, Mauss, Simiand o Halbwachs, en pugna por atribuir a su disciplina el reconocimiento institucional y el prestigio intelectual, también concedieron al método comparativo el más alto valor y la posibilidad de edificar una nueva ciencia de ciencias sobre esta base fundamental.

Así, en la época de Bloch, la discusión sobre el método comparativo se había regado por toda Europa y era parte de la gramática de muchas disciplinas. Esta constelación comparatista constituye un momento intelectual, y quizá uno de los más importantes en la historia de las ciencias del hombre, entre finales del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. Una coyuntura, más que una generación, está así caracterizada, con sus evidentes y profundas diferencias, por el recurso al método comparativo. ¿Cuál es la relación entre los europeos y los 'Otros?', ¿por qué 'somos' diferentes y cuáles son las causas por las que existen los 'salvajes' y los primitivos?, ¿cuál es el origen de las lenguas y las causas de sus parecidos y sus diferencias?, son algunas de las grandes interrogantes de esa época, que sin embargo no eran nuevas en el horizonte cultural europeo. Por ello, la coyuntura debe evaluarse en el registro más amplio del movimiento de las estructuras, pues si ésta es favorable es porque también lo es la estructura. Y su movimiento hacía posible que la coyuntura fuera también favorable a la comparación.

En ocasiones vinculados más directamente que en otras, o incluso directamente influenciados unos por otros, en esta coyuntura 'todos comparaban', pero todos lo hicieron de

formas distintas: en tiempos y espacios próximos o distantes; basándose más en las analogías o enfatizando las diferencias; haciendo hincapié en las tendencias generales o en los elementos comunes o universales de los fenómenos y hasta en las leyes de ahí derivadas, o en las originalidades de los medios sociales sujetos a la comparación. Formas de la comparación que al ser utilizadas en ciertas disciplinas configuran un momento que sólo podía ser observado en una coyuntura, y ésta, bajo la forma de una tipología: la tipología de las influencias intelectuales de Marc Bloch sobre el método comparativo.

4. ¿A qué se debía tan extraordinaria sincronía del método comparativo, en disciplinas distintas y hasta rivales entre sí?, ¿por qué comparaba Marc Bloch y por qué otros antes que él, pensando desde diferentes disciplinas, basados en experiencias distintas y con fines también divergentes, habían apostado por el método comparativo? Todas estas preguntas apuntaban hacia otra todavía más compleja de responder y sin embargo sencilla de formular: *¿por qué comparar?*

Creí que el problema podía resolverse con la delimitación de un momento intelectual en las ciencias del hombre, que dotaba a todas las aproximaciones comparatistas de un cierto 'aire de familia', pero me di cuenta del error. Ningún método nace armado y éste no es la excepción. *El método comparativo* refiere a una construcción lenta, ritmada, atribuible quizá al *Setecento*, época de la configuración del conocimiento del mundo moderno, la *scientia*, cuando muy posiblemente la comparación se transformó en método, en el método comparativo. Pero fue quizá en la Ilustración que éste sería utilizado como un procedimiento 'filosófico', útil y a menudo imprescindible, para pensar el mundo social.

¿Esto resolvía el problema del por qué era necesario comparar? El abordaje histórico presentaba una serie de dificultades. Ante la imposibilidad de seguir por el camino de la reconstrucción cronológica, el modelo "genético-narrativo", una vía distinta se abría como posibilidad heurística. Si la intención era responder a esta pregunta, entonces el trabajo apuntaba no a la historia comparada (tercer capítulo) ni al método comparativo en las ciencias humanas (segundo capítulo), sino a la comparación (primer capítulo). Y para reconstruir los sucesivos fragmentos o indicios de su 'historia', formas de la comparación relacionadas entre sí

a partir de sus homologías profundas, mostrando nexos históricos desconocidos hasta ahora, el camino abierto por la obra de Carlo Ginzburg, particularmente en torno de la morfología y la historia, “el modelo morfológico-diagramático” (inspirado en V. Propp y en L. Wittgenstein), que el historiador ha considerado una “sonda para medir la ubicación de un estrato inaccesible a los instrumentos habituales del conocimiento histórico”, es una senda abierta que también podía servirme en mi propia pesquisa. Entonces, se imponía el tránsito por la *Morphologia ancilla historiae*.

Quizá sin sospechar las profundas y lejanas raíces que esto escondía, Marc Bloch había anunciado ya este abordaje, al decir que la comparación, entendida como la búsqueda de *similitudes* y *diferencias*, era “inherente a casi todo tipo de conocimiento”, y lo importante en un vocabulario histórico era determinar la manera en que esta operación, “a la vez esencial y banal”, había podido “dar nacimiento en las ciencias humanas” al método comparativo². Así, al ser una realidad tan evidente, tan “esencial y banal”, su historia no sólo era diferente de las demás, sino que debía contarse de manera distinta a todas ellas.

En el núcleo de la comparación estaban las similitudes y las diferencias, lo que es *parecido* y lo que es *distinto*. La necesidad de contrastar, de comparar, intentando encontrar la particularidad o la generalidad, la similitud o la diferencia, era una necesidad intelectual tan longeva que se hunde en la noche de los tiempos, y es tanto inherente como recurrente e inconsciente en el razonamiento humano. “Nuestra mente funciona comparativamente”, señaló en alguna ocasión Carlo Ginzburg³. Así, nuestro razonamiento procede de esta manera porque a través de la comparación *experimenta* sobre la realidad, recreando una y otra vez las *experiencias* que permiten descifrar el mundo circundante, atendiendo a las similitudes y las diferencias, a lo que es parecido y a lo que es distinto, precisamente porque refiere a la *identidad*, y ésta, afirmándose en el espejo de la *alteridad*.

Esta necesidad intelectual puede hallarse en los albores de la humanidad. ¿Cómo explicar esta presencia tan lejana?, ¿cuál era la función que ocupaba, volviéndose

² BLOCH, Marc, “Comparación”, en *Historia e Historiadores*, Madrid, Akal, 1999, p. 105.

³ PALHARES, María, “El erizo encubierto. Entrevista a Carlo Ginzburg”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío* núm. 3, Año 2, Trad. Carlos Aguirre Rojas (Dossier: *Historiografía Mundial*) México, sept. 2004-feb. 2005, pp. 106-107.

imprescindible y reeditándose en tantos lugares y épocas distintas? El hipotético cazador del neolítico, a partir del cual Ginzburg comenzó su extraordinario estudio sobre los indicios, lee las huellas que el animal va dejando a su paso. Baba, orina, estiércol, mechones de pelo, olores estancados, le sirven para saber que el animal pasó por ahí. No puede verlo, pero sabe que estuvo ahí y cómo era exactamente. La cacería, un saber de tipo venatorio, es la base del conocimiento del cazador; las innumerables persecuciones son la base de la experiencia, incansablemente transmitida.

Esta observación total y la experimentación repetida sin cesar sobre la propia naturaleza, había sido estudiada por Claude Lévi-Strauss. En *El pensamiento salvaje*, él contaba un testimonio sobre los pigmeos de las Filipinas: “A menudo he visto a un negrito que no estaba seguro de *la identidad* de la planta, gustar el fruto, oler las hojas, quebrar y examinar el tallo, echar una mirada al hábitat y solamente cuando haya tomado en cuenta todos esos datos, declarará conocer o ignorar la planta de que se trata”⁴. Todo ello conlleva a un inventario, una clasificación que ordena y pone todo en su lugar. Este ordenamiento del mundo permite ‘leer’ el libro de la naturaleza a partir de la discriminación de las propiedades sensibles. La actividad material refleja así una actitud intelectual: la manera como el mundo circundante es concebido, descifrado, ordenado. La validez de todo ello descansa en la experiencia directa, voz maestra del conocimiento que moldea y pone a prueba lo aprendido, constituyendo, entonces, la *prueba*: el síntoma o el indicio.

En cuanto al cazador, la huella del animal le impone una tarea. En la interpretación del vestigio, la evidencia que permite descubrir y analizar sus diferencias con los demás animales y su semejanza con los de su especie, el cazador debe contar con un referente para cotejar o confrontar la huella del animal: “un marco de referencia contra el cual contrastar el síntoma”, como señaló el Subcomandante Insurgente Marcos, a propósito de un cazador conocido como “El viejo Antonio”⁵. Contrastar el síntoma significa comprobar su exactitud, la veracidad y la *identidad*, al igual que identificar la cualidad por la cual algo se distingue de lo otro: la condición

⁴ LÉVI-STRAUSS, Claude, *El pensamiento salvaje*, (Col. Breviarios), Trad. Fco. González. Fondo de Cultura Económica, México, 13ª edición, 2003, p. 16.

⁵ *Infra*, nota 29.

de ser *diferente*. Así, este contraste supone una comparación. Ítalo Calvino atribuía a los cazadores el origen de la narración, pero ¿también habrán ‘descubierto’ la comparación?

5. Siguiendo de cerca este procedimiento morfológico que atiende a las partes constitutivas y las relaciones que éstas tienen entre sí y con el resto del conjunto, en la medida en que también se observa a las partes en ciertas etapas intermedias de su propia mutación, ¿cuál sería la *forma* siguiente?, ¿y cuál sería el *vínculo* entre ellas? La conexión tenía que darse a través de las *analogías*, punto de encuentro entre formas distintas de la comparación. Pero el viaje tuvo un destino inesperado, que a su vez se convirtió en un nuevo punto de partida.

La siguiente forma fue la de un historiador, quien escribió *Historias* “así de los griegos como de los bárbaros”. Heródoto comparaba continuamente, pero no lo hacía con huellas o indicios de un animal, sino con pueblos, culturas y civilizaciones. ¿En qué se *parece* un cazador con un historiador?, ¿cómo analizar las *similitudes* puramente formales que existen entre ellos, y al mismo tiempo cómo explicar sus *diferencias*? Todo parece separar al cazador del neolítico con el historiador de la Grecia clásica, pero al igual que el cazador, quien a través del *contraste* de las huellas de su presa podía descifrar las similitudes y las diferencias, en un ejercicio que tiende a identificar también la identidad y la alteridad, Heródoto se planteaba un ejercicio parecido.

¿Quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿por qué somos diferentes de los demás?, son preguntas, —reeditadas en épocas distintas de la historia—, que Heródoto se planteaba con la intención de descifrar la condición griega con el resto del mundo conocido, principalmente con Hititas, Persas y Egipcios, considerados ‘barbaros’. Con la comparación, el historiador dispuso de una herramienta sin la cual una cultura, una civilización o el antiguo Mundo Mediterráneo en la época de las Guerras Médicas, eran por completo incomprensibles. Así, tanto en uno como en otro caso, la comparación sirve para la comprensión del mundo, pero todas estas formas están en mutación constante, y a sus diferencias originales se suman las diferencias propias de su evolución.

A través del inventario, de las unidades de análisis creadas por el historiador para hacer su indagación, se observan las *relaciones* entre las formas: las *similitudes* entre el cazador y el historiador. Pero al enfocarse en las diferencias que existen entre el cazador y el historiador, se aprecian *las relaciones de las formas con el conjunto*. No obstante, estas formas no se explican por el personaje (el cazador o el historiador), sino por su *función*: qué comparan, en qué medios y condiciones, con qué operaciones y técnicas.

Estas formas muestran un dinamismo que no se ha detenido hasta la actualidad. En diversas épocas de la historia, los sucesivos contactos, interacciones y las relaciones de diverso tipo entre culturas, pueblos y civilizaciones distintas, crearon condiciones para interpretar similitudes y diferencias. ‘Descubrimientos’, expansiones, exploraciones, conquistas, resistencias, sublevaciones o la desaparición de imperios y la emergencia de naciones, ofrecieron múltiples datos comparables a través del tiempo y del espacio.

Estas condiciones no se han dado una sola vez y para siempre, pues reeditadas o modernizadas se encuentran en épocas distintas. El intento de explicar las causas de similitudes y diferencias entre sociedades cercanas o distantes; entre lenguas o entre tribus y sociedades distintas a las europeas; entre instituciones sociales o de la vida religiosa, la magia o la memoria, significa también el intento de explicar *¿cómo* se conocen “las cosas que existen” y en qué medida “las cosas que existen” están *constituidas* por el que las conoce?, tal y como se cuestionaba Edward Said, en *Orientalismo*⁶.

En un mundo complejo, “donde todos somos forasteros de alguien”, como dice Ginzburg en *Ojazos de madera*⁷, las relaciones interculturales ofrecen una oportunidad de cuestionar en qué medida las cosas que existían estaban constituidas por quien las conocía. Así, con la intención de explicar las causas de los parecidos y las diferencias, en una coyuntura específica, lo mismo en la etnología británica que en la sociología, la historia y la lingüística francesas, una pléyade de científicos tuvieron una ‘afinidad electiva’ hacia un método de análisis social fructífero, y prometedor, el método comparativo: punto de convergencia entre todos ellos; punto

⁶ SAID, Edward, *Orientalismo*, Trad. María Luisa Fuentes, Presentación de Juan Goytisolo, Random House Mondadori, Barcelona, 3ª ed. 2004, p. 396

⁷ GINZBURG, Carlo, *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*. Península, Madrid, 2000, p. 11.

de encuentro de las ciencias del hombre y símbolo de la revolución intelectual en cada una de ellas.

6. Los diversos registros en los cuales se despliegan las formas de la comparación, vinculan el neolítico con el último tercio del siglo XIX y la época de Marc Bloch. El análisis estructural converge así con la historia, cuando más allá de los datos empíricos, el caso concreto, el personaje específico, la disciplina en particular, se aplica a estructuras profundas, anteriormente inexploradas o hasta desconocidas, y a fenómenos pertenecientes a sociedades distintas, cercanas o lejanas en tiempos y espacios, que guardan nexos entre ellos, reales en la mayoría de los casos, aunque en otros tan sólo posibles o probables. Gracias a los cortes “vertical” o diacrónico, y “horizontal” o sincrónico, es posible identificar las homologías profundas, y relacionar así la morfología con la historia. La primera no sustituye a la segunda, atendiendo al estudio de las formas y sus relaciones, imposibles de reconstruir desde una perspectiva histórica, sino que la convoca precisamente para armar estas relaciones y sus mutaciones, traduciendo la distribución de las analogías, fragmentarias, dispersas e inconexas, en términos históricos, bosquejando así tramos históricos sumamente distantes: el neolítico con el siglo V a.C, —y de ahí, quizá al *Setecento* o la Ilustración europea—, con la coyuntura de los ‘comparatistas’ y el caso de Marc Bloch, en los cuales una serie de fenómenos afloraron a la superficie. “Lo verdadero no se halla en la superficie visible”, decía Hegel con razón.⁸

En esta reconstrucción de los contextos espacio-temporales, la profundidad estructural del cazador y el historiador (el primer capítulo), con la concreción histórica en la coyuntura y la época de Bloch (segundo y tercer capítulo), ‘todos comparan’. Las convergencias entre ellos son notables, aunque no lo son menos las divergencias. Pero las convergencias son también los vínculos entre todas las formas. ¿Se puede así comparar a los ‘comparatistas’?, o sea, ¿en qué se parece el método comparativo de Frazer con el de Durkheim?, ¿y con el de Pirenne o Meillet? De acuerdo con este juego caracterizado por la tensión entre parecidos y disímiles, base de la comparación mucho antes de que se convirtiera en el método comparativo, y ampliando el espectro que ha hecho posible encontrar las relaciones y las *homologías*

⁸ HEGEL; G.W.F, *Lecciones sobre la filosofía de la historia universal* [1830] Trad. José Gaos, Madrid: Ediciones de la Revista de Occidente, 4ª ed. 1974, p. 45.

profundas entre un cazador del neolítico con un historiador de la Grecia clásica, podríamos cuestionarnos sobre la relación entre las formas del método comparativo de la coyuntura con las formas de la comparación de la estructura, es decir, ¿en qué se parece un antropólogo como Frazer, con un historiador como Heródoto?, ¿o es posible comparar al cazador del neolítico con Durkheim, Pirenne, Meillet o Bloch?, ¿cuáles serían no tanto las diferencias evidentes, sino las similitudes entre todos ellos?

Las relaciones entre las formas revelan profundas y antiquísimas homologías y explican el vigor de las comparaciones, su vigencia y actualidad. De esta forma, tanto en el pasado más lejano como en el presente más candente, el *por qué* de la necesidad de comparar mantiene su genuino significado: su capacidad para descifrar el mundo circundante. En esta realidad de base se encuentran las formas de la comparación, las causas de sus mutaciones, la explicación de sus formas y las relaciones entre éstas en la medida en que se relacionan entre sí y con el conjunto. Transformándose continuamente, estratificadas y estrechamente vinculadas, las formas y sus funciones revelan las homologías entre los comparatistas. Bloch, por supuesto, pero también Frazer, Pirenne, Durkheim y Meillet, o incluso Heródoto y el cazador del neolítico. Éste último es una suerte de eslabón perdido, proveniente de un mundo sumamente distante y diferente, pero que se articula con nuestra propia historia.

Todas estas historias, reunidas, conciliadas, adaptadas, están vinculadas por la comparación. Pero cada una de ellas tiene a su vez una historia propia, con una temporalidad específica en la cual cada forma de la comparación despliega su carácter y naturaleza. La historia comparada de Marc Bloch no es más que *un momento* de la historia del método comparativo. Y ésta es tan sólo la de una etapa, más breve y estratificada en cuanto método de las ciencias del hombre: la historia de la comparación. En esta historia de muy larga duración, que partió de una realidad tan evidente, familiar, cotidiana y normal, oscilando entre movimientos largos y en ocasiones frenada en el límite de lo móvil, sin que se haya detenido jamás, están imbricadas las otras historias, con profundas similitudes, pero también importantes diferencias. Y ambas son las que ponen a prueba a todas las formas de la comparación.

Entre ellas se juega la partida de las ciencias humanas en torno del método comparativo, cuyas experiencias y experimentos, según sea el caso, fueron sometidos por Marc Bloch a una profunda y original hibridación, recreándolas en el terreno de la historia, convirtiéndolas en una de las herramientas más originales de su concepción de la historia y del oficio del historiador: el método comparativo en la historia; punto de confluencia y *síntesis* de las *experiencias* comparatistas de las ciencias humanas, punto de partida de la historia comparada de las civilizaciones europeas, y portaestandarte de la “pequeña revolución intelectual”, representada por *Annales*.

7. La riqueza de este experimento metodológico terminó por convertirlo a sí mismo en un experimento intelectual. La serie de cuestionamientos que guiaron la búsqueda, azarosa, intuitiva, en ocasiones angustiante, cargada de sorpresas y hallazgos que frecuentemente replanteaban la búsqueda hacia una dirección por completo inesperada, adquieren hoy la forma de hipótesis originales, arriesgadas y tentativas, quizá en algunos casos más probables y posibles, que ciertas o verdaderas, pero quizá no del todo irrelevantes, incluso desde la propia teoría y las formas de trabajo más habituales del oficio de los historiadores.

Puesto que esta investigación no se ha guiado por el ideal de reconstruir los hechos ‘tal y como han acontecido’, ni por la consideración de reducir a la historia a mero ‘discurso con pretensiones de verdad’, el cuestionario que ha guiado la investigación buscó la explicación y la comprensión, es decir, fundamentar una elección metodológica, una hipótesis, una opinión. Pues, como suele decirse en estos casos: “Hereje es quien tiene una opinión”.

CAPÍTULO I

LA COMPARACIÓN: MORFOLOGÍA E HISTORIA

La comparación así comprendida [como la búsqueda de similitudes y diferencias] es inherente a casi todo tipo de conocimiento. Lo importante en un vocabulario histórico es llegar a determinar el modo en que esta operación intelectual, a la vez esencial y banal, ha podido llegar a dar nacimiento en las ciencias humanas a un método de aplicación muy preciso: el método comparativo.

Marc Bloch, "Comparación", 1930.

I. Morfología de un saber

También la comparación tiene una historia. Sólo que la suya no sólo es diferente de las demás, sino que incluso debe contarse de manera distinta a todas ellas. No es como esa gran historia de las civilizaciones, longevas protagonistas de la historia, que Fernand Braudel llamó "realidades de muy larga duración".¹ Sin embargo, al igual que él observaba a la larga duración en su relación con los diferentes tiempos y la definía como un "personaje embarazoso, complejo, con frecuencia inédito"² en la historia, también la historia de la comparación se manifiesta compleja, embarazosa, en ocasiones imposible de aquilatar en todas sus dimensiones. Difícil de rastrear y estudiar, porque además de antigua, su historia ha sido lenta en constituirse, lenta en modificarse, lenta en mostrar sus cambios y repercusiones.

Esta historia de base es una realidad tan evidente, familiar, cotidiana y normal, que durante siglos ha pasado desapercibida y son necesarios ojos distintos para verla en sus dimensiones reales. No tanto para intentar verla en su totalidad y comprenderla a profundidad, como para intentar verla mejor; es decir, comprenderla en su antiguo impulso y observar sus transformaciones en diferentes estratos o capas de historia lenta, oscilando a veces entre movimientos largos e impulsos breves, y en ocasiones frenada en el límite de lo móvil, sin que por ello se haya detenido jamás.

¹ BRAUDEL, Fernand, "Historia de las civilizaciones: el pasado explica el presente", en *Las ambiciones de la historia*. Trad. María José Furió. Prólogo de Maurice Aymard. Edición preparada y presentada por Roselyne de Ayala y Paule Braudel. Crítica, Barcelona, 2002, p. 231.

² BRAUDEL, Fernand, "La larga duración" [1958] en *La historia y las ciencias sociales*. Trad. Josefina Gómez Mendoza, Alianza Editorial, Madrid, 1989. p. 74.

En el intento de ubicar sus distantes coordenadas históricas, la comparación pareciera tratar de convencer al historiador de la imposibilidad de aprehenderla, o incluso, de acuerdo con esta condición de absoluta naturalidad o de asombrosa cotidianeidad —características que aparentemente la harían parecer banal y sin importancia alguna—, intentaría convencerlo de su propia inexistencia. Pues, para el historiador, ¿cuál podría ser la importancia de una acción tan natural para el espíritu humano, como es el caso de *comparar*, que nos permite “fijar la atención en dos o más objetos para descubrir sus relaciones o estimar sus diferencias o semejanza”³?

En esta sencilla fórmula está el mérito de centrar la atención en la *dialéctica* entre las *similitudes* y las *diferencias*, entre lo que es *parecido* y lo que es *distinto*. Al haber percibido finamente esta condición, Marc Bloch había dicho, como se lee en el epígrafe, que “la comparación así entendida es inherente a casi todo tipo de conocimiento”. Y tenía razón: algo con qué contrastar, algo con qué comparar, tratando de encontrar la particularidad o la generalidad, la similitud o la diferencia de la huella, el indicio, el síntoma o el caso concreto, es una necesidad intelectual tan antigua que data desde la noche de los tiempos, y pareciera ser tanto inherente, como recurrente e inconsciente al razonamiento humano.

Al verla desde este observatorio, al centrar la atención en sus partes constitutivas, la historia del razonamiento comparatista de los seres humanos se revela inherente, recurrente e inconsciente a todo tipo de conocimiento, pero se manifiesta igualmente como una necesidad intelectual valiosa, irremplazable e imprescindible para comprender el mundo circundante. De tal forma, al poderse rastrear desde épocas muy lejanas a la nuestra, la historia de este razonamiento comparatista parece representar un procedimiento intelectual de larga duración, que a lo largo de milenios ha mutado lentamente, obteniendo con el paso del tiempo nuevas formas, nuevas funciones y nuevos significados. La reconstrucción de estas mutaciones —a menudo poco conocidas, o tan sólo inferidas, e incluso desconocidas— por medio de una serie de conexiones en apariencia puramente formales, que más allá de las similitudes superficiales cuentan con homologías profundas, son las que aquí me gustaría estudiar.

³ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*. México, 22ª ed. 2001, Tomo 1, p. 602.

Así, esta necesidad intelectual puede hallarse, por ejemplo, en la lectura de las huellas del animal buscado por el cazador del neolítico, a través de la innumerable repetición de su actividad (la cacería) a lo largo de milenios:

En el curso de persecuciones innumerables aprendió a reconstruir las formas y los movimientos de presas invisibles partiendo de huellas en el fango, ramas rotas, bolas de estiércol, mechones de pelo, plumas enredadas, olores estancados. Aprendió a husmear, registrar, interpretar y clasificar huellas infinitesimales como hilos de baba. Aprendió a realizar operaciones mentales complejas con rapidez fulmínea, en la espesura del bosque o en un claro lleno de traicioneras amenazas.⁴

Agazapado, avanzando en contra del viento y en absoluto silencio, el cazador mantiene el ojo avizor y el oído atento. Procediendo con gran cautela, reconoce con atención la maleza que le rodea y escruta las minúsculas huellas que su presa va dejando a su paso. Sin poder verla, el rastro que ésta ha dejado demuestra sin embargo que estuvo ahí y cómo era exactamente. Marcas profundas, de idénticas dimensiones y situadas a la misma distancia unas de otras, muestran a un animal en plena fuga; hojas recién caídas, aplastadas o quebradas y que cuelgan todavía de los árboles, lo mismo que el polvo del sendero, que a la misma altura ha cubierto las flores y los árboles circundantes, levantándose desde el centro de la estrecha senda; revelan altura, grosor y peso del animal que huye perseguido. Esta lectura, basada en las huellas que el animal va dejando a su paso, cuya “capacidad de remontarse desde datos experimentales aparentemente omisibles hasta una realidad compleja no directamente experimentada”,⁵ originó lentamente una sistematización del ejercicio de la caza, o un saber venatorio.

Con ironía exquisita, en *Zadig, o el destino*, Voltaire escribió hacia el siglo XVIII un pasaje que ‘descifra’ o ‘lee’, a modo de metáforas, estos datos experimentales propios de una sociedad de cazadores. En un día cualquiera, pero en la época de Babilonia, Zadig paseaba junto a un bosquecillo cuando vio correr hacia él al primer eunuco de la reina, quien le preguntó inquietamente, en un tono que delataba la búsqueda de algo muy precioso que se le había extraviado: “¿No habéis visto el perro de la reina?”. Zadig le respondió: “Es una perra, y no un

⁴ GINZBURG, Carlo, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario” [1979] en *Tentativas*. Trad. Ventura Aguirre Durán. Prólogo de Carlos Aguirre Rojas. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2003, p. 107.

⁵*Ibid.* p.108.

perro". Y añadió: "Es una podenca muy pequeña. Ha tenido cachorros; cojea de una pata delantera izquierda y tiene las orejas muy largas". Quizá imaginando el posible rumbo que había tomado el preciado animal, el eunuco preguntó a Zadig si la había visto. "No", respondió Zadig, "no la he visto nunca, ni nunca he sabido que la reina tuviera una perra".

El eunuco no había salido del asombro y todavía estaba desconcertado por la respuesta, cuando, precisamente en ese momento, el caballo más hermoso de las cuadras del rey acababa de escaparse. Con la misma inquietud y preocupación con las cuales el eunuco había corrido tras la perra, el montero mayor se dirigió a Zadig, preguntándole si por ahí había visto pasar el caballo del rey. "Es el caballo que mejor galopa", respondió él, agregando: "tiene cinco pies de alto, los cascos muy pequeños, una cola de tres pies y medio de larga; las copas de su bocado son de oro de veintitrés quilates, y sus herraduras de plata de once dinares". Todavía angustiado, el montero preguntó a Zadig cuál había sido el camino que había tomado el caballo. "No lo he visto", respondió él, "y nunca he oído hablar de él".

¡La lección de sabiduría terminó demasiado pronto convertida en tragedia! El montero mayor y el primer eunuco no tuvieron ninguna duda de que Zadig había robado el caballo y la perra que pertenecían a los reyes. Acusado y sentenciado a pasar el resto de sus días en Siberia, Zadig contemplaba su infortunio cuando los animales aparecieron. Los jueces reformularon su sentencia, obligando al acusado a pagar una multa, aunque permitiéndole defender su causa. Zadig se expresó en estos términos:

En la arena vi las huellas de un animal, y fácilmente deduje que eran las de un perro pequeño. Unos surcos ligeros y largos, impresos sobre pequeñas eminencias de arena, entre las huellas de las patas, me permitieron saber que se trataba de una perra cuyas tetas colgaban; por tanto, había tenido cachorros hacía pocos días. Otras huellas en un sentido diferente que parecían haber rozado siempre la superficie de la arena junto a las patas delanteras, me informaron que tenía las orejas muy largas; y como observé que la pisada de una pata era menos profunda que la de las otras tres, comprendí que la perra de nuestra reina era, si me atrevo a decirlo, algo coja.

Las palabras esclarecían la manera en la que él había descifrado las características de la perra, remitiendo su análisis desde las minúsculas huellas dejadas por el animal a su paso. En cuanto al caballo:

Respecto al caballo del rey de reyes, habéis de saber que, paseando por los senderos de ese bosque, vi marcas de herraduras de un caballo, todas a la misma distancia. “He aquí un caballo de galope perfecto”, me dije. El polvo de los árboles, en una senda estrecha que no tiene más de siete pies de ancho, se había levantado un poco a derecha e izquierda, hasta una altura de tres pies y medio, del centro de la senda. “Ese caballo tiene una cola de tres pies y medio que, con sus movimientos a derecha e izquierda, ha barrido ese polvo”, me dije. Bajo los árboles, que formaban una bóveda de cinco pies de alto, vi las hojas de las ramas recién caídas, y supe que aquél caballo las había tocado y que, por lo tanto, tenía cinco pies de alto. En cuanto a su bocado, debe ser de oro de veintitrés quilates, porque restregó las copas contra una piedra que reconocí como una piedra de toque, y que me sirvió para hacer la prueba. En fin, por las marcas que sus herraduras dejaron sobre guijarros de otra especie, llegué a la conclusión de que estaba herrado con plata de once dinares de finura.⁶

¡Cuánta desventura fue para Zadig pasearse por un bosque por donde habían pasado la perra de la reina y el caballo del rey!, pero cuán reveladora es esta ‘lectura’ de las huellas o los indicios, respecto de un saber, como el de Zadig, (aunque él no haya sido descrito por Voltaire como un cazador), que es un saber de tipo venatorio.

En cuanto a la sagacidad extraordinaria que al cazador le revelaba mil y un diferencias entre las especies de un mismo género, quizá donde los demás no veían más que uniformidad, ésta se debe a la necesidad por descubrir las propiedades y las características de los reinos animal y vegetal, y constituye una facultad agudizada por el entorno inmediato. Así, el entrenamiento de los sentidos del cazador constituye todo un momento en la historia del pensamiento y tal vez uno de los más antiguos en la historia intelectual del género humano.

La fina observación que escudriña con precisión las huellas, aparentemente incapaces de revelar arquitecturas mayores, desperdigadas aquí y allá; el reconocimiento de la singularidad que escapa a la cuantificación, la generalización y la repetibilidad de los fenómenos; la elaboración de un procedimiento cognitivo de acuerdo a una realidad más compleja y accidentada, que permite reconfigurar la ‘lectura’ o la ‘descripción’ del mundo (desarmar la serie, para después rearmar la serie), representa el inicio de todo un procedimiento basado en la descripción de las huellas dejadas por la presa: la lectura indiciaria.

Esta lectura indiciaria es la muestra de un saber inmemorial transmitido ininterrumpida y

⁶ VOLTAIRE, “Zadig, o el destino”, en *Cuentos Completos en Prosa y Verso*. Trad. M. Armiño y M. Domínguez. Edición de Mauro Armiño, Siruela y Fondo de Cultura Económica, México, 2006, pp. 132-134.

celosamente durante generaciones, que atribuiría a los cazadores “los orígenes del arte de narrar”, que habría nacido como una descripción de la secuencia de las huellas dejadas por un animal, como ha sido finamente descrito por Ítalo Calvino, a propósito del ensayo *Spie*, de Carlo Ginzburg⁷. Pero refleja además un gusto por el conocimiento objetivo, un método de observación y un desarrollo intelectual, de efectos todavía poco explorados.

Conocimiento lejano al nuestro, cuya historia quizá pueda ser solamente sospechada, este es un procedimiento basado en el profundo conocimiento del mundo de la naturaleza, obtenido a partir de la observación y la experimentación incansables, que establecen una conclusión para todos los eventos de ella misma. Un buen ejemplo puede verse en este testimonio indirecto, sobre los pigmeos de las Filipinas, contado por Claude Lévi-Strauss:

Un rasgo característico de los negritos, que los distingue de sus vecinos cristianos de las llanuras, estriba en su conocimiento inagotable de los reinos vegetal y animal (...). A menudo he visto a un negrito que no estaba seguro de la *identidad* de la planta, gustar el fruto, oler las hojas, quebrar y examinar el tallo, echar una mirada al hábitat, y solamente cuando haya tomado en cuenta todos estos datos, declarará conocer o ignorar la planta de que se trata.⁸

Esta observación total y la experimentación repetida sin cesar sobre la propia naturaleza, conllevan a un *inventario* que permite el establecimiento de una *clasificación* que ordena los reinos animales y vegetales. ¿El motivo de esta clasificación? Introducir “un comienzo de orden en el universo”.⁹ Toda clasificación establece el orden ahí donde prevalece el caos. Es el paso decisivo del ordenamiento del mundo que permite a la naturaleza ser ‘leída’ a partir de la discriminación de las cualidades o las propiedades sensibles. “Pues la clasificación, aunque sea heteróclita y arbitraria”, dice Lévi-Strauss, “salvaguarda la riqueza y la diversidad del inventario; al decidir que hay que tener en cuenta todo, facilita la constitución de una “memoria”.¹⁰

O sea, hay una puesta en orden de los seres donde cada uno ocupa un lugar específico

⁷ CALVINO, Ítalo, “La oreja, el cazador y el chismoso” en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 7. Año 4, Trad., Carlos A. Aguirre Rojas (Dossier: *Retorno al paradigma indiciario*) México, sept. 2006- feb. 2007, p. 67.

⁸ LÉVI-STRAUSS, Claude, *El pensamiento salvaje*, *Op. cit.* p. 4. (Las cursivas son mías).

⁹ *Ibid.* p. 24. Aunque enfatiza: “Ahora bien, esta exigencia de orden se encuentra en la base de todo pensamiento que llamamos primitivo, pero sólo por cuanto se encuentra en la base de todo pensamiento: pues enfocándolas desde las propiedades comunes es como encontramos acceso más fácilmente a las formas de pensamiento que nos parecen muy extrañas”. *Ibid.* p. 25. (Las cursivas son mías)

¹⁰ *Ibid.* p. 34.

de acuerdo con una exigencia del pensamiento mágico y las prácticas rituales: poner cada cosa en el lugar que le corresponde de acuerdo al carácter sagrado del mundo, pero considerando a este ordenamiento —que parte del conocimiento de las especies animales y vegetales—, como un interés genuino por saber, conocer, preservar y rememorar, para sólo después declararlas ‘útiles’:

Se objetará que tal ciencia no puede ser eficaz más que en el plano de lo práctico. Pero da la casualidad que su objetivo primero no es de orden práctico. Corresponde a exigencias intelectuales antes, o en vez, de satisfacer necesidades.¹¹

El rasgo característico de este conocimiento no es, exclusivamente, la necesidad de la satisfacción de las necesidades orgánicas o económicas, sino también intelectual, aun cuando el saber venatorio de los cazadores implique una especialización, una concentración de fuerzas respecto de una actividad de subsistencia, que al ser la base del sustento alimenticio es eminentemente material.¹² Lo aprendido descansa en la certidumbre de que la actividad, tal y como se ha hecho, rinde una utilidad imprescindible: alimentarse con la carne del animal y aprovechar sus restos, en mayor o menor grado, para los fines más variados. Sin embargo, la actividad material refleja también una actitud intelectual. ¿No fue la revolución neolítica la que conquistó las técnicas que desarrollaron la cerámica, el tejido, la agricultura y la domesticación de animales? Es decir, lo importante es saber cómo, con qué medios se lleva a cabo la producción de los medios de vida. O sea, interesa saber tanto “*lo que producen*”, como decía Marx en *La ideología alemana*, como el modo “*cómo producen*”,¹³ pues los desarrollos en el modo de vida son también desarrollos de orden intelectual. O para decirlo en otras palabras: “Cada una de estas técnicas supone siglos de observación activa y metódica, de hipótesis atrevidas y controladas, para rechazarlas o para comprobarlas por intermedio de experiencias incansablemente repetidas”.¹⁴

Por ello, este conocimiento que es aprendido por la experimentación incansable (lo que

¹¹ *Ibid.* p. 24.

¹² A propósito, Marx decía: “Toda historiografía tiene necesariamente que partir de estos fundamentos naturales y de la modificación que experimentan en el curso de la historia por la acción de los hombres”. MARX, Karl, *La ideología alemana*, Ediciones Quinto Sol, México, 5ª reimp. 2007, p. 12.

¹³ MARX, Karl, *La ideología alemana*, *Op. cit.* p. 13. Cfr. MARX, Karl, *El capital*, México, Siglo XXI Editores, 23ª ed. 1999, Cap. V, Tomo 1, Vol.1, pp. 215-240.

¹⁴ LÉVI-STRAUSS, Claude, *El pensamiento salvaje*, *Op. cit.* p. 31.

puede llamarse genéricamente experiencia) y que es transmitido de boca en boca a lo largo de generaciones, supone —en las condiciones en las que éste surge y es ejercido— un desarrollo sofisticado de producción, transmisión y preservación o, por llamarlo así, una “memoria” o un patrimonio cognoscitivo que ha llegado hasta nuestros días y que no cesa de transmitirse y, por ende, de reproducirse:

Los mitos y los ritos ofrecen como su valor principal el preservar hasta nuestra época, en forma residual, modos de observación y de reflexión que estuvieron (y siguen estándolo sin duda) exactamente adaptados a descubrimientos de un cierto tipo: los que autorizaba la naturaleza, a partir de la organización y de la explotación reflexiva del mundo sensible en cuanto sensible.¹⁵

Sin embargo, esta sistematización de los datos sensibles ilustra, por su definición precisa, el ingenio, la atención al detalle, el cuidado en las agrupaciones y la centralidad de las semejanzas y las diferencias existentes entre las propiedades comunes de los seres. Siguiendo a Lévi-Strauss, podemos leer lo siguiente: “No es menos cierto que [la] clasificación de los murciélagos, como la de los insectos, las aves, los peces y las plantas, se apoya principalmente en las *semejanzas* y las *diferencias físicas*”.¹⁶

¿Semejanzas y diferencias, no parecen éstas encontrarse en el núcleo duro de la comparación? A través del juego de los parecidos y las desemejanzas los cazadores pueden saber que la huella que les permite seguir el rastro del animal pertenece solamente a uno de ellos —por mucho que ésta se parezca a otra—, precisamente porque conocen a los animales circundantes y tienen la certeza de que esa huella debe pertenecer solamente a uno de entre todos los demás. Su saber es indirecto: las huellas, los indicios que este animal deja a su paso por el terreno (pelo, baba, orina, olor, excremento, etcétera) son los que le permiten saber *qué* tipo de animal es y *cómo* es. A propósito, Lévi-Strauss apunta:

Aun un niño puede a menudo *identificar* la especie de un árbol a partir de un *minúsculo fragmento* de madera y, lo que es más, el sexo de ese árbol, conforme a las ideas que los indígenas tienen acerca de los vegetales; y hace esto observando la apariencia de madera y de la corteza, el olor, la dureza y otros caracteres de la misma clase.¹⁷

¹⁵ *Ibid.* p. 35.

¹⁶ *Ibid.* p. 17. (Las cursivas son mías).

¹⁷ Citado en *Ibid.* p. 17. (Las cursivas son mías). El programa estructuralista y sobre todo semiológico que este libro lleva consigo, fue considerado la obra de un francotirador que apuntaba contra la *Crítica de la razón dialéctica*, de Sartre, pero que a

De este modo, el rastreo de los indicios del cazador refleja un referente muy amplio y un razonamiento que gira en círculos concéntricos que se van cerrando, disminuyendo en tamaño, hasta llegar a un principio básico. En este caso, el punto de partida del seguimiento de las huellas opera mediante el contraste gradual, la separación y eliminación de todas las posibilidades y certezas, procediendo de un conocimiento universal hasta llegar a uno particular. Esta operación es, entonces, el *contraste* de lo que se busca respecto de lo que *no* está siendo buscado: las *diferencias* evidentes de un animal con, o en vez de, el resto de los seres del mundo animal. Se descifra así la *alteridad* del mismo respecto de los demás.

Sin embargo, si los cazadores pueden reconocer al animal sin haberlo visto en ese preciso momento, es porque los indicios reflejan algo sólo en la medida que pertenecen a un referente mayor y, por ello, permiten conocerlo: su existencia indica que algo está ahí, subyaciendo silenciosamente como una presencia soterrada que forma parte de una totalidad difusa. Así, este es un conocimiento por acumulación de posibilidades y certezas particulares que conlleva a un principio general, donde la huella, por insignificante que parezca, puede mostrar a un ojo entrenado la totalidad de la que forma parte. Y este punto de partida es, entonces, el *contraste* evidente *entre* lo que se está buscando: las *similitudes* o *semejanzas* de ese animal con, o entre, los animales del mismo tipo. Esta operación revela su *identidad* respecto de los demás.

En ambos casos,¹⁸ la certeza del punto de partida es mínima (¿sería digna de llamarse hipótesis?) respecto a la forma en que se termina el procedimiento lógico, a través de encontrar lo que se busca (¿podríamos llamarle comprobación?) Y es a través del uso de la imaginación, la intuición o la especulación, como puede procederse a la lenta *afirmación o eliminación* de todas las opciones y posibilidades, para obtener un *principio de certidumbre* sobre lo que se conoce (¿no es ésta la base de la ciencia?). En este sentido, para la distancia temporal, las condiciones históricas, la situación de la vida material, el método del conocimiento indiciario del

su vez fue contestado por historiadores, como Fernand Braudel, debido al silenciamiento de la dimensión temporal, del cambio incesante que está en el centro de la historia. Sin embargo, “Definir esta perspectiva como antihistórica me parece ilegítimo, pero sin duda ha sido entendida como un desafío a la historiografía”. GINZBURG, Carlo, “¿Qué he aprendido de los antropólogos?”, en *Alteridades*, núm. 38, Vol. 19, Universidad Autónoma Metropolitana, México, julio-diciembre, 2009, p. 135.

¹⁸ Sobre estos problemas, ECO, Humberto y Thomas A. SEBEOK, (eds.) *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Pierce*. Lumen, Barcelona, 1989.

cazador (“estrategia cognoscitiva”, como Ginzburg denominó a este modo certero y veraz de aprehender la realidad) es tan coherente, sistemático y válido para él, que los pasos y las premisas por las cuales se guía no son sólo un conocimiento profundamente distinto, paralelo y contrapuesto al de la ciencia, y que a pesar de encontrarse todavía en estado primordial, su existencia sugiere una sistemática y profunda recodificación que la ciencia ha ejercido respecto del conocimiento basado en la experiencia.¹⁹

Al hablar de indicios, huellas y señales que son descifradas por una mirada entrenada, por un sexto sentido que parte de la aguda observación y que es revelador de una realidad más profunda y anteriormente insospechada, Carlo Ginzburg propuso un método interpretativo apoyado en los datos marginales, ocultos, aparentemente insignificantes o en detalles considerados superficiales, irrelevantes o faltos de sentido, pero en cuyo carácter fragmentario y en cuya presencia soterrada se encuentra el acceso a (pues deviene en revelador de) una arquitectura mayor, más profunda, aunque fragmentaria.

Ginzburg sostiene este ‘descubrimiento’ en el registro “vertical” y de más amplia data (“¿Se encontraba esto, todavía, dentro del terreno de la historia? Yo respondería que sí, pensando sobre todo en la historia coyuntural del siglo XVIII”²⁰) al estudiar al cazador del neolítico, al adivinador mesopotámico, al navegante que se guía leyendo la posición de las estrellas en el cielo, a los *connaisseurs* franceses y los principios de la paleografía en la Roma del siglo XVII, hasta el uso de las huellas digitales utilizadas como un instrumento de identificación por la administración inglesa en la India, a finales del siglo XIX.

Pero lo hace igualmente en el otro registro de su ensayo, más coyuntural u “horizontal”, representado por la tríada integrada por el crítico de arte Morelli, (lectura de signos pictóricos),

¹⁹ La observación, la construcción de hipótesis, la experimentación, la comprobación de los resultados o la formulación de teorías, y finalmente de leyes, constituyeron los elementos esenciales del método científico, depurado por sociedades distintas y en diversos grados de desarrollo a través de siglos enteros. Este método dio origen a lo que hoy se conoce como “paradigma científico”, (Newton, Bacon, Descartes y Galileo) autonombrado base, y en ocasiones, único conocimiento del mundo, que con el tiempo fue identificado con la matemática y la física. Las matemáticas, ‘el lenguaje con el que Dios creó al mundo’, procede así de lo inmutable, objetivo y comprobable: el número. Con el afianzamiento de la ciencia, todo el conocimiento verdadero y comprobable del mundo pasó a identificarse con ella. Pero esta racionalidad ha tenido una clara contestación, por autores, como I. Wallerstein, C. Ginzburg, I. Prigogine, S. Hawkins, W. Lepenies o S. Freud, entre otros.

²⁰ GINZBURG, Carlo, “Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario, veinticinco años después”, Trad., de Carlos Antonio Aguirre Rojas, en *Contrahistorias*, núm. 7, *Op. cit.* p. 8.

quien se diplomó primeramente en medicina; el detective Holmes (lectura de indicios) y el médico y psicoanalista Freud (lectura de síntomas).²¹ Finalmente, Ginzburg enlazó ambos registros a partir del estudio de fenómenos separados dentro de un arco temporal que recorre varios milenios, aunque dentro de una narración fragmentada por bruscas discontinuidades.

Así, esta lectura indiciaria que procede de un conocimiento “venatorio”, se ha depurado y enriquecido hasta convertirse —a través de una larga marcha del tiempo—, en un “ritual”: la adivinación de las entrañas de un animal o cuerpo humano sacrificado, en espera de conocer los designios que los dioses tienen reservados para el futuro; en un método: sea “marítimo”, para los navegantes que se orientan con las estrellas, la marea, los vientos, etcétera; “sintomatológico”, para los médicos que diagnostican fijándose en los síntomas más visibles del paciente: ojos, color de la piel, etcétera; o “indiciario”, para los detectives que analizan cada huella por insignificante que parezca; y hasta en un “modelo epistemológico” o, más bien, un “paradigma”, como Ginzburg ha llamado a este conocimiento surgido “silenciosamente”, hacia finales del siglo XIX “en el marco de las ciencias humanas”.²²

En esta examinación tan original y osada, él ‘descubrió’²³ la existencia de un paradigma indiciario basado justamente en la sintomatología, aunque con raíces todavía más complejas y más distantes que la historia coyuntural del último tercio del siglo XIX. En el centro de esta historia reside una estrategia cognoscitiva de existencia milenaria, propia de culturas predominantemente orales. Estrategia vinculada “de un modo privilegiado con el vasto universo de los saberes populares nacidos de la experiencia directa”,²⁴ de cuya forma residual,

²¹ En estos tres casos, “se entrevé el modelo de la sintomatología médica: la disciplina que permite diagnosticar las enfermedades inaccesibles a la observación directa sobre la base de síntomas superficiales, a veces irrelevantes a los ojos del profano”. GINZBURG, Carlo, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”, *Op. cit.* p 107.

²² *Ibid.* p. 93.

²³ Él mismo ha señalado que al explicar el paradigma indiciario había quizá afirmado una “banalidad”, una idea que había sido capaz de atrapar porque “estaba flotando en el aire, en la atmósfera de esa época, y que le había dado voz a ciertos temas difusos y que se encontraban entonces en estado de reposo, bajo una forma latente”. GINZBURG, Carlo, “Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario, veinticinco años después”, *Op. cit.* p. 8. Sin embargo, como ha señalado Carlos Aguirre Rojas, el mérito de Ginzburg no reside en el hecho de haber “descubierto”, “inventado” o “creado”, “por vez primera esos específicos modos de conocimiento de la realidad o *estrategias epistemológicas de aprehensión de lo real*, sino más bien en *haber hecho explícitos y en haber teorizado* dichos modos o estrategias, incorporándolos, aquí sí por vez primera, dentro del abanico *consciente* de las posibles formas de cognoscibilidad de la realidad objetiva”. AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, “Indicios, lecturas indiciarias, estrategia indiciaria y saberes populares. Una hipótesis sobre los límites de la racionalidad burguesa moderna”, en *Contrahistorias*, núm. 7, *Op. cit.*, p. 40.

²⁴ *Ibid.* p. 41

encubierta e incluso expropiada y recodificada por una cultura erudita, adquiere, precisamente, su característica indiciaria o fragmentaria; de simple huella o rastro deformado, distorsionado e indirecto —legible solamente a través del esfuerzo por leer entre líneas y de atravesar las brumas de la ideología dominante—, el indicio adquiere el papel de testimonio o, más precisamente, de prueba; pues “quien dice indicio, dice también prueba”.²⁵

Este paradigma reconocía una realidad quizá ínfima con la intención de descubrir los rastros de eventos no directamente experimentables por el observador (“huellas tal vez infinitesimales permiten captar una realidad más profunda, de otro modo intangible”²⁶), a partir del hecho de interpretarlas y clasificarlas, de leer las anomalías y armar con ellas una serie coherente de acontecimientos con la intención de penetrar profundamente en la realidad (“partir de detalles aparentemente marginales para ser capaces de captar el sentido global de una realidad”²⁷). Pero este paradigma reconocía la realidad a partir de haber detectado las operaciones intelectuales implicadas en este procedimiento, o lectura indiciaria, como en el caso de los adivinadores babilonios; es decir: “análisis, *comparaciones*, clasificaciones”.²⁸

Es decir, de acuerdo con Ginzburg, en la interpretación y análisis del indicio subyace la necesidad de algo con qué *comparar* la huella, el vestigio, la evidencia, la prueba para descubrir sus relaciones y analizar sus diferencias y semejanzas. Considerando nuevamente el caso de los cazadores, se trata de contar con un referente que sirva para cotejar o confrontar la huella del animal: “un marco de referencia” contra el cual *contrastar* el síntoma”.²⁹

²⁵ GINZBURG, Carlo, “Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario, veinticinco años después” *Op. cit.* p. 9. Sin embargo, esta condición ha sido observada también por Bolívar Echeverría, quien señaló: “Y es que el carácter de indicio no le viene al documento de su precariedad, o de su fragmentariedad, de una insuficiencia cuantitativa suya, que le impida cumplir con el ideal de ser una prueba plena. Le viene simple y llanamente del hecho de ser una huella humana”. ECHEVERRÍA, Bolívar, “La historia como desencubrimiento”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 1. Año 1. (Dossier: *Microhistoria Italiana*) México, septiembre 2003-febrero 2004, p. 31.

²⁶ GINZBURG, Carlo, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”, *Op. cit.* p. 106.

²⁷ GINZBURG, Carlo, “Reflexiones sobre una hipótesis”, *Op. cit.* p. 12.

²⁸ GINZBURG, Carlo, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”, *Op. cit.* p. 110. (Las cursivas son mías).

²⁹ Esta es la lectura del Subcomandante Insurgente Marcos acerca del artículo sobre los indicios, de Carlo Ginzburg, en una carta que responde a la invitación que le hizo Adolfo Gilly con la intención de que él discutiera sobre el ‘paradigma indiciario’, teniendo como base la experiencia de ‘El Viejo Antonio’. Véase Adolfo Gilly, SCI Marcos y Carlo Ginzburg, *Discusión sobre la historia*, México: Taurus, 1995. p. 16 (Las cursivas son mías). Sobre este libro, BASCHET, Jérôme “(Re) discutir sobre la historia”, en *Chiapas*, núm. 10. IIE-UNAM y ERA, México, 2000, pp. 7-41. El SCI Marcos ha agregado: “Elías Contreras, como la mayoría de los zapatistas, era un cazador. Y como tal sabía ‘huellar’ al animal. Es decir, sabía seguirle el rastro. El rastro, la huella, el vestigio, la pista. Entre el cazador y el detective hay este hilo común”. Véase: “En memoria de Bertold Brecht” (5/VI/2006), en <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/la-otra-campana/349>.

En este sentido, en el lenguaje contemporáneo, considerando incluso una simple definición de diccionario, *contrastar* implica “comprobar la *exactitud* o *autenticidad* de algo”,³⁰ lo que invita a pensar en la definición de las características precisas o verdaderas de lo que algo es, pero también en la capacidad de testificar la verdad o *identidad* de algo. Implica igualmente “mostrar notables *diferencias*, o condiciones opuestas, con otra, cuando se *comparan* ambas”,³¹ lo que permite hacer distinciones y conocer la diversidad de las cosas, pero también la cualidad por la cual algo se distingue de otra cosa: hacer a alguien o algo diferente, *distinto de otro*. En suma, la condición de ser otro.

¿Supondría este ‘contraste’ una comparación? El procedimiento y el resultado parecen así decirlo. La observación a detalle, activa y metódica que conduce a la identificación del carácter de la huella, es también la precisión, delimitación e identificación de las *similitudes* y las *diferencias*. Esta comparación recurrente, emanada de la sistemática experimentación de la cacería, permite ‘leer’ el libro de la naturaleza e interrogarla metódicamente, descifrando así sus rasgos más elementales y hasta nimios, a partir de complejas operaciones mentales rigurosamente controladas que son imprescindibles para ordenar, clasificar y elaborar el inventario de los seres y de las cosas, a partir de las características y los rasgos *identitarios* de cada uno de ellos.

El ordenamiento del mundo de la vida tiene una validez empírica: la prueba de los datos comprobados pasa por la experiencia directa. Voz maestra del conocimiento, ésta regula la utilidad de lo aprendido, lo pone a prueba, lo moldea a través del tiempo, y finalmente lo convierte en un modo de transmisión de los recuerdos, configurando una memoria que será transmitida incansablemente durante generaciones.

Este procedimiento de contraste, de comparación, muestra un modo de saber y de conocer el mundo: todo puede ser comparable en la medida que se utiliza para conocer y definir lo que algo es frente a lo que *no* es. Sin embargo, esta comparación *recurrente* e *inconsciente*, también parece ser *inherente* a modos de conocimiento antiquísimos

³⁰ Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española. Op. cit.*, p. 643.

³¹ *Ibid.*, p. 643. (Las cursivas son mías).

(subalternos y ‘primordiales’, mas no primitivos³²); comparación que se despliega en un registro de larga duración histórica hasta llegar a la actualidad, sin dejar de transformarse lenta, a veces muy lentamente, pero de forma gradual, obteniendo usos y significados también diversos.

Quizá por ello, esta forma de la comparación parece haberse constituido en parte del acto mismo de comprender el mundo. Sea a partir de la experiencia, sea a partir del sentido común o de la simple analogía, la comparación no ha dejado de ser utilizada en su naturaleza más esencial: representar un modo de saber a partir de la tensión y la dialéctica entre *similitudes* y *diferencias*, entre la *identidad* y la *alteridad*. Por banal que suene, los cazadores no han sufrido una modificación radical en su actividad y hoy día siguen rastreando y contrastando las huellas de los animales como lo han hecho desde épocas pretéritas hasta el día de hoy.

³² El debate sobre esta ‘mentalidad’ primitiva, el “animismo, “pre-animismo”, o “fetichismo”, o incluso pensamiento ‘pre-lógico’ o pre-industrial”, como se denominó a esta visión cualitativamente distinta de la nuestra, tiene implicaciones tanto académicas como también políticas. Frazer y Lévy-Bruhl coinciden en esta caracterización de lo primitivo —a partir del evolucionismo y del positivismo que son característicos de toda una época—, sea por el papel central del pensamiento mágico-religioso (para el primero), que impediría a los ‘primitivos’ observar del mundo más que manifestaciones mágicas y sobrenaturales (totemismo, tabú, brujería, superstición), sea por las ‘representaciones colectivas’ (para el segundo), que en vez de mostrar una incapacidad innata o esencial de los ‘primitivos’ por el pensamiento abstracto, o su manifiesta incapacidad por aprender el principio de contradicción, e inclusive que su pensamiento estaría regido solamente por la utilidad de lo aprendido en función de sus necesidades materiales, Lévy-Bruhl mostraría que la aversión hacia el razonamiento de este tipo es, para el ‘primitivo’, no tanto una incapacidad radical sino un modo de pensar que procede de las ‘representaciones colectivas’ de su sociedad y éstas responden a las instituciones, por lo que ciertos tipos de representaciones y, por tanto, ciertos modos de pensar, pertenecen a determinados tipos de estructura social. De acuerdo con ello, cada tipo de sociedad tiene, entonces, una ‘mentalidad’ característica que responde a un aspecto determinado de las ‘representaciones colectivas’. Sin embargo, la categoría ‘primitivo’ fue y ha sido profusamente utilizada hasta épocas recientes. Evans-Pritchard señalaba que “actualmente a muchos les molesta que se llame a ciertos pueblos primitivos o indígenas, y aún mucho más que se les llame salvajes. Pero a veces estoy obligado a utilizar las designaciones de los autores sobre los que hablo, que escribieron en el vigoroso lenguaje de una época en la que apenas se podía ofender a las poblaciones de las cuales se hablaba, los buenos tiempos de la prosperidad y el progreso victoriano, y se puede añadir, de la afectación: de nuestro pasado esplendor. Pero uso tales palabras en lo que Weber llama un sentido “libre de valoraciones”, y son etimológicamente inobjektas. En cualquier caso, el uso de la palabra “primitivo” para describir a aquellos pueblos que viven en sociedades reducidas, con un material cultural simple y sin literatura, está asentado con demasiada solidez como para poder eliminarse. Tal cosa es lamentable, porque ninguna palabra ha causado mayor confusión en los escritos antropológicos, como se verá, porque puede tener un sentido lógico y otro cronológico y a veces no han distinguido entre ambos ni siquiera los buenos especialistas”. EVANS-PRITCHARD, E.E., *Las teorías de la religión primitiva*, Siglo XXI Editores, México, 8ª edición 1991, pp. 37-38. A diferencia de este respeto por la tradición y la nomenclatura, que es también una visión anacrónica, y con la intención de hacer una defensa de una “ciencia neolítica”, Lévi-Strauss prefería denominar a este pensamiento ‘primitivo’: “una ciencia a la que preferimos llamar “primera” más que primitiva”. LÉVI-STRAUSS, Claude, *El pensamiento salvaje*, *Op. cit.* p. 35. “Este hombre no fue un subhombre, ni un hombre en formación, ni un salvaje primitivo”, decía hace tan sólo unos años un combativo antropólogo, añadiendo que éste “es el hombre primordial”. AUBRY, Andrés, *Chiapas a contrapelo. Una agenda de trabajo para su historia en perspectiva sistémica*. Contrahistorias, México, 2005, p. 38.

Estas acciones ordinarias, habituales o normales —aunque repetidas sin cesar de generación en generación, y reiteradas a través de la costumbre o a partir de miles de ademanes y hábitos—, han sobrevivido hasta nuestra época. Porque esta herencia, que se hunde en el terreno de la experiencia y las estructuras de lo cotidiano, tiene la utilidad de servir para la vida ordinaria y el entorno inmediato. “Estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible”, llamó Braudel al registro profundo de la vida material, de la civilización material:

Omnipresente, invasora, repetitiva, esa vida material se encuentra bajo el signo de la rutina: se siembra el trigo como siempre se ha sembrado; se planta el maíz como siempre se ha plantado; se allana el suelo del arrozal como siempre se ha allanado; se navega el mar Rojo como siempre se ha navegado... Un pasado obstinadamente presente, voraz, engulle de forma monótona el tiempo frágil de los hombres.³³

“Zona de sombra”, una “zona densa, a ras de suelo”, “con frecuencia difícil de observar por la falta de documentación histórica suficiente”, la civilización material “se encuentra en todas partes y adquiere una envergadura sencillamente fantástica”, dice Braudel.³⁴ Así, atrapada en los marcos de la vida cotidiana, localizada en el terreno de la experiencia y el conocimiento directo y considerada una forma de conocer el mundo, cuyo origen puede situarse en la noche de los tiempos, la comparación no sólo parece tener una historia propia, sino que la suya es también una realidad de “muy larga duración” e, incluso, “una zona de sombra” todavía escasamente explorada. Por ello, ignorar la importancia de este largo camino de la comparación, sería tan riesgoso como menospreciar sus efectos.

II. Jerarquía y estratificación

La historia de la comparación —y en este caso quizá sería más adecuado llamar ‘prehistoria’— es también indiciaria. Los indicios que ésta dejó en el largo camino, quizá tan sólo sospechados o leídos a ‘contrapelo’, parecen haberse convertido en el testimonio o la prueba de su propia existencia. Aunque sin haberse escrito, quizá por estar oculta en el marco de la milenaria historia de los saberes de las clases subalternas, aquéllos que estuvieron basados en

³³ BRAUDEL, Fernand, *Civilización Material, Economía y Capitalismo. Siglos XV-XVIII. Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*, Trad. Isabel Pérez Villanueva Tovar. Presentación de Felipe Ruíz Martín, Alianza Editorial, Madrid, 1984, Tomo 1, p. 6.

³⁴ *Ibid.*, p. 2.

la observación total, en la experimentación constantemente repetida sobre la naturaleza, en los contrastes, las tensiones y las rivalidades entre las semejanzas y diferencias físicas que sirvieron de base para los inventarios o las clasificaciones con las cuales la naturaleza fue ordenada durante milenios, la historia de la comparación es parte de una larga serie de procesos intelectuales de larga duración que subsisten todavía entre nosotros, coexistiendo en franca relación asimétrica y en constante conflicto ante el conocimiento más sofisticado y estratificado de lo que se denominó “cultura”, en contraposición al “folklore” o las “artes y tradiciones populares”; “cultura de élite”, a diferencia de la “cultura popular”; o inclusive, “cultura hegemónica”, ante la “cultura subalterna”.³⁵

La historia del pensamiento y del conocimiento está caracterizada por rupturas intelectuales, culturales o artísticas que inauguran épocas nuevas, transformando las apreciaciones acerca del mundo que le rodea, al tiempo que métodos y estrategias de análisis cada vez más sofisticados aparecen en el teatro de la historia universal. Sin embargo, esta historia no debería ser entendida solamente a partir de las épocas, pensadores, obras e ideas hoy día imprescindibles y convertidas en ‘clásicos’, porque la evidente jerarquía, el refinamiento y la sofisticación que han sufrido las culturas subalternas, puede representar un espejismo que refleje su aniquilación o las presente como simples formas degradadas de la cultura de las élites, e incluso sean consideradas una mera antesala o simple anticipación de la cultura erudita y hegemónica.

De este modo, los juicios y las críticas que han sido emitidos sobre este conocimiento, llamado sintomáticamente ‘primitivo’, permiten revelar desfases históricos, incompatibilidades e incomprendimientos culturales, jerarquías intelectuales e intentos de control y dominación social,

³⁵“Mientras los leones no tengan historiadores, las historias de caza glorificarán a los cazadores”, decía John Berger hace algunos años. Véase, *La Jornada*, Lunes 17 de diciembre de 2007. Sección de Política, p. 7. Ítalo Calvino señaló que la valoración del saber “venatorio” cambia radicalmente si uno se coloca desde el punto de vista del cazador al punto de vista del cazado. Retoma el planteamiento de Ginzburg en torno de la relación del saber indiciario con el detectivesco (el detective Holmes, héroe creado por Arthur Conan Doyle) o incluso policíaco (las huellas personales) utilizadas como método de control social generalizado por un funcionario colonial Inglés, planteando la parte negativa del saber venatorio en el mundo moderno: la vigilancia, el control, la búsqueda de culpables. “La maldición de nuestro siglo, señala, es que todo interés cognoscitivo se transforma en culpabilización”. CALVINO, Ítalo, “La oreja, el cazador y el chismoso”, *Op. cit.* p. 69. A propósito, Ginzburg señaló: “No había soñado ni de lejos decir que el paradigma indiciario es bueno y es revolucionario: más bien he tratado de mostrar cómo el poder colonial se ha apropiado de las técnicas de identificación de tipo indiciario de los bengalíes, para oprimirlos mejor. El mismo paradigma puede ser usado como instrumento de subversión o como instrumento de control.” GINZBURG, Carlo, “Intervención sobre el ‘paradigma indiciario’”, en *Tentativas, Op. cit.*, p. 161.

al igual que permiten demostrar que, en la fluctuante línea ofensiva que los usos de los conceptos de 'cultura' o incluso de 'ciencia' dibujan a través de los siglos, el conocimiento en tanto que reflejo de una estructura social determinada no sólo está en disputa, sino en conflicto permanente.

Porque la presión que esta cultura subalterna ha recibido siempre desde *la* cultura o desde *los* métodos científicos, es realmente un enmarañamiento y una sucesión de transformaciones de gran envergadura, en la cual ambos registros no han sido solamente paralelos, sino que también se han relacionado entre sí, manteniéndose en tensión continua, con préstamos, correspondencias, hibridaciones, expropiaciones e influencia recíproca que manifiestan un verdadero campo de batalla, caracterizado por una circularidad cultural cuyo movimiento se despliega hasta la actualidad.³⁶

En el largo camino recorrido por ambos tipos de conocimiento, cualitativamente distintos y hasta contrapuestos entre sí, la 'lectura indiciaria' fue modificándose durante siglos hasta convertirse en un 'paradigma' opuesto al de la ciencia llamada galileana (basada en la generalización, la cuantificación y la repetibilidad de los fenómenos). Pero lo hizo a partir de haber sido expropiada a la cultura de las clases subalternas, ocasionando que el conocimiento indiciario, emergido de la experiencia y por ello obtenido de manera directa, fuera sustituido por un conocimiento indirecto y abstracto que hizo posible transmitir la experiencia también de manera indirecta, por ejemplo, a través del libro (representación *gráfica* de la palabra), cuya jerarquía se estableció sobre la oralidad y fue concebido como la piedra angular del conocimiento del mundo.

Así, el descubrimiento de la escritura impuso una jerarquía frente a la oralidad, e incluso representó una gran línea divisoria en la historia de la humanidad, antes y después de la escritura, —aunque haya sido una distinción romántica, que además de excesivamente racionalista es sobre todo abusiva, pues esto sirvió de base para infravalorar a la tradición oral

³⁶ GINZBURG, Carlo, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Océano, México 1ª reimpresión, 2000; *Los Benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*. Presentación de Carlos Antonio Aguirre Rojas. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005. Sobre la microhistoria, AGUIRRE ROJAS, Carlos, *Microhistoria italiana: modo de empleo*. Fundación Centro Nacional de Historia, Caracas, 2009.

y a los denominados “pueblos sin historia”— o lo que en el siglo XIX se denominó ‘Prehistoria’, a diferencia de la Historia, como si el hecho de *ser* hombre no fuera también ser *hacedor* de historia (“la premisa de toda historia humana es, naturalmente, la existencia de individuos humanos vivientes”³⁷). Con ello se le atribuyó a estas sociedades inventoras de la escritura una racionalidad supuestamente muy superior y un instinto cognoscente mayormente desarrollado y sofisticado.

No hay que olvidar, sin embargo, que la comunicación verbal es la forma de comunicación por excelencia —por ejemplo los jeroglíficos y la escritura posterior son representaciones fonéticas antes que propiamente letras, tal y como en los idiomas contemporáneos—, y que es la repetición simultánea de los sonidos, como decía Panofsky, lo que les atribuye la ilusión de imponerse “en el mismo segundo al pensamiento”,³⁸ siendo asemejados, por ende, con la propia cognoscibilidad. Y esto refleja el grado de estratificación de los saberes modernos, que están basados no tanto en la oralidad como en principios *positivos*: la letra para las ciencias humanas, y el número para la matemática y la física.

Sin embargo, esta apropiación del conocimiento indiciario (el saber popular) por el conocimiento científico (el saber culto), y la posterior jerarquía de este último sobre el primero, es una transformación que ocurrió muy lentamente, en varias etapas de la historia y durante miles de años: del neolítico hasta el siglo XVIII.³⁹

Al seguir de cerca esta argumentación, es necesario preguntarse si ésta es suficiente para inferir que otro saber haya corrido con igual suerte; si ello invita a pensar que la comparación basada en las similitudes y las diferencias (que permiten igualmente encontrar las tensiones entre la identidad y la alteridad), no fue un saber “expropiado” a las clases populares (puesto que es una necesidad cognoscitiva común a “todo tipo de pensamiento”, como dice M.

³⁷ MARX, Karl, *La ideología alemana*, *Op. cit.* p. 12.

³⁸ Citado en SCHMITT, Jean-Claude “El historiador y las imágenes”, en *Relaciones*, núm. 77. Zamora, El Colegio de Michoacán, 1999, p. 26.

³⁹ Considerando su propia argumentación, particularmente en el corte horizontal de la tríada Morelli, Holmes, Freud, Ginzburg afirma: “En el curso del siglo XVIII la situación cambia. Hay una verdadera ofensiva cultural de la burguesía, que se apropia en gran parte del saber, indiciario y no indiciario, de artesanos y campesinos, codificándolo y, simultáneamente, intensificando un gigantesco proceso de aculturación, ya iniciado (obviamente bajo formas y contenidos diferentes) por la Contrarreforma. El símbolo y el instrumento central de esta ofensiva es, naturalmente, *L’Encyclopédie*”. GINZBURG, Carlo, “Huellas. Raíces de un paradigma indiciario”, *Op. cit.* pp. 135-136.

Bloch), sino *jerarquizado* y *estratificado* lenta y sistemáticamente, para que posteriormente se convirtiera —a partir de un movimiento múltiple de expropiación y re-actualización, lo cual originó unos códigos diferentes de los que representaban su característica original—, en un saber más sofisticado, volviéndose un rasgo característico de la primacía de la cultura hegemónica respecto de la cultura subalterna.

Sería un momento de estratificación de un saber basado en la observación y la experiencia, que durante siglos ha servido para leer la naturaleza, descifrar los parecidos y las desemejanzas entre los seres, y poder así organizarlos y clasificarlos, pero que también permitía *experimentar* directamente sobre la naturaleza. ¿Acaso el cazador no lee las huellas de su presa a partir de contrastarlas una y otra vez?, ¿y no sólo lo hace observando los mechones de pelo, la baba o las bolas de estiércol, sino hasta en ocasiones catando o paladeando esas mismas huellas con la intención de examinar su sabor, no tanto para saber si su presa ha pasado por ahí y adónde ha ido, sino para saber qué ha comido, saber dónde ha estado, adónde ha dormido y dónde podría entonces localizar su madriguera?

Pasajes de historias de caza o las pesquisas de Sherlock Holmes ilustran bien este tipo de operaciones destinadas a comparar, descubrir y comprobar las propiedades de algo, precisamente a través de la examinación directa de sus olores y sabores. “Gustar el fruto, oler las hojas, quebrar y examinar el tallo”,⁴⁰ decía Lévi-Strauss acerca del procedimiento emprendido por los pigmeos de las Filipinas para encontrar la “identidad” de una planta.

Así entendida, aun siendo anterior por siglos al punto de inflexión de la ‘física galileana’, cuyo consenso permite suponer el nacimiento de la física moderna y el modelo paradigmático que rige el actual concepto de ciencia, ¿la comparación podría representar el puente entre experiencia y experimentación? A propósito de esta distancia, Koyré señalaba enfáticamente:

Es perfectamente cierto, por supuesto, que la observación y la experimentación constituyen uno de los rasgos más característicos de la ciencia moderna. (...) Sin embargo, no hay que olvidar que la observación o experiencia en el sentido de una experiencia espontánea del sentido común no desempeñó un papel capital — o si lo hizo fue un papel negativo, el del obstáculo— en la fundación de la ciencia moderna (...) No es la experiencia, sino la “experimentación” lo que

⁴⁰ *Supra*, nota 8.

desempeñó —más tarde sólo— un papel positivo considerable. La experimentación consiste en interrogar metódicamente a la naturaleza; esta interrogación presupone e implica un *lenguaje* en el que formular las preguntas, así como un diccionario que nos permita leer e interpretar las respuestas.⁴¹

Pero si la experimentación consiste en interrogar “metódicamente a la naturaleza”, ¿pensando en el caso de este último contraste entre las huellas, qué es exactamente lo que representa esta *experimentación directa*, en relación con la *experimentación indirecta*, que más adelante se convertiría en un método científico?, ¿podría ser que la experimentación directa, al igual que sucedió con la experiencia directa, haya sido jerarquizada y estratificada muy lentamente, hasta ser convertida en experimentación indirecta y abstracta? Es decir, si este fuera el caso de la comparación, cuya importancia se debe a la interrogación sistemática de la naturaleza, que en su origen estuvo mezclada tanto con actividades materiales de subsistencia como con interpretaciones mágicas o sobrenaturales, ¿es posible que haya sufrido un doble movimiento de jerarquización y secularización durante cientos de años de desarrollo intelectual? Es decir, ¿cuándo y de qué manera este conocimiento subalterno fue jerarquizado y re-codificado por la cultura erudita y hegemónica, hasta convertirlo progresivamente en un ‘método’ de análisis?, y además, ¿qué es exactamente lo que cambió de la comparación en este complejo movimiento? Responder a estas preguntas no es una empresa sencilla y en el estado actual de las investigaciones sobre el tema, es difícil saberlo con precisión.

Pero historiar la comparación convertida en un método de análisis propio del saber de la cultura erudita, saber cómo ha sido construido, dónde puede hallarse, cuándo ha surgido, en qué medios ha sido usado y con qué éxito, e incluso qué ha quedado de él a lo largo del tiempo, implica prestar atención a la propia historia: al tiempo y los espacios donde ésta se ha establecido, intentando saber cómo surge esta idea de la comparación y cómo es que llega a usarse.

Si el núcleo de la comparación se basa en la tensión entre las semejanzas y las diferencias, el rastreo de las huellas de esta historia (orientado menos a la identificación de los orígenes, que a las filiaciones, los contactos y las prácticas), quizá deba enfocarse más en una

⁴¹ KOYRÉ, Alexandre, *Estudios de historia del pensamiento científico*, Siglo XXI editores, México, 3ª Edición, 1980, pp. 152-153. (Las cursivas son mías).

lectura indirecta o incluso ‘a contrapelo’ de los testimonios existentes, que en el descubrimiento de grandes tratados sobre esta forma de conocimiento del mundo. “Inútil buscar aquí los grandes tratados de método histórico”, ha señalado con prudencia Jean-Marie Hannick.⁴²

De este modo, ante la dificultad que implica mostrar este movimiento, quizá lo más prudente sea evitar identificar la ausencia de los testimonios con la ausencia de los hechos, pues el silencio de los testimonios no es igual al silencio de los hechos. Sin embargo, cuando no es posible responder, siempre queda el recurso de sugerir. “Hay quienes representan la corriente de la evolución humana formada por una serie de breves y profundas sacudidas, cada una de las cuales no duraría sino el término de unas cuantas vidas”, dice Marc Bloch, añadiendo:

Por el contrario, la observación prueba que en este inmenso continuo, las más grandes conmociones son perfectamente capaces de propagarse desde las moléculas más distantes hasta las más cercanas (...) En fin, entre las cosas pasadas ¿habrá que considerar inútil el conocimiento de aquéllas —creencias que desaparecen sin dejar la menor huella, formas sociales abortadas, técnicas muertas— que al parecer han dejado de dominar el presente? Ello sería olvidar que *no existe conocimiento verdadero sin una cierta escala de comparación*, a condición, por supuesto, de que se confronten realidades diversas pero también parecidas.⁴³

Para el caso de la historia, en un tono que recuerda a Bloch, Ginzburg ha señalado:

Sin duda *el único modo de realizar un experimento dentro de la historia es trabajar en una escala comparativa*, pues sería imposible, o inmoral, o también insensato, iniciar por ejemplo un movimiento religioso sólo como parte de un experimento (...) Conuerdo plenamente, por lo tanto, en esta importancia de las comparaciones explícitas, aunque por otro lado creo que es prácticamente imposible no comparar. *De hecho, nuestra mente funciona comparativamente*, y la interferencia del pasado y de los recuerdos en los procesos cotidianos del día a día, revela que *siempre existe una comparación implícita*.⁴⁴

Antes que ellos, Émile Durkheim, quien fue uno de los grandes maestros de M. Bloch, señalaba: “Para remplazar a la experimentación, que es imposible, nos haría falta al menos la

⁴² HANNICK, Jean-Marie, “Simples réflexions sur l’histoire comparée”, en *Folia Electronica Classica* (Louvain-la-Neuve) Número 2, Julio-diciembre 2001. Disponible en: <http://bcs.fltr.ucl.ac.be/fe/02/Hist.html>.

⁴³ BLOCH, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Trad. del francés por M. Jiménez y D. Zaslavsky. Edición crítica preparada por Étienne Bloch, presentación a la edición en español de Carlos Aguirre Rojas y presentación a la edición francesa de Jacques Le Goff. FCE, México, 1998, pp. 153-154. (Las cursivas son mías).

⁴⁴ *Supra*, nota 3. (Las cursivas son mías)

comparación”.⁴⁵ E incluso añadía:

Cuando pueden ser producidos artificialmente a voluntad del observador el método es la experimentación propiamente dicha. Cuando, por el contrario, no nos es dado producir los hechos y sólo podemos cotejarlos tal y como se han producido espontáneamente, el método que se emplea es el de la *experimentación indirecta o método comparativo*.⁴⁶

Al parecer, en estas ideas se encuentra la clave que permite afrontar el problema. No tanto a partir del desarrollo histórico como de la morfología histórica. Es decir, ver el problema no en su desarrollo lineal y cronológico, sino observar nexos históricos a través del cambio de sus formas, de sus usos, de las maneras en que ha sido empleado y ha venido modificándose. *Morphologia ancilla historiae*, ha nombrado Carlo Ginzburg a este “instrumento capaz de señalar nexos históricos desconocidos” (inspirada en Propp y en Wittgenstein), que por su propia naturaleza es un modelo explicativo “morfológico-diagramático”, antes que “genético-narrativo”.⁴⁷ Ello permite una comparación con elementos diversos en tiempos y lugares lejanos entre sí.

A propósito, en sus densas pero inconclusas reflexiones sobre *La rama dorada* de Sir James Frazer, Wittgenstein decía:

La explicación (*Erklärung*) histórica, la explicación como hipótesis de desarrollo, es sólo un modo de conjuntar los datos: es su sinopsis. Es igualmente posible ver los datos *en su relación mutua* y sintetizarlos en un modelo general (*allgemeines Bild*) sin que esto tenga la forma de una hipótesis sobre el desarrollo temporal.⁴⁸

Para Wittgenstein, el modo en que Frazer unía los hechos se le podía representar mediante una hipótesis evolutiva o agrupando el material de los hechos en una “representación

⁴⁵ DURKHEIM, Émile, “Debate sobre la explicación en historia y en sociología”, [1908] en *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. Traducción, introducción y notas de Santiago González Noriega. Alianza Editorial, Madrid, p. 296. (Las cursivas son mías).

⁴⁶ *Ibid*, p. 185. Por su parte, Marcel Detienne señalaba: “Es imposible construir elementos comparables sin experimentar”, en *Comparar lo incomparable. Alegato en favor de una ciencia histórica comparada*, (Col. Historia, Ciencia, Sociedad), Trad. Marga Latorre, Península, Barcelona, 2001, p. 14.

⁴⁷ GINZBURG, Carlo, “¿Qué he aprendido de los antropólogos?”, *Op. cit*, p. 137. Del mismo autor: “Semejanzas de familia y árboles de familia: dos metáforas cognoscitivas”, en *Contrahistorias* núm. 7 *Op. cit*. pp. 17-36; *Pesquisa sobre Piero*. Muchnik Editores, Barcelona, 1984; “Datación absoluta y datación relativa: sobre el método de Longui”, en *Tentativas*, *Op. cit*. pp. 117-196; “Da A. Warburg a E.H. Gombrich”, en *Studi medievali*, s. 3ª, VII, 1966, pp. 1015-66; *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 2ª, reimp.1999; *Historia nocturna. Las raíces antropológicas del relato*. Península, Barcelona, 2003.

⁴⁸ WITTGENSTEIN, Ludwig, *Observaciones a La rama dorada de Frazer*, Introducción y traducción de Javier Sádaba, Edición y notas de José Luis Velázquez, Tecnos, Madrid, 2008, p. 65. (Las cursivas son mías).

perspicua” (*übersichtlichen Dasterllung*). El concepto de “representación perspicua”, observaba Wittgenstein, designaba la manera según la cual vemos las cosas (una especie de *Weltanschauung*), puesto que “es el medio para la comprensión consistente en “ver las conexiones”. De ahí la importancia de encontrar *cadena intermedias (Zwischengliedern)*”.⁴⁹ De acuerdo con el procedimiento anterior, es posible ver los datos “en su relación mutua”, vinculándolos o tendiendo un nexo entre ellos. La propuesta de Wittgenstein es clara: “No obstante, una cadena hipotética intermedia lo único que hará, en este caso, es llamar la atención sobre las semejanzas, sobre el nexo entre los hechos”.⁵⁰ Así, la “representación perspicua” es sólo un modo de conjuntar los datos y sintetizarlos, no sólo alternativo, sino “implícitamente superior a la presentación histórica porque: a) era menos arbitraria y b) era inmune a hipótesis evolutivas no demostradas”,⁵¹ como ha sido observado por Ginzburg.

En dos libros de gran importancia, *Raíces históricas del cuento y Morfología del cuento*, que constituyen el modelo del cual parte el análisis morfológico de Ginzburg, (“mi modelo era y es Propp”⁵²), Vladimir Propp hizo referencia a este procedimiento con la intención de explicar un tipo de abordaje comparativo y morfológico en el estudio de los cuentos y del folklore. En el primero de ellos, él definía el punto de partida de su investigación como un trabajo “de folklore comparado histórico sobre la base del material ruso considerado como punto de partida”,⁵³ señalando lo siguiente:

El estudio de la estructura de los cuentos maravillosos demuestra su estrecho parentesco recíproco. Este parentesco es tan íntimo que no se puede separar con exactitud un tema de otro. Lo cual nos lleva a dos premisas importantísimas. Primera: ningún tema del cuento maravilloso puede ser estudiado por sí mismo; segunda: ningún motivo del cuento maravilloso puede ser estudiado prescindiendo de sus relaciones con el conjunto.⁵⁴

Propp consideraba al análisis morfológico como un instrumento útil para la investigación histórica, aunque primero atendiera a las formas de los cuentos (“qué es un cuento”), como condición elemental para contestar a la pregunta genética sobre el origen de los cuentos (“de

⁴⁹ *Ibid.*, p.68.

⁵⁰ *Ibid.*, p.68.

⁵¹ GINZBURG, Carlo, *Historia nocturna*, *Op. cit.* pp. 46-47.

⁵² GINZBURG, Carlo, *Mitos, emblemas, indicios*, *Op. cit.* p. 15.

⁵³ PROPP, Vladimir, *Raíces históricas del cuento*. [1946] Trad. J. Arancibia, Colofón, México, 2ª ed. 1989, p. 30.

⁵⁴ *Ibid.*, p. 9.

dónde vienen los cuentos”). Puesto que al interesarse en la descripción previa de los cuentos (que a diferencia de otros géneros literarios, como la fábula, la oda, o el drama, etc., era todavía inexistente en su época), de sus partes constitutivas y de las relaciones de esas partes entre sí y con el resto del conjunto del que forman parte, Propp lo hacía, sin embargo, como condición para entender también el estudio genético o la historia de los propios cuentos. “Limitémonos a afirmar que, en tanto no exista un estudio morfológico valedero”, dice Propp, “no existirá tampoco un estudio histórico valedero. En tanto no sepamos descomponer un cuento en sus elementos constitutivos, no sabremos tampoco realizar comparaciones correctas”.⁵⁵

Este procedimiento, atento a la descripción de las partes que después servirían para la comparación, seguía los pasos de Goethe, a quien Propp cita en los epígrafes de su *Morfología del Cuento*. El autor de *Las afinidades electivas*, novela a la que Walter Benjamin dedicó un estudio,⁵⁶ decía en su *Diario* de 1790: “estaba plenamente persuadido de que un tipo general, al constituirse a través de metamorfosis, pasaba por todas las entidades orgánicas, y que era posible observar todas sus partes en ciertas etapas intermedias”.⁵⁷

El estudio sobre la morfología adquiere en Propp un carácter programático (“En el actual estadio de nuestra ciencia es más importante estudiar el nexo de los fenómenos que elaborar con todo detalle cada fenómeno concreto”⁵⁸), pero la intención de este procedimiento era responder a un problema de importancia excepcional, el de los parecidos o las analogías, o el problema “de la semejanza entre los cuentos del mundo entero”,⁵⁹ es decir, la intención era establecer “una morfología del cuento”, una descripción del cuento “según sus partes constitutivas y según las relaciones de esas partes entre sí y el conjunto”.⁶⁰

⁵⁵ PROPP, Vladimir, *Morfología del cuento*. [1927] Colofón, México 7ª ed. 1999, p. 22.

⁵⁶ BENJAMIN, Walter, *Dos ensayos sobre Goethe*. Trad. G. Calderón y G. Mársico, Barcelona: Gedisa, 1996. Es curioso observar el parecido de estas “afinidades electivas” y de la morfología con el concepto del pasado histórico, selectivo y no homogéneo, entendido por Benjamin a modo de una ‘constelación en el cielo de la historia’. Por su empatía con los “vencidos” u “oprimidos”, él definió esta aproximación con el nombre de historia “a contrapelo”. Por ejemplo, en su Tesis VI *Sobre el Concepto de Historia*: “Articular históricamente el pasado no significa conocerlo “tal como verdaderamente fue”. Significa apoderarse de un recuerdo tal como éste relumbra en un instante de peligro”. BENJAMIN, Walter, *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Traducción y Presentación de Bolívar Echeverría. México: Contrahistorias, 2005, p. 20.

⁵⁷ PROPP, Vladimir, *Morfología del cuento*, *Op. cit.*, p. 27.

⁵⁸ PROPP, Vladimir, *Raíces históricas del cuento*, *Op. cit.* p. 30.

⁵⁹ PROPP, Vladimir, *Morfología del cuento*, *Op. cit.*, p. 22

⁶⁰ *Ibid.*, p. 28.

A partir de la morfología es posible encontrar nexos anteriormente inobservados, en los cuales es posible analizar que al igual que la experiencia directa, al ser desenraizada del conocimiento que partía de la observación total, de la necesidad de agrupar las propiedades comunes de los seres, en torno de la tensión y la rivalidad entre similitudes (identidad) y diferencias (alteridad), la experimentación directa no sólo fue alejada de la relación material con el mundo sensible, quedando tanto en estado residual como circunscrita al 'caso' concreto, sino que al ser 'elevada' a una forma más sofisticada, a partir del hecho de haberse vuelto más abstracta, la experimentación indirecta permitió que la comparación fuera posible en vez de, o más allá de, las propiedades materiales de los seres del mundo natural, pudiendo ser utilizada en una variedad de 'casos' y para diversos fines, permitiendo, entre otras cosas, comparar pueblos y civilizaciones enteras.

Pero en esta transformación hacia una nueva forma o hacia una forma más sofisticada, la comparación, entendida como experimentación indirecta, preservó un carácter fundamental, resabio de la forma anterior y más añeja: las similitudes y las diferencias, herramientas imprescindibles para ordenar y clasificar el conocimiento del mundo. Si todo ello implica pensar esta profunda metamorfosis desde un observatorio epistemológico todavía más amplio y complejo, ¿cuál sería el específico lugar que le corresponde a la comparación dentro de este amplio movimiento?, ¿cuál es, entonces, el proceso de transformación que conlleva a este paso caracterizado por la tensión y la distancia entre una experimentación directa y una experimentación indirecta?, ¿ello permitiría una narración de las acciones humanas a través del contraste entre la identidad y la alteridad?

En este complejo movimiento de saberes diferenciados, estados de cambio profundo, figuras de ruptura y de mutación radical, la comparación adquiere un nuevo sentido a partir de un proceso de secularización y de exigencia racional. Movimiento que atraviesa un lento y complejo recorrido en el marco de la transformación del pensamiento mítico al pensamiento positivo y abstracto, que para el caso del contraste entre las similitudes y las diferencias, o el contraste entre la identidad y la alteridad, éste se sitúa en el nacimiento mismo de la historia.

III. Hacia el pensamiento positivo y abstracto

“Cierta forma de comparativismo es tan vieja, que la historia”, señala Jean-Marie Hannick, “debe su nacimiento, al menos en gran parte, a la comparación”.⁶¹ Y no le falta razón, pues las preguntas: ¿qué es el mundo, cómo fue hecho y por quién?, o ¿de dónde venimos?, ¿qué es el hombre?, ¿quiénes somos?, hasta ¿por qué somos (“nosotros”) diferentes (de “los otros”)?, son tan antiguas como el propio conocimiento y, de una forma u otra, pueden encontrarse en diferentes culturas y civilizaciones a lo largo de la historia, ya que cuestionan el principio de todo y permiten que el ser humano adquiriera una visión de sí mismo.

Aunque originalmente formuladas en un sentido mítico-religioso y por tanto respondidas a través del mito y la leyenda, que explicaban tanto los fenómenos naturales como los humanos a partir de acontecimientos o acciones de tipo sobrenatural, la importancia de estas preguntas reside en el hecho de que reflejan una serie de movimientos intelectuales de gran envergadura, puesto que al explorar y en cierta medida conquistar el espacio circundante, o al familiarizarse con su grupo inmediato e identificarse con su comunidad, así como al cuestionarse y buscar explicaciones sobre el orden y el sentido del mundo que le rodea, el ser humano se alza por encima de las condiciones ordinarias de su existencia, superándose a sí mismo.

Esta es la distancia entre un conocimiento que parte del cómo es el mundo, al por qué es así, de cierta manera y no de otra. De tal forma que la importancia de estas preguntas no reside tanto en la extraordinaria diversidad de las respuestas que han ocasionado y el conflicto que en términos religiosos también han desatado, como en el intento de responderlas a través de principios inteligibles y una coherencia lógica que permitiera comprender el mundo más allá de la experiencia, las apariencias de las cosas, o la visión sobrenatural del mundo, lo que en los griegos de la Antigüedad implicó la sustitución del mito por la ciencia y la filosofía.⁶²

⁶¹ HANNICK, Jean-Marie, “*Simple réflexions sur l’histoire comparée*”, *Op. cit.* p. 7

⁶² En la Grecia arcaica, “el científico sabe no sólo que algo es así, que es lo que la experiencia revela, sino, además, por qué es así. El científico ha adquirido mediante razonamientos el “saber de las causas y de los primeros principios” (Aristóteles, *Metafísica*, I, 1). En esto consiste la sabiduría, *sophía*, y de aquí que su poseedor sea un “filósofo”, es decir, un amante de la sabiduría. Los intereses y las finalidades del hombre de ciencia eran idénticos con mucha mayor frecuencia que sus personas. En los primeros tiempos esta identidad personal fue completa, pero, al ir aumentando los conocimientos, aparecieron las

Pero su importancia reside también, y sobre todo, en el carácter y la naturaleza de su propia formulación. O sea, el carácter fundamental de estas preguntas consiste en cómo han sido planteadas o estructuradas, pues parecen referirse al cuestionamiento primordial de la *identidad* y la *alteridad*. Y en este sentido refieren también a un problema universal y transhistórico, que es el de la identificación de las *similitudes* y las *diferencias*; pero ya no sobre las que refieren a las propiedades del mundo sensible en cuanto sensible, sino las que existen entre pueblos, sociedades, culturas y civilizaciones.

En este sentido, la comparación permitiría experimentar indirectamente sobre sociedades, pueblos, culturas y civilizaciones, a partir del contraste entre ciudades e imperios diferentes y rivales entre sí, o entre un sistema de pensamiento y códigos culturales distintos, así como a través del contraste entre las mismas formas de organización social y códigos identitarios compartidos, haciendo posible penetrar en lo diverso o lo distinto, en un esfuerzo por pensar al Otro desde un marco de referencia concreto o particular: la propia identidad.

Estas pistas, quizá sospechadas todavía, parecen estar presentes lo mismo en el registro de las culturas subalternas —quienes a través de la tensión de similitudes y diferencias, plantearon la complejidad de la relación entre identidad y alteridad—, como también en el de las culturas eruditas y hegemónicas, que emplazaron a su vez el problema de las similitudes y las diferencias pero a una escala de comparación jamás observada, al haber sido emplazada entre sociedades, culturas y civilizaciones más próximas o más lejanas, con la intención racional de conocer el mundo y saber acerca del mundo.

Comparación universal y transhistórica que fue abordada a través de la premisa lógica de indagar la identidad frente a la alteridad, cuyo contraste fue siempre favorable a la primera, por lo que a través del contacto se erigió triunfadora sobre la denostación de la segunda. Esta característica ha venido atravesando siglos enteros de sucesivas transformaciones intelectuales, manteniéndose como uno de los caracteres fundamentales de la comparación en el registro más profundo de su historia. Para verla con precisión, primero es necesario dirigirse

especializaciones y ciertas divergencias de intereses. (...) Pero nunca se llegó a extremos de un total rompimiento: el del “filósofo-hombre de ciencia” siguió siendo el tipo reconocido y ordinario”. FINLEY, Moses I., *Los griegos de la antigüedad*. (Nueva Colección Labor) Prólogo de José Alsina, Editorial Labor, Barcelona 1962, pp. 122-123.

hacia la gestación del pensamiento abstracto y positivo.

De acuerdo con el historiador Moses Finley: “la ciencia y la filosofía griegas eran “aristocráticas”, en el sentido de que sólo las cultivaban las clases desocupadas”,⁶³ refiriéndose particularmente a los personajes cuya dedicación práctica exclusiva eran la guerra, la política, o la poesía y la oratoria. El extraordinario desarrollo de la ciencia en Grecia adquiere así la distinción y la posición de clase. De tal forma que los conocimientos empíricos en agronomía, anatomía humana y fisiología, ingeniería, metalurgia, mineralogía, astronomía y navegación, que los griegos tenían ya desde finales del período arcaico, hacia el siglo V se volverían más refinados y sofisticados a partir de la acción de una élite. Las investigaciones de la escuela hipocrática de medicina o los estudios del cielo y las mejoras del instrumental de cálculo y observación, por parte de los astrónomos y geógrafos matemáticos, derivaron en una serie de ‘avances’ de trascendencia histórico-universal. Por ejemplo:

La práctica hipocrática de auscultar el corazón; los *Elementos* de Euclides; el descubrimiento, por Arquímedes, de la ley de equilibrio de los cuerpos flotantes; el tratado de las secciones cónicas escrito por su coetáneo Apolonio de Pérgamo; el cálculo, por Eratóstenes, del diámetro de la tierra en muy poco menos que su medida exacta; el de la precesión de los equinoccios hecho por Hiparco; los artefactos movidos por vapor, que ideara Hierón.⁶⁴

Estos logros, como bien señala Finley, “no serían igualados en Europa hasta después de mil quinientos años”.⁶⁵ Sin embargo, como él mismo infiere, el avance encontró su freno en la misma motivación que lo había impulsado. Para los griegos el saber era considerado un bien, y por ende, el máspreciado de los bienes era la sabiduría. Su finalidad era, sin embargo, “el saber, el conocer” mas “no el hacer”.⁶⁶

Salvo la política o la guerra, los intereses prácticos de los filósofos no seguían la misma dirección que sí tenían las abstracciones propias de la ciencia y la filosofía, estableciendo por tanto una jerarquía de valores según la cual las actividades artísticas (la *tekhné*, o la “habilidad en fabricar algo”) eran consideradas de inferior categoría. Sin mostrar desprecio por la habilidad y hasta la excelencia de los artífices, cuya mano de obra especializada manifestaba

⁶³ *Ibid.* p. 127.

⁶⁴ *Ibid.* p. 124.

⁶⁵ *Ibid.* p. 125.

⁶⁶ *Ibid.* p. 123.

constantes progresos en su conocimiento de los materiales y de las técnicas, lo cierto es que una *tekhné* no podía tener la categoría de una ciencia. Esta jerarquía, señalada entre otros por Aristóteles (*Ética*, VI, 4-7) fue establecida en torno de lo siguiente:

El término *sophía* se emplea en las artes para designar a aquellos hombres que son los más perfectos poseedores de su técnica, por ejemplo, se aplica a Fidias como escultor y a Policleto como estatuario. En ese uso, pues, *sophía* quiere decir sólo excelencia artística.⁶⁷

De tal forma que el amplio movimiento intelectual y la jerarquización que representó la ciencia griega sobre el conocimiento de las clases subalternas, sólo puede ser comparable con el de la filosofía, considerando que las finalidades de explicación entre una y otra eran similares. Las explicaciones intelectualmente poco satisfactorias que proporcionaban la religión y los mitos, dieron a los filósofos la oportunidad de explicar el mundo a través de sus observaciones, reflexiones, debates e hipótesis. Mas no se trata de pensar en la total futilidad de los mitos ante un pretendido comienzo absoluto de la filosofía. “Viajero sin equipajes”, ha dicho y con ironía el historiador Jean-Pierre Vernant, “la filosofía vendría al mundo sin pasado, sin padres, sin familia; sería un comienzo absoluto”.⁶⁸

Tanto en Grecia como en China o la India, África, el Oriente próximo y la América antigua, los mitos habían otorgado durante milenios el sentido y la trascendencia de la vida humana, al brindar respuestas a los cuestionamientos primordiales sobre el origen del universo y la vida de los hombres. “¿Qué había antes de que existiera el mundo tal como lo conocemos?”, se cuestiona Vernant, para contar después el ‘Había una vez’, o el relato griego del origen del universo:

Al principio, sólo existía el Vacío; los griegos lo llamaron *Caos*. (...) En el origen, pues, sólo existía el *Caos*, abismo ciego, oscuro, ilimitado. (...) Después apareció la Tierra. Los griegos la llamaron *Gea*. (...) Podríamos definir a *Gea* como aquello sobre lo cual los dioses, los hombres y los animales pueden caminar con soltura. Es el suelo del mundo. (...) Después del *Caos* y la Tierra aparece, en tercer lugar, lo que los griegos llamaron *Eros* y denominaron más adelante “el viejo Amor”, representado con canas en las imágenes: es el Amor primordial. (...) De la misma manera que la Tierra ha surgido del *Caos*, brotará de ella lo que contiene en sus profundidades. (...) La Tierra pare en primer lugar a un personaje muy importante: *Urano*, el Cielo, en el que se

⁶⁷ *Ibid.* p. 128.

⁶⁸ VERNANT, Jean- Pierre, *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, (Col. Ariel Filosofía) Trad. Juan Diego López Bonillo. Ariel, Barcelona, 2001, p. 335.

incluyen todos los astros que lo pueblan. A continuación trajo al mundo a *Ponto*, es decir el agua, todas las aguas, y más exactamente, el mar. (...) De ese modo se construye el mundo a partir de tres entidades primordiales: *Caos*, *Gea* y *Eros* y, a continuación, de dos entidades paridas por la Tierra: *Urano* y *Ponto*. (...) A partir de ahí se originan relatos muy distintos, historias violentas y dramáticas.⁶⁹

Visto el problema desde esta óptica, la importancia de la filosofía no reside en que haya sido el único sistema de pensamiento que intentó brindar a estas preguntas primordiales una explicación, por vez primera y en todos lados, sino sobre todo en el modo distinto, original y verdaderamente nuevo de examinarlas y responderlas racionalmente, despojándolas de su misterio y características sobrenaturales. “¿Cómo se efectúa el tránsito desde un pensamiento marcado por la ambigüedad y su lógica”, se ha cuestionado Marcel Detienne, “a otro que parece inaugurar un nuevo régimen intelectual, el de la argumentación, el principio de no-contradicción, así como el del diálogo con el sentido, con el objeto de un enunciado y de su referencia?”⁷⁰

En esta recodificación de las preguntas primordiales, la génesis del orden cósmico y la explicación de los hechos atmosféricos, o los *meteora*, dejaron de ser inteligibles en el lenguaje del mito y se convirtieron en la materia de la primera reflexión filosófica. Así, la gran transformación intelectual que representó la “razón por la cual la filosofía deja de ser mito para devenir filosofía”,⁷¹ reside en un doble movimiento que planteaba problemas y los consideraba objetos de una discusión racional, lo que permitía indagar en las características últimas de las propiedades de la materia o de los seres, así como en el pensamiento abstracto, en vez de establecer una narración del principio del universo, los dioses y los hombres. Esta “doble revolución”, según Jean-Pierre Vernant, engendró la filosofía griega:

El nacimiento de la filosofía aparece pues, solidario de grandes transformaciones mentales: un pensamiento positivo, que excluye toda forma sobrenatural y que rechaza la asimilación implícita establecida por el mito entre fenómenos físicos y agentes divinos; un pensamiento abstracto, que despoja a la realidad de este poder de mutación que le prestaba el mito, y que rehúsa la vieja imagen de la unión de los contrarios en provecho de una formulación categórica del principio de identidad.⁷²

⁶⁹VERNANT, Jean-Pierre, *El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*. (Col. Argumentos) Trad. Joaquín Jordá. Anagrama, Barcelona, 2000, pp. 15-18.

⁷⁰ DETIENNE, Marcel, *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*. Sexto Piso, México, 2004, p. 11.

⁷¹ VERNANT, Jean-Pierre, *Mito y pensamiento*, *Op. cit.* 340.

⁷² *Ibid.* p. 345.

De esta manera, la filosofía otorgaba una visión distinta, contrapuesta y en conflicto constante con los mitos, pero también paralela a la creencia humana en las causas sobrenaturales, en los mitos y los dioses. Ambos registros correrían de manera paralela, siendo distintos, sin que por ello la existencia de una derivara forzosamente en la eliminación del otro. Puesto que al seguir siendo contados durante generaciones, con el auxilio de la memoria, la oralidad y la tradición, los mitos permanecieron vivos.

Nutridos de una experiencia ajena, los individuos que escuchaban a los narradores durante los ritos, los juegos ceremoniales o en ocasiones del más alto nivel social, creían lo que el narrador contaba, precisamente porque creían en la realidad de los mitos y en el papel aleccionador que estos representaban incluso en el terreno de la vida cotidiana. En la imaginación mítica, señala Ernst Cassirer, “va incluido, siempre, un acto de *creencia*. Sin la creencia en la realidad de su objeto, el mito perdería su base”.⁷³

Esta extraordinaria fecundidad mítica de los griegos proviene desde la etapa más activa y vital de la creación de los mitos, que está caracterizada por constantes alteraciones. Puesto que al estar agrupadas en una elipse de unos dos mil cuatrocientos kilómetros de extremo a extremo, las colonias griegas se encontraban en toda el área de la Hélade, pero también a lo largo de las costas del Mar Negro, en las zonas meridionales de las modernas Italia, España y Francia, y hasta África (Libia, Egipto y todo el delta del Nilo), en un corredor que comunicaba desde las puertas del Mediterráneo, las Columnas de Hércules (el estrecho de Gibraltar) hasta el Fasis (que desemboca en el extremo oriental del Mar Negro, en la actual Georgia).

Cualquier cambio en las relaciones de poder dentro de la élite aristocrática que acaeciera en cualquiera de las varias centenas de comunidades que habitaban este vasto espacio civilizatorio, significaba también un cambio en las genealogías de los héroes o en las relaciones entre hombres y dioses, lo que generaba una alteración en los mitos. De tal manera que, como señala Finley, “la nueva versión resultante en un área no coincidía con las decenas de nuevas o viejas versiones existentes en otras regiones; ni se intentaba unificarlas”,⁷⁴ por lo

⁷³ CASSIRER, Ernst, *Antropología filosófica*. Fondo de Cultura Económica, México, 1963, p. 117.

⁷⁴ FINLEY, Moses, *El mundo de Odiseo*. (Col. Biblioteca Joven) Trad. Mateo Hernández Barroso. Fondo de Cultura Económica y Consejo Nacional de Recursos para la Atención a la Juventud, México, 1984, p. 24.

que “un mundo de este tipo no podía producir una mitología nacional coherente y unificada”.⁷⁵

Adaptándose a los cambios del tiempo, los mitos sobrevivieron; pero sufriendo modificaciones e innovaciones durante cientos de años, al relacionarse incluso con la propia filosofía, aunque en un registro distinto al de ella. El hecho de reflexionar en torno de la relación entre mito y filosofía de manera más compleja y sutil de lo que supone la teoría del milagro griego, la cual presentaba a la física jónica (Tales, Anaxímenes, Anaximandro) como el inicio *del* pensamiento o la revelación incondicional de *la* razón, precisamente por su audaz esfuerzo de explicar racionalmente el ordenamiento del universo de una forma puramente positiva y racional,⁷⁶ podría evitar el espejismo desde el cual se aprecia una absoluta falta de relaciones entre los dos sistemas de pensamiento, claramente encontrados, por supuesto; pero también relacionados entre sí por una serie de complejos puntos de encuentro. Por ejemplo, en los albores de la historia intelectual de Grecia, Vernant señala:

Adivino, poeta y sabio tienen en común una facultad excepcional de videncia por encima de las apariencias sensibles; poseen una especie de extra-sentido que les franquea el acceso a un mundo normalmente prohibido a los mortales. El adivino es un hombre que ve lo invisible. Conoce por contacto directo las cosas y los acontecimientos de los que está separado en el espacio y en el tiempo. Una fórmula le define de manera casi ritual: un hombre que conoce todas las cosas pasadas, presentes y venideras. Fórmula que se aplica también al poeta inspirado, a este matiz cerca del que el poeta intenta sobre todo especializarse en la exploración de las cosas del pasado.⁷⁷

El mito griego, en su constitución, al igual que en su conservación y transmisión, era sobre todo un relato: “el mito era un relato, no una solución a un problema”.⁷⁸ Transmitidos durante generaciones por la tradición oral, los mitos se transformaron en *textos* y con excepción de la *Ilíada*, la *Odisea* o la *Teogonía*, dispersos y de carácter fragmentario, algunos de los más antiguos se encuentran bajo la forma de obras literarias que pertenecen a los más

⁷⁵ *Ibid.* p. 25.

⁷⁶ A propósito, Vernant ha señalado: “¿Inauguraron verdaderamente un nuevo modo de reflexión? ¿Una forma de racionalidad inédita? ¿Puede decirse que antes de ellos no existía racionalidad? No lo creo. Siempre ha habido, a la vez, racionalidad e irracionalidad, y de manera absolutamente solidaria. Los babilonios tienen su modo de racionalidad y los chinos el suyo. Por cierto, la racionalidad griega, que los jonios van a instituir, va a permitir progresar en un cierto plano. Ella va a permitir a la ciencia occidental, por ejemplo, avanzar en caminos donde los otros no podían transitar. (...) Al beneficiarse con otro tipo de racionalidad, ellos pudieron integrar esos fenómenos a un modo de pensamiento racional. Así, el juego es mucho más complicado de lo que pueda creerse”. VERNANT, Jean-Pierre, *Entre mito y política*. (Obras de Historia) Trad., y notas de Hugo Fco. Bauzá. FCE, México, 2002, p. 81.

⁷⁷ VERNANT, Jean-Pierre, *Mito y pensamiento*, *Op. cit.*, p. 347.

⁷⁸ *Ibid.* p. 340.

diversos géneros: epopeya, poesía, tragedia, historia e incluso filosofía, que en conjunto permiten entender el momento de su transformación en textos, así como la propia historia helena y determinadas características de su civilización.⁷⁹

Aunque el ámbito de lo mítico y lo poético todavía compartían ideas, preceptos o concepciones que constituyeron los rasgos comunitarios y la herencia común de los griegos de la Antigüedad, su distancia mutua representa un proceso lento de autonomía y separación, tanto en lo que refiere a la transformación de su pensamiento, como en lo que corresponde a la configuración de un terreno específico de expresión de su lenguaje: el paso de la oralidad y la escritura o de la narración oral al texto. “La razón griega se expresaba esencialmente en los discursos”, ha dicho Jean-Pierre Vernant al describir hasta qué punto las categorías del pensamiento de los griegos se encontraban en estrecha relación con las categorías gramaticales de la lengua griega, añadiendo que “los pensadores griegos habían deducido sus principios a partir de un análisis de la argumentación oral y de reglas que presiden el manejo del lenguaje”.⁸⁰

Sin embargo, entre la oralidad y la escritura, o “tras esas formas de expresión existen dos estilos diferentes de pensamiento”.⁸¹ Es decir, el problema reside entre lo que debe ser escuchado (a través del sentido del *oído*) y lo que debe ser leído (a través del sentido de la *vista*, que ante el oído elevó su jerarquía como modo de saber). “Es muy incómodo el paso de la narración oral al texto”,⁸² apunta Vernant con justa razón. Pero, además, el paso hacia la autonomía y separación estuvo jalonado por sucesivos contactos e hibridaciones:

La cualidad oral de la literatura es, probablemente, parte importante para explicarse por qué vino con tanto retraso el desarrollo de la prosa (...) sería, por tanto, trastocar las cosas, dar demasiada importancia a lo que significó en aquel entonces la palabra escrita. Los griegos preferían conversar y oír; su misma arquitectura es la de un pueblo aficionado a la charla (...) Esta elevación de la oratoria a formas altamente literarias representa el logro más depurado de la afición de los griegos a la palabra hablada, aspecto de su vida que debe tenerse siempre en cuenta para cualquier examen de su literatura hasta el final del período clásico.⁸³

⁷⁹VERNANT, Jean-Pierre, *El universo, los dioses, los hombres*, *Op. cit.* pp. 8-9.

⁸⁰VERNANT, Jean-Pierre, *Mito y pensamiento*, *Op. cit.*, p. 79.

⁸¹*Ibid.* p. 13.

⁸²*Ibid.* p. 13.

⁸³FINLEY, Moses I., *Los griegos*, *Op. cit.* pp. 98, 96 y 97.

Esta tradición, acumulada durante varios cientos de años, de mitos y leyendas que permitían entender y narrar la historia arcaica de los griegos, satisfizo la curiosidad del pasado, aun cuando esta misma tradición se desplegara paralelamente, aunque con correspondencias, préstamos e hibridaciones, al movimiento del pensamiento positivo de la filosofía y de la ciencia. Este es el contexto civilizatorio en el cual emerge un pensamiento nuevo: el de una civilización oral, donde el saber leer, escribir y contar era algo ordinario entre los ciudadanos *libres*, y en el cual:

La poesía, que es un canto danzado y ritmado, ocupa la delantera de la escena intelectual. Encontramos allí la epopeya, la poesía lírica y una poesía de forma a la vez épica y sapiencial como en Hesíodo. En ese momento los poetas son cantores y todo se transmite oralmente.⁸⁴

Pero la descripción de las acciones humanas mantenía una solidaridad estrecha con la tradición anterior. Por haber sido una civilización predominantemente oral durante siglos enteros, la narración griega sobre las acciones de los hombres conservó en forma embrionaria el sentido de la antigua palabra: “la palabra cantada”, transmitida celosamente por los aedos y los poetas. Inseparable de ésta, la Memoria (*Mnemosyné*) es “una omnisciencia de carácter adivinatorio; defínese, como el saber mántico, por la fórmula: “lo que es, lo que será, lo que fue”.⁸⁵ A través de la memoria era posible acceder a los acontecimientos, las acciones, los hechos que evocaba un poeta con don de videncia, pues al habersele conferido la facultad excepcional de videncia de “todas las cosas pasadas, presentes y venideras”, y la exploración de las cosas del pasado (a diferencia del adivino y del sabio), sólo el poeta tiene el gran privilegio de registrar, preservar y transmitir la memoria.

Para su ejecución y transmisión, este saber exigía el dominio de técnicas de memoria muy precisas. Por ejemplo, al poeta se demandaba atención y concentración, imprescindibles para el aprendizaje del oficio; recitación e improvisación, fundamentales en la expresión de la ‘palabra cantada’, que a través de una voz educada y seductora, de “multitud de incidentes y de fórmulas acumuladas por generaciones de trovadores anteriores a él”,⁸⁶ daba vida a los poemas; el canto épico o el poema acabado, resultado indispensable del oficio y muestra

⁸⁴ VERNANT Jean-Pierre, *Entre Mito y política*, Op. cit. p. 82.

⁸⁵ DETIENNE, Marcel, *Los maestros de verdad*, Op. cit. p. 62.

⁸⁶ FINLEY, Moses, *El mundo de Odiseo*, Op. cit. p. 32.

representativa del lento adiestramiento de la memoria,⁸⁷ que con esta operación permitía mantener la Verdad (*Alétheia*) a salvo del Silencio, o del Olvido (*Lethé*). “Sólo la Palabra de un cantor permite escapar del Silencio y de la Muerte”,⁸⁸ ha señalado Marcel Detienne, agregando: “sólo él concede o niega la memoria. En su palabra los hombres se reconocen”.⁸⁹ “En la memoria de los hombres”, dice Jean Pierre Vernant, “es allí donde reside la inmortalidad”.⁹⁰

La aparición de la prosa, la poesía, la tragedia, la comedia, la logografía o la historia, al igual que el pasaje del canto oral a los textos escritos, hace posible el análisis de esos cambios en los modos de pensamiento y la instauración de un principio de racionalidad. Igualmente, hizo que un número cada vez más creciente de conocimientos sobre el mundo fuera recodificado: el conocimiento sensorial que venía de lo oído y de lo visto fue registrado en *textos*, haciendo posible una profunda reformulación de la oralidad y, por tanto, la escritura fue mediando, aunque muy lentamente, el acceso al conocimiento directo o de la experiencia en general.

Quizá bajo formas y contenidos diferentes —de acuerdo con movimiento racional, por supuesto; pero también jerárquico entre la alta cultura y la cultura popular—, la escritura hizo posible dar una racionalidad precisa a un tipo de poesía oral y de narración, ordenando incluso las creencias religiosas, pensadas racionalmente dentro del mismo sistema. “En tanto se está en el interior del sistema”, advierte Vernant, “esta concepción es racional, incluso yo diría que es extremadamente sofisticada. Si se cree en la existencia de dioses soberanos, las preguntas que los hombres puedan plantearles, tendrán entonces buenas respuestas”.⁹¹ Es decir:

En esa época se pasa de una forma que es narrativa a una forma de texto donde se quiere dar razón del orden de las cosas, expresar las apariencias que el mundo presenta. El hecho, por ejemplo, de que haya día y noche, que haya estaciones, que haya incluso fenómenos atmosféricos curiosos como el rayo; que exista, en fin una suerte de movimiento cíclico en el universo que determina que las cosas, en cierto modo, se repitan y que los hombres vivan y

⁸⁷ DETIENNE, Marcel, *Los maestros de verdad*, *Op. cit.* pp. 58-59. Él mismo ha señalado que entre las Musas, veneradas por los griegos y fuente de inspiración para la palabra cantada, “Clío, por ejemplo, connota la gloria (*γλῆος*), la gloria de las grandes hazañas que el poeta transmite a las generaciones futuras. Talía hace alusión a la fiesta (*φάλλειν*), condición social de la creación poética”. *Ibid.*, p. 58.

⁸⁸ DETIENNE, Marcel, *Los maestros de verdad*, *Op. cit.* p. 71.

⁸⁹ *Ibid.* p. 75.

⁹⁰ VERNANT, *Entre mito y política*, *Op. cit.* p. 206.

⁹¹ *Ibid.* p. 83.

mueran.⁹²

Sin embargo, la situación cambia profundamente al establecerse un cierto tipo de escritura no sólo narrativa, sino explicativa; diferente de la poesía, que en vez de establecer el origen e imponer un orden, se preocupa por encontrar y discernir los principios que explican las características y la base de toda la concepción del mundo.

En estado embrionario todavía —aunque más adelante con un impacto profundo, sobre todo durante la Modernidad—, esto brindaba la posibilidad de confrontar los libros con la tradición oral en la que los hombres se habían criado, proveyéndoles de palabras para resolver un complejo raigambre de ideas, creencias y fantasías que desde hacía siglos constituían la realidad de sus vidas y la base de su extraordinaria fecundidad mítica, fijó un referente para establecer un criterio de preservación de los resultados de las pesquisas racionales, los rasgos de la identidad colectiva, la memoria y la tradición, la organización política y la justicia, los valores, la moral y las maneras de valorar las cosas, así como lo visto y oído en el mundo circundante.⁹³

Pero es también un principio que permitía contrastar lo que se sabía y de qué forma había sido conocido; conocimiento sobre el que se puede volver una y otra vez no sólo para encontrar lo que ahí yace, sino para cuestionar y criticar el estado de un conocimiento determinado. “Es en ese momento”, dice Vernant, “cuando se instaura algo que podría llamarse una nueva lógica de interrogación”.⁹⁴

Es preciso, entonces, encontrar explicaciones que partan de un sentido contrario al de la racionalidad que está fundada en el carácter sagrado del universo, y en un tiempo también sagrado, determinado desde el origen por una creación originaria del universo (*Caos, Gea, Eros, Urano y Ponto*), sino en la explicación racional que parte de la fundamentación del lugar

⁹² *Ibid.* p. 82.

⁹³ El movimiento de la oralidad a la escritura es complejo. “Cuando falta la visión, existe la posibilidad de recurrir a lo que se ha escuchado decir, y de ese modo se confirma una vez más la preminencia de la oralidad”, dice François Dosse, a propósito del momento en el cual lo escrito todavía no está afianzado entre los griegos, añadiendo: “En ese momento, la jerarquía atribuida al escrito sufre cierta desvalorización. El escrito es por entonces patrimonio del imperio egipcio (...) Pertenece, por lo tanto, a la zona de sombra del mundo bárbaro, ajeno a la naciente democracia”. DOSSE, François, *La historia: conceptos y escrituras*, (Col. Claves) Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2004, p. 13.

⁹⁴ *Ibid.* p. 85

que ocupa el hombre en el universo y en el tiempo, y que obedece a una lógica propia: lo real existe y puede ser descrito como verdadero. La conformidad con los principios lógicos y con la realidad era producto de la “voluntad de saber”, como señala Michel Foucault, o más exactamente, de “la voluntad de verdad”.⁹⁵

En este marco general “se opera la secularización de la palabra”, dice Marcel Detienne. Y ésta, añade: “Se efectúa a diferentes niveles: a través de la elaboración de la retórica y la filosofía, y también a través del derecho y la historia”.⁹⁶ Es decir, una de esas explicaciones racionales fue la historia,⁹⁷ en un sentido que incluye tanto la “descripción” como la “indagación”.

Y es en la Grecia del período clásico (siglo V. a.C), al igual que en la Roma del tránsito de la República al Imperio (siglos I-IV d.C), donde quizá pueda encontrarse el nacimiento de la historia en la tradición occidental. En ocasiones mezclada todavía con la poesía, la épica, la tragedia o la retórica, aun cuando pudieran ser narraciones detalladas de batallas, funerales o sacrificios que resultan reales, la historia era diferente de ellas. Inclusive el mito, con su característica narración de hechos desvinculados de una estricta cronología que permitiera relacionar lo que había acontecido primero con lo que vendría después, también era distinto de la historia.

De esta forma, tanto la inteligibilidad del pasado, la selección de los episodios, el registro de la tradición oral y de lo observado en el mundo circundante, como la permanencia, importancia, transmisión y el significado universal de los acontecimientos, así como la prueba de su existencia, su veracidad y grado de realidad, corrieron por senderos de separación y autonomía, manteniéndose a modo de territorios distintos y hasta antagónicos, según fuera el caso de las leyendas y los mitos, o de la ‘investigación’ histórica: *historiê*, en el dialecto jonio; o *historía*, en el griego de Atenas.

⁹⁵ FOUCAULT, Michel, *L'Orde du discours*. Gallimard, París, 1970, pp. 16 y 18.

⁹⁶ DETIENNE, Marcel, *Los maestros de verdad*, *Op. cit.* p. 159.

⁹⁷ Detienne ha señalado que “el *histôr* es un testigo, es el que *ve* y el que *oye* y, en su calidad de heredero del *mnemôn*, es también memorialista. En su “verdad” quedan testimoniados al menos dos componentes: el no-olvido y, complementariamente, el relato completo, exhaustivo, el relato de lo que ha pasado realmente.” *Ibid.* p. 160, n. 80.

Esta última echó raíces en la historiografía que se basaba en la inspección e interrogación de los testigos presenciales y en la selección del trabajo de recolección de los recuerdos y de las tradiciones, examinando así los testimonios predominantemente orales o de la potente tradición oral, que “no transmitía solamente el pasado, sino que lo recreaba”.⁹⁸ Hecateo y Heródoto fueron viajeros, incluso fueron también geógrafos y etnólogos, o incluso testigos y actores de los sucesos, considerando el caso de Tucídides. Por eso el registro de la historia es para ellos el de la historia próxima, inmediata y particularmente sensible, basada en la experiencia directa, en lo escuchado y observado cotidianamente. “Preferimos la vista a todo el resto”, dice Aristóteles en su *Metafísica*, explicando el por qué: “La causa radica en que la vista es, entre todos los sentidos, el que nos permite adquirir más conocimientos y nos descubre más diferencias”.⁹⁹

Inclusive, el término *Historia* derivaba del sustantivo *ístor*, “el que ve”, el testigo ocular y presencial; y quien dice testigo, dice también testimonio o prueba. Es por ello que “todo trabajo serio de historiografía helena será sobre historia contemporánea”,¹⁰⁰ según ha señalado Moses Finley. Así, en un razonamiento que permite ver la jerarquía de los sentidos, el espíritu crítico de una nueva época y la interrogación sobre las causas del acontecer histórico, Arnaldo Momigliano explica el interés de los historiadores griegos por la historia “casi contemporánea”:

Para justificar esa preferencia por la historia casi contemporánea se aducían principios de método. Heródoto subrayó la importancia de registrar lo que uno había visto y oído, y en definitiva daba preferencia a lo que había visto. Tucídides hizo de la experiencia directa la primera condición de la historiografía propiamente dicha. También Polibio hizo hincapié en la habilidad para interrogar a los testigos de los acontecimientos y la experiencia directos (...); afirmaba que el período principal de su propia historia estaba dentro de la vida de personas a las que podía someter a interrogatorios cruzados.¹⁰¹

Pero la historiografía también se fundamentaba en una actitud racionalista —que parece constituir un método crítico basado en la reconstrucción de eventos testimoniados indirectamente—, cuyo sentido no es convencer a través de las emociones y los afectos, (como

⁹⁸ FINLEY, Moses I., “Mito, memoria e historia”, en *Uso y abuso de la historia*, Trad. Antonio Pérez-Ramos. Crítica, Barcelona, 1984, p. 33.

⁹⁹ DOSSE, François, *La historia: conceptos y escrituras*, *Op. cit.* p. 13.

¹⁰⁰ FINLEY, Moses I., “Mito, memoria e historia”, *Op. cit.* p. 41.

¹⁰¹ MOMIGLIANO, Arnaldo, “La tradición y el historiador clásico”, en *Ensayos de historiografía antigua y moderna*. Trad. Stella Mastrangelo, Fondo de Cultura Económica, México, 1ª reimp. 1997, p. 141.

planteaban los sofistas y después Cicerón), o convertirse incluso en un relato que no tiene relación demostrable con las realidades extratextuales de las cuales habla, pues son autorreferenciales y por tanto tienden a identificar y confundir la ficción con la realidad (como estableció con gran autoridad Cicerón, aunque sepultando la tradición de Aristóteles, y que desde hace algunas décadas ha sido planteado por el escepticismo posmoderno) sino, por el contrario, asentar un núcleo fundamental: el estatuto de la prueba, o mejor dicho, las pruebas; consideradas por Aristóteles como entinema, o el núcleo racional de la retórica. Según la tradición retórica iniciada por Aristóteles, entre retórica y prueba no habría contradicción alguna; todo lo contrario, una y otra son consustanciales.

A propósito de esta polémica que gira en torno de la reducción de la historia a su pura dimensión narrativa o retórica, y situándose en las antípodas de la posición posmoderna, Carlo Ginzburg ha señalado que en Aristóteles “se encuentra el significado que la historiografía tenía para los griegos y que guarda todavía para nosotros”,¹⁰² pues en la Grecia del siglo V la indagación sobre el pasado era un terreno compartido entre la retórica judicial (“el pasado, por su oscuridad, admite sobre todo la investigación de la causa y la demostración”, como en *La Retórica* señalaba Aristóteles) y la historiografía, que en el caso de Tucídides es una “arqueología” o anticuaria (donde entraba la investigación de archivo, en vez de la historiografía), “encaminada a reconstruir eventos no testimoniados directamente”.¹⁰³

Pues en su obra sobre la guerra del Peloponeso, la relación cognoscitiva que él estableció con el pasado se fundamentaba a través de ciertos términos cruciales, relacionados con las fuentes del entinema, o la más importante de las pruebas internas dentro del arte, según el criterio de Aristóteles, quien fue un buen lector de Tucídides. Estos términos eran: el ejemplo (*paradeigma*), el signo o prueba (*semeion*), la prueba necesaria (*tekmerion*). Tucídides

¹⁰² GINZBURG, Carlo, “Aristóteles, la historia, la prueba”. Trad. José Luis Bernal, en *Ruptura*, núms. 10-11 (Dossier: *Carlo Ginzburg*). Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, Marzo-junio 2002, p. 3.

¹⁰³ Sobre la prueba, relacionada además con un conocimiento de tipo venatorio, Ginzburg ha señalado lo siguiente: “La arqueología o anticuaria, encaminada a reconstruir eventos no testimoniados directamente, implicaba instrumentos intelectuales diferentes a los usados por la historiografía. Momigliano ha aproximado las conjeturas arqueológicas de Tucídides a las conjeturas paleontológicas de Jenófanes. Este último hablaba de *tipoi*: restos de conchas, de peces o de hojas de laurel descubiertas en las rocas, que permitían inferir la existencia de una fase antiquísima de la historia de la Tierra. Tucídides usaba la disposición de las tumbas o las costumbres difundidas en ciertas regiones como prueba (*tekmeria*) de la existencia de determinados fenómenos en la más antigua historia de la Hélade. En ambos casos se trataba de conjeturar lo invisible a partir de lo visible, de las huellas o indicios. La lengua griega hablada conservaba en estas palabras (así como ocurre en muchas lenguas modernas) los ecos de un antiquísimo saber venatorio”. *Ibid.* p. 6.

“infería” (*tekmaïromenos*) su escrito sobre la guerra del Peloponeso, a partir de un examen de la situación presente de Grecia y de una investigación sobre el pasado realizada con base en “indicios” (*tekmerion*). Así, para Tucídides la imagen de los tiempos antiguos basada en las pruebas (*ton... tekmerion*), se contrapone con aquella basada en elementos fabulados (*to mythodes*).¹⁰⁴

De tal forma que el célebre comentario de Aristóteles, contenido en el noveno libro de su *Poética*, según el cual la poesía es definida como una actividad “más filosófica y de mayor peso que la historia”, ya que la primera habla de aquello que es universal “siguiendo lo verosímil o lo necesario”, y la segunda lo hace sólo de los eventos particulares y reales (“lo que Alcibíades hizo o lo que le aconteció”),¹⁰⁵ refiere a la historiografía que examina sobre la base de testimonios predominantemente orales, “a los acontecimientos contemporáneos”,¹⁰⁶ y no a la historiografía o “arqueología” de Tucídides.

El problema de la consideración de la historiografía, como sugiere Ginzburg, apunta hacia la reconstrucción de la historia humana a partir de trazos o indicios (*semeia*); estas reconstrucciones implican una serie de conexiones naturales y necesarias (*tekmeria*) que tienen un carácter de certidumbre; y al margen de estas reconstrucciones, los historiadores se mueven en el ámbito de lo probable o lo verosímil (*eikos*) y hasta en el de lo “infinitamente probable”, que suelen confundir comúnmente con lo “cierto” (*hos eikos*). Sin embargo, desde Tucídides hasta hoy día, los historiadores han llenado las lagunas de la documentación con aquello que es “natural, obvio y, por lo tanto, cierto”.¹⁰⁷

Es la noción de prueba, de evidencia, de “fuentes”, (de la retórica judicial, por ejemplo, divididas en técnicas y extratécnicas: “leyes o juramentos” y “los testimonios, las confesiones bajo tortura, los documentos escritos y similares”, según explicó Aristóteles¹⁰⁸), que al asentarse en el centro de la “indagación” histórica asienta también el criterio de científicidad de

¹⁰⁴ *Ibid.* p. 5.

¹⁰⁵ *Ibid.* p. 3.

¹⁰⁶ *Ibid.* p. 6.

¹⁰⁷ *Ibid.* p. 7.

¹⁰⁸ *Ibid.* p. 4. A propósito de este debate, GINZBURG, Carlo, *History, Rhetoric and Proof. The Menahem Stern Jerusalem Lectures*. Hanover, N.H, and London University Press of New England, 1999.

la historia, pues establece las fronteras entre la realidad y la ficción, entre lo verdadero y lo falso. La cuestión de la prueba establece la veracidad, al tiempo que, en este largo capítulo del desafío relativo al campo del conocimiento de la realidad, y en una época más contemporánea para nosotros, abre un horizonte que permite la identificación de las certezas y lo cierto, ante lo probable y lo posible, permitiendo relacionar al historiador con el novelista o con el juez de instrucción.¹⁰⁹

Considerada desde esta óptica: un modo específico del discurso y una orientación en torno de la búsqueda de la Verdad, que se basa en la evidencia o la prueba, la historia es un género nuevo, distinto de los demás. Sustitución del reino del aedo, del poeta narrador de leyendas y dispensador de la gloria inmortal para los héroes, a quienes salva del silencio, del olvido y, por tanto, de la muerte, el trabajo de la “indagación” es llevada a cabo por el *histor*, que “se asigna la tarea de demorar la desaparición de las huellas de la actividad de los hombres”.¹¹⁰

Dentro de ellos, Heródoto, un “Maestro de Verdad”, según la expresión de Marcel Detienne, es quien guarda en la memoria las acciones de los hombres, salvaguardando no sólo las hazañas de los héroes sino también los valores, la cultura, los rasgos civilizatorios que surgían en el marco de las *poleis*, las orgullosas ciudades de la Hélade, en el momento del tremendo contacto, del intenso drama que ésta atraviesa durante las invasiones de los “bárbaros”, a partir del caso concreto de las guerras contra los persas, o de las Guerras Médicas.

La publicación que Herodoto de Halicarnaso va a presentar de su historia, se dirige principalmente a que no llegue a desvanecerse en el tiempo la memoria de los hechos públicos de los hombres, ni menos a oscurecer las grandes y maravillosas hazañas, así de los griegos como de los bárbaros.¹¹¹

¹⁰⁹ Al respecto, las obras de Carlo Ginzburg, *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*. Trad. Alberto Clavería, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1993; *Ninguna Isla es una Isla. Cuatro visiones de la literatura inglesa desde una perspectiva mundial*. Trad. María Jiménez Mier y Terán. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003; *El Hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Trad. Luciano Padilla López (Sección de Obras de Historia), FCE, Buenos Aires, 2010.

¹¹⁰ DOSSE, François, *La historia: conceptos y escrituras*, *Op. cit.* p. 11.

¹¹¹ HERÓDOTO, *Los nueve libros de la historia*, I, 1. Trad. Bartolome Pou, Introducción de E. O’Gorman. Porrúa, México, 1ª. reimp. de la 9ª. edición, 2011. El número de los libros está en romanos, y en arábigos el de los capítulos.

Vecinos en disputa por el espacio circundante y contemporáneos en el tiempo, tanto los “griegos”, “helenos” o “europeos”, como los “persas”, “asiáticos” o simplemente “bárbaros”, serían los actores centrales de una de las investigaciones comparativas más importantes de todo el mundo antiguo. Al crear un *continuum* de eventos humanos que permitían ordenar el pasado en torno de una temporalidad humana, cuando el mito o la leyenda contenían ciclos atemporales o circulares, y establecer una secuencia temporal de acontecimientos que abarcaron dos siglos de la historia helena (desde la mitad del siglo VII a.d.C. en adelante) Heródoto, bautizado por Cicerón como “el padre de la historia”, fue registrando el vasto espacio civilizatorio que incluía lo mismo el mar Mediterráneo que otros mares vecinos: el Egeo y el mar Negro, cuyas aguas bañaban a ciudades, pueblos y civilizaciones de tres continentes distintos, que en conjunto constituían el mundo hasta entonces conocido.

Arnaldo Momigliano ha señalado este rasgo fundamental: “Heródoto influyó en escritores griegos y más tarde romanos que exploraron las costumbres de otros países y que también, como nativos, explicaron a griegos y romanos los rasgos característicos de sus propios países”.¹¹² ¿Son estos contrastes entre civilizaciones distintas una comparación?, ¿cuáles son las categorías y unidades de análisis empleadas para la escritura de una historia “así de los griegos como de los bárbaros”? Es en este nuevo campo de conocimiento, “el territorio del historiador”, según la frase de Emmanuel Le Roy Ladurie, donde las figuras de la comparación, insertadas y recodificadas dentro de un pensamiento que cuestiona el comienzo de cuanto existe en el universo —a través de las mismas preguntas: ¿de dónde venimos?, ¿quiénes somos?, ¿por qué somos diferentes de los demás?, pero con otras respuestas—, sitúan las explicaciones de estos cuestionamientos formulados al pasado a partir de figuras seculares, racionales, humanas, laicas y sobre todo políticas.

Es aquí, en este territorio caracterizado por la contrastación entre la identidad ‘griega’ o helena con el resto del mundo conocido, o por el contraste sistemático entre sus formas de gobierno, las creencias, la literatura, el arte, la religión y los valores normales de la civilización helena, que ante el espejo del mundo bárbaro no sólo reconocía su innegable superioridad,

¹¹² MOMIGLIANO, Arnaldo, *De paganos, judíos y cristianos*, (Col. Breviarios) Trad. Stella Mastrangelo, FCE, México, 2ª reimp. 2011, p. 30.

sino también la reafirmación de su identidad, donde la comparación adquiere una forma distinta de las anteriores al ser emplazada entre pueblos, culturas, sistemas políticos y de pensamiento, en una escala civilizatoria.

Así, después de un largo viaje que partió desde la narración emergida de la lectura de las huellas del cazador, pasando por el proceso de abstracción y la formación del pensamiento positivo en Grecia, hasta el complejo proceso de jerarquización y estratificación entre un conocimiento culto y otro popular, la comparación ingresa a la *historiê*; pero haciéndolo además con una forma distinta, profundamente nueva y original para la época y las condiciones en las que ésta se presenta. Y en tanto que mecanismo de aprehensión y representación de la realidad, ésta puede ser rastreada a partir de sus nuevas formas, lógicas de uso y ejecuciones concretas, a modo de una operación intelectual que no es más que la propia escritura de la historia.

IV. Las unidades de análisis

Considerado como uno de los más grandes historiadores de la época clásica, autor de un libro que devendría en piedra de toque de la historiografía antigua, conocido como *Historias*, o *Los nueve libros de la historia*, Heródoto de Halicarnaso (circa 480-425 a.C) tuvo un método historiográfico que combinaba los conocimientos de los logógrafos acerca de la revisión crítica de los mitos griegos —aun cuando él mantuviera una causalidad atribuida a los dioses acerca de ciertos acontecimientos que le parecieron de ascendencia divina¹¹³—, con los testimonios orales de sus muchos informantes y testigos, a quienes él buscó por todas partes¹¹⁴. Este

¹¹³ Hecateo de Mileto, el más famoso de los logógrafos griegos, en su obra *Genealogía*, escribió: “Lo que aquí escribo es la relación que yo tengo por cierta. Pues las historias que los griegos refieren son muchas y, en mi opinión, ridículas.” Esta pulverización del mito por parte del *logos* que tuvo lugar entre los siglos VI y V a.C, en el caso de Hecateo constituye el primer intento de pasar del mito a la explicación histórica. Será con Heródoto cuando la historia aparezca como una actividad racional, crítica y secular, que se basa en un conocimiento demostrativo y convincente acerca de las acciones de los hombres o la realidad misma.

¹¹⁴ En ocasiones, su intención parece ser la transmisión del conocimiento antes que, quizá ante la imposibilidad de demostrar lo contrario, su fundamentación y comprobación con base en un testigo o en un testimonio. En una vía todavía por explorar, esto abre la posibilidad de escuchar a los testigos tal y como Heródoto los escuchó. “Si alguno hubiere a quien se hagan creíbles esas fábulas egipcias, sea enhorabuena, pues no salgo fiador de lo que cuento, y sólo me propongo por lo general escribir lo que otros me referían”. II, 12. Sin embargo, esta circunstancia no parece ser la regla de su procedimiento, sino la excepción. Ante todo, a Heródoto le preocupa el realismo y su fundamentación a partir de pruebas: “Yo tengo por cierta esta lenta y extraña formación del Egipto, no sólo por el dicho de sus sacerdotes, sino por que vi y observé...” II, 12.

método se basaba también en los conocimientos que él mismo adquirió en sus viajes por la Grecia central, el Peloponeso, Macedonia, Siria o Babilonia, lo cual lo convierte también en un testigo; en sus dudas e interrogantes, que prueban su faceta analista y representan la base y la ruta de toda su “investigación”; al igual que en sus fructíferas conversaciones con los escribas persas o los sacerdotes egipcios, por ejemplo, cuya sabiduría provenía de las regiones septentrional y oriental del mundo antiguo, que a diferencia del mundo griego tenía la longeva tradición de preservar un conocimiento documental celosamente guardado en archivos.

De este modo, la tradición oral (“no he podido dar con persona que diga haberlo visto con sus propios ojos”¹¹⁵), además de la experiencia directa (“Yo mismo quise ir a ver por mis propios ojos”¹¹⁶), el papel fundamental de sus informantes y testigos (“lo que se sabe y se tiene por averiguado”,¹¹⁷ “Esto fue lo que oí en Tebas de boca de los sacerdotes”,¹¹⁸ o “De los pelasgos oí decir igualmente en Dodona”,¹¹⁹ “Yo ciertamente, no hallando quien me lo declare, no sabré decirlo”¹²⁰), pasando por la consulta de textos sobre los temas que debía tratar, la corroboración de las pruebas y hasta las supervivencias del pasado,¹²¹ la enorme curiosidad que en Heródoto fundamentaba lo mismo sus dudas que sus preguntas, y la observación de la historia “casi contemporánea”, fueron las características que le sirvieron de base para escribir su *Historia*.

Al indagar con sentido crítico y escepticismo (“miro como un deber de referir lo que se dice, pero no de creerlo todo; y quiero que esta mi prevención valga en toda mi historia”¹²²), una “infinidad de sucesos varios e interesantes”, como él mismo escribe en el pasaje del inicio

¹¹⁵ HERÓDOTO, IV, 16.

¹¹⁶ HERÓDOTO, VI, 47.

¹¹⁷ HERÓDOTO, IV, 25.

¹¹⁸ HERÓDOTO, II, 55.

¹¹⁹ HERÓDOTO, II, 52.

¹²⁰ HERÓDOTO, VIII, 133.

¹²¹ HERÓDOTO, VIII, 121.

¹²² HERÓDOTO, VII, 152. A modo de muestra representativa, acerca de la diversidad de sus fuentes, su selección, lectura y el procedimiento de crítica de sus testimonios y también de sus testigos, puede leerse lo siguiente: “Cuanto llevo dicho hasta el presente es lo que yo mismo vi, lo que supe por experiencia, lo que averigüé con mis pesquisas; lo que en adelante iré refiriendo lo oí de boca de los egipcios, aunque entre ellos mezclare algo aun de lo que vi por mis ojos” II, 99, p. 106. O también: “Éste fue el término que tuvo Ciro, sobre cuya muerte sé muy bien las varias historias que se cuentan; pero yo la he referido del modo que me parece más creíble”, I, 214. E inclusive: “Los que así nos cuentan esta historia son únicamente los lacedemonios entre los griegos, como antes decía; lo que voy a referir es conforme con lo que dicen los demás griegos”, VI, 53.

de *Historias*, su objetivo era exponer “con esmero las causas y motivos de las guerras que se hicieron mutuamente” los griegos y los bárbaros; salvaguardando del olvido, en una narración que es considerada piedra de toque para la escritura de la historia antigua, las “hazañas bien dignas de memoria”.¹²³

La afirmación en el pasaje de apertura de su obra, en el cual Heródoto manifiesta su intención de preservar en la memoria las grandes hazañas tanto de los griegos como de los persas, es en buena medida una afirmación homérica. Y aunque el núcleo del argumento de la *Historia* es el conflicto entre Oriente y Occidente, el abordaje no era nuevo. En la *Ilíada*, Homero había cantado la guerra de Troya, y es altamente posible que haya sido la herencia de Homero lo que permitió a Heródoto proyectar un velo de autenticidad y lealtad al relato sobre la realidad, el realismo, o más bien la “representación de la realidad”, como Eric Auerbach señalaría a propósito de “la cicatriz de Ulises”.¹²⁴

Aunque con dotes de poeta, dramaturgo y artista literario, Heródoto era sin embargo historiador. Su enfoque era diferente, distinto su propósito. Momigliano tenía razón: antes de Heródoto no había existido alguien como él. Por su parte, Marc Bloch escribió: “¿Qué no daría el prehistoriador o el historiador de la India para disponer de un Herodoto?”¹²⁵ Quizá por ello sus viajes, observaciones, averiguaciones, preguntas y amplitud de intereses lo llevaron a incluir aspectos económicos, políticos, sociales y culturales, tanto de los griegos como de otros pueblos, a modo de una suerte de ‘historia universal’ de la época (entre el 550 y el 479 a.C); historia que operaba a partir de la explicación de las “causas” y los “motivos” de los acontecimientos que habían sucedido, con la intención manifiesta, según dice el autor, de “llevar adelante mi historia”.¹²⁶

La obra se encuentra dividida en nueve libros, cada uno de ellos ordenado a través de una numeración progresiva y con títulos que correspondían a los nombres de las musas, de acuerdo con el trabajo de un antiguo editor alejandrino, que con estos criterios dividió así la

¹²³ HERÓDOTO, I, 17.

¹²⁴ AUERBACH, Eric, “La cicatriz de Ulises”, en *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. (Lengua y Estudios Literarios) Trad. I. Villanueva y E. Ímaz. FCE, México, 11ª reimp. 2011, pp. 9-30.

¹²⁵ BLOCH, Marc, *Apología para la historia, Op, cit*, pp. 169-170.

¹²⁶ HERÓDOTO, I, 5.

obra de Heródoto. No obstante, cualquiera que haya sido la cronología y la forma original de esta obra, en lo que corresponde a la estructura conceptual, las *Historias* de Heródoto tienen, como observó E. Legrand, una forma “tripartita”: “las grandes unidades de la obra están formadas por tres libros cada una, pero sin tomar con demasiado rigor los límites”.¹²⁷

Lo que a Heródoto interesaba en los primeros tres libros (*Clío, Euterpe y Talía*), era la indagación del “principio de los atentados públicos entre asiáticos y europeos”,¹²⁸ entre la Hélade y Asia, y de las “naciones bárbaras que la pueblan”.¹²⁹ Aun cuando el objetivo es el estudio del origen y la rápida expansión del Imperio persa bajo los reinados de Ciro, Cambises y Darío, Heródoto investiga lo mismo la “religión de los persas, sus leyes y costumbres”, hasta el excepcional tratamiento sobre Egipto, que incluye una “descripción topográfica del Egipto”, las “costumbres civiles y religiosas de los egipcios” o “la construcción de las pirámides”, pasando por la conquista de Cambises a Egipto, las “contribuciones del Imperio persa” o la “rebelión de Babilonia”.

Los tres libros siguientes (*Melpómene, Terpsícore y Erato*) describen los acontecimientos anteriores a la gran invasión de Jerjes a las *poleis* de Grecia Central y el Peloponeso. Pero al igual que en los libros anteriores, Heródoto elabora una “descripción geográfica del orbe conocido” en su tiempo, registrando las “tradiciones y costumbres” de los lidios, escitas y tracios, y la conquista persa de “varias plazas en Europa”; sin olvidar la derrota de la revuelta de los jonios, el “avance de la armada persa contra Atenas” y la marcha de su ejército “hasta Maratón”, donde el ejército ateniense, “al mando de diez generales”, derrotó a los persas, concluyendo así la primera guerra médica.

Finalmente, en los tres últimos (*Polimnia, Urania y Calíope*), Heródoto narra el movimiento envolvente del “número prodigioso de hombres que componían el ejército persa de mar y tierra”, que avanzaba bajo las órdenes de Jerjes por las costas occidentales y orientales del Mar Egeo, asegurando el acceso al Mar Negro (en cuya vasta circunferencia se asentaban decenas de colonias griegas). Heródoto analiza la batalla de las Termópilas, o la “muerte de

¹²⁷ Citado por Edmundo O’Gorman, en la Introducción a *Los nueve libros de la historia*, *Op. cit.* p. XI.

¹²⁸ HERÓDOTO, I, 2.

¹²⁹ HERÓDOTO, I, 4.

Leónidas con los espartanos”, el incendio de Atenas, la “descripción de aquella batalla naval” que fue Salamina, y “el temor de Jerjes y su retirada a Persia”; hasta la feroz Batalla de Platea, la muerte de Mardonio, y la fuga del ejército persa, “que atacado en sus trincheras es pasado a degüello por los griegos”. Con la toma del ejército ateniense de la plaza del Quersoneso, cuenta Heródoto, “concluyeron las hazañas de aquel año”,¹³⁰ y la segunda guerra médica.

¿Hazañas, para quién? Aun cuando el costo de las Guerras Médicas había sido altísimo, la victoria había sido finalmente para los griegos. Heródoto lo describe en estos términos que dan una buena imagen del costo de las guerras:

Así fue en realidad que bajo los reinados de Darío, hijo de Histapes [521-486], de Jerjes, hijo de Darío [486-465], y de Artajerjes, hijo de Jerjes [465-424], tuvo la Grecia más daños que sufrir por el espacio de tres generaciones, que no había sufrido antes en las veinte edades continuas que habían precedido a Darío.¹³¹

A diferencia de los griegos, el saldo de las guerras tenía para los persas las dimensiones de una catástrofe. Dos grandes reyes habían sido sucesivamente humillados; el ejército de tierra y la flota de combate jamás vistos habían sido destrozados; el imperio se había debilitado y el poderío persa había sido arruinado. Curioso final para una obra —*Historias*, en la cual el cambio incesante del mundo de los hombres es considerado el movimiento de la historia—, que parece incluso haber sido anticipado por el autor desde el inicio de la misma, en un tono que recuerda a Heráclito: “Las cosas de los hombres nunca permanecen constantes en el mismo ser”.

Así, en este cambio continuo o tiempo histórico de la constante transformación, el conflicto entre adversarios —de acuerdo con el análisis político de un mundo convulsionado por la guerra—, conlleva a la transformación de un Estado grande (el Imperio Persa) en uno pequeño, y otros pequeños (como Grecia), elevados posteriormente a “la mayor grandeza. “Discurrir del mismo modo por los sucesos de los Estados grandes y pequeños”, dice Heródoto, “visto que muchos, que antiguamente fueron grandes, han venido después a ser pequeños; y que, al contrario, fueron antes pequeños los que se han elevado en nuestros días a la mayor

¹³⁰ HERÓDOTO, IX, 121.

¹³¹ HERÓDOTO, VI, 98.

grandeza”.¹³²

De acuerdo con la idea de este cambio continuo, pero con la intención de explicar el origen y la expansión del imperio persa a través de los orígenes históricos, o las “causas” y los “motivos” de las Guerras Médicas, Heródoto pinta el fresco del mundo antiguo: el de Egipto, Asiria y Babilonia, cuya historia data de varios siglos antes de la suya. Fresco caracterizado por una extraordinaria diversidad de noticias, asuntos y tratados geográficos, arqueológicos, históricos y etnográficos, que a través de un análisis entre las similitudes y las diferencias de pueblos, culturas, religiones y sistemas políticos relacionados entre sí, permite observar una forma de la comparación, a través de la elaboración de unidades de análisis, o sea, las unidades o criterios que serán utilizadas para la comparación.

Y esta última, aunque obvia en algunos pasajes específicos, pero soterrada y hasta desapercibida durante toda la obra, suele ser imperceptible en el registro más evidente de la narración del texto de Heródoto. Ante esta circunstancia, la importancia de su función específica sólo puede hallarse a partir de una lectura atenta y detallada que permite ubicar ciertas pistas distribuidas fragmentariamente a lo largo del texto, cuya analogía con el contenido central de la narración las convierte en temas de toda la obra, permitiendo analizarlas a partir de una aproximación basada también en pistas.

Así, la forma de la comparación puede ubicarse a modo de una puesta a punto del dispositivo conocido, de acuerdo con el nombre dado por A. Gide, como: “mise en abyme”,¹³³ es decir, la imbricación de una narración que corre dentro de otra narración. La “puesta en abismo” muestra los diversos registros o escalas del relato, así como también la homología entre las relaciones del narrador con su relato, por un lado, y del personaje con el relato que él cuenta en tanto que personaje-narrador en segundo grado, por el otro.¹³⁴

¹³² HERÓDOTO, I, 5.

¹³³ En su *Journal 1889-1939*, Gide la definió en estos términos. “Me gusta mucho que en una obra de arte se encuentre transpuesto, a la escala de los personajes, el sujeto mismo de esta obra.” A partir de este texto, Dallenbach definió así a este procedimiento: “Es mise en abyme todo enclave que mantiene una relación de similitud con la obra que la contiene”, o “es mise en abyme todo espejo interno que refleja el conjunto del relato a través de la reduplicación simple, repetida o esporádica”. DÄLLENBACH, Lucien, *Le récit spéculaire: essai sur la mise en abyme* (Col. Poétique) Seuil, París, 1977, pp. 18 y 52.

¹³⁴ MIEKE, Bal, “Mise en abyme et iconicité”, en *Littérature*, núm. 29, 1978, pp. 116-128.

Desconcertante por sus abruptas apariciones, seductora en cuanto su modo de empleo, es posible tomar conciencia del funcionamiento de esta forma de la comparación, aun cuando se encuentre dentro de un relato más vasto y es difícil definir sus contornos específicos, “puesto que desde el principio”, como dice el historiador, “me tomé la licencia de hacer en mi historia mil digresiones”.¹³⁵ Pues al estar ubicada en el registro más profundo de la obra, a modo de una potente corriente submarina que hace mover las olas del mar sin que la fuerza que las mueva sea perceptible desde la superficie, esta forma de la comparación parece ser la fuerza que anima el movimiento de la “investigación” de Heródoto. En buena medida, a modo de “espejo interno que refleja el conjunto del relato” (Dällenbach), la comparación explica la arquitectura, la composición y las intenciones del autor, suscitando una reflexión sobre el carácter narrativo del relato y otorgando así un nuevo significado a las *Historias* de Heródoto, leídas en clave comparativa.

Las comparaciones etnográficas, religiosas y políticas que Heródoto utiliza en su obra, son el resultado de las relaciones que suscitaron el contacto entre helenos y otros pueblos, quizá más antiguos pero sin duda alguna contemporáneos y vecinos, cuya proximidad los hacía compartir el vasto espacio civilizatorio del Mediterráneo, que desde el fondo agitaba con fuerza el conjunto del mundo mediterráneo. Pues el Mediterráneo “no es siquiera *un mar*”, según recuerda Fernand Braudel, “es, como se ha dicho, un “complejo de mares”, y de mares, además, salpicados de islas, cortados por penínsulas, rodeados de costas ramificadas. Su vida se halla mezclada a la tierra”,¹³⁶ definiendo los “espacios líquidos y las franjas continentales” de tres continentes distintos, cuyos nombres fueron “derivados de nombres de mujeres”:¹³⁷ Europa, Libia o África, y Asia, que en conjunto constituían el mundo estudiado por Heródoto (“si es que la tierra sea un mismo continente”¹³⁸), a través de estas unidades de análisis.

¹³⁵ HERÓDOTO, IV, 30.

¹³⁶ BRAUDEL, Fernand, “Prólogo a la edición francesa”, en *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, [1949] (Sección de Obras de Historia) FCE, México, 1953, pp. XIII.

¹³⁷ HERÓDOTO, IV, 45.

¹³⁸ HERÓDOTO, IV, 45, “Y siendo esto así”, dice el historiador al iniciar la descripción de las dimensiones del mundo conocido, y que también va a estudiar, “mucho me maravillo de aquellos que así dividieron el orbe, alindándolo en estas tres partes: Libia, Asia y Europa siendo no corta la desigualdad y diferencia entre ellas; pues la Europa, en longitud, hace ventaja a las dos juntas, pero en latitud no me parece que merezca ser comparada con ninguna de ellas. La libia se presenta a los ojos de la verdad como rodeada de mar, menos por aquel trecho por donde linda con el Asia”, IV, 42. “De este modo se vino a descubrir que, si se exceptúa la parte oriental de Asia, lo demás es muy semejante a la Libia. De aquí nació también señalar por límites del Asia al Nilo, río de Egipto, y al Fasis, río de la Cólquide, si bien algunos ponen su término en el Tanais, en la

Las relaciones que se suscitaron ante el contacto de los griegos con otros pueblos, son vistas por Heródoto, quien era “muy sensible a los parecidos y a las diferencias entre los hombres, sus costumbres, sus comportamientos”,¹³⁹ a modo de comparaciones etnográficas y religiosas. Sin embargo, las relaciones entre “griegos”, “helenos” o “europeos”, frente a “egipcios”, “escitas”, “persas”, “asiáticos” y sobre todo “bárbaros”, como suele definir Heródoto a todos ellos, eran sumamente complejas y venían de muy lejos en el mundo Mediterráneo, sobre todo en lo que concierne a la *identidad* y la *alteridad* de unos y otros, que se construían según la situación y la forma de contacto. “El concepto de alteridad, aunque vago y excesivamente amplio”, señala Jean-Pierre Vernant, “no parece anacrónico en la medida que los griegos lo conocieron y lo emplearon”.¹⁴⁰

Por ejemplo, en Sicilia, que a finales del siglo VIII fue una de las primeras regiones colonizadas por los griegos, estos últimos coexistieron con los fenicios asentados en la zona noroeste de la isla, relacionándose además con los pobladores originarios a través del matrimonio, por lo que hacia el siglo V la mayoría de los pobladores de Sicilia debía ser mestizos, entre helenos y ‘bárbaros’. A pesar de ello, los griegos mantuvieron una continuidad de prácticas e identidad religiosa con respecto a la Grecia continental, preservando celosamente su identidad y los perfiles de su civilización.

De los ‘bárbaros’, según cuenta Heródoto, los griegos respetaron y admiraron la opulencia y el esplendor de sus cortes. La corte de Sardes, por ejemplo, hizo que “todos los varones sabios que a la sazón vivían en Grecia emprendían sus viajes para visitarla en el tiempo que más convenía a cada uno”.¹⁴¹ Fueron estos motivos “y el deseo de contemplar y ver mundo”, los que en conjunto hicieron que el famoso ateniense Solón, “partiese de su patria y fuese a visitar al rey Amasis en Egipto, y al rey Creso en Sardes”.¹⁴² Al referirse a una de sus fuentes, con la intención de explicar las enemistades entre griegos y ‘bárbaros’, el mismo Heródoto rinde tributo a la sabiduría de los persas, cuando, en el comienzo de *Historias*, dice:

laguna Meotis, y en los Portumeios Cimerios”, IV, 44. “Pero respecto de la Europa, nadie todavía ha podido averiguar si está o no rodeada de mar por el Levante, si lo está o no por el Norte”, IV, 45.

¹³⁹ HANNICK, Jean-Marie, “Simples réflexions sur l’histoire comparée”, *Op. cit.* p. 7

¹⁴⁰ VERNANT, Jean-Pierre, *La muerte en los ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia*, Trad. Daniel Zadunaisky. Gedisa, Barcelona, 2ª impresión 2001, p. 16.

¹⁴¹ HERÓDOTO, I, 29.

¹⁴² HERÓDOTO, I, 30.

“La gente más culta de Persia y mejor instruida en la Historia”.¹⁴³

En cuanto a las influencias que los ‘bárbaros’ ejercieron sobre los griegos, Heródoto brinda ejemplos abundantes, diferenciando el origen de esas influencias y el tipo de ellas. Por ejemplo, al comparar a los griegos con lidios y persas, él dice: “Entre estas naciones las ceremonias solemnes de la confederación vienen a ser las mismas que entre los griegos”.¹⁴⁴ Además, a los carianos, según señala: “se debe el descubrimiento de tres cosas que usan los griegos”.¹⁴⁵ De los fenicios, el historiador cuenta que: “entre muchas artes que enseñaron a los griegos establecidos ya en su país, una fue la de leer y escribir, pues antes de su venida, a mi juicio, ni aún las figuras de las letras corrían entre los griegos”.¹⁴⁶

Sin embargo, el reconocimiento a los ‘bárbaros’ no es una invención de Heródoto. Antes de él ya había surgido entre los griegos “la curiosidad” hacia ellos, fruto de su coexistencia con el resto de los pueblos que constituían el conjunto del mundo Mediterráneo. Por ejemplo, desde mediados del siglo VI a.C, en el límite occidental de Asia, conocida como Asia Menor, los griegos se hallaban sometidos a la soberanía de los reyes ‘bárbaros’, fuera primero de Lidia o después de Persia. A propósito de esta relación de conquista y subordinación, Heródoto señala que había sido un rey lidio, Creso, “el primero entre los bárbaros que conquistó algunos pueblos de los griegos, haciéndolos sus tributarios, y el primero también que se ganó a otros de la misma nación y los tuvo por amigos (...) Antes de su reinado, los griegos eran todos unos pueblos libres e independientes”.¹⁴⁷

Esta forma de contacto entre unos y otros, una conquista, a decir del historiador, había suprimido uno de los grandes valores de Grecia: la libertad, que constituía uno de los aspectos emblemáticos del carácter y la identidad de los griegos, y que los distinguía ante los demás

¹⁴³ HERÓDOTO, I, 1.

¹⁴⁴ HERÓDOTO, I, 74.

¹⁴⁵ HERÓDOTO, I, 171.

¹⁴⁶ HERÓDOTO, V, 58. Quizá por ello, en el libelo atribuido a Plutarco intitulado *Sobre la malignidad de Heródoto*, él consideraba que este último había cumplido muy bien con el objetivo de preservar las hazañas de los ‘bárbaros’, mas no así con el de preservar imparcialmente las hazañas de los griegos. En virtud de su simpatía por los ‘bárbaros’, Plutarco llegó a calificar a Heródoto de *philobarbaros*, lo cual, independientemente del abuso cometido, es un testimonio que pone de manifiesto el desagrado de algunos griegos por una historia llena de relaciones, contactos e influencias entre ellos y los ‘bárbaros’.

¹⁴⁷ HERÓDOTO, I, 6.

pueblos vecinos. No obstante, esta compleja relación entre helenos y ‘bárbaros’ hizo que entre los primeros naciera “la curiosidad” por conocer los orígenes, las costumbres y la religión de los Otros, que no podía ser satisfecha por los mitos griegos, pues éstos “sólo eran relativos a los griegos mismos”. Aun cuando los griegos nunca dejaron de serlo, “como respuesta a semejante demanda”, aclara Moses Finley:

aparecieron libros que daban toda suerte de información (con gran frecuencia errónea), ya fuese geográfica, ya describiendo las costumbres políticas y religiosas, ya fragmentariamente histórica. El número de aquellos escritores, conocidos con el nombre de logógrafos, no ha de exagerarse, como tampoco la calidad de sus trabajos, pero no dejan de ser al mismo tiempo notables la novedad y la originalidad de su empresa. Nada había sido intentado hasta entonces que se le pareciese, ni entre los griegos ni entre los otros pueblos de los que ellos tuvieron noticia; suponía el acometerlo primeramente una brecha en el etnocentrismo helénico y, después, un dar al traste con sus propias tradiciones.¹⁴⁸

Durante la década de 540 a.C, a partir de la expansión dirigida por Ciro II, algunas ciudades y colonias helenas habían sido incorporadas al Imperio Persa, haciendo que las dos civilizaciones, la griega y la persa (de identidad “europea”, a través de su pertenencia a la familia lingüística indoeuropea), coexistieran en el vasto espacio que cubre el Egeo y el Mar Negro, así como el territorio de la moderna Turquía. Sin embargo, a pesar de los sucesivos contactos con otros pueblos, y hasta la fusión que tuvieron con ellos, los griegos continuaron siendo griegos en cuanto a los elementos comunes de su civilización: el lenguaje (“la nación helénica, a mi parecer, habló siempre desde su origen el mismo idioma”¹⁴⁹), el *nomos*, o las costumbres y las leyes; la política, la religión, y sobre todo, lo que tenían en común: la pertenencia a la Hélade, que les otorgaba conciencia de sí mismos y una identidad compartida.

No obstante, aun cuando jamás se llamaron a sí mismos —y en su propio idioma—, “griegos” (denominación que proviene de los romanos, quienes los llamaron *graeci*; mientras que en los poemas homéricos aparecen a menudo con el nombre de *aqueos*, y de los que una parte recibió más tarde los nombres de *jonios* y *eolios*), éstos se identificaban y reconocían como integrantes de una misma comunidad civilizatoria. Un ciudadano de Esparta, Tebas, o Atenas, aun cuando fuera espartano, tebano o ateniense por el hecho de pertenecer a una *polis* determinada, era también, y al mismo tiempo, griego. A propósito, resuena todavía el eco

¹⁴⁸ FINLEY, Moses I., *Los griegos*, *Op. cit.* p. 113.

¹⁴⁹ HERÓDOTO, I, 58. En cuanto a los elementos de la identidad griega, VIII, 144.

de Droysen, el gran historiador de la “Escuela Prusiana”, autor de la clásica obra intitulada *Historia del Helenismo*, y acuñador de este último término en los estudios históricos del siglo XIX:

Los helenos de esta época son, comparados con las naciones de Asia, naciones de vieja cultura, un pueblo joven. El nombre helénico fue aglutinando poco a poco a toda una serie de pueblos dispersos, hermanados por afinidad de lenguas. Su historia se cifra en el logro de su unidad nacional y en el fracaso de su unidad política.¹⁵⁰

Sin embargo, esta condición identitaria que para la época clásica se conocía con el nombre colectivo de Hélade, por haber agrupado a la totalidad de los pueblos griegos asentados en torno a los mares Mediterráneo y Negro, y sobre todo en la zona meridional de los Balcanes y el Egeo, a pesar de su característica homogénea jamás significó, como suele suceder, identidad absoluta. De manera inmediata, los griegos tenían idea de sí mismos “en cuanto que se sabían miembros de determinados grupos y subgrupos dentro de la Hélade”.¹⁵¹

De acuerdo con ello, la tensión entre la identidad de los griegos y la alteridad de los demás pueblos aflora desde las relaciones dispares entre los propios griegos, atendiendo de entrada a las *similitudes* evidentes, pero también a partir de las *diferencias* entre ellos: las diferencias en los dialectos, la conciencia de pertenencia a una *polis*, la organización política, las formas de gobierno, la codificación de las leyes y el significado de la justicia, los vínculos de solidaridad de una comunidad, los códigos morales o las prácticas religiosas que existían en la Grecia continental, particularmente en el caso concreto de atenienses y espartanos o lacedemonios (a quienes Heródoto relacionaba directamente con los persas¹⁵² y asimilaba con los egipcios¹⁵³), pero también en las *poleis* y las colonias griegas ubicadas a lo largo del mundo Mediterráneo.

Pero ante todo, esta tensión entre la identidad y la alteridad existía en las relaciones de

¹⁵⁰ DROYSEN, J. G., *Alejandro Magno*, [1883] (Sección de Obras de Historia) Traducción y Presentación de Wenceslao Roces, Fondo de Cultura Económica, México, 2ª ed. 1988, p. 4.

¹⁵¹ FINLEY, Moses I., *Los griegos*, *Op. cit.* p. 36.

¹⁵² “En otra cosa se asemejan los espartanos a los persas: en que el nuevo rey y sucesor del difunto, al tomar posesión de la corona, perdona las deudas que todo espartano tiene con su predecesor o con el Estado mismo”. VI, 59.

¹⁵³ “Los progenitores de aquella real familia, se verá que son oriundos de Egipto los primeros príncipes ascendientes de los reyes dorios”. VI, 53. “En otra costumbre se parecen a los egipcios los lacedemonios, que consiste en que los pregoneros de oficio, los trompeteros y los cocineros sucedan siempre en las artes a sus padres (...) Esto es, en suma, lo que pasa en Esparta”. VI, 60.

los griegos con aquellas civilizaciones y pueblos considerados, por ellos mismos, 'bárbaros': persas, por supuesto; pero también egipcios, fenicios, escitas o tracios, entre otros tantos que desfilan en la narración de Heródoto y que se encontraban fuera de las fronteras de la Hélade, aun cuando estuvieran dentro del mundo Mediterráneo.

Así, para todos aquellos a quienes su lengua materna no era el griego (su hablar era ininteligible y sonaba algo así como *bar.., bar.., bar...*), la categoría de 'bárbaros' sirvió a los griegos para agruparlos a todos, pues no sólo eran incomprensibles para ellos (el mismo Heródoto era monolingüe: no sabía más que el dialecto dórico oral que le era propio por nacimiento y el jónico literario que empleó al escribir su *historiê*), "sino también, —[y] muchos griegos llegaron a creerlo— de naturaleza inferior."¹⁵⁴ De acuerdo con ello, Moses Finley señala que los griegos tuvieron idea de sí mismos "en cuanto contradistintos de los bárbaros",¹⁵⁵ una figura delimitada y construida por los griegos para distinguirse a sí mismos, afianzada con mayor fuerza durante las Guerras Médicas. Pero esta visión tuvo su origen

en la imagen que los griegos elaboraron de sí mismos, mirándose en el espejo deformante del bárbaro asiático —una contrafigura inventada expresamente para que les sirviera de *contraste*— a la vez que construían una historia que legitimaba esa *identidad*.¹⁵⁶

A pesar de haberse establecido entre "bárbaros", e inclusive de haber practicado los matrimonios mixtos y la fusión cultural en zonas como Asia Menor o Crimea, durante la época de Alejandro Magno (finales del siglo III a.C) el interés, la valorización y la relación de vecindad no significó una apertura total en términos de inclusión o de participación activa de los "barbaros" en la civilización griega. Este rasgo representa una característica fundamental de la cultura griega, que se mantuvo presente incluso siglos después, durante la época de la civilización helenística,¹⁵⁷ Momigliano señalaba que el *collegium trilingüe*, integrado por la conversión y las reacciones entre greco-macedonios, latinos y judíos, fue definido tanto en el

¹⁵⁴ FINLEY, Moses I., *Los griegos*, *Op. cit.* p. 17.

¹⁵⁵ *Ibid.*, p. 35.

¹⁵⁶ FONTANA, Joseph, *Europa ante el espejo*, Crítica, Barcelona, 2000. p. 10. (Las cursivas son mías).

¹⁵⁷ Henri Berr pensaba lo siguiente: "Jardé tiene razón al decir que con la formación del *pueblo* griego ha terminado verdaderamente la historia griega. Una historia nueva va a comenzar. La unidad política, al cubrir la unidad de civilización, actuará sobre ella. Una civilización helenística esencialmente asimiladora y en la cual se fundirán las *barbaries*, substituirá a la civilización helénica; y más tarde, para que opere en estado puro y produzca un renacimiento, habrá que volver a encontrar al helenismo propiamente dicho". BERR, Henri, *Al margen de la historia universal*, (Col. La Evolución de la Humanidad) Trad. José López Pérez, UTEHA, México, 1961, p. 155.

momento (323-330 a.C.) como en el lugar (la zona del Mediterráneo) en que estas culturas convergieron y comenzaron a reaccionar entre sí.¹⁵⁸ De tal manera que la época helenística presenci

un acontecimiento intelectual de primer orden: la confrontación de los griegos con otras cuatro civilizaciones, tres de las cuales habían sido prácticamente desconocidas hasta entonces para ellos [romanos, celtas y judíos], y una había sido conocida en muy diferentes condiciones [la civilización irania].¹⁵⁹

Esta convergencia entre culturas configuró tanto la civilización helenística como la herencia de Occidente (añadiendo a los celtas, los germanos y los árabes¹⁶⁰) y en la opinión de Momigliano, la relación de los griegos con sus vecinos se transformó a través de unas corrientes de pensamiento que redujeron la distancia entre ellos, produciendo un “sincretismo” tardío.

La noción de una sabiduría bárbara ganó consistencia y aceptación entre aquellos que se consideraban a sí mismos griegos. Ya desde los siglos V y IV a.C. filósofos e historiadores griegos habían manifestado un marcado interés en las doctrinas y costumbres extranjeras y se habían inclinado a reconocer cierto valor en éstas. (...) No obstante, la influencia intelectual de los bárbaros se sintió en el mundo helenístico sólo en la medida en que ellos eran capaces de expresarse en griego.¹⁶¹

Sin embargo, a partir de las *diferencias* que los ‘bárbaros’ tenían respecto de la Hélade, los griegos no sólo legitimaron siempre una identidad superior, sino que al homogeneizar el carácter y la naturaleza de todos aquellos quienes no eran griegos, demostraban que a pesar de la coexistencia con persas, egipcios, fenicios, escitas o tracios, entre otras refinadas civilizaciones y pueblos del mundo Mediterráneo, éstos eran para los griegos completamente ajenos y extraños.

Esta relación de ajenedad era recíproca entre griegos y bárbaros.¹⁶² Para unos y otros, la

¹⁵⁸ MOMIGLIANO, Arnaldo, “La culpa es de los griegos”, en *Ensayos de historiografía, Op. cit.*, p. 19.

¹⁵⁹ MOMIGLIANO, Arnaldo, *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización*, (Col. Breviarios) Trad. Gabriela Ordiales, Fondo de Cultura Económica, México, 1988, pp. 13-14.

¹⁶⁰ MOMIGLIANO, Arnaldo, “La culpa es de los griegos”, en *Ensayos de historiografía, Op. cit.*, p. 18.

¹⁶¹ MOMIGLIANO, Arnaldo, *La sabiduría de los bárbaros, Op. cit.* p. 21.

¹⁶² GINZBURG, Carlo, “Anacharsis interroga a los indígenas. Una nueva lectura de un viejo Best seller”, en *El hilo y las huellas, Op. cit.*, p. 215. Esta relación de ajenedad recíproca, ¿lo era también entre los mismos bárbaros? Heródoto sugiere lo contrario al referirse a los persas y su relación con otros pueblos. Es decir, las relaciones entre la alteridad griega, o sea, entre los ‘bárbaros’. Pero además, utiliza un ejemplo en el cual la influencia griega es negativa. “Ninguna gente adopta las

fisionomía y los rasgos fundamentales de sus respectivas culturas constituían una realidad brumosa, evasiva, distante. Desde esta perspectiva, la historia de Heródoto es también una historia que reorganiza, recodifica, clasifica nuevamente y traduce la alteridad o “el espejo” de la representación del otro;¹⁶³ definiendo, por oposición, la identidad de la civilización griega.

De acuerdo con ello, la comunidad de civilización que representa la Hélade, contrapuesta al mundo ‘bárbaro’, no parece ser suficiente al historiador para contar la historia de las “grandes hazañas”, acontecidas en un pasado reciente pero con una fuerte presencia en su propia época. Heródoto diseña una cultura (la griega), ubicada en relación asimétrica ante el gran imperio persa, sólo para materializarla en cuanto *distinta* y mostrar cómo el cambio continuo favorece a los estados más pequeños que “se han elevado en nuestros días a la mayor grandeza”, como él decía en la introducción de su obra.

A lo largo del más de medio millar de páginas de *Historias*, Heródoto no hace una denostación a tabla rasa del mundo ‘bárbaro’. Por el contrario, construye un observatorio que le permite identificar, —al tomar *distancia* de sus propios códigos, evitando hasta donde le es posible, la *familiaridad* griega que conllevaba a la visión del ‘bárbaro’—, las particularidades y originalidades de egipcios y persas, a quienes entre todos los ‘bárbaros’ dedicó la mayor parte de su obra; ubicando así las evidentes diferencias, pero también las desconocidas *analogías* de éstos con los griegos.

Con el procedimiento de la toma de distancia, Heródoto establece un uso de la comparación etnográfica asociado a las similitudes y las diferencias entre civilizaciones,

costumbres y modas extranjeras con más facilidad que los persas”, dice el historiador, ofreciendo ejemplos muy interesantes. “Persuadidos de que el traje de los medos es más gracioso y elegante que el suyo, visten a la *meda*; se arman para la guerra con el peto de los egipcios; procuran lograr todos los deleites que llegan a su noticia; y esto en tanto grado, que por el mal ejemplo de los griegos, abusan de su familiaridad con los niños. Cada particular suele tomar muchas doncellas por esposas, y con todo son muchas las amigas que mantienen en su casa.” HERÓDOTO, I, 135. A pesar de esta “recíproca ajenidad” señalada por Ginzburg, en Heródoto puede leerse el discurso de un enviado de Jerjes ante los argivos. El mensaje tenía la intención de evitar la guerra que se avecinaba (con frecuencia, Jerjes aparece descrito por Heródoto como un rey prudente, cauteloso, generoso), por lo que debe ser tomado con cuidado, aunque no deje de ser sorprendente pues plantea la genealogía entre dos civilizaciones distintas, la persa y la griega: “Nosotros los persas vivimos en la inteligencia de que Perses, de quien somos descendientes, era hijo de Perseo, el hijo de Danae, y que Perses tuvo por madre a Andrómeda, la hija de Cefeo; de donde venimos nosotros a ser descendientes vuestros. Siendo así, no será razón no que hagamos nosotros la guerra contra nuestros progenitores, ni que vosotros, confederados con los demás, seáis contrarios nuestros.” HERÓDOTO, VII, 150.

¹⁶³ HARTOG, François, *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*, Trad. D. Zadunaisky. Revisión del griego de César Guelerman, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003, p. 8.

culturas y pueblos vecinos y contemporáneos. Esta comparación etnográfica, a modo de “espejo interno que refleja el conjunto del relato”, parece ser la unidad de análisis que a Heródoto le permite un primer marco analítico sin el cual una cultura es impenetrable, volviéndose también en parte imprescindible del análisis o de la investigación que él llama *Historia*. Esta comparación permite dar a conocer lo que es desconocido en la Hélade, relacionándola y hasta familiarizándola con un mundo no sólo distinto y diferente, sino casi por completo extraño y, sobre todo, extranjero.¹⁶⁴

La comparación etnográfica y (como en el caso de los dioses griegos cuyo origen Heródoto sitúa en Egipto) sobre todo religiosa, permite dar un sentido ‘nuevo’ (traducido al griego) a una realidad distante, a una civilización más antigua (Egipto, por ejemplo), vecina del mundo griego, todavía viva aunque con la antigua gloria desgastada por el paso del tiempo. “Familiarizarnos con un pasado cuya fisonomía cotidiana nos es huidiza”, señala Carlo Ginzburg, es una “operación aparentemente banal, que en realidad suponía un profundo quiebre dentro de la tradición historiográfica nacida en Grecia”.¹⁶⁵

El descubrimiento de estas características originales y específicas de un mundo distinto, debe ser dado a conocer para ser igualmente valorado, transmitido e incorporado a través de las similitudes, imbricaciones e influencias entre la Hélade y los ‘bárbaros’.¹⁶⁶ “Declárese, pues, la verdad y sea Hércules tenido, como lo es, por dios antiquísimo de Egipto”,¹⁶⁷ dice Heródoto a propósito de ¡un hijo de Zeus! Y en cuanto a “la fábula simple y desatinada” que representaba el supuesto sacrificio de Hércules por los egipcios, el historiador dice: “Los que así se expresan, a mi entender, ignoran en verdad de todo punto lo que son los egipcios, y desconocen sus leyes y sus costumbres”.¹⁶⁸

¹⁶⁴ Sobre los procedimientos de distancia y extrañamiento, GINZBURG, Carlo, *Ojazos de madera*, antes citado.

¹⁶⁵ GINZBURG, Carlo, “Anacharsis interroga a los indígenas”, en *El hilo y las huellas*, *Op. cit.*, p. 215.

¹⁶⁶ Una erudita filóloga y notable conocedora del mundo grecorromano y judaico, María Rosa Lida, a quien se debe una de las mejores traducciones e introducciones a la obra de Heródoto, lo ha dicho en estos términos: “Heródoto es más informativo, más «historiador de la cultura», que ningún otro historiador, y lo es por ser muy griego, esto es, por situarse ante el mundo en la actitud de despierta y activa atención que hace que Grecia y no otra región alguna de la tierra sea la creadora de la ciencia y de la filosofía”. *Los Nueve Libros de la Historia*, (Biblioteca Clásicos Grecolatinos) Traducción del griego y estudio Preliminar de María Rosa Lida de Markiel, 2006, p. 9.

¹⁶⁷ HERÓDOTO, II, 43.

¹⁶⁸ HERÓDOTO, II, 45.

De este modo, aun cuando las descripciones sobre los ‘bárbaros’ hayan sido ubicadas por Heródoto en torno a sus *diferencias* (persas y escitas, sobre todo) con la Hélade, Egipto constituye una asombrosa excepción a la regla, sin que la comparación con los griegos sea en todo favorable a los egipcios.¹⁶⁹ A pesar de ello, el inmenso Nilo, los ritos funerarios y religiosos, las costumbres cotidianas, la variedad del panteón de sus dioses, la brillante arquitectura monumental o la vastedad de su cultura y la magnificencia de su civilización, parecieron maravillar al historiador y cautivar al viajero. “¡Con qué objetiva curiosidad, con qué atención cortés”, ha dicho María Rosa Lida de Markiel en su estudio preliminar a esta obra, Heródoto “examina ese mundo distinto y paradójico que contradice a cada paso sus hábitos de griego!”¹⁷⁰

Profundamente impresionado, Heródoto dedicó todo un libro, *Euterpe*, a explicar las características, las especificidades y la extraordinaria repercusión que Egipto había tenido en el mundo antiguo y, sobre todo, para los griegos. La religión le había interesado vivamente, quizá por ello iba por el mundo recogiendo mitos, rituales y costumbres. “Pero en cuanto a estas materias que la vista puede observar y la razón alcanzar”, según dice Lida, “Heródoto anota, describe, compara, infiere, rastrea orígenes e influjos, señala dependencias e imitaciones”.¹⁷¹ De tal forma que, a partir de una comparación religiosa, acerca del carácter adivinatorio y la importancia de los oráculos, Heródoto señala:

Indudable es así mismo que entre los egipcios, maestros en este punto de los griegos, empezaron las procesiones, los concursos festivos, las ofrendas religiosas, siendo de ellos para mí evidente testimonio que tales fiestas, recientes entre los griegos, no parecen sino muy antiguas en Egipto.¹⁷²

En cuanto a la influencia de los egipcios en la poesía griega:

Los egipcios, además de otras investigaciones, enseñaron varios puntos de astrología, qué mes y qué día, por ejemplo, sea apropiado a cada uno de los dioses, cuál sea el hado de cada particular, qué conducta seguirá, qué suerte y qué fin espera al que hubiese nacido en tal día o con tal ascendiente; doctrinas de que los poetas griegos se han valido en sus versos.¹⁷³

¹⁶⁹ Véase, sobre todo, II, 35, 36, 198; y III, 38.

¹⁷⁰ LIDA, María Rosa, “Estudio Preliminar”, *Op. cit.*, p. 9.

¹⁷¹ *Ibid.*, p. 18.

¹⁷² HERÓDOTO, II, 58.

¹⁷³ HERÓDOTO, II, 82, p. 101

Pero acerca del origen de los nombres de los dioses griegos, Heródoto cuenta un pasaje sorprendente:

Del Egipto nos vinieron además a la Grecia los nombres de la mayor parte de los dioses; pues resultando por mis informaciones que nos vinieron de los bárbaros, discurro que bajo este nombre se entiende aquí principalmente a los egipcios.¹⁷⁴

Al advertir esta extraordinaria filiación que emergían en el análisis de Heródoto, que no trata de semejanzas genéricas o tipológicas, sino de semejanzas específicas que remiten a relaciones históricas, Momigliano hizo esta aseveración:

Como viajero observador y como adepto del método comparativo (que los médicos de la época utilizaban para explicar las diferencias climáticas), Heródoto creó un modelo para la investigación de la religión. Explicó las *semejanzas* entre los dioses griegos y los dioses egipcios afirmando que los griegos habían derivado sus dioses de Egipto.¹⁷⁵

Así, el historiador que buscaba respuesta a sus preguntas en la tierra de las pirámides y de los antiguos faraones, encontró una suerte de vínculo genealógico entre egipcios y griegos que permitía explicar las particularidades o especificidades de las tradiciones y costumbres, las artes (como la poesía) y sobre todo la religión de los griegos, a partir de un complejo juego de influencias y préstamos que de Egipto habían recibido. Se trata de un descubrimiento de las originalidades de la civilización y la religión de los egipcios, consideradas griegas por los mismos griegos, que fue posible a través de la comparación.

Pero, ¿qué es lo que en realidad buscaba Heródoto en Egipto?, ¿qué implicaba encontrar ahí tantas filiaciones para con su propia cultura?, ¿por qué había sido Egipto y no Escitia o Persia, a quienes también dedicó una investigación abundante, donde encontró tantas relaciones desconocidas por griegos y egipcios?, ¿intentaba helenizarlos?, ¿o señalar que el origen de la Hélade (léase, Occidente) tenía sus raíces en Egipto (léase, Oriente)? El intenso interés de Heródoto por Egipto parece ser más que el testimonio de su admiración por el pueblo del Nilo (que representaba la importancia histórica de todo un continente, Libia o África, y cuya posición delimitaba la frontera sur del mundo Mediterráneo).

¹⁷⁴ HERÓDOTO, II, 50, p. 92

¹⁷⁵ MOMIGLIANO, Arnaldo, *De paganos, judíos y cristianos*, *Op. cit.* p. 30. (Las cursiva son más)

De acuerdo con la idea del cambio incesante y de la transformación de la grandeza de los pueblos en una forma histórica más modesta, Egipto no parece ser simplemente una civilización que antiguamente había sido grande y con el paso del tiempo había devenido en pequeña, sino que precisamente por ser una civilización antigua y deslumbrante, cuyas filiaciones con Grecia eran profundas, aunque desapercibidas para los griegos, parece representar un vínculo directo con el dinamismo y la importancia que Grecia había adquirido en la época del historiador: una civilización pequeña devenida en grande, a partir de la costosa victoria sobre el Imperio Persa. Así, el hecho de situar a través de la comparación los orígenes de ciertas costumbres, artes, dioses y aspectos centrales de la religión griega en Egipto, es tanto un procedimiento que desmitifica los caracteres originales, como el intento de Heródoto por localizar los orígenes de la religión y la poesía griegas, en una tierra que había sido un “regalo del Nilo”.

En el mismo tono, las comparaciones políticas también ocupan un lugar sobresaliente en la obra de Heródoto, aunque a simple vista parecen ser un rasgo compartido entre los historiadores griegos. La manera en que los hombres deben gobernarse: monarquía, oligarquía, tiranía, democracia, o las cuestiones sobre los tributos generales, la renta, la independencia local o el imperio, y la coexistencia de sistemas políticos radicalmente diferentes: el de Atenas y el de Esparta,¹⁷⁶ por ejemplo, —considerando además las formas de gobierno de otros pueblos localizados fuera de la Hélade—, fueron para ellos, como dice Jean-Marie Hannick, “una invitación a la comparación”.¹⁷⁷ Por tal motivo, desde Eurípides o Isócrates hasta Polibio, pasando por Platón y Aristóteles, por citar sólo a algunos de ellos, se encuentran discusiones sobre los méritos respectivos de uno u otro régimen político. Sin embargo, en Heródoto las comparaciones políticas tienen una función privilegiada, que al igual que las

¹⁷⁶ Las tensiones entre Atenas y Esparta afloran continuamente en la narración de Heródoto. Él pone en boca del corintio Sosicles, el siguiente discurso: “empeñados vosotros, oh lacedemonios, en arruinar una república justa y bien ordenada, procuráis tan de veras reponer en las ciudades libres el despotismo y la tiranía, no pudiendo dejar de ver con los ojos ser ésta la cosa más inicua, más cruel, más sanguinaria de cuantas pueden verse entre los mortales. Y si no, decidme ahora, lacedemonios: si tan conveniente os parece que las riendas del gobierno estén en manos de un tirano, ¿por qué no sois los primeros en colocar un déspota sobre vuestras cabezas? ¿Por qué con vuestro ejemplo no animáis a los demás a que sufran un señor absoluto? Vemos, empero, todo lo contrario: vosotros, siempre libres hasta aquí de tiranos domésticos, y muy prevenidos para que jamás los sufra Esparta, vais recetándolos a los otros, y procuráis encajarlos a vuestros confederados” (...) “En suma, conjurándoos, pro los dioses de la Grecia, os pedimos y suplicamos, oh lacedemonios, que no intentéis autorizar la tiranía ni introducir el despotismo en las ciudades”. HERÓDOTO, V, 92.

¹⁷⁷ HANNICK, Jean-Marie, “Simples réflexions sur l’histoire comparée”, *Op. cit.* p. 8.

comparaciones etnográficas y religiosas, permiten encontrar similitudes y diferencias entre los propios griegos, así como también entre ellos y los ‘barbaros’.

Esta comparación se hace evidente cuando el historiador describe las razones y las circunstancias por las cuales los Helenos continentales decidieron hacer “una liga de la nación griega en que todos los pueblos quisiesen ir a una contra aquel enemigo común, que a todos venía a embestirles”,¹⁷⁸ es decir un frente conjunto contra “el yugo y la servidumbre de los persas”,¹⁷⁹ subsumiendo en esta unión contra “el bárbaro”, aunque coyunturalmente y sólo de manera superficial, las profundas diferencias, tensiones y rivalidades entre las *poleis*, al permitir reconciliar “los ánimos de todos aquellos que entonces estaban haciéndose entre sí la guerra”.¹⁸⁰

Este hecho queda claro cuando Heródoto cuenta que una embajada de Grecia se presentó ante Gelón, señor de Siracusa, con la intención de que él prestase su ejército en la lucha contra los persas: “que te unieras para el socorro con los libertadores de la patria, y por tu parte la libraras de la opresión”.¹⁸¹ De acuerdo con Erich Kahler —quien en su análisis usa términos que tienen la característica de un síntoma—, para los griegos “el encuentro con las hordas y déspotas persas reforzaban su sentido de la identidad helénica, panhelénica, y los hacía conscientes de su situación cambiante”.¹⁸² A propósito, “la idea de la lucha nacional contra el imperio persa no llegó a borrarse jamás de la conciencia de los helenos”, dice Droysen, pues la guerra “era para éstos lo que durante varios siglos será para la cristiandad occidental la lucha contra los infieles”.¹⁸³

Sin embargo, la explicación del uso de las comparaciones políticas parece ubicarse

¹⁷⁸ HERÓDOTO, VII, 145.

¹⁷⁹ HERÓDOTO, VI, 45. El fracaso de la revuelta Jónica, y su aplastamiento por los persas, había sido una especie de adelanto de lo que podría pasar en Grecia si ésta perdía la guerra. “La balanza está ya al caer, jonios míos; anda en ella suspensa nuestra suerte”, decía un general llamado Dionisio, “y de su caída dependerá el que nosotros quedemos independientes y libres, o que nos veamos tratados como esclavos, y como esclavos y fugitivos”. HERÓDOTO, VI, 11. Una vez aplastada la revuelta: “lo que hizo allí Mardonio desde luego fue deponer a todos los señores de la Jonia y sustituir en todas las ciudades la democracia o gobierno popular”. HERÓDOTO, VI, 43.

¹⁸⁰ HERÓDOTO, VII, 195.

¹⁸¹ HERÓDOTO, VII, 157.

¹⁸² KAHLER, Erich, *¿Qué es la historia?* (Col. Breviarios), FCE, México, 7ª reimp., 1992, p. 35.

¹⁸³ DROYSEN, J. G. *Alejandro Magno*, *Op. cit.* p. 24.

tanto en la confrontación ante los bárbaros, como en las relaciones entre los propios griegos. En el primer caso, al escribir acerca de la nación de los escitas (“la más reciente y la más moderna”¹⁸⁴), y en un abordaje que bien podría decirse es parecido al de los naturalistas del siglo XVIII y XIX, o al de los geógrafos de la primera mitad del siglo XX, el análisis de Heródoto parte desde las características geográficas y climáticas del territorio de los escitas, con la intención de explicar una formación social de “nómadas o pastores”¹⁸⁵ ubicada al norte del mundo Mediterráneo, allende del estrecho del Quersoneso, en las costas occidentales del Mar Negro, que mucho tiempo después serían las costas de las modernas Hungría, Rumania y Ucrania.

De este modo, aunque valientes, osados e indomables en batalla, los escitas eran para Heródoto un pueblo de nómadas, que “como pastores nada siembran ni cultivan. La tierra que habitan está del todo rasa, sin árbol alguno”.¹⁸⁶ Para el historiador, los scolotos,¹⁸⁷ a quienes los griegos llamaron escitas, son:

Unos hombres, en efecto, que ni tienen ciudades fundadas ni muros levantados; todos sin casa ni habitación fija, que son ballesteros de a caballo, que no viven de sus sementaras y del arado, sino de sus ganados y rebaños; que llevan en su carro todo el hato y familia, ¿cómo han de poder ser vencidos en batalla, u obligados por fuerza a venir a las manos del enemigo?¹⁸⁸

El nomadismo, rasgo característico de los escitas, se transforma en la gran diferencia que se vislumbra en el espejo de la comparación política. La base de la política y el gobierno de los griegos, el sitio desde donde había florecido la gran transformación intelectual del pensamiento griego, la ciencia, la filosofía, la literatura (poesía, tragedia, comedia o prosa), o la cultura y las artes que habían fundamentado la peculiaridad de la importancia histórica de la Hélade, no existía en la joven nación de los escitas. Cuando Heródoto decía: “ni tienen ciudades fundadas”, se refería a que entre los escitas no existía algo equiparable a la *polis*. Ello equivale, como dice François Dosse, leyendo *Les Ruses de l'intelligence*, de Marcel Détienne y

¹⁸⁴ HERÓDOTO, IV, 5.

¹⁸⁵ HERÓDOTO, IV, 11.

¹⁸⁶ HERÓDOTO, IV, 19.

¹⁸⁷ HERÓDOTO, IV, 6.

¹⁸⁸ HERÓDOTO, IV, 46.

Jean-Pierre Vernant, “a valorizar la ciudad griega contra el despotismo”.¹⁸⁹ Así, “la ciudad griega (...) constituyó su mismo a partir del Otro y con el Otro”.¹⁹⁰

Sin embargo, esta diferencia no existía solamente entre griegos y ‘bárbaros’. Heródoto había hecho notar esta condición entre los propios griegos, a propósito del caso de los macedonios, quienes a los ojos de algunos griegos —pese a que su lengua, costumbres, prácticas y religión, o a que la etimología y la genealogía mitológica los ubicaban como una más de las ramas helénicas—, no eran griegos de prosapia, o por completo griegos.

Esta consideración acerca de los macedonios se mantuvo viva en la época de Alejandro Magno, o antes de él, en los años de las Guerras Médicas, cuando estos últimos, según escribe Heródoto, se sumaron al ejército invasor de Jerjes, y a través de su rey, Alejandro, quien trató de sobornar a los atenienses con la intención de romper su alianza con los demás griegos y convertirlos en “amigos y aliados”¹⁹¹ de los persas. E incluso puede rastrearse hasta el siglo XIX, cuando Niebuhr y Grote, por ejemplo, veían a Alejandro —quien se convirtió en rey de Macedonia, en el jefe de la liga de todos los estados griegos, en rey de Asia Menor, en faraón de Egipto, en gran rey del Imperio persa y rajá del territorio noroccidental de la India, y en cuya época los mayores ríos del mundo: el Nilo, el Indo, el Tigris y el Éufrates; o las mayores ciudades del mundo antiguo: Atenas, Esparta, Menfis, Babilonia, Susa o Persépolis, se encontraban reunidos bajo su cetro—, sólo como el “bárbaro genial”.¹⁹²

¿A qué se debe esta indefinición sobre la identidad griega de los macedonios? Hacia comienzos del siglo V aun no existía en Macedonia la autonomía política que en la Hélade se daba desde tiempo antes: la *polis*. Toda Grecia, pero Atenas en particular, realizó una forma absolutamente original de organización política en el mundo Mediterráneo, así como también un desarrollo excepcional del individuo.¹⁹³ Al estar dividida en una infinidad de ciudades y colonias que formaban otros tantos Estados, las condiciones geográficas contribuyeron en

¹⁸⁹ DOSSE, François, *La historia: conceptos y escrituras*, *Op. cit.*, p.15.

¹⁹⁰ VERNANT, Jean-Pierre, *La muerte en los ojos*, *Op. cit.* p. 37.

¹⁹¹ HERÓDOTO, VIII, 136-144.

¹⁹² ROCES, Wenceslao, “Presentación”, en *Alejandro Magno*, *Op. cit.*, p. VIII.

¹⁹³ “El individualismo griego es tan poderoso que hace surgir una civilización admirable, pero impide la concentración política”. BERR, Henri, *Al margen de la historia universal*, *Op. cit.*, p. 155.

mucho a darle a Grecia su aspecto histórico, pues como bien estudió Gustave Glotz, en su clásica obra intitulada *La Ciudad Griega*, estas divisiones estaban profundamente arraigadas en la conciencia helénica.

“Desgarrada, tallada y rugosa por el continuo encuentro con el mar y la montaña”, dice él, en todas partes las angostas depresiones o los innumerables cantones eran “un receptáculo natural de una pequeña sociedad”. La marca de la naturaleza hacía posible, al mismo tiempo que definía, el asentamiento humano y las huellas del poblamiento, en un territorio escarpado que no tenía salida fácil sino a las costas de tres mares distintos: el Egeo, El Jónico y el Mediterráneo. De este modo, Glotz afirma que “la división física determina, o facilita, la política. Tantos compartimentos, otras tantas nacionalidades diferentes”.¹⁹⁴

Asentadas a lo largo y ancho de la península griega, como en las costas del vasto espacio civilizatorio del mundo Mediterráneo, con características geográficas por completo diferentes de la griega, el millar y medio de ciudades y colonias que constituían la Hélade, fueron edificadas, sin embargo, con el tipo de constitución proveniente de la metrópoli; señalando con ello que en la formación de la ciudad, a las influencias del medio se unieron las circunstancias históricas. De tal suerte que la ciudad griega, en lo que corresponde a su carácter urbano (de población mayoritariamente rural, aunque agrupaba a la comunidad y permitía la construcción de todos los edificios religiosos y cívicos), pero en lo que corresponde también al sentido de entidad política, era el lugar en el cual, sobre todo en el *ágora* (mercado que servía para las transacciones comerciales, pero también plaza pública donde se conocían las noticias, se hablaba de política y se formaban las corrientes de opinión), en el cual el reducido grupo de ciudadanos libres se reunía en asambleas plenarias: en las asambleas del pueblo. En su sentido clásico, la *polis* significaba: “un Estado autónomo, que se gobierna a sí mismo”.¹⁹⁵ Pero ante todo, la *polis* merece

el epíteto de “elevada”, es la *acrópolis*, y son abundantes los términos que se emplean para decir que es escarpada, bien construida, rodeada de torres, provista de altas puertas; además, como contiene el santuario de la divinidad poliada y el palacio del rey, sólo ella es santa, rica,

¹⁹⁴ GLOTZ, Gustave, *La Ciudad griega*. [1928] (Col. La Evolución de la Humanidad) Trad. José Almoína, Prólogo de Henri Berr, Apéndice de Paul Cloché, UTEHA, México, 1957, tomo XV, p. 1.

¹⁹⁵ FINLEY, Moses I., *Los griegos*, *Op. cit.* p. 55.

espléndida, llena de oro. [...] El nombre fluido de *polis* abarcó todas las aldeas rurales que vivían a su sombra. Por una progresión fatal, se extendió designando toda la región que obedecía a la autoridad de un mismo jefe. La palabra que designó primeramente una acrópolis terminó por designar una ciudad.¹⁹⁶

Sin embargo, en contraste ante esta imagen de la colectividad helénica libre, donde los ciudadanos libres comparten los derechos políticos y el carácter griego se muestra incompatible con la esclavitud y el sometimiento ante la servidumbre de Persia, existe otra imagen que se encuentra en la naturaleza misma de la Hélade: la de todos aquéllos que estaban relegados por su nacimiento a una posición inferior; es decir, la de la esclavitud (“sin la cual no hay Estado griego, ni arte griego, ni ciencia griega”, como decía Engels¹⁹⁷), la subordinación de las mujeres, la explotación del campesino, la división real entre el reducido grupo de los ciudadanos ricos y la amplia mayoría de los pobres, la contraposición de la ciudad ‘cultiva’ y el campo ‘atrasado’.

De este modo, la participación del pueblo llano en los asuntos del gobierno, su demanda por la administración equitativa de la justicia, e inclusive el derecho al voto, desde el siglo VI produjo una tensión extraordinaria —que frecuentemente derivaba en luchas de clases y guerras civiles—, entre la comunidad y el régimen de gobierno, entre el pueblo llano cuyo apetito insaciable en ocasiones amenazaba con devorarlo todo, y el desmedido orgullo y afán de riqueza de los hombres de abolengo y fortuna, quienes ostentaban los altos cargos civiles y militares, y no querían ceder en ninguno de sus privilegios. Moses Finley lo describió en estos términos:

Eunomía, el estado bien ordenado según la ley, había sido en tiempos un grito de guerra revolucionario; ahora servía para mantener el *statu quo*. El pueblo repicaba: *isonomía*, es decir, ¡igualdad de derechos políticos! Y como el pueblo estaba numéricamente en mayoría, el grito de *isonomía* condujo a la *democracia*. O explicándolo en otros términos, ¿la ley de quiénes era la que había de reinar?¹⁹⁸

A propósito de ello, la poética, que es memoria pero también alabanza de las hazañas guerreras, hace referencia a los “semejantes”, los “iguales”: u *hómoioi*, según la designación

¹⁹⁶ GLOTZ, Gustave, *La Ciudad griega*, *Op. cit.* pp. 9 y 10.

¹⁹⁷ Citado en FINLEY, Moses I., *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Trad. Antonio-Prometeo Moya, Barcelona, Crítica, 1982, p. 12.

¹⁹⁸ FINLEY, Moses I., *Los griegos*, *Op. cit.* p. 60.

espartana atribuida a los ciudadanos con plenos derechos, a partir de lo que éstos tienen en común: “el privilegio de ejercer el oficio de las armas”.¹⁹⁹ Para el siglo V, el poeta, quien era el encargado de registrar, preservar y transmitir la memoria, haciendo posible que las acciones de los hombres escapen del Silencio y de la Muerte, no está ya al servicio de la soberanía del rey, de los mitos de soberanía o la alabanza del personaje real sobre la cual la sociedad griega estuvo centrada durante siglos, sino al servicio de la comunidad de los “semejantes”, de los “iguales”, así considerados por el principio de igualdad entre todos los ciudadanos de la Hélade.

Como bien dice Glotz, “Desde el siglo VIII, hasta la conquista romana, toda la historia griega está llena de revoluciones y contrarrevoluciones, matanzas, exilios y confiscaciones”.²⁰⁰ Entre otros fenómenos, como la transformación de la economía de las ciudades griegas, que desde el siglo VIII vio aparecer el régimen de la economía comercial, industrial y monetaria, a diferencia de la ancestral actividad económica basada en la agricultura y la ganadería, por ejemplo, o las Constituciones de Solón (594-593 a. C) y de Clístenes (508-507 a.C), cuya trascendencia civilizatoria está fuera de duda, una de las explicaciones del surgimiento de la democracia griega fue la guerra, pues tuvo efectos de una profunda mutación social, y en la *Historia* de Heródoto es una constante que siempre asoma de forma virulenta.

“Entre las ciudades de Grecia e Italia”, dice Fustel de Coulanges en *La Ciudad Antigua*, “era casi perpetuo el estado de guerra”.²⁰¹ Las continuas guerras permitieron a las clases inferiores el acceso a los mandos militares que, gracias a la tradición religiosa, estaban reservados a la aristocracia. Durante mucho tiempo la fuerza de los ejércitos residió en el poder de la caballería, reservado a la antigua aristocracia (“el verdadero guerrero era el que combatía en un carro y a caballo”²⁰²), pero los adelantos en la fabricación de armas y la introducción de la disciplina permitieron a la infantería ir cobrando una importancia cada vez mayor. En ese sentido, de acuerdo con Marcel Detienne, fue la “reforma hoplita” lo que permitió extender

¹⁹⁹ DETIENNE, Marcel, *Los maestros de verdad*, *Op. cit.* p. 67.

²⁰⁰ GLOTZ, Gustave, *La Ciudad griega*, *Op. cit.* p. 89.

²⁰¹ COULANGES, Fustel, *La Ciudad antigua*, [1864] Trad. Alberto Fano, Prólogo de Carlos García Gual, Editorial Edaf, Madrid, 1982, p. 307.

²⁰² *Ibid.* p. 259.

los privilegios del guerrero a todos los miembros de un grupo social más amplio. Es la falange, la formación hoplita en la que cada combatiente ocupa un lugar en la fila, en la que cada ciudadano-soldado es concebido como unidad intercambiable, lo que permite la democratización de la función guerrera y solidariamente, la adquisición, por parte de un grupo de “escogidos”, de un mayor número de privilegios políticos hasta entonces reservada a la aristocracia.²⁰³

Debido a su condición peninsular, y a la característica geográfico-natural de la relación entre el mar y la montaña, desde la época arcaica Grecia fue tierra de buenos remeros y osados marineros. De los mil barcos guerreros que se dirigieron a Troya y le pusieron sitio durante diez largos años, da buena cuenta la *Ilíada*; de las peripecias del astuto Odiseo, quien después de la destrucción de Troya navegó durante diez largos años con destino a Ítaca, en aguas insondables, llenas de cíclopes, sirenas y monstruos marinos, *La Odisea* es un testimonio fabuloso. “En realidad el rasgo principal del destino de este *Mar Internum*”, como dice Braudel, es estar

inmerso en el más amplio conjunto de tierras emergidas que pueda haber en el mundo: el grandioso, el “gigantesco continente unitario”, euroafroasiático, como un planeta por el que todo circuló precozmente. Los hombres han encontrado en estos tres continentes soldados el gran escenario de su historia universal, en el que desarrollaron sus intercambios decisivos.²⁰⁴

En este espacio líquido, salpicado de islas, atravesado por penínsulas, ramificado por las costas de tres continentes, ubicado en la conexión entre diversos mares, los combates en el mar decidieron muchas veces la suerte de ciudades, colonias o inclusive, en la época de las Guerras Médicas, en Salamina, por ejemplo; la suerte de toda la Hélade. “Si el rey [Jerjes] hubiera logrado la superioridad en el mar”, dice Herótodo a propósito de ello, “quedara la Grecia en poder de los persas”.²⁰⁵

Al ser obligadas por la guerra a dar armas y espacios en el ejército y la marina a las clases inferiores (como hoplitas, o remeros, marineros y soldados) las ciudades fueron reducidas a considerar a la clase pobre en el grueso de las tropas, por lo que ésta cobró una importancia política que las leyes y las constituciones les negaban. “Una clase que tiene fuerza bastante para defender la sociedad, la tiene también para conquistar derechos e imponer

²⁰³ DETIENNE, Marcel, *Los maestros de verdad*, *Op. cit.* p. 158.

²⁰⁴ BRAUDEL, Fernand, *Memorias del Mediterráneo. Prehistoria y antigüedad*, Trad. Alicia Martorell, Prefacio y notas de Jean Guilaine y Pierre Rouillard, Edición de Roselyne Ayala y Paule Braudel, Cátedra, Madrid, 1998, p. 34.

²⁰⁵ HERÓDOTO, VII, 139.

condiciones”,²⁰⁶ dice Fustel de Coulanges a propósito de la ampliación del derecho de ciudadanía y del aumento del número de los miembros de la Ciudad, o del “origen de la democracia ateniense”,²⁰⁷ añadiendo además:

Está, pues, fuera de duda que la guerra borró pronto la distancia establecida por la aristocracia de la riqueza entre ella y las clases inferiores, advirtiendo éstas que las constituciones se hallaban en desacuerdo con el estado social y era necesario modificarlas.²⁰⁸

Ser ciudadano de una *polis* significaba ser miembro de la comunidad griega, encontrarse dentro de la forma más elevada de la convivencia humana —“el hombre es por naturaleza un ser-para-la-*polis*”, formuló Aristóteles—, pero también significaba ser “libre”. El proyecto democrático se basaba en la idea de la libertad del ciudadano, aunque la libertad fuera sobre todo una libertad colectiva, concerniente a la comunidad de ciudadanos en general, en estrecha solidaridad con el carácter autónomo de la ciudad y con la soberanía estatal. “El hecho de que la comunidad fuese la única fuente de la ley”, dice Finley, “era una garantía de la libertad”.²⁰⁹ Marx lo expresó en estos términos:

La historia antigua clásica es historia urbana, pero de ciudades basadas sobre la propiedad de la tierra y la agricultura; la historia asiática es una especie de unidad indiferente de ciudad y campo (en este caso las ciudades verdaderamente grandes deben ser consideradas meramente como un campamento señorial, como una superfetación sobre la estructura meramente económica.²¹⁰

De este modo, para los griegos los persas eran “bárbaros” no sólo por el hecho de no ser griegos, sino que además, al estar faltos de democracia, al no haber nacido en la *polis*, no eran ciudadanos. Es decir, no eran ciudadanos y hombres libres, sino súbditos de un rey. Y esto mismo era el peligro que representaba la invasión persa a Grecia, pues en la época de la primera guerra médica, Darío había dado órdenes de que una vez arruinadas las ciudades griegas, “le presentasen a su vista esclavos y presos a los ciudadanos de ellas”.²¹¹

²⁰⁶ COULANGES, Fustel, *La ciudad antigua*, *Op. cit.* p. 260.

²⁰⁷ *Ibid.* p. 307.

²⁰⁸ *Ibid.* p. 308. El acceso de las clases inferiores, que a través de la guerra accedieron a la democracia, es todavía un punto de vista polémico. A diferencia de Coulanges y Detienne, Glotz sugiere la aparición de una “burguesía media”, formada por ciudadanos que tenían los recursos para comprarse una armadura completa. (*La Ciudad griega*, *Op. cit.* p. 87), mientras que Finley analiza la constitución del ejército, que en Atenas estaba formado por “las clases sociales superior y media”. (*Los griegos* *Op. cit.* p. 75).

²⁰⁹ FINLEY, Moses I., *Los griegos*, *Op. cit.* p. 59.

²¹⁰ MARX, Karl, *Formaciones económicas precapitalistas* (Col. Biblioteca del Pensamiento Socialista), Introducción de Eric Hobsbawm, Siglo XXI Editores, México, 21ª ed., 2004, p. 77

²¹¹ HERÓDOTO, VI, 94.

Durante la segunda guerra médica, según cuenta Heródoto, Jerjes solicita a Amaranto, defenestrado rey de Esparta, y puesto al servicio de éste, respuesta a una pregunta concreta: “que me digas si tendrán valor los griegos (...) por más que se juntaran en un ejército, serían capaces de hacerme frente en campo de batalla”. Amaranto solicita permiso del rey para decirle la verdad o si en vez de ello prefiere escuchar una lisonja. Una vez le ha sido concedido el permiso para hablar sólo con la verdad, él responde:

La Grecia, señor, es una nación criada siempre sin lujo y con pobreza, pero hecha a la virtud, fruto de la sabiduría y de la severa disciplina. Con la misma virtud que practica remedia su pobreza y se defiende de la servidumbre. Tal elogio debo darlo a todos los griegos que moran cerca de la región y países dóricos; pero no hablaré ahora de todos ellos, sino solamente de los lacedemonios. Y en primer lugar digo que de ningún modo cabe que den oídos a nuestras pretensiones encaminadas a quitar la libertad a la Grecia, de suerte que aunque todos los demás griegos os presten vasallaje, ellos solos saldrán a recibirnos con las armas en la mano. Ni os toméis el trabajo de preguntarme acerca del número de ellos para salirnos al encuentro, porque tened por sabido que si constare su ejército de mil hombres, con mil os darán batalla; si menos fueren, con menos os la darán, y si fueren más, serán más los que la presenten.²¹²

Los discursos de Heródoto, reconstruidos, imaginados, y quizá con fuertes dosis de invención propia, pero en todo momento con apego a este principio de mimesis o de representación de la realidad,²¹³ de la que hablaba Auerbach, brindan una imagen muy clara de la comparación política. Por ejemplo, cuando dos espartanos que se habían ofrecido voluntariamente a ser sacrificados por los persas, en compensación al hecho de que los heraldos de Darío habían sido ejecutados en Esparta al exigir agua y tierra en señal de rendición, así responden a la invitación que un señor persa, llamado Hidarnes, les hace para que se sometan a la autoridad del rey:

sabes por experiencia el bien que hay en ser vasallo del rey, pero no el que hay en ser libre e independiente. Hecho a servir como criado, no has probado jamás hasta ahora si es o no dulce la independencia de un hombre libre; si la hubieses alguna vez probado, seguros estamos que no sólo nos aconsejarías que la mantuviéramos a punta de lanza, sino a golpe de segur, ofreciendo el cuello al acero.²¹⁴

²¹² HERÓDOTO, VII, 102.

²¹³ “En contraste con la inmensa mayoría de los pueblos antiguos y modernos, el griego —Heródoto— halla tan interesante la realidad que la admite entera, tal cual sea”, dice Lida, agregando: “así se llega a la veracidad herodotea, tan absolutamente inusitada, que impresiona unas veces como candor infantil, otras como desengañado cinismo y siempre como el polo opuesto de la habitual actitud del historiador —llámese Tucídides, Tácito, Mariana, Gibbon, Mommsen— que, consciente o inconscientemente, defiende una tesis y escribe en nombre de una clase o de un partido”. LIDA, María Rosa, “Estudio Preliminar” *Op. cit.*, pp. 13-14.

²¹⁴ HERÓDOTO, VII, 135.

En Grecia, la solidaridad panhelénica y la unidad de civilización se manifestaban en el terreno político, por lo que la liberación y la independencia del individuo eran consustanciales al carácter y la naturaleza de la ciudad. La *polis* pudo convertirse en un organismo político al englobar a todos los grupos (*genos*, fratrias, tribus) que la componían y ocupaban un territorio determinado, y que “se designaba con una palabra que pasó a significar el conjunto de gentes que lo habitaban, *demos*”.²¹⁵ Pero al igual que el *demos*, o el pueblo, era el cuerpo de los miembros de la ciudad, la figura del ciudadano era también el centro de toda la figura política. De este modo, y de acuerdo con Glotz, el poder público y el individualismo progresaron de manera estrecha, relacionándose mutuamente.

Pero fue particularmente Atenas, que en la época de Pericles llegaría a ser la capital de Grecia y del mundo Mediterráneo, donde el experimento tuvo el efecto civilizatorio que todavía repercute en la actualidad. No es casual que los cambios que se producen en el plano de la vida social y política sean contemporáneos al desarrollo de la racionalidad, pues sin que exista determinación entre el plano social y el intelectual, lo cierto es que ambos marcharon de manera acompasada;²¹⁶ puesto que los sabios, *sophoi*, pensaron el cuerpo social de manera parecida a la que los filósofos jónicos habían pensado el cosmos, cuyos elementos múltiples debían obedecer a una ley común.

El principio de la igualdad, opuesto al principio oligárquico; el derecho a la libertad, contrario a la tiranía, representaron el sello distintivo de la democracia griega, por el hecho de que el poder, el *kratos*, no debía ser monopolizado por alguna de las personalidades de la ciudad, lo que significaría la ruina de ésta. (“De todos los Estados de ella”, decía Darío a propósito de las ciudades de Grecia, “haré uno solo, y éste mío”.²¹⁷) “Para que haya ciudad, es preciso justamente que el *kratos* sea colocado en el centro del espacio cívico”, señala Jean-Pierre Vernant, añadiendo que “el término griego que designa este aspecto es la *isonomía*”.²¹⁸

Por todo ello, las orgullosas *poleis* griegas eran la antítesis del Imperio persa. Ellas

²¹⁵ GLOTZ, Gustave, *La Ciudad griega. Op. cit.* p. 10.

²¹⁶ Recurriendo a la frase de Aristóteles: “La ley soberana es aquella que hace reinar junto con ella a la razón, el *nous*, el *logos*.” GLOTZ, Gustave, *La Ciudad griega, Op. cit.* p. 115.

²¹⁷ HERÓDOTO, VII, 8.

²¹⁸ VERNANT, Jean-Pierre, *Entre mito y política Op. cit.* p. 87.

constituían uno de los caracteres fundamentales del desarrollo histórico de Grecia y la esencia del helenismo. A la luz de la comparación política que Heródoto pone en marcha, aparece, por un lado, un pueblo dividido y disperso en innumerables comunidades pequeñas, regidas por su libre autonomía, cohesionadas por la idea de la democracia y la libertad, diferenciadas políticamente aunque agrupadas en una comunidad de civilización; y por el otro, un complejo de naciones diferentes, aglutinadas por la conquista y la fuerza de las armas que habían creado al Imperio persa, cohesionadas a través de la humillación y el sobajamiento, cuya figura más representativa era el gran rey, considerado no sólo un Rey de reyes, sino también un hombre divino.²¹⁹ Al respecto, Droysen apunta lo siguiente:

Tales son los rasgos fundamentales de esta estructura de poder, basada en la esencia más genuina del pueblo persa, en su tradicional y sencilla sumisión a la cabeza de la tribu y en la nota orgullosa de la legitimidad, procedentes ambas de la antigua organización gentilicia. Esta grandiosa organización de poder despótico, giraba toda ella en torno al principio de la dignidad y el poder personales de quien lo encarnaba se transmitían a cada uno de sus sucesores, de que la corte y el harén cerca de él y los sátrapas y los jefes militares, más a distancia, se hallaban dirigidos e inspirados por él en todo momento, y de que el pueblo dominante se mantenía fiel a sí mismo y a su disciplina y austeridad tradicionales y a su devoción incondicional al dios-rey.²²⁰

En otro discurso, en el que Heródoto hace referencia al rey macedonio Alejandro I, quien por órdenes de Jerjes intentó sobornar a los atenienses para que abandonaran la coalición con los espartanos (en el invierno de 480 y 479 a.C), el historiador pone en boca de los atenienses los motivos que les impiden abandonar la coalición; destacando que el primero de ellos es cobrar venganza, “con todas nuestras fuerzas”, por el incendio y la destrucción de los templos de los dioses a manos de los persas. Y el segundo motivo, que sintetiza la naturaleza y el poder de esta idea compuesta de lo que significaba ser griego, y los caracteres de la solidaridad panhelénica:

Nos lo da el nombre mismo de griegos, inspirando en nosotros el más tierno amor y piedad hacia los que tienen la misma religión, la comunidad de templos y de edificios, la uniformidad en las costumbres y la semejanza en el modo de pensar y de vivir. En fuerza de tales vínculos y de

²¹⁹ Una vez que los espartanos destinados al suplicio, en venganza de la muerte dada a los heraldos de Darío han llegado ya a Susa, y se encuentran en presencia del rey, los criados que pretendían obligarlos a que postrados adorasen al rey, son detenidos por la siguiente advertencia de los griegos, quienes dijeron: “que nunca harían tal, por más que diesen con ellos de cabeza en el suelo; pues ni ellos tenían la costumbre de adorar a hombre ninguno, ni a tal cosa habían venido”. HERÓDOTO, VII, 136. ¿No recuerda este hecho los problemas que Alejandro Magno enfrentó con sus generales, una vez que éste fue convertido en Dios, exigiendo ser reverenciado y adorado por ellos?

²²⁰ DROYSEN, J. G. *Alejandro Magno, Op. cit.* p. 40.

nuestro honor, miramos por cosa tan indigna de los atenienses el ser traidores a nuestra patria y nación, que os aseguramos de nuevo ahora, si no lo teníais antes bien creído, que mientras quede vivo un solo ateniense, nadie tiene que temer que se una Atenas con Jerjes en confederación.²²¹

En el discurso en el cual Jerjes había solicitado el parecer del depuesto rey de Esparta, Amaranto, justo cuando había escuchado su respuesta, en un gesto que era a la vez una muestra burla, como también de incredulidad y ajenidad ante el concepto de libertad entre los griegos, cuenta Heródoto que Jerjes echó a reírse. No obstante, el rey insistió preguntando por las razones que hacían que unos hombres “iguales todos e igualmente libres, y no sujetos al imperio de un soberano”, pudieran hacer frente a un ejército “tan grande como el mío”. Ante este discurso, Amaranto le respondió: “Libres sí lo son, pero no libres sin freno, pues soberano tienen en la ley de *la patria*, a la cual temen mucho más que no a vos vuestros vasallos”.²²²

Esa pasión por la independencia, el orgullo por la autonomía de las *poleis* griegas, independientemente de su tamaño, población, riqueza, hace de ellas Estados soberanos, pero también una *patria* a la que los griegos se ofrendan por completo, o estén destinados “al socorro de la patria”.²²³ “¿Qué es la patria en los grandes siglos de la Grecia antigua?”, cuestiona Gustave Glotz, y responde en estos términos:

La misma palabra lo dice. Indica todo lo que une entre sí a hombres que tienen un mismo antepasado, un mismo padre. La *patria* fue primeramente el *genos*, como lo vemos en Asia Menor; por medio de un continuo crecimiento, en Elida, por ejemplo, se convirtió en el grupo más extenso llamado generalmente *fratría*, y terminó por ser en todas partes la comunidad en que se reúnen todas las sociedades de menor extensión, la ciudad. Por eso el patriotismo de los griegos nos parece hoy un patriotismo cerrado, pero es un sentimiento más extenso y profundo por concentrarse en un objeto restringido. Desde el día en que el efebo ya mayor presta el juramento cívico, debe a la ciudad todos sus pensamientos y su sangre. No se consagra en cuerpo y alma a una abstracción, sino a algo concreto que ve todos los días con sus propios ojos. La tierra sagrada de la patria es el recinto familiar, las tumbas de los abuelos, los campos cuyos propietarios son conocidos, la montaña a donde se va a cortar madera, a llevar el rebaño o a recoger miel, los templos en que asiste a los sacrificios, la acrópolis a la que sube en procesión; es todo lo que se ama y de lo que se está orgulloso, y que cada generación quiere dejar mejor de como lo recibió.²²⁴

²²¹ HERÓDOTO, VIII, 144.

²²² HERÓDOTO, VII, 103-104. (Las cursivas son mías).

²²³ HERÓDOTO, VII, 178.

²²⁴ GLOTZ, Gustave, *La ciudad griega*, *Op. cit.* p. 25.

Así, frente al vasto Imperio Persa, creación del inmenso Oriente, el ciudadano dispone del “patriotismo” de carácter local y la vitalidad de su pequeña *Polis*; frente a los persas, o ‘bárbaros’, que viven bajo el yugo del “despotismo” que suelen divinizar en el Megas Basileus, o Rey de Reyes, Heródoto pinta la imagen de la “democracia” y del “ciudadano”; frente a la “esclavitud”, la “servidumbre” o del despotismo, contrapone la figura del “ciudadano libre”. Todo ello, además de los ritos religiosos compartidos, el significado de las prácticas culturales, los valores y las aptitudes, la comunidad de tradiciones funerarias, la lengua o las costumbres, la identidad definida por oposición, o la construcción de lo que significaba ser griego, representa en Heródoto, el gran historiador de las Guerras Médicas, dos unidades de análisis que son el núcleo de sus comparaciones; tanto etnográficas y religiosas: Griegos/Bárbaros; como políticas y patrióticas: Ciudadanía-Libertad y Esclavitud-Servidumbre. O para decirlo en las palabras de Jean-Pierre Vernant, el problema es el siguiente:

Desde luego no se puede hablar de alteridad sin calificativos: es necesario distinguir y precisar en cada caso los tipos precisos de alteridad: lo que es otro en relación con la criatura viva, el ser humano (*ánthros*), es ser civilizado, el varón adulto (*anèr*), el ciudadano”.²²⁵

¿Es la comparación de Heródoto, un método comparativo? Veamos. El historiador apunta, describe, analiza, infiere, recrea, pero también rastrea orígenes de instituciones, como las religiosas, señalando los influjos, las dependencias e imitaciones. En una palabra, compara, y lo hace constantemente a partir del juego de similitudes y diferencias entre culturas, naciones y civilizaciones contrapuestas (sean egipcios, escitas o persas), que son vecinas en el Mundo Mediterráneo y contemporáneas en esa época convulsa de las Guerras Médicas.

Las comparaciones le permiten moldear los contornos de la identidad frente a la alteridad, señalando los rasgos particulares, entre los propios griegos (frente a los macedonios, por ejemplo), pero también las influencias y las imitaciones entre prácticas, costumbres e instituciones que, pertenecientes a los griegos, relucen distintas en el contraste ante los bárbaros, si no es que diferentes, precisamente por ser extranjeras o de origen ‘bárbaro’. La condición helénica, el hecho de ser griego en el conjunto de la civilización, es observada a partir del contraste específico, sean escitas o persas (pues, como decía Platon: “no se puede

²²⁵ VERNANT, Jean-Pierre, *La muerte en los ojos*, *Op. cit.* p. 16.

concebir ni definir el Mismo sino en relación con el Otro, con la multiplicidad de otros”²²⁶), que redonda en una imagen positiva y gloriosa: la *polis*, la democracia, la libertad, y todas las características del panhelenismo que, en ese momento de colisión que representan las Guerras Médicas, se delimita, recrea y esencializa, como fruto del contacto entre civilizaciones. Así, la figura del griego se creó por el reflejo distorsionado de la figura del ‘bárbaro’. “El otro, como componente del Mismo, como condición de la propia identidad”, según dice Jean-Pierre Vernant.²²⁷

Mas no se trata tan sólo de semejanzas genéricas o tipológicas; por el contrario, son semejanzas específicas que remiten a relaciones históricas. Egipto es la muestra más acabada de las similitudes religiosas; de parecidos o símiles que, de acuerdo con el historiador (independientemente de que su parecer sea veraz o se haya equivocado), son explicados a partir de la existencia de una profunda relación histórica: los orígenes de la religión griega no están en la Hélade, sino en la zona nebulosa de los bárbaros, que es la tierra del Nilo. Por ello, al “inquirir” en dos instituciones religiosas que han tenido lugar en dos o más medios cercanos, el historiador observa la originalidad de la una y su influencia sobre la otra.

Relaciones, imitaciones, préstamos e influencias de carácter histórico, son el resultado del contraste de los griegos frente a un número sobresaliente de naciones y civilizaciones, todas ellas vecinas y contemporáneas en el mundo antiguo; condición de proximidad que al historiador le permitió encontrar la explicación del origen de los parecidos, así como de las diferencias, en una narración atravesada completamente por el principio de la representación de la realidad, la progresiva secularización del pensamiento, el papel del testimonio y la prueba, que desde el comienzo se planteó ser una historia (comparada) “así de los griegos como de los bárbaros”.

Pero, todo ello ¿es suficiente para considerarlo un método? Aunque Momigliano haya señalado que Heródoto ha sido un “adepto del método comparativo”, particularmente en sus investigaciones sobre la religión, el problema es que Heródoto nunca definió explícitamente lo

²²⁶ *Ibid.*, p. 38.

²²⁷ *Ibid.*, p. 36.

que estaba haciendo, y menos aún reflexionó en términos teóricos o metodológicos basándose en las herramientas que la filosofía de su época le hubieran permitido. En suma, este no es *el* método comparativo que verá la luz en la Modernidad (*el* método: en singular, cuya imagen parece ser la única existente, sin que tuviera además historia propia). Aun cuando la comparación en Heródoto es diferente, y corre además por un terreno paralelo, respecto de la forma de la comparación recurrente, inherente e inconsciente del pensamiento humano, esta forma distinta es en realidad un *procedimiento comparativo*, ordenado y calibrado que sirve para examinar relaciones, semejanzas y diferencias entre dos o más hechos o fenómenos, con la intención de extraer conclusiones y explicaciones de las causas que fomentan los parecidos y las diferencias entre ellos.

Debido a la descalificación de Tucídides, quien le reprochaba estar tan lejos de la verdad como tan cerca de mitos imposibles de comprobar, la figura del historiador devino en ‘mitólogo’ (*mythôdes*): el ‘Maestro de verdad’, Heródoto, sería considerado durante muchos siglos un espíritu demasiado dispuesto a la invención, a la fábula, a la mentira. Para ser rehabilitada, su obra debería esperar una nueva época. “El descubrimiento del nuevo mundo, la multiplicación de los viajes y la consideración de la alteridad en esos comienzos de la modernidad”, como bien dice François Dosse, “ofrecen un contexto más favorable”.²²⁸ Pero esta nueva consideración de la alteridad también ofrecería un nuevo contexto, y en este caso todavía más favorable, a la comparación.

V. Las formas de la comparación: *in illo tempore et nunc*

Todo parece separar al cazador del neolítico, a la vez real e imaginario, del historiador griego, cuyo nombre es Heródoto. A pesar de haber existido en el mismo planeta, vivieron en mundos completamente distintos. El primero, en la época neolítica, y el segundo, en la época de las ‘grandes hazañas’ de los griegos frente a los persas, a cuya historia dedicó todo su esfuerzo intelectual. Así, al estar ubicados en períodos tan distantes y contrapuestos, entre los cuales existe una compleja serie de transformaciones civilizatorias, las *diferencias* entre el cazador y el historiador saltan a la vista de inmediato: son tan evidentes que quizá no

²²⁸ DOSSE, François, *La historia: conceptos y escrituras*, Op. cit. p.16.

necesitaban de un rastreo o de una investigación pormenorizada para explicarlas.

Pero la realidad no es un registro apacible y acumulativo de hechos o fenómenos íntimamente relacionados entre sí; ordenados y valorados en su importancia y trascendencia por el historiador que considera a su tarea como la simple recopilación de hechos, cuya existencia en el pasado o en el presente, confiere la garantía de que la realidad es idéntica a la representación de la realidad (en el sentido que Auerbach le atribuía) en la narración histórica. De acuerdo con ello, es importante señalar que las propias brumas de la realidad, compleja, difusa y hasta evanescente, ocultan las analogías, los parecidos, las similitudes y las conexiones y relaciones que existen entre fenómenos distintos e independientes entre sí. Son estas brumas, esta especie de niebla densa y en ocasiones impenetrable, las que impiden ver con claridad tanto las analogías como las conexiones de ciertas formas que no paran de mutar o de transformarse, a través de las cuales es posible observar tanto las características fundamentales y las similitudes entre ellas, como las relaciones que éstas presentan con el conjunto, en la medida en que también se observa a las partes en ciertas etapas intermedias de su propia mutación.

Así, en la medida en que es posible observarlas, delimitarlas, clasificarlas e interpretarlas, el estudio de las formas y sus conexiones requiere de una especie de “sonda para medir la ubicación de un estrato inaccesible a los instrumentos habituales del conocimiento histórico”,²²⁹ y observar entonces su antiguo impulso, su transformación gradual durante la marcha indetenible del tiempo; puesto que su movimiento y su mutación sucede a modo de una potente corriente submarina, que desde el fondo agita con fuerza la superficie del mar: quizá impulsando su trayectoria, quizá marcando el ritmo de su propia dinámica y de su propia transformación. Por lo tanto, estas formas y sus conexiones han sido sujetas a un procedimiento intelectual que permite hacerlas visibles, exhumándolas de su condición oculta o soterrada, para comprenderlas en su propia dinámica y observar sus transformaciones en diferentes estratos o capas de historia lenta, que sin embargo se mueve, y lo hace incluso en la actualidad.

²²⁹ GINZBURG, Carlo, *Mitos, emblemas, indicios*, *Op. cit.*, p. 15.

Aun cuando he tratado de medir el ritmo de sus mutaciones, y de explicar sus principales características durante un largo período, esto no ha sido hecho a través del estricto apego a la cronología, o desde un punto de vista genético, tan caros al procedimiento histórico; puesto que el seguimiento puntual de los hechos, considerando los del tipo que he estudiado, plantea riesgos y obstáculos difíciles de franquear. De acuerdo con ello, al ser igualmente posible “ver los datos en su relación mutua y sintetizarlos en un modelo general sin que esto tenga la forma de una hipótesis sobre el desarrollo temporal”,²³⁰ como decía Wittgenstein, —aunque sin embargo he intentado hacerlo, pero sólo de manera tentativa, por lo que el experimento se encuentra todavía en estado germinal—, el abordaje ha sido emplazado particularmente a partir del estudio *comparativo* de las propias formas de la comparación. Sin ser excluyentes entre sí, ambos registros pueden ser útiles para la exploración de problemas y fenómenos de este mismo tipo. “En tanto no exista un estudio morfológico valedero”, decía Vladimir Propp, “no existirá tampoco un estudio histórico valedero”.²³¹ Sobra decir que el estudio de las formas y sus mutaciones a lo largo de amplios registros temporales, es la morfología.

Siguiendo de cerca este procedimiento morfológico que atiende a las partes constitutivas y las relaciones que éstas tienen entre sí y con el resto del conjunto (como decía Propp, inspirado en Goethe), es posible responder a los cuestionamientos que han constituido la unidad problemática desde el comienzo de este capítulo: ¿es posible analizar, desde una perspectiva histórica, ciertas formas de la comparación que pertenecen a culturas muy lejanas tanto en el tiempo como en el espacio? Si esto es posible, vale la pena reflexionar ¿qué tienen *en común* un cazador con un historiador?, ¿en qué se *parecen* el cazador del neolítico, cuya actividad principal (la cacería), es *distinta* a la de un historiador griego de la antigüedad clásica, cuya “indagación” (la *historiê*) ha sido también su principal ocupación?, es decir, ¿cómo analizar las *similitudes* puramente formales que existen entre ellos, y al mismo tiempo explicar sus *diferencias*?

Estas preguntas, y el tema particular que las había generado, se han revelado como ineludibles, hasta el punto que han orientado este rastreo en un estrato temporal sumamente

²³⁰ *Supra*, nota 48.

²³¹ *Supra*, nota 55.

vasto. Sin embargo, el problema a resolver ha sido todavía más complejo. ¿Cómo compara tanto el cazador como el historiador?, ¿cómo explicar además la afinidad morfológica entre estos dos casos históricamente independientes?, ¿y cómo esto puede permitirnos releer ahora, y de modo diferente, este doble problema de las analogías, centrando la atención en las formas de la comparación y sus conexiones, en un largo período que cubre desde el estrato más antiguo, ubicado en el neolítico, hasta una forma distinta y sobre todo nueva, que se presenta en la Grecia del siglo V?

A partir de la sensación de haber encontrado una pista importante, ubicada en registros temporales distantes entre sí y en geografías también desconectadas, el hecho de experimentar el hallazgo (en buena medida azaroso, pues primero tuve que hacer la investigación antes de plantearme conscientemente lo que en realidad estaba buscando) de ciertas analogías o ciertas afinidades de la comparación, a través de sus formas y mutaciones, hizo posible ubicarlas y analizarlas en el terreno del cazador, lo mismo que en el territorio del historiador, permitiendo describir puntualmente estas formas, antes que sus orígenes y sus relaciones orgánicas e históricas, que había sido una senda por la que originalmente había pensado caminar por completo, pero que me vi forzado a dejar de lado, aun cuando había transitado por ahí (¿qué significan los análisis sobre la jerarquía y la estratificación del conocimiento, o la formación del pensamiento positivo, si no este experimento tentativo emplazado a partir de un punto de vista genético?).

Sin embargo, la reconstrucción de fenómenos históricos a través de una serie de conexiones en apariencia formales, puede ser controlada por el hallazgo de pistas provenientes de hechos distintos y disconexos, que provienen, de igual manera, de una documentación también divergente. Esta reconstrucción de las formas de la comparación que están presentes en fenómenos históricos distintos e independientes, se encuentra situada —en la medida que he podido hacerlo—, en el campo de lo probable, o incluso, en el de lo infinitamente probable, como decía Marc Bloch, antes que en el ámbito de lo cierto. Sin ser ficción, o incluso ser falsa, mi hipótesis y su demostración histórica son el testimonio de un aspecto dinámico: la mutación de las formas de la comparación; sin que exista una vinculación histórica previamente demostrada que permita afirmar: “esto sucedió así”, o para decirlo con la fórmula del viejo Ranke: establecer los hechos “tal y como han acontecido”.

Sin embargo, para el cazador como también para el historiador, más allá de las similitudes superficiales, las analogías formales cuentan con *homologías profundas* que permiten explicar la manera, probable o posible, pero por completo verosímil, en la que una forma antigua de la comparación se transforma, a través de un movimiento de rescate y superación, en una forma diferente y más nueva de ella misma. Veamos.

La condición material de la cacería tiene también una dimensión intelectual. La actividad del cazador implica pensar en *lo que hace*, pero también en *cómo lo hace*. Durante milenios, la repetición sistemática de la cacería hizo que el cazador aprendiera, de acuerdo con Carlo Ginzburg, a “husmear, registrar, interpretar y clasificar huellas infinitesimales como hilos de baba”.²³² *Zadig*, el personaje de Voltaire, descifraba las señales, las huellas que el animal había dejado a su paso, sin que lo hubiera visto previamente; realizando operaciones mentales con una velocidad fulmínea y una precisión verdaderamente sorprendentes.

Pero la explicación de la sagacidad intelectual extraordinaria que permite leer estos datos experimentales, no reside en el personaje (el cazador), sino en *la función* que éste desempeña: dedicarse a la cacería. (“lo importante es saber *lo que hacen* los personajes del cuento, y no *quién lo hace*”²³³) Es decir, el suyo no es un saber particular, sino un saber de tipo venatorio que es propio de una sociedad de cazadores, en cuya base no está el solo hecho de procurarse la satisfacción del alimento, ni en la necesidad intelectual por descubrir, analizar, clasificar, ordenar y experimentar las características de los reinos animal y vegetal, sino en la *función* que este saber desempeña: conocer e interpretar el mundo a partir de una lectura indiciaria, basada en la experiencia, de las huellas, las señales, los vestigios.

La observación total, el reconocimiento de la singularidad de los seres, la elaboración de un procedimiento cognitivo de acuerdo a una realidad compleja y accidentada, permiten reconfigurar la descripción y la “explotación reflexiva del mundo sensible”,²³⁴ como decía Lévi-Strauss. Considerados en su conjunto, estos son procedimientos y técnicas que suponen siglos de observación metódica sobre la naturaleza, comprobadas por medio de experiencias

²³² *Supra*, nota 4.

²³³ PROPP, Vladimir, *Morfología del cuento*, *Op. cit.* p. 28

²³⁴ *Supra*, nota 15.

repetidas y transmitidas incansablemente a lo largo del tiempo, precisamente porque a partir de su innegable utilidad, se transformaron también en esas “estructuras de lo cotidiano”, a las que Fernand Braudel hacía referencia al estudiar la civilización material.

Ginzburg ha observado que en esta operación intelectual se encuentran “análisis, comparaciones y clasificaciones”²³⁵ que permitían reconocer una realidad quizá ínfima, con la intención de descubrir los rastros de eventos no directamente experimentados por el observador. Así, a partir de estos detalles aparentemente marginales, era posible captar el sentido profundo y global de una realidad determinada. Los cazadores habían descubierto “los orígenes del arte de narrar”,²³⁶ como señaló Ítalo Calvino. A partir de entonces, el cazador se había convertido quizá en el primer narrador de la historia.

El hecho de “seguir el rastro” del animal implicaba una lectura indiciaria de las señales, de los vestigios, de las pistas. Pero la huella era un dato que necesitaba de un referente con qué ser comparada (“un marco de referencia contra el cual *contrastar* el síntoma”,²³⁷ como observó el Subcomandante Insurgente Marcos), y descubrir así sus relaciones, analizando sus diferencias y semejanzas, contrastándolas con huellas pertenecientes a ciertos animales idénticos o con las huellas de animales distintos. Este *razonamiento comparativo*, esta tensión entre los parecidos y las diferencias entre las huellas que el animal había dejado en su huida, permitía identificar y comprobar la autenticidad de algo, *la identidad* de algo; así como también lo que es diferente, *la alteridad*, o la condición de ser otro.

Sin ser cazador, sin saber leer las huellas que los animales dejaban a su paso, milenios después aparecería otro narrador. Portaestandarte de un oficio nuevo, entre aedo y adivino, conservaba y preservaba “la palabra cantada”: en esencia la misma transmisión oral del conocimiento que había tenido la humanidad antes de la aparición de la escritura. Pero también preservaba la Memoria y la Verdad, salvaguardándolas del peligro que representaba tanto el Olvido como el Silencio, según estudió Marcel Detienne. Esta transmisión del saber, que

²³⁵ *Supra*, nota 28.

²³⁶ *Supra*, nota 7.

²³⁷ *Supra*, nota 29.

constituía un patrimonio que el cazador tenía bajo la forma de una “memoria”²³⁸ fue registrada por el historiador en una narración *escrita*, aunque por la fuerza de la tradición fuera salmodiada en público.

Al igual que el cazador, el historiador también creía en los dioses, a quienes les atribuía acciones sobrenaturales, pero en su época el pensamiento positivo y abstracto penetraba con tal fuerza, que en un hombre como él, perteneciente a los ciudadanos libres que en la Hélade comúnmente sabían leer y escribir, hacía que el conocimiento basado en el *logos* predominara sobre la creencia en los mitos y los dioses, constituyendo una “doble revolución”, como dice Jean-Pierre Vernant, caracterizada por “un pensamiento positivo”, y por “un pensamiento abstracto”.²³⁹

Viajero incansable, Heródoto exploró el mundo circundante, así como milenios antes, en geografías más modestas, lo había hecho el cazador del neolítico. A diferencia del cazador, su exploración no tenía la intención de procurarse la alimentación, pero al igual que él, la lectura de la naturaleza le servía para conocer el mundo. Y así como las huellas del animal eran para el cazador las pruebas de la existencia de su presa, pues ‘había pasado por ahí’; para el historiador, la tarea de buscar datos, testigos y testimonios, eran también las *pruebas*, que aunadas a lo que él mismo había visto, eran necesarias para corroborar la Verdad de los acontecimientos. Aristóteles lo había dicho bien: “la vista es, entre todos los sentidos, el que nos permite adquirir más conocimientos y nos descubre más diferencias”.

Pero su capacidad de observación, sus finos razonamientos, su visión de conjunto, hacían que estas capacidades sólo fueran comparables con sus dotes de conversador. Contemporáneo de Sócrates, quizá el más grande conversador del mundo antiguo, Heródoto asimiló el conocimiento de los testigos, los sobrevivientes de las gestas, los escribas egipcios y los sabios persas, quienes le transmitieron la memoria de sus refinadas civilizaciones, mucho más antiguas que la griega, a la cual pertenecía. Así, al igual que la lectura indiciaria del cazador, la historiografía también tenía un método crítico basado en la reconstrucción de

²³⁸ *Supra*, nota 10.

²³⁹ *Supra*, nota 72.

eventos *no* testimoniados directamente. De todo ello emergió su obra, esta especie de memoria de aquellas épocas que es conocida bajo el nombre de *Historias*, o también, obedeciendo a su estructura capitular, con el nombre de *Los nueve libros de la historia*. Y esta obra es considerada como el inicio de la *narración* histórica en la tradición occidental.

Preocupado por la memoria de las gestas heroicas y las hazañas “así de los griegos como de los bárbaros”, Heródoto comparaba continuamente. Pero no lo hacía con las huellas o los vestigios de los animales, sino con pueblos, culturas y civilizaciones. Al igual que el cazador, quien a través del *contraste* de las huellas de su presa podía descifrar las similitudes y las diferencias, en un ejercicio que tiende a identificar también la identidad y la alteridad, el historiador se planteaba un ejercicio parecido. Sus preguntas concernientes a la *identidad* y la *alteridad*: ¿quiénes somos?, ¿de dónde venimos?, ¿por qué somos diferentes de los demás?, formuladas a partir de la base de figuras seculares, racionales, humanas, laicas y sobre todo políticas, marcarían un territorio caracterizado por el contraste entre la identidad y la condición griega o helena, con el resto del mundo conocido. Un territorio atravesado completamente por la comparación, en tiempos y espacios contemporáneos y vecinos (la modalidad comparativa que él explora), entre la organización política griega: las *poleis*, la democracia, la ciudadanía, la patria, y los valores distintivos de la civilización helena, que frente al espejo de los ‘bárbaros’ no sólo reconocía un rasgo superior, sino también la reafirmación, en positivo, de su propia identidad.

A través de este inventario de las características y las formas de la comparación, se observan *las relaciones entre las formas*, es decir: *las similitudes* entre el cazador y el historiador que habían pasado desapercibidas. Ambos leen el ‘libro’ del mundo, ambos narran, ambos comparan, aunque lo hacen de manera *distinta*. Un eco o alusión indirecta a esta hipótesis puede verse en este párrafo introductorio a *Ninguna Isla es una Isla*:

La idea misma de narración, conjeturaba yo en ese momento, podría haber surgido en una sociedad de cazadores, con el fin de transmitir a partir de trazos infinitesimales un evento que quizá no fue experimentado directamente, un reconocimiento de que “alguien pasó por ese camino” (...) la hipótesis sobre el origen de la narración formulada en ese entonces, puede tal vez arrojar alguna luz también sobre la narración histórica: dedicada esta última, a diferencia de otras formas narrativas, a la búsqueda de la verdad, y sin embargo modelada, en todas sus

etapas, por preguntas y respuestas formuladas en una forma narrativa.²⁴⁰

Pero a partir del hecho de centrar la atención en *las diferencias* que existen en el cazador y el historiador, se aprecian, además, *las relaciones de las formas con el conjunto*. Si la *lectura* de las huellas del cazador representa un conocimiento indiciario basado en la experiencia, este procedimiento también permite recrear una realidad *no* experimentada directamente. El rastreo de las huellas, los indicios, las señales que el animal perseguido va dejando en su huida, representan la *prueba o el testimonio* de su paso por ese lugar. Además de ser una lectura indiciaria, una narración surgida en una sociedad de cazadores, este rastreo es también el *contraste* de las huellas: la lectura de los parecidos y las diferencias que arrojan luz sobre cuál es exactamente el animal que está siendo perseguido, y por qué *no* es otro distinto, por mucho que éstos se parezcan debido al hecho de pertenecer a la misma especie.

Esta comparación basada en las similitudes y las diferencias: lo que se es frente a lo que no se es, es una comparación tanto inherente, como recurrente e inconsciente al pensamiento humano. Es decir, debido a su específica función, (*lo que hace y cómo lo hace*) ello evidencia un *razonamiento comparativo*, una forma de conocimiento del mundo situado en los albores de la humanidad, que sigue estando presente en nuestra época. “De hecho”, como ha dicho Carlo Ginzburg, “nuestra mente funciona comparativamente”.²⁴¹ O incluso, para decirlo con Marcel Detienne: “No hay nada que la mente humana haga con mayor frecuencia que comparar”.²⁴²

Heródoto, el historiador, intenta preservar las “grandes hazañas” de griegos y persas. A través de la comparación, que en sus páginas aparece a modo de “digresiones”, él realiza un experimento dentro de la historia al indagar sobre las “causas” que explican los conflictos entre griegos y persas. Lo que ha leído, conversado, visto y escuchado, tanto por él mismo como por sus testigos, le sirve de *testimonios*, es decir, de *pruebas* con los cuales escribirá la historia de las Guerras Médicas en el marco del Mundo Mediterráneo, con la intención de preservar la Verdad a salvo del Olvido. La suya es una narración, pero es una narración histórica que refiere a las similitudes y las diferencias, a la identidad de los griegos y la alteridad de los

²⁴⁰ GINZBURG, Carlo, *Ninguna isla es una isla*, *Op. cit.* p. 13.

²⁴¹ *Supra*, nota 3 (de la introducción).

²⁴² DETIENNE, Marcel, *Comparar lo incomparable*, *Op. cit.* p. 9.

‘bárbaros’. Jean-Pierre Vernant lo explicó de forma inmejorable, en palabras que permiten sintetizar esta idea: “Lo que es otro en relación con la criatura viva, el ser humano (*ánthropos*), es ser civilizado, el varón adulto (*anèr*), el ciudadano”.²⁴³

Esta comparación, a pesar de contar los elementos centrales de la antigua forma de la comparación, se ha transformado al volverse más compleja, más enriquecedora en el procedimiento y en sus resultados. En Heródoto puede observarse una forma distinta de la comparación: una forma que mantiene la forma anterior (similitudes/diferencias; identidad/alteridad), pero que en un complejo movimiento de rescate, actualización y superación, quizá debido a la jerarquía y estratificación del conocimiento, cuenta también con una forma más compleja y abstracta de la comparación, la cual le permite experimentar indirectamente (no ya en las propiedades del mundo sensible, como lo hacía el cazador), sino sobre el mundo de los hombres.

Esta nueva forma cuenta con tres características anteriormente desconocidas. En primer lugar, es una comparación histórica que indaga en una modalidad centrada en la explicación de similitudes y diferencias entre sociedades y civilizaciones vecinas y contemporáneas en el Mundo Mediterráneo. En segundo lugar, la comparación cuenta con categorías de análisis que son tanto etnográficas y religiosas: Griegos/Bárbaros, como también políticas y patrióticas: Ciudadanía/Libertad y Esclavitud/Servidumbre. Con ellas, el historiador dispone de herramientas sin las cuales una cultura, una civilización, un mundo más complejo y contradictorio, es por completo incomprensible. A partir del hecho de mantener la forma de la comparación anterior (similitudes/diferencias; identidad/alteridad), las unidades de análisis de la comparación representan un componente central de una nueva forma, pues son estas categorías las que finalmente señalan *qué* se compara y *cómo* se compara.

Finalmente, y en tercer lugar, al ser una comparación ubicada en la sincronía, y al estar basada en unidades de análisis, las analogías que se presentan en dos o más culturas y civilizaciones, ésta le permitió al historiador tender los puentes de la explicación de las *diferencias* entre la Hélade y los persas y escitas, pero también las *similitudes* con otros

²⁴³ *Supra*, nota 225.

'bárbaros': los egipcios. Así, el origen de los oráculos y el carácter adivinatorio, la influencia en la poesía o el origen de los nombres de los dioses griegos, parecían haber surgido en esta tierra de las majestuosas pirámides y del antiguo esplendor del imperio de los faraones, que había influenciado a la orgullosa civilización Helena, mostrando con ello las *filiaciones*, las *influencias*, los *préstamos* y las *relaciones* entre dos civilizaciones distintas.

Esta *función* de la nueva forma de la comparación, permitió organizar al historiador los hilos conductores de su obra, tan sólo porque también le hizo posible comprender el Mundo Mediterráneo en la época de las Guerras Médicas. Sin embargo, esta forma no es solidaria del razonamiento comparativo que fue útil para clasificar y ordenar a los seres del mundo, a través de las similitudes y las diferencias, o de la identidad y la alteridad, como sí lo fue para el cazador del neolítico. Por el contrario, en una época distinta, el historiador cuenta con una forma distinta de la comparación: un *procedimiento comparativo* que le permite examinar relaciones, semejanzas y diferencias entre dos o más hechos o fenómenos, con la intención de extraer conclusiones y explicaciones de las causas que fomentan los parecidos y las diferencias entre ellos.

Pero entre el cazador y el historiador, la analogía de las dos operaciones intelectuales parece evidente en la medida en que hay un recurso a la comparación, entendido como una necesidad ineludible para la comprensión del mundo, que a partir de sus respectivas particularidades formales es puesta de manifiesto en una serie de procesos racionales históricamente desconexos. Pero estas formas no se explican por el hecho de centrar la descripción y el análisis comparativo en el personaje (sea el cazador, sea el historiador) sino en *lo que hacen y cómo lo hacen*. Es decir, qué comparan, con qué medios, con qué operaciones, con qué técnicas específicas, y en qué condiciones. En ambos casos, existe la comparación como formas en mutación constante. Estas formas permiten establecer las relaciones entre sus partes constitutivas, al igual que las relaciones con el conjunto, mostrando un claro dinamismo que no se ha detenido hasta la actualidad.

Es decir, el razonamiento comparativo no ha sido inmutable. Se ha actualizado o modernizado de acuerdo a las circunstancias históricas y a las exigencias, de todo tipo, de

esas mismas circunstancias o condiciones. Su presencia en el pasado no se ha eclipsado con el incesante devenir, pues al situar y precisar de manera ordinaria, en el registro de la vida cotidiana, las relaciones entre la identidad de algo, de alguien, o del ‘nosotros’, con lo que es diferente, con la condición de ser otro y las relaciones con el otro, su importancia existe todavía en nuestra época, confiriendo a la realidad tanto un significado como una forma de ella misma. En suma, su presencia expresa, en la medida en que revela y desmitifica, un carácter fundamental de nuestra civilización.

¿Cómo se conocen “las cosas que existen” y en qué medida “las cosas que existen” están *constituidas* por el que las conoce?, se preguntaba Edward Said.²⁴⁴ En la medida que todos “somos forasteros de alguien”,²⁴⁵ cada quien es el ‘bárbaro’, el ‘salvaje’ o el ‘primitivo’ del otro; cada quien es el ‘pagano’, el ‘hereje’, el ‘infiel’ o el ‘idólatra’ del otro; cada quien es el ‘oriental’, el ‘negro’, el ‘amarillo’, el ‘indio’, el ‘piel roja’ o incluso el ‘blanco’ del otro; cada quien es el ‘subdesarrollado’, el ‘inferior’, el ‘desigual’, el ‘anormal’, el ‘paria’ del otro.

Sin observar el significado de estas relaciones con el otro, es difícil comprender correctamente los procesos reales. Y estas relaciones pueden darse a través de una aproximación entendida como el conocimiento de/hacia/sobre lo diferente; pero en ocasiones pueden constituirse a partir de la ajenidad, el desconocimiento, la familiaridad, la distancia y hasta la indiferencia. Inclusive, estas relaciones pueden darse, —y esto sucede frecuentemente—, de manera violenta: como expropiación y despojo de lo otro; como negación y eliminación del otro; o en un registro parecido, como suplantación, es decir, como simple ‘inclusión’ e ‘incorporación’ de la alteridad.

Este dinamismo también puede observarse en la otra forma de la comparación. Al estar ubicado a medio camino entre dos formas distintas: por un lado, el razonamiento comparativo expresado en el cazador del neolítico; y por el otro, en el método comparativo que en la Modernidad tendrá una forma y una función diferente de las anteriores, el procedimiento comparativo (como en el caso de Heródoto) se encuentra situado en ciertas “etapas

²⁴⁴ *Supra*, nota 6. (de la introducción).

²⁴⁵ *Supra*, nota 7. (de la introducción).

intermedias” de la mutación de las formas de la comparación, pero que en su forma esencial todavía puede ser rastreado en nuestra época. *Vergleichende Forschung o Komparatistik; cross-national o comparative research; ricerca comparata; comparativismo o análisis comparativo; comparatisme*, entre otros, son términos que testifican la importancia de un procedimiento comparativo en ciertas disciplinas de la ciencia social contemporánea, o de un “análisis comparativo” referente a “la vertiente inter-cultural o inter-nacional de estas disciplinas”.²⁴⁶

Pero esta forma de la comparación es una forma ‘intermedia’ —dado que en sus fundamentos se encuentran ciertos perfiles esenciales del método comparativo, pero no todos los que lo constituyen—, que a lo largo del tiempo parece haberse convertido en un método científico utilizado de manera sistemática y con el propósito específico (que no es el caso de Heródoto), de examinar las *analogías* y las *diferencias* entre *dos* o *más* fenómenos, ubicados en épocas contemporáneas y en espacios cercanos, o por el contrario, situados en tiempos y espacios lejanos y distantes entre sí; y por tanto, con el propósito de explicar la similitud de los hechos observados, así como las diferencias entre los medios en que ambos han tenido lugar. Es decir, es un método que explica las curvas evolutivas y la clasificación de las series de elementos generales, distinguiéndolas, al mismo tiempo, de los aspectos singulares o particulares, con la intención explícita de disipar las causas locales y revelar los auténticos resortes de las analogías y las diferencias.

En otras épocas de la historia, los sucesivos contactos, interacciones y las relaciones de diverso tipo entre culturas, pueblos y civilizaciones distintas, crearon las condiciones específicas para la interpretación de las similitudes y las diferencias, consideradas datos u objetos de estudio que debían ser explicados a través de métodos científicos. “Descubrimientos”, expansiones, exploraciones, conquistas, resistencias y sublevaciones, o la desaparición de imperios y el nacimiento de naciones y repúblicas, entre otros fenómenos, ofrecieron múltiples datos comparables a través del tiempo y a través del espacio.

²⁴⁶ COLINO, Cesar, “Método comparativo”, en REYES, Román, (Dir.) *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales. Terminología Científico Social*, Plaza y Valdés, Universidad Complutense de Madrid, México-Madrid, 2009.

Pero estas condiciones no se han dado sólo en el pasado, sino *in illo tempore et nunc*. En un mundo complejo, como el nuestro, “donde todos somos forasteros de alguien”, como ha dicho Carlo Ginzburg, las relaciones con el otro ofrecen una oportunidad de cuestionar las premisas de “las cosas que existen”, de acuerdo a lo que Said decía, y reflexionar así en qué medida “las cosas que existen” están *constituidas* por el que las conoce”. Pero al igual que en nuestra época, también en el pasado existió el intento de explicar las formas en que ‘las cosas que existían’ estaban constituidas por quienes las conocían. Es decir, de explicar por qué existían analogías entre sociedades cercanas o distantes, y a qué se debían los parecidos; similitudes excepcionales entre las lenguas y cómo podían ser explicadas; parecidos entre tribus y sociedades distintas a las europeas, y cómo entonces podían ser adecuadamente respondidas; afinidades en instituciones sociales, o de la vida religiosa, la magia o la memoria, y cómo hacer un ejercicio comparativo basado en la explicación de las similitudes, pero también en la explicación de las diferencias.

El intento de responder los problemas, explicando la similitud de los hechos observados y la diferencia entre los medios en que ambos tenían lugar, fue emplazado a través de un método de análisis social fructífero, que en un período breve de tiempo floreció lo mismo en la etnología británica, que en la sociología, la historia y la lingüística francesas. En una coyuntura precisa, ‘científicos sociales’ provenientes de disciplinas distintas tuvieron una ‘afinidad electiva’ hacia el método comparativo, configurando un *paradigma* científico basado en la comparación. Es decir, al comparar fenómenos sociales revolucionaron el conocimiento sobre éstos, al mismo tiempo que transformaron los perfiles de sus propios campos de conocimiento, por lo que todos ellos adquirieron un parecido que les confirió cierto ‘aire de familia’.

Sin embargo, aunque esta *similitud* une a todos ellos, la variedad de usos, la diversidad de las lógicas de funcionamiento, la discrepancia de las funciones específicas de su práctica del método comparativo, es también la expresión de las *diferencias* entre ellos. Entonces, cuando Braudel decía que “es preciso que el hombre se compare con el hombre”,²⁴⁷ ¿acaso no es este un campo privilegiado para intentar armar una tipología de las *formas* del método comparativo?

²⁴⁷ BRAUDEL, Fernand, “Historia de las civilizaciones: el pasado explica el presente”, *Op. cit.* p. 219.

CAPÍTULO II

HACIA UNA TIPOLOGÍA DE LAS FORMAS DEL MÉTODO COMPARATIVO

Que, tanto en el orden intelectual como en el de la práctica, el despertar de las curiosidades tiene su origen casi siempre en una especie de ambiente colectivo, es cosa que la historia de nuestros estudios, incluso sin llegar a la historia sin más determinaciones, bastaría por enseñárnoslo. De repente parece que sale de la sombra una categoría de fenómenos, para imponerse a los esfuerzos convergentes de los trabajadores.

Marc Bloch, "Les paysages agraires: essai de mise au point", 1936.

I. El 'ambiente colectivo': las 'influencias' intelectuales

"De repente parece que sale de la sombra", —de acuerdo con lo que dice Marc Bloch en el epígrafe—, una "categoría de fenómenos", o un "despertar de curiosidades" surgidas en el marco de una especie de "ambiente colectivo", que terminan imponiéndose "a los esfuerzos convergentes de los trabajadores". Pero este caso concreto, ¿podría ser también el del método comparativo, considerado una "curiosidad" que terminó imponiéndose "a los esfuerzos convergentes de los trabajadores", configurando a su vez un cierto tipo de "ambiente colectivo"?

No obstante, aun cuando la práctica del método comparativo haya sido fecunda en esta etapa, el 'nacimiento' de la comparación data de muy antiguo, a modo de una 'zona de sombra' cuyo origen data de tiempos antiquísimos, que a lo largo de milenios ha mutado lentamente, obteniendo nuevas formas, nuevas funciones y nuevos significados. Son esas mutaciones, observadas en cuanto a sus partes constitutivas, a la vez que en las relaciones entre esas mismas partes con el conjunto, las que constituyen el registro más profundo de la historia de la comparación, vista desde la morfología histórica, pero contemplada también desde el observatorio de la larga duración histórica.

Así, el 'descubrimiento' de estas formas de la comparación, del cazador del neolítico al historiador de la Grecia clásica, hizo posible observar las convergencias, las relaciones de afinidad, los usos similares, al igual que las divergencias y las distancias entre una forma de la

comparación, entendida a modo de razonamiento comparativo, y otra forma de ella misma, entendida como procedimiento comparativo. Ambas concepciones, ambos registros, no han dejado de moverse y actualizarse a lo largo del tiempo, haciéndolo inclusive en nuestra propia época. ¿Acaso no es el recurso a la comparación un código imprescindible de la cultura, que permite ‘conocer’ al Otro, o ‘descifrar’ el mundo circundante?

A pesar de que el largo camino de la comparación es de larga duración, a diferencia de ésta, el camino del método comparativo no sólo es distinto, sino también más breve; encontrándose más próximo a las transformaciones del mundo moderno y de la *scientia*: el conocimiento secular sistemático sobre la realidad del mundo moderno, regulado por principios basados en métodos, que a su vez tenía una validación empírica: la prueba. “Esto fue lo que adoptó el nombre de *scientia*, que significaba simplemente conocimiento”.¹

A pesar de las similitudes (la comparación basada en la tensión entre similitudes y diferencias), el método comparativo es diferente del razonamiento comparativo, al igual que del procedimiento comparativo. Esta condición representa una de las raíces más complejas y más distantes de la comparación, que hacia el último tercio del siglo XIX, quizá a partir de la fundamentación de la Ilustración europea, adquirió una forma distinta de las anteriores, configurándose en una estrategia cognoscitiva de las nacientes disciplinas de las ciencias del hombre, o mejor dicho, al ser considerada una herramienta de análisis rigurosa, sistemática, elaborada teóricamente y probada metodológicamente, llamada método comparativo.

La impronta de este método ha sido tan importante en las disciplinas o áreas de estudio en las que ha sido practicado, que los nombres de éstas llevan la marca imborrable de su presencia: lingüística comparada, mitología comparada, religión comparada, política comparada, literatura comparada, filología comparada, jurisprudencia comparada, al igual que la antropología, la sociología o la historia comparativas, son tan sólo una muestra representativa del papel del método comparativo en las ciencias del hombre. No obstante, para descifrar el problema de las formas de la comparación en un período determinado, con actores

¹ WALLERSTEIN, Immanuel, (Coord.) *Abrir las ciencias sociales (Informe de la Comisión Gulbenkian)*, Siglo XXI, México, 1999, p. 4.

específicos ubicados en diferentes disciplinas, se impone un análisis de coyuntura. Un estudio que preste atención a las prácticas concretas del método comparativo en diversas disciplinas, cuya epistemología, metodología, temas, problemas y objetos de estudio las hacen diferentes entre sí —aun cuando todas estas prácticas se parezcan por el uso del mismo método—, a partir de la elaboración de una clasificación, o mejor dicho, de una tipología.

¿Quiénes son los integrantes que dan forma a este “ambiente colectivo”? La lista tiene nombres egregios: están los representantes de la escuela sociológica francesa Émile Durkheim (1858-1917), por supuesto, pero también Marcel Mauss (1872-1950) Los antropólogos tienen también un lugar preponderante, y sobre todo Sir James Frazer (1854-1941). La lingüística histórica está representada por el célebre lingüista, Antoine Meillet (1866-1936). El campo de los historiadores tiene nombres también importantes: Fustel de Coulanges (1830-1889), Henri Pirenne (1862-1935), y el mismo Marc Bloch (1886-1944).

¿A qué se debe esta convergencia en el panorama intelectual de estos años?, ¿cuál es la explicación de este uso extraordinario y compartido del método comparativo en distintas disciplinas, cuyo movimiento de institucionalización en el campo de las ciencias del hombre las hacía mantener cierta autonomía y una franca competencia?, ¿por qué en todas se está comparando y qué significa “comparar” en cada una de ellas?, ¿se trata de una simple moda intelectual, una serie de préstamos utilizados recíprocamente con miras a la originalidad y el éxito individual, de grupo, o disciplinar?, ¿podría ser quizá un *Zeitgeist*, el ‘espíritu de una época’, el que anime esta coyuntura?, ¿o es más bien un movimiento intelectual propiciado por las propias características de la coyuntura europea de finales del siglo XIX, que las ciencias del hombre debían explicar a través de ciertas herramientas de análisis, como el propio método comparativo?

En ocasiones relacionados más directamente, por ser parte del mismo equipo o estar vinculados a él, e incluso sin relación aparente aun cuando fueran contemporáneos y pudiera decirse que son parte de la misma generación, todos sus practicantes son eruditos cuyos trabajos verían la luz desde el último tercio del siglo XIX hasta mediados del siglo XX, representando todo un momento intelectual. Reunidos en ocasión de su aporte al método

comparativo, nucleados metodológicamente a partir de este método que fue profusamente utilizado a lo largo de varias décadas, con resultados distintos y en disciplinas también diferentes, una de las principales características que les dota de cierto 'aire de familia' es el hecho de constituir —en mayor o menor grado de intensidad—, una experiencia concreta, con temas y problemas también concretos; una forma de experimentar en las ciencias del hombre, en un período caracterizado por múltiples transformaciones; una influencia, —a veces más clara y en ocasiones desapercibida en la historiografía actual—, que en conjunto representan esta 'angustia de las influencias' (que tanto ha estudiado Harold Bloom en la literatura), en el historiador francés Marc Bloch, convertido en portaestandarte del método comparativo, pero quizá también en 'heredero' de todos los esfuerzos anteriores realizados en ese campo nuevo de conocimiento, de ciencias del hombre reguladas y caracterizadas por la práctica del método comparativo.

¿Por qué es Marc Bloch el historiador que se ha convertido en una de las figuras rectoras del método comparativo?, ¿ha sido él quien 'inventó' o 'descubrió' un 'nuevo' método comparativo, incluso 'superior' a todos los existentes, o por el contrario es simplemente el reproductor o el continuador de una tradición heredada? Responder a estos problemas no es un asunto sencillo. ¿Cómo hacerlo, a qué atender específicamente?, es decir, ¿cuáles eran las prácticas y los resultados concretos, además del estatuto científico de la comparación en todas esas 'influencias'?, ¿qué es lo que Bloch obtuvo de ellas de acuerdo con el conocimiento que sobre este tema existía en esa época?, ¿cómo llegó este conocimiento a él y por qué vías específicas? Ante estas interrogantes, ¿es posible armar una tipología que explique lo que él sabía o podía saber del método comparativo, al mismo tiempo que permita conocer cuáles son las lecciones generales que podemos extraer de todos estos 'casos', para configurar las formas de la comparación en disciplinas distintas?

Durante décadas, la obra de Marc Bloch no ha dejado de emanar una especie de encantamiento a sus lectores y biógrafos. Pero debajo de ese encantamiento de la obra residen las condiciones reales (y por ello históricas) que determinaron su producción. Pues, si el éxito intelectual está por demás lejano a la sola pretensión de un autor, y en ocasiones escapa a los esfuerzos y los planes de la propia consagración académica que él mismo haya

tratado voluntariamente de conseguir, no es menos cierto que el hecho del encumbramiento del autor en la cima de los honores intelectuales suele ser un acontecimiento excepcional. Como bien ha sido señalado por Immanuel Wallerstein:

Aprovechar la buena suerte requiere no sólo el deseo de aprovechar, sino la suerte de poder aprovecharla. La suerte que debe aprovecharse se halla en la coyuntura y para evaluar la coyuntura debemos ubicarla dentro de la estructura.²

Es decir, ¿ello depende del poder creador del autor, o de las tradiciones intelectuales que se encuentran en su contexto?, ¿el fruto de este esfuerzo se debe a una acción individual o es más bien fruto de un esfuerzo colectivo? Ni el simple 'genio creador', ni el autor 'adelantado a su época', ni el determinismo contextual de una 'época de transición', permiten explicar el plano histórico que hace posible la construcción de una obra. Mas no se trata de encontrar un nivel estratégico que simplemente concilie ambas posturas, sino de intentar un entrelazamiento de niveles diversos, complejos y diferentes entre sí. Este es el enfoque de la historia intelectual, más atenta a la circulación conceptual, a los juegos de intercambios interdisciplinarios, de préstamos y correspondencias recíprocas. "Esta historia intelectual", dice François Dosse, "simplemente tiene como ambición el hacer que se expresen al mismo tiempo las obras, sus autores y el contexto que las ha visto nacer", pero de una manera que

rechaza la alternativa empobrecedora entre una lectura interna de las obras y una aproximación externa que priorice únicamente las redes de sociabilidad. La historia intelectual pretende dar cuenta de las obras, de los recorridos, de los itinerarios, más allá de las fronteras disciplinares.³

Con la intención de mantener juntas ambas dimensiones, en *La Viena de fin de siglo*, Carl Schorske pretende conjugar el registro diacrónico con el registro sincrónico. De acuerdo con ello, apunta lo siguiente:

El historiador (...) pretende ubicar e interpretar temporalmente el producto cultural en un campo en el que se produce la intersección de dos rectas. Una es vertical o diacrónica, y con ella se establece la relación de un texto o un sistema de pensamiento con expresiones anteriores de la misma rama de la actividad cultural (...) La otra es horizontal o sincrónica, y permite analizar la

² WALLERSTEIN, Immanuel, "Fernand Braudel, historiador. "Homme de la conjoncture"", en *Impensar las ciencias sociales, Límites de los paradigmas decimonónicos*. Trad. Susana Guardado. (Col. El Mundo del Siglo XXI). Siglo XXI Editores, CIICH-UNAM, México, 4ª ed. 2004, p. 208.

³ DOSSE, François, *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Trad. Rafael S. Tomás, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2006, p. 14.

relación del objeto intelectual estudiado con lo que surge en otras ramas y otros aspectos de la cultura en la misma época.⁴

El problema se torna todavía más complejo. Si los hombres no hacemos la historia a nuestro libre albedrío y existen tanto condicionantes como posibilidades, la decisión de actuar o elegir entre una y otra no es fácil de encontrar, y menos aún representa una operación sencilla de descifrar. Bajo el peso de la herencia del pasado, de lo que es posible hacer en un momento dado y en circunstancias determinadas, los hombres no hacemos historia a través de una decisión completamente consciente y racional, basada en la capacidad de actuar y decidir con plena libertad, sino también a través de un medio específico que nos condiciona y que puede llegar a circunscribir o, por el contrario, hacer posible la acción de los sujetos sociales. Al igual que los hombres, las ideas son quizá más hijas de su tiempo que de sus padres. “Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre albedrío, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos”, según reza una célebre frase de Marx, “sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y que transmite el pasado”.⁵ “Por original que sea, todo hombre es hijo de su tiempo”, dice Marc Bloch, al señalar que la “influencia del medio intelectual es un fenómeno muy sutil que, por otra parte, flota en el ambiente”.⁶

De esta forma, la producción de las ideas, las conciencias colectivas, los referentes de pensamiento que permiten configurar una visión del mundo, se originan en momentos específicos de la vida material, social, política, intelectual, artística y cultural, es decir, en un momento histórico determinado. “Las ideas no engendran la realidad histórica”, dice Marcel Gauchet, “como tampoco son segregadas por ella, están en la historia”.⁷ Pero además, si el presente es una condensación de diversos pasados (para decirlo con Walter Benjamin), y la elección, lo mismo que la acción del individuo como de las civilizaciones pasa por unas ‘cárceles de larga duración’ que hacen de algo ‘posible o imposible’ (como decía Fernand Braudel), es frente a esta compleja articulación entre los diversos estratos que moldean la vida de un personaje y ante los que él elige su acción de manera consciente o inconsciente, donde radica uno de los principales retos de este desciframiento del contexto en el que emerge la

⁴ SCHORSKE, Carl, *La Viena de fin de siglo. Política y Cultura*. Trad. Silvia Jawerbaum y Julieta Barba, Siglo XXI Editores, Argentina, 2011, p. 19.

⁵ MARX, Karl, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978, p. 9.

⁶ BLOCH, Marc, “Fustel de Coulanges, historiador de los orígenes de Francia”, en *Historia e Historiadores*, *Op. cit.*, p. 252.

⁷ Citado en DOSSE, François, *La marcha de las ideas*, *Op. cit.* p. 278.

transformación del autor, del productor de un ‘texto’ que trasciende las condiciones particulares de una ‘época’, hasta llegar a la superación del pensamiento, re-actualizando así el propio movimiento de las ciencias humanas.

Sin embargo, aun cuando las ideas son parte de un “ambiente colectivo” que hace posible la creación de una determinada idea, de igual manera el mismo ambiente puede minimizar el desarrollo de otra. Es decir, las ideas y las transformaciones intelectuales no pueden ser comprendidas sin la acción decisiva de sus productores, quienes, no obstante, se encuentran inmersos en un medio determinado: su propia época. “Es cierto que esta voluntad de dar sentido, de reflexionar sobre la heterogeneidad y la contingencia de una vida”, dice François Dosse, “para hacer de ella una unidad significativa y coherente, tiene mucho de engaño y de ilusiones”.⁸ Existen elementos de determinación inconscientes que por más coercitivos que sean no dejan de ofrecer al individuo (al mismo tiempo autor) un cierto margen de acción o libertad de elección. Por ello, el autor como productor de una ‘idea’, o de un ‘texto’, no es quien simplemente pone en marcha el dato que existe, o quien encuentra el dato que falta.

Reducir la capacidad transformadora de los sujetos en nombre del ‘espíritu de una época’ (*Zeitgeist*), haciendo hincapié en los aspectos comunes y generales de un contexto específico, disminuye el papel central de la tensión, de la contingencia que impacta en el itinerario de los sujetos históricos, y lo hace en sus dimensiones materiales, biográficas e intelectuales. Hace más de un siglo, Henri Pirenne señalaba:

Es necesario reconocer, por otro lado, que el hombre de genio permanecerá siempre en parte como algo inexplicable. No resulta comprensible más que gracias a un esfuerzo de identificación empática. Y aquello que él tiene de más individual es algo que no le corresponde explicar a la ciencia: eso representa el elemento irreductible e incognoscible de la historia.⁹

Por ejemplo, responder a la pregunta acerca del por qué fue precisamente Karl Marx, y no otro autor, quien descubrió la concepción materialista de la historia —y con ello también el

⁸ DOSSE, François, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, UIA, México, 2007, p. 19.

⁹ PIRENNE, Henri, “Una polémica histórica en Alemania” [1897], en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 2. Trad. Carlos Antonio Aguirre Rojas. (Dossier: *Corriente de los Annales*) Año 1, México: marzo-agosto, 2004, p. 12. Todo ello remite a un debate todavía más amplio. Cfr. PLEJÁNOV, Jorge, *El papel del individuo en la historia*. [1898], Fundación Federico Engels, Madrid, 2007.

funcionamiento del sistema capitalista—, aun cuando la filosofía alemana (Kant, Hegel y Feuerbach), la economía política inglesa (Smith y Ricardo) y el socialismo utópico (Owen y Saint-Simon), eran tres de las más importantes corrientes de pensamiento que animaban el panorama intelectual del siglo XIX, es tan importante para la historia intelectual como para la perspectiva del análisis de los sistemas-mundo lo es saber por qué fue precisamente Europa, y no China, la que se expandió en el largo siglo XVI (1450-1650) y llegó a apropiarse del mundo.¹⁰

¿Por qué sólo uno de muchos autores de la época, es quien crea un conocimiento ‘nuevo’? La genialidad del autor reside en su capacidad de crear una simbiosis (‘las tres fuentes y las tres partes integrantes del marxismo’, por ejemplo) utilizando la química de su intelecto para crear un conocimiento verdaderamente nuevo, a partir de las diversas corrientes de pensamiento que forman el campo de lo posible, de un medio intelectual definido por lógicas de acción traspasadas por la contingencia, el conflicto, e incluso el azar. El autor es un traductor de las ideas de su tiempo, pero en este complicado trasvase de la energía intelectual, el autor no es un eslabón inanimado entre el conocimiento de una época y la obra que finalmente resulta de esta interacción, dado que la traducción no es, simple y llanamente, la continuación de la tradición. Las tensiones, la contingencia, el conflicto que existe en un ambiente intelectual, representan también la arena en la que se desarrolla la capacidad de revolucionar; es el campo en el que el autor trata de trascender las condiciones reales que moldean su acción, modificando en un momento específico el panorama intelectual de toda una época, al intentar arrancar la tradición de las manos del conformismo.

La relación entre ‘individuo’ y ‘contexto’, entre ‘autor’ y ‘obra’, entre ‘influencia’ y ‘creatividad’ u ‘originalidad’, no debe observarse como el peso extraordinario de un aspecto sobre el otro, sino como la fina relación que existe entre las condiciones de una época determinada y el modo de funcionamiento del campo de lo posible; es decir, tratando de

¹⁰ WALLERSTEIN, Immanuel, “Preludio medieval”, en *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. [1979] Siglo XXI, México, 1999. pp. 21-89. Las implicaciones de esta pregunta también habían sido planteadas por Braudel. Cfr. BRAUDEL, Fernand, “Expansión europea y capitalismo (1450-1650)” [1961], en *Las ambiciones de la historia, Op. cit.* pp. 293-335; *La dinámica del capitalismo*, [1977] Trad. Rafael Tusón Calatayud, (Col. Breviarios) FCE, México, 3ª reimp. 2002; *Civilización Material, Economía y Capitalismo. Siglos XV-XVIII*. [1979] Alianza Editorial, Madrid, 3 vols. 1984. Cfr. AGUIRRE ROJAS, Carlos, *Fernand Braudel y las ciencias humanas*, IPN. México, 2011.

mantener en todo momento la relación que enlaza al autor con su época, porque sólo un nivel de fina observación permite romper con la antinomia entre ‘autor’ y ‘obra’, y la primacía del ‘contexto’ sobre el ‘sujeto’ o el ‘individuo’, evaluando así la tensión entre la estructura y la coyuntura. ¿No es esta última el registro en el que se inserta el itinerario intelectual de Marc Bloch, y en la cual aparece esta pléyade de eruditos que configuran un momento intelectual, caracterizado por la emergencia del método comparativo en las ciencias del hombre?¹¹

Entonces, ¿cuál es la relación entre un registro vertical o diacrónico, y otro registro horizontal o sincrónico?, ¿cómo explicar, desde la estructura, la emergencia del método comparativo en la coyuntura?, ¿cómo explicar este “éxito” de la práctica del método comparativo y el auge de las obras inspiradas por éste, entre los miembros de una coyuntura que es también la época de la Tercera República francesa o de la Inglaterra victoriana, sin considerar que las coyunturas son profundamente favorables cuando lo son también las estructuras? Es decir, ¿es posible, como ha dicho Immanuel Wallerstein, “evaluar la coyuntura dentro de la estructura”? Veamos.

En primer lugar, el corte vertical o diacrónico en el cual “se establece la relación de un texto con un sistema de pensamiento con expresiones anteriores de la misma rama de la actividad cultural”, como decía Schorske, el método comparativo, en cuanto método, ‘nace’ con la ciencia del mundo moderno. Después de Newton, Bacon, Galileo y Descartes, *el método científico* representó el punto de inflexión para jerarquizar el saber del mundo, y el saber científico simbolizó, a su vez, uno de los pilares para dominar el mundo moderno. Es la época del *saber-poder* y la época en la que la comparación quizá se transformó en el método comparativo. Pero en cuanto procedimiento ‘filosófico’, utilizado para pensar el mundo social,

¹¹ Sobre la biografía, y a modo de muestra representativa, LEVI, Giovanni, “Los usos de la biografía”, en *Historias*, núm. 37, México, oct. 1996-marzo 1997; MOMIGLIANO, Arnaldo, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*. FCE, México, 1986; AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, “La biografía como género historiográfico. Algunas reflexiones sobre sus posibilidades actuales”, en *Itinerarios de la historiografía en el siglo XX. De los diferentes marxismos a los varios Annales*. Centro Juan Marinello, La Habana, 1999, pp. 98-119. Para el enfoque de la historia intelectual, además de los libros de F. Dosse antes citados; CHARLE, Christophe, *El nacimiento de los “intelectuales”*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2009, y *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del Pensamiento Moderno*. Siglo XXI Editores, Madrid, 2000; CHARLE, Christophe, SCHRIEWER, Jürgen y WAGNER, Peter (Comps.), *Redes intelectuales transnacionales*. Barcelona- Ediciones Pomares, UNAM, UAM-A, México, 2006; TREBISCH, Michel, GRANJON Marie-Christine (Dirs.), *Pour une histoire comparée des intellectuels*, IHTP-CNRS, París, 1998. LEYMARIE, Michel, SIRINELLI, Jean- François (Dirs.), *L’histoire des intellectuels aujourd’hui*, PUF, París, 2003, y *Les intellectuels en France, de l’Affaire Dreyfus á nos jours*, Armand Colin, París, 1986.

corresponde quizá a la época de la Ilustración europea.

A partir del siglo XVI, el descubrimiento, exploración y apropiación del mundo por los europeos inauguró una nueva época caracterizada por el nacimiento de la historia universal, la configuración del sistema capitalista mundial (basado en la lógica de la reproducción del capital o del 'valor que se valoriza') y la implantación de la primera modernidad burguesa capitalista. Si el mundo se había tornado universal, había que entenderlo como tal. Pero los europeos sabían desde hacía mucho que no estaban solos en el mundo. Desde hacía siglos habían mantenido vínculos con diferentes civilizaciones. El mundo antiguo, del que Heródoto había dado cuenta, había mostrado a los sabios persas y egipcios, pero sobre todo a los 'bárbaros'. La Cristiandad medieval se había cohesionado en parte ante la presencia del Islam en el Mediterráneo, en África del Norte y su influencia en África Central, pero sobre todo ante el temor de su presencia en la propia Europa. Las cruzadas habían fomentado esta relación conflictiva con ese otro mundo ("El primer enemigo contra el que se predicó la cruzada fue el Islam": o sea, el espejo del diablo.¹²), pero no era lo mismo tener al 'infiel' en Tierra Santa que allende los Pirineos, aun cuando hubiese aprendido tanto de la ciencia, la tecnología y las artes islámicas. A pesar de todo, incluso hoy día, "el islam [es] el otro, el enemigo, siempre la facción inquietante".¹³

Desde la época de la cristianizada Roma, legiones de misioneros habían recorrido el orbe, invadiendo todos sus rincones. Siglos después, la colonización mostraba la 'mano izquierda de Dios'. En China, por el contrario, los jesuitas mostraron a Europa un mundo que "podría ser que hubiera contribuido en mucho mayor grado del que creemos a la formación del mundo moderno",¹⁴ un mundo de pasado milenar y cultura extraordinaria, que había comenzado a producir libros medio milenio antes de que Gutenberg inventara la imprenta, y ante el cual, por "extraña que se les antojara aquella cultura ancestral, lo cierto es que los europeos se sentían *inferiores* desde el punto de vista social", es más, los chinos "consideraban que los europeos eran bárbaros".¹⁵

¹² FONTANA, Josep, *Europa ante el espejo*, *Op. cit.* p. 56.

¹³ GOODY, Jack, *El islam en Europa*. Trad. Mirta Rosenberg, Gedisa, Barcelona, 2005, p. 19

¹⁴ GERNET, Jacques, *El mundo chino*, Trad. Dolors Folch. Crítica, Barcelona, 1999, p. 456.

¹⁵ IM HOF, Ulrich, *La Europa de la Ilustración*, Trad. Bettina Blanch, (Col. La Construcción de Europa), Crítica, Barcelona, 1993, pp. 194-195.

A pesar de todo, ante esta relación con una civilización lejana a la geografía europea, que el viajero y comerciante veneciano Marco Polo había descrito como una maravilla entre ‘el millón de maravillas’ del lejano Oriente, “Occidente se enorgulleció de unos rápidos progresos cuyo mérito se atribuyó exclusivamente a sí mismo”, como dice Jacques Gernet, señalando categóricamente: “es posible que algún día su expansión merezca un juicio más matizado”.¹⁶ Así, para conocer el mundo se había necesitado de narraciones de viajeros, misioneros, comerciantes, exploradores; de crónicas de los descubrimientos, viajes y exploraciones; pero para calcular y medir las dimensiones de los continentes, mares y océanos, para comprender la formación cultural e histórica de los distintos pueblos, para ordenar y clasificar la vida y las especies del mundo natural en una taxonomía, era necesario un conocimiento distinto a los anteriores. Ese fue el caso del conocimiento científico. Y la necesidad de conocimiento del mundo moderno exigió herramientas de análisis para su comprensión, pero también para su dominio.

Esta demanda generó un producto también moderno, a partir de la Revolución francesa de 1789,¹⁷ aplicado al funcionamiento de la sociedad. “Con el objeto de circunscribir, matizar y sobre todo, dominar la normalidad del cambio y la soberanía se formularon varias respuestas”, explica Wallerstein, añadiendo que “una de ellas fue concebir la posibilidad de las ciencias sociales”, pues con la firme intención de vigilar y controlar los procesos de cambio social, se tenía que estudiarlo en detalle”, partiendo de la idea “de que el cambio social tiene una historia, tiene reglas, que podían ser descubiertas, explicadas y utilizadas con la finalidad de controlar el proceso mismo”.¹⁸

Interesadas originalmente en los problemas específicamente europeos,¹⁹ cuando las ciencias sociales dirigieron la mirada hacia los “Otros” lo hicieron no sólo para conocerlos mejor, sino también para dominarlos mejor, poniendo en práctica un ejercicio que sirvió para

¹⁶ GERNET, Jacques, *El mundo chino*, *Op. cit.* 456.

¹⁷ WALLERSTEIN, Immanuel, “La revolución francesa como suceso histórico mundial”, en *Impensar las ciencias sociales*, *Op. cit.* pp. 9-26.

¹⁸ WALLERSTEIN, Immanuel, *La historia de las ciencias sociales*. (Col. Las Ciencias y las Humanidades en los Umbrales del Siglo XXI) UNAM, México, 1997, p. 13.

¹⁹ WALLERSTEIN, Immanuel, “El eurocentrismo y sus avatares. Los dilemas de la ciencia social”, en *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*. Trad. Stella Mastangelo, Siglo XXI-UNAM, México, 2001. pp. 191-209.

sustentar la mistificación de Europa como única vía del desarrollo histórico y civilizatorio, cuestionado desde mediados del siglo XIX por Marx y Engels, o más recientemente por autores como Bolívar Echeverría, Walter Benjamin, Ranahit Guha, Immanuel Wallerstein, o Frantz Fanon, entre muchos otros.

Sin embargo, hacia mediados del siglo XIX la modernidad había entrado en una “fase depresiva”: el mundo era considerado finito en sus aspectos geográficos, y esto era el fin de la empresa burguesa de la universalidad del mundo; la forma de reproducción del capital, después de la revolución industrial, había sido definida en sus rasgos más actuales; la forma de estructuración del estado moderno, la política y la democracia modernas, habían sido definidas después de la revolución francesa; los estados nacionales europeos se repartían el mundo y consolidaban sus fronteras; los discursos de la modernidad (la filosofía, por ejemplo) no podían tener ya un valor universal, y la unidad del saber se había fraccionado en múltiples disciplinas.²⁰

En este sentido, en el seno de esta “curva depresiva” de la modernidad burguesa capitalista y del sistema de los saberes modernos, ¿es posible que ante la necesidad de comprender los aspectos generales y particulares, la especificidad y lo repetible, la identidad y la alteridad, el método comparativo haya sido capaz de alcanzar la visión de síntesis que era imprescindible para el observatorio global de los fenómenos sociales?, ¿cómo responder a una serie de problemas que, a partir de los movimientos de expansión del capitalismo, se presentaban en todos los confines del planeta?

Aunque cientos de años atrás el mundo había sido conquistado por los europeos, hacia el siglo XIX las progresivas fases de la colonización europea en África, Asia y hasta en los más recónditos confines del mundo, recodificaron las antiguas preguntas sobre la identidad y la alteridad, otorgándoles un nuevo significado, confiriéndoles una presencia y una actualidad de carácter radical. ¿Cuál es la relación entre los europeos y los Otros?, ¿por qué Europa no es América, Asia o África?, ¿por qué ‘somos’ diferentes y cuáles son las causas por las que

²⁰ AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, “Repensando las ciencias sociales actuales: el caso de los discursos históricos en la historia de la modernidad”, en *Itinerarios de la historiografía*, *Op. cit.* pp. 11-26.

existen los ‘salvajes’ y los ‘primitivos’?, ¿cuáles son las vías para sacarlos del ‘atraso’, el ‘salvajismo’ o la ‘barbarie’, para ‘occidentalizarlos’, ‘modernizarlos’, ‘civilizarlos’ y conducirlos al ‘progreso’, volviéndolos como ‘nosotros’?

A propósito, Josep Fontana ha señalado: “Todos los hombres se definen a sí mismos mirándose en el espejo de “los otros”, para diferenciarse de sí mismos”, agregando que el nuevo término de referencia sobre el cual se elaboró el nuevo espejo de inferioridad, el “salvaje”, pero también el “primitivo”, tiene una doble cara:

En una de ellas se “ven” las diferencias de raza y muestra el rostro del “salvaje”; en la otra, fundamentada en una visión eurocéntrica de la historia, se ve el del “primitivo”. Del primero han surgido el genocidio y la trata de esclavos; del segundo, el imperialismo.²¹

Sin embargo, aun cuando el estudio de la alteridad no responde automáticamente a una demanda de dominio y explotación, puesto que no se trata simplemente de un juego de espejos entre epistemología y demanda social, es igualmente cierto que las disciplinas de las ciencias sociales integran todo el sistema de los saberes y, más aún, son elementos dentro del amplio conjunto de lo que es la cultura en general.²²

Desde sus orígenes, la antropología llevó la marca imborrable del colonialismo, pero también del evolucionismo social (contrario a las posturas asumidas explícitamente por el mismo Darwin), convertido en una filosofía de la historia, y hasta en una visión moral o un sustituto de la religión; del progreso y la evolución que constituirían las nociones claves de la interpretación de la vida humana, dirigida inevitablemente hacia un fin predestinado; de la preocupación por los ‘primitivos’ que adquirió un interés esencial a partir de que el colonialismo incorporó violentamente a pueblos muy extraños y ‘exóticos’ a los dominios europeos. Sin embargo, los ‘aborígenes’, los ‘naturales’, los ‘salvajes’ o los ‘primitivos’, retratados incluso en la literatura de la época, fueron considerados menos como una curiosidad que como la prueba

²¹ FONTANA, Josep, *Europa ante el espejo*, *Op. cit.* p. 107.

²² Como explica Walter Benjamin, por señalar un caso concreto, la historia no es sólo una disciplina o un elemento del sistema de los saberes del mundo moderno, sino también, y considerada dentro de su propio desarrollo, es igualmente un momento de la propia historia universal. BENJAMIN, Walter, “Historia literaria y ciencia de la literatura”, Trad. Carlos Antonio Aguirre Rojas, en *Contrahistorias*, núm. 3, *Op. cit.* pp. 21-27.

de un pasado remoto, arcaico, salvaje, que después evolucionó hasta la forma más acabada de civilización, que era a todas luces la civilización europea.

A partir de una amplia gama de datos etnográficos, emanados de cartas, bitácoras de navegación, diarios de viajeros, crónicas, relaciones de misioneros y libros de exploradores que habían recorrido diversas zonas del mundo en diferentes épocas, aunado al aumento de información procedente de las excavaciones que hicieron posible los grandes descubrimientos arqueológicos de la primera mitad del siglo XIX, —la demostración de que los primeros europeos habían carecido del conocimiento de la metalurgia o los brillantes estudios sobre el neolítico y el paleolítico—, se confirmó la existencia de aquellos ‘sucesivos estadios de la historia’; y la tesis de que los europeos tenían que haber venido de estas pretéritas épocas salvajes, cobró una fuerza sorprendente.

El ‘así éramos’ respondía, por ende, a las grandes preguntas que han rondado a la humanidad: ¿de dónde venimos?, ¿por qué somos así?, ¿hacia dónde vamos? El evolucionismo confería un significado moral, y particularmente un orden al mundo, dando el mensaje de que todos los pueblos debían transitar por la misma vía —la de Europa, particularmente el camino británico—, para alcanzar un destino trazado con anterioridad. Por ello, la convicción de los antropólogos evolucionistas del período de 1860 y 1890, “de que los primitivos contemporáneos podían proporcionar informaciones válidas sobre la condición antigua de la humanidad”,²³ se estableció como una de las interpretaciones paradigmáticas de la antropología hasta el siglo XX.²⁴

²³ HARRIS, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Trad. Ramón Valdés del Toro, Siglo XXI Editores, México, 16ª reimp. 2009, p. 125.

²⁴ Durante generaciones, etnología y antropología mantuvieron en el centro de su interés el estudio de los ‘salvajes, ‘primitivos’ u ‘orientales’, de manera tan imperativa que en el siglo XIX se crearon disciplinas clasificadas de acuerdo con una tipificación de los “bárbaros”. Wallerstein ha señalado irónicamente que “para los bárbaros verdaderamente bárbaros, surgió la etnología, y para los bárbaros menos bárbaros, que tomaban el nombre de altas civilizaciones (altas, pero finalmente *otras*) como China, India, el mundo árabe, etc., se inventaron los estudios orientales. La distinción es clara: las regiones en las cuales existían imperios burocráticos a través de la historia fueron tema de los estudios orientales, porque esas regiones tenían libros escritos, una lengua más o menos unificada para toda la región, una religión “universal” (Islam, taoísmo, budismo, etc.) y fueron temas de investigación histórica, pero diferente a la de tipo etnográfico”. WALLERSTEIN, Immanuel, *La historia de las ciencias sociales*. UNAM-CIICSH, México, 1997, pp. 15-16.

Estas convicciones intelectuales de los trabajos etnográficos de finales del siglo XIX y principios del siglo XX, guardaban un cierto 'aire de familia', donde se mezclaban análisis lógicos enarbolados bajo la bandera de una ciencia positiva, con observaciones superficiales, prejuicios, y pensamientos híbridos deudores de "una curiosa mezcla de positivismo, evolucionismo y residuos de cierta religiosidad sentimental".²⁵ Ante ello, una serie de cuestiones necesitaron de respuestas urgentes y llegaron a ser centrales en la antropología, hasta el punto de perseguir por siempre al pensamiento antropológico y marcarlo con un sello distintivo entre las ciencias del hombre.

¿Todas las sociedades proceden de un origen común y han evolucionado en el tiempo a partir de variaciones específicas que las han situado en distintos peldaños de la escalera evolutiva, lo que las ha vuelto no solamente distintas sino 'más civilizadas' unas de otras?, ¿hubo un camino único?, ¿son principios idénticos los que fundamentan sociedades diversas y distintas?, ¿puede establecerse una clasificación de las sociedades para indagar por qué son tan distintas y desiguales entre sí?, ¿cómo podríamos precisar sus diferencias y características compartidas? Sin embargo, ¿son éstas producto de orígenes comunes, o por el contrario son producto de la difusión y el contacto entre distintas sociedades con distintos grados de desarrollo?, ¿se deben a la acción de una unidad específica de la mente humana? Si así fuera, entonces ¿cuántos pueblos verdaderamente atrasados han alcanzado la civilización por su propia cuenta?, ¿podemos llegar a entender los vínculos que existen entre rasgos diversos mediante la observación de éstos en sociedades diversas?, y ¿cómo podemos estar seguros de que las unidades que comparamos son en realidad comparables?

Los problemas aquí planteados no refieren exclusivamente a las preocupaciones de algunas de las más importantes escuelas antropológicas, sino que apunta hacia la reflexión teórica y metodológica, pues la historia de una disciplina es también la historia de sus métodos de análisis y prácticas concretas de investigación, y en este caso, la herramienta de análisis que permitió llenar las lagunas existentes en la información etnográfica, así como establecer clasificaciones entre sociedades localizadas en diferentes peldaños de la escalera evolutiva,

²⁵ EVANS-PRITCHARD, E.E, *Las teorías de la religión primitiva*, Trad. Mercedes Abad y Carlos Piera. Siglo XXI Editores, Madrid, 8ª edición 1991, p. 17.

relacionando los trazos comunes entre las sociedades arcaicas con las actuales, para finalmente explicarlos y establecer un método de análisis riguroso que diera cuenta de las necesidades del trabajo antropológico, fue el método comparativo, cuyo florecimiento en la coyuntura se debió también a las posibilidades de la estructura. Su éxito no se debió a una moda intelectual efímera, sino a una serie de tensiones entre la epistemología y la demanda social.

Utilizado por diversas escuelas de ‘antropólogos’ desde el momento de la configuración de la antropología como una nueva disciplina de las ciencias sociales, este método fue practicado más allá de las fronteras disciplinares de la antropología, en este momento en que la geografía del planeta se había vuelto finita, por lo que la comprensión de las distintas civilizaciones era una tarea eminentemente comparativa y *hacia afuera* de Europa. A partir del interés sobre el problema de la formación social, su desarrollo, evolución o difusión de sus formas, o en torno de las comparaciones de largo o de corto alcance, pero sobre todo debido al interés sobre los “primitivos”, el origen, la esencia, los ritos de las ‘religiones primitivas’ o los cultos ancestrales que había impregnado el ‘ambiente colectivo’, en ambos lados del Canal de la Mancha aparecieron estudios sobre la importancia de lo sagrado entre los antiguos, y la explicación de sus instituciones y creencias a través de los rituales, las ceremonias y las prácticas de la religión primitiva, como “las creencias sobre el alma y la muerte”, el “culto de los muertos”, el “fuego sagrado’ o la “religión doméstica”, que fueron creencias tan remotas entre griegos y romanos, por ejemplo, que sin embargo “rigieron las sociedades” y “la mayor parte de las instituciones domésticas y sociales de los antiguos”,²⁶ como decía el historiador francés Fustel de Coulanges, maestro de quien sería el portaestandarte francés de la sociología de la religión.

Debido a esa vinculación entre la antropología ‘victoriana’, la historia y la sociología francesas, ejemplificada en el caso de Fustel de Coulanges, en Francia aparecieron, más tarde o más temprano, estudios sobre las ‘formas elementales de la vida religiosa’, como reza un libro de Émile Durkheim, cabeza rectora del equipo de la revista *l’Année sociologique*, integrado por Henri Hubert, Marcel Mauss, Célestin Bouglé, Paul Fauconet, Robert Hertz,

²⁶ COULANGES, Fustel, *La Ciudad antigua*, *Op. cit.* p. 36.

Antoine Meillet, François Simiand o Maurice Halbwachs. Los 'durkheimianos', grupo representativo de la sociología francesa, llamados así por el maestro y la cabeza rectora de todos ellos, serían los impulsores, en una nueva ciencia social, de estudios guiados por la lógica del método comparativo. Este esfuerzo intelectual representaría una influencia importante en la concepción del método comparativo en Marc Bloch, posicionado en una coyuntura favorable, ubicada a su vez en una estructura que le era también favorable.

A propósito de ello, en segundo lugar y en el marco de la coyuntura, en este plano que según Schorske permite “analizar la relación del objeto intelectual estudiado con lo que surge en otras ramas y otros aspectos de la cultura en la misma época”, Immanuel Wallerstein ha señalado que una de las principales características del pensamiento social del siglo XIX, es el pensamiento “universalista-sectorialista”.

El pensamiento universalista consideraba que el camino del conocimiento comenzaba con lo particular y terminaba con lo abstracto, sea que a partir de la descripción empírica pudiera llegarse a la formulación de leyes universales, abstractas y válidas en todo tiempo y lugar (lo que se convirtió en la ideología de las ciencias sociales, las ciencias físicas y biológicas modernas), o fuera que de la descripción empírica no pudiera hacerse ningún tipo de validación abstracta (como en el caso de la antropología y la historia). El pensamiento sectorialista consideraba la existencia de leyes universales, aunque cada una diferente de las demás, de acuerdo con el sector de la vida real que le correspondiese estudiar. Ambos se encontraban *dentro* de cada una de las ciencias, tensando constantemente las perspectivas hacia uno u otro lado. El problema consistió en que con ello no solamente se impulsó la sectorialización del conocimiento al interior de cada ciencia, sino también la especialización de cada una de las disciplinas, impidiendo observar el complejo mapa de la totalidad del mundo real. Así, la tendencia dominante del movimiento de las ciencias, desde el siglo XIX hasta hoy día, ha sido la especificidad y fractalización. “La historia intelectual del siglo XIX”, según dice Wallerstein, “está marcada principalmente por esa disciplinarización y profesionalización del conocimiento”.²⁷

²⁷ WALLERSTEIN, Immanuel, (Coord.) *Abrir las ciencias sociales*, *Op. cit.* p. 9.

Nuevas disciplinas de las ciencias sociales surgieron o cobraron un nuevo impulso hacia finales del siglo XIX. Al igual que en las ciencias sociales, fue ésta una época de grandes transformaciones, durante la cual la geografía política del continente se alteró: los imperios se desintegraban al tiempo que de sus restos emergían nuevas naciones; las viejas fronteras se reacomodaban por las guerras y aparecían con ello nuevas unidades territoriales.

El nacimiento de la sociología o de la antropología corre al parejo de la transformación de la geografía política de Europa y de la emergencia de naciones como Italia o Alemania. En el tránsito de un siglo a otro, época a la cual Julio Verne atribuyó en alguna ocasión la posibilidad de abrir el horizonte de su imaginación, el panorama intelectual y político de Europa se había modificado de forma impresionante. Entonces, en este escenario la comparación es *al interior* de Europa. ¿Cómo aquilatar la especificidad, lo concreto, lo “particular”, y cómo enlazarlo con lo repetible, lo general y lo “abstracto”, que no es más que la tensión entre las posturas ideográficas y las posturas nomotéticas?, ¿cómo vincular esta especificidad y fragmentación del conocimiento, en unas jóvenes disciplinas que debían permitir reflexionar un mundo caracterizado por un movimiento complejo?

De acuerdo con ello, el método comparativo pudo haber sido el puente de conexión entre las ciencias sociales, en un momento en el cual se regulaban los problemas de orden epistemológico y metodológico, al igual que las prácticas, las fuentes y los objetos de estudio que correspondían a cada una de ellas. Una herramienta que hiciera posible la multidisciplinariedad (en un momento de emergencia de ciencias distintas cuyas fronteras eran sumamente porosas²⁸), y permitiese conservar la identidad y la autonomía de las disciplinas, rivales y hasta en franca competencia por su institucionalización en el sistema universitario, al tiempo que también hiciera posible traspasar las mismas fronteras disciplinares con fines holísticos, identificando los problemas particulares y generales de los procesos sociales, lo mismo que las diferencias y las similitudes entre ellos, en un panorama caracterizado por múltiples transformaciones.

²⁸ “La multidisciplinariedad al parecer trata de trascender a las disciplinas, pero en la práctica a menudo sólo las refuerza. Así sucede porque el término mismo supone la legitimidad y la importancia de las categorías disciplinarias por separado, y aboga en favor de la integración de sabidurías distintivas. El mensaje subliminal es, por ende, que sí hay sabidurías distintivas”. WALLERSTEIN, Immanuel, “¿Más allá de *Annales*?”, en *Impensar las Ciencias Sociales*, *Op. cit.* p. 244.

En ello parece encontrarse la clave de la fecundidad de esta práctica en la coyuntura. El método comparativo hacía posible identificar y discernir los elementos particulares, singulares o individuales de los elementos generales, comunes o universales de los hechos, fenómenos y procesos sociales, controlando y regulando las simplificaciones, o incluso las generalizaciones que se abordaban desde esta óptica comparatista.

Sin embargo, más allá de las variedades de su ejercicio específico en cada una de las disciplinas, la raigambre profunda de la convergencia de esta práctica comparatista se encuentra en un problema común. En términos epistemológicos, el problema refiere al lugar que ocupa el método comparativo en la ciencia social, o más específicamente, al lugar que le corresponde a la comparación en el marco de los métodos de una ciencia social fuertemente impregnada por el cientificismo del siglo XIX. ¿Cuál es el equivalente de la comparación entre los 'pasos' o 'etapas' del método científico?, ¿podría ser este el caso de la experimentación?, ¿podría ser la comparación un medio para demostrar o refutar las hipótesis del análisis propio de las ciencias sociales?, ¿cuál sería entonces el papel de la comparación en las ciencias del hombre, serían todas ellas comparativas o al menos estarían marcadas por el lenguaje común de la comparación?

En términos metodológicos, el problema trata de la elección de las unidades de análisis. Independientemente de qué se compare en la sociología, la lingüística, la historia, o la antropología, la conexión de esta convergencia se encuentra en la concepción, elección, delimitación y aplicación de las unidades de análisis, es decir, las unidades que servirán para la comparación. Importa identificar *la forma* del método comparativo (¿cómo se compara?), pero sobre todo, identificar, explicar y clasificar *su función: qué es lo que se compara y por qué se compara de una manera determinada.*

A partir de ello, el hecho en el que supuestamente reside la diferencia del método comparativo: de corto o largo alcance; la comparación entre sociedades vecinas o lejanas en tiempos o espacios distintos, la comparación sincrónica y diacrónica, es solamente el problema de las *diferencias* de la forma (y lo que permite mostrar la distancia entre Durkheim, Frazer, Pirenne o Meillet, entre otros), pero lo que muestra las *similitudes* entre ellos es la selección de

las unidades de comparación: la relación que guarda esa forma de aproximación a los fenómenos, con el contenido y la función de los mismos, así como el específico lugar que en términos epistemológicos presenta la comparación en cada una de estas disciplinas de las ciencias del hombre.

Es decir, sólo a través de la elaboración de una tipología estos problemas pueden ser examinados con precisión, tratando de descifrar la sincronía de los abordajes comparativos en una generación de intelectuales europeos venidos de diferentes tradiciones y disciplinas sociales, con temas de estudio y objetivos intelectuales también distintos. Sólo a partir del estudio de este momento intelectual puede evaluarse el movimiento de re-actualización que hizo Marc Bloch a propósito del método comparativo, pues en este proceso él ayudó a transformar la historia, tanto como el mundo de los historiadores.

II. La tipología del método comparativo

I. Del método comparativo y antropología

En la constelación de las ciencias del hombre, la antropología ha sido desde su origen un campo privilegiado de experimentación (en una serie de formas o variantes) del método comparativo. Al marcarla con un sello imborrable, sus repercusiones hasta el presente son todavía notables, concediendo así a la disciplina un perfil comparatista que recorre toda su historia. Inclusive, hace algunas décadas Marcel Detienne decía enfáticamente: “la antropología [nació] comparativa. Recordémoslo”.²⁹

En la antropología de lengua inglesa, el método comparativo refiere generalmente a una técnica específica de demostración empleada por una gran variedad de autores, tales como H. Spencer, E.B. Tylor, J.G. Frazer, E.S. Hartland, E. Westermack, E. Crawley, L.T. Hobhouse, entre otros, quienes fueron sus impulsores desde mediados del siglo XIX,³⁰ o R. Briffault, E.O. James, M. Eliade, M. Harris, para señalar algunos más recientes. ¿Cómo explicar esta

²⁹ DETIENNE, Marcel, *Los maestros de verdad*, Op. cit. p. 17.

³⁰ LEACH, Edmund, “El método comparativo en Antropología”, en SILLS, David, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Ediciones Aguilar, Madrid, 1974, Vol.1, pp. 420-424.

convergencia excepcional que no refiere a ciertos casos aislados, sino a una práctica recurrente entre una pléyade de antropólogos pertenecientes a la misma época?, ¿por qué el método comparativo ha sido utilizado, más tarde o más temprano, lo mismo por evolucionistas, que por difusionistas y funcionalistas?

Las profundas transformaciones científicas e intelectuales del siglo XIX, llevaron a los antropólogos del último tercio de este siglo a considerar que los principios de los fenómenos socioculturales podían ser comprendidos y estudiados a partir de la formulación de leyes científicas de validez universal. Como un resabio del cientificismo imperante en esa época, pero también como un legado de la época de la Ilustración europea, al intentar establecer los ‘orígenes’ de instituciones y sociedades muy diversas, las convicciones de esta nueva ciencia —y sus científicos—, coincidían con las del establecimiento de los métodos y las leyes de la ciencia, capaces de hacer comprensible el mundo así como de otorgar un orden a su propio funcionamiento.

De este modo, sobre la base de los datos empíricos recopilados en diversas latitudes del planeta, los antropólogos tenían el doble objetivo de comprender la naturaleza propia de la historia y de la cultura, así como su propia época. Por ejemplo, al describir un sistema político o una creencia religiosa como superior a otra, lo que H. Spencer o E.B Tylor estudiaban en realidad era la imagen de un pasado visto a través del espejo del presente, a partir de lo que en el último tercio del siglo XIX se consideró “la forma ideal de organización política o de religión”: una “democracia liberal o un cristianismo anglicano purificado.”³¹

Además de la organización política o de la religión, presentes en la filosofía de la historia de Hegel o Kant, o en la ley de los tres estados, de Comte; e incluso en el animismo de Tylor y el totemismo de Frazer; existían razones de otro tipo para la explicación antropológica: el colonialismo. La antropología y el colonialismo son partes fundamentales de una retórica de dominación a escala planetaria. Desde el Renacimiento, punto de confluencia de una y otro, una nueva nomenclatura de los territorios y de los pueblos ‘descubiertos’, como si en realidad éstos no hubieran sido habitados y conocidos por sus propios pobladores, fue impuesta por la

³¹ CHILDE, Gordon V, *La evolución social* (Sección: Humanidades) Trad. Ma. Rosa de Madariaga, Revisión M. Contreras, Alianza Editorial, Madrid, 1973, p. 16.

necesidad del conocimiento 'moderno', surgida por la conquista europea del mundo. La necesidad de conocer el mundo que debía ser repartido entre las potencias coloniales, fomentó la ayuda financiera hacia la antropología, mucho antes de que ésta obtuviera su reconocimiento por parte de las universidades europeas. "Desde muy al principio de su existencia", dice Kuper, "la antropología inglesa gustó de presentarse como una ciencia que podía ser útil a la administración colonial".³²

La necesidad de un conocimiento riguroso y con validación empírica, condujo a la progresiva acumulación de datos etnográficos y al refinamiento de las evidencias y las teorías; tareas que en su conjunto fueron consideradas centrales entre los antropólogos, pues las evidencias etnográficas tenían la misión de evitar que la teoría antropológica cayera en los dominios de la especulación, por carecer de datos o informaciones probadas empíricamente. En este sentido, la obra pionera de Edward Burnett Tylor (1832-1917), *Researches into the early history of mankind and the development of civilization*, se ocupaba de la dirección general de la evolución y del origen del lenguaje, además de "la escritura, los nombres, los instrumentos, el matrimonio, el fuego y los mitos".³³ Escrita en 1865, por quien es considerado el líder de los antropólogos de su época (quien a diferencia de otros 'precursores', se llamó a sí mismo "antropólogo"), e inclusive el fundador de toda una época para la antropología británica,³⁴ la obra es representativa de la necesidad de inventariar la información obtenida de pueblos 'exóticos', en los primeros momentos del 'descubrimiento' y del 'contacto' con los europeos, justo cuando aún se les consideraba 'vírgenes'.

³² KUPER, Adam, *Antropología y antropólogos. La escuela británica 1922-1972*. Trad. Antonio Desmouts, revisión José R. Llobera, Editorial Anagrama, Barcelona, 1973, p. 124.

³³ HARRIS, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura* Trad. Ramón Valdés del Toro, Siglo XXI Editores, México 16ª. reimp. 2009, p. 124. Para establecer el inventario, Harris señala que Tylor se basó en autores griegos como Herodoto, Estrabón y Lucrecio, así como también en cronistas españoles, entre quienes están Oviedo o Garcilaso de la Vega; o en las primeras relaciones de los jesuitas y misioneros como Charlevoix, Colden o Lafita, y las narraciones de viajeros y exploradores como Colón y Cook; pero igualmente en los testimonios de numerosos viajeros, misioneros y científicos de su propia época, cuyos escritos describían las lejanas latitudes de Oceanía, Polinesia, África, Asia, la India, Australia o América del Norte. Fundamentalmente, esta erudición se basaba en fuentes indirectas. En una época posterior, de Boas a Malinowski y Radcliffe-Brown, la necesidad del contacto directo con pueblos y culturas muy diversas, transformaría el oficio del antropólogo.

³⁴ STOCKING Jr., George W. *After Tylor. British Social Anthropology 1888-1951*. The University of Wisconsin Press, USA, 1995.

A propósito de Tylor, Lowie señalaba que cuando él comenzó a escribir, “gran parte del globo era todavía etnográficamente desconocido”.³⁵ Así, la información etnográfica de la antropología se basaba en la observación de viajeros y misioneros que recorrían el mundo, conociéndolo y explorándolo (y en el caso de la Gran Bretaña, se trataba sobre todo de los propios territorios coloniales). Éste fue el punto de partida de la misiología, en buena medida caracterizada por el ‘golpe de vista’: lo que era posible observar, o lo que quería ser observado. “A los viajeros les gusta escribir aquello que más les ha impresionado por curioso, rudo o sensacional”, decía Evans-Pritchard,³⁶ refiriéndose a la magia, los ritos religiosos ‘bárbaros’ y las creencias supersticiosas que adquirieron una importancia sobrevalorada por sobre las acciones materiales de sustento: caza, pesca, recolección de frutos, cría y cuidado de animales, elaboración de vestidos, instrumentos o trastos, entre una amplia gama de tareas que consumían la mayor parte de sus energías cotidianas.

Justo a través de esta impresión ‘curiosa, ruda o sensacional’, pueblos y culturas enteras fueron considerados ‘primitivos’, siendo vistos como habitantes de un mundo misterioso, dominado por fuerzas sobrenaturales que el ‘primitivo’ se esforzaba en controlar a través de la magia, o los ritos religiosos. De esta manera, los observadores de los ‘primitivos’ crearon una impresión falsa al dar una excesiva preeminencia a la mística en la vida de aquéllos. En una especie de rompecabezas que debía ser armado, con piezas obtenidas aquí y allá, en todos los rincones del mundo, analizadas en ocasiones fuera de sus propios contextos y evaluadas en su pertinencia tan sólo por las similitudes aparentes, más no por sus homologías profundas, todas las acciones sobrenaturales, místicas y supersticiosas, fueron juntadas para armar un mosaico que suponía el perfil de la mente del hombre primitivo. “Tal cosa quedaba resaltada cuando se trataba mediante unos libros de anécdotas a los que se dignificaba con la expresión “método comparado”.³⁷

Al respecto de los antropólogos británicos evolucionistas del siglo XIX, Evans-Pritchard tuvo una apreciación muy negativa sobre la ejecución de esta forma de método comparativo:

³⁵ LOWIE, Robert H., *Historia de la etnología* [1937] (Sección obras de antropología) Versión de Paul Kirchhoff, México: FCE, 3ª reimp., 1985, p. 90.

³⁶ EVANS-PRITCHARD, E.E., *Las teorías de la religión primitiva*, Trad. Mercedes Abad y Carlos Piera. Madrid: Siglo XXI, 8ª ed, 1991, p. 21.

³⁷ *Ibid.* p. 24.

De hecho, el nombre de “método comparado” no es nada adecuado para estas actividades. Había en ellas bien poca comparación, si por comparación entendemos la analítica. Se limitaban a poner juntas las cosas que parecían tener algo en común. En realidad, podemos decir que ello permitía a los autores establecer clasificaciones preliminares en las que se podía colocar numerosas observaciones bajo un número limitado de rúbricas, introduciendo de este modo una especie de orden; en este sentido tenía algún valor. Pero era un método más ilustrativo que comparativo, casi lo que los psicólogos acostumbraban a llamar el “método anecdótico”. Se reunía un gran número de ejemplos escogidos *ad hoc*. Las precauciones más elementales se despreciaban mientras se lanzaba tosca conjetura tras tosca conjetura (bajo el nombre de hipótesis). Se ignoraban las reglas más simples de la lógica inductiva (métodos de correlación, diferencia y variaciones concomitantes). (...) Entonces, una vez más, los ejemplos negativos, si es que de alguna forma se tenían en cuenta, lo que era poco probable, quedaban descartados a título de desarrollos tardíos, decadencia, supervivencias o con ayuda de cualquier otro truco evolucionista.³⁸

El método comparativo que animó esta visión de los primitivos, cuya información fue obtenida a partir de esta mirada que buscaba el exotismo y la mística antes que las actividades de la vida material, sería el motor de libros tan afamados como *La rama dorada* o *La rosa mística*, escritos por J.G. Frazer y A.E. Crawley. Las convicciones racionalistas de los antropólogos fueron heredadas de las convicciones optimistas de los filósofos racionalistas del siglo XVIII, lo que los hacía pensar en el daño que la religión hacía a los hombres (‘écraser l’înfame’, decía Voltaire). Por ello, su estudio estaba basado en la consideración de que la creencia religiosa era algo absurdo y debía ser combatida: “En las religiones primitivas buscaron, y encontraron, un arma mortal, según pensaban —dice Evans-Pritchard—, contra el cristianismo”.³⁹

Como bien ha estudiado Kuper, el objeto de estudio de la antropología fue definido con claridad a principios del siglo XX, aunque ésta recibió diversos nombres: “antropología social, antropología cultural, o etnología, etnografía y sociología”,⁴⁰ cuyo ‘núcleo’ era el estudio del

³⁸ *Ibid.* pp. 25-26.

³⁹ *Ibid.* p. 33. Sin embargo, la religión primitiva también debía ser explicada en términos psicológicos o sociológicos a partir de las estructuras más simples, de los “rasgos esenciales de todas y cada una de las religiones, incluyendo a las superiores”, porque lo que querían descubrir era “el origen de la religión, su esencia, y pensaron que lo encontrarían en sociedades auténticamente primitivas”. (pp. 33-34) Así, para comprender la naturaleza de la religión ‘revelada, primero tenían que comprender la naturaleza de la religión ‘natural,’ puesto que nada podría ‘ser revelado’ sin que los hombres no tuvieran previamente una idea sobre lo que estaba siéndoles, precisamente, revelado.

⁴⁰ Desde hace dos siglos, una serie de cambios han afectado la denominación de esta disciplina. El término ‘etnología’ es antiguo, según señala su utilización por Aristóteles así como por otros autores griegos; sin embargo, puede ser considerado por referirse “a un *espacio* o a un *paso* de la antropología”. Los nombres de ‘antropología física’, ‘antropología social’ y ‘antropología cultural’, refieren a los campos de investigación más institucionalizados de la propia antropología, aun cuando

hombre ‘primitivo’ o ‘salvaje’. Ello estableció un estudio específico que se ocupaba de la ‘cultura primitiva’, llamada convencionalmente con los nombres de “cultura material, folklore, religión, magia y “sociología”; quizás también lenguaje, derecho e incluso medio ambiente”.⁴¹

Los estudios sobre la emigración, la difusión cultural y la clasificación de los pueblos y los objetos, temas de investigación predilectos entre los etnógrafos, eran de carácter “más bien descriptivo y particularista”, por estar enfocados a la reconstrucción de la historia —con la ayuda de la etnología y la arqueología prehistórica—, de los pueblos que carecían de tradición escrita (los llamados, peyorativamente, ‘pueblos sin historia’); mientras que los estudios de las instituciones y los fenómenos sociales, “más comparativos y teóricos”, eran temas de aproximación sociológica. A propósito, quien fuera uno de los antropólogos británicos funcionalistas más importantes de la etapa de entreguerras, maestro de Evans-Pritchard y de Fortes, y que su vez había sido poderosamente influenciado por las ideas de Durkheim, Radcliffe-Brown (1881-1955), quien fue el primer traductor al Inglés de *Les Règles de la méthode sociologique*, denominaba a la antropología social como una “rama de la sociología comparada”, cuyo objetivo era el estudio etnográfico y etnológico de las sociedades ‘primitivas’, a partir del papel central del método comparativo. Su tarea fue un claro intento por desarrollar en Inglaterra la sociología durkheimiana, tal como en Francia lo hacían M. Mauss, M. Granet, H. Hubert o M. Halbwachs, e incluso M. Bloch. Sobre la porosidad de las fronteras disciplinares, Radcliffe-Brown señalaba:

El estudio comparativo de las instituciones de las sociedades primitivas se aceptó como la tarea de la antropología social y se prefirió este nombre al de “sociología” (...) Frazer ya había definido la antropología social como la rama de la sociología que se ocupa de los pueblos primitivos. Westermarck ocupaba el cargo de profesor de sociología, aunque en realidad su obra estaba en el campo de la antropología social.⁴²

La historia de la escuela británica muestra claramente la marcha de algunos autores en períodos generacionales, como el camino de las ideas que llevaban consigo, además de la

existan diferencias entre las diferentes escuelas. Cfr. MERCIER, Paul, *Historia de la antropología*. (Col. Historia, Ciencia, Sociedad), Península, Barcelona, 6ª ed., 1995, p. 5.

⁴¹ KUPER, Adam, *Antropología y antropólogos*, Op. cit. p.16.

⁴² Citado en LOWIE Robert H., *Historia de la etnología* Op. cit. p.16. Inclusive, el programa del recién creado diploma de antropología de la universidad de Oxford —aparecido en 1906 en la revista *Man*—, establecía la diferencia entre “antropología cultural” y “antropología física”, considerando a la primera bajo cuatro encabezamientos: arqueología, tecnología, etnología y sociología.

porosidad de las fronteras disciplinares entre ciencias todavía en emergencia: antropología o etnología y sociología. En este sentido, a la par de nombres como Tylor o Frazer, Boas, Malinowski o Radcliffe Brown, Evans Pritchard o Fortes, figuran los nombres de las grandes corrientes de interpretación y análisis: evolucionismo, difusionismo y funcionalismo. En medio de este desplazamiento continuo de temas, corrientes y autores, la comparación juega un papel significativo que repercute tanto en el método comparativo como en la ciencia antropológica; pues, desde el momento mismo de la institucionalización de la antropología en una nueva disciplina, el estudio comparativo de las instituciones en las sociedades ‘primitivas’ fue aceptado como la tarea fundamental de la antropología social, que adoptó este nombre en lugar de sociología.

Las características del difusionismo en relación con el evolucionismo, fueron plasmadas con particular énfasis en la etnología y la sociología. Kuper ha observado que la etnología incluía “el estudio *comparativo* y la *clasificación* de los pueblos”, según las condiciones de la cultura material, la lengua, las instituciones sociales y religiosas y las ideas (difusionismo). A diferencia, la sociología se ocupaba de “el estudio *comparativo* de los fenómenos sociales, con especial referencia a la historia anterior de” (esto último, el sello del evolucionismo), la organización social, el gobierno y el derecho, las ideas y los códigos morales, las prácticas y creencias mágicas y religiosas, los modos de comunicar las ideas mediante signos, lenguaje articulado, pictografía y escritura.⁴³

Entre los evolucionistas, la aplicación del método comparativo en diversas instituciones contemporáneas —ordenadas en una secuencia evolutiva que partía desde la más remota antigüedad hasta el presente—, suponía, como resultado, que el presente era la consecuencia natural de la evolución de formas extremadamente simples, pertenecientes a un estadio primordial del que todo había emergido; formas simples que frente al presente, más evolucionado y civilizado, no sólo eran mucho más añejas, sino sobre todo menos civilizadas.

La extrapolación del parecido del pasado con el presente, creaba el efecto en el cual el pasado primordial emprendía una marcha histórica en constante ascenso hacia la modernidad

⁴³ KUPER, Adam, *Antropología y antropólogos*, *Op. cit.* p.17. (Las cursivas son mías).

europaea (“de lo sencillo a lo complejo, y de lo homogéneo a lo heterogéneo”, como decía Pitt-Rivers), bajo la analogía de las sociedades que se desarrollaban prácticamente de igual manera que los organismos biológicos que estaban siendo estudiados por los zoólogos y los biólogos comparatistas —quienes se esforzaban por comprender qué tipo de organismos habían sido los fósiles y cuál era el lugar que les correspondía en la taxonomía de Linneo—, presuponiendo, por ejemplo, que las tribus de cazadores y recolectores de Oceanía o Australia, eran testigos fehacientes de un estadio del desarrollo histórico, social y cultural; ‘reminiscencias o ‘supervivencias’ de etapas pretéritas, reveladoras de costumbres sociales, ritos antiguos, formas de gobierno, leyes o códigos guerreros.

Así, al señalar la exigencia evolucionista de establecer puntualmente esta secuencia de acontecimientos en todos los aspectos de la actividad humana, con la finalidad de llenar las lagunas dejadas por el estado de las investigaciones sobre la prehistoria y los resultados de las excavaciones arqueológicas, Lowie consideraba que “los antropólogos completaban los resultados obtenidos de las excavaciones, auxiliándose de una ley del crecimiento”. Pues:

Así como zoológicamente el *homo sapiens* estaba colocado en la cúspide del reino animal, la Europa occidental de 1870 representaba la meta de la civilización. Siendo la célula individual considerada el punto de partida hipotético de la evolución biológica, así también el salvaje que se hallaba todavía en los límites de la bestialidad debía servir de punto de origen de la cultura. Pero como aquel hombre prístino ya no podía ser observado, fue sustituido con bastante ligereza por el salvaje moderno, en cuanto difería del hombre de la Europa victoriana.⁴⁴

Las ‘supervivencias’ representan (como en Tylor, quien las utilizó como base para demostrar las secuencias evolutivas) las pruebas de la evolución y la similitud entre el pasado más remoto con el presente, e indican la importancia que para los evolucionistas tenía esta ley de secuencia de acontecimientos, bajo cuya consideración la marcha de la humanidad era vista en la forma de una estructura que predestinaba la evolución, y por tanto los eslabones faltantes podían ser añadidos o interpolados (así como fueran originándose y acumulándose nuevos conocimientos científicos), sin que ello alterara esta cadena de acontecimientos. La información etnográfica, venida hasta de los más recónditos rincones del mundo, sirvió para ilustrar teorías sobre la evolución de las instituciones y la introducción *a priori* de etapas de evolución (la teoría

⁴⁴ LOWIE Robert H., *Historia de la etnología*, *Op. cit.* p. 37.

cultural de los “zurcidos y remiendos”, que así llamaba Radcliffe-Brown⁴⁵), cautivaron a los antropólogos durante décadas enteras.

Dentro de estas investigaciones que pretendían establecer el curso real de la evolución social, destacan los estudios de grandes ‘antropólogos’ (basados en los temas surgidos del estudio de las relaciones de parentesco), cuya aparición sincrónica permite observar un movimiento intelectual caracterizado por complejas correspondencias y transacciones intelectuales. La constelación está integrada por Henry Sumner Maine, con *Ancient Law*⁴⁶ (1861); los sistemas de parentesco estudiados por Bachofen, en *Das Mutterrecht* (1861); las instituciones del matrimonio analizadas por McLennan, en *Primitive marriage*⁴⁷ (1865); o las investigaciones sobre el desarrollo de la mitología, la filosofía y la religión, de E.B. Tylor, en *Primitive Culture*⁴⁸ (1871); y los impecables estudios en *Ancient Society*⁴⁹ (1877), de Morgan. A propósito, Evans-Pritchard señalaba que McLennan “fue el primero en hacer un análisis omnicomprendivo de todo lo que se sabía entonces sobre los pueblos primitivos” y “fue el primero en valerse del método comparativo a escala mundial”.⁵⁰

⁴⁵ Citado en CHILDE, Gordon V, *La evolución social*, *Op. cit.* p. 14.

⁴⁶ Maine polemizó con McLennan y Morgan, “aunque no con Bachofen, que no debió haber leído”. MARZAL, Manuel, *Historia de la antropología*, Pontificia Universidad Católica, Perú, 1998, Vol. 2, p. 64.

⁴⁷ A McLennan se debe: “Una de las exposiciones más claras, más elaboradas y menos apologéticas del método comparativo en el evolucionismo sociocultural”. Pero, además, agrega sobre la tesis central de su obra: “Aunque una tesis en algunos aspectos similar había sido adelantada independientemente (siendo desconocida para él) por el jurista suizo, Johann Bachofen, en 1861”. Pues él no leyó su libro “sino hasta 1866”, cuando su propia obra había sido ya publicada. STOCKING, George W. *Victorian Anthropology*, The Free Press, a Division of Macmillan Inc. New York, 1987 pp. 167-168 y 204. Para una respuesta al problema de las correspondencias. *Cfr. Ibid.* pp. 197-208.

⁴⁸ Al estudiar las series de la evolución, Tylor encontró que sus resultados solo eran “compatibles con una tendencia de la sociedad a pasar de los sistemas maternos a los paternos”. De tal manera que él creyó haber establecido “sobre amplias y firmes bases, la interferencia de cómo la antigüedad del sistema materno llegó a los pioneros de la investigación, Bachofen y McLennan, y se reforzó por las investigaciones posteriores de una generación de hábiles investigadores, encabezada por Morgan y Lubbock”. STOCKING, George, *Victorian Anthropology*, *Op. cit.*, p. 317.

⁴⁹ “¿Había leído Morgan a Darwin?, ¿a los antropólogos británicos? (...) Preguntas de este tipo son difíciles y casi siempre imposibles de responder sin el inventario y el catálogo que publicamos aquí”, según señalan Thomas Trautmann y Karl Sanford Kabelac. “Quienes han escrito sobre Morgan y no han tenido el beneficio de examinar estos documentos, han caído en errores que el inventario puede ayudar a evitar. Por ejemplo, un notable antropólogo ha argumentado que la “solución coyuntural” de Morgan sobre el origen del sistema clasificador fue inspirada por la lectura de *Primitive Marriage* (1865) de McLennan. Morgan, sin embargo, compró el libro en febrero de 1867, tal como está registrado en el inventario (y para ese momento, la “solución coyuntural” estaba totalmente definida)”. *The library of Lewis Henry Morgan*, The American Philosophical Society, Philadelphia, 1994, Vol. 84, parte 6, p.1.

⁵⁰ EVANS-PRITCHARD, Edward, *Historia del pensamiento antropológico*. Recopilación de André Singer, Introducción de Ernest Gellner, Cátedra, Madrid, 1987, p. 107

La importancia del método comparativo entre los antropólogos socioculturales evolucionistas parece haber sido muy destacada, y su práctica ampliamente difundida en uno u otro lado del Atlántico. Al respecto, Harris menciona:

Todos los teóricos de la segunda mitad del siglo XIX se propusieron llenar las lagunas existentes en los conocimientos disponibles de la historia universal recurriendo ampliamente a un procedimiento especial y muy discutido llamado el "método comparativo". La base de este método era la creencia de que los diferentes sistemas socioculturales que podían observarse en el presente tenían un cierto grado de semejanza con las diversas culturas desaparecidas. La vida de ciertas sociedades contemporáneas se asemeja estrechamente a lo que debe haber sido la vida durante el paleolítico; otros grupos se asemejan a la cultura típicamente neolítica, y otros se asemejan a las primeras sociedades organizadas estatalmente.⁵¹

Por ejemplo, la teoría de la evolución social que el antropólogo norteamericano L.H. Morgan dedujo del estudio comparativo de las sociedades 'primitivas', ordenando la organización social en etapas de la evolución global de las sociedades, y ubicándolas en el marco de procesos históricos largos, aunque ritmados, lo que le permitía clasificar la evolución social en tres etapas principales de desarrollo material y tecnológico: salvajismo, barbarie y civilización, correlacionando cada una de ellas con análisis sobre la evolución del gobierno, la familia y la propiedad. Es decir, de "cómo los salvajes, avanzando a pasos lentos, casi imperceptibles, alcanzaron la condición más elevada de bárbaros; cómo los bárbaros, por un adelanto progresivo semejante, alcanzaron finalmente la civilización".⁵²

En *Ancient Society*, libro que durante décadas sirvió como referencia teórica de la antropología norteamericana, las investigaciones de Morgan permiten ilustrar la ejecución del método comparativo, a partir de considerar que los diferentes sistemas socioculturales del presente tenían un cierto grado de semejanza con las diversas culturas, tribus y naciones que habían sido dejadas atrás, "en esta marcha hacia el progreso", algunas en "la civilización, otras en la barbarie y otras en el salvajismo". Pues como él decía:

Los inventos y descubrimientos se hallan en una relación seriada en las líneas del progreso humano y registran sus etapas sucesivas; mientras que las instituciones sociales y civiles, en virtud de su contacto con las necesidades humanas permanentes, se han desarrollado de unos

⁵¹ HARRIS, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica*, Op. cit. p. 129.

⁵² MORGAN, Lewis Henry, *La sociedad primitiva* [1877] Introducción de Federico Engels, Colofón, México, 2ª ed., 2001, p. 24. (La 'introducción' es realmente un extracto de *El origen de la familia*) Refiriéndose a Morgan, Engels decía que él 'descubrió por vía propia', en Estados Unidos y 40 años 'después' de Marx, la 'concepción materialista de la historia'.

pocos gérmenes primarios del pensamiento. Ellos exhiben una línea de progreso semejante. Estas instituciones, inventos y descubrimientos han reunido y preservado los hechos principales que ahora quedan para ilustrar esta experiencia. Cuando se los recoge y compara tienden a mostrar *la unidad de origen del hombre*, *la semejanza de las necesidades humanas* dentro de una misma etapa de adelanto, y *la uniformidad de las operaciones de la mente humana en condiciones semejantes de sociedad*.⁵³

Esta reflexión permite entender cómo se ejecutaba la comparación, cuáles eran los criterios y cuáles las unidades de análisis. Las similitudes y diferencias entre instituciones o sociedades, lejanas en tiempos y espacios, fueron interpretadas a partir de la respuesta de caracteres fundamentales, tales como “la unidad de origen del hombre”, o “la uniformidad de las operaciones de la mente humana en condiciones semejantes de sociedad”. Según el principio de que las experiencias de la humanidad habían seguido caminos casi por completo uniformes, esta uniformidad de respuestas que *el hombre* daba para la satisfacción de sus necesidades (“la historia de la raza humana es *una* en su origen, *una* en su experiencia y *una* en su progreso”⁵⁴), tendría como resultado que los desarrollos similares entre culturas o sociedades, distantes en tiempos y espacios, pudieran ser explicadas a partir del método comparativo, considerando la existencia de un origen independiente, aunque uniforme a todos los hombres, más que por la difusión o los préstamos de una cultura a otra.

Estas ideas que definen la ‘unidad de origen del hombre’ y la excepcional semejanza del hombre en las mismas formas simples de un estadio civilizatorio, también se encuentran en otros antropólogos evolucionistas de esos mismos años, por ejemplo en los británicos Tylor y McLennan (quienes a su vez influirían en las obras de Andrew Lang y Robertson Smith, o incluso en *The Golden Bough*, de James G. Frazer). Según Tylor, quien consideraba a las ‘supervivencias’ como la demostración de los vestigios dejados por las secuencias evolutivas, el problema de las estratificaciones y de la naturaleza humana, se explicaba de acuerdo con la idea siguiente:

Las instituciones de los hombres están tan claramente estratificadas como la tierra que ellos habitan. Se suceden en series que en lo substancial *son uniformes en todo el mundo*, y que independientemente de lo que parecen ser las diferencias relativamente superficiales de raza e

⁵³ *Ibid.* p. 24.

⁵⁴ *Ibid.* p. 24. (Las cursivas son mías).

idioma, *son moldeadas por una naturaleza humana semejante* que se manifiesta a través de los cambios de condiciones que se suceden en la vida salvaje, bárbara y civilizada.⁵⁵

Mientras que la religión era para Tylor una premisa necesaria para trazar una secuencia uniforme de la evolución de la religión, en el caso del etnólogo británico más importante del período anterior al libro de Darwin, *On the Origin of the Species*, aparecido en el simbólico año de 1859, James Cowles Prichard (1786-1848), las secuencias uniformes del desarrollo de la religión servían para establecer la unidad psíquica del hombre. Fue él, cuya investigación histórica se basó “no en el desarrollo sino en la derivación, no en el progreso sino en el origen”, quien creó “el concepto social evolutivo de “la unidad psíquica del hombre”,⁵⁶ explicando a partir de éste la similitud de las producciones mentales del hombre, considerándolas una evidencia de la ‘unidad’ de la especie humana. Para él, a diferencia de Tylor, “la unidad psíquica no fue el punto de partida de la especulación acerca del desarrollo de la civilización, sino el punto final de la especulación acerca de la unidad del hombre”.⁵⁷

Influido por la anatomía comparativa, pero sobre todo por la filología comparativa, la tarea de Prichard —quien fue creyente de la religión evangélica—, se caracterizó por hacer comparaciones basadas en el establecimiento de conexiones entre las diversas razas de los hombres, a partir de “las bases de las similitudes de tipo social, religión, instituciones políticas, costumbres, y sobre todo, el lenguaje, que como él insistía era el más importante indicador de la afinidad racial”.⁵⁸ Estas comparaciones intentaron determinar los orígenes, antes que el desarrollo; la derivación, antes que la evolución; explicando los orígenes y el crecimiento de las razas a partir de la consideración de que éstas habían surgido de una sola raíz o de “un origen común”. Problema fundamental de la etnología de Prichard, la concepción en torno de la ‘unidad’ de la especie humana, elaborada antes de 1859, también estuvo presente en los antropólogos de finales del siglo XIX, aunque ya no bajo la idea de que la humanidad había tenido un origen único, puesto que este ‘paradigma’ entró en crisis hacia la década de 1850, sino sobre todo en la forma de una premisa que permitía establecer la invención humana de las

⁵⁵ Citado en LOWIE, Robert H., *Historia de la etnología*, *Op. cit.* p.102. (Las cursivas son mías).

⁵⁶ STOCKING, George W. *Victorian Anthropology*, *Op. cit.*, p. 51.

⁵⁷ *Ibid.* p. 52.

⁵⁸ *Ibid.* p. 51.

formas culturales, ubicando las similitudes de éstas en una secuencia de etapas de desarrollo.⁵⁹

De esta ‘crisis’, un caso representativo es la obra del antropólogo alemán Franz Boas (1858-1942), quien después de haber hecho dos expediciones etnográficas en Canadá —que lo convirtieron en un pionero del trabajo de campo, pues fiel a su idea de penetrar en la experiencia directa de los pueblos vivió largos períodos entre los esquimales—, emigró a los Estados Unidos en la década de 1880 y desde ahí construyó un inmenso prestigio, sobre todo a partir de sus estudios sobre los pueblos de la costa americana del Pacífico Norte, como *The Central Eskimo*, de 1888; o *Indianische Sagen der Nord Pacifischen Küste Amerikas*, de 1894; al igual que *The Mind of Primitive Man*, aparecido en 1911, estudios que en su conjunto cuestionaron las bases de los trabajos empíricos y metodológicos del evolucionismo,⁶⁰ por lo que su obra representa una “reacción antievolucionista”; ‘reacción’ que fue parte de una más amplia “revuelta contra el positivismo” en el pensamiento social europeo.⁶¹

Increíblemente prolífico —pues escribió 700 artículos además de varias monografías y libros de gran importancia—, después de sus trabajos sobre los esquimales y antes de la aparición de *The Mind of Primitive Man*, en 1896 Boas escribió un artículo seminal, intitulado: “Las limitaciones del método comparativo en antropología”.⁶² Para él, el problema de las ‘limitaciones’ del método comparativo giraba en torno de la tensión entre el material etnográfico obtenido aquí y allá, ordenado y clasificado a través de los relatos de viajeros o informes de misioneros y de administradores coloniales (por lo que, con frecuencia, como en el caso del

⁵⁹ *Ibid.* p. 184.

⁶⁰ En 1896, Boas escribió una carta a Tylor, en la cual (a pesar de que jamás fue enviada) el primero escribía desde una perspectiva cercana al romanticismo alemán, más atenta, por tanto, a la pluralidad y la relatividad de la cultura, pero también a las tendencias históricas y psicológicas, que en conjunto chocaron directamente con el cientificismo determinista del evolucionismo y el mecanicismo en las etapas del desarrollo unilinear: “el signo más característico de la diversidad de nuestros actuales métodos de pensamiento en la ciencia fisiológica [i.e., biológicos] y psicológica [i.e. etnológicos], es que desde hace mucho tiempo derivamos similitudes genéticas a partir de una sola fuente; mientras que en la psicología creemos que una idea puede desarrollarse independientemente en diferentes comunidades e individuos”. *Ibid.* pp. 181-182.

⁶¹ *Ibid.* p. 287.

⁶² BOAS, Franz, “The limitations of the comparative method of anthropology”. Conferencia impartida en la American Association for the Advancement of Science, en Bufalo, Nueva York, y publicada originalmente en una revista de la cual era editor: *Science*, N.S. Vol. 4, No. 103, (18 de diciembre de 1896), pp. 901-908. Este artículo está incluido en la obra de Boas, integrada por 63 artículos escritos entre 1887 y 1935, e intitulada *Race, language and culture*, [1940] Free Press, New York, 1966, pp. 270-280. Hay varias traducciones al español. Por ejemplo: BOAS, Franz, “Las limitaciones del método comparativo de la antropología”, en BOHANNAN, Paul y Marc GLAZER, (Eds.) *Antropología. Lecturas*, Madrid: Mcgrawhill, 2007, pp. 85-93

totemismo, fenómenos distintos habían sido juntados por su semejanza superficial), y la formulación que a partir de éste permitiría construir leyes sobre la evolución cultural. Sin embargo, estas ‘limitaciones’ refieren más ampliamente a las formas en las cuales el método comparativo había sido utilizado por los antropólogos evolucionistas, que a las ‘limitaciones’ del método en sí. Es decir, la crítica de Boas se basaba en “la posibilidad de comparación del material”,⁶³ en la presunción de que los mismos “fenómenos se deben siempre a las mismas causas”,⁶⁴ y en la analogía que los antropólogos encontraban en las formas no civilizadas del presente, con las formas simples de los estadios ‘primitivos’ de la historia humana.

Aun cuando él mismo buscó el descubrimiento de las leyes del progreso evolutivo, su crítica consideraba que la comparación de los antropólogos procedía a partir de aislar a los elementos culturales de sus propios contextos históricos, ubicándolos en una comparación heteróclita, geométrica y diacrónica. A partir de ello, Boas consideraba que tanto el modelo secuencial de las etapas civilizatorias, como las leyes del progreso evolutivo de la civilización —dividida en etapas o estadios que permitían establecer la diferencia entre formas simples y complejas, y por tanto las semejanzas y las diferencias entre los ‘primitivos’ y la civilización occidental—, carecían de una sólida fundamentación empírica y teórica, precisamente por hacer referencia a una serie de reflexiones asistemáticas de carácter deductivo, en vez de hacerlo a partir de un proceso inductivo mediante el cual pueden derivarse las relaciones reales de fenómenos definidos, enfatizando así la importancia del método histórico en el estudio de las sociedades ‘primitivas’.

Boas criticaba la idea de que rasgos similares surgían automáticamente de procesos similares, puesto que los parecidos del mismo fenómeno podían ser el resultado de distintos desarrollos. Refiriéndose a los trabajos de D.G. Brinton y a los de Bastian (las “ideas elementales”, o *Elementargedanken*, compartidas por todos los pueblos del mundo), él señalaba que las identidades o las similitudes de la cultura no eran una prueba incontrovertible de la conexión histórica, del origen común de la humanidad o hasta del resultado del trabajo uniforme de la mente humana, puesto que “cuando encontramos una analogía de rasgos

⁶³ *Ibid.*, p. 89.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 89.

únicos de cultura entre gentes distantes, la suposición no es que ha habido una fuente histórica común, sino que han surgido independientemente”.⁶⁵

Al preguntarse, “¿cuál es su origen?”, “¿cómo se afirman en las diversas culturas?”, él señalaba, a propósito de la segunda cuestión, que las ideas no existen de forma idéntica en todas partes, sino que varían por “causas externas” debidas a la acción del entorno geográfico (las tesis de W.J. McGee o la *Antropogeografía* de F. Ratzel) y por “causas internas” basadas en las condiciones psicológicas, que en su conjunto “expresa un grupo de leyes que gobiernan el crecimiento de la cultura”⁶⁶ y modifica las ideas elementales. Al respecto de la cuestión de los orígenes o las fuentes, él señalaba que éstas “pueden ser nativas, pueden ser importadas, pueden haber surgido de una variedad de fuentes, pero están ahí”,⁶⁷ puesto que los mismos fenómenos pueden desarrollarse en una gran cantidad de formas, o en “multitud de maneras”,⁶⁸ ya que en el intercambio de los logros culturales, o en la imposición de una cultura más civilizada sobre otra de menor cultura que ha sido conquistada, ciertos elementos culturales son fácilmente asimilados, mientras que otros son rechazados.

En este sentido, la importancia de Boas radica en “el modo independiente de estudiar” los hechos, en “la manera nueva de clasificarlos”, en su capacidad para definir “problemas en los cuales hasta entonces nadie había pensado”.⁶⁹ De esta manera:

Boas, que sentía agudamente las diferencias y la complejidad de la vida social, fue capaz de distinguir rasgos similares y disimilares. Insistió en que antes de igualar varios fenómenos, debemos primero estar seguros de su comparabilidad, la cual puede ser determinada sólo por el contexto. Específicamente reiteró que no debemos poner en un solo grupo diferentes pueblos, por ser semejantes en su comportamiento, puesto que los sentimientos asociados a él constituyen una parte esencial de cualquier fenómeno que estudiemos”.⁷⁰

Para Boas, la frecuente aparición de formas etnológicas similares no representa ni la prueba del origen común ni que éstas se hayan desarrollado siempre de acuerdo con las mismas leyes psíquicas. Así, frente a la causa psicológica común que es la razón fundamental

⁶⁵ *Ibid.*, p. 90.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 86.

⁶⁷ *Ibid.*, p. 87.

⁶⁸ *Ibid.*, p. 88.

⁶⁹ LOWIE, Robert H., *Historia de la etnología*, *Op. cit.* p. 191.

⁷⁰ *Ibid.*, p. 178.

de los parecidos, él proponía otro método de análisis (“en su modo de ver funcionalista, Boas, aunque fue, por supuesto, precedido en este respecto por Bachofen y Fustel de Coulanges, se anticipa por décadas a otros autores”⁷¹) definiendo en 1896 la agenda de trabajo de la antropología comparativa:

Tenemos otro método, que en muchos aspectos es mucho más seguro. Un estudio detallado de las costumbres en su relación con la cultura total de la tribu que las practica, y en conexión con una investigación de su distribución geográfica entre las tribus vecinas, nos proporciona casi siempre un medio de determinar con exactitud considerable las causas históricas que llevaron a la formación de las costumbres en cuestión y a los procesos psicológicos que actuaron en su desarrollo. (...) Cuanto más simple es el hecho observado, más probable es que se desarrolle a partir de varias fuentes. Así reconocemos que la suposición fundamental que a menudo se plantea por los antropólogos modernos no puede aceptarse como verdadera en todos los casos. No podemos decir que la incidencia de un mismo fenómeno siempre se deba a las mismas causas, y que así se demuestra que la mente humana obedece a las mismas leyes en todos los lugares.⁷²

¿Cuál es la explicación de que esta “unidad en la naturaleza humana” produzca resultados “uniformes en todo el mundo”, y ante la cual Boas representa una “reacción”? ¿por qué este principio compartido por tantos etnólogos había sido útil para pensar las complejas dimensiones de la evolución, la civilización o el progreso?, ¿de dónde provino esta concepción sobre el estudio de la evolución de las sociedades y la idea de la civilización, que desde antes de la primera mitad del siglo XIX, pero sobre todo después de esta época, ocupaba un lugar importante en la antropología?

En el comienzo de *Victorian Anthropology*, George W. Stocking estudia las diferentes concepciones de la idea de la civilización desde la Ilustración, época de ancestros intelectuales para los antropólogos y movimiento intelectual precursor de la moderna antropología, con la intención de entender las discontinuidades que marcaron el evolucionismo sociocultural desde la segunda mitad del siglo XIX, a partir de considerar la síntesis de elementos de varias orientaciones intelectuales preexistentes. ¿Por qué los antropólogos del siglo XIX consideraron a la Ilustración un terreno fértil para nutrir su propio pensamiento?

⁷¹ *Ibid.*, p. 176.

⁷² BOAS, Franz, “Las limitaciones del método comparativo de la antropología”, *Op. cit.* pp. 90 y 88-89.

Lejos de haber sido un fenómeno específicamente francés, la Ilustración tuvo un alcance europeo. En Francia, por supuesto, pero también en Inglaterra, los estados de 'Italia' y el mundo germanoparlante, pasando por Escocia, Irlanda, Rusia y las penínsulas Escandinava e Ibérica, figuran los nombres representativos de la cultura europea: Montesquieu, Rousseau, Voltaire, Diderot, Maupertuis, Buffon, Lavoisier, Condorcet, Quesnay, Vico, Galiani, Beccaria, Kant, Herder, Lessing, Goethe, Schiller, Thomas Reid, David Hume, Adam Smith o Adam Ferguson. De acuerdo con Thomas Munck, la vanguardia intelectual de toda una época aspiraba a desarrollar una "perspectiva cosmopolita, a viajar y aprender otras lenguas, a satisfacer su pasión por la comparación antropológica e intercultural de todo el mundo conocido".⁷³ Es decir, como ha señalado Lowie: "las verdaderas raíces del método comparativo se remontan al siglo XVIII".⁷⁴

Bajo la idea del 'progreso de la civilización', Stocking señala que tanto en la tradición británica como en las tradiciones continentales, en la Ilustración hubo ideas, escritores y corrientes de pensamiento que condicionaron la manera a partir de la cual la vía del progreso en la civilización fue concebida, constituyendo una parte fundamental del substrato del evolucionismo sociocultural victoriano:

Ideas acerca de los "salvajes" no europeos, que definieron a la "civilización" por contraste; ideas sobre la naturaleza física y la diferenciación del hombre, que sacaron a la luz el problema de su universalidad; ideas acerca de la naturaleza del orden social, que definieron el contenido específico de la civilización; e ideas sobre los métodos apropiados para el estudio de la vida humana y la historia, que definieron el marco a partir del cual deberían ser subsumidos por las reglas de la ciencia natural.⁷⁵

Los escritores franceses y escoceses compartían una creencia en el progreso humano y una noción de 'civilización', aunque los primeros a través del progreso de "la razón humana", y los segundos a partir de la "naturaleza pasional del hombre". La primera consistía en la superación de la superstición, el dogma, o los errores del razonamiento común, y estuvo interesada en la naturaleza de la mentalidad primitiva y en la evolución de las creencias religiosas. La segunda estuvo más enfocada a las condiciones de la vida social y económica,

⁷³ MUNCK, Thomas, *Historia social de la Ilustración*. (Serie Mayor), Barcelona: Crítica, 2001, p. 18.

⁷⁴ LOWIE Robert H., *Historia de la etimología*, *Op. cit.* p. 130.

⁷⁵ STOCKING, George W. Jr., *Victorian Anthropology*, *Op. cit.* pp. 9-10.

los modos de subsistencia, la división del trabajo y la institución de la propiedad. Mientras los escoceses —intelectualmente más próximos al marxismo—, hicieron énfasis en las consecuencias inintencionadas de la acción humana, los franceses —ceranos al liberalismo—, hicieron hincapié en la capacidad consciente y creativa de la mente humana.⁷⁶

Sin embargo, a pesar de las diversas maneras en las cuales se reflejaban las circunstancias históricas de las concepciones del contacto racial y cultural (el ‘buen salvaje’ de Rousseau, o los ‘escoceses ancestrales’ de Lord Kames y Adam Ferguson), o a partir de que éstas fueron condicionadas por las experiencias y las explicaciones nacionales específicas, el hecho es que franceses y escoceses, al compartir las preocupaciones en torno a las potencialidades de la naturaleza y la mente humana, contemplando los progresos del hombre en diferentes situaciones y etapas de la civilización; y al compartir, además, la misma creencia en el progreso de la civilización:

Ellos también compartían la presunción básica de lo que a menudo se refiere como, un tanto anacrónicamente o mejor dicho demasiado específicamente, *el método comparativo*: la idea de que ante la ausencia de evidencia histórica tradicional, las primeras fases de civilización podían ser reconstruidas a través del uso de información derivada de la observación de los pueblos todavía existentes, pero en ‘etapas’ de desarrollo muy tempranas, lo cual podría ser visto como la expresión metodológica del desplazamiento que Montesquieu hizo de los ejes de la comparación.⁷⁷

Al centrar la atención en torno de una “genérica naturaleza humana”, o de la unidad básica de todos los grupos humanos que en la era de los descubrimientos transoceánicos habían sido contactados por los europeos, (“una unidad que fue también la herencia de la tradición cristiana”:⁷⁸ en el principio todos los hombres fueron *uno* y habían sido creados por

⁷⁶ *Ibid.* p. 16. Cfr. ELÍAS, Norbert, *El proceso de la civilización*. FCE, México, 1989.

⁷⁷ *Ibid.* p. 15. Stocking señala que las tipologías sociales y las comparaciones sistemáticas de Montesquieu, encauzaron las investigaciones sociales más allá de la geografía europea, dirigiéndolas hacia el espectro más amplio de los fenómenos sociales y estimulando la búsqueda de las causas generales. Así, al autor de *El Espíritu de las Leyes* (1748) se debe el desplazamiento de “noventa grados” de los ejes de la comparación cultural: de la comparación “horizontal (o espacial) a la vertical (o temporal).” *Ibid.* p. 14. Es decir, la comparación en las coordenadas de espacios y tiempos, sean vecinos o distantes, sean contemporáneos o no. Este desplazamiento tendría un efecto de gran envergadura en la comparación, e incluso en la concepción del tiempo, lo cual sitúa las raíces del método comparativo en el siglo XVIII. Muchos años después de Montesquieu, en la época de la formación del panteón de los antropólogos evolucionistas, Stocking señala que la comparación, “que había sido usada para establecer las conexiones tanto en espacio como en tiempo, fue subordinada a la reconstrucción de la secuencia temporal”. Más aún, la misma secuencia de tiempo adquirió una carácter diferente cuando “su vasta extensión fue estructurada primeramente en término de etapas regulares gobernadas por procesos generalizados y sólo de manera secundaria por procesos difusionistas y migratorios de un carácter histórico particular”. *Ibid.* p. 184.

⁷⁸ *Ibid.* p. 17.

Dios a partir del *primer* hombre; a partir de *un solo* Dios *verdadero*, les fue revelada la *única* religión *verdadera*), esta unidad se mantuvo como una premisa de la evolución, hasta que las sucesivas secuencias evolucionistas de la “Chain of Being” pudieran ser reconstruidas. Así, durante todo el siglo XVIII se mantuvo la idea de *la* civilización, o *el* hombre, en singular; puesto que el plural, *las* civilizaciones o *los* hombres, “no apareció sino hasta el siglo XIX”.⁷⁹ Stocking señala que las corrientes intelectuales del siglo XVIII, formularon una tipología general y términos causales del desarrollo de las ideas humanas y las instituciones, a partir de un estadio primitivo o natural.

Muchos de los argumentos metodológicos, las secuencias del desarrollo general y los específicos conceptos sustantivos de un tardío evolucionismo sociocultural, pueden ser encontrados dentro de esas corrientes: la idea de la “unidad psíquica del hombre”; el “método comparativo”; las “etapas” del desarrollo intelectual y socioeconómico”; los adelantos de una sociedad militar a la comercial; las ideas de un fetichismo primitivo, el despotismo oriental estático, y el vigor del hombre en los climas templados de Europa.⁸⁰

Todo ello permite inferir que la lógica de funcionamiento del método comparativo en el pensamiento evolucionista de la antropología del siglo XIX, (búsqueda de ‘leyes’, ‘regularidades’, principios ‘universales’, o de *la* cultura, *la* evolución, *la* civilización, *la* unidad, *el* hombre, *la* verdad, entre otros), es heredera del movimiento intelectual desatado por la Ilustración europea (y la secularización del pensamiento religioso), de Tocqueville, Condorcet o Voltaire, y de un modo particularmente importante de Montesquieu (1689-1755), autor de las *Cartas Persas* (1721), *Consideraciones sobre las causas de la grandeza y decadencia de los romanos* (1734), y *El Espíritu de las Leyes* (1748), quien hizo un “desplazamiento” de los ejes de la comparación: de la espacial, a la temporal. La amplia gama de explicaciones de las similitudes y las diferencias entre culturas ‘primitivas’ y la civilización europea o entre la sucesión de las etapas evolutivas de pueblos muy distintos, además de ser compartida por los maestros fundadores y primeros integrantes del ‘panteón’ de la antropología, Spencer, Maine, Tylor, McLennan, Morgan, Boas o Frazer, indica tanto la síntesis de elementos oriundos de varias orientaciones intelectuales preexistentes al ‘evolucionismo clásico’ —penetrantes estructuras intelectuales que van moldeando los pensamientos de los antropólogos—, así como la pertinencia y socialización de prácticas de investigación, ideas sobre la naturaleza

⁷⁹ *Ibid.* p. 18.

⁸⁰ *Ibid.* p. 19.

humana, la cultura y la idea de la civilización, que en la época de la ‘antropología victoriana’, o incluso mucho más adelante, seguirían difundiéndose a través de diversas tradiciones intelectuales, fuese en el continente europeo o en los Estados Unidos, penetrando en las obras de autores distintos, pertenecientes a disciplinas distintas, aunque fuertemente ligadas unas con otras.

¿Cuál es, entonces, la relación de Marc Bloch con el pensamiento antropológico y las diversas concepciones, técnicas y aplicaciones del método comparativo (‘derivaciones de un mismo origen’, ‘invenciones independientes’, ‘paralelismos’ en las curvas evolutivas, o acción de la ‘unidad psíquica de la mente humana’, entre tantos otros problemas), moldeado a través de una serie de transformaciones intelectuales que marcaron la historia de una disciplina que, como decía M. Detienne, “nació comparativa”?

Entre todos los antropólogos británicos que recurrieron al método comparativo, uno es de quien más ‘aprendió’ el historiador M. Bloch, él mismo interesado desde la década de 1910 en el estudio de ritos, leyendas, poderes sobrenaturales y creencias atribuidas a los reyes ingleses —o de cómo éstas habían surgido, se habían desarrollado y sobrevivido hasta finalmente decaer—, que más adelante lo llevarían a escribir (al igual que el orientalista francés Ernest Renan, —a quien Sir Henry Maine o Sir James George Frazer tanto admiraron— lo había hecho con sus *Souvenirs d'enfance*, de 1869, donde hacía referencia a la capacidad de curar las escrófulas atribuida por los campesinos bretones a la nobleza; o con el drama filosófico de 1885, intitulado *Le Prêtre de Nemi*, un tema muy cercano a *La rama dorada*), una historia comparativa sobre la realeza sagrada y milagrosa en Francia e Inglaterra, o el ciclo de la leyenda del Rey Arturo, por ejemplo, estableciendo así una fructífera vía de comunicación entre historia y antropología (junto a la sociología, que en ese momento despuntaba en Francia bajo el impulso de los durkheimianos), medio siglo antes del surgimiento de una nueva generación de historiadores franceses de la misma corriente fundada por Bloch y Febvre: los *Annales* de ‘las mentalidades’ o de ‘la antropología histórica’ (1968-1989). De esta manera, el antropólogo a quien Bloch le atribuye una forma de su método comparativo, era el autor de *The golden bough*, obra que en las primeras dos ediciones llevó por subtítulo: *A study in comparative religion*.

Quizá por ello, “a lo que nos referimos cuando hablamos del “método comparativo” en antropología”, como señalaba Radcliffe Brown, “es al método usado por un autor como Frazer en su obra *La rama dorada*”.⁸¹ A esta última obra, cuyas diversas ediciones corren durante un cuarto de siglo, Frazer debe el mérito de haber sido “inmensamente importante en su propio tiempo y durante la primera mitad de este siglo”,⁸² y quizá su reputación no sea igualada por la de ningún escritor de su tiempo.⁸³ Sin embargo, como dice su biógrafo, el autor que tuvo más lectores que ningún otro antropólogo y quien fue quizá el mejor escritor de entre todos los que escribían en inglés; el hombre que estableció como matriz la idea de cultura y dio significado a la conducta social y a las creencias, tiene un lugar polémico entre las grandes figuras de la antropología, tanto en su propia época, cuando se convirtió en el centro del debate antropológico, como en los años posteriores, cuando la gloria de Malinowski o de Radcliffe-Brown compitieron con la suya.

A partir de dos estudios sobre las entradas “Tótem” (que hacia 1887 se convertiría en el pequeño libro, *Totemism*) y “Tabú” (del cual saldría *La rama dorada*), que él escribió para la novena edición de la *Encyclopaedia Britannica*, a cargo de William Robertson Smith⁸⁴ —a quien *La rama dorada* está dedicada, pues si *Primitive Culture* de E.B. Tylor representó para Frazer el camino de la antropología, fue Robertson Smith quien lo dirigió hacia el tema de su monumental proyecto antropológico⁸⁵—; estudios germinales entendidos a modo de ‘vestigios’ incrustados en una arquitectura mayor, es que puede explicarse la presencia central del tabú en la *Opus magnum* de Frazer.

⁸¹ RADCLIFFE-BROWN, A. R., “El método comparativo en la antropología social” [1952], en *El método de la Antropología social*, Trad. Carlos Manzano, Anagrama, Barcelona 1975, p. 126.

⁸² ACKERMAN, Robert, *J.G. Frazer. His life and work*, Cambridge University Press, Cambridge, Reimp. 1988, p. 2. La primera edición de *La rama dorada* (en 2 volúmenes) apareció en 1890. Diez años después, la segunda edición había aumentado a 3 volúmenes, pero entre 1906 y 1915 (período en el cual el autor siguió escribiendo otros libros) la tercera edición alcanzó las dimensiones de una enciclopedia: 12 volúmenes, a los que en 1936 su autor añadió un apéndice, siendo 13 en total. En 1922, apareció una versión sintética que ha sido la más leída y traducida, sin embargo, en 1994 apareció una edición crítica, publicada por la Universidad de Oxford, basada en la versión original en 12 volúmenes, que ha sido traducida al español. *Cfr. La rama dorada*. Trad. Elizabeth y Tadeo I. Campuzano, y de Oscar Figueroa. (Sección de Obras de Antropología), Nuevo compendio a partir de la segunda y tercera ediciones. Edición, introducción y notas de Robert Fraser. FCE, México, 3ª ed., a partir de la compendiada en inglés, 2011.

⁸³ LOWIE Robert H., *Historia de la etnología*, *Op. cit.* p. 127.

⁸⁴ FRASER, Robert, “Introducción” a FRAZER, James George, *La rama dorada*, *Op. cit.* p. XIV. En 1912, estos estudios sobre el origen de la religión servirían de inspiración para una obra, de igual nombre, aunque leídos en la clave del psicoanálisis. *Cfr. FREUD*, Sigmund, *Tótem y Tabú*, (Biblioteca de Autor) Alianza Editorial, Madrid, 2011.

⁸⁵ STOCKING Jr., George W., *After Tylor*, *Op. cit.*, p. 132.

Asimismo, al estar presente en sociedades diferentes, ubicadas en geografías tan distantes y en dispar gradación civilizatoria, entre las cuales no había una conexión histórica o un origen histórico común, el tabú permitía explicar tanto las fuentes de la religión y las causas fundamentales de su propio origen, como las condiciones de su propia ‘supervivencia’ en el presente. Esta búsqueda confirió a la obra un carácter transgresor, profundamente radical y hasta peligroso, que Frazer consideró desde el principio de su investigación.

Pues en una sociedad como la victoriana, “llena de tabúes que daban identidad a sus miembros” y orgullosa de su carácter distintivo en todo el globo terrestre, el conocimiento de que existían religiones con tabúes profundamente arraigados en otras sociedades o religiones (muchas de éstas sacrificiales y por tanto parecidas a la cristiana, cuyos tabúes “buscaban convencer al creyente del carácter único y revelado de su fe”: ‘la mortalidad de los dioses’, ‘la occisión del rey divino’, ‘la víctima expiatoria’, o ‘la crucifixión de Cristo’), era tanto la prueba de su existencia como el ‘vestigio’ o la ‘supervivencia’ que permitían iluminar no el carácter particular y diferente de la sociedad victoriana, sino su semejanza con todos los seres humanos. De acuerdo con Robert Fraser, a los victorianos cristianos les desagradaba saber que en otros pueblos hubiese religiones, y de carácter sacrificial, en las que además, “a veces era posible explicar el sacrificio como simple magia, o que la magia pudiera estar en la base de muchas de las cosas que tanto apreciaban”.⁸⁶ Él lo ha explicado en los términos siguientes:

A finales del siglo XX la antropología y la crítica textual se obsesionaron con la idea de *l'autre*, el otro. Para Frazer era éste un concepto tan obvio como para mostrar algún interés real en él. A finales del siglo XX dimos por hecho nuestra igualdad y furtivamente indagamos en la diferencia. En cambio, a finales del período victoriano, la gente dio por hecho su otredad y se lanzó a explorar áreas prohibidas de afinidad. De ahí que Frazer estuviera mucho menos interesado en la otredad que en la igualdad. Este interés lo metió en algunos líos, pues casi todos los victorianos estaban convencidos de su otredad e incluso se sentían muy orgullosos de ella. La idea de que, para citar uno de los planteamientos de Frazer, todos los seres humanos compartían un “parecido esencial”, era, desde cierta perspectiva, muy amenazadora para la mente victoriana. De ahí la notoriedad del estudio comparativo de Frazer sobre la cultura y las creencias cuando éste apareció por primera vez en 1890.⁸⁷

De acuerdo con la hipótesis que consideraba a la humanidad bajo la luz de un horizonte imaginativo compartido; de acuerdo también con la idea de que la religión podía entenderse por

⁸⁶ FRASER, Robert, “Introducción” a FRAZER, James Georg, *La rama dorada*, *Op. cit.* p. X.

⁸⁷ *Ibid.* p. X.

sus orígenes psicológicos y por su colocación en una gradación evolucionista (la progresión magia, religión y ciencia, que él consideró etapas ineludibles, aunque imbricadas y en desarrollo paralelo, de la evolución mental de la humanidad); y con el interés de mostrar menos la otredad que la igualdad, Frazer echó mano de una serie de fenómenos similares que habían surgido en todos los rincones del globo, sin tener reparo en comparar temas pertenecientes a culturas muy diferentes, con la intención de mostrar “los principios intelectuales que guiaban la vida colectiva de la Antigüedad”.⁸⁸

Esta forma de la comparación queda clara en la solución al misterio de *La rama dorada* (“un libro sobre la mente humana y las conexiones que ésta establece de modo habitual”⁸⁹), que fue ofrecida por Frazer en una carta escrita a su editor, G. Macmillan, a principios de noviembre de 1889, en la cual anunciaba este estudio acerca de la historia de las religiones ‘primitivas’:

A través de la aplicación del método comparativo creo que puedo probar que en el sacerdote está representado el dios de la arboleda —Virbio—, y que su sacrificio era visto como la muerte del dios. Esto nos lleva a la pregunta del significado de una costumbre, ampliamente difundida de matar hombres y animales, vista como divina... Creo que puedo demostrar que *La Rama Dorada* fue el muérdago mismo, y la leyenda en su conjunto, por un lado, puede ser la conexión entre la reverencia de los druidas por el muérdago y los sacrificios humanos que acompañaban su labor, y por el otro, con la leyenda nórdica de la muerte de Balder... Lo que sea que se piense de las teorías (del libro) creo que se descubrirá que contiene un amplio bagaje de muchas costumbres curiosas, muchas de las cuales pueden ser nuevas aún para los antropólogos profanos. Los parecidos de muchas de las costumbres e ideas salvajes con las doctrinas fundamentales del cristianismo son asombrosos. Pero no hago referencia a este paralelismo, dejando a mis lectores que sean ellos quienes obtengan sus propias conclusiones.⁹⁰

Conexiones, asociaciones, analogías y comparaciones entre antiguos ritos, cultos y leyendas celtas, romanas, nórdicas o cristianas, entre otras, sirvieron de base a Frazer para el estudio de los elementos de la mente humana, constantes a través de distintas culturas y épocas de la historia (de acuerdo con la sucesión magia, religión y ciencia), lo cual permitía observar la sorprendente semejanza que hay entre las ideas y costumbres de los ‘salvajes’, como él escribió a su editor, y las doctrinas fundamentales del cristianismo.

⁸⁸ *Ibid.* pp. XVIII-XIX.

⁸⁹ *Ibid.* p. XIX.

⁹⁰ ACKERMAN, Robert, *J.G. Frazer. His life and work, Op. cit.* p. 95.

Pues el ritual de Nemi, como bien ha estudiado Robert Frazer, mostraba un patrón de creencias profundamente arraigadas que estaban presentes en diversas culturas de períodos históricos distintos. Es decir, inevitablemente, todo parece: así la naturaleza como los hombres enraizados a ella. Pero el ciclo de la muerte debía convertirse en el ciclo del eterno principio de la vida. Eran los magos, que en ocasiones también eran reyes, quienes intervenían para que esto sucediera (magia y ciencia se parecen en esto: son técnicas de intervención) Pero ellos también eran mortales, su vida era limitada y la enfermedad los acechaba; aunque su fuerza podía trascender o ser transferida a otro individuo, garantizando así que la energía vital siguiera fluyendo, de un sacerdote a otro, de un rey a otro, sin detenerse jamás.

Ejemplo de ello era el antiguo sacerdote de Nemi, obligado a defenderse contra cualquier enemigo, pero que en algún momento debía ser asesinado por su sucesor para garantizar así el reinicio del rito. Sin embargo, en Grecia, Fenicia, Frigia, Egipto, la India o África, en vez de la 'occisión del rey divino', otro podía morir en su lugar: 'la víctima expiatoria', quien en nombre de dios expiaba los 'pecados' de la gente, tal como 'la occisión del dios en México' (Tezcatlipoca), o como lo fue Jesucristo: el hijo de dios Padre, sacrificado a través de la crucifixión en pos de la redención de toda la humanidad, aunque su muerte sería tan sólo el comienzo de la vida eterna. Por tanto, siguiendo de cerca este argumento, muerte, vida, expiación, resurrección o eternidad no son elementos únicos de una sola religión, ya que están presentes en cultos antiquísimos, desperdigados en todos los rincones del planeta.

Sin embargo, aun cuando Frazer señala que los relatos acerca del culto a Diana pertenecen a una larga serie de mitos elaborados para explicar el origen de un ritual religioso, su "verdadero valor" está en "servir de ilustración sobre la naturaleza del culto" mismo, puesto que por su "antigüedad venerable, son un testimonio indirecto de que el inconcluso origen se perdió en las tinieblas de una fabulosa antigüedad".⁹¹ De acuerdo con la doctrina de E.B. Tylor sobre las 'supervivencias', o con el mismo estilo que Fustel de Coulanges había abordado el estudio del culto al fuego sagrado, Frazer consideraba que con el tiempo el sentido original del rito fue cayendo en el olvido, por lo cual hombres y mujeres interpretaron el papel de diosas y

⁹¹ FRAZER, James George, *La rama dorada. Magia y religión*. (¡Sección de Obras de Sociología!) Trad. Elizabeth y Tadeo I. Campuzano, FCE, México, 15ª reimp., 2003, (1ª en español, 1944), p. 28.

diosas sacrificiales ignorando casi por completo lo que éste significaba. Este ‘vestigio’ permitía analizar cómo la desaparición de la creencia original había, sin embargo, dejado tras de sí una secuela de ritos, usos y fórmulas, que habían seguido evolucionando durante siglos enteros.

Como buen hijo de su época, él mantuvo todos los principios básicos de la antropología evolucionista: el método comparativo, la unidad psíquica del hombre, las invenciones independientes, las etapas del desarrollo cultural o la doctrina de las supervivencias.⁹² Este pasaje del libro ilustra bien qué tanto adeudaba Frazer al evolucionismo antropológico, y qué ‘estado del arte’ fue conocido por M. Bloch a través de *La rama dorada*:

En recientes investigaciones de la historia primitiva del hombre se revela la *semejanza esencial de la mente humana*, que bajo multitud de diferencias superficiales elaboró su primera y ruda filosofía de la vida. En consecuencia, si mostramos que en otros lugares existió una costumbre bárbara semejante a la del sacerdocio de Nemi, si averiguamos los motivos que indujeron a su establecimiento, si probamos que estos motivos han obrado extensa, quizá universalmente en la sociedad humana, produciendo, según las diversas circunstancias, una variedad de instituciones de distinta especie pero *genéricamente semejantes* y por último, si demostrásemos que sus verdaderos motivos, con algunas de sus instituciones *derivadas*, actuaron en la antigüedad clásica, entonces podríamos deducir justificadamente que en tiempos remotos *las mismas causas* generaron el sacerdocio de Nemi.⁹³

Con el estudio comparativo sobre el sacerdocio de Nemi, Frazer había traído a los primitivos “cerca de casa”,⁹⁴ acercando sus similitudes con los pretendidos rasgos únicos de la sociedad victoriana y relativizando así diferencias: las concepciones ‘salvajes’ o primitivas frente a las ‘modernas’ o civilizadas de la sociedad europea de su época. De este modo, enfocado a tender los puentes entre las analogías y los parecidos, el método comparativo de Frazer se caracterizó, sobre todo, por ser un instrumento de estudio de “las semejanzas”, mas no de “las diferencias”.⁹⁵

Frazer apostó el trabajo de toda su vida en nombre de una ciencia objetiva, plasmando sus teorías en libros monumentales dedicados a las religiones ‘primitivas’, lo mismo que a la

⁹² STOCKING Jr., George W., *After Tylor, Op. cit.*, p. 151

⁹³ FRAZER, James George, *La rama dorada, Op. cit.* p. 24. (Las cursivas son mías). Marc Bloch se refirió tanto a este mismo pasaje como al procedimiento, señalando su parecido con el de la lingüística general. BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p 116, n. 5.

⁹⁴ STOCKING Jr., George W., *After Tylor, Op. cit.*, p. 147.

⁹⁵ PITOCCO, Francesco, “Frazer e il comparativismo storico”, en *La Ricerca Folklorica*, núm. 10. I frutti del ramo d’oro James G. Frazer e le eredita dell’antropologia. (Oct, 1984), pp. 119-120.

magia o a la mitología; libros contruidos a partir de una cantidad inmensa de información proveniente de exploradores, misioneros, viajeros o comerciantes, que él buscó asiduamente. Sin embargo, a diferencia de Boas, Malinowski o Radcliffe-Brown, él fue un antropólogo que no se nutrió de la experiencia obtenida directamente de aquéllos a quienes estudió durante tantos años,⁹⁶ precisamente porque su intención no era el estudio de un pueblo o una cultura en particular (hayan sido los esquimales, los habitantes de las Islas Trobriand o los azande), sino la síntesis de las analogías recurrentes —derivadas de las mismas causas que eran reveladas a partir de la tendencia del espíritu humano o de la unidad de la mente humana a reaccionar de manera semejante en condiciones similares— entre sociedades situadas en tiempos y espacios distintos.

Pero el nuevo giro de la antropología, del evolucionismo al funcionalismo o la reacción difusionista, transformaría el escenario intelectual revolucionando los métodos de trabajo, ofreciendo una imagen distinta del oficio y abriendo el horizonte metodológico al contacto directo con los ‘sujetos de estudio’, como han sido llamados más recientemente. La carnicería de la primera guerra mundial asestó un tiro de gracia al progresismo que suponía el evolucionismo, pero sobre todo a partir de 1922, *annus mirabilis* del movimiento funcionalista, el eclipse del evolucionismo fue también el de Frazer, cuya obra fue considerada un vestigio del pasado en el presente. Quizá por esta razón —con cierto desdén—, Robert Ackerman

⁹⁶ Contrariamente a algunas opiniones recientes de la historiografía antropológica, que consideran a Frazer un flemático erudito de biblioteca y un magnífico representante de ‘la antropología de sillón’, él poseía un profundo sentido de la ironía y un espíritu aventurero. Robert Fraser ofrece varios datos importantes. Por ejemplo, en la Pascua de 1883 (cuando Frazer contaba con 40 años), aceptó una invitación del psicólogo James Ward para que lo acompañara en un recorrido a pie por España (quien le prestó una copia del libro de Tylor, *Primitive Culture*, que ejercería una influencia decisiva en su pensamiento). *Ibid.*, p. 14. Más adelante, Con la intención de recopilar información para su trabajo sobre Pausanías (la *Descripción de Grecia*, que entre 1896 y 1897 apareció en 6 volúmenes: uno para la traducción y tan solo cinco para sus propios comentarios), en 1890 y 1895 hizo varios viajes a Grecia, visitando Atenas, Esparta, Corinto, Itome, Olimpia, Helicón, Tebas, Egion, Delfos, y “el valle de la Laguna Estigia” (recorridos en parte “a caballo, en parte a pie”), *Ibid.* pp. XIX y XLVI. Evidentemente, Frazer no era un Boas, un Malinowski o un Radcliffe Brown, pero tampoco era un completo ignorante del ‘trabajo de campo’. Robert Fraser señala que, con la intención de ampliar las descripciones de las sociedades no occidentales que servirían de ‘casos’ en *La rama dorada*, en 1887 Frazer envió un cuestionario a misioneros, médicos y administradores de todo el Imperio Británico, trabajadores *in situ*, en Uganda o en Australia, sobre aspectos de costumbres matrimoniales, reglas de sucesión, mitos y rituales. *Ibid.* pp. XIV-XV. Durante la última década de su vida, sin salir de su biblioteca, ciego, a la edad de los 76 años, contando sólo con la ayuda de amanuenses, Frazer continuó trabajando incansablemente en su biblioteca, años en los que, a pesar de todo, aparecieron 6 libros que fueron publicados en varios volúmenes. Así, en cierta medida, J.G. Frazer se parece a Emilio Salgari, el gran autor de las novelas de aventuras a quien sus enemigos llamaban ‘el capitán’ (puesto que sólo había hecho un viaje en barco y éste había sido por el Adriático). A propósito, un ‘salgariano’ contemporáneo ha dicho: “Lo que para sus críticos contemporáneos era un pecado, para mí es su gloria”. TAIBO II, Paco Ignacio, “Prólogo” a *Sandokan*, México: Ediciones Destino, febrero de 2005, p. 9.

escribió: “No es sorprendente que nadie lo quiera como ancestro profesional”.⁹⁷ A propósito, años después de haber publicado su libro sobre los reyes taumaturgos en Francia e Inglaterra, o sus artículos sobre la ‘comparación’ y la ‘historia comparada de las sociedades europeas’, M. Bloch definió en 1939 lo que había aprendido del método comparativo de Frazer:

Traté de mostrar, no hace mucho, que no es en el ejemplo de *La Rama dorada*, hacia donde, para asegurar su porvenir, debe voltear la historia comparada de la estructura social.⁹⁸

Así, el ícono en el estudio de la ‘religión primitiva’ (magia, totemismo, tabú e incluso brujería), a la que el autor de *La Rama dorada* concibió como uno de los géneros de la religión, es considerado por M. Bloch un horizonte que no aseguraba el “porvenir” de la “historia comparada”. Pero, ¿qué tan cierto es todo ello? “Ciertamente, es muy difícil pensar *Los reyes taumaturgos* sin *La rama dorada*”,⁹⁹ ha dicho un autor en torno de la compleja relación entre el autor de *Folklore in the Old Testament. Studies in comparative religion, legend and law* (1918), o de un libro traducido al francés como *Les Origines magiques de la Royauté* (1920), con el historiador M. Bloch, cuyo libro sobre *Los reyes taumaturgos* (1924), llevaba por subtítulo: ‘*Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*’ (títulos en los que resuena el eco de Renan, admirado por ambos). Curiosamente, en 1922 Frazer recibió el Doctorado *Honoris Causa* en la Universidad de Estrasburgo, época en la que Bloch era profesor de esta universidad recién recuperada a los alemanes, por lo que “hubo la oportunidad de que un contacto se hubiese producido” entre ellos. Es más: “Anteriormente, el vínculo pudo hacerse a través de Marcel Mauss”.¹⁰⁰

Sin embargo, más allá de la sugerente conjetura, lo evidente es que en 1930, Bloch decía que en “las últimas décadas”, sólo después de la lingüística, “el estudio de las civilizaciones denominadas primitivas [etnología o antropología, pero también los estudios de

⁹⁷ ACKERMAN, Robert, *J.G. Frazer. His life and work*, *Op. cit.*, p. 1.

⁹⁸ BLOCH, M. “Problèmes d’Histoire Comparée”, en *Annales d’Histoire Sociale*, núm.4, Vol.1 1939, p. 439.

⁹⁹ PITOCCO, Francesco, “Frazer e il comparativismo storico”, *Op. cit.* p. 120.

¹⁰⁰ TOUATI, François-Olivier, *Marc Bloch et l’Angleterre*, La Boutique de l’histoire, París, 2007, p. 39, n.37. En 1898, Mauss había tenido una estancia académica en Cambridge y Oxford. En esta última universidad conoció a Fraser, trabajó con Tylor y estudió el sánscrito. Él había hecho el viaje a Inglaterra con el “objetivo de profundizar en la obra de Edward Tylor, Max Müller, James Frazer”. Invitado a cenar por ellos dos, obsequió a Tylor el primer volumen de *L’Année sociologique*, con una respetuosa dedicatoria de Durkheim y con “el homenaje y profundo respeto” de Mauss. ROSATI, Massimo, “Marcel Mauss in Inghilterra”, en *La Ricerca Folklorica*, núm. 50, Antropologia della salute: Temi, problema, recherche. (Oct, 2004), p. 149.

algunos durkheimianos] parece haber sido la disciplina que con más frecuencia y utilidad ha recurrido a la comparación”.¹⁰¹

Según él, los mayores servicios de esta comparación “a larga distancia”, residían en que ésta “sugiere mucho más de lo que realmente explica”,¹⁰² pues tiene la “capacidad de sugerir investigaciones”¹⁰³ y descubrir fenómenos que habían sido desapercibidos, precisamente porque habían tenido un desarrollo menos visible y una influencia menos manifiesta en una sociedad, así como también en la capacidad para explicar las “supervivencias”, haciendo posible la “interpolación entre las curvas de evolución”¹⁰⁴ de dos fenómenos diferentes. Ejemplo de “un hecho que se manifieste dentro de una sociedad unos rasgos muy extraños que para nada concuerdan con el tono general de la vida social”, dice M. Bloch, es justamente el caso “de la muerte ritual en el santuario del bosque de Nemi”: una ‘supervivencia’, un cuerpo extraño o ininteligible respecto del medio en el cual tenía lugar, sólo explicable a partir del examen de casos similares en el seno de otras civilizaciones y, sobre todo —de acuerdo con su propia experiencia en el estudio de los ritos y las creencias sobrenaturales, y donde esto recuerda lo mismo a Tylor, que a Frazer o Fustel de Coulanges—, explicando por qué el rito o la institución se han mantenido en un medio determinado, guardando, en apariencia, una figura “extraña” o discordante.

De este modo, aun cuando este tipo de comparación esté “excesivamente dispuesta”, quizá por una parte importante de sus representantes, como es el caso de Frazer, “a reducir este tipo de estudio a las influencias”¹⁰⁵ o a las analogías y la explicación de las mismas, olvidando la explicación de las diferencias o la especificidad de los propios fenómenos, la comparación permite

¹⁰¹ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 106.

¹⁰² *Ibid.* p. 111.

¹⁰³ *Ibid.* p.110. En *Los reyes taumaturgos*, Bloch decía: “Quizás tenga sentido preguntarse si verdaderamente hace falta una investigación para descubrir las representaciones colectivas que originaron el tacto de las escrófulas. ¿No es por demás evidente que este rito, de apariencia tan singular, fue en las sociedades medievales y modernas apenas el último eco de esas creencias “primitivas” que la ciencia de hoy, gracias al estudio de los pueblos salvajes ha logrado reconstruir?”. BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*. Prólogo de Jacques Le Goff, Presentación y trad. de M. Lara, y trad. del prólogo de Juan Rodríguez Aguilar. (Col. 70 Aniversario) FCE, México, 2ª. ed. 2006, pp. 120-121.

¹⁰⁴ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 110.

¹⁰⁵ *Ibid.*, pp. 106-107.

interpolando las curvas evolutivas al permitirnos descubrir por medio de la analogía los eslabones que faltaban entre los distintos elementos de series evolutivas que nos parecían discontinuas como consecuencia de la insuficiencia de nuestros conocimientos. Éste es quizá el mayor servicio que nos ha prestado el estudio comparativo de las civilizaciones primitivas.¹⁰⁶

Si *la rama dorada* era una suerte de enciclopedia caracterizada por una comparación inductiva enfocada sobre todo a las interpolaciones de diferentes curvas evolutivas, el estudio y la explicación de las analogías y las diferencias marcaba una línea divisoria entre el Frazer antropólogo y el Bloch historiador, entre una postura ideográfica y otra nomotética, entre las leyes de la evolución (las similitudes), y la caracterización de la especificidad (las diferencias) de los fenómenos históricos. Como decía M. Bloch: “Practicar el método comparativo, por lo que respecta a las ciencias humanas”, consiste en lo uno y lo otro: “buscar las similitudes y las diferencias que existen entre series de fenómenos de naturaleza análoga que han sido tomados de diferentes medios sociales”.¹⁰⁷ Tener en cuenta “no sólo las concordancias sino también las diferencias”, decía Mauss en un tono similar al de Bloch, refiriéndose también a *La rama dorada*, “obra magnífica” que asociaba con la teoría y el método de la sociología, pero cuya tesis criticaba por no haberse esforzado en captar “los hechos contrarios”¹⁰⁸ de tipo religioso.

Si el método de la antropología de Frazer era “inductivo”, como él mismo decía, sus comparaciones también lo eran. Con la intención de “aplicar el método comparativo en el estudio de razas inferiores”,¹⁰⁹ dirigiendo la explicación de las analogías al terreno de las sociedades superiores, la intención de Frazer era poner a prueba el legado metodológico y conceptual del evolucionismo clásico británico, más que a verificar la técnica y el procedimiento del comparativismo.¹¹⁰ Sin embargo, poner a prueba el método comparativo, señalando su lógica de funcionamiento para ‘asegurar el futuro’ de la historia comparada de la estructura social, era la tarea de Bloch. Historiador de formación esmerada, quien haciendo gala de su propia tradición disciplinar, señalaba —en franco distanciamiento con el método comparativo

¹⁰⁶ *Ibid.*, p. 110. A propósito, Bloch expresó su deuda con Frazer, “quien nos enseñó a encontrar vínculos, ignorados por mucho tiempo, entre ciertas concepciones antiguas sobre la naturaleza de las cosas y las primeras instituciones políticas de la humanidad”. BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.*, p. 121.

¹⁰⁷ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.*, pp. 107-108.

¹⁰⁸ Cit. en SARASINI, Bia, “Frazer letto da Marcel Mauss”, en *La Ricerca Folklorica*, núm. 10 *Op. cit.* p. 69.

¹⁰⁹ FRASER, Robert, “Introducción”, *Op. cit.*, p. XXVI.

¹¹⁰ PITOCOCO, Francesco, “Frazer e il comparativismo storico”, *Op. cit.* p. 119.

del evolucionismo—, que “junto a las similitudes también se encuentran las diferencias”, pues, con frecuencia, bajo la imagen de las similitudes, “un examen más preciso nos muestra la existencia de contrastes”.¹¹¹ Así, en un tono que recuerda a su maestro, el historiador belga Henri Pirenne, Bloch decía que “el más importante objetivo del método comparativo”, era *sobre todo* frente al acento puesto en las similitudes, que era el caso de Frazer, “la percepción de las diferencias”, puesto que gracias a éstas era posible medir “la *originalidad* de los sistemas sociales”, clasificándolos y penetrando en lo más profundo de su naturaleza.¹¹²

Aun cuando Marc Bloch estaba profundamente interesado en formular esquemas de interpretación que permitieran dar cuenta de ‘la estructura social’, para lo cual *La rama dorada* —que constituía la expresión más clara de toda una tradición de antropólogos evolucionistas—, proveía de estimulantes reflexiones: ‘comparaciones’, ‘clasificaciones’, ‘supervivencias’, ‘series’, ‘curvas evolutivas’, ‘analogías’, ‘magia’, ‘religión’, ‘ciencia’, ‘rituales’, ‘magos’, ‘reyes’, presentes de un modo u otro en sus propios análisis comparativos, él mantuvo una distancia crítica con Frazer, aunque reconociendo el valor de la comparación antropológica de la cual era tanto heredero como portaestandarte, atribuyéndole todo el valor de un “procedimiento” o una “aplicación” —distinta tanto en sus principios como en sus métodos a la comparación de la lingüística histórica—, en su propia concepción del método comparativo, pero en el terreno de la historia:

La rama dorada, ejemplo, a la vez ilustre e instructivo, de una investigación completamente basada en la recopilación de testimonios tomados de todos los lugares del mundo. El estudio comparativo, así comprendido, ha prestado enormes servicios de todo tipo. (...) Dicho de un modo simple, este método comparativo de largo alcance es esencialmente un procedimiento de interpolación de curvas evolutivas. Su postulado, al igual que la conclusión que siempre alcanza,

¹¹¹ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 112.

¹¹² *Ibid.*, p. 112. (Las cursivas son mías). Ginzburg ha señalado (“Lectures de Mauss. *L’Essai sur le don*”, XXXII Conferéncia Marc Bloch, EHESS-París, 8/VI/2010), que en el epígrafe extraído de las *Cartas Persas*: “Este rey es un gran mago”, Bloch anunciaba el problema de su estudio sobre los reyes de Francia e Inglaterra. Asociando la comparación etnográfica con el nombre de Frazer, “antes de renunciar a la comparación etnográfica”, dice Ginzburg, él “la examinó como una alternativa legítima”. Bloch intentó un estudio comparativo sumergiéndose en el terreno durkheimiano de las “representaciones colectivas” (¿sociología comparada contra etnología comparada?, ¿o más bien síntesis a partir de ambas?) que habían originado el tacto de las escrófulas, restringiendo su investigación a las correspondencias entre la realeza sagrada y las creencias sobrenaturales atribuidas a ésta en uno y otro lado del Canal de la Mancha. Así, a pesar de que en el estudio de las tribus de Oceanía (analizadas en *La rama dorada*) él encontraba ideas sobre los jefes que eran “comunes a toda la humanidad”, manifestaba que éstas “recibieron evidentemente aplicaciones diferentes según los lugares y las circunstancias”. Después de aclarar que el concepto de la realeza sagrada había florecido en otras geografías del planeta, enfatizó: “no cabe esperar que encontremos en Europa todas las instituciones de Oceanía”. Es más: “cuidémonos de cometer el error inverso y no transportemos las antípodas enteras a París o Londres”. BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.*, p. 123.

es la unidad fundamental del espíritu humano o, si se prefiere, la monotonía, la asombrosa pobreza de recursos intelectuales de que ha dispuesto la humanidad en el curso de su historia y particularmente la humanidad primitiva en los tiempos en que, por hablar como Sir James Frazer, “elaboraba, en su simplicidad primigenia, su filosofía de la vida”.¹¹³

Excelente para el descubrimiento de los fenómenos; valiosa para explicar las analogías y las interacciones —anteriormente desconocidas— observadas entre dos fenómenos ubicados en sociedades separadas en tiempos y espacios (ni a través de influencias mutuas ni a partir de un origen común); útil para ubicar las similitudes entre distintos medios sociales; importante para la interpretación de las influencias ejercidas entre sí por los diferentes grupos de estudio o para determinar los paralelismos entre evoluciones diferentes (corrientes de préstamos recíprocos, relaciones e imitaciones; causas de acción similares y causas generales que propician fenómenos generales), esta comparación “de larga distancia”¹¹⁴ sólo podía ser verdaderamente fructífera si *al mismo tiempo* que se estudiaban las *similitudes*, también se estudiaban las *diferencias*.

Con esta idea, este “procedimiento” del método comparativo, conocido por todos los antropólogos pertenecientes a la coyuntura abierta desde el último tercio del siglo XIX —y en buena medida conocido por Bloch a través de Frazer—, fue emulado por el historiador francés en *La Société féodale*, comparando la Edad Media occidental con el Japón antiguo, o más precisamente la Europa feudal con el Japón *también* “feudal”, lo cual probó —en contra de la opinión de Montesquieu—, que el feudalismo europeo no había sido “un acontecimiento ocurrido una vez en el mundo y que quizá no volverá a repetirse jamás”, señalando las prolongaciones del feudalismo en diversas zonas del globo.¹¹⁵ Pero la lección de Frazer y su influencia en Marc Bloch, fueron asimiladas dentro de una ciencia con autonomía propia, separada de las demás ciencias del hombre por fronteras disciplinares, a veces más porosas o en ocasiones celosamente custodiadas, que otorgaban un cariz específico a las transacciones,

¹¹³ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”, en *Historia e historiadores*, *Op. cit.* pp. 116 y 117.

¹¹⁴ Bloch había comprendido el valor y los beneficios de esta forma de la comparación, cuya importancia suele ser minimizada en la historiografía: “la comparación de mano de los etnógrafos, nos restituye mediante una especie de choque mental, con esa sensación de diferencia, de exotismo, que es condición indispensable para toda comprensión inteligente del pasado”, decía señalando otras características: “la posibilidad de llenar, mediante hipótesis basadas en la analogía, algunas lagunas de nuestra documentación; la apertura de nuevos caminos en la investigación sugeridos gracias a la comparación y, sobre todo, la explicación de muchas supervivencias que hasta entonces nos resultaban ininteligibles”. *Ibid.* pp. 116-117.

¹¹⁵ Uno de sus alumnos siguió con esta línea de estudio, “bajo el signo de la historia comparada”. BOUTRUCHE, Robert, *Señorío y feudalismo*, Siglo XXI editores, México, 2 vols. 1995.

préstamos y correspondencias llegadas de otras ciencias, vecinas pero finalmente distintas. Así, aun cuando en apariencia se tratara del mismo método comparativo, tan común a las ciencias del hombre, al confrontarse con un 'humus' distinto al de su proveniencia y a partir del cual debía crecer, éste adquirió una forma y una función distintas a las que tenía en la etnología o la antropología, llegando a constituir un campo específico en su propia tradición: la historia comparativa.

II. Del método comparativo e historia comparada

Hace algunos años, Witold Kula señaló que “la controversia en torno a los métodos comparativos en la ciencia histórica cuenta ya con más de dos siglos”.¹¹⁶ Pero además de añejo, ha sido un debate complejo, ambiguo y contradictorio, sobre todo entre los mismos historiadores. Mientras que para unos la existencia de la comparación en la historia ha suscitado un ánimo triunfal: la comparación “siempre ha tenido un lugar central en la teoría social”;¹¹⁷ con “el florecimiento de las nuevas ciencias del Hombre, la historia comparada halla su derecho de ciudadanía”,¹¹⁸ en otros impera el escepticismo y la posición a contracorriente del triunfo metodológico: “la historia como disciplina especializada no ha mostrado durante largo tiempo ninguna inclinación especial por la comparación”.¹¹⁹

A pesar de todo ello, al reclamar la vigencia y actualidad de este procedimiento metodológico, el autor de *Richelieu y Olivares*, escribió: “la historia comparativa nunca fue más necesaria que hoy”, señalando que si todos los historiadores “hacemos comparaciones”, no obstante “es importante que lo hagamos con toda conciencia”.¹²⁰ A propósito de esta recomendación, en sí misma reveladora de varios problemas, G. Sartori ha señalado, sin ser historiador, los peligros del procedimiento: “en los mares cerrados se puede navegar aún a ojo. Pero en los mares abiertos —en los mares de la comparación— quien navega al azar y sin

¹¹⁶ KULA, Witold, “El método comparativo y la generalización en historia económica”, en *Problemas y métodos en la historia económica*. Península, Barcelona, 1963. pp. 571-614.

¹¹⁷ BURKE, Peter, “Modelos y métodos”, en *Historia y teoría social*. Trad. Stella Mastrangelo, Instituto Mora, México, 1997, p. 34.

¹¹⁸ DUMOULIN, Olivier, “Comparada (Historia)”, en BURGUIÉRE, André, (Dir.), *Diccionario de Ciencias Históricas*, Akal, Madrid 1991, p. 130.

¹¹⁹ KOCKA, Jürgen, “La comparación histórica”, en *Historia social y conciencia histórica*. Trad. Elisa Chuliá, Marcial Pons, Madrid, 2002, p. 59.

¹²⁰ ELLIOT, J.H., “La historia comparativa”, en *Relaciones*, núm. 77, *Op. cit.* pp. 230 y 234.

brújula corre el riesgo, en cada momento, de naufragar”.¹²¹ Quizá por el ambiguo lugar de la comparación en la historia, o por la urgencia de recurrir a ella aun cuando no siempre se tome plena conciencia de que se hace lo que se hace, los historiadores la consideran “un terreno inestable”.¹²² ¿Cómo explicar, entonces, la ‘actualidad’ de un procedimiento metodológico cuya impronta ha creado la historia comparativa, que a su vez ha sido uno de los campos menos explorados del territorio del historiador? “El procedimiento de la comparación se utiliza en muchas disciplinas científicas”, escribió Jurgen Kocka, señalando:

La comparación histórica no se caracteriza necesariamente por el hecho de ser realizada por historiadores profesionales. Antes bien, las ciencias sociales y las humanidades trabajan en el terreno de la comparación histórica, especialmente los sociólogos, los politólogos y los etnólogos.¹²³

Entonces, ¿de qué hablamos cuando hablamos de la comparación histórica? La nomenclatura que Peter Burke ha utilizado sobre la comparación en las ciencias sociales permite echar luz sobre este problema: “historia comparada”, “historia comparativa”, “comparaciones”, “método comparativo”, “enfoque comparativo”, “comparar”, “comparación”, “comparación histórica”, “comparar históricamente”, “comparatista”. Los términos están reunidos sin definiciones que ayuden a precisar su diferencia, aun cuando es evidente que para él todos los términos tienen el mismo sentido.¹²⁴ Los enfoques varían. El género: la historia comparada o comparativa. El método: el método comparativo. La práctica: comparar, comparación. El historiador: comparatista. Al respecto de la historia comparada, Bloch señaló que a pesar de que en “la actualidad resulta de uso corriente ha sufrido la misma suerte que la mayoría de las palabras de uso cotidiano: un desplazamiento de sentido”.¹²⁵

La riqueza del vocabulario no es un caso circunstancial o falta de importancia. En el seno del vocabulario histórico, esta diversidad constituye el testimonio de una serie de prácticas y experiencias de investigación emprendidas por sociólogos, politólogos, etnólogos,

¹²¹ SARTORI, Giovanni, “Comparación y método comparativo”, en SARTORI, Giovanni y MORLINO, Leonardo, (Comps.) *La comparación en las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1994, p. 46.

¹²² VALENSI, Lucette, “Retour d’Orient. De quelques usages du comparatisme en histoire”, en ATSM, Harmut y BURGUiÉRE, André, (Comps.) *Marc Bloch, aujourd’hui. Histoire comparée et sciences sociales*, EHESS, París, 1990, p. 311.

¹²³ KOCKA, Jurgen, “La comparación histórica”, *Op. cit.* p. 58.

¹²⁴ BURKE, Peter, “Modelos y métodos”, *Op. cit.*, pp. 34-40.

¹²⁵ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”, *Op. cit.* p. 114.

lingüistas e historiadores en el terreno de la comparación histórica, punto de confluencia de las ciencias del hombre. Esto arroja luz sobre su ambigüedad entre éstos últimos. Por un lado, la explicación de su ‘actualidad’ como herramienta imprescindible para explicar similitudes y diferencias entre los fenómenos históricos, y por el otro, considerando que en el terreno de la comparación histórica confluyen disciplinas distintas de la historia, también se encuentra la explicación de su ‘inestabilidad’. Sin embargo, de acuerdo con la descripción de Burke, las diferencias en el vocabulario no eximen pensar a la comparación histórica como una unidad de análisis, cuyo uso ha sido fructífero en gran parte de las ciencias del hombre.

¿A esto hacía referencia Reinhart Koselleck, cuando señalaba que “una vez acuñado, un concepto contiene en sí mismo la posibilidad puramente lingüística de ser usado en forma generalizadora”?¹²⁶ Si las variaciones en el vocabulario permiten encontrar la diversidad de las prácticas y las experiencias que han confluído en el territorio de la comparación histórica, ¿cuál ha sido la experiencia concreta de los historiadores, que ha llevado a cristalizar la historia comparativa en el vocabulario del presente?, ¿cuáles son, además, las figuras rectoras que en la historia constituyen las prácticas del método comparativo que influyeron intelectualmente en Marc Bloch?

Por la práctica específica del método comparativo, como por la posición que éste ocupa en las redes de sociabilidad intelectual de la historiografía francesa de la segunda mitad del siglo XIX, Numa-Denys Fustel de Coulanges (1830-1889), ocupa un lugar preponderante. Contemporáneo de Hippolyte Taine (1828-1893), Ernest Renan (1823-1892), Theodor Mommsen (1817-1903), Jules Michelet (1798-1874) y François Guizot (1787-1874), de quien también fue alumno, Fustel de Coulanges ha sido considerado por François Hartog, uno de sus últimos biógrafos, todo un precursor, el forjador de una vía de la historia en Francia, el constructor de una ciencia de la historia en el siglo XIX, al igual que una de las grandes figuras de una especie de siglo XIX historiográfico francés (1830-1930), en el cual la historia adquiere el estatuto de una “disciplina con sus instituciones, sus reglas de juego, sus maestros y sus influencias, en resumen, una tradición que simboliza la nueva Sorbona”, todo ello a partir de

¹²⁶ KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Trad. Norberto Smilg, Paidós, Barcelona, 1993, p. 123.

“una obra, o más aún de un nombre, el de un historiador reconocido, controversial, olvidado, poco conocido: de Guizot a Bloch y Febvre, *via* Fustel”.¹²⁷

Historiador consagrado a la investigación, figura importante tanto en la Sorbona (donde ocupó una cátedra de Historia Medieval creada en 1878 *ex profeso* para él), como en la prestigiosa École Normale Supérieure, (de la cual llegó a ser director en 1880), Fustel de Coulanges fue maestro de Camille Jullian, Gustave Bloch (padre de Marc), Henri Berr, Gustave Glotz o Émile Durkheim, e influyó también en la obra de otros más jóvenes, como Louis Gernet, quien sería compañero de ruta de Robert Hertz, Marcel Mauss, Marcel Granet y Marc Bloch, así como el maestro de toda una corriente de helenistas franceses, integrada por Jean-Pierre Vernant, Pierre Vidal-Naquet o Marcel Detienne.

En una semblanza intelectual presentada en un congreso celebrado en 1930, con motivo del centenario del nacimiento de Fustel de Coulanges, —época de cierre de ese siglo XIX historiográfico francés, e inicio de una nueva época de la historiografía francesa, pues los *Annales* de Bloch y Febvre habían sido fundados en 1929, por lo que “el centenario coincidió efectivamente con el comienzo de una nueva fase de la historiografía francesa”—,¹²⁸ Marc Bloch analizaba “algunas asombrosas correspondencias” de la obra del autor de la *Histoire des institutions politiques*, “con las más importantes corrientes de pensamiento de mediados del siglo XIX”.¹²⁹

Por ejemplo, el romanticismo, corriente de la cual “rechazó totalmente el subjetivismo”, sólo “después de haber aprovechado lo mejor de ella”, pues en él se reconocen “las mismas sonoridades intelectuales que han dado su timbre fundamental a las obras del novelista y del poeta”.¹³⁰ El materialismo histórico, donde el nombre de Karl Marx fue conocido por él quizá tan sólo como el de “un peligroso agitador o un falaz utópico”, aunque sin duda “perteneía a esa generación que tomó conciencia de la importancia de los factores materiales, ante el

¹²⁷ HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, (Col. Les Chemins de L'Histoire), PUF, París, 1988, p.13.

¹²⁸ MOMIGLIANO, A., “La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges”, en *Ensayos de Historiografía*, *Op. cit.* p. 276.

¹²⁹ BLOCH, Marc, “Fustel de Coulanges, historiador de los orígenes de Francia”, *Op. cit.* p. 252.

¹³⁰ *Ibid.* p. 253.

espectáculo de las transformaciones económicas del siglo XIX”.¹³¹ Sin haber mencionado a Lamarck o Darwin e incluso a Auguste Comte, sin mantener relación con Berthelot y Claude Bernard, dice Marc Bloch; e incluso sin haber mencionado sus propias correspondencias con los antropólogos británicos que le eran contemporáneos, la obra de Fustel de Coulanges “rezuma evolucionismo y se encuentra totalmente empapada por esa atmósfera de determinismo científico que fue el signo victorioso de la época que le tocó vivir”.¹³²

El historiador Marc Bloch, fiel a la idea de que “por original que sea, todo hombre es hijo de su tiempo”,¹³³ decía que Fustel de Coulanges era “la expresión de toda una época del pensamiento europeo y del pensamiento francés dentro del campo de las ciencias sociales”. Es más, en su caso:

Parece como si los grandes hombres recibiesen, a través de cimbreantes antenas, las vibraciones de todas aquellas corrientes de pensamiento, incluso de aquellas no totalmente definidas y delimitadas, que los rodean sin llegar a saber en qué medida son deudores o acreedores de las mismas.¹³⁴

Su trabajo es pionero en los estudios de sociología y antropología, que en esa época estaban todavía en sus comienzos, y es contemporáneo de obras como *Ancient Law*, de H.S. Maine (1861); *Das Mutterrecht*, de Bachofen (1861); *Primitive marriage*, de J.F. McLennan (1865); *Researches into de Early History of Mankind*, o *Primitive culture* de E.B. Tylor (1865 y 1871); *The Systems of Consanguinity*, o *Ancient Society* de Morgan (1871 y 1877); las dos ediciones de los *Principles of Psychology*, de H. Spencer (1855 y 1870-2). En este marco, los años sesenta y setenta del siglo XIX, puede observarse tanto la originalidad de las teorías más generales de Fustel de Coulanges, como la confluencia de influyentes pensadores en pos de “una nueva comprensión del ser humano”, y a partir de la cual, ciencias como la “sociología, antropología e historia se complementan”.¹³⁵

De este modo, al estar ubicada en esta coyuntura, la obra de este historiador no sólo es

¹³¹ *Ibid.* p. 253.

¹³² *Ibid.* p. 253.

¹³³ *Supra*, nota 6.

¹³⁴ BLOCH, Marc, “Fustel de Coulanges, historiador de los orígenes de Francia”, *Op. cit.* p. 253.

¹³⁵ GARCÍA GUAL, Carlos, “Prólogo” a COULANGES, Fustel, *La Ciudad antigua*, *Op. cit.*, p. 13.

parte de un ambiente intelectual, sino también un punto de confluencia entre ciencias sociales todavía muy jóvenes, o en franca transformación, en uno u otro lado del Canal de la Mancha. A propósito, de acuerdo con Steven Lukes, el mismo Fustel escribió que la historia tenía el mismo significado que la sociología: “la historia es la ciencia de los hechos sociales, lo que es la sociología misma”.¹³⁶ Sin embargo, en un tono que mantenía cierta autonomía entre una y otra disciplina, aunque entendidas como sinónimas, él decía: “No me gusta la palabra sociología, no porque sea reciente, sino porque es ambiciosa; prefiero la palabra historia que tiene menos pretensiones y ofrece el mismo sentido”.¹³⁷

Sin embargo, para Fustel la historia sí tenía grandes pretensiones, pues su propia obra atravesaba épocas enteras sin respetar los períodos y los temas de especialización que más adelante configurarían un rasgo fundamental en el mapa de los estudios históricos en Francia, pero también en Occidente, en los cuales, en ocasiones, cada Cantón es sinónimo de País, e incluso de Patria. “Todos los pueblos y todas las épocas entran en el campo de su investigación”,¹³⁸ dice quien fue uno de sus discípulos y autor de la primera biografía sobre Fustel, señalando, a propósito, que el interés del maestro abarcaba desde los orígenes de Francia, sus migraciones, sus luchas, sus instituciones; las conquistas y la organización de la república romana; el principado monárquico en Francia hasta el final del reino de Luis XIV, las relaciones de Francia con las potencias europeas desde el comienzo de los tiempos modernos hasta la revolución de 1789; la constitución inglesa hasta la época de la reina Elizabeth. Una anécdota muestra bien esa intención dirigida contra el espíritu de la especialidad:

En tanto que la mayoría se limita a estudiar una pequeña parte de la historia, nuestra ventaja ante otros profesores es que hemos tenido que hacer estudios de conjunto. Es así que incluso cuando estudiamos un detalle, no podemos hacer que toda la historia, de alguna manera, no suela aparecer ante nuestros ojos. Y en esto radica nuestra superioridad.¹³⁹

¹³⁶ LUKES, Steven, *Émile Durkheim, his life and work. A historical and Critical Study*, Stanford University Press, California, 1985, p. 61.

¹³⁷ COULANGES, F., “Faire œuvre d’historien”, en HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l’histoire, Op. cit.* p. 374.

¹³⁸ GUIRAUD, Paul, *Fustel de Coulanges*, Librairie Hachette, París, 1896, p. 19. (Disponible en el Sitio: www.gallica.bnf.fr, de la Bibliothèque Nationale de France.)

¹³⁹ *Ibid.*, pp. 17-18. En ese mismo tono, él explicó lo siguiente: “Para creer en ciertos espíritus se debe limitar el trabajo a un punto particular, a una ciudad, a un acontecimiento, a un personaje, a lo mucho a una generación de hombres. Yo llamaría este método: la especialidad. Éste tiene sus méritos y su utilidad, ya que puede reunir sobre cada punto informaciones numerosas y seguras. ¿Pero es este todo el objetivo de la ciencia? Supongamos a cien especialistas que se dividen en partes el pasado de Francia. ¿Creen ustedes que ellos habrán hecho al final la historia de Francia? Lo dudo mucho. Les faltarán al menos los vínculos de los hechos, pues este vínculo es también una verdad histórica. Yo no sé si cada uno de ellos habrá cumplido su

De acuerdo con la idea de esta historia científica, en una afirmación que muestra su concepción del método histórico y su formación en la hermenéutica y la diplomática, el estricto apego a las fuentes literarias y legales, tan caras a los historiadores de su época, la tarea del historiador reside en que éste

No tiene otra ambición más que ver claramente los hechos y entenderlos con exactitud. No es en su imaginación o en su lógica donde él los busca; los busca y los encuentra a través de la minuciosa observación de los textos, así como el químico encuentra sus hechos a través de experimentos meticulosamente conducidos. Su única habilidad consiste en exprimir todo lo que contienen los documentos y no añadir nada que ellos no contengan. El mejor de los historiadores es el que se mantiene lo más cercano a los textos, quien los interpreta con mayor justicia, quien no escribe o piensa sino a partir de ellos.¹⁴⁰

Así, para un Fustel, ('quien no escribía o pensaba sino a partir de los documentos'), científicista o 'positivista', la historia "no es un arte, es una ciencia pura".¹⁴¹ Educado en la École Normale Supérieure, semillero de los intelectuales franceses, al recordar las lecciones escolares acerca de *El Discurso del Método*, diría: "De ahí han surgido todos mis trabajos, así como esa duda cartesiana que él había hecho entrar en mi espíritu, y que yo he aplicado en la historia".¹⁴²

Profundamente interesado en el estatuto científico de la historia, en el método histórico, el análisis y la erudición que son propias del oficio, él es ante todo un historiador preocupado por la lectura de los textos, la crítica histórica, la búsqueda de la verdad, la capacidad de plantearse preguntas, de formularse dudas metódicas,¹⁴³ como decía Descartes, así como por las maneras de leer los documentos y las maneras de escribir la historia de Francia, sin que

parte, así como no estoy seguro que se pueda conocer exactamente una generación de hombres si no se conoce aquella que le precede, ni una institución si no se estudia aquella de la cual deriva". *Ibid.*, p. 18, n.1.

¹⁴⁰ COULANGES, Fustel, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France. La monarchie franque*. Hachette, París, 1888, p. 33. (Disponible en el sitio www.gallica.bnf.fr, de la Bibliothèque National de France).

¹⁴¹ *Ibid.*, p. 32.

¹⁴² GUIRAUD, Paul, *Fustel de Coulanges, Op. cit.*, p. 9.

¹⁴³ En un tono que recuerda las reflexiones póstumas de Bloch, en el capítulo dedicado a la crítica, el método crítico y el análisis de los testimonios, de su inconclusa *Apología para la historia*, que trata la sobre la "duda examinadora" (p. 187), puesto que la "duda racionalmente conducida puede convertirse en un instrumento de conocimiento" (p. 190), así como de la historia entendida como una "empresa razonada de análisis" (p. 129), Fustel decía: "En la historia, como en la filosofía, es necesario contar con una duda metódica. El verdadero erudito, como el filósofo, comienza por ser un dubitativo. En todo lo que él estudia, debe abordar una pregunta a resolver". COULANGES, Fustel, "L'esprit de doute, le especialisme", en HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l'histoire, Op. cit.* p. 345.

ello implicase reducir la historia a una “simple narración”. “La historia no es una narración”,¹⁴⁴ decía en un tono que guarda una sorprendente actualidad, aunque “sin duda deba tener la belleza de la forma, como todas las producciones del espíritu humano”, como “la novela” o “la poesía”,¹⁴⁵ pues si la historia “no tuviera otro mérito más que el de ser un relato agradable, yo diría que ella no tiene ningún valor”.¹⁴⁶

El trabajo del historiador debe orientarse, según él, a la “búsqueda de los grandes problemas”,¹⁴⁷ pues la misión de la historia es “registrar, en cada siglo, lo que el hombre ha sido en este período de su existencia, a fin de que un día, al comparar todos estos hechos, se pueda decir lo que es en realidad el hombre”.¹⁴⁸ Y en realidad, el hombre era el objeto de la historia:

La historia es una ciencia. Su objeto está netamente definido al igual que el de cualquier otra ciencia. Este objeto es el hombre, no el hombre físico, que es el tema de la fisiología, no la vida interna del hombre ni los movimientos de la conciencia, que es el tema de la filosofía, sino el hombre vivo en sociedad, el hombre trabajando, el hombre que actúa y hace obra de hombre. El hombre funda las sociedades, los Estados; él se otorga sus propias leyes; él crea las religiones, él hace la guerra, el concluye los tratados de paz; él desarrolla su lenguaje y se hace una literatura; todo esto es obra humana y pertenece a la historia.¹⁴⁹

La actividad intelectual del historiador se ubica entre el Segundo Imperio y la Tercera República. En 1858, con 28 años auestas, sostuvo sus dos Tesis de Doctorado, *Quid Vestae cultus in institutis veterum privatis publicisque valuerit*, y *Polybe ou la Grèce conquise par les Romains*, en cuyos trabajos las cualidades distintivas de su formación aparecen con fuerza. Su minucioso conocimiento del griego y el latín le permitió una profunda comprensión de las instituciones antiguas, además de una portentosa erudición que sería ampliamente reconocida.

¹⁴⁴ COULANGES, Fustel, “L’histoire n’est pas une narration”, en HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l’histoire*, *Op. cit.* p. 370.

¹⁴⁵ “Cuidémonos de no quitarle a nuestra ciencia su parte de poesía”, decía Marc Bloch, señalando que a pesar de ello, “sería una increíble tontería creer que por semejante atractivo sobre la sensibilidad, es menos capaz de satisfacer nuestra inteligencia”, BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 125.

¹⁴⁶ COULANGES, Fustel, “L’histoire n’est pas une narration”, *Op. cit.* p. 371

¹⁴⁷ *Ibid.*, p. 370.

¹⁴⁸ COULANGES, Fustel, “Voir le vrai, voilà le difficile”, en HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l’histoire*, *Op. cit.* p. 373.

¹⁴⁹ COULANGES, Fustel, “Faire œuvre d’historien”, en HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l’histoire*, *Op. cit.* p. 374. En el mismo sentido, Marc Bloch definió este objeto de la historia en el tono siguiente: “hace mucho que nuestros grandes antepasados, un Michelet, un Fustel de Coulanges, nos enseñaron a reconocerlo: el objeto de la historia es, por naturaleza, el hombre. Mejor dicho: los hombres. Más que el singular que favorece la abstracción, a una ciencia de lo diverso le conviene el plural, modo gramatical de la relatividad”. BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 138.

Inclusive, él mismo “se ufanaba de ser el único hombre que había leído los textos latinos desde el s. VI a.C. hasta el X de nuestra era”.¹⁵⁰

Escrita en latín, de acuerdo con las normas de la época, en la primera tesis dedicada a Vesta, la diosa del hogar que representaba el núcleo de la religión doméstica y familiar, y era considerada por Fustel como la primera fase del desarrollo civilizado de todos los pueblos arios (tesis que muchos años después sería estudiada por Benveniste o Dumézil), “se encuentra en resumen”, según Paul Guiraud, “toda *La Ciudad antigua*”,¹⁵¹ mientras que la segunda tesis, como indicó Arnaldo Momigliano, tan sólo “presagiaba su comienzo”.¹⁵² En la época en que fue profesor en la Facultad de Letras de Estrasburgo (1860-1870), a la que Fustel llegó con “el proyecto de abarcar toda la historia”,¹⁵³ él escribió, en tan sólo 9 meses (de noviembre de 1862 a julio de 1863¹⁵⁴), una de las obras más importantes de la historiografía francesa del siglo XIX, *La Cité antique*, que aparecería publicada en el año de 1864.

En las primeras páginas de la *Ciudad antigua*, Fustel expone las tesis centrales de la investigación y el método de la misma:

La comparación de las leyes con las creencias demuestra que una religión primitiva constituyó la familia griega y romana, estableció el matrimonio y la autoridad paterna, determinó los grados de parentesco y consagró el derecho de propiedad y el de la herencia, y después de haber ensanchado y extendido la familia, formó una asociación mayor, la *ciudad*, en que dominó como en la familia. De la religión partieron todas las instituciones, así como todo el derecho privado de

¹⁵⁰ GARCÍA GUAL, Carlos, “Prólogo” a COULANGES, Fustel, *La Ciudad antigua*, *Op. cit.*, p. 15.

¹⁵¹ GUIRAUD, Paul, *Fustel de Coulanges*, *Op. cit.*, p. 12.

¹⁵² MOMIGLIANO, Arnaldo, “La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges”, *Op. cit.* p. 274.

¹⁵³ GUIRAUD, Paul, *Fustel de Coulanges*, *Op. cit.*, p. 17.

¹⁵⁴ *Ibid.* p. 30. De acuerdo con su biógrafo, Fustel escribió *La Cité antique* sin tener conocimiento de la obra célebre de Maine, *Ancient Law*, publicada originalmente en inglés en 1861 y traducida al francés, *Études sur l'ancien droit et la Coutume Primitive*, hasta 1874. “Se ha insinuado que él había tomado prestado tácitamente sus principales ideas de l’*Ancient droit* de Sumner Maine [sin embargo] Fustel habría sido incapaz de leerlo en el idioma original” *Ibid.*, p. 37, n. 1. A propósito, Guiraud dice en defensa de su maestro: “Si hay en las obras de sus antecesores algunas indicaciones esparcidas que pudieron haber sido utilizadas, en ninguna parte se encuentra una síntesis parecida a la suya. Esta ha salido completamente de su cerebro y durante veinticinco años no ha cambiado una sola línea”, refiriéndose a la versión revisada de 1879. Como ejemplo, cita una carta del 15 de abril de 1864, donde Fustel felicitaba a M. Perrot por haber encargado la traducción al francés de un libro de Max Müller, señalándole que esta traducción ponía la obra al servicio de “todos aquellos que no sabemos inglés”. *Ibid.*, p. 37, n.1. Un rasgo característico del trabajo de Fustel, quien a pesar de estar altamente informado de la historiografía contemporánea, es que solía preferir los datos de las fuentes antes que la crítica moderna de las fuentes, con los riesgos, problemas y prejuicios que esta operación conlleva. Así, él decía: “Entonces resolví no tener más maestros sobre Grecia que los propios griegos, ni sobre Roma que los romanos mismos”, o bien: “Preferiría estar equivocado a la manera de Tito Livio antes que a la de Niebuhr; y a la manera de Gregorio de Tours antes que a la de Mr. Sohm”. MOMIGLIANO, Arnaldo, “La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges”, *Op. cit.* p. 282.

los antiguos, tomando de ella sus principios, sus reglas, sus usos y sus magistraturas. Con el tiempo, las antiguas creencias se modificaron o caducaron, y el derecho privado y las instituciones variaron con ellas, desarrollándose entonces la serie de revoluciones y transformaciones que han seguido siempre la línea de la evolución de la inteligencia.¹⁵⁵

Entendida más como ciencia que como narración, para Fustel la historia “no consiste en contar con agrado o disertar con profundidad. Ella consiste, como toda ciencia, en constatar los hechos, analizarlos, compararlos, y mostrar las relaciones entre ellos”.¹⁵⁶ Este es el método a través del cual se edifica la arquitectura de *La Ciudad antigua*. Inclusive su rival en las polémicas en torno del método histórico, Gabriel Monod, reconocería en esta obra “uno de los más ilustres, así como uno de los más arriesgados modelos del método comparativo”.¹⁵⁷

Ubicado en un observatorio que pretendía lograr el efecto del extrañamiento sobre el pasado, precisamente porque para los franceses tanto la cultura griega como la romana eran sumamente familiares y “nos acostumbra a compararnos con ellos, a juzgar su historia con la nuestra y a explicar con la suya nuestras revoluciones”, por lo que “nos cuesta trabajo considerarlos como extraños”,¹⁵⁸ la intención de Fustel era mantener la distancia entre el presente y el pasado, estudiar a los pueblos antiguos sin “pensar en nosotros”, y hacerlo “como si fuesen extraños”.¹⁵⁹ El motivo de la operación es conocer la verdad, aquilatar los cambios y las transformaciones, observar lo que se encuentra en “constante evolución”. Este es el objetivo de *La Cité antique*:

enseñar en esta obra los principios y las reglas por las que se gobernaron las sociedades griega y romana, reuniendo a los dos pueblos en un mismo estudio por entender que ambos eran ramas de una misma raza, hablaron idiomas derivados de la misma lengua, tuvieron las mismas instituciones y los mismos principios de gobierno y atravesaron una serie de revoluciones semejantes.¹⁶⁰

A través del método comparativo, griegos y romanos son considerados por el autor como ramas derivadas del mismo tronco. Todos estos pueblos pertenecen a una misma raza: indoeuropea o aria. Al estudiarla desde lejanos tiempos prehistóricos, con la intención de ubicar

¹⁵⁵ COULANGES, Fustel, *La ciudad antigua*, *Op. cit.* p. 27.

¹⁵⁶ COULANGES, Fustel, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France*. *Op. cit.* p. 32.

¹⁵⁷ Citado en HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l'histoire*, *Op. cit.* p. 103.

¹⁵⁸ COULANGES, Fustel, *La Ciudad antigua*, *Op. cit.* p. 25.

¹⁵⁹ *Ibid.* p. 26.

¹⁶⁰ *Ibid.* p. 25.

el punto del cual había partido la evolución de las instituciones y las creencias griegas y romanas, Fustel buscó sus raíces desde tiempos muy lejanos, pensando así que había llegado a los orígenes de la sociedad humana.

Situando a la religión primitiva en el centro de su análisis, las creencias sobre el alma y la muerte, el culto a los muertos, el fuego sagrado y la religión doméstica, Fustel llegó a la conclusión de que estos principios religiosos, característicos de la sociedad aria, eran comunes a todas las culturas y explicaban la evolución de las creencias, prácticas externas, leyes e instituciones domésticas y sociales de la organización antigua, rigiendo las sociedades a lo largo de siglos enteros, marcando el principio de todas sus instituciones: el matrimonio y la autoridad paterna, los grados de parentesco, el derecho de propiedad privada y el de la herencia transmitida siempre de varón en varón, la constitución de la familia, e incluso una asociación mayor, la ciudad. Profundamente convencido por estas tesis, Guiraud señaló: “El lector termina por persuadirse que la religión ha sido verdaderamente el único factor de la evolución política y social de los pueblos antiguos”.¹⁶¹

“Comparando el *Rig Veda* con Eurípides, las leyes de Manú con las XII Tablas o Iseo y Lisias”,¹⁶² Fustel de Coulanges probó que el culto a los muertos era un rasgo compartido entre los arios. En épocas pretéritas había existido una remota comunidad de creencias e instituciones comunes entre pueblos distintos: indios, griegos e itálicos, por lo que el culto a los muertos se encontraba lo mismo entre helenos, latinos y etruscos, que en los arios de la India. Todos ellos tenían exactamente las mismas creencias. Los arios del Oriente, como los del Occidente, dice Fustel, pensaron en el misterio de la muerte, en la religión de las almas de los antepasados, en la doctrina de la metempsicosis. “La religión de los muertos parece haber sido la más antigua de la raza humana, porque antes de concebirse ni de adorar a Indra o a Zeus, el hombre adoró a los muertos”.¹⁶³

¹⁶¹ *Ibid.* p. 44. Una interpretación diferente a esta visión conservadora y religiosa de la vida sociopolítica antigua, y de la obsesión anticomunista de Fustel por demostrar que jamás había existido la propiedad colectiva del suelo, pero a su vez parecida en cuanto los temas y la matriz del evolucionismo (pues se basaba en *Ancient Society*, de L.H. Morgan), es *El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado*, aparecida en 1884. La publicación de esta obra es 20 años posterior a *La Ciudad antigua*.

¹⁶² MOMIGLIANO, Arnaldo, “La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges”, *Op. cit.* p. 282.

¹⁶³ COULANGES, Fustel, *La Ciudad antigua*, *Op. cit.* p. 39.

El centro de la religión se encontraba en la casa y la tumba. Cada familia, cada hogar, debía de mantener encendido, día y noche, por siempre, un fuego sagrado. “El fuego del hogar era la providencia de la familia”, dice Fustel, sentenciando: “si el fuego se apagaba, dejaba de existir un dios”.¹⁶⁴ Es más, no debería dejar de arder constantemente el fuego en el altar, sino hasta el día en que toda la familia hubiese perecido: “hogar extinguido y familia extinguida, eran palabras sinónimas para los antiguos”.¹⁶⁵ Según Fustel, al tener la misma antigüedad, al encontrarse estrechamente unidos, tanto el culto a los muertos como el del fuego sagrado constituían la misma religión. El hogar doméstico no fue en su origen más que el símbolo del antiguo culto a los muertos, el lugar donde se encendía el fuego sagrado en honor suyo, pues este fuego representaba la prolongación de su vida. Esta es la característica del carácter doméstico de la religión antigua: cada dios pertenecía a una tribu y hasta a una familia. Si los ritos se practicaban adecuadamente, los muertos podían ser bienhechores y protectores de los hombres.

Este principio de la religión, la adoración de los muertos como si fuesen dioses, al estar presente en casi todas las sociedades humanas, entre los chinos, los escitas, “las hordas salvajes” de África y las del Nuevo Mundo, se explica porque la religión no residía en los templos, sino en la casa, en el hogar. Los dioses de cada una de ellas no eran más que los muertos de las propias familias. Cada uno de ellos protegía a esa familia y no era dios más que de esa casa. A partir de una idea evolucionista, Fustel suponía que estas “creencias nacieron espontáneamente en el espíritu humano, tuvieron su cuna en la familia y que cada familia formó a sus dioses de acuerdo con su imaginación”.¹⁶⁶

El culto al fuego sagrado, presente tanto en Grecia o Roma como en Oriente, era el vestigio o la ‘supervivencia’ de una religión más antigua, la del hogar, cuya creencia se transformó en otras religiones diferentes, aunque todas ellas con la misma matriz originaria, lo cual explicaba cómo la desaparición paulatina de las creencias en torno de un mismo principio religioso, cómo incluso la aparición de nuevos dioses como Brahma, Zeus o Jano, había dejado tras de sí una secuela de usos, ritos y fórmulas comunes a todas las religiones. Esta era la prueba, según decía Fustel, de que si es necesario “el transcurso de mucho tiempo para que

¹⁶⁴ *Ibid.* p. 41.

¹⁶⁵ *Ibid.* p. 40.

¹⁶⁶ *Ibid.* p. 50.

cambien las creencias humanas, se necesita mucho más para que se modifiquen las prácticas externas y las leyes”.¹⁶⁷ De acuerdo con este análisis, la existencia común de este antiguo culto primitivo en todos los pueblos indo-europeos, representa

La gran prueba de la antigüedad de estas creencias y estas prácticas es que se las halla a la vez entre los habitantes de las orillas del Mediterráneo y los de la península indostánica. Indudablemente, los griegos no tomaron esta religión de los indios, ni éstos de aquéllos; pero griegos, italianos e indios pertenecían a una misma raza; y sus antepasados, en una época remotísima, habían vivido juntos en el Asia Central. Allí fue donde nacieron estas creencias y se establecieron los ritos. La religión del fuego sagrado data, por tanto, de una época lejana y misteriosa en que aún no había griegos, italianos ni indios, y sí sólo arios. Cuando las tribus se separasen unas de otras, llevarían consigo este culto, las unas a las riberas del Ganges, las otras a las costas del Mediterráneo. Más tarde, de estas tribus separadas y que no conservaron relaciones, unas adorarían a Brahma, otras a Zeus y Jano; cada grupo formaría sus dioses; pero todas conservaron como un antiguo legado la religión primitiva que concibieron y practicaron en la cuna común de su raza.¹⁶⁸

Estas son las claves del método comparativo en Fustel de Coulanges, próximo al de los evolucionistas británicos (quizá sobre todo Tylor y Maine), que además deja de lado el tema de las correspondencias y los préstamos, pero desarrollado en el terreno de la historia. Para el historiador, interesado en Grecia y Roma, pero sobre todo en la *ciudad* antigua, la explicación de las *similitudes* de las leyes comparadas con las creencias, es la demostración de la existencia pretérita de una religión ‘primitiva’ que constituyó el andamiaje completo de una organización mayor: la ciudad, derivada de una serie de mutaciones de la familia y de los principios religiosos.

Como Momigliano ha observado, al estar indisolublemente conectados, el culto a los muertos, la familia y el derecho de propiedad privada, los tres eran conceptos que tenían el mismo origen. Moviéndose paulatinamente a lo largo de los siglos, los cambios en uno u otro dieron forma a lo que Fustel denominó *La Ciudad antigua*. El culto a los muertos se dirigió hacia la naturaleza, los dioses naturales. La *gens* original, y por consiguiente la familia, adoptó en Grecia el nombre de *phratría*, y el de *curia*, en Roma. El nuevo tipo de divinidad fue el estímulo que propició una serie de asociaciones que no son más que el desarrollo de la organización del Estado: de las varias *gentes* en *curiae*, de las varias *curiae* en tribus, y de las

¹⁶⁷ *Ibid.* p. 37.

¹⁶⁸ *Ibid.* p. 43.

tribus en ciudades.¹⁶⁹

Sobre el modelo antiguo de la *gens*, basándose en una prehistórica religión común y reconociendo el derecho a la propiedad privada, salvaguardada a través de toda la evolución del mundo antiguo por esta religión, se construyó la ciudad, momento último de la evolución de la organización del Estado. Sin embargo, más temprano o más tarde (con la conquista romana y el advenimiento del cristianismo) la evolución se alteró, desatando con ello una serie de contradicciones que fueron insalvables, pues la ciudad permitió el rompimiento de las partes que le habían dado forma orgánica.

Así, el proceso de disolución de la primitiva ciudad basada en la *gens*, fue también el de la disolución de la *gens* en familias, lo cual desató la desaparición del derecho de primogenitura, socavó la clientela, oscilando la política entre ricos y pobres, entre el triunfo de la tiranía, la aristocracia, la democracia, o el hundimiento ritmado de todas ellas. Finalmente, con la falta de la sanción religiosa, ni la política ni la propiedad fueron respetadas. Todo lo que había emanado de la religión: fiestas, ceremonias del culto, leyes, fórmulas sagradas, reyes, magistrados, sacerdotes o incluso el principio de asociación humana, el gobierno, la religión y el derecho, que eran las partes fundamentales del régimen político creado por Grecia y Roma, se había arruinado, marcando el fin de la sociedad antigua.

En la base de este análisis se encuentra la 'religión primitiva', propia de los pueblos arios, de la cual habían partido no sólo ritos y creencias, sino todas las instituciones que estarían presentes en las antiguas Grecia y Roma. Pertenecientes al mismo tronco, a la misma raza aria o indoeuropea, tanto en Occidente como en Oriente antiguos, este principio religioso común a todas las culturas fue el punto del cual partió toda la evolución posterior. Así, aun cuando las creencias religiosas separaban a las culturas, sea a partir de dioses como Brahma, Zeus o Jano, creencias que las hacían *diferentes* unas de otras, las prácticas externas y las leyes, los usos, ritos y fórmulas religiosas eran sin embargo *comunes*, precisamente porque habían derivado del *mismo tronco*. Griegos, italianos e indios, dice Fustel, coexistieron antiguamente en el Asia Central, justo donde nacieron las creencias religiosas antiguas sobre

¹⁶⁹ MOMIGLIANO, Arnaldo, "La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges", *Op. cit.* p. 280.

el culto a los muertos o el fuego sagrado, y se establecieron los ritos de todas ellas.

A pesar de que la evolución histórica separó a las antiguas tribus, todas llevarían por siglos el mismo culto, sea a las riberas del Ganges, sea a las costas del Mediterráneo. A pesar de que unas adorarían a Brahma, otras a Zeus y otras a Juno, dioses particulares y representativos de las formas superiores de la vida religiosa de cada una de las civilizaciones, todas ellas conservaron el vestigio de la misma 'religión primitiva', a partir de la cual evolucionaron estos dioses de la naturaleza, así como la organización social y política que en conjunto darían forma a la ciudad antigua.

Ubicado entre la historia, la sociología y la antropología, el método comparativo de Fustel de Coulanges, cuya obra entera "rezuma evolucionismo", como decía Marc Bloch, guarda estrecha relación con el precepto antropológico de la 'unidad' de la especie humana a través de la existencia pretérita de un origen común, que en el caso de Fustel era la 'religión primitiva': "Hay que suponer que estas creencias nacieron espontáneamente en el espíritu humano",¹⁷⁰ como él decía a propósito del culto a los muertos y la adoración del fuego sagrado, principios articuladores de las *similitudes* religiosas del mundo antiguo, que al evolucionar o constituirse en 'supervivencias' mostraron *diferencias* explicadas a través de un origen común: el tronco indoeuropeo, origen y punto de partida de la evolución histórica.

"Su método había sido el método comparativo",¹⁷¹ pero este método, de acuerdo con su alumno Gustave Glotz, autor de *La Ciudad griega*, quien le reprochó "la timidez" en su utilización, o su "empleo restringido", adquiere el valor de todo un acontecimiento intelectual, pues "en la época en que apareció *La Ciudad antigua*, nadie, desde Montesquieu, lo había manejado con tal maestría".¹⁷² Arnaldo Momigliano, quien reprochó con razón esta lectura "básicamente conservadora y religiosa de la vida política" de *La Ciudad antigua*,¹⁷³ ha estudiado las implicaciones historiográficas del método comparativo en Fustel, continuador de

¹⁷⁰ *Supra*, nota 166.

¹⁷¹ MOMIGLIANO, Arnaldo, "La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges", *Op. cit.* p. 282.

¹⁷² GLOTZ, Gustave, *La ciudad griega*, *Op. cit.* p. 3. Al respecto, Guiraud escribió: "Tal es, en resumen, el sistema desarrollado en la *Ciudad antigua*. Ahí tenemos una suerte de *El Espíritu de las Leyes*, restringido a las sociedades antiguas y concebido además a partir de un método mucho más científico". GUIRAUD, Paul, *Fustel de Coulanges*, *Op. cit.* p. 37.

¹⁷³ MOMIGLIANO, Arnaldo, "La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges", *Op. cit.* p. 274.

Montesquieu y precursor de otros más, en forma inmejorable:

Con la misma claridad puede hacerse remontar a Fustel la otra característica principal: el método comparativo. Basta con abrir las páginas introductorias de la *Solidarité de la famille* de Glotz para ver que está atrapado en una discusión entre juristas sobre los respectivos méritos del método comparativo y el método histórico. Para la época de Glotz esta discusión circulaba por toda Europa. En Italia, por ejemplo, penetró con la traducción de P. Bonfante y C. Longo (1906) de *Grundrisse der ethnologischen Jurisprudenz* de A.H. Post (1894-1895). Pero se originó con *Ancient Law* (1861) de H.S. Maine en Inglaterra y con *La cité Antique* de Fustel en Francia (1864); y es bien sabido que Fustel escribía sin tener noticia de Maine. En Francia la primera aplicación del método comparativo al estudio del derecho antiguo fue la de Fustel. Después, la conciencia de los juristas franceses en cuanto al valor del método comparativo se enriqueció gracias a la teorización de ese método por parte de un discípulo de Fustel que siguió un camino propio: Émile Durkheim. Ya en Glotz, y más visiblemente en Gernet, la influencia de Fustel era inseparable de la de Durkheim, al menos en el sentido de que éste interpretó y generalizó el sistema de observación de hechos sociales.¹⁷⁴

Ubicado en este momento de convergencia de las ciencias del hombre, el caso de Fustel de Coulanges es sintomático de la coyuntura que en el último tercio del siglo XIX propició una serie de investigaciones elaboradas a través del recurso al método comparativo. “De todos los elogios que se pueden hacer a la obra de Fustel”, ha señalado Marc Bloch al tratar de definir el lugar específico en el cual radica la “genialidad” de este historiador, quizá “el más hermoso consista en afirmar que si ésta no hubiera existido nunca habríamos podido llegar a escribir la historia de Francia en la manera en que actualmente lo hacemos”.¹⁷⁵

No obstante, al igual que aprendió de los antropólogos (vía Frazer), o de las lecciones del historiador Fustel de Coulanges (cuya *posición* en el campo de la historiografía francesa sería fundamental en la red de transferencias del método comparativo), varias fueron las ‘influencias’ que llegaron a Marc Bloch, quien las volvió a procesar para su propia formulación del método comparativo en la historia. Y éste es el caso de uno de los historiadores más influyentes de la Europa de su tiempo, quien fue Rector de la Universidad de Gante, Secretario de la Comisión Royale d’Histoire de Belgique, Presidente de la Union Académique Internationale y del Comité International des Sciences Historiques, además de haber sido maestro de una pléyade de historiadores británicos, holandeses o norteamericanos, pero sobre

¹⁷⁴ *Ibid*, p. 272. Por su método, Fustel es “el eslabón intelectual entre Condorcet, Saint-Simon, Comte, y Durkheim y Mauss. Sus obras son clásicas para historiadores, juristas, y sociólogos”, GARCÍA GUAL, Carlos, “Nota biográfica”, en COULANGES, Fustel, *La Ciudad antigua*, *Op. cit.* p. 22.

¹⁷⁵ BLOCH, Marc, “Fustel de Coulanges, historiador de los orígenes de Francia”, *Op. cit.* p. 252.

todo belgas (Guillaume Des Marez, Joseph Cuvelier, Hubert van Houtte, H. Van Werveke, F. Vercauteren o François Ganshof) y franceses (Lucien Febvre, Marc Bloch, e incluso Fernand Braudel), al igual que inspiración para la revista *Annales*: Henri Pirenne.

Nacido en Bélgica en el año de 1862, Pirenne se formó como historiador, siendo alumno del historiador medievalista Godefroid Kurth, en la Universidad de Lieja, y completó su formación lo mismo en París (entre 1884-1885: l'École des Chartes y l'École Pratique des Hautes Études, donde estudió con Arthur Giry, Marcel Thévenin y su admirado Gabriel Monod, o escuchando a Fustel en la Sorbona), que en Leipzig y Berlín (1883-1884). El 'viaje a Alemania', obligado en la formación de los historiadores deseosos de estudiar el prestigiado método histórico alemán, representado por Ranke (maestro de la 'escuela de Berlín'), pero también por Droysen (maestro de la 'escuela de Prusia'), o de aprender también la historia 'a la alemana', le permitió seguir las lecciones del paleógrafo Wilhelm Arndt, el diplomata Harry Bresslau y del historiador económico Gustave von Schmoller, haciendo amistad con Karl Lamprecht (1856-1915), célebre historiador medievalista, innovador y crítico de la 'politische geschichte' de su época, a quien intelectualmente tanto respetó y admiró.¹⁷⁶

Esta condición de proximidad con la ciencia histórica alemana, —que nunca fue incondicional, sobre todo después de la Primera Guerra mundial, en la que perdió a uno de sus hijos, quien se había enrolado voluntariamente al ejército belga, siendo él mismo deportado y hecho prisionero en Alemania durante dos años y medio—, haría de Pirenne, cuya obra fue publicada regularmente en Alemania, “el más importante intermediario entre la historiografía social alemana y la francesa”.¹⁷⁷

¹⁷⁶ GENICOT, L., “Pirenne, Henri, 1862-1935”, en BURGUIÈRE, André, (Dir.), *Diccionario de Ciencias Históricas, Op. cit.* p. 536; “Chronologie d’Henri Pirenne”, en *Henri Pirenne, hommages et souvenirs*, t.1, Bruxelles, Nouvelle société d’édition, 1938, pp. 131-143. (Disponible en el sitio La Digithèque Henri Pirenne, des Bibliothèques de l’Université Libre de Bruxelles) Sobre la relación entre Pirenne y Lamprecht, véase LYON, Bryce, “The letters of Henri Pirenne to Karl Lamprecht (1894-1915)”, en *Bulletin de la Commission Royale d’Histoire*, T. CXXXII, 1966, pp. 161-231.

¹⁷⁷ IGGERS, Georg, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Trad. Clemens Bieg, Presentación, adaptación y revisión científica de Fernando Sánchez Marcos, Barcelona: Idea Books, 1998, p. 39. Gracias a los dos semestres de estudio en Leipzig y Berlín, entre 1908 y 1909, Marc Bloch conoció la *Vierteljahrschrift für Sozial und Wirtschaftsgeschichte*, fundada en 1877 por Otto von Below, que años después sería una de las revistas inspiradoras de *Annales* (aun cuando debía precisamente sustituirla por ella, a modo de una “contraofensiva” intelectual francesa), además de conocer las obras de August Meitzen, Gustave von Schmoller, Georg von Below, Karl Lamprecht y del propio Henri Pirenne. Así, este papel de “intermediario” entre una y otra historiografía también sería ocupado por Bloch, quien además de escribir en *Annales* sobre este tema, fue el responsable del “Boletín de Historia de Alemania. Edad Media”, publicado anualmente entre 1928 y

Siendo profesor en la Universidad de Gante, desde 1886 Pirenne comenzó con un arduo trabajo caracterizado por la crítica histórica, la lectura de los testimonios, la concepción científica de la historia, el papel central de la erudición en el oficio del historiador,¹⁷⁸ pero también el lugar de las preguntas, las hipótesis, las operaciones metodológicas y la síntesis histórica, que permitían captar tanto las diversas facetas del pasado como también el presente. “Aprehender lo vivo”, captar todas las acciones de los hombres en su dimensión concreta, al igual que en los fenómenos colectivos de los cuales forman parte, “es la principal cualidad del historiador”.¹⁷⁹

Lejos de ser una frase de ocasión, la anécdota revela la existencia de un problema metodológico al situar la tarea del historiador en las coordenadas del tiempo presente. A diferencia del físico, químico o astrónomo, la tarea del historiador es otra. Su campo de saber es una ciencia como las demás, pero a diferencia de ellas no es una ciencia “pura”, como decía Fustel de Coulanges, tan influido por el determinismo científico de su época. Si el trabajo del historiador es encontrar la verdad, esta búsqueda no implica la represión absoluta de la sensibilidad del historiador, como lo establecían los postulados del historicismo clásico alemán o los de la escuela metódica francesa. Así, tanto para el historiador como para la ciencia histórica y la misma escritura de la historia, en 1897 el problema es otro, ha adquirido un carácter ‘subjetivo’:

En lugar de encontrarse fuera de la sociedad su tema de estudio es la sociedad misma. Él debe comprender y narrar acontecimientos que son obra de hombres como él, de pueblos como aquél al cual pertenece. Por imparcial que trate de ser, por distanciado que se encuentre de las

1938 en las páginas de *La Revue Historique*, fundada por Gabriel Monod en 1876 y dirigida posteriormente por Christian Pfister, uno de los maestros de Bloch en la ENS. Sobre la importancia de la estancia alemana en Bloch, TOUBERT, Pierre, “Prefacio a *Les caractères originaux de l’histoire rurale française* de Marc Bloch”, en *Argumentos*, núm. 26, Trad. Gabriela Contreras Pérez, (Dossier: *Marc Bloch, 1886-1944*), Año 10, UAM-X, México, 1997, pp. 59-90; WERNER, Karl Ferdinand, “Marc Bloch et la recherche historique allemande”, en ATSMÁ, Harmut y André BURGUIÈRE (Comps.), *Marc Bloch, aujourd’hui*, *Op. cit.* pp. 125-134; SCHÖTTLER, Peter, “Redes de historiadores franceses y alemanes: el caso de los primeros *Annales*”, en CHARLE, Christophe, SCHRIEWER, Jürgen y Peter WAGNER, (Comps.), *Redes intelectuales transnacionales*, *Op. cit.* pp. 101-118; y SCHÖTTLER, Peter, “Il “paradigma delle Annales” e la storiografia tedesca (1929-1939). Un trasferimento di scienza tra Germania e Francia?”, en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, núm 1-2, año XIV, Roma, 1993, pp. 43-65.

¹⁷⁸ Él consideraba, sin embargo, que “esa crítica histórica, o si se quiere, la *historia-erudición*, no es toda la historia. Porque esa crítica no es algo que sea un fin en sí mismo, no se agota en sí misma”. PIRENNE, Henri, “Una polémica histórica en Alemania”, en *Contrahistorias*, núm. 2, *Op. cit.* p. 7.

¹⁷⁹ “Si fuera anticuario, no tendría ojos más que para las cosas antiguas”, dijo Pirenne a un asombrado Marc Bloch, “pero soy historiador, por eso amo la vida”. BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 155.

pasiones religiosas, políticas o nacionales de sus contemporáneos, ¿no es todavía evidente que la objetividad absoluta es algo imposible para él? Haga lo que haga, en efecto, él se encuentra condicionado por el ánimo colectivo de su época. Por fuerte que sea su propia individualidad no puede escapar al ambiente social que lo circunda. Así que en su obra se expresa necesariamente su época. Su manera de considerar el pasado le es impuesta por su propio tiempo.¹⁸⁰

Desde esta perspectiva, la visión de la historia y del oficio del historiador adquiere la tonalidad de su propia época. Ambos están impregnados y regulados por los movimientos que circulan en torno suyo. Si el historiador escribe la historia al estar circunscrito a un medio, y “está dominado inconscientemente por las ideas religiosas, filosóficas y políticas que circulan en torno de él”,¹⁸¹ la concepción histórica que de ello resulta obedece también al mismo criterio. Así, al estar ubicado en el momento de emergencia de diversas ciencias que coexistían en franca tensión, Pirenne consideraba que el objeto de estudio de los historiadores era el “desarrollo de las sociedades humanas en el espacio y en el tiempo”, cuya transformación había sido el resultado de innumerables acciones individuales, sólo si éstas se relacionaban con movimientos colectivos.

“La historia es así aliada de la sociología y de la psicología pero al mismo tiempo se diferencia de ellas”, aunque éstas “se distinguen claramente de aquella tanto por sus campos de interés como por sus métodos”.¹⁸² La sociología permite al historiador “esclarecer debajo de la diversidad de los desarrollos nacionales, los caracteres comunes del desarrollo general”,¹⁸³ por lo cual, ésta “es una ciencia emparentada con la historia”, aunque el historiador no debe confundirla con su propia ciencia, ya que “puede indicarle al historiador puntos de vista, pero no

¹⁸⁰ PIRENNE, Henri, “Una polémica histórica en Alemania”, en *Contrahistorias* núm 2, *Op. cit.* p.8.

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 9.

¹⁸² PIRENNE, Henri, “¿Qué están tratando de hacer los historiadores?”, Trad. Alicia Eguiluz, en *Eslabones. Revista Semestral de Estudios Regionales*, núm. 7, (Dossier: *Ecos de la historiografía francesa en América Latina*), México, enero-junio 1997, pp. XXII y XXIII.

¹⁸³ PIRENNE, Henri, “De la méthode comparative en histoire”, en G. DES MAREZ y F.L. GANSHOF, *Compte rendu du V Congrès International des Sciences Historiques*, Alemania: Krauss Reprint, 1972, p. 27. Al estar presente en este Congreso, Febvre escribió a propósito de esta conferencia de Pirenne: “Es necesario recordar un hecho común: esto que el hombre, quien con el más amplio vigor y autoridad proclamaba no hace mucho tiempo, las virtudes del *Método comparativo en historia*, este hombre, precisamente, es el autor de una historia nacional, de esta *Historia de Bélgica* en la cual Henri Pirenne ha escrito el capítulo más rico de una historia europea todavía por hacerse. (...) ¿Plan horizontal o bien plan vertical? (...) ¿Horizontalidad o verticalidad? Ambas. La ampliación en el espacio, la extensión en el tiempo. He aquí lo que exige el empleo de este método comparativo en el cual Henri Pirenne podría, con tanta clarividencia y espíritu crítico, definir su espíritu y proponer su uso”. FEBVRE, Lucien, *Combats pour l'histoire*, [1952] Armand Colin, París, 1992, pp. 136, 368 y 369.

puede imponerle su propio método”.¹⁸⁴

En una clara manifestación del esfuerzo de síntesis que debía hacer el historiador; en un claro interés por el estudio de los métodos que permitían captar realidades de orden global, más allá de la sola preocupación por el método crítico, la erudición y el ‘espíritu de especialización’, que en su época representaban toda una concepción de la historia y del oficio de los historiadores, Pirenne consideraba que la historia tenía como objeto a “todos” los fenómenos históricos, pero esta ‘totalidad’ no era el estudio temático de la historia universal, el campo más ‘grande’ al que puede dedicarse un historiador, sino a concebir a la historia de las sociedades como “un todo”: “el concepto histórico necesariamente implica al concepto universal histórico”.¹⁸⁵

De este modo, “el ideal de la unidad de la ciencia”,¹⁸⁶ adquiere en Pirenne una especie de precondition del oficio de historiador. Este ideal, de acuerdo con la idea de que el trabajo del historiador implicaba la doble tarea de establecer los hechos históricos, tan sólo perceptibles “por los vestigios que han dejado”, o por los “fragmentos del pasado” que han sobrevivido durante la marcha de las sociedades humanas, para después utilizarlos en una operación intelectual que correspondía a la unidad de la ciencia de la historia: la síntesis.

Dos concepciones, dos filiaciones de la historia se encuentran aquí reunidas, a modo de una simbiosis que representa un momento de transformación intelectual. Por un lado, conocer el origen del documento, establecer la fecha exacta en la que fue creado, determinar el grado de autenticidad del mismo, convocar a las ‘ciencias auxiliares de la historia’ (epigrafía, diplomática, paleografía, arqueología, numismática, heráldica), para las diversas aplicaciones de la crítica histórica. En apego a la probidad intelectual que constituye una página importante de la historiografía del siglo XIX, la tarea del historiador es encontrar ‘la verdad’ en los testimonios: los ‘textos’, los testimonios escritos, por supuesto; pero también “todos los datos disponibles en su tiempo”: “el vocabulario de las lenguas muertas o vivas, nombres de lugares,

¹⁸⁴ PIRENNE, Henri, “De la méthode comparative en histoire”, *Op. cit.* p. 28.

¹⁸⁵ PIRENNE, Henri, “¿Qué están tratando de hacer los historiadores?”, *Op. cit.* p. XXIII.

¹⁸⁶ *Ibid.* p. XXIII.

de costumbres, tradiciones populares, vestidos, supersticiones y creencias religiosas”.¹⁸⁷

Sin embargo, la diversidad de los testimonios no corresponde a una especie de cruzada en la que el historiador se enfrasca para hallar la verdad depositada en las fuentes, en los documentos que yacen tranquilamente a la espera de ser descubiertos, haciendo irradiar el pasado en el presente. “El grueso de los materiales de la ciencia”, según señala Pirenne, “aumenta en proporción al progreso de la crítica”,¹⁸⁸ pero también a la marcha de las preguntas, las hipótesis, la síntesis. Uno y otro movimiento corren en la misma dirección. “Para que la historia progrese, el desarrollo paralelo de la síntesis y de las fuentes es indispensable”,¹⁸⁹ considera Pirenne acerca de esta profunda relación.

Sin la crítica la síntesis sería únicamente un juego estéril de la imaginación y la crítica sería meramente erudición muerta si no aumentara continuamente el ámbito de su investigación abriendo nuevos caminos a los problemas que plantea y las conjeturas a las que da vida.¹⁹⁰

La exploración paralela de ambas sendas transformó las dimensiones del campo de la historia, haciendo que a la luz de los archivos originados en Creta, Siria, Babilonia y Egipto, los investigadores hayan descubierto nuevas pistas para su comprensión. “Sólo hasta hoy hemos comenzado a descubrir el Oriente”, dice Pirenne a propósito de la transformación de la historia antigua, cuyas civilizaciones “aparecen hoy como resultado de contactos e interpenetración entre diferentes civilizaciones”.¹⁹¹ ¿Este es el punto de partida del método comparativo en la historia, de acuerdo con la manera en la que éste último era entendido por Pirenne?, ¿a qué condiciones de la coyuntura refiere esta idea de la historia comparativa?, ¿cuál es el impacto que tuvo esta concepción en la obra de Bloch?

¹⁸⁷ *Ibid.*, p. XXVII.

¹⁸⁸ *Ibid.*, p. XXVII. Para ello, además de identificar el documento, también es necesario aquilatar su valor, interrogando al testigo y las circunstancias que rodearon la colección de su evidencia: “extraer de sus palabras lo que de verdad existió en ellas” (p. XXVI). Esta crítica que se dirige no sólo al testimonio, sino también al testigo, tiempo después fue abordada también por Marc Bloch, en su *Apología para la historia*, quien decía: “Pero si bien existen testigos más o menos dudosos o seguros, la experiencia prueba que no existen testigos cuyo decir sea fidedigno acerca de todos los temas y en todas las circunstancias”, (p. 204.) El cansancio, la emoción o el grado de atención del testigo, pueden provocar errores en el testimonio. Por ello, la “psicología del testimonio” (p. 203) explora tanto al testimonio, sean voluntarios y sobre todo si son involuntarios, como al testigo. Según la concepción de la historia en Bloch, cuyo trabajo se parece al ‘Ogro de la leyenda’, esta crítica, más allá de encontrar la verdad, el error o la mentira, busca penetrar en “la mente del creador del testimonio”, busca descubrir “al impostor detrás de la impostura”, es decir, busca sobre todo al hombre.

¹⁸⁹ PIRENNE, Henri, “¿Qué están tratando de hacer los historiadores?”, *Op. cit.* p. XXX.

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. XXX.

¹⁹¹ *Ibid.*, p. XXXI.

“Si fuese necesario llegar a definir a Pirenne a cualquier coste, simplemente diría que es un historiador integral”, decía Marc Bloch, señalando que esta obra representaba “uno de los más indispensables alimentos intelectuales que se ofrecen a toda cultura histórica digna de dicho nombre”.¹⁹² Con estas palabras, él expresaba en 1932 su beneplácito por la aparición, tan sólo un año antes, del VII y último volumen de la *Histoire de Belgique*, iniciada desde 1894, cuyo primer volumen había aparecido justo al comienzo del siglo XX. Fueron varias décadas de trabajo para su autor, sacudidas por una “serie de angustias públicas”, así como por un conjunto de “aflicciones más íntimas y personales”, problemas pese a los cuales esta obra pudo ser concluida, siendo la “obra maestra” de su autor y “un magnífico ejemplo de historia comparada”.¹⁹³

El itinerario intelectual de Marc Bloch se desarrolla, —al igual que el de Lucien Febvre— muy cerca del proyecto de Pirenne, dialogando con él, leyendo y discutiendo sus escritos, manteniendo una rica correspondencia epistolar y participando en el proyecto de la revista *Annales*.¹⁹⁴ “Antes de Bloch, por supuesto, se encuentra Pirenne”, decía Braudel en 1972, quien agregaba: “todos tenemos nuestros precursores”.¹⁹⁵ Pero, ¿por qué es él un

¹⁹² BLOCH, Marc, “Henri Pirenne, historiador de Bélgica”, en *Historia e historiadores Op. cit* pp. 291 y 294. La versión original, “Henri Pirenne, l’histoire de la Belgique (7e. tome)”, fue publicada en *Annales d’Histoire Économique et Sociale*, núm. 17. Año 4, 1932, pp. 478-481. A propósito, la carta de Bloch a Pirenne (20/II/1932, donde definió esta historia como una “historia total”, o de “la historia humana”) y la de Febvre a Pirenne (8/II/1932, quien a su vez la describió como “un acto nacional”, pero también “un acto de la inteligencia y de alta enseñanza”), véase Bryce y Mary LYON (Eds.), *The birth of Annales history: the letters of Lucien Febvre and Marc Bloch to Henri Pirenne (1921-1935)*, Commission Royale d’Histoire, Bruselas, 1991, pp. 139-140 y 137-138.

¹⁹³ *Ibid* pp. 290 y 291. La admiración que Bloch tenía por Pirenne fue en verdad excepcional. En 1933 apareció publicado un libro de síntesis, cuyo título en español fue *Historia económica y social de la Edad Media*, [1933] Prefacio, anexo bibliográfico y crítico de H. Van Werveke. FCE, México, 16ª reimp., 1980. (1ª ed., en español, 1939). A propósito de ella, Bloch escribió: “¿Es necesario repetir el valor de las cualidades que hacen de cada una de las obras del gran sabio belga, desde su aparición, en el sentido propio de la palabra, un clásico de la literatura? Esas cualidades son: una información que, en este escritor encumbrado a la cima de los honores, podría, por su cuidado escrupuloso, darse como modelo a los más jóvenes aprendices; una claridad soberana; un sentido de las masas; un ímpetu, presente de los dioses, envidiado por todos los que manejan una pluma; por encima de todo, el gusto por la vida, el arte de siempre, lo que hay detrás de las cosas: develar al hombre”. Cfr. BLOCH, Marc, “Une synthèse de l’histoire économique médiévale”, en *Annales d’Histoire Économique et Sociale*, núm. 31, T. 7, 1935, p. 79. Sobre esta obra, véase también la carta de Bloch a Pirenne (8/I/1935), en Bryce y Mary LYON (Eds.), *The birth of Annales history, Op. cit.* pp. 165-166.

¹⁹⁴ El 1/III/1922, Febvre escribió a Pirenne una carta, diciéndole: “Es usted, y no puede ser alguien más que usted, el director de la revista”, *Ibid*, p. 27. Con motivo de su desaparición, Febvre escribió: “Para nosotros, Pirenne fue más que un consejero y un garante: la divinidad tutelar que nos dio, en las horas difíciles, la fuerza y la audacia para perseverar, y que nos dio, en las horas de vacilación, la fe”. FEBVRE, Lucien, “Henri Pirenne 1862-1935”, en *Annales d’Histoire Économique et Social*, núm. 35, año 7, 1935. Con este mismo propósito, Marc Bloch escribió que la obra de Pirenne era “uno de los puntos más avanzados del progreso histórico”. BLOCH, Marc, “Henri Pirenne (22 dicembre 1862-24 ottobre 1935)”, en PIRENNE, Henri, *L’Opera dello storico*, Estudio introductorio de Blanca Arcangeli, Bibliopolis, Nápoles, 1990, p. 127.

¹⁹⁵ BRAUDEL, Fernand, “Personal Testimony”, en *Journal of Modern History*, 44, 1972, pp. 448-467.

representante de la historia comparativa?, ¿cuál es el estatuto de la comparación en la obra de este historiador? En Pirenne, la necesidad de articular el análisis histórico a través de la comparación, está atravesada por la necesidad impuesta por el recalcitrante nacionalismo que imperaba en Europa, y que repercutía de manera importante en la comunidad de los historiadores. ¿Es ésta una reacción contra el nacionalismo? La explicación no es mecánica y sí, mucho más compleja.

Entre 1871 y 1914 nacieron nuevas naciones europeas: Italia, Bélgica, Alemania, Grecia, Serbia y Rumania, (caldo de cultivo de nuevos estudios que desde el método comparativo apostaban por encontrar la identidad naciente y necesaria políticamente, a diferencia de los estudios sobre la alteridad). En este período, los viejos límites políticos se transformaron; el mundo fue repartido por las potencias europeas más fuertes; la xenofobia, la exacerbación de los sentimientos surgidos por la propia aparición del Estado, eran el caldo de cultivo que hacía posible la identificación de los diversos grupos sociales con la Nación. Como efecto de ello, la construcción de un aparato de enseñanza superior moderno y democrático, y el establecimiento de la ideología republicana u oficial, propició, particularmente en Francia, pero con diversos matices, en toda Europa, la necesidad de la escritura de un pasado que glorificara el presente. “El pasado legitima”, decía Hobsbawm, “cuando el presente tiene poco que celebrar, el pasado proporciona su trasfondo más glorioso”.¹⁹⁶

Es una época en la cual la escritura de una historia se encontraba embelesada por la adoración del presente, por el amor hacia el suelo natal, el recuerdo a los antepasados, el encuentro del alma en las leyendas y en la historia; por el canto del himno nacional, el fetichismo de la bandera y los símbolos de la patria; por la identificación plena de la historia con la razón de ser del individuo, éstos valores, a juicio de Ernest Lavissee, se imponían forzosamente.¹⁹⁷ No obstante, si el Estado necesitaba imperiosamente contar con un pasado propio, si necesitaba forjarse ilustres orígenes para disfrutar de un mejor presente, aquéllos que escribían la historia podrían proporcionar un buen servicio. Si en el pasado los viejos cronistas escribían las gestas de los reyes y los personajes de la alta política, en el presente

¹⁹⁶ HOBBSAWM, Eric, “Dentro y fuera de la historia”, en *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998. p. 17.

¹⁹⁷ Citado en NORA, Pierre, “La historia de Francia de Lavissee”, en BUCHBINDER, Pablo y PAGANO, Nora (Comps.) *La historiografía francesa contemporánea*.: Biblos, Buenos Aires, 1993, pp. 19-20.

los historiadores tenían la misión de fortalecer al Estado a través de la pluma, escribiendo la memoria del poder. Entre un oficio y otro, según Nora, las necesidades eran similares, y las actividades idénticas.

Los archivos del poder diseñaban una historia del poder, los archivos del Estado prefiguraban una historia del Estado (...) La historiografía nacional positivista es hija de los viejos Estados-naciones, hija y servidora. Fundando la historia-ciencia sobre la piedra angular del documento, erigiendo la pieza de archivo en garante de la verdad y en criterio de la cientificidad, confiriéndole, en fin, la dignidad definitiva de la prueba. La generación de los “positivistas” no hacía, después de todo, más que proporcionar a la nación, democrática, burguesa y liberal, los títulos de su legitimidad y retomar, en su beneficio, la función servil y prestigiosa que habían ejercido antes, pero para los poderosos de la tierra, los feudales e historiadores del antiguo régimen.¹⁹⁸

El proceso de institucionalización de la historia viene aparejado, particularmente en Francia, Inglaterra y Alemania, al interés del Estado-Nación: ligar su destino y sus conveniencias a la historia considerada como disciplina del conocimiento. Los temas de interés son la evolución y la construcción del Estado y las relaciones diplomáticas y militares entre ellos. Héroes, batallas, episodios conmemorativos de la estabilidad nacional, acuerdos, decretos o tratados específicos de los distintos gobiernos, entre otros, son temas que se repiten en esta particular visión de la historia; caracterizada por su vocación política, por atribuir un papel protagónico a los grandes personajes de la historia, los grandes acontecimientos y la continuidad temporal, a través de la cual las más variadas etapas de la vida humana adquirirían un fin predestinado: el protagonismo del Estado. De este modo, la historia era una útil narración para educar a una juventud nacionalista, portadora de la estabilidad, el progreso y la soberanía.

Ante este panorama, es mínima la sorpresa que suscita el tono de Henri Pirenne en su célebre conferencia de 1923: “El método comparativo en historia”. En su calidad de Presidente del Comité Organizador del *V Congreso Internacional Ciencias Históricas*, celebrado en Bruselas, él reflexionaba sobre este problema del nacionalismo, radicalizado por la primera guerra mundial y sus consecuencias. En un tono que no admite dudas, advertía claramente: “la ciencia no tiene patria”.

El historiador, en efecto, no se encuentra, frente al objeto de sus estudios, en la situación de un

¹⁹⁸ *Ibid.* p. 49.

naturalista frente a la naturaleza. Su personalidad está por así decirlo en juego. ¿Cómo, si él estudia la historia de su país, podría olvidar que este país es su patria; si es la historia de su religión, que ella es la fuente de su creencia; si es la historia de su partido, que a este partido debe su fidelidad?¹⁹⁹

La preocupación de Pirenne en 1923, gira en torno del nacionalismo que ha permeado con fuerza el trabajo de los historiadores europeos. No es solamente un llamado con miras a reducir el patriotismo de las academias o de los bandos irreconciliables en distintas partes del continente, sino a traspasar esta idea de la especificidad histórica que existe entre las naciones como en los individuos.

No es conveniente, antes de juzgar la *originalidad* de una institución, por ejemplo, o de una costumbre, preguntarse si en lugar de hacer altivamente honor a un pretendido genio nacional, ¿no es necesario considerarla más bien como una supervivencia o un arcaísmo? (...) Ciertamente, sería pueril negar que las naciones modernas presentan, a quien las observa lo mismo superficialmente, *diferencias* que brotan a veces sólo hasta su *contraste*.²⁰⁰

La originalidad que emerge sólo a través del contraste, es una invitación a la comparación. La posición de Pirenne se explica por su propia experiencia como historiador. Para él, no podía escribirse la historia de Bélgica, sin que ella fuera, a su vez, una historia de Europa.²⁰¹ ¿Una historia nacional? Sí, el espacio es la geografía; pero una historia de un espacio concreto pensado más allá de las fronteras de la propia Nación. El hecho de encerrar los fenómenos históricos en categorías reificadas, fue uno de los mayores problemas que Pirenne identificó en la práctica de los historiadores. “Revelar la insuficiencia del método que consiste en tratar la historia de un pueblo desde el punto de vista del pueblo mismo”, como si

¹⁹⁹ PIRENNE, Henri, “De la méthode comparative en histoire”, *Op. cit.* p. 21.

²⁰⁰ *Ibid.* pp. 26 y 27. (Las cursivas son mías)

²⁰¹ Marc Bloch tenía el proyecto de escribir una *Historia de la sociedad francesa en el marco de la civilización europea*. En la “introducción” de la misma, intitulada: “Reflexiones para el lector curioso del método” (*Eslabones*, núm. 7, *Op. cit.* pp. XII-XXI.), fechada el 23 de septiembre de 1939, cuando él ya se había enrolado voluntariamente en el ejército francés, por lo cual de la obra tan sólo existen unas cuantas páginas (“No he pasado de la introducción” por lo que “solamente el Dios de las Armas sabe —posiblemente— qué es lo que pasará con el resto de este proyecto”). MASTROGREGORI, Massimo, “Notas”, incluidas en “Reflexiones”, p. XX), puede leerse una idea parecida a la de Pirenne, que a modo de tesis general de la investigación, en 1933 él mismo había expresado en la introducción a su libro sobre los *Caracteres originales de la historia rural francesa*: es imposible escribir una historia de Francia, sin que ésta sea, al mismo tiempo, una historia de la civilización europea. Sin embargo, esta es una opinión que Bloch había expresado de forma similar muchos años antes, en la monografía de historia regional intitulada *L'Île-de-France*, aparecida en el marco de la Colección dirigida por H. Berr, “Les Régions de la France”, y publicada en 1913 en la *Revue de Synthèse Historique*. “Un buen estudio de historia local podría”, dice Bloch, “probablemente ser definido como una pregunta de interés general planteada a los documentos de una región particular”. BLOCH, Marc, “L'Île-de-France (les Pays autour de Paris)”, en *Mélanges historiques*, Prefacio de la última edición Yann Potin y prefacio de la edición original de 1963 Ch.-Edmond Perrin.: CNRS, París, 2011, p. 786.

éste fuera “una simple manifestación local de la historia universal”.²⁰²

El abandono de los grandes movimientos de la civilización europea, en el ánimo de escribir la historia de la Nación y, más a menudo, de pequeñas localidades, átomos que no solamente pueden explicar la arquitectura de la cual son parte, sino que son inexplicables por sí mismos al haber sido desconectados de esta gran transformación universal que es la historia misma, termina asemejándola con el trabajo de los biógrafos: “La historia, es necesario señalarlo bien, cae todavía y muy a menudo en el error de los antiguos biógrafos”, dice Pirenne, pues ella “considera a los pueblos como si fueran individuos aislados. Ella habla a menudo como si cada uno de ellos fueran los únicos de su especie en el mundo y como si la civilización fuera un fenómeno de generación espontánea”.²⁰³

En ello reside para Pirenne uno de los retos del oficio de los historiadores, es decir: ir más allá de una historia nacional contemplada en sí misma, una historia de la nación desligada del movimiento conjunto de la civilización europea. Por ello, sólo a través de la comparación era posible hacer el procedimiento opuesto: armar la síntesis.

Si queremos comprender las *originalidades* y las *individualidades nacionales*, un solo procedimiento se nos ofrece a nosotros, y es el de la comparación. Por ella, en efecto, y sólo a través de ella, podemos elevarnos al *conocimiento científico*. No lo haremos jamás si nos confinamos en los límites de la historia nacional.²⁰⁴

¿Cómo armar la síntesis, cómo elevarse al conocimiento científico? Las siguientes palabras responden claramente a estos problemas:

Sólo el método comparativo puede disminuir los prejuicios raciales, políticos de nacionalidad entre los historiadores. Estos prejuicios inevitablemente entranpan a aquél que está confinado a los límites estrechos de la historia nacional, está condenado a malentender porque es incapaz de aprender los *vínculos* que lo unen a las historias de otras naciones. No es debido a *partie pris* sino que la falta de imparcialidad resulta de la insuficiente información que aqueja a tantos historiadores. Alguien que se pierda en la admiración de su propio pueblo inevitablemente exagerará su *originalidad* y le adjudicará el honor de *descubrimientos* que en realidad sólo han sido *préstamos*. Será injusto para otros porque éstos fracasarán al intentar entenderlos, y la exclusividad de su conocimiento lo expone a decepciones de los ídolos erigidos por el

²⁰² PIRENNE, Henri, “De la méthode comparative en histoire”, *Op. cit.* p. 28.

²⁰³ *Ibid.* p. 28.

²⁰⁴ *Ibid.* p. 28. (Las cursivas son mías).

sentimiento.²⁰⁵

El método comparativo permite a la historia aparecer en su perspectiva verdadera. Lo que se pensaba que era una montaña es reducida al tamaño de un montículo de topo y aquello por lo que un genio nacional fue honrado es a menudo revelado como una simple manifestación del espíritu imitativo. Pero *el punto de vista de la historia comparativa no es otro que el de la historia universal*. Consecuentemente, en la medida en que la historia es vista en la *totalidad de su desarrollo* y en que uno se acostumbra a estudiar a las historias nacionales o particulares en función de la *evolución general*, las debilidades inherentes al método histórico disminuirán. Logrará la máxima precisión que le permita su materia, cuando la meta final sea percibida claramente por sus adeptos y sea convertida en *elaboración científica de la historia universal*.²⁰⁶

¿Es suficiente explicar las razones que en estos artículos metodológicos emitió Pirenne, para concebir con mayor profundidad su propia práctica del método comparativo en la historia? El lenguaje y el estilo intentan demostrar la utilidad de la comparación, pretendiendo persuadir a los historiadores sobre los beneficios de una herramienta que puede romper los marcos del análisis histórico, atravesado completamente por el nacionalismo de su época, mas no ofrece ejemplos concretos de cómo hacer la tarea. Es en este carácter donde reside la importancia metodológica de sus ensayos: la intención de persuadir, la invitación de acoger a la comparación como una de las herramientas con mayor utilidad para el oficio de los historiadores; la posibilidad de armar obras de síntesis, en vez de obras atrapadas por el espíritu de la especialización y los marcos del análisis otorgados por *la Nación* o *el Estado*; la vía para hacer de la historia un conocimiento verdaderamente científico; la atención a las *diferencias* como medio de captar las *originalidades* de los fenómenos históricos.²⁰⁷

Sin embargo, la clave de acceso al método comparativo se encuentra en la obra, propiamente histórica, de Pirenne. A pesar de que ésta ha sido ampliamente estudiada por investigadores interesados en la transición del feudalismo al capitalismo, o en las prolongaciones de la Edad Media en el mundo moderno, e incluso en las repercusiones de la invasión del Islam a Europa frente a las invasiones germanas al Imperio Romano, no significa

²⁰⁵ PIRENNE, Henri, “¿Qué están tratando de hacer los historiadores?”, *Op. cit.* p. XXXI.

²⁰⁶ *Ibid.*, p. XXXI. (Las cursivas son mías).

²⁰⁷ En una carta de Bloch a Pirenne (verano de 1931), en la cual Bloch le agradece el envío de este artículo, él escribe el valor de: “¡Poner así el acento en la necesidad para el historiador de integrar conscientemente su trabajo en la historia universal y en la historia comparada! No hay nada más peligroso para toda ciencia —y principalmente para la nuestra— (...) que el divorcio de lo general y lo particular”. Bryce y Mary LYON (Eds.), *The birth of Annales history*, *Op. cit.* p. 131. A propósito de este artículo y en tono de homenaje, Marc Bloch reconocía la importancia de Pirenne, “autor de la más bella historia nacional de este tiempo”. BLOCH, Marc, *Seigneurie française et manoir anglais*, [1934] Préface de Georges Duby, (Cahiers des *Annales* 16). Armand Colin, París, 2ª ed. 1967, p. 19.

que de igual modo haya sido explorada con la intención de buscar la práctica de la comparación histórica.

La deuda contraída sobre el uso de la comparación histórica que Marc Bloch reconoce explícitamente del historiador belga, no refiere solamente a la conferencia sobre el método comparativo en el Vº Congreso Internacional de Ciencias Históricas (como él dice, “muy significativa pues nos informa sobre la mentalidad histórica que ha ilustrado una obra de historia nacional”), sino también a “algunas ilustrativas páginas”²⁰⁸ de *Las ciudades en la Edad Media*. A Lawrence Walker no le falta razón cuando expresa esta falta de precisión, cuya importancia Bloch no podía suponer: “desafortunadamente, [Bloch] no nos dice cuáles son las páginas”.²⁰⁹ Aunque ello no significa la incapacidad de encontrarlas, o quizá tan sólo de sugerirlas.

Una de las más brillantes hipótesis que alimentó el trabajo de Henri Pirenne, representando, como escribió su hijo, “la gran pasión científica de los veinte últimos años de su vida”,²¹⁰ cuyo símbolo es el bello libro intitulado *Mahoma y Carlomagno*, pero cuyo eco se encuentra en otras obras suyas, puede sintetizarse en la frase siguiente: “Sin el Islam, sin duda, no hubiera existido nunca el Imperio Franco, y Carlomagno resulta inconcebible sin Mahoma”.²¹¹

Para este historiador, lo más sorprendente del Imperio Romano había sido su carácter Mediterráneo. El mar que los romanos llamaron orgullosamente *Mare Nostrum*, hacía depender

²⁰⁸ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”, *Op. cit.* p.114.

²⁰⁹ WALKER, Lawrence D. “A Note on Historical Linguistics and Marc Bloch’s Comparative Method”, en *History and Theory*, núm. 2, Vol. 19, Febrero de 1980, p. 162.

²¹⁰ PIRENNE, Henri, *Mahoma y Carlomagno*, [1937] Versión española de Esther Benítez, Prefacio de Jacques Pirenne, Madrid: Alianza Universidad, 6ª reimp. 1997, p. 9. Cfr. BLOCH, Marc, “La dernière œuvre d’Henri Pirenne”, en *Annales d’Histoire Économique et Sociale*, núm. 52. Tomo X, 1938, pp. 325-330. La tesis de este libro, inconcluso por la muerte de su autor el 24 de octubre de 1935, había aparecido ya desde 1922, en el artículo “Mahomet et Charlemagne”, publicado en la *Revue belge de philologie et d’histoire*. Desde esos años, él había impartido diversas conferencias sobre este tema en universidades europeas, norteamericanas e incluso en otras de África: El Cairo, 1934; y Argel, 1931. En Argel, uno de sus escuchas, vivamente impresionado por esta hipótesis, fue un joven historiador francés, llamado Fernand Braudel.

²¹¹ PIRENNE, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*. [1927] (Col. “Área de Conocimiento: Humanidades”) Madrid: Alianza Editorial, 2001, p. 23. Cfr. Carta de Bloch a Pirenne (11/III/1927), en Bryce y Mary LYON (Eds.), *The birth of Annales history*, *Op. cit.* p. 91-93; BLOCH, Marc, reseña a “*Les villes du moyen âge*”, en *Revue Critique d’Histoire et de Litterature*, 1928, pp. 203-206. FEBVRE, Lucien, “Henri Pirenne a travers deux de ses œuvres”, en *Combats pour l’histoire*, *Op. cit.* pp. 357-369 y “Une vue d’ensemble sur l’histoire sociale du capitalisme”, en *Pour une histoire á part entière*, [1962] París: EHESS, reimp. 1982, pp. 330-349.

de su dominio la propia existencia del Imperio, pues sin esta gran vía de comunicación no serían posibles ni el gobierno ni la alimentación del *Orbis Romanus*. Y a pesar de que las invasiones no tenían como objetivo destruir el imperio, sino disfrutarlo, finalmente lo hicieron desaparecer en cuanto Estado de la Europa Occidental. Deslumbrados con el brillo de la Ciudad Eterna, los ‘bárbaros’ no se volvieron romanos solamente porque la civilización romana les había suministrado unos marcos dentro de los cuales, y gracias a los cuales, pudieron formarse, sino también porque querían ser romanos.²¹²

Pirenne argumenta que a pesar de todos los trastornos y las pérdidas que resultaron de las invasiones, no aparecen principios nuevos ni en el orden económico, ni en el orden social, ni en la situación lingüística, ni en las instituciones que la cultura romana había transmitido. Existía todavía la civilización mediterránea.²¹³ No hubo ruptura con la antigua tradición: el mundo romano sobrevivió a las invasiones de los germanos, aunque circunscrito en los siglos posteriores a Oriente, y después de haber perdido el carácter ecuménico que hacía coincidir sus fronteras con las de la Cristiandad.

Pero la civilización que edificaron los romanos todavía latía, sobreviviendo al propio dominio romano y a las invasiones germanas. “Los germanos no pudieron y además no quisieron prescindir de ella. La *barbarizaron*, pero no la *germanizaron* conscientemente”.²¹⁴ Así, el Mediterráneo se mantuvo todavía como el centro mismo, el corazón de Europa. Un gran lago romano, o si se prefiere, bizantino. “El aspecto de Europa cambia, pero su vida en el fondo permanece inmutable”.²¹⁵

Sin embargo, un silencioso enemigo, transformaría la faz de Europa en poco más de medio siglo. La invasión islámica en Europa Occidental convirtió al Mediterráneo en una barrera entre Europa y Bizancio, entre la Cristiandad, el derecho romano, la lengua griega y latina, rompiendo la unidad que había caracterizado al mundo antiguo durante siglos, obligando

²¹² *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*. [1936] (Col. Sección de Obras de Historia), Versión española de Juan José Domenchina, FCE, México, 7ª. Reimp. 1995, p. 28. (1ª ed. en español, 1942). *Cf.* BLOCH, Marc, reseña a la “Histoire de l’Europe”, en *Revue Historique*, núm. 182, 1938, pp. 348-350.

²¹³ PIRENNE, Henri, *Mahoma y Carlomagno*, *Op. cit.* p. 228.

²¹⁴ PIRENNE, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*, *Op. cit.* p. 11.

²¹⁵ PIRENNE, Henri, *Mahoma y Carlomagno*, *Op. cit.* p. 115.

a Occidente a “vivir con sus propios recursos”,²¹⁶ encerrándolo durante siglos en su masa continental, suscitando así una serie de transformaciones espectaculares; entre ellas, una relación muy cercana (“de causa a efecto”) entre el Islam y los Carolingios. “Desde cualquier punto de vista que se examine, la civilización del siglo IX testimonia una ruptura muy clara con la civilización anterior”.²¹⁷

De acuerdo con Pirenne, la invasión del Islam había convertido al Mediterráneo en un lago musulmán, y con ello desplazó el eje de gravitación, tanto como centro político cuanto como centro literario e intelectual, de la civilización europea: del Mediterráneo al Norte del continente. Así, “el mediterráneo, mediante el cual se había relacionado hasta entonces con la civilización, se cerraba ante ella”.²¹⁸ Pero el cierre del Mediterráneo ocasionó el declive del comercio y de la vida urbana. El resultado fue una sacudida impresionante, con efectos de gran trascendencia histórica: “En esta situación (...) se haya en germen el sistema feudal”.²¹⁹

El Estado, incapaz de conservar su administración, fue absorbido por el feudalismo, propiciando así una regresión económica: es el cambio de una civilización predominantemente marítima a una civilización rural. La fortuna son los bienes raíces y el trabajo es rural, en la cual “la economía de cambio fue sustituida por una economía de consumo”.²²⁰ Una sociedad, además, profundamente desigual: había señores, vasallos, siervos, terrazgueros, y estaba también el clero. En este momento:

Europa, dominada por la Iglesia y el feudalismo, adquiere una fisonomía nueva. La Edad Media, por conservar la locución tradicional, comienza. La transición ha sido larga. Puede decirse que cubre todo un siglo, que va desde 650 a 750. Durante este período de anarquía se pierde la tradición antigua y los nuevos elementos toman la delantera. La evolución finaliza en el año 800, con la constitución del nuevo Imperio, que consagra la ruptura de Oriente y Occidente por la razón de que da a Oriente un nuevo Imperio romano; es la prueba evidente de que ha roto con el antiguo, que prosigue con Constantinopla.²²¹

²¹⁶ PIRENNE, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*, *Op. cit.* p. 22.

²¹⁷ *Ibid.* p. 23.

²¹⁸ PIRENNE, Henri, *Historia de Europa*, *Op. cit.* p. 27.

²¹⁹ PIRENNE, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*, *Op. cit.* p. 31.

²²⁰ *Ibid.* p. 34.

²²¹ PIRENNE, Henri, *Mahoma y Carlomagno*, *Op. cit.* p. 229.

Si esta es una de las más importantes tesis en toda la obra de Henri Pirenne, ¿dónde exactamente se encuentra la comparación? Él escribió que la organización señorial nacida del complejo movimiento que desencadenó la invasión árabe en el Mediterráneo, la contracción de fuerzas hacia el Continente y, además, el desplazamiento del eje de gravitación hacia el Norte, es el resultado de ‘circunstancias exteriores’, de una fuerza motora que, llegando de fuera, irrumpió sorpresivamente en el Mediterráneo hacia el siglo VIII, transformando con ello la geografía política del mundo.

Lo cual significa que es un fenómeno anormal. Esto puede demostrarse de manera definitiva *comparando* el espectáculo que nos ofrece la Europa carolingia con el que nos brinda, en la misma época, la Rusia meridional.²²²

¿Trata Pirenne de descifrar, a través de la comparación con Rusia, por qué Europa creó la sociedad feudal al estar impedida de salir al mar y recrear la civilización marítima basada en el comercio? En este procedimiento existe una modalidad: la comparación de sociedades contemporáneas y próximas. El análisis parte de una *similitud*: las repercusiones de las invasiones o el peso de las ‘circunstancias exteriores’, que es producto de una *diferencia*: el comercio como fuerza dinámica de la base económica y transformadora de la vida social.

En *Las Ciudades en la Edad Media*, él escribió que en el siglo IX los eslavos de la cuenca del Dnieper fueron subyugados por bandas de normandos varegas procedentes de Suecia (llamados rusos, por los vencidos). Al establecerse, construyeron recintos fortificados de los que, posteriormente, emergerían las ciudades rusas más antiguas (Smolensk, Soudal, Novgorod, Kiev) Pero a pesar de que los tributos de las poblaciones indígenas aseguraban la subsistencia de los invasores (una economía de consumo), la posición geográfica de la Rusia meridional, situada entre “dos regiones de civilización superior”: el Califato de Bagdad y el Imperio Bizantino, impulsó su base económica. El influjo de estos dos vigorosos centros que producían el intercambio comercial en las tierras ocupadas, obligó a los invasores “a practicar una economía de cambio”:

²²² PIRENNE, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*, Op. cit. p. 34. (Las cursivas son mías).

De este modo, desde el siglo IX, mientras que el Imperio carolingio se hallaba aislado debido al cierre del Mediterráneo, Rusia meridional, por el contrario, hallaba salida a sus productos mediante los dos grandes mercados que ejercían atracción sobre ella.²²³

Es decir, en vez de encontrarse aislados del mundo exterior, como los habitantes de Europa Occidental, los rusos se adaptaron a las condiciones del medio al verse impelidos a mantener relaciones con los dos imperios, principalmente con el Bizantino. “Su ejemplo muestra que una sociedad no tiene que pasar obligatoriamente por una fase agrícola antes de dedicarse al comercio”.²²⁴ A partir de estas relaciones comerciales, de la importancia del tráfico que mantuvieron tanto con el Imperio musulmán como con el Bizantino, los rusos se vieron envueltos en una serie de transformaciones en su vida social. Para Pirenne, el comercio bizantino ocupa un lugar tan preponderante sin el cual sería imposible comprender su civilización. Aun cuando el comercio existía en forma primitiva, lo que importan “no son las formas de dicho tráfico, sino la acción que ejerció” en la civilización rusa.²²⁵

La comparación es evidente y se establece a partir del papel central del comercio en la base económica de ambas sociedades:

De aquí surgen los violentos contrastes que se encuentran *al comparar* su estado social con el del Imperio Carolingio: en lugar de una aristocracia señorial, una aristocracia comerciante; en vez de esclavos sometidos a la gleba, esclavos considerados como instrumentos de trabajo; en lugar de una población campesina, una población reunida en ciudades; finalmente, en sustitución de una simple economía de consumo, una economía de cambio y una actividad comercial regular y permanente.²²⁶

Es decir, como bien observa Pirenne, estos contrastes se deben a las circunstancias de una y otra sociedad: la relación de proximidad de Rusia con los dos grandes mercados que ejercían fuerte atracción sobre ella, impeliéndola a buscar salidas al comercio, mientras que el cierre del Mediterráneo negó la navegación de altura y la procuración de mercados al Imperio Carolingio. Sin embargo, este florecimiento del comercio y de la vida social de Rusia se debía,

²²³ *Ibid.* pp. 35-36.

²²⁴ *Ibid.* p. 37.

²²⁵ Acerca de esta idea importante, Pirenne decía: “Puede afirmarse que el tráfico comercial determinó la formación de la sociedad rusa de la Alta Edad Media. En contraste con lo que se observa entre sus contemporáneas de la Europa carolingia, los rusos no conocen la importancia, ni siquiera la idea de la propiedad raíz. (...) Si esta concepción es propia de guerreros conquistadores, no hay duda que se mantuvo durante años porque estos guerreros eran al mismo tiempo comerciantes”. *Ibid.* p. 37.

²²⁶ *Ibid.* pp. 37-38. (Las cursivas son mías).

como él dice, a que los rusos “eran guerreros al mismo tiempo que comerciantes” y a la apertura de los caminos hacia Constantinopla o hacia Bagdad, del mismo modo que la existencia de las vías de comunicación marítimas en el Mediterráneo había hecho que el imperio romano pudiera edificar una sociedad marítima y comercial: la base del *Orbis Romanus*. Sin embargo, como compara Pirenne, hacia el siglo XI la invasión de los pechenegos en las costas del Mar Caspio y del Mar Negro, cerró las vías comerciales de los mercados con los que Rusia otorgaba salida a sus productos. Y ello trajo

consecuencias idénticas a las que tuvo para Europa Occidental la aparición del Islam en el Mediterráneo del siglo VIII. Así como éste había cortado las comunicaciones entre la Galia y Oriente, aquél cortó las de Rusia con sus mercados exteriores.²²⁷

Los resultados de la comparación son idénticos en un caso como en el otro. (“Al margen de las diferencias de detalle, en ambas partes se presenta el mismo espectáculo”.²²⁸) La desaparición del comercio propició el despoblamiento de las ciudades, y la población se vio obligada a buscar medios locales de subsistencia, sustituyendo un período de economía comercial por otro de economía agrícola. La contracción de fuerzas de las sociedades propició que se volcasen hacia sí mismas, teniendo como base de la economía el papel central de la tierra y su consiguiente aristocracia rural. La comparación entre estas dos sociedades le brinda a Pirenne un sólido argumento:

Nos basta por el momento con haber justificado, mediante el ejemplo de Rusia, la idea de que la economía de la época carolingia no provenía de una evolución interna, sino que hay que atribuirle, antes que nada, al cierre del Mediterráneo por el Islam.²²⁹

Entonces, ¿cuáles son las unidades de análisis en este ejercicio de la comparación histórica, de Mahoma con Carlomagno, que en estas páginas de *Las ciudades de la Edad Media*, como decía Bloch, se aprecia de manera inmejorable? Pirenne utiliza al comercio como unidad de comparación. Lo hace a partir de las *similitudes* y las *diferencias* que éste ejerce en

²²⁷ *Ibid.* p. 38.

²²⁸ *Ibid.* p. 38.

²²⁹ *Ibid.* p. 39.

dos sociedades distantes en tiempos y espacios, y en las cuales el comercio ejerce la correlación entre la decadencia del mundo antiguo y la emergencia del feudalismo.²³⁰

La comparación no reside solamente en las condiciones materiales o geográficas de las sociedades, sino en un movimiento diverso: si en ambas partes las invasiones de los árabes (siglo VIII) y de los pechenegos (siglo IX) produjeron los mismos efectos, éstas no lo hicieron al mismo tiempo. “Rusia vivía del comercio, en la época en la que el Imperio Carolingio sólo conocía el régimen señorial”, dice Pirenne, “e inauguró este mismo régimen en el momento en que Europa Occidental, al encontrar nuevas salidas, rompía con él”.²³¹

Esta comparación se explica por el interés que Pirenne tenía en demostrar por qué el Imperio Carolingio “testimonia una ruptura muy clara con la civilización anterior”,²³² a través del impacto que el cierre del Mediterráneo propició a la Europa Occidental, alejándola de Constantinopla, desproviniéndola de sus rutas comerciales marítimas y de sus mercados, encerrándola en su masa continental, desplazando su centro neurálgico del Sur al Norte del continente, desarrollando finalmente, el feudalismo.²³³

²³⁰ A partir de una perspectiva distinta a la utilizada por Pirenne (y en cierto punto parecida a la que posteriormente utilizará Marc Bloch al criticar esta obra), más atenta a la dinámica interna del modo de producción antiguo, a sus contradicciones y límites históricos, que a su catalizador coyuntural, el comercio y el valor de cambio, Marx consideraba que “el comercio tiene en todas partes una acción más o menos disolvente sobre las organizaciones preexistentes de la producción, que en todas sus diferentes formas se hallan principalmente orientadas hacia el valor de uso. Pero la medida en la cual provoca la disolución del antiguo modo de producción depende, en primera instancia, de la firmeza y la estructura interna de éste. Y dónde desemboca este proceso de disolución, vale decir qué nuevo modo de producción ocupará el lugar del antiguo, no depende del comercio, sino del carácter del propio modo de producción antiguo. En el mundo antiguo, los resultados del comercio y del desarrollo del capital comercial fueron siempre la economía esclavista (...) En cambio, en la era moderna desemboca en el modo capitalista de producción”. MARX, Karl, *El Capital*, (Biblioteca del Pensamiento Socialista), Trad. León Mames, Revisión y Notas de Pedro Scaron, Siglo XXI Editores, México, 1976, Tomo III, Vol. 6, p. 624. Sobre la relación entre estas tesis, AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, “La corriente de los *Annales* y su contribución al desarrollo de la historia económica en Francia”, en *Corrientes, temas y autores de la historiografía del siglo XX*: UJAT, Villahermosa 2002, pp. 103-106. Cfr. AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *Las luminosas “edades oscuras”. La concepción marxista sobre la transición de la Antigüedad al Feudalismo*. Guatemala, Universidad de San Carlos de Guatemala, 2005.

²³¹ PIRENNE, Henri, *Las ciudades de la Edad Media*, *Op. cit.* p. 39.

²³² *Ibid.* p. 23.

²³³ Marc Bloch criticó frontalmente esta “gran tesis histórica”, al señalar que si bien es cierto que después de las invasiones el Occidente no había cesado de poseer una economía ampliamente abierta hacia el exterior, podría negarse, sin embargo, que el declive comercial hubiera comenzado en esta fecha, atribuyendo este movimiento, en vez de una “brusca mutación”, sea las invasiones germanas o sea después “la ocupación musulmana”, a un declive muy lento y progresivo que, entre otros fenómenos, suscitó “una suerte de retiro de las poblaciones lejos de la vida marítima”. BLOCH, Marc, “La dernière œuvre d’Henri Pirenne”, *Op. cit.* pp. 325-330. Además, en una carta (27/V/1923), Bloch le criticaba a Pirenne: “¿No cree usted que entre el tiempo de los primeros Merovingios —el de Gregorio de Tours—, y la época carolingia, hay una decadencia progresiva, que ‘Mahoma’ ha precipitado, pero que no ha creado?”. Bryce y Mary LYON (Eds.), *The birth of Annales history*, *Op. cit.* p.49. Sobre las diversas críticas y recuperaciones intelectuales de esta “gran tesis histórica” de Pirenne, véase

Sin embargo, si la unidad de análisis de Pirenne, el comercio, se justifica por el movimiento general de las invasiones, la lógica de la comparación se expresa menos por el *contenido* que por la *función*. O sea, el papel que desempeña el comercio no es más que el resultado, en un caso u otro, de los efectos de las propias invasiones: “lo que importa no son las formas de dicho tráfico”, como decía Pirenne a propósito del comercio de los rusos con Constantinopla, “sino la acción que ejerció”.²³⁴ Así, es *la función* de las invasiones lo que otorga sentido a esta misma comparación. ¿No justificaba el propio Pirenne que al comparar Rusia con la Europa Occidental, su interés era justificar su hipótesis central? Es decir: ‘Sin Mahoma, Carlomagno resulta inconcebible’.

Esta hipótesis, que constituye un perfil fundamental de la obra de Pirenne, y permite ver la tonalidad de las similitudes y las diferencias del mundo medieval, fue edificada a través del método comparativo. Una herramienta de análisis que hacía posible romper con los marcos de análisis histórico, atravesado completamente por la primacía de la Nación y el Estado, pero enarbolada sobre todo con la intención de crear la síntesis, pues, de acuerdo con lo que él decía, “el punto de vista de la historia comparativa no es otro que el de la historia universal”²³⁵. Una historia de síntesis, universal y comparativa, que Pirenne abordó con la intención de responder a una pregunta fundamental: ¿qué es lo que los historiadores están tratando de hacer? A propósito de este esfuerzo intelectual, Marc Bloch decía:

Pirenne no andaba errado cuando nos invitaba a tener siempre presente que la historia, cuyas bases vamos estableciendo laboriosamente, debe proponerse decididamente, para merecer su nombre, ser “universal”. Pero se edificará, según estas líneas y gracias a una comparación razonada, sólo si, sin omitir pensar en el plan de conjunto, sabemos proceder mediante aproximaciones sucesivas, basadas en *experimentos* cuidadosamente elegidos y analizados tanto en sus *particularidades* como en sus *similitudes*.²³⁶

Es decir, para Pirenne el método comparativo brinda la posibilidad al historiador de evitar adjudicar “descubrimientos” u “originalidades” a las realidades locales, regionales o nacionales,

HAVIGHURTS, Alfred F. (Ed.), *The Pirenne Thesis. Analysis, Criticism, and Revision*, Ratheon Education Company, Lexington, Massachusetts, 1969.

²³⁴ *Supra*, nota 225.

²³⁵ *Supra*, nota 206.

²³⁶ BLOCH, Marc, “Problèmes d’Histoire Comparée”, *Op. cit.* p. 440.

que en realidad “sólo han sido préstamos” de otras realidades, cuyas “diferencias”, como él decía, brotan a veces “sólo hasta su contraste”.²³⁷ A partir de la idea de que “el concepto histórico necesariamente implica al concepto universal histórico”,²³⁸ la historia es vista en “la totalidad de su desarrollo”, estudiando las historias particulares o nacionales, por supuesto, (¿no había escrito Pirenne una historia de Bélgica?); pero en función de la “evolución general”, con la intención de que la historia sea así “universal”.

De acuerdo con ello, Pirenne considera que es el método comparativo lo que permite, lo mismo en la historia que en la sociología, “elevarse al conocimiento científico”. Pero, al referirse a éste, no lo hace en función de un ideal abstracto, una teoría o un concepto, sino en el sentido de la crítica de síntesis: “Cuando digo *conocimiento científico*, no considero la construcción histórica, no pienso en la crítica de elaboración, sino en la crítica de síntesis”.²³⁹

En cierta medida, aquí se encuentra tanto su concepción del método comparativo como su propia idea de la historia. Pero al leer con cuidado sus reflexiones, no deja de sorprender la similitud con los postulados de la sociología durkheimiana, cuya apuesta era crear una ciencia de síntesis a partir del método comparativo. De manera sintomática, a pesar de que Pirenne no hace referencia directa a estas críticas, sus argumentos invitan a pensar que está tratando de superarlas, aunque en el terreno de la historia. Pero, ¿abrevó él de los durkheimianos? El camino parece haber sido otro.

A pesar de conocer la historiografía francoparlante de su época, la relación de Pirenne con la historiografía social alemana parece haberle marcado con un sello imborrable, particularmente su cercanía con el historiador Karl Lamprecht, quien había fundado el Institut für Universal Geschichte en Leipzig, con la idea de estudiar una ciencia histórica internacional y una nueva historia de la civilización alemana, a partir de la *Kulturgeschichte*, concepción por la cual él fue atacado por los alumnos de Ranke —a quienes desafió con sus ideas heréticas acerca del método histórico—, y por intentar controlar ciertos espacios de poder, como la

²³⁷ *Supra*, nota 200.

²³⁸ *Supra*, nota 185.

²³⁹ PIRENNE, Henri, “De la méthode comparative en histoire”, *Op. cit.*, p. 28. (Las cursivas son mías).

importante *Historische Zeitschrift*.²⁴⁰

Es a Lamprecht a quien Pirenne atribuye, en coincidencia con la obra de Gabriel Monod (discípulo de Michelet y su biógrafo; rival de Fustel y de H. Berr; maestro de Pirenne y director de la tesis doctoral de L. Febvre), el futuro o “el porvenir” de una nueva concepción de la historia. Esta relación entre un estudioso francés y un estudioso alemán, es la prueba “que la nueva tendencia histórica tiende su lado el porvenir”.²⁴¹ De acuerdo con Pirenne, el autor de la *Deutsche Geschichte* (publicada entre 1891 y 1909), “rompe decididamente con la escuela de Ranke”, en consecuencia, en vez de ubicar en el primer plano al individuo o al Estado como objetos privilegiados de la investigación histórica, la concepción se esfuerza por explicar “el desarrollo nacional de un pueblo a partir de los factores naturales y colectivos del cual ese desarrollo es el resultado”. Por tanto, el método de Lamprecht consiste en “considerar a la historia desde el punto de vista de las ciencias sociales”.²⁴²

La relación entre la concepción del método comparativo de Pirenne, con la que Lamprecht tenía del mismo, era muy cercana. La renovación científica en la crítica, en la construcción de los hechos como en el estudio de las fuentes, pero también en la complejidad del oficio del historiador, requería echar mano de un recurso que permitiera armar la síntesis, entonces más avanzada en Alemania que Francia. Él distinguía dos métodos dentro de la crítica al método histórico en Alemania: el primero de ellos, “inferior”, giraba en torno a la crítica hermenéutica y la datación de los testimonios; el segundo, “superior”, consistía en “dominar los hechos, sus fechas y sus relaciones, abarcándolos con la mirada puesta en un horizonte más vasto”. Para él, este instrumento esencial era el método comparativo²⁴³ que conduce al

²⁴⁰ Al reconocer su relación con Lamprecht, Pirenne escribió en respuesta a un crítico: “Usted caracterizó admirablemente mi posición con respecto a la del propio Lamprecht. Lo he conocido en 1883 y he estado íntimamente relacionado con él hasta su muerte. De él poseo una colección de cartas en las cuales me describía, mes por mes, la evolución de sus ideas y de sus trabajos. Durante el primer período de sus ideas, su acción ha sido grande en las mías, pero no las he seguido en la construcción de la *Kulturstufen* que él ha elaborado más y más durante el segundo período, y que siempre me ha parecido muy arbitraria”. Bryce y Mary LYON (Eds.), “Introduction”, en *The birth of Annales history*, *Op. cit.*, p. XXXVII, n. 76.

²⁴¹ PIRENNE, Henri, “Una polémica histórica en Alemania”, en *Contrahistorias*, núm. 2, *Op. cit.* p. 14. Esta opinión de Pirenne sobre Lamprecht, en PLEJÁNOV, Jorge, *El papel del individuo en la historia*, *Op. cit.* 27.

²⁴² PIRENNE, Henri, “Una polémica histórica en Alemania”, en *Contrahistorias*, núm. 2, *Op. cit.* p. 11.

²⁴³ ARCANGELI, Blanca, “Il mestiere dello storico negli scritti di H. Pirenne”, en PIRENNE, Henri, *L’Opera dello storico*, *Op. cit.*, p. 22, n. 25. Sobre el método comparativo en Bloch y Pirenne, VERHULST, Adriaan, “Marc Bloch and Henri Pirenne on Comparative History. A Biographical Note”, en *Revue belge de philologie et d’histoire*, Tome 79, fasc. 2. 2001, pp. 507-510. Pero su posición me parece indefendible. Por ejemplo: “Más allá de los elementos comparativos en [*Mahoma* y

historiador al sentido profundo de los hechos. Dos son los tipos de comparaciones: el primero refiere a constatación de los hechos esenciales respecto de los otros que son accidentales: el segundo, cuyo fundamento está en las teorías de Comte, inventor del neologismo ‘sociología’, consiste en reconocer los trazos comunes de la ‘vida interior’ o ‘vida del alma’, y de la ‘vida material’ de la civilización estudiada.²⁴⁴

De acuerdo con Bryce Lyon, uno de los biógrafos del autor de *Mahoma* y *Carlomagno*, a cuya obra dedicó décadas de trabajo, explicó la posición que Pirenne ocupaba en el tablero intelectual:

Pirenne sirvió de correa de transmisión entre Lamprecht y Bloch y Febvre, pero no fue simplemente una correa de transmisión... Ante el toque hábil de Pirenne, el sistema lamprechtiano fue transformado, mejorado y hecho creíble. Las ideas de Lamprecht, inteligente y hábilmente filtradas, fueron conducidas por Pirenne a Bloch y Febvre.²⁴⁵

Por la *vía* de Fustel de Coulanges (continuador del método comparativo de Montesquieu, punto de confluencia con el evolucionismo, eslabón con los durkheimianos y maestro de muchos de los partidarios del método comparativo que ‘influirían’ en M. Bloch, como su padre, Gustave Bloch, Émile Durkheim o Henri Berr;²⁴⁶ o por la enseñanza directa de Henri Pirenne, el

Carlomagno], él nunca, en alguno de sus muchos artículos y libros, mostró un interés real en la historia comparativa” (...) [su artículo sobre el método comparativo en historia] “fue puramente ocasional y menos sincero, al final, que el de Marc Bloch, incluso si este último usó al método comparativo en su estrategia para obtener una cátedra en el Collège de France”.

²⁴⁴ MASTROGREGORI, M., *Il genio dello storico. Le considerazioni sulla storia di Marc Bloch e Lucien Febvre e la tradizione metodologica francese*. Nápoles: Edizione Scientifiche Italiane, 1987, pp. 62-3, n. 35.

²⁴⁵ Citado en ARCANGELI, Blanca, “Il mestiere dello storico negli scritti di H. Pirenne”, *Op. cit.* p. 58. Al respecto, Toubert escribió: “nadie duda que su presencia [de Lamprecht] en Leipzig haya sido determinada por la selección hecha por Bloch en 1908,” (“Prefacio a *Les caractères originaux de l’histoire rurale française de Marc Bloch*”, *Op. cit.* p. 62). Sin embargo, M. Bloch calificaba al método de este historiador, de “cuestionable”, “confuso”, y “de espíritu pangermánico”. Citado en TOUATI, François-Olivier, *Marc Bloch et l’Angleterre*, *Op. cit.* p. 88, n. 79.

²⁴⁶ ¿Ha de olvidarse el papel de Henri Berr y su “Proyecto de síntesis”, que inspiraron a los *Annales*? Antiguo alumno de Fustel en la École Normale Supérieure, Henri Berr había fundado la *Revue de Synthèse Historique* (1900), así como la célebre Colección: “La Evolución de la Humanidad” (la impronta de H. Spenser es clara) en las cuales Bloch y Febvre publicaron artículos y libros de gran importancia. La relación entre ellos fue realmente importante (*Écrire la société féodale, lettres à Henri Berr, 1924-1943*, a cargo de Jacqueline Pluet-Despatins, París: IMEC Éditions, 1992), y Berr fue además un adepto del método comparativo, sobre el cual decía: “Los especialistas de la abstracción y de la generalización pueden, sin duda, por medio de estudios comparativos, deducir hechos generales, ya se trate de instituciones, por una parte, o de religión, de actividad intelectual y estética, por otra; pero es la Historia la que ha proporcionado la materia de esas generalizaciones. Y el resultado de la comparación, llevado a la trama histórica, aclara la evolución humana, subraya entre los grupos las repeticiones de las etapas regulares e invita a buscar en la lógica —en el sentido que hemos dado a este término—, la causa profunda de esas repeticiones”. BERR, Henri, “Prólogo”, en GLOTZ, Gustave, *La Ciudad griega*, *Op. cit.* p. V. Sobre la obra de Berr, SIEGEL, Martin, “Henri Berr’s *Revue de Synthèse Historique*”, en *History and Theory*, núm. 3, vol. 9, (1970), pp. 322-334; y sobre todo, BIARD, Agnès, Dominique BOUREL y Éric BRIAN, *Henri Berr et la culture du XXe siècle*. París: Albin Michel-Centre International de Synthèse, 1994.

método comparativo en historia fue ‘filtrado’ hacia Marc Bloch, que no sólo lo criticó sino que lo reformuló. Uno u otro representan dos puntos de confluencia, dos filiaciones, dos eslabones entre las concepciones del método comparativo en las ciencias humanas de la Europa de finales del siglo XIX, y de las primeras décadas del siglo XX.

Este es el caso de Fustel de Coulanges, cuya *Cité antique* fue en Francia un primer ejemplo de aplicación del método comparativo al estudio del derecho antiguo, al igual que en Inglaterra lo fue *Ancient Law*, de H.S. Maine, según dice Momigliano;²⁴⁷ o *Primitive marriage*, de McLennan, de acuerdo con Evans-Pritchard.²⁴⁸ La maestría en el uso del método comparativo convirtió a Fustel en el continuador de Montesquieu y en el eslabón intelectual que conduce a Durkheim y Mauss, en un momento intelectual caracterizado por la confluencia de la historia, con la antropología y la sociología. Por ende, según decía Momigliano, para conocer los avances más recientes de la escuela sociológica francesa, había que estar atento lo mismo a la “reelaboración y generalización” de Durkheim, que a la “inspiración original” de Fustel de Coulanges.²⁴⁹

Este es también el caso de Henri Pirenne, cuya *Histoire de Belgique* o *Les Villes dans le Moyen Âge* y *Mahomet et Charlemagne*, fueron consideradas ejemplos magníficos de la historia comparativa. Más que un “intermediario” importante entre la historiografía alemana y la francesa, Pirenne fue el eslabón entre el método comparativo de Lamprecht —aunque “transformado y mejorado”, como decía Bryce Lyon—, con Marc Bloch y Lucien Febvre, quienes lo convirtieron en uno de los paradigmas de la historia representada por *Annales*.

Dos ideas del método comparativo en la historia, aunque distintas en su concepción científica (entre una ciencia de la historia más rígida y otra más abierta, entre el “evolucionismo” de corte antropológico y el “desarrollo de las sociedades en tiempos y espacios distintos”), así como en su aplicación concreta (las similitudes y las diferencias entre sociedades cercanas en tiempos y espacios, entendidas como explicación de un origen común, a partir de su evolución del mismo tronco indoeuropeo; o como el efecto del comercio en

²⁴⁷ *Supra*, nota 174.

²⁴⁸ *Supra*, nota 50.

²⁴⁹ MOMIGLIANO, Arnaldo, “La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges”, *Op. cit.* p. 272.

sociedades que resintieron violentas invasiones), para Marc Bloch son también dos herencias intelectuales del método comparativo en la historia.

Ambas nutren este “ambiente intelectual” en los estudios históricos franceses, que tiene a su vez sus propias filiaciones intelectuales, guarda parecidos, solicita préstamos y mantiene correspondencias con experiencias pertenecientes a disciplinas y países distintos (por ejemplo, los antropólogos evolucionistas británicos, como Tylor o Maine, o norteamericanos, como Morgan, en el caso de Fustel; o el del historiador Lamprecht, considerando a Pirenne), que a pesar de las fronteras mantienen intercambios de métodos, análisis de fuentes y concepciones de la historia o las disciplinas humanas y la ciencia, en una serie de transferencias reguladas por prácticas, normas y convenciones que hacen posible el contacto y facilitan las transferencias. ¿Acaso no recordaba Momigliano que hacia 1904, “en la época de Glotz”,²⁵⁰ la discusión sobre el método comparativo y el método histórico ya “circulaban por toda Europa”?

De esta manera, al explorar el ambiente intelectual de una coyuntura científica determinada, tendiendo puentes entre las concepciones del método comparativo en la historia con el de las demás ciencias del hombre; al compararlas con otra experiencia, o más bien, con otro experimento de la comparación, emergido en Francia en una disciplina nueva, ambiciosa, profundamente innovadora y prometedora, acusada incluso de implantar un ‘imperialismo’ en las ciencias del hombre, todos los casos del método comparativo adquieren una tonalidad diferente, irradiando una faceta distinta al problema de las ‘influencias’ intelectuales, que no es antropológica, en la medida en que Frazer la practicó; ni histórica, según la entendieron Fustel o Pirenne; aun cuando tenga perfiles parecidos con todas ellas, puesto que es el método comparativo en la sociología francesa de Émile Durkheim, o lo que es decir lo mismo, entre los durkheimianos.

²⁵⁰ *Supra*, nota 174. Momigliano se refería a la tesis doctoral, *La solidarité de la famille dans le droit criminel en Grèce*, defendida en 1904 por G. Glotz, quien había sido alumno de Fustel, aunque también estuvo influido por la obra de Durkheim. Sobre el método comparativo en este autor, *Cfr.* MUCCHIELLI, Laurent, “1907: la leçon d’histoire comparée de Gustave Glotz”, escrita como presentación a GLOTZ, Gustave, “Leçon d’Ouverture au cours d’histoire grecque de la Sorbonne”, en *EspacesTemps.net*. En esta presentación puede leerse la reseña que escribió en su revista acerca de esta *Leçon d’Ouverture*: “Sin duda, la escuela sociológica de Durkheim ha sacado a la luz y practicado el método comparativo. Glotz intenta aplicarlo y escapa en ocasiones de algunos prejuicios que a veces habíamos reprochado a la sociología durkheimiana. Le gusta ser sociólogo sin dejar de ser historiador. Su enseñanza no deja de ser sólida y fecunda.”

III. Del método comparativo y la sociología durkheimiana

Creada por Auguste Comte (1798-1856), la sociología fue concebida —de acuerdo con la “Ley de los tres estados”, así definida por él mismo en su *Curso de Filosofía Positiva*—, como la más elevada de todas las ciencias, cuyo destino era coronar el trabajo de todas las demás. De acuerdo con esta concepción filosófica, la nueva ciencia fue considerada como el último momento intelectual del desarrollo de la humanidad. Así, desde el momento mismo de su inicio, la sociología se caracterizó por la inmensa ambición de su fundador, en Francia, sumo sacerdote del nuevo culto de la humanidad, pero también por la debilidad de su base positiva.

A pesar de esta difícil situación, la sociología demandó su propio dominio en una región todavía inexplorada de la constelación de las ciencias del hombre, caracterizada por la aparición de nuevas disciplinas o por la revolución de otras: antropología, lingüística, geografía o psicología; codificando la información de acuerdo con una categorización previa, analizándola o cuantificándola a partir de métodos surgidos de esta experiencia, creando un marco epistémico propio. En pocos años, el lugar devino en una revolución del saber. La acción de técnicas y métodos de investigación, el funcionamiento de códigos, normas, prácticas y objetos de estudio, las maneras de construcción de los métodos y las teorías, de las reglas constitutivas del funcionamiento de la disciplina, los lugares de aprendizaje, investigación y transmisión de ese conocimiento (cátedras, revistas, asociaciones, institutos, libros, programas de investigación), que constituyen la dinámica de toda disciplina y le dotan de autonomía, fueron creándose en Francia, pero también en Alemania, Inglaterra o Estados Unidos,²⁵¹ profesionalizando los perfiles de sus científicos (sus precursores no habían sido ‘sociólogos’ y sus esfuerzos no se dirigieron a consolidar la nueva disciplina: “Tocqueville, era magistrado;

²⁵¹ Fundadas a finales del siglo XIX, asociaciones, sociedades, revistas y cátedras universitarias especializadas revelan el impulso original de la naciente disciplina, en uno y otro lado del Atlántico: la *American Sociological Society*, la *Société belge de Sociologie*, o la *Deutsche Gesellschaft für Soziologie*, además de las revistas: *Revue internationale de sociologie* (1893), *L'Année sociologique* (1898), *Rivista italiana di sociologia* (1897), *Annales de l'institut international de sociologie* (1895), *American journal of sociology* (1895), *Sociological papers* (1904), *Sociological review* (1908), o *Archiv für Sozialwissenschaft und Sozial politik* (1904) o las cátedras de Albion W. Small, en la Universidad de Chicago, la de Georg Simmel en la entonces alemana Universidad de Estrasburgo, o la de Émile Durkheim, en 1877, en la Facultad de Letras de Burdeos. BERTHELOT, Jean-Michel, *La construcción de la Sociología*. Trad. Paula Mahler, (Col. Claves) Nueva Visión, Buenos Aires, 1ª ed. 2003, p. 31.

Marx, periodista; Engels y Booth, empresarios; Le Play y Spencer, ingenieros; y Comte, matemático²⁵²), con lo cual la nueva ciencia adquirió tanto un perfil como un lugar específicos.

De forma indiscutida, este lugar fue el de la sociología. Y a diferencia de Alemania, en donde Max Weber (1864-1920) o Georg Simmel (1858-1918), ocupaban los primeros lugares en las filas de la nueva corporación; de Vilfredo Pareto (1848-1923), autor del monumental *Tratado de sociología general*, aparecido en 1916, y profesor en la Universidad suiza de Lausana, la correspondencia en Francia no debe verse en las figuras del magistrado Gabriel Tarde (1853-1904), en el ingeniero Frédéric Le Play (1806-1882), o en René Worms (1869-1926), fundador de la *Revue internationale de sociologie* (1893) y del Institut International de Sociologie (1894), cuyas teorías sociológicas estaban disputando activamente un lugar en el escenario intelectual francés, sino en la obra de Émile Durkheim y en el equipo de la revista *L'Année sociologique*.²⁵³ Es fundamentalmente a éstos últimos a quienes en Francia se debe la implantación —para decirlo con el título de un libro célebre, que en esa época hubiera sido impensable— del ‘oficio de sociólogo’.

De Rousseau, Diderot y Montaigne, Comte y Durkheim heredaron no sólo su pensamiento antropológico y su crítica social, quienes al “reunir datos sobre los problemas sociales, reunían al mismo tiempo argumentos en contra del orden social”,²⁵⁴ sino es posible que también la concepción total del conocimiento sobre el mundo social, puesto que la sociología fue pensada como un “medio de reconstrucción de la sociedad francesa, destruida primero por la Revolución y luego por la guerra franco-alemana de 1870”,²⁵⁵ y tuvo un carácter universal hacia el saber social. A propósito, en un brillante ensayo publicado originalmente en 1947, Lévi-Strauss, alumno de Marcel Mauss, decía:

²⁵² *Ibid.*, p. 31.

²⁵³ Sobre las diversas estrategias que los durkheimianos siguieron para conferir a su disciplina una legitimidad institucional y una legitimidad científica, KARADY, Victor, “Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens”, en *Revue française de sociologie*, núm 1, Vol. 20 (Dossier: *Les Durkheimiens*), enero-marzo de 1979, pp. 49-82.

²⁵⁴ LÉVI-STRAUSS, Claude, “La sociología francesa”, en GURVITCH, Georges y MOORE Wilbert, (Dirs.), *Sociología del siglo XX*, Trad. C. Dimitriu. El Ateneo, Barcelona, 1964 (correspondiente a la 1ª. ed., en español de 1956, y a la 1ª ed., francesa de 1947), Tomo II, p. 3.

²⁵⁵ *Ibid.* p. 3.

Sus representantes nunca consideraron que [la sociología] fuese una disciplina aislada, trabajando dentro de un campo de investigación particular, sino que constituye más bien un método o una actitud específica frente a los fenómenos humanos. No sólo los sociólogos, por consiguiente, pueden ocuparse en sociología. Estudios que en otras partes del mundo pertenecían exclusivamente a la sociología, en Francia fueron llevados a cabo con mucho éxito por otras disciplinas.²⁵⁶

La trayectoria de la sociología, tan sobresaliente como meteórica, había sido también la de Durkheim. Egresado de la Escuela Normal superior, semillero de los grandes intelectuales franceses de la época, donde siguió los cursos de los filósofos neokantianos Charles Renouvier y Émile Boutroux, además de los historiadores Gabriel Monod y Fustel de Coulanges,²⁵⁷ entre otras influencias intelectuales importantes.²⁵⁸ Durkheim tuvo de compañeros al filósofo Henri Bergson y al líder socialista Jean Jaurés, quienes tendrían también un brillante futuro. Después de haber escrito en latín su tesis secundaria sobre Montesquieu, *La contribution de Montesquieu á la constitution de la science sociale*, (fecha en 1892), y de haber estudiado en Leipzig en 1896, en el laboratorio de psicología de Wilhelm Wundt (como 20 años después lo haría también M. Bloch), entre los años de 1893 y 1897, siendo todavía muy joven, Durkheim publicó la mayor parte de una obra que, con los años, lo llevaría a ocupar un lugar, junto a Marx y Weber, en el panteón de los fundadores de la sociología.

Los suyos fueron años vertiginosos, turbulentos y llenos de lecciones sobre el conflicto social, el desgarramiento de la unidad nacional y la aparición de naciones, banderas e himnos nacionales en todo el continente europeo, la emergencia de un nuevo ciclo en la historia de la lucha de clases, el papel devastador de la guerra a escala mundial, la crisis de la identidad burguesa, la transformación de las artes y la revolución de las certidumbres científicas. Fueron los años de la Tercera República, de la guerra franco-prusiana y la amarga derrota de Sedán,

²⁵⁶ *Ibid.* p. 3.

²⁵⁷ La importancia de Fustel de Coulanges en la formación de Durkheim ha sido minimizada: "... sale a la luz el menos apreciado de los predecesores de Durkheim. Me refiero a quien fue su maestro en la École Normale Supérieure, el historiador Numa Denis Fustel de Coulanges", ha señalado R. Collins: "Fustel no era sociólogo, en el sentido en que Durkheim llegaría a serlo al llevar los conceptos de aquél al nivel de las generalizaciones abstractas, aun cuando éste declaró con firmeza que la historia es una ciencia y no tan sólo un arte (...) Fustel merece que se le reubique en un sitio de honor en el linaje durkheimiano de las ideas medulares de la sociología". COLLINS, Randall, *Cuatro tradiciones sociológicas*. Trad. Ángel Fonseca. UAM-I, México, 1ª ed. 1996, pp. 217 y 218. Del mismo autor, "The Durkheimian tradition in conflict sociology", en ALEXANDER, Jeffrey C. (Editor), *Durkheimian Sociology: cultural studies*. Cambridge University Press, Cambridge Mass., 1988, pp. 107-128. Sobre la relación de Fustel de Coulanges con Durkheim, LUKES, Steven, *Émile Durkheim, his life and work*, *Op. cit.*, pp. 58-66.

²⁵⁸ Con los años, Durkheim se nutrió con la lectura de los evolucionistas, como H. Spencer o H.S. Maine, cuya influencia en él no fue insignificante. STOCKING, George W. *Victorian anthropology*, *Op. cit.* pp. 296-299.

aunque también del célebre caso Dreyfus, muestra del antisemitismo de la sociedad francesa y fecha de nacimiento de la figura del intelectual francés, simbolizado con el *J'accuse...!*, de Émile Zola. Pero fue también la época del heroico intento de 'tomar el cielo por asalto', cuyo símbolo fue la Comuna de París, una "revolución contra el Estado mismo, este aborto sobrenatural de la sociedad", como Marx decía, y "la reasunción por el pueblo y para el pueblo de su propia vida social".²⁵⁹

¿Podía, el futuro sociólogo, quien consideraba que los métodos científicos debían aplicarse al estudio de la sociedad, permanecer ajeno a todo ello? "Desde los años de estudiante en la École Normale", escribió Marcel Mauss, "por vocación e inmerso en un medio con intensas inquietudes morales y políticas, de acuerdo con sus condiscípulos Jaurés y Hommay (muerto en 1886) Durkheim se consagró al estudio de la cuestión social". Así, las relaciones con los problemas sociales de su época, las experiencias sociales que presencié o en las que participé, se encuentran en la base de su obra, y explican, como ha señalado Duvignaud, por qué "el campo de las investigaciones de Durkheim fue la trama de la vida colectiva en la que su existencia de intelectual estaba inserta".²⁶⁰ Este fondo de profundas transformaciones y aleccionadoras experiencias no sólo apuntaron hacia la reforma política de la Tercera República, o a la reorganización de la sociedad francesa, traspasada por conflictos, derrotas y fracturas, sino al estudio de los valores que conformaban la conciencia colectiva (como la moral y la religión) considerados vínculos de cohesión que mantenían el orden social, por lo que, dada su importancia, ocuparon un lugar pedagógico (sus trabajos sobre la educación moral o la evolución pedagógica) aunque también político (sus escritos sobre el socialismo), a los que dedicó una parte importante de su actividad intelectual. Sin embargo, una precisión se impone:

Una cosa es sostener que el origen del proyecto durkheimiano es político y que nunca quiso desvincular la sociología de los problemas concretos de la sociedad y otra muy distinta concluir sosteniendo que identificó política y sociología.²⁶¹

²⁵⁹ MARX, Karl, "El Carácter de la Comuna", en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 16 (Dossier: *Experiencias del autogobierno popular*) año 8, México: marzo 2011-agosto 2011, segunda serie, p. 41.

²⁶⁰ Citados en RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, Luis, "Prólogo", DURKHEIM, Émile, *La división del trabajo social*. Trad. Carlos G. Posada, Colofón, México, 5ª edición 2002, p. VI.

²⁶¹ *Ibid.* p. VII. Por ejemplo, a propósito de la obra de Marx, Durkheim decía: "cuya influencia no hemos sufrido en modo alguno". DURKHEIM, Émile, "La concepción materialista de la historia (1897)", en *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias*, *Op. cit.* p. 235.

Con estos preceptos, en 1893, cuando Durkheim tenía 35 años, apareció su tesis de doctorado: *La división del trabajo social*; en 1895, *Las reglas del método sociológico*; *El suicidio*, en 1897. Un año más tarde, aparecería el primer número de una revista creada entre 1896-1897: *L'Année sociologique*, bajo el sello de uno de los más importantes editores de la época, Félix Alcan. Hacia 1912, Durkheim publicó su última gran obra: *Las formas elementales de la vida religiosa*. Sin embargo, en este corto período, los años de 1895-1897 tuvieron un peso de gran trascendencia en el pensamiento de Durkheim: "Para mí fue una revelación. Ese curso [sobre las formas elementales de la religión] de 1895 marca un línea de demarcación en el desarrollo de mi pensamiento". Pues, "ese año por primera vez, encontré la manera de abordar sociológicamente el estudio de la religión".²⁶²

Es más, en ese momento de 'revelación', Steiner ha señalado que Durkheim estaba utilizando masivamente los datos etnográficos en el marco de la sociología, y estaba leyendo *The religion of the Semites*, la obra de William Robertson-Smith.²⁶³ ¿No había sido él uno de los grandes maestros de Frazer, a quien *La rama dorada* había sido dedicada? De acuerdo con Steiner, las monografías publicadas por Durkheim en *L'Année sociologique* son muestra del acercamiento de la sociología con la antropología: *La prohibición del incesto* (1898), *Sobre el totemismo* (1902), *Algunas formas primitivas de clasificación* (1903), escrita en colaboración con Mauss, y *Sobre la organización matrimonial de las sociedades australianas* (1905). ¿Podría olvidarse que en sus *Formas elementales de la vida religiosa*, él había citado a Frazer, McLennan, Bachofen, Morgan, Spenser, o Tylor, con quien incluso Mauss estudiaría en Oxford? Pero este acercamiento significa algo todavía más importante: el poder transformador de los datos obtenidos por la antropología, a partir de la sociología religiosa.

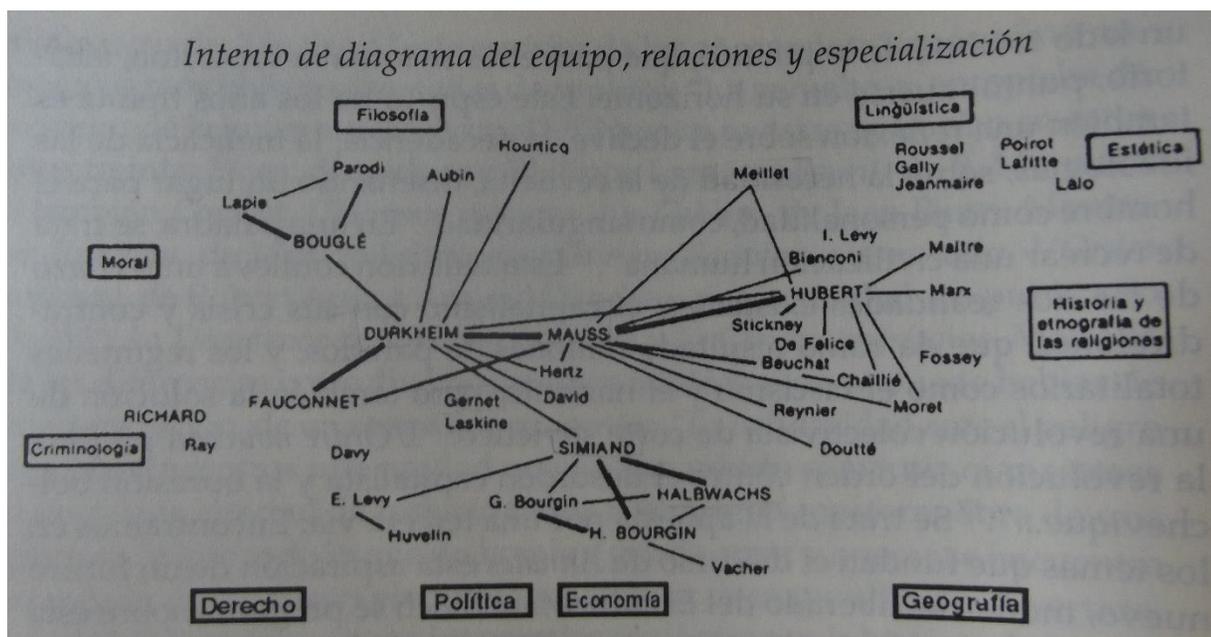
Si la trayectoria de Durkheim es brillante, el equipo que él mismo se encargó de armar era todavía más sobresaliente. L. Coser señaló que Durkheim "quizás haya aglutinado a uno de los grupos más prestigiosos de sociólogos que alguna vez se hayan reunido en una obra común".²⁶⁴ El esfuerzo conjunto haría que una ciencia nueva, pero sobre todo marginal, se

²⁶² Citado en STEINER, Philippe, *La sociología de Durkheim*. (Col. Claves) Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires 2003, p. 28.

²⁶³ *Ibid.* p. 29.

²⁶⁴ Citado en *Ibid.* p. 16.

arraigara con fuerza en el competitivo mapa de los estudios franceses. Integrado generalmente por ex alumnos de la École Normale Supérieure, los miembros de *L'Année sociologique*, a diferencia del Institut International de Sociologie, no marchaban sin una idea directriz en torno de la concepción de la sociología. Aun cuando no existía entre ellos una concepción única de la disciplina, o se criticaba la obra de Durkheim; e incluso considerando la visible heterogeneidad intelectual de su conformación como grupo —lo cual también explica la extraordinaria capacidad de relacionarse con otras disciplinas y anexarlas como territorios sociológicos— lo cierto es que todos ellos tenían una clara directriz que tuvo “una base mínima de acuerdo entre “trabajadores” que aceptaban la idea de una sociología hecha de manera científica”.²⁶⁵ Esto queda más claro en este diagrama elaborado por Besnard:



En una carta (3/VI/1900) escrita a Célestin Bouglé, uno de los más importantes impulsores de *L'Année sociologique*, Durkheim le decía:

No me culpe por el poco tiempo que le doy a *l'Année*. Después de que he probado que todo el mundo se ha encariñado con *l'Année* y que el grupo formado de esta manera, no sin homogeneidad y sin solidaridad, encuentro que lo mejor que puedo hacer es dedicarle todo el tiempo que me dejen libre las exigencias del trabajo. Considerando en efecto que es el primer grupo de este género que se organiza, donde hay una división del trabajo y una cooperación verdadera. Si pudiéramos durar, sería un buen ejemplo. Es también el mejor medio de preparar la actividad sociológica y de estimularla. Si cada uno de nosotros contribuye poco a poco, eso

²⁶⁵ *Ibid.* p. 14. A propósito de la conformación del grupo, BESNARD, Philippe, “La formation de l’équipe de *l'Année sociologique*”, en *Revue française de sociologie*, núm 1, Vol. 20, *Op. cit.* pp. 7-31. (Diagrama, p. 22)

será ya un logro. Por otra parte, no hay duda de que, a fin de cuentas, la situación moral de la sociología va a modificarse en Francia, y que se creará un parteaguas en la opinión entre los buenos trabajadores y los otros, y nosotros habremos influido, en mayor o menor medida, en este resultado.²⁶⁶

La línea de trabajo de los durkheimianos fue distinta de los esfuerzos intelectuales con los cuales rivalizaban, de los diletantes que abrumaban el campo intelectual, así como de las vaguedades entre la diferenciación de la sociología con otras disciplinas, como la psicología, por ejemplo, aun cuando un sociólogo como Halbwachs o un psicólogo como Blondel, plantearan problemas psicológicos a través de los datos sociológicos. ¿Simple porosidad de fronteras, o estrategia para asimilar mejor su territorio? De hecho, la extraordinaria atención a una serie de temas que eran considerados territorios de explotación exclusiva de las disciplinas vecinas (costumbres, ritos, religiones, estadísticas, precios, cifras, leyes, delitos, jurisprudencia, clima, territorios, moral, educación) no se debía simplemente a la tarea de dar cuenta de las actividades de las disciplinas limítrofes: se trataba de reelaborar, bajo los preceptos de la sociología, todo el conocimiento de las demás ciencias. Durkheim lo explicó de manera inequívoca. La gran tarea era “convertir a todas estas ciencias especiales en ramas de la sociología. Pero para esto, era indispensable entrar estrechamente en contacto con ellas, mezclarse en su vida para renovarla”.²⁶⁷

Como observó Lévi-Strauss,²⁶⁸ el carácter universal de la sociología permitió que ésta contribuyera a la renovación de muchas ciencias humanas. No sólo la geografía, en cuyas filas estaban Pierre Gourou (1900-1999), *Esquisse d'une étude de l'habitation annamite* y *Les paysans du delta Tonkinois* (ambos de 1936), quien sería profesor en el Collège de France entre 1947-1970; Roger Dion (1893-1981), *Essai sur la formation du paysage rural française* (1934); Jules Sion (1879-1940), *Les paysans de la Normandie Orientale* (1908); y el miembro del primer Comité de Redacción de *Annales*: Albert Demangeon, *La plaine picarde*, y en colaboración con Lucien Febvre (1878-1956), *Le Rhin*; o la lingüística de Ferdinand de Saussure (1857-1913), *Cours de linguistique générale* (1916) y Antoine Meillet (1866-1936), *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes* (1903), *Linguistique historique*

²⁶⁶ BESNARD, Philippe, “Lettres à Célestin Bouglé”, en *Revue française de sociologie*, núm 2, Vol. 17 (Dossier: *A propos de Durkheim*), abril-junio de 1976, pp. 173-174.

²⁶⁷ Durkheim, citado en STEINER, Philippe, *La sociología de Durkheim. Op. cit.* p. 113.

²⁶⁸ LÉVI-STRAUSS, Claude, “La sociología francesa”, *Op.cit.* pp. 5-7.

y *linguistique generale* (1921-1936), quienes expresaron su deuda con Durkheim; sino también la historia, con Marc Bloch (1886-1944), *Les rois thaumaturges* (1924), *la Société Féodale* (1939-1940) o Louis Gernet (1882-1962), *Recherches sur le développement de la pensée juridique en Grèce ancienne* (1917), o *Le Génie grec dans la religion* (1932, en la colección “L’évolution de la humanité”, de H. Berr); y la sinología, con Marcel Granet (1884-1940), *La civilisation chinoise* (1929) y *La pensée chinoise* (1934), también publicados en la colección de H. Berr; incluyendo la psicología, con Charles Blondel (1876-1939), *La conscience morbide* (1914) e *Introduction à la psychologie collective* (1929), quien fue colega de Marc Bloch en la Universidad de Estrasburgo y tiempo después en la Sorbona, en la recuperada Alsacia-Lorena, escaparate de la ciencia francesa ante la alemana y laboratorio excepcional de las ciencias humanas, en el cual habría de conocerse el núcleo de colaboradores que en 1929 fundaría la revista *Annales d’Histoire Économique et Sociale*.

Incluso después de la desaparición del maestro, en 1917, y los estragos de la guerra, la escuela sociológica durkheimiana siguió transformándose, conservando, sin embargo, la fuerza intelectual con la que había surgido.²⁶⁹ Las contribuciones de François Simiand (1873-1935) a la sociología económica, con sus investigaciones sobre salarios, precios y ciclos económicos, *Les fluctuations économiques à longue periode et la crise mondiale*, y *Recherches sur le mouvement général des prix* (ambos de 1932), le harían merecedor, entre 1932 y 1935, de la cátedra de historia del Trabajo en el Collège de France.²⁷⁰ Las investigaciones de Maurice Halbwachs (1877-1945), *Les cadres sociaux de la mémoire* (1925), *Les causes du suicide* (1930) o *Morphologie sociale* (1938), son representativas de quien sería el continuador de la cátedra de sociología (entre 1919 y 1935) de G. Simmel en la universidad de Estrasburgo, única universidad francesa que en esos años tuvo una cátedra de ese tipo. Integró, además, el

²⁶⁹ HEILBRON, J., “Les metamorphoses du durkheimisme, 1920-1940”, en *Revue Française de Sociologie*, núm. 2, vol. 26, (Dossier: *La Sociologie Française dans l’Entre-Deux-Guerres*), abril-jun. 1985, pp. 203-237. A propósito, Marc Bloch señaló: “Durkheim ya no estaba ahí, pero así como el equipo que armó en torno de sí mismo le sobrevivió, disminuido por algunos decesos o fortificado por los nuevos reclutas, también el espíritu que lo animó seguía siendo el mismo”. Citado en RHODES, R. Colbert, “Émile Durkheim and the Historical Thought of Marc Bloch”, en *Theory and society*, núm. 1, vol. 5, enero 1978, p. 46.

²⁷⁰ Figura dentro de las más importantes de *l’Année sociologique*, en buena medida maestro de Halbwachs, la apreciación de la obra de Simiand en Bloch creció con los años. Particularmente cuando Bloch comenzó a trabajar la historia de las técnicas y la historia económica, escribiendo sobre el problema del oro en la Edad Media o la historia de los precios, y cuando comenzaba a preparar los libros que debía escribir sobre la historia económica y de la moneda en la Edad Media. A propósito de Simiand, Cfr. BLOCH, Marc, “Le salaire et les fluctuations économiques a longue periode”, en *Mélanges Historiques, Op. cit* pp. 890-917.

primer Comité de Redacción de la revista *Annales*, y en 1938, junto a Marc Bloch, fundó el Instituto de Historia Económica y Social en la Sorbona,²⁷¹ algunos años antes de obtener la cátedra de Psicología Colectiva en el Collège de France (1944-1945) y de ser asesinado en el campo de exterminio de Buchenwald. Por otro lado, en el campo de la sociología de la religión y en el de la historia, están los trabajos de Henri Hubert (1872-1927), *Les Celtes et l'expansion celtique jusqu'à l'époque de la Tène* y *Les Celtes depuis l'époque de la Tène et la civilisation celtique* (terminados por Mauss y aparecidos en 1932 en la colección de H. Berr). Así mismo, *Les fonctions mentales dans les sociétés inférieures* (1910), *La Mentalité primitive* (1922), o *L'âme primitive* (1927), representan algunas de las más célebres investigaciones de Lucien Lévy-Bruhl (1857-1939), reputado filósofo convertido tardíamente a la sociología, aunque de forma particularmente brillante, cuya proximidad con Durkheim también fue motivo de importantes desacuerdos teóricos.²⁷²

Prueba de la colaboración entre sociología y antropología fue el importante Institut d'Ethnologie de la Universidad de París, fundado en 1926 por Lucien Lévy-Bruhl, el doctor Paul Rivet (1876-1958) y Marcel Mauss, (1873-1950). Este último, sobrino de Durkheim, quien a pesar de no haber escrito ningún libro²⁷³ fue el autor de artículos y ensayos hasta hoy día considerados clásicos del espíritu que animaba el proyecto, y representativos de una forma

²⁷¹ Un año antes que M. Bloch, M. Halbwachs consiguió una cátedra de Historia económica y social en la Sorbona, sucediendo en 1935 a Célestin Bouglé, otro durkheimiano importante, mientras que a su vez, en Estrasburgo, su lugar sería ocupado por un joven sociólogo que en el futuro alcanzaría prestigio internacional: Georges Gurvitch. Bloch tenía en gran estima el trabajo de Halbwachs, y sobre *Les cadres sociaux de la mémoire* y *Les causes du suicide* escribió importantes reseñas. "Memoria colectiva, tradición y costumbre. A propósito de un libro reciente", y "Un síntoma social: el suicidio", en *Historia e historiadores*, *Op. cit.* pp. 223-232 y 233-237.

²⁷² HORTON, Robin, *Lévy-Bruhl, Durkheim y la revolución científica*. Trad. Carlos Manzano, Barcelona: Anagrama, 1980. EVANS-PRITCHARD, E. E, "Levy-Bruhl" en *Las teorías de la religión primitiva*, *Op. cit.* pp. 129-160; GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, "Un Estudio de Sociología Religiosa", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, vol. 9, (Sept.-Dic. 1947), pp.353-365; y "Sociología de un Error (Notas sobre la mentalidad primitiva)", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, vol.11, (May-Agosto 1949), pp. 229-245.

²⁷³ Sobre la obra, véase MAUSS, Marcel, "L'oeuvre de Mauss par lui-meme", en *Revue Française de Sociologie*, núm.1, vol. 20, *Op. cit.* pp. 209-220. La mayor parte de sus libros aparecieron de manera póstuma. En 1950, *Sociologie et anthropologie*, Introduction de Cláude Lévy-Strauss. QUADRIGE-PUF, París, 12ª. Edición, 2012. (Trad. al español por la editorial Tecnos, en 1971). La edición de KARADY, Victor, *Œuvres de Marcel Mauss*. T. 1: *Les fonctions sociales du sacré*. T. 2: *Représentations collectives et diversité des civilisations*. T. 3. *Cohésion sociale et divisions de la sociologie*, Minuit, París, 1968. (Trad. al español, por la editorial Barral, en 1972) y bajo la edición de Denise Paulme, la versión taquigráfica de *las Instrucciones de etnografía descriptiva*, curso que Mauss impartió entre 1926 y 1939 en el Instituto de Etnología de la Universidad de París, aparecido en 1947, *Manual de etnografía* (Col. Sección de Obras de Antropología), Buenos Aires, FCE, 2006. Véase también, MAUSS, Marcel, "Les sciences sociales a Paris vues par Marcel Mauss", y "Lettres de Mauss a Radcliffe-Brown", en *Revue Française de Sociologie*, núm. 2, vol. 26, *Op. cit.* pp. 343-352 y 239-243. Cfr. NETTEL, Patricia, "El principio de reciprocidad desde una perspectiva sustantivista", en *Política y cultura*, núm. 3, UAM-X, México, 1993, pp. 232-237.

muy brillante de analizar los fenómenos sociales en todos sus aspectos, en todas sus dimensiones (el “hecho social total”), que transformaron no sólo la etnología sino también las ciencias humanas. Aparecidos en las páginas de *L'Année sociologique*, emblema del grupo y símbolo del combate de los durkheimianos, *Esquisse d'une théorie générale de la magie* (en colaboración con Henri Hubert, 1902-1903), *De quelques formes primitives de classification* (escrito en colaboración con Durkheim, 1902-1903), y sobre todo, *Essai sur le don, forme et raison de l'échange dans les sociétés archaïques* (1923-1924), son algunas de las más célebres contribuciones de Mauss a la ciencia social francesa de la primera mitad del siglo XX.

Con esta importancia, sobre todo después de la primera guerra mundial —que también despedazó a los durkheimianos— Marcel Mauss fue quizá el heredero más brillante de la tradición durkheimiana, cuyo legado no sólo preservó (como también lo hicieron Radcliffe-Brown en Inglaterra, o Robert Merton y Talcott Parsons en los Estados Unidos), sino que al ser nombrado profesor de la Cátedra de Sociología en el Collège de France (antes que Simiand o Halbwachs, cuya cátedra desempeñó entre 1931 y 1942), el mérito académico individual fue sobre todo el símbolo del reconocimiento institucional e intelectual de una nueva disciplina, cuya extensión teórica de sus dominios él comprendió mejor que nadie (su artículo de 1924-1925: “Divisions et proportions et proportions des divisions de la sociologie”). Por ello mismo, “1925 fue el *annus mirabilis* de la escuela”, escribió Momigliano, señalando que Halbwachs había publicado *Les cadres sociaux de la mémoire*, Mauss su “revolucionario” *Essai sur le don*, y Henri Hubert “había dado aquellas conferencias sobre los alemanes que sólo se publicarían de manera póstuma en 1952”.²⁷⁴

Sin embargo, ante los ojos de los vecinos esta escuela fue considerada imperialista, cuya ambición de apoderarse de la totalidad social (sociología general, sociología religiosa, sociología moral y jurídica, sociología criminal y estadística moral, sociología económica o morfología social), amenazaba con reunir a todas las ciencias del hombre bajo su programa. Y de manera especial, el debate ocurrió con la historia (“En realidad, que yo sepa, no hay

²⁷⁴ MOMIGLIANO, Arnaldo, “Georges Dumézil y el enfoque trifuncional de la civilización romana”, en *De paganos, judíos y cristianos*, *Op. cit.* p. 471.

conocimiento sociológico que merezca ese nombre y que no tenga un carácter histórico”²⁷⁵), templo defendido celosamente por sus guardianes, los sucesores de Fustel, Renan, Taine, Duruy o Boutaric, quienes llegaron a la madurez en los años de la Tercera República. Es la generación de los ‘jóvenes lobos’: Monod, Lavissee, Guiraud, Bémont, Langlois, Seignobos, Jullian, estrechamente relacionados con los preceptos de la ‘Escuela de Berlín’, representada sobre todo por Ranke,²⁷⁶ a quienes Lucien Febvre, en sus *Combates por la historia*, dirigió críticas mordaces, encarándolos como al enemigo que había de vencer en el terreno mismo de la historia.²⁷⁷ Para ellos, los pasos del oficio de historiador podían escalonarse en cuatro etapas:

Inventario o heurística. Intervienen todos los conocimientos relativos a la conservación y catalogación de fuentes. *Crítica externa.* Pretende autenticar el texto. Debe establecer el documento-modelo fijando su procedencia, fecha de elaboración, autor, faltas e interpolaciones. *Crítica interna o hermenéutica.* Pretende medir la veracidad del testimonio. Es un desciframiento del contenido del texto; las intenciones del autor, su marco social, la verosimilitud de su información, su adecuación a los conocimientos posibles en la época, su grado de sinceridad. *Síntesis.* Se comparan documentos que atestigüen sobre un mismo hecho con objeto de establecerlo con mayor exactitud. Se procede a deducir por analogía, información sobre ciertos fenómenos no conocidos a partir de otros que se suponen semejantes y son bien conocidos. Por último, se encuadran los hechos en casillas generales: geografía, clima, cultura, sociedad, etc.²⁷⁸

²⁷⁵ DURKHEIM, Émile, “Debate sobre la explicación en historia y en sociología (1908)”, en *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias*, *Op. cit.* p. 299. Debate excepcional en el cual participaron É. Durkheim, C. Bouglé, P. Lacombe, A. Lalande, G. Bloch y Ch. Seignobos.

²⁷⁶ De acuerdo con las lecciones de Ranke, el historiador podía llegar a la objetividad y conocer así la verdad de la historia, sólo si podía seguir ciertas reglas: “1ra. regla: le incumbe al historiador no ‘juzgar el pasado ni instruir a sus contemporáneos sino simplemente de informar lo que realmente ha pasado’. 2da. regla: No hay ninguna interdependencia entre el sujeto cognoscente, el historiador, y el objeto del conocimiento, el hecho histórico. Por hipótesis, el historiador escapa a todo condicionamiento social; lo que le permite ser imparcial en su percepción de los acontecimientos. 3ra. regla: La historia —la unidad de la *res gestae*— existe en sí, objetivamente; ella misma tiene una forma dada, una estructura definida, que es directamente accesible al conocimiento. 4ta. regla: la relación cognitiva es conforme a un modelo mecanicista. El historiador registra el hecho histórico, de manera pasiva, como el espejo refleja la imagen de un objeto, como la cámara fotográfica fija el aspecto de una escena o de un paisaje. 5ta. regla: La tarea del historiador consiste en recoger un número suficiente de hechos, de la misma manera, la narración histórica se organiza y se deja interpretar. Toda reflexión teórica es inútil, se ve invisible, así ella introduce un elemento de especulación.” BOURDÉ, Guy y HERVÉ, Martin, *Les écoles historiques*, Éditions du Seuil, París 1997, pp. 207-208.

²⁷⁷ Sobre esta disputa, REVEL, Jacques, “Historia y ciencias sociales: los paradigmas de *Annales*”, y BURGUIÈRE, André, “Historia de una Historia: el nacimiento de *Annales*”, en BUCHBINDER, Pablo y PAGANO, Nora (Comps.), *La historiografía francesa contemporánea*, *Op. cit.* pp. 79-100 y 101-129. De los mismos autores y en ese orden, *Las construcciones francesas del pasado. La escuela francesa y la historiografía del pasado* (Col. Popular) Trad. Víctor Goldstein. FCE, Buenos Aires, 2002; y *L'École des Annales. Une histoire intellectuelle*, Odile Jacob, París, 2006.

²⁷⁸ VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico. De la escuela histórica alemana al grupo de los “Annales”*. Universidad de Cádiz, Cádiz, 1989, p. 79.

De acuerdo con ello, la tarea del historiador consistía, en primer lugar, en buscar, reunir, acumular documentos (cartas, ordenanzas reales, bulas pontificias, etc.) y clasificarlos. En segundo término, la crítica de erudición, al ser auxiliada por la técnica de la paleografía, hacía posible constatar la autenticidad del documento; en tercer lugar, el estudio lingüístico para determinar el valor de las palabras o de las frases, e interrogarse sobre las intenciones de los personajes que habían creado el documento; posteriormente, relacionar los hechos entre ellos y seleccionarlos, organizándolos en una construcción lógica y lineal: la narración.

Es más, la relación del historiador con la historia debía ser controlada al grado de extinguir cualquier tipo de empatía que interfiera con la comprensión objetiva de los hechos. Dado que la estructura de la historia se alteraba con juicios de valor, el historiador debía ser objetivo: entre menos apareciera en la reconstrucción del pasado estaría más apegado a la objetividad, y por tanto, se encontraría más cercano a la verdad. En un tono que recuerda el cientificismo de Fustel de Coulanges, Camille Jullian señalaba: “La historia más seductora (...) será quizá aquella donde el historiador aparecerá lo menos posible y donde el lector será más directamente golpeado por la expresión de la verdad”.²⁷⁹ Por su parte, Langlois y Seignobos, autores de un manual sobre el método histórico, *Introduction aux études historiques*, que fue extraordinariamente importante en su época —éxito sólo comparable al *Petit Lavis*— decían al respecto:

Desde hace 50 años, se han desprendido y constituido las formas científicas de la exposición histórica: en armonía con esta concepción general de que el fin de la historia no es agradar, ni dar recetas prácticas para conducirse, ni emocionar, sino simplemente, saber.²⁸⁰

Hacia esta concepción de la historia se dirigió la embestida durkheimiana. El carácter irreductible del hecho histórico, completamente fiel a su dimensión única e irrepetible, rebelde a cualquier intento de generalización, a cualquier esfuerzo de sistematización de ese pretendido átomo de la materia histórica: el individuo, fue el punto de partida del desafío sociológico, representado en primer lugar por Durkheim, pero también por Simiand, uno de sus más brillantes alumnos.

²⁷⁹ Citado en NORA, Pierre “La historia de Francia de Lavis”, *Op. cit.* p 29.

²⁸⁰ Citados en BOURDÉ, Guy y HERVÉ, Martin, *Les écoles historiques*, *Op. cit.* p. 226.

Considerado un manifiesto de carácter programático, el primer prefacio, la primera presentación o la primera editorial de una revista, definen la línea de trabajo, configuran la identidad y la estructura básica de la solidaridad, tanto del proyecto como del grupo de colaboradores, señalan la ruta crítica que deberá seguirse en los próximos números y trazan también las estrategias de combate o las alianzas estratégicas,²⁸¹ sobre todo cuando éste representa el intento por afirmar la legitimidad intelectual e institucional de una nueva disciplina. En el prefacio al primer volumen de *L'Année sociologique*, Durkheim señalaba que el propósito fundamental de la nueva revista no era presentar un cuadro anual de la literatura “propiamente sociológica”, dado que la bibliografía era todavía poco numerosa, sino sobre todo dar cuenta de las investigaciones que se llevaban a cabo en las “ciencias especiales: historia del derecho, de las costumbres, de las religiones, estadística moral, ciencias económicas” entre otras, pues en éstas se encontraban “los materiales con los que debe construirse la sociología”.²⁸²

Sutil e inteligente, la convocatoria de Durkheim se presenta como el intento de aproximar a la sociología, ciencia nueva, todavía en vías de realización, a “ciertas ciencias especiales” que se han mantenido demasiado alejadas de ella. “Al hablar así, es sobre todo en la historia en lo que pensamos”.²⁸³ Para él, no podía existir una ciencia de acontecimientos que escapan a toda modelización, sino de lo repetible, de regularidades que permitían acceder a la formulación de las reglas del funcionamiento social. “Incluso cuando la ciencia es puramente descriptiva no describe tales o cuales individuos, sino tal especie”, dice Durkheim a propósito de esto último, señalando que, sin duda, “la historia puede ser entendida del mismo modo; pero entonces deja de ser la historia de tal pueblo en particular, para ocuparse de una especie en general”.²⁸⁴

Para ello era imprescindible observar directamente los hechos, clasificar los “hechos históricos” en tipologías, reteniendo así aquéllos que fueran vitales, desechando los accesorios, para lo cual se necesitaban criterios que hacían posible las comparaciones. Sin embargo, para

²⁸¹ Véase, *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 13, (Dossier: *Cómo se fabrica una revista crítica*), Año 7, México, septiembre 2009-mayo 2010.

²⁸² DURKHEIM, Émile, “Prefacio al volumen primero de *El Año sociológico* (1896-1897)”, en *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias*, *Op. cit.* p. 221.

²⁸³ *Ibid.*, p. 223.

²⁸⁴ DURKHEIM, Émile, “La historia y las ciencias sociales (1903)”, en *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias*, *Op. cit.* p. 296.

descubrir con precisión el modo en el cual se encadenaban los acontecimientos de una determinada historia, era necesario conocer las relaciones que guardaban los hechos históricos, utilizando un procedimiento fundamental para la explicación científica: el método comparativo. No obstante, si éste hacía de la historia una ciencia, era a condición de privarla de su autonomía.

Lapidaria, considerada inofensiva o en ocasiones olvidada a propósito, la caracterización —basada en Fustel de Coulanges, cuyos estudios acercaban a la historia con la sociología y la antropología—, fue para algunos una declaración de guerra: “La historia no puede ser una ciencia más que si se eleva por encima de lo individual”, dice Durkheim, “aunque en ese caso deja de ser ella misma y se convierte en una rama de la sociología”.²⁸⁵ Poco después de la desaparición de su maestro, M. Halbwachs señaló que él había estado convencido que “todo lo esencial de la historia debía convertirse en objeto de estudio sociológico”, por lo cual “el rol del historiador se reducía a coleccionar los hechos, a presentar la sucesión cronológica y a describir su aspecto exterior y complejo”.²⁸⁶ Incluso en lo que concierne a la dimensión narrativa de la historia, Durkheim consideraba que su función consistía en poner a las sociedades en condiciones de recordar su pasado, y ello demostraba que la historia era una manifestación de la “memoria colectiva”, o sea, un territorio sociológico más.

Curiosamente, las lecturas que estas líneas de Durkheim han generado (el texto sobre la historia, de 1903) recuerdan el supuesto reduccionismo atribuido a Marx y Engels, cuando, en el *Manifiesto del Partido Comunista* de 1848, escribieron: “La historia de todas las sociedades que han existido hasta nuestros días es la historia de las luchas de clases”. Leída como un absoluto o convertida en apotegma, esta frase ha generado, desde su época hasta el día de hoy, una serie de malas interpretaciones.²⁸⁷ Sin embargo, al ver con cuidado el prefacio del primer número de *L'Année sociologique*, la intención de Durkheim no gira en torno de la absorción que la sociología debía hacer de las “ciencias especiales”.

²⁸⁵ *Ibid.* p. 297.

²⁸⁶ Citado en CRAIG, John E. “Maurice Halbwachs à Strasbourg”, *Revue française de sociologie*, núm 1, Vol. 20, *Op. cit.* pp. 281-282.

²⁸⁷ A contracorriente de las visiones cosificadas sobre los fundadores del marxismo, y sobre este punto, véase THOMPSON, E.P., “La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?”, en *Tradicón, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica, 1989.

Antes de considerarlas ciencias distintas y antagónicas, la apuesta es otra, distinta, ambiciosa: crear, entre sociología e historia, una disciplina común, regulada por la comparación, capaz de dar cuenta de los grandes problemas. La necesidad por encontrar la unificación de la erudición y el estudio pormenorizado de los “hechos históricos”, tan caros a la historia, con la preocupación por agruparlos en tipos y leyes, a partir de los cuales se planteaban problemas generales, como pretendía la sociología, representaba, en su conjunto, la apuesta por el método comparativo: “La historia no puede ser una ciencia más que en la medida en que explica, y no se puede explicar más que comparando”, dice Durkheim, agregando que “hasta la simple descripción casi no es posible de otro modo; no se describe bien un hecho único o uno del que sólo se poseen algunos raros ejemplares, *porque no se le ve bien.*”²⁸⁸ En otras palabras, el problema era el siguiente:

Ahora bien, desde el momento en que establece comparaciones la historia deja de diferenciarse de la sociología. Por otra parte, la sociología no sólo no puede prescindir de la historia, sino que hasta tiene necesidad de historiadores que sean al mismo tiempo sociólogos. (...) Así pues, lejos de estar en antagonismo, estas dos disciplinas tienden por naturaleza la una hacia la otra, y todo permite prever que están llamadas a confundirse en una disciplina común, en la que los elementos de ambas se encontrarán combinados y unificados. Parece imposible tanto que aquel cuyo papel consiste en descubrir los hechos ignore qué comparaciones debe establecer, cuanto que aquel que los compara ignore cómo han sido descubiertos. Crear historiadores que sepan ver los hechos históricos como sociólogos, o, lo que viene a ser lo mismo, sociólogos que posean toda la técnica de la historia; ésta es la meta que hay que perseguir por ambas partes. (...) A Fustel de Coulanges le gustaba repetir que la historia es la verdadera sociología: nada más indiscutible, siempre y cuando la historia sea hecha sociológicamente.²⁸⁹

Sin embargo, la gran apuesta de Durkheim parece haber sido la reorganización del *episteme* que le era contemporáneo, el sistema de los saberes del mundo occidental que en las últimas décadas del siglo XIX se había caracterizado por una acelerada tendencia hacia la especialización y fragmentación del saber en múltiples disciplinas. El objetivo era plantear alianzas estratégicas, definir parentescos, derribar murallas, terminar con monopolios de explotación exclusiva, generar reglas y métodos comunes de trabajo para ciencias diferentes, a partir de considerar a los modelos científicos que eran proveídos por todas ellas, de las cuales, sin embargo, había que sacar otro tipo de provecho y crear así algo distinto. Reordenar el campo intelectual, a partir de la experiencia concreta de todas las disciplinas que ya ocupaban

²⁸⁸ DURKHEIM, Émile, “Prefacio al volumen primero de *El Año sociológico* (1896-1897)”, *Op. cit.* p. 223.

²⁸⁹ *Ibid.*, pp. 223-224.

un lugar en el mapa de las ciencias sociales, era un trabajo de síntesis que la sociología debía emprender.

Durkheim consideraba esta ciencia como un tipo de conocimiento nuevo, ajeno y distinto de los demás, particularmente de la filosofía. Su lugar no había sido ocupado por ningún otro, aun cuando el suyo tuviera como base el avance de las demás disciplinas y su territorio sólo podía ser delimitado a partir de considerar el indiscutible carácter objetivo de su método. “Los hechos sociales son cosas y deben ser tratados como tales”, como él decía, pero “si consideramos a los hechos sociales como cosas, es como *cosas sociales*”.²⁹⁰

Él pensaba que los fenómenos sociales obedecían a leyes y que éstas podían ser determinadas. *Las reglas del método sociológico*, libro de ascendencia cartesiana aparecido inmediatamente después de la *División del Trabajo Social* y poco antes de *El suicidio*; es decir, escrito a partir de la experiencia de la investigación doctoral (aunque anunciado en un artículo, del mismo nombre que el libro, publicado hacia 1894 en la *Revue Philosophique*) y pensado para sistematizar y profundizar muchas de sus lecciones, no representa sólo el indispensable manifiesto de una ciencia nueva, autónoma, urgida por definir la especificidad de su propósito y los planteamientos teóricos y epistemológicos que pudieran delimitar su propio perfil, sino que es también el símbolo de una operación distinta: el intento por delimitar las reglas (“observación de los hechos”, “distinción entre lo normal y lo patológico”, “reglas relativas a la constitución de los tipos sociales”, o “reglas relativas a la explicación de los hechos sociales” y “reglas relativas al uso de la prueba”) es decir, los métodos objetivos que eran necesarios para determinar las leyes a las que obedecían los fenómenos sociales.

“La sociología sólo es y sólo puede ser el sistema, el *corpus* de las ciencias sociales”, pero además, “indica e implica un cambio radical en el método y la organización de esas ciencias”.²⁹¹ Reorientar a todas las ciencias hacia el nuevo sentido que dictaba una ciencia total, era la gran tarea. Así había sido desde la época de Comte o Spencer y así era en la época de los durkheimianos. De este modo, bajo la influencia de la sociología, la clasificación

²⁹⁰ DURKHEIM, Émile, *Las reglas del método sociológico*, *Op. cit.* pp. 203-204 y 205.

²⁹¹ DURKHEIM, Émile, “Sociología y ciencias sociales (1903)”, en *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias*, *Op. cit.* p. 251.

de las ciencias y las relaciones entre ellas, o los métodos de trabajo y las dinámicas de funcionamiento, todo debía ser transformado, clasificado y redistribuido racionalmente, evitando no sólo la independencia entre las ciencias, sino esa repartición anárquica del mundo social que no solía estar en armonía con la naturaleza de las cosas. “Resultan de ello confusiones y distinciones irracionales”, dice Durkheim en un tono que todavía conserva toda su vigencia y actualidad, señalando que “a menudo fenómenos muy heterogéneos son reunidos bajo una misma rúbrica y fenómenos de la misma naturaleza están divididos entre ciencias diferentes”.²⁹² El estudio de la unidad del mundo social, esta idea acariciada por Comte, era una construcción intelectual que entre los durkheimianos adquiriría la intención de convertirse en una realidad. Tal idea, decía Durkheim, “sólo puede tener por órgano un cuerpo de ciencias distintas indisociables, que tengan conciencia de su interrelación”.²⁹³

Pero la sociología era un tipo de ciencia que había hecho del método comparativo una herramienta capaz de revolucionar el conocimiento científico de la época. Los sociólogos, que debían entrar en contacto con los materiales de la historia, sabían perfectamente que éstos eran útiles sólo si “pueden ser objeto de comparaciones”,²⁹⁴ aunque sabían también que si había una ciencia que “se resiste particularmente al empleo del método comparativo”,²⁹⁵ esta era la historia. En el marco social del cientificismo de la época, Durkheim había encontrado en el método comparativo una de las herramientas que podían atribuir a la sociología la legitimidad científica que tanto necesitaba: “el método comparativo satisface todas las exigencias de la ciencia”,²⁹⁶ decía a propósito de un criterio epistemológico equiparable al que las ciencias tenían en la experimentación, uno de los pasos del método científico.

²⁹² DURKHEIM, Émile, “Prefacio al volumen segundo de *El Año sociológico* (1896-1897)”, en *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias*, *Op. cit.*, p. 243.

²⁹³ DURKHEIM, Émile, “Sociología y ciencias sociales (1903)”, *Op. cit.*, p. 294.

²⁹⁴ DURKHEIM, Émile, “Prefacio al volumen primero de *El Año sociológico* (1896-1897)”, *Op. cit.* p. 227. Durkheim explica: “Este principio basta para eliminar los trabajos en los que el papel de las individualidades históricas (legisladores, hombres Estado, generales, profetas, innovadores de todo tipo, etc.) es el objeto principal o exclusivo de la investigación. Lo mismo diremos de las obras que se ocupan únicamente de rememorar en orden cronológico la sucesión de los acontecimientos particulares y de las manifestaciones superficiales que constituyen la historia aparente de un determinado pueblo (serie de dinastías, guerras, negociaciones, historias parlamentarias). En una palabra, todo lo que es biografía, sea de los individuos, sea de las colectividades carece de interés para el sociólogo actualmente.” (...) “consagrarse a ello es perder el tiempo”. Estos son argumentos que en 1903 utilizará Simiand para demoler a los historiadores.

²⁹⁵ *Ibid.*, p. 225.

²⁹⁶ DURKHEIM, Émile, “La historia y las ciencias sociales (1903)”, *Op. cit.*, p. 296.

Considerando a la sociología una ciencia, objetiva, con hipótesis y resultados comprobables, Durkheim no tenía reparo en emularla con las demás ciencias, a partir de considerar la perfecta equivalencia entre el método comparativo y la experimentación. “Para reemplazar a la experimentación, que es imposible, nos haría falta al menos la comparación”, decía, “y la comparación supone que en lo particular se hace abstracción de lo particular para no ver más que lo general”.²⁹⁷ Como los fenómenos sociales quedaban fuera de la acción del experimento, tanto por el hecho de que es imposible experimentar con ellos, como por el problema moral y ético que esto conllevaría, Durkheim denominó a este tipo de explicación sociológica y de reglas relativas al uso de la prueba: “experimentación indirecta o método comparativo”, por lo que, según él mismo decía, el método comparativo es el único conveniente para la sociología”.²⁹⁸

El método comparativo era un valioso método experimental para demostrar que un fenómeno es causa de otro, o que uno depende del otro, o que ambos son resultado de una misma causa, por señalar diferentes tipos de “variaciones concomitantes”. De tal manera, el empleo del método comparativo en conformidad con el principio de causalidad, tan caro a la sociología de Durkheim, establecía que para verificar los resultados de la deducción, para encontrar las pruebas, debían utilizarse las comparaciones: “luego haremos lo posible por verificar el resultado de esta deducción con ayuda de experiencias, es decir, de nuevas comparaciones”.²⁹⁹

Era tal la importancia que Durkheim atribuía al método comparativo que incluso lo asimilaba con su propia ciencia: “la sociología comparativa no es una rama especial de la sociología; es la propia sociología”.³⁰⁰ De acuerdo con lo que él decía, éste no servía para coleccionar hechos o describirlos, sino para que a partir del mayor número de ellos fuese posible hacer comparaciones, sin las cuales “nunca sería posible obtener leyes precisas ni relaciones de causalidad”,³⁰¹ y que eran fundamentales en las investigaciones sociológicas. Es éste el problema de lo individual, átomo rebelde a cualquier intento de abstracción y

²⁹⁷ *Ibid.* p. 296.

²⁹⁸ DURKHEIM, Émile, *Las reglas del método sociológico*, *Op. cit.* p. 185.

²⁹⁹ *Ibid.* p. 192.

³⁰⁰ *Ibid.* p. 199.

³⁰¹ *Ibid.* p. 188.

sistematización, que era imprescindible dejar de lado: “todo lo que es biografía”, todo lo que fuera “manifestaciones superficiales”, decía Durkheim, representaban una distracción que evitaba dedicarse a la reflexión objetiva de los fenómenos, las series, los fenómenos, las relaciones de causalidad entre un fenómeno en relación con su causa o una causa con los efectos que produce. Por tanto, “lo que hay que hacer es comparar no variaciones aisladas sino series de variaciones regularmente establecidas”,³⁰² tal como Durkheim lo había hecho en *La división del trabajo social*, o en *El Suicidio*, aunque lo haría también en *Las formas elementales de la vida religiosa*.

Por ejemplo, basándose en la estadística y en la cuantificación de delitos y suicidios, en estas curvas de evolución general él había encontrado la existencia de fuerzas generales e impersonales que expresaban síntomas y estados sociales —rasgos mórbidos y patologías sociales— que al ser ordenados, clasificados, medidos y comparados entre sí, no sólo podían revelar rasgos de su naturaleza más profunda, sino que sentaban la posibilidad de establecer leyes sobre la vida social en general. A partir de su vasta experiencia estadística, convertida en modalidades del ‘uso de la prueba’, Durkheim sugiere una tipología de las variaciones concomitantes que pueden compararse, de acuerdo con la naturaleza de las series de hechos utilizados. En el último capítulo de sus *Reglas*, él definía esta concepción del método comparativo en los términos siguientes:

El modo como han de formarse estas series difiere según los casos: pueden comprender hechos tomados o bien de una sola y única sociedad —o de varias sociedades de la misma especie— o de varias especies sociales diferentes.³⁰³

El estudio entre “varias sociedades de la misma especie” y de “varias especies sociales diferentes”, supone un horizonte suficientemente amplio para las comparaciones. Durkheim señalaba que, en el primer caso, se puede confrontar la historia de cada uno de los pueblos con la de los otros, y ver si en cada uno, tomado por separado, el mismo fenómeno evoluciona en el tiempo y en función de las mismas condiciones. Luego, es posible comparar las formas que van tomando los fenómenos a lo largo de su curva de evolución, pues aun cuando pertenezcan al mismo tipo, estas formas son individualidades y por lo tanto son distintas. Eso

³⁰² *Ibid.* p. 196.

³⁰³ *Ibid.* p. 196.

representa otro momento del análisis, la aparición de una serie de variaciones que deberán ser comparadas con los fenómenos en cada uno de los países estudiados. Usando como ejemplo la familia patriarcal antigua en la historia de Roma, Atenas y Esparta, Durkheim decía que podía clasificarse el desarrollo de cada una de estas ciudades a partir del grado de desarrollo máximo que en ellas alcanza este tipo de familia, y después podría verse si aún podrían clasificarse del mismo modo en relación con el estado del medio social del cual parece depender la familia patriarcal.³⁰⁴

No obstante, él impone una precisión. Dado que una sociedad no crea enteramente su organización, pues en buena medida la recibe hecha por sus predecesoras, todo lo que ha recibido no es el resultado de un desarrollo histórico propio; así que para explicar la eficacia de “las transmisiones” había que estudiar la plataforma sobre la cual “las innovaciones” estaban siendo sostenidas, es decir, “las raíces” o las formas elementales de los mismos fenómenos. Durkheim consideraba que para comprender las formas más innovadoras o complejas de un fenómeno (la familia, el matrimonio o la propiedad) debían entenderse los orígenes del mismo. “Este método, que podríamos denominar genético”, dice él, “nos daría al mismo tiempo el análisis y la síntesis del fenómeno”. Es decir, de acuerdo con este “método genético” —tan sólo esbozado o simplemente anunciado, aunque en los términos de un procedimiento de carácter histórico—, el objetivo es ver el movimiento a partir del cual se van añadiendo los diversos elementos que componen un mismo fenómeno, ver cómo se van imbricando los unos a los otros, y así observar la formación y asociación de dichos elementos que componen un fenómeno en movimiento. Por lo tanto, *“no se puede explicar un hecho social de cierta complejidad más que si se sigue íntegramente su desarrollo a través de todas las especies sociales”*.³⁰⁵

Sin embargo, la misma continuidad entre los diversos momentos de una misma evolución natural se impone para saber por qué algunas “transmisiones” no pueden ser aceptadas en un momento del desarrollo de una especie social, y ello explica por qué una de estas especies “impide que los productos de las experiencias hechas por los pueblos anteriores

³⁰⁴ *Ibid.* p. 197.

³⁰⁵ *Ibid.* p. 199.

sean enteramente asimilables de inmediato”. Durkheim decía que para entender las relaciones entre varias especies sociales diferentes, es necesario “*considerar a las sociedades que se comparan en el mismo período de su desarrollo*”,³⁰⁶ o sea, comparar el curso de “la juventud de una especie social”, que obliga a negar o aceptar el préstamo (la tensión entre la innovación y el tradicionalismo, por ejemplo), con el período similar de la otra especie, es decir, definir a qué específico momento del desarrollo obedece la transferencia de un fenómeno y las especies sociales a las que éste pertenece.

La tipología es de una riqueza excepcional. Durkheim trata de estudiar sistemáticamente las variaciones de los hechos sociales, considerando a cada uno, en un determinado momento y por separado, o por sus mutaciones conjuntas y a lo largo de su historia, o por las relaciones e imbricaciones que han mantenido en uno y otro registro, a modo de una clasificación de las variaciones que éstos presentan en sociedades de la misma especie o de especies diferentes. Sólo así es posible observar cuáles son las formas elementales del hecho observado y cómo éstas han venido transformándose. Sólo así es posible observar cómo se han añadido formas nuevas a las ya existentes, no sólo de la misma especie sino de especies sociales diferentes, configurando el estado de un fenómeno o una institución. Sólo así es posible explicar por qué ciertas formas o ciertos préstamos han sido negados en un estado social, mientras que en otros han sido asimilados a partir de transformarlo al tiempo que la base que le ha servido de recepción también ha cambiado. De esta manera, una vez que las variaciones de un fenómeno han sido reguladas a partir del estudio de circunstancias determinadas, y que a partir de las características de los hechos observados se hayan construido una serie de clasificaciones, la comparación se aproxima a los cambios de la vida social y de la existencia colectiva, permitiendo, entonces, formular las preciadas leyes sociales que constituyen uno de los más caros objetivos de la sociología.

Durkheim también distinguía la comparación de variaciones en una “sola y única sociedad”, pueblo o país, a partir de la comparación de la curva global que manifiesta la evolución de un fenómeno, como el suicidio, con las variaciones que éste presenta (provincias, clases, sexos, edades, estados civiles, religiones, entre otros). A pesar de contar con un

³⁰⁶ *Ibid.* p. 200.

horizonte sumamente estrecho, una sola y única sociedad, y un solo hecho social, aunque generalizado a toda la sociedad y del cual existía suficiente información estadística que permitía medirlo —y aun cuando Durkheim consideraba que lo mejor era hacer comparaciones sobre otros pueblos de la misma especie—, él sostenía que en este caso se podían “llegar a establecer verdaderas leyes”.³⁰⁷ El problema planteado no es menor, puesto que trata de la comparación en *un solo* medio; problema escasamente explorado o desconocido casi por completo. ¿Es una comparación real, o es un razonamiento por analogía? En su definición de la historia comparativa, Marc Bloch decía: “Definir, en *uno* o más medios sociales diferentes, dos o más fenómenos que a primera vista pueden presentar ciertas analogías entre sí”, es decir, él acentúa “la diferencia de medio”.³⁰⁸ Marcel Mauss, ha recordado Carlo Ginzburg, había afirmado que un caso bien elegido y estudiado en profundidad era suficiente para sentar las bases de la comparación.³⁰⁹ Al respecto, Mauss decía:

Nuestra intención no es solamente reunir en una monografía descriptiva las diversas particularidades que puede presentar la morfología de los pueblos esquimales. Al contrario, y a propósito de los esquimales, tratamos de establecer los aportes de una cierta generalidad (...) Como podrá verse, se encontrará quizás que una sola y única población constituye una base muy estrecha para un estudio donde se busque establecer las propuestas que no se apliquen solamente a un caso en particular, pero no hay que perder de vista que los esquimales ocupan un área inmensa de costas, más que de territorios. Hay no sólo una sino varias sociedades esquimales, donde la civilización es tan homogénea para que ellas puedan ser útilmente comparadas y tan diversificadas para que estas comparaciones sean fecundas. Además, es un error creer que la credibilidad de una propuesta científica depende directamente del número de casos que pudieran verificarla. Cuando una relación se ha establecido en un caso, así sea único, pero metódica y minuciosamente estudiado, la realidad es más cierta que cuando, para demostrarla, se ilustra con numerosos hechos dispares y ejemplos curiosos, adjudicados confusamente a las sociedades, las razas, las civilizaciones más heterogéneas. En alguna parte, Stuart Mill ha dicho que un experimento bien realizado es suficiente para demostrar una ley: éste es infinitamente más demostrativo que muchos de los experimentos mal hechos. Esta regla de método se aplica a la sociología como a otras ciencias de la naturaleza. Además, al final de este trabajo señalaremos algunos hechos que dan testimonio que las relaciones que nosotros vamos a constatar en los esquimales no carecen de generalidad.³¹⁰

³⁰⁷ *Ibid.*, p. 196.

³⁰⁸ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.*, p. 115. (Las cursivas con mías).

³⁰⁹ GINZBURG, Carlo, “Reflexiones sobre una hipótesis”, *Op. cit.*, p. 14, n. 15. Una idea parecida en LÉVI STRAUSS, Claude, “Introducción” a MAUSS, Marcel, *Sociologie et Anthropologie*, *Op. cit.* p. XXI.

³¹⁰ MAUSS, Marcel, “Essai sur les variations saisonnières des sociétés Eskimos. Étude de morphologie sociale”, en *Sociologie et anthropologie*, *Op. cit.*, pp. 389 y 390-391. Sobre esta forma de la comparación, *Cfr.* GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, Aurora, *Etnografía y comparación. La investigación intercultural en Antropología*. Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, 1990, pp. 26-30.

De riqueza extraordinaria y con el empuje transformador que revolucionaba todos los terrenos que tocaba, la sociología —"método o una actitud específica frente a los fenómenos humanos", como Lévi-Strauss definió a una disciplina vigorosa, capaz de sintetizar los resultados adquiridos por las demás, relacionándolas entre sí, e invitándolas a tomar en cuenta la totalidad de su objeto— planteó el reto a las ciencias humanas, particularmente a la historia: o los historiadores se resignaban a la simple tarea de recoger y acumular hechos para el análisis que posteriormente haría el sociólogo, o hacían de la historia una ciencia basada en la comparación de los fenómenos sociales.

El tono desafiante y heterodoxo de la nueva disciplina marcó la relación entre la sociología y las demás ciencias del hombre, suscitándose una extraordinaria polémica que en buena medida definió el horizonte de la ciencia social francesa en las tres primeras décadas del siglo XX. Libros, artículos, reseñas, congresos y debates frente a frente, marcaron el tono de una discusión que se prolongó durante más de una década. Esta polémica fue la expresión francesa de una profunda transformación intelectual de mayor envergadura, generada por Lamprecht, Meinecke, Meitzen, Ratzel, Weber y Simmel, en Alemania; por la *new history*, en los Estados Unidos; por Pirenne y sus alumnos, en Bélgica, por Gentile, Labriola y Croce, en Italia, entre otros. En ella se encontraban académicos de prestigio como Durkheim y Seignobos, por supuesto, pero también Lacombe, quien adoptó muchas de las tesis del primero. Una posición parecida a la que Lacombe defendía, fue también la de historiadores eminentes, como Monod, Pirenne y Berr,³¹¹ quienes, a pesar de todo, permanecieron en el bando de los historiadores.

Después de los propios trabajos de Durkheim, *De l'histoire considérée comme science* fue el libro que desató la batalla. Publicado en 1894, dirigió su carga contra la historia enseñada en la Sorbona. Paul Lacombe concientizaba a los historiadores de la importancia de la inducción, la deducción, las hipótesis y la causalidad, discutiendo los peligros de la erudición disfrazada de actividad científica ("La erudición y la historia son dos momentos distintos de una misma obra. Sin erudición no hay historia" —escribió Lacombe en una frase que Pirenne

³¹¹ FRIEDMAN, Susan, *Marc Bloch, Sociology and Geography. Encountering changing disciplines*. Cambridge University Press, Great Britain, 1996, pp. 39-54.

hubiera suscrito por completo—, “pero sin la historia final, la erudición se asemeja a un edificio inconcluso, al que le falta lo que lo justifica, la posibilidad de ser habitable”), así como la diferencia entre individualidad e individuo y el núcleo de la materia histórica: el acontecimiento, al que consideraba “impropio para convertirse en el objeto de un conocimiento científico, puesto que no se presta a la asimilación, que es el primer paso de la ciencia”.³¹²

Poco después, en 1903, un alumno de Durkheim participó activamente en la discusión, regando el terreno incendiado con un combustible explosivo. Era la contraofensiva intelectual de los sociólogos a la respuesta que Charles Seignobos, uno de los guardianes del método histórico en la Sorbona, había dado a Lacombe. *La Méthode historique appliquée aux sciences sociales*, aparecida en 1901, no era sólo una respuesta de los historiadores, sino una especie de demarcación de los territorios entre las disciplinas, y la negación de la primacía de la sociología entre las ciencias sociales. Hacia ella se dirigió la crítica de Simiand. Convertida en el “desafío más radical que la disciplina histórica haya conocido”,³¹³ la ofensiva durkheimiana, retomando la metáfora de Bacon, denunciaba los “ídolos de la tribu de historiadores”: ídolo político, ídolo individual, ídolo cronológico. O sea, la obsesión por los acontecimientos políticos: las batallas que cambiaron el destino de un país o los acuerdos diplomáticos que trastocaron el destino de la Nación. La obsesión por el culto brindado a los grandes personajes: reyes, generales, mandatarios o héroes cuyas acciones eran consideradas como determinantes en el transcurso de la historia. La obsesión por un tiempo lineal y sin contingencias; la dictadura de la cronología sobre el tiempo social; la explicación de lo más cercano a partir de lo más lejano, corriendo el riesgo de perderse en las brumas del pasado por explicar el destino de la Patria a través del estudio de los orígenes.

Al igual que Durkheim, Simiand pensaba que si la historia pretendía constituirse en una ciencia, ésta debía cambiar el estudio de los hechos únicos por series de fenómenos; eliminar lo accidental o la contingencia para apegarse a la regularidad; eliminar lo individual para estudiar lo social, utilizar la comparación.³¹⁴ Estas lecciones surgidas de la sociología: la

³¹² LACOMBE, Pierre, *La historia considerada como ciencia*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948, p. 13.

³¹³ DOSSE, François, *La historia en migajas*, *Op. cit.*, p. 24.

³¹⁴ SIMIAND, François, “Méthode historique et science sociale. Étude critique d’après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos”, en *Revue de Synthèse Historique*, núm. 16, T. VI, Feb. 1903, pp. 1-22; y núm. 17, T. VI, abril 1903, pp.

importancia de articular problemas históricos, la construcción de interpretaciones globales sobre la sociedad, la convergencia de las ciencias del hombre, la invitación al trabajo colectivo y al cuestionamiento constante de los métodos y conceptos del oficio, en años posteriores serían retomadas bajo el estandarte de la historia, y no de la sociología, a través del programa de *Annales*.

Una parte de los historiadores vislumbró en el programa sociológico una arrogancia imperial que amenazaba los cotos de caza de 'la tribu', celosamente defendidos en una y mil batallas. Si la subordinación de la historia con la sociología era una empresa imposible, la resistencia debía organizarse. Incluso, la declaración de guerra lanzada por Simiand, provocó más bien "un repliegue de la comunidad de historiadores en sí misma".³¹⁵ A pesar de ello, algunos de los más jóvenes observaron una transformación intelectual que reflejaba la incapacidad de una cierta manera de hacer historia, imposibilitada en dar cuenta de la totalidad de los fenómenos sociales. Era una generación que se había nutrido de la vigorosa transformación de las ciencias humanas, que en las polémicas desatadas por Lacombe, y particularmente por Simiand, encontraron un detonador.

Los aires de cambio se alimentaban de proyectos distintos, originados en disciplinas también diferentes y hasta rivales entre sí, cuya acción, sin embargo, representaba una fuerza

129-157. Podría pensarse que la comparación estuvo por completo ausente en los historiadores de la Sorbona, como Langlois y Seignobos, rivales de método de Simiand y Febvre. Sin embargo, ambos historiadores, quienes fueron maestros de Bloch, la utilizaron. El primero, en un artículo aparecido en la *English Historical Review*, en 1890: "The comparative history of England and France during the Middle Ages". Cf. TOUATI, François-Olivier, *Marc Bloch et l'Angleterre*, *Op. cit.* p. 64. Bloch conoció e incluso citó este "importante artículo", aunque señalando incorrectamente su fecha de aparición, como uno de los "estudios positivos en el campo de la historia política", aunque de manera importante, precisa "y, en otra dirección", algunas "ilustrativas páginas" de *Las ciudades en la Edad Media*, de Pirenne. BLOCH, Marc, "A favor de una historia comparada de las sociedades europeas", *Op. cit.* p. 114, n. 2. Muchos años después, quizá en 1938, Seignobos escribió: "He tratado de reunir en un solo volumen la historia comparada de todos los pueblos de Europa desde los tiempos más antiguos hasta nuestros días (...) La comparación me ha hecho advertir rasgos comunes de su vida, que no percibían los historiadores limitados al estudio de un país o de una época (...) Comparando las aventuras de diferentes pueblos y sus condiciones de vida, he llegado a desentrañar, de la masa enorme de conocimientos acumulados por los especialistas, semejanzas generales, y a discernir cómo se han formado. Distingo dos clases: las unas, resultantes de condiciones semejantes pero independientes, las otras, adquiridas por imitación de un modelo único creado por un solo pueblo". De esta manera, entre los 'positivistas' la comparación estuvo presente, y en su forma sincrónica. No obstante, en el caso de Seignobos, el único que conozco, su comparación no sólo se basa en las similitudes, y es superficial y limitada, sino que parece más una etiqueta que un instrumento de análisis. SEIGNOBOS, Charles, *Historia comparada de los pueblos de Europa*. [circa. 1938] Editora Nacional, México D.F., 3ª ed. 1951, p. 7.

³¹⁵ DOSSE, François, *La historia en migajas*, *Op. cit.*, p. 25.

colectiva que durante años había estado golpeando el ‘antiguo régimen historiográfico’.³¹⁶ Figuraban la sociología durkheimiana y *L’Année sociologique* (1898), por supuesto, pero también la lingüística histórica de Antoine Meillet, o la historia económica y social de Henri Pirenne. También estaba la escuela de geografía, de Vidal de la Blache, nucleada en torno de los *Annales de Géographie* (1891); o los proyectos de Henri Berr: la Colección “La Evolución de la Humanidad”, el Centro Internacional de Síntesis (1929), las “Semanas de Síntesis” (que solía reunir lo mejor del ambiente científico e intelectual de Francia, con invitados extranjeros de prestigio) y por supuesto la *Revue de Synthèse Historique* (1900).³¹⁷

Entre ellos figuraban historiadores como Marc Bloch y Lucien Febvre, quienes llegaron a la Universidad de Estrasburgo al mismo tiempo que Halbwachs, con quien, al igual que con otros durkheimianos, como Simiand o Mauss, tendrían una relación cercana, de amistad y cooperación intelectual, que sin estar exenta de importantes desacuerdos, muestra el reconocimiento de una continuidad intelectual entre *L’Année sociologique* y los *Annales d’Histoire Économique et Sociale*. Pero, a su vez, éstos últimos también eran deudores de otros proyectos: los *Annales de Géographie* y la *Revue de Synthèse Historique*. Es decir, las revistas no sólo muestran la capacidad de articular grupos de investigación y proyectos científicos de vanguardia que aparecieron en años muy próximos, sino proyectos de poder intelectual, heréticos y contestatarios.

Aun cuando en los años del debate Marc Bloch esté todavía en plena formación, y en sus apuntes haya dejado una visión de la historia que habría de modificarse lentamente, él mismo es un caso ejemplar de la transformación intelectual de esos años: “Es necesario substituir la noción de “acontecimiento” por la de “fenómeno”.³¹⁸ Inusual en un historiador de su

³¹⁶ BURKE, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. Trad. Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona, 3ª ed. 1999, pp. 15-19.

³¹⁷ FEBVRE, Lucien, “Hommage a Henri Berr. De la *Revue de Synthèse Historique* aux *Annales*”, en *Combats pour l’histoire*, *Op. cit.* pp. 339-342; del mismo autor, “Le Centre International de Synthèse”, en *Annales d’histoire économique et sociale*, num. 5, Vol. 2, 1930, pp. 81-83.

³¹⁸ En su Cuaderno de “Metodología Histórica (feb. 1906)”, cuando tenía 19 años, escribió: “La historia no tiene una existencia científica”, es decir, a pesar de que el método crítico ha sido llevado “a su punto de perfección”, el historiador “se parece a un biólogo que tendría ya un microscopio excelente y que al mismo tiempo ignoraría cómo usarlo”. BLOCH, Marc, “Metodología Histórica”. Trad. del texto en francés y de las notas en italiano (de M. Mastrogregori), por Carlos A. Aguirre Rojas, en *Eslabones* núm.7. *Op. cit.* pp. IV-XI. También incluido, sin las notas de Mastrogregori, en *Historia e Historiadores*, antes citado.

tipo, las reflexiones que dedica a estos años de formación son más que recuerdos de aquellos años en los que la fortaleza de la historia fue asediada. A su manera, cada una de éstas constituye también un testimonio: “A la antigua *Année*”, dice Marc Bloch, “los historiadores de mi generación deben más de lo que ellos mismos sabrían decir”.³¹⁹ Así, a propósito del curso de Simiand, *Les fluctuations économiques à longue période et la crise mondiale*, M. Bloch da cuenta de esa deuda obtenida por su generación:

Hablo en memoria de todos aquéllos quienes, en *L' Année sociologique* de antaño, encontraron uno de los mejores elementos intelectuales de sus años de aprendizaje.³²⁰

Años más tarde, en su inconclusa *Apología para la historia*, él señalaba a propósito de la obra de Durkheim:

Nuestros estudios deben mucho a este gran esfuerzo que nos ha enseñado a analizar con mayor profundidad, a enfocar más de cerca los problemas, a pensar, me atrevería a decir, de manera menos barata. Aquí no hablaremos de él sino con un respeto y un reconocimiento infinitos. Si hoy nos parece superado, ese es el rescate que, tarde o temprano, tienen que pagar todos los movimientos intelectuales por su fecundidad.³²¹

Inclusive, en una carta escrita a Henri Pirenne, en el verano de 1931, Marc Bloch da cuenta de la huella que la sociología durkheimiana dejó en su formación:

Nosotros debemos mucho —y yo mismo he estado consciente, durante mucho tiempo, de mi deuda— a los esfuerzos de los sociólogos, de la escuela de Durkheim particularmente. Pero sobre este punto creo que ellos tuvieron una visión falsa. La existencia, de un extremo a otro, de una historia y de una sociología, me parece la más artificial de las construcciones. Es un resabio del “estado” metafísico.³²²

³¹⁹ BLOCH, Marc, “Les Annales sociologiques”, en *Annales HES*, núm. 34, Tomo 7, 1935, p. 393.

³²⁰ BLOCH, Marc, “Le salaire et les fluctuations économiques a longue période”, *Op. cit.* vol. 2, p. 891. A pesar de ser miembro de esa generación, la posición de Febvre, sobre la sociología de Durkheim, es más escéptica que la de Bloch. En una carta a Max Leclerc, editor responsable de los *Annales* en la casa Armand Colin, Febvre escribía que ésta: “ha ejercido sobre todos los hombres de nuestra generación una influencia incontestable (tanto positiva como negativa)”. “Carta de Lucien Febvre a Marc Bloch. 13 de marzo de 1928”, en *Marc Bloch & Lucien Febvre et Les Annales d'Histoire Économique et Sociale. Correspondance: 1928-1933*. Edición elaborada, presenta y anotada por Bertrand Müller, Fayard, París, 1994, Tomo 1, pp. 9-10, n. 3.

³²¹ BLOCH, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, *Op. cit.* p. 130.

³²² Bryce y Mary LYON (Eds.), *The birth of Annales history*, *Op. cit.* p. 131. En esta misma línea, Bloch escribió: “Hasta los sociólogos de la escuela durkheimiana le hacen un lugar [a la historia], pero para relegarla en el último rincón de las ciencias del hombre; suerte de mazmorras donde arrojan los hechos humanos considerados a la vez como los más superficiales y los más fortuitos, mientras que reservan a la sociología todo aquello que les parece susceptible de análisis racional”. BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 135. Aunque en ocasiones matizaba los juicios: “sintiéndonos, sin detenernos en

Al igual que Bloch o Febvre, también se encontraban otros jóvenes historiadores que eran próximos a E. Durkheim, lo mismo que a H. Berr y la antropología histórica: Marcel Granet y Louis Gernet, quienes fueron compañeros de Bloch en la Escuela Normal Superior (1904-1908), así como en la Fundación Thiers (1909-1912). En conjunto, tanto Gernet, quien colaboró con Simiand en *L'Anné sociologique*, y en su tesis de doctorado (aparecida en 1932 en la colección de Henri Berr) realizó una simbiosis entre etnología e historia en la línea de Mauss; como Granet, cuyas magníficas obras acerca de la China antigua, publicadas también en la colección: “La evolución de la humanidad”, lo convirtieron, “después de Marc Bloch”, en el historiador francés “más original del período comprendido entre las dos guerras mundiales”,³²³ “influyeron” a Marc Bloch en el estudio de los sistemas de creencias, actitudes, conductas, concepciones y símbolos de la mentalidad, así como en las investigaciones etnojurídicas, el mito o el ritual y la psicología colectiva comparativa.

Basándose en un estudio de R. Di Donato, François Dosse ha señalado que en sus años de formación, y en buena medida gracias a estos compañeros con quienes solía compartir largas horas de estudio, Bloch “sufrió una influencia decisiva, la de un durkheimismo abierto a la historia”.³²⁴ Mientras que Le Goff ha escrito que las discusiones entre ellos hicieron más profundo el interés de Bloch por “la investigación comparativa perspicaz pero prudente”.³²⁵

Sin embargo, ni la influencia de Durkheim ni la de los durkheimianos puede situarse en un solo momento del itinerario intelectual de M. Bloch, y a partir de una sola vía, sea ésta la del maestro o la de alguno de sus alumnos. Más bien, se trata de relaciones intelectuales desplegadas en caminos paralelos durante varias décadas, en constante comunicación y

esas barreras que erróneamente el propio Durkheim intentó establecer, deudores de su pensamiento”. BLOCH, Marc, “Un síntoma social: el suicidio”, *Op. cit.* p. 234.

³²³ MOMIGLIANO, A. “Georges Dumézil y el enfoque trifuncional de la civilización romana”, *Op. cit.* p.470.

³²⁴ DOSSE, François, *La historia en migajas*, *Op. cit.*, p. 88.

³²⁵ LE GOFF, Jacques, “Prólogo” a BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.*, p. 16. Junto a Granet y Gernet, Carole Fink ha incluido a Georges Davy, aunque sin explicar el vínculo intelectual. FINK, Carole, *Marc Bloch. Una vida para la historia*, Trad. Manuel Ardit. Valencia: Publicacions de la Universitat de València y Universidad de Granada, 2004, p. 52. Susan Friedman ha incluido también a Davy, quien había trabajado con Durkheim y Lévy-Bruhl, e incluso había estudiado con Mauss y Hubert, como uno más de los integrantes de este equipo de trabajo que había tenido fuertes vínculos con los durkheimianos. FRIEDMAN, Susan, *Marc Bloch, Sociology and Geography*, *Op. cit.*, pp. 75-77. Ella misma ha señalado que en la monografía “L'Île-de-France”, antes citada, Marc Bloch —quien en 1908 había obtenido la *agrégation* en Historia y Geografía— había mostrado la influencia de la geografía y de la sociología. (p. 74) Dos ciencias, como él mismo reconoció años después, “de las que se puede decir que han renovado, o que deberían renovar, la historia”. BLOCH, Marc, “Un síntoma social: el suicidio”, *Op. cit.* p. 235.

contacto, con apoyos, alianzas y trabajos mutuos. La sociología fundada por Durkheim a partir de sus obras del maestro y del centro rector que significó *L'Année sociologique*, es un movimiento intelectual que todavía hoy sigue vigente, aunque sin el brillo del pasado. Ya desde la época de M. Bloch, esta sociología no sólo había sobrevivido a la desaparición de su maestro o a la prematura desaparición de algunos de sus miembros importantes (Robert Hertz, por ejemplo, cuya incipiente obra fue importante para Claude Lévi-Strauss o E.E. Evans-Pritchard), sino que también evolucionó a partir de los nuevos reclutas y alumnos, ubicados tanto en la sociología como en la historia, o en los territorios de la geografía, la economía, la sinología o la lingüística, entre ellos. Es decir, la influencia se dio, como ha sido señalado por Mastrogregori, “particularmente a través de los discípulos del filósofo”, y agrega: “como Meillet o Mauss”,³²⁶ que eran sin duda alguna nombres muy importantes, aun cuando también había otros más.

Con muchos de ellos, Marc Bloch mantuvo prolíficas relaciones intelectuales y también de profunda amistad. Siendo hijo de un reconocido historiador (su padre había sido profesor en la Escuela Normal Superior y después lo fue en la Sorbona), su formación fue cuidada e inmejorable. Así, su formación también estuvo marcada por los grandes debates de esos años, fuera ‘el caso Dreyfus’, o el debate de Lacombe y sobre todo el de Simiand. Él conoció la obra de Durkheim desde sus años en la ENS (1904-1908), en la cual éste último era profesor,³²⁷ e incluso, de manera curiosa, en la Universidad de Leipzig (1909) había conocido al psicólogo Wilhelm Wundt,³²⁸ antiguo profesor de Durkheim. Pero también durante su estancia en la Fundación Thiers (1909-1912), cuando estudió junto a Granet y Gernet; o en la Facultad de Letras de la Universidad de Estrasburgo, en la cual, durante más de 15 años (1920-1936), Simiand, Halbwachs o Blondel fueron sus colegas, siendo los dos últimos también colegas suyos en la Sorbona. De igual manera, su relación con los diversos proyectos de Berr, o sus *Annales* y el Instituto Comparativo de las Civilizaciones, en Oslo, lo acercaría a Mauss, Demangeon o Meillet.

³²⁶ MASTROGREGORI, Massimo, *Il genio dello storico*, *Op. cit.*, p. 150, n. 72

³²⁷ La temprana asimilación del pensamiento de Durkheim y de la sociología ‘durkheimiana’, (Meillet y Blondel, por ejemplo), así como del ‘Proyecto de Síntesis’ de Berr, ha sido sugerida por Mastrogregori (notas 1-6) al estudiar el Cuaderno de 1906, de Bloch. BLOCH, Marc, “Metodología Histórica”, *Op. cit.* p. X.

³²⁸ TOUBERT, Pierre, “Prefacio a *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* de Marc Bloch”, *Op. cit.* pp. 62-63.

¿Podría olvidarse la experiencia de la primera guerra mundial, a la que Marc Bloch, a la vez soldado e historiador, denominó —en un lenguaje que prueba esta relación con los sociólogos— un “inmenso experimento de psicología social, de una riqueza nunca vista hasta la fecha”³²⁹? En medio del combate, soportando la dura vida del soldado en las mortíferas trincheras, el historiador percibió el estallido de la barbarie y la irracionalidad de la guerra, un ambiente que dio nacimiento a una ‘zona de formación de las leyendas’: la emergencia de un error que al ser compartido por todos los soldados en el frente de batalla, no era individual sino de carácter colectivo. Un error colectivo cuya explicación no se limitaba a un incidente inicial, fortuito y excepcional, puesto que para que el error fuera creído era necesario que la imaginación ya hubiera sido “previamente dispuesta, de modo firme y callado, para ello”.³³⁰

La desinformación de los soldados en el frente de batalla, la desconfianza hacia la propaganda y hacia quienes se encargaban de dar las noticias del frente, generó un escepticismo radical ante lo impreso, originó las ‘falsas noticias’, los rumores que entre ellos eran el medio de conocimiento de la realidad. Ello originó “una prodigiosa revitalización de la tradición oral, antigua madre de leyendas y mitos”,³³¹ es decir, de los mitos y las leyendas que eran propias de un tiempo distinto, lejano, que sin embargo parecía haberse transformado en presente: “una situación intelectual de épocas muy antiguas anteriores al periódico, a la gacetilla al libro”.³³² Ante esta experiencia de regresión arcaica de emociones irracionales que la guerra había despertado, el historiador “había reconstruido frente a sus ojos una sociedad casi medieval”, ha escrito Carlo Ginzburg, y “una mentalidad que le correspondía”.³³³

³²⁹ BLOCH, Marc, “Reflexiones de un historiador acerca de los bulos surgidos durante la última guerra”, en *Historia e historiadores*, *Op. cit.* p. 180. Un testimonio de la ampliación del programa de trabajo de Bloch, es ofrecido por Charles-Edmond Perrin, quien en una excursión a los Basses-Vosges, en febrero de 1919, escribió que Marc Bloch le comentó: “Cuando haya terminado con mis rurales [se refería a la tesis de doctorado, defendida en diciembre de 1920], abordaré el estudio de unción de la realeza sagrada de Reims”, Prefacio a *Mélanges historiques*, *Op. cit.* p. XI. Sobre la guerra, BLOCH, Marc, *Écrits de guerre 1914-1918*. Textes réunis et présentés par Étienne Bloch. Introduction de Stéphane Audion Rouzeau, Armand Colin, París, 1997; BLOCH, Marc, *L’histoire, la Guerre, La Résistance*, Édition établie par Annette Becker et Étienne Bloch, Quarto Gallimard, París, 2006.

³³⁰ *Ibid.* p. 179.

³³¹ *Ibid.* p. 193.

³³² *Ibid.* p. 194.

³³³ GINZBURG, Carlo, “Prólogo a la edición italiana de *I Re Taumatughi*, de Marc Bloch”, Trad. Dianora Zagato, en *Argumentos*, núm. 26, *Op. cit.* p. 22. Años antes, Ginzburg había ya desarrollado esta hipótesis, en una reseña que es un esbozo del itinerario intelectual de Bloch y de las líneas de investigación por él desarrolladas. GINZBURG, Carlo, “A proposito della raccolta dei saggi storici di Marc Bloch”, en *Studi Medievali*, Serie Terza, Año VI, Fasc. 1. 1965, pp. 335-353. Texto que abundó sobre esta línea de investigación blochiana, que conecta al artículo de los rumores (1919) con *Los reyes taumatugos* (1924) y dos artículos dedicados a las leyendas, BLOCH, Marc, “La vida de ultratumba del rey Salomón” [1925], en *Historia e*

A pesar de haber reconocido el carácter transformador de la sociología, e incluso de haber visto con buenos ojos la hibridación entre ésta y otras disciplinas —muestra de las transferencias, las hibridaciones, la porosidad de los límites disciplinares y el dinamismo que los durkheimianos habían conferido a la ciencia social francesa— ni Marc Bloch, y menos aun Lucien Febvre, consideraron la posibilidad de subordinar la historia ante la sociología. Sin embargo, de ella retuvieron tanto “la ambición de apoderarse de la totalidad social”, como ha señalado Bernard Lepetit, usando “las categorías aceptadas y las divisiones reconocidas del conocimiento”, así como también la atención “a los problemas más contemporáneos”. A pesar de esta herencia, lo que de ella rechazaron fue

un imperialismo disciplinario que, en nombre del método, pretendía reorganizar el conjunto de las ciencias sociales alrededor de la sociología y reducir la historia, la geografía, la estadística social o la etnografía al rango de disciplinas auxiliares, buenas para proveer hechos empíricos, pero desprovistas de capacidades explicativas, y por lo tanto sin verdadera autonomía. (...) Para ellos, la unificación de las ciencias sociales no se llevaba a cabo utilizando un solo método, sino por la multiplicación de puntos de vista aplicados a un objeto único.³³⁴

Otra orientación asumida por *Annales*, y sobre todo por Marc Bloch, “que con ello asume el desafío durkheimiano”, ha escrito François Dosse, “es la historia comparada”.³³⁵ Pues entre los dos directores de la revista, Marc Bloch no es solamente el más abierto a la obra de Durkheim, quien ha sido más directamente influido por él, o ha estado más atento a las contribuciones de los durkheimianos, como Simiand, Mauss, Meillet, Blondel o Halbwachs, en cuyas obras se identifica,³³⁶ sino es también quien más ha reflexionado en torno del método comparativo y lo ha puesto en práctica desde sus primeros trabajos importantes, aun a costa

Historiadores, *Op. cit.* pp. 198-222; “Tradición o literatura: los orígenes del ciclo de la leyenda del Rey Arturo” [1931], Trad. de Carlos Aguirre Rojas, en *Contrahistorias*, núm. 2, *Op. cit.* pp. 15-28.

³³⁴ LEPETIT, Bernard, “Los *Annales*. Retrato de grupo con revista”, Trad. Monique É. Ferrándiz, en *Pedagogía*, núm. 8, vol. 11, México, Universidad Pedagógica Nacional, Otoño 1996, 3ª. época, pp. 13-14.

³³⁵ DOSSE, François, *La historia en migajas*, *Op. cit.*, p. 80.

³³⁶ Prueba de ello es la reflexión de Bloch sobre Halbwachs, a quien consideraba que si él “hubiese permanecido en el terreno de la psicología individual, el historiador que escribe estas líneas se hubiese limitado, única y exclusivamente, a leer el libro, pero nunca se hubiese atrevido a realizar un comentario crítico del mismo. Pero Halbwachs es sociólogo, tanto por profesión como por mentalidad, y por ello la fecunda observación que acabo de recordar lo lleva a construir toda una teoría de la memoria contemplada desde el punto de vista de la psicología colectiva”. De tal suerte que él no sólo respalda esta hibridación de la psicología, sino que la hace suya, en plena señal de reconocimiento intelectual: “Por mi parte no veo ningún inconveniente, a la hora de hablar de “memoria colectiva” o de “representaciones” o de “conciencia” colectivas. Se trata de términos expresivos y cómodos cuyo uso me parece totalmente legítimo”. A pesar de ello, la delimitación de las fronteras es clara: la transformación de la sociología es importante, pero debe ser encabezada por la historia. En un tono revelador, que es tanto suyo como de la línea editorial de *Annales*, señala: “el libro nos presta un útil servicio que nadie puede llegar a apreciar mejor que un historiador frecuentemente encerrado (...) en las hermosas labores de investigación y erudición histórica”. BLOCH, Marc, “Memoria colectiva, tradición y costumbre”, *Op. cit.* pp. 223, 228 y 232.

de la opinión de Lucien Febvre, quien a pesar de estar a favor de la historia comparada (Pirenne y Meillet, antes que Durkheim), en 1939 reprochó a su colega el “esquematismo” de la *Sociedad Feudal*; su “sociologismo, que es una forma seductora de lo abstracto”.³³⁷

Si las investigaciones y “sus ideas sobre la historia comparada” dieron a Marc Bloch una fama internacional en la tercera década del siglo XX, “que superaba sin duda la de los *Annales*”,³³⁸ siendo incluso uno de los “pocos historiadores franceses que hoy son conocidos”, como escribió Lucien Febvre a Étienne Gilson,³³⁹ e incluso su propio vocabulario está compuesto por conceptos tales como “memoria colectiva”, “representaciones colectivas”, o “conciencia colectiva”, que han sugerido más que la evidente influencia durkheimiana —“y medio blondeliana”³⁴⁰—, una completa y pasiva asimilación del pensamiento de Durkheim; la excesiva afirmación a partir de la cual “la concepción de la historia de Bloch es predominantemente durkheimiana”.³⁴¹ Entonces, si como ha escrito Carlo Ginzburg, “el alcance

³³⁷ FEBVRE, Lucien, “La société féodale: une synthèse critique”, en *Pour une histoire à part entière*, *Op. cit.* pp. 424-425. Febvre fue alumno de G. Bloch en la ENS, y en 1902 conoció a su hijo menor, Marc, quien era tan sólo un adolescente. En octubre de 1920, cuando lo encuentra de nuevo siendo ya colega suyo en la Universidad de Estrasburgo, recuerda que para entonces, a Marc Bloch “el movimiento durkheimiano lo había cautivado fuertemente”. FEBVRE, Lucien, “Souvenirs d’une grande histoire: Marc Bloch et Strasbourg”, en *Combats pour l’histoire*, *Op. cit.* p. 392. A pesar de la incompreensión de Febvre hacia *La sociedad feudal*, años más tarde y después de la desaparición de Bloch, la ‘admiración’ de Febvre por la obra de su colega fue en aumento. Él se inspiró en esta obra, que había considerado ‘esquemática’, para escribir los capítulos V y VI de uno de sus libros (cursos 1945-1946 y 1946-1947 en el Collège de France), cuyo manuscrito se extravió durante años y su hallazgo fue por completo casual. FEBVRE, Lucien, *Honor y patria*. (Col. Sociología y Política) Trad. Aurelia Álvarez Urbajtel, Texto establecido, presentado y anotado por Thérèse Charmasson y Brigitte Mazon. Prefacio de Charles Morazé, Siglo XXI, México, 1999. De igual manera, al seguir cerca una reseña de Marc Bloch, los capítulos V-VII de otro libro suyo (curso 1944-1945 del Collège de France) alcanzan el tono de un contexto comprobatorio de la tesis emitida por Bloch: “Europa, a mi entender, surgió justo cuando cayó el imperio romano”. FEBVRE, Lucien, *Europa. Génesis de una civilización*. Trad. Juan Vivanco, Prólogo de Marc Ferro, Barcelona: Crítica, 1999.

³³⁸ BURGUIÈRE, André, “Marc Bloch”, en *Diccionario de Ciencias Históricas*, *Op. cit.* p. 87. En la década de 1930, Hobsbawm recordaba que en una conferencia impartida en Cambridge [en mayo de 1938], Bloch había sido presentado como “el más grande de los medievalistas vivos”, a lo que él agregó: “pienso que con mucha razón”. HOBSBAWM, Eric, “Notas sobre la escuela británica y los *Annales*”, en *Sobre la historia*, *Op. cit.* p. 184.

³³⁹ Quizá en tono irónico, quizá a modo de asimilación de la realidad, también le escribió en tono sintomático: “¡no es necesario decir que eso me mantiene en la sombra más negra!”. Carta de Lucien Febvre a Étienne Gilson, en *Marc Bloch, Lucien Febvre et les Annales d’Histoire Économique et Sociale, Correspondence, Tome deuxième, 1934-1937*, Edición establecida, presentada y anotada por Bertrand Müller, Fayard, París, 2003, p. 460.

³⁴⁰ MASTROGREGORI, Massimo, *Il genio dello storico*, *Op. cit.* p. 145. La atención hacia los fenómenos irracionales e inconscientes, colectivos y de larga duración que hace Marc Bloch, según ha señalado Mastrogregori, también se explican por su cercanía con el psicólogo Charles Blondel, quien era colega suyo en Estrasburgo y participaba en las célebres ‘reuniones del sábado’, especie de seminario de trabajo en el cual asistía también Halbwachs o Febvre, e incluso, en algunas ocasiones que resultaron ‘históricas’, Henri Pirenne.

³⁴¹ RHODES, R. Colbert, “Émile Durkheim and the Historical Thought of Marc Bloch”, *Op. cit.* p. 51. Toubert ha señalado que la importancia de Durkheim y su escuela en Marc Bloch, ha adquirido “dimensiones extravagantes”. Pues en ese “contenido de esquemas reductivos tan grotescos, con un uso muy gastado del método comparativo sería, de este modo, fácil

de las relaciones con Durkheim es aún más complejo”,³⁴² ¿qué es exactamente lo que Bloch aprendió del método comparativo de Durkheim?

Al igual que los antropólogos evolucionistas, tampoco Durkheim ‘inventó’ el método comparativo. Años antes que él, éste había sido utilizado en Inglaterra por Maine o McLennan; en los Estados Unidos por Morgan o Boas; en Alemania por Lamprecht o Ratzel; y en Francia, por Fustel de Coulanges, su admirado maestro, a quien citaba a menudo, sobre todo en las discusiones con los historiadores. En Bélgica, un historiador contemporáneo suyo, H. Pirenne, había comenzado con la edificación de su *Historia de Bélgica*, armada justo a partir del método comparativo. Sin embargo, ¿podría olvidarse que, antes que cualquiera de ellos, hombres de la coyuntura, el método comparativo había sido practicado por los *philosophes* de la ilustración europea? ¿En qué reside, entonces, la particularidad del método sociológico, que a través de Durkheim y sus alumnos llega a Marc Bloch?, ¿cuáles son sus similitudes y cuáles sus diferencias ante los demás métodos comparativos de las ciencias sociales?

En Durkheim, el método comparativo tenía la función de encontrar la dinámica de funcionamiento de las “variaciones concomitantes” de los hechos sociales: comparaciones en “una sola y única sociedad”, en “varias sociedades de la misma especie”, “en varias especies sociales diferentes”. Su regulación y clasificación era imprescindible para comprenderlos, descifrando así las reglas del funcionamiento de las sociedades, a partir de las cuales podrían establecerse las leyes que regían la dinámica del mundo social. Las comparaciones científicas permitían hacer selecciones inteligentes entre la ingente masa de hechos, ordenarlos, clasificarlos, observarlos, ponerlos a prueba y a partir de todo ello crear leyes. Este era el objetivo de un método específicamente sociológico, puesto al servicio de una ciencia nueva, total, positiva y ambiciosa, como la sociología.

El método comparativo es un “método de experimentación indirecta”, como Durkheim lo definió, e incluso comparó con la sociología. Esta definición es tan sorprendente como excepcional. De acuerdo con ello, al demostrar que un fenómeno era causa de otro, o que uno

demostrar que Maitland, Vinogradoff o Karl Lamprecht han sido, al igual que Bloch, “esencialmente durkheimianos”. TOUBERT, Pierre, “Prefacio a *Les caractères originaux de l’histoire rurale française* de Marc Bloch”, *Op. cit.* p. 68.

³⁴² GINZBURG, Carlo, “Prólogo a la edición italiana de *I Re Taumatughi*, de Marc Bloch”, *Op. cit.* p. 18.

depende del otro, o que ambos son resultado de una misma causa, el método comparativo servía para experimentar en el terreno de la ciencia social. Al contar en las ciencias sociales con el equivalente de las ciencias de la naturaleza, la comparación sociológica podría, según creía Durkheim, hacer posible lo que había sido imposible: la experimentación. A partir de entonces, el campo de los posibles se expandió geométricamente, haciendo posible la reorganización del episteme del saber social, permitiendo concebir un nuevo sistema solar del conocimiento que podría girar en torno de una ciencia, la sociología.

A modo de fuerza de gravitación, las reglas del método sociológico señalaban la dinámica en disciplinas objetivas, totales, reguladas por la experimentación indirecta del método comparativo. De acuerdo con ello, después de la observación, la distinción entre los hechos y los fenómenos, procede la clasificación, la formulación de hipótesis y la experimentación de las variaciones concomitantes de los hechos sociales. Este es el estatuto que el método comparativo tenía en la sociología: a la vez experimentación de los hechos, que (a través de las pruebas) producía su propia comprobación. Con un nuevo valor, también su sentido original ha sido transformado. No es simplemente un método que era necesario para la sociología, era la propia sociología (comparada).

Este es el fondo del debate entre sociólogos e historiadores, entre una ciencia de fenómenos y otra de acontecimientos e individuos, entre una de carácter general, que busca series, regularidades, principios universales, y otra que busca todo lo contrario. Durkheim escribió que era imposible describir un “hecho único o uno del que sólo se poseen algunos raros ejemplares, *porque no se le ve bien*”.³⁴³ Este es también el sentido del método comparativo: “ver bien”, experimentar *sobre* la realidad social y no *en* la realidad. El peligro no reside tanto en el sentido común, en ver todo de manera natural o normal, en resignarse a ver la dinámica social a partir de “acontecimientos”, átomos indescifrables en sí mismos e inclasificables en “series de fenómenos que varíen paralelamente”. El verdadero peligro es evitar la reflexión metódica, con reglas sistemáticas y bien definidas que son las que rompen con la concepción estática del orden social o que está determinada por la acción de los “ídolos de la tribu”: “ídolo cronológico”, “ídolo político”, “ídolo individual”.

³⁴³ *Supra*, nota 293.

Es la convocatoria a penetrar en la dinámica, el movimiento, el flujo de los fenómenos sociales que se actualizan vertiginosamente, tanto en el registro de su propia temporalidad, como por la acción del científico que observa los hechos sociales, separa lo normal de los casos excepcionales o patológicos, con los cuales puede ser descifrada una realidad latente, imposible de aprehender y analizar. Esta experimentación sobre la realidad no sólo observa los hechos sociales, los cuestiona, interroga, distingue; descubre las relaciones de causalidad entre los fenómenos, evaluando las causas en relación con las variaciones de sus efectos; los clasifica, formando series de fenómenos que varíen paralelamente; creando tipos sociales que debe explicar y analizar, para finalmente crear la prueba. Pero la prueba no es el simple resultado del procedimiento, cuanto la planeación del mismo. Sólo es posible llegar a las pruebas cuando la investigación ha sido previamente diseñada para ello. Es la tarea de crear una ciencia objetiva, pero una ciencia de síntesis, total, tanto en su procedimiento metodológico como también en sus resultados.

El desafío de la sociología se basaba en la disyuntiva siguiente. Si la historia no podía ser susceptible de comparaciones que condujeran a la enunciación de leyes, entonces no podía ser una ciencia. Pero si podía hacerlo, entonces se identificaba con la sociología. Siendo historiador, Bloch respondió al reto insistiendo en que la especificidad de su trabajo consistía en clasificar e interpretar los hechos, las huellas del pasado y del presente, conocidas a través de las pruebas de su propia existencia material, simples fragmentos, huellas e indicios. Prueba de su existencia, el indicio era a su vez un testimonio, fuera éste directo o indirecto, voluntario o involuntario, como él los clasificó. Difícil e insegura, la crítica histórica, la crítica de los testimonios, permitía hacer clasificaciones de los testimonios separando lo verdadero de lo falso, e incluso el error de la mentira, pues, ¿qué habían sido tanto su ensayo sobre los rumores de la guerra, como su libro sobre las creencias populares colectivas atribuidas al poder curativo de los reyes de Francia e Inglaterra, si no estudios sobre esto último? Pero, ¿con esta materia prima, con estos procedimientos, era posible experimentar en el terreno de la historia?, ¿no había sido por la incapacidad de someter a los hechos históricos con el método crítico, por lo que los sociólogos habían pedido que fueran los historiadores, y no ellos mismos, quienes se encargaran de esta tarea, para que una vez terminada fueran ellos quienes se encargaran de analizarlos?

Situado en el debate entre Durkheim y Seignobos, el padre de Marc Bloch mantuvo una posición crítica hacia ambos. No estaba de acuerdo con la anticuada concepción del uno ni con las ideas del otro. Petrificado, Gustave Bloch escuchó la concepción de la historia del maestro del método histórico en la Sorbona. “Al oírle hablar así, ¿qué quedaría de la historia? Casi nada”, espetó. Y contra Durkheim, le hizo una precisión excepcional:

Creo que hay que hacer una profunda distinción entre los métodos practicables en historia y los de las otras ciencias. Hay que estudiar los fenómenos históricos tal y como nos son dados de una vez por todas, porque hagamos lo que hagamos nunca llegaremos a repetirlos. De ahí la dificultad que tenemos en historia para formular leyes, y la imposibilidad de admitir junto con el señor Durkheim que las causas puedan ser identificadas con las leyes. Esto es válido en las otras ciencias, pero como aquí es imposible la repetición y, consiguientemente como no podemos aislar lo esencial de lo accesorio, las cosas son de otra manera.³⁴⁴

Muchos años después, en 1937, Marc Bloch expresó una posición idéntica a la de su padre. El matemático, el físico o el biólogo, trabajaban en su laboratorio a partir de ir aislando los fenómenos, combinándolos a su antojo cuantas veces sea necesario, y su papel se limita a “saber descubrir bien, a delimitar bien, a descomponer bien a través del razonamiento, esas experiencias naturales”; en este tipo de ciencias, las ciencias experimentales, escribió, se puede “provocar el experimento”.³⁴⁵ Para señalar que en la historia no era posible una operación de este tipo, puso el ejemplo de un profesor de la escuela de guerra, quien para explicar a sus alumnos el significado de la guerra, tuviera la intención de hacerlos matarse mutuamente. “Como la experimentación les está vedada a nuestros estrategas, no les queda más remedio que dirigirse a las experiencias naturales del pasado”.³⁴⁶ El problema complejo, de varias aristas: la concepción de la ‘experiencia’ y su diferencia con la idea del ‘experimento’, la crítica a la causalidad de los fenómenos; la tensión entre similitudes y diferencias.

En esa época, todo parece dividir al sociólogo del historiador, a la ciencia de uno y la ciencia del otro. Ante la imposibilidad de provocar deliberadamente un experimento, pues “el estudio experimental resulta (...) prácticamente inconcebible”,³⁴⁷ el historiador debe

³⁴⁴ DURKHEIM, Émile, “La historia y las ciencias sociales (1903)”, *Op. cit.*, p. 313.

³⁴⁵ BLOCH, Marc, “Que demander à l’histoire?”, en *Melanges historiques*, *Op. cit.* p. 5.

³⁴⁶ *Ibid.* p. 6

³⁴⁷ BLOCH, Marc, “Reflexiones de un historiador acerca de los bulos surgidos durante la última guerra”, *Op. cit.* p. 179. *Cfr.* GINZBURG, Carlo, “Prólogo a la edición italiana de *I Re Taumatughi*, de Marc Bloch”, *Op. cit.* pp. 21-22. Él hace una

contentarse con las experiencias que la realidad le ofrece, que se encuentran lo mismo en el pasado que en el presente, a partir de las cuales puede obtener valiosas indicaciones sobre el fenómeno estudiado. ¿No había sido la gigantesca “experiencia”³⁴⁸ de la guerra, lo que motivó en Bloch (simultáneamente actor, testigo e historiador) el estudio de problemas anacrónicos que recrearon a la Edad Media en el marco de la primera guerra mundial, generando lo mismo el artículo sobre los rumores, que el estudio comparativo sobre los reyes taumaturgos en Francia y en Inglaterra?

Sin embargo, el historiador señala que no debe confundirse la causa con la consecuencia, no debe confundirse el principio de causalidad en la historia con el de la sociología, pues si los factores se modifican, las posibilidades de evolución también lo hacen. Debe recordarse que el bacilo que transporta una enfermedad no revela el caldo de cultivo. Siendo prudente, debe recordarse que “descubrir el germen no es lo mismo que descubrir las causas de su germinación”.³⁴⁹

Es más, el historiador debe estar atento a la diferencia entre el pasado y el presente, a pesar de las similitudes que puedan existir entre un tiempo y otro. Las similitudes entre procesos no implican forzosamente relaciones, de la misma manera que las similitudes no implican una filiación. Con el olfato del historiador, Bloch señala el espejismo de la “falsa analogía”,³⁵⁰ en vez de captar las “diferencias profundas”.³⁵¹ Es decir, enfatiza el problema de las diferencias: “De modo que es posible que la lección más importante del pasado”, escribe Bloch, “sea sugerirnos un porvenir muy diferente de ese pasado y permitirnos entrever cuáles

referencia a la distinción entre “experimento” y “experimentación”, que Marc Bloch escribió a propósito de los trabajos de teoría económica e historia de los precios de Simiand.

³⁴⁸ GINZBURG, Carlo, “Prólogo a la edición italiana de *I Re Taumatughi*, de Marc Bloch”, *Op. cit.* p. 22.

³⁴⁹ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”, *Op. cit.* p. 125. Un argumento parecido asoma en la polémica entre E.P. Thompson, *Las peculiaridades de lo inglés*, con P. Anderson, *La cultura represiva*. Este último sugería que la “emigración ‘blanca’ y contrarrevolucionaria” de intelectuales como Wittgenstein, Malinowski, Popper, Berlin, Gombrich o Deutscher a Inglaterra, se debía al medio intelectual conservador de la isla. Al criticar su reduccionismo, Thompson le respondió señalándole que su error consistía en: “sugerir que las ideas o los acontecimientos son *la misma cosa* que el contexto que las origina”. ILLADES, Carlos, *Breve introducción al pensamiento de E.P. Thompson*, Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2008, pp. 35-38.

³⁵⁰ BLOCH, Marc, “Que demander à l’histoire?”, *Op. cit.*, p. 6. Hay traducción al español, “¿Qué pedir a la historia?”, en *Marc Bloch. Una historia viva*. Estudio preliminar y selección de textos de Gigi Godoy y Eduardo Hourcade, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1992, pp. 45-61.

³⁵¹ *Ibid.* p. 9.

serán, aproximadamente, las diferencias”.³⁵² Así que, para evitar el error fundamental en la interpretación de experiencias: “las cosas iguales por aparte”.³⁵³ La idea es considerar el cambio permanente, la incesante transformación que no puede ser explicada con operaciones mecánicas, del tipo de las variaciones concomitantes.

Pues en la historia todo cambia, aunque en ocasiones éstos sean tan lentos que los propios hombres no perciben que su realidad se les escapa. En una palabra, dice Bloch, anteponiéndose a Durkheim (“un sociólogo, por el contrario, preocupado sobre todo por la búsqueda de lo permanente”³⁵⁴) la historia debe definirse por el sujeto mismo que trata de estudiar: los hombres en el tiempo. Todo en ellos se transforma, todo cambia con los años, así que el pasado es diferente al presente. Así, “la historia es la ciencia de un cambio, y desde cierta perspectiva, *una ciencia de las diferencias*”.³⁵⁵

Al igual que Durkheim, Marc Bloch concedía al método comparativo un valor extraordinario. Si los sociólogos fundamentaban su disciplina como ciencia en la medida en que ésta accedía a la comparación, Marc Bloch incluyó el estatuto científico del método comparativo en la epistemología de la historia. A éste podría deberse “el futuro de nuestra ciencia”,³⁵⁶ escribió un día. Con ello le otorgó un estatuto científico que no puede verse ni en Fustel de Coulanges o en Henri Pirenne, aun cuando este último decía que el método comparativo permitía a la historia elevarse al conocimiento científico. No obstante, el estatuto científico de la comparación también estará presente en la lingüística histórica de Meillet.

No obstante, a diferencia de Durkheim, Bloch tenía una idea de la ciencia menos esencialista o absoluta. La teoría de la relatividad, la mecánica de los *quanta* o la teoría cinética de los gases, habían transformado radicalmente el panorama científico del siglo XX y la concepción que se tenía de la ciencia, lo cual también influyó en él y en su concepción de

³⁵² *Ibid.* p. 6.

³⁵³ *Ibid.* p. 6.

³⁵⁴ *Ibid.* p. 12.

³⁵⁵ *Ibid.* p. 8. (Las cursivas son mías). Febvre decía que gracias a los *Annales* el pensamiento de Bloch era “vecino del mío en todos sus aspectos esenciales”. Algo parecido había dicho Bloch en la dedicatoria a la *Apología para la historia*. No deja de ser curioso que en ambos exista la misma definición de la historia: “La historia es la ciencia de un cambio”. *Cfr.* “Carta de Lucien Febvre a Étienne Gilson”, *Op. cit.* p. 480.

³⁵⁶ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las civilizaciones europeas”, *Op. cit.* p. 114.

la ciencia de la historia (que también lo distingue de la generación anterior de historiadores) Por ende, aun cuando este método haya adquirido tal estatuto en el pensamiento de Bloch, la diferencia con el que Durkheim le había atribuido en la sociología salta de inmediato a la vista. Pero en este estatuto científico, existe otra característica importante. A la vez de constituir una concepción propia de la historia, el método comparativo también se convirtió en uno de los paradigmas de los *Annales* y en punta de lanza de una revolución historiográfica. “Para los primeros *Annales* no hay entonces historia posible que sea verdaderamente científica”, ha escrito Carlos Antonio Aguirre Rojas, “que no sea al mismo tiempo una historia comparatista”.³⁵⁷

Para Marc Bloch, el método comparativo hacía posible *recrear* las experiencias dentro de la historia. “Ante los ojos de un historiador, ¿cómo debería proceder todo estudio de esa experiencia que es, por ejemplo, una campaña o una batalla napoleónica?”, se preguntaba, respondiendo:

Sin duda por un análisis riguroso de todos sus factores, y como a fin de cuentas se trata de extraer de ese acontecimiento lejano enseñanzas para la acción del presente, por una comparación de esos factores con los del presente³⁵⁸

Mas no se trata de un experimento, sino de un medio para descubrir las experiencias “naturales del pasado”, del acontecer mismo de las sociedades en el tiempo; experiencias entre dos o más fenómenos de medios sociales diferentes, cercanos o lejanos en tiempos y espacios, entre los cuales existiesen ciertas analogías entre sí. Pues, incluso en el escenario más adverso, “el estudio de las experiencias del pasado nos ofrecería una gimnasia indispensable, porque sólo ella nos permite estudiar experiencias completas y evaluar sus efectos hasta el fin”.³⁵⁹ Es decir, en el caso de los hechos históricos sólo existe una diferencia de grado con el que ofrecen los demás fenómenos de la naturaleza. Aun cuando dos fenómenos históricos sean extraordinariamente parecidos, nunca serán idénticos, pues un fenómeno nunca se reproducirá de idéntica manera. En cambio, los que sí “permanecen idénticos, son algunos factores cuya combinación varía más o menos”, dice él. La tarea,

³⁵⁷ AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *La escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*. Montesinos, 1999, España, pp. 92-93.

³⁵⁸ BLOCH, Marc, “Que demander à l’histoire?”, *Op. cit.*, p. 10.

³⁵⁹ *Ibid.* p. 6. Sobre este análisis, pero refiriéndose a Pirenne, *Supra*, nota 236.

entonces, es “hacer variar esos factores de modo que se puedan apreciar sus efectos, en eso consiste precisamente una experiencia”.³⁶⁰

Otra distinción fundamental entre el método comparativo de Durkheim y Bloch, reside en que el primero pone un énfasis sobredimensionado en las *similitudes*. Bloch también las consideraba importantes. Incluso, basándose en las leyes periódicas de la evolución que había propuesto Simiand para la historia económica, llegó a preguntarse si algún día en la historia se podrían formular leyes que permitieran dar cuenta de la regularidad de los fenómenos, o crear leyes de la evolución histórica:

¿Qué esas leyes nos permitan determinar algunas rupturas regulares del equilibrio, algunas sucesiones de fases y, en consecuencia, ya que nos encontramos en una fase dada, de prever en alguna manera, y sobre todo, de preparar la siguiente fase? (...) y creo que no debo negarme el placer de hacer alusión, en mis últimas palabras [se refiere al final de su conferencia] a una eventualidad de esperanza.³⁶¹

A su vez, a partir de una lectura de las obras de Maine, Fustel de Coulanges McLennan, Bachofen, Morgan, Müller, Tylor, Lang, Robertson Smith, entre otros autores de gran importancia, en el último capítulo de *Las Reglas del Método sociológico*, Durkheim hacía énfasis en que todas ellas se habían basado en el estudio de formas similares.³⁶² De acuerdo con lo anterior, él afirmaba: “su generalidad prueba que dependen esencialmente de causas generales que allí donde están presentes producen siempre los mismos efectos”.³⁶³ De manera

³⁶⁰ *Ibid.* p. 10 y 11. El eco de Durkheim resuena con fuerza en esta última frase, sin embargo, el significado que Bloch le atribuye es otro: rasgos del pasado que indican similitudes con problemas del presente. Por ejemplo, en la historia de las técnicas hay factores de este tipo: la falta de mano de obra. Bloch escribió que aun cuando era conocido desde los griegos, el molino de agua no se difundió sino hasta los últimos siglos del imperio romano y principios de la Edad Media, cuando la mano de obra servil que movía la muela comenzó a ser insuficiente. De ello quizá sea posible, dice él, que la reducción de la jornada de trabajo conlleve a la adopción de nuevas máquinas, ya inventadas o que puedan serlo. Esto es a lo que se refería, en términos muy matizados y precavidos.

³⁶¹ *Ibid.* p. 14.

³⁶² DURKHEIM, Émile, *Las reglas del método sociológico*, *Op. cit.* pp. 281-286. Debido a esta importancia y al vínculo fundamental entre Durkheim y todos ellos, que se acentúa sobre todo en *Las formas elementales de la vida religiosa*, no es de extrañarse que, a pesar de su acertada crítica a Rhodes, quien había señalado el papel predominante de Durkheim en la obra de Marc Bloch, también Toubert cometa un reduccionismo. Aun cuando la relación entre el método comparativo ‘antropológico’ con el sociológico es evidente, y ambos son de importancia para Bloch, Toubert concibe a los evolucionistas victorianos como la influencia más importante, *vía* Durkheim, en la concepción del método comparativo en Marc Bloch: “Es así entonces que, en el caso de Durkheim, hay que buscar en la escuela inglesa de sociología comparada de derecho [cita a Maine y Maitland], los principios del método comparativo que han marcado toda la obra de Bloch, desde *Rois thaumaturgues*, hasta su libro póstumo *Seigneurie française et manoir anglais*.” TOUBERT, Pierre, “Prefacio a *Les caractères originaux de l’histoire rurale française* de Marc Bloch”, *Op. cit.* p. 69.

³⁶³ DURKHEIM, Émile, *Las reglas del método sociológico*, *Op. cit.* p. 286.

parecida a la crítica de Bloch sobre Frazer, heredero de los antropólogos victorianos y quizá el último gran eslabón del evolucionismo británico de esa época, la crítica a Durkheim gira en torno de que su método comparativo, punto de partida de la nueva ciencia y principio fundamental para el establecimiento de leyes sociales, está basado sobre todo en las similitudes.³⁶⁴ Por el contrario, y frente a este acento reactivo sobre las similitudes, “el punto central de la historia comparativa”, ha escrito Carlo Ginzburg a propósito de Marc Bloch, quien evocaba el prejuicio persistente que identificaba a la historia comparativa con la búsqueda de analogías, “es el de enfatizar la especificidad de las *diferencias* entre los fenómenos que están siendo comparados”.³⁶⁵

Siendo historiador, y en este caso estando más cerca de Pirenne, con quien compartía el énfasis hacia las diferencias porque éstas revelaban la originalidad de los sistemas sociales, Bloch consideraba que las similitudes no pueden ser adecuadamente comprendidas más que a partir de las diferencias, o que las diferencias también debían ser entendidas por las similitudes, es decir: tanto en sus *particularidades* como en sus *generalidades*.³⁶⁶

Al permitir revelar las *similitudes* y las *diferencias* de los fenómenos observados, el método comparativo permitía al historiador el acceso a las causas fundamentales, a los caracteres *originales* de las civilizaciones en el registro más profundo de su historia. De esta manera, el reto sociológico que a través del método comparativo fue lanzado a la historia, no sólo fue respondido, sino incluso convertido en el estandarte de la “historia de la estructura social”, como Bloch la definía, en el símbolo preclaro de esa historia comparada de las civilizaciones europeas, de la cual él mismo fue arquitecto, y a la cual concedió, al igual que Durkheim lo había hecho en su momento, la promesa a futuro de su propia disciplina. Quizá por todo ello, Lévi-Strauss señaló que Bloch había hecho “una obra histórica excelente, de espíritu verdaderamente sociológico”.³⁶⁷ Es más, quizá valga la pena preguntarse si Gernet

³⁶⁴ MASTROGREGORI, Massimo, *Il genio dello storico*, *Op. cit.* p. 151.

³⁶⁵ GINZBURG, Carlo, “Nuestras palabras y las tuyas. Una reflexión sobre el Oficio de Historiador, hoy”, Trad. América Bustamante Piedragil y Carlos Alberto Ríos Gordillo, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 19, (Dossier: *Historia, Crítica y Poder*), Año 9, Segunda Serie, México, sept. 2012-Feb. 2013, p. 10. Esta tesis es la misma de Lucien Febvre: “la comparación que es la identificación de las diferencias en la *superficie*, y, sobre todo, de las diferencias a *profundidad*... Y eso es precisamente lo que aporta Bloch”. “Carta de Lucien Febvre a Étienne Gilson”, *Op. cit.* p. 480.

³⁶⁶ BLOCH, Marc, “Problèmes d’Histoire Comparée”, *Op. cit.* p. 440.

³⁶⁷ LÉVI-STRAUSS, Claude, “La sociología francesa”, *Op. cit.* p. 4.

tendría razón, cuando afirmó que, “más que en los sociólogos”, en Marc Bloch veía “al verdadero heredero de la tradición durkheimiana”.³⁶⁸

Por esa extraordinaria formación que le permitió explorar fenómenos lo mismo en un pasado remoto que en el presente más candente, Marc Bloch ha sido, sin duda alguna, historiador. Pero fue un historiador heterodoxo. Por haber estudiado rituales, mitos, leyendas y creencias, ha sido considerado ‘antropólogo’ o ‘etnólogo’; por la atención que durante décadas prestó a los paisajes agrarios, las técnicas de roturación del suelo o la vida rural, que fueron para él la huella de la existencia de antiguas civilizaciones agrarias, su perfil ha sido también el de un ‘geógrafo’; por sus estudios sobre los grupos sociales, la solidaridad entre los individuos, las conciencias, las representaciones o la memoria, todas ellas colectivas, ha sido también ‘sociólogo’. Aunado a todo ello, debido a su atención al estudio del lenguaje, su perfil de lingüista también ha sido sugerido.

Sonda de penetración a realidades muy antiguas, el lenguaje había sido, sobre todo en sociedades predominantemente orales, como la Edad Media, más que una forma de comunicación entre los hombres: era el puente hacia su concepción del mundo, a la vez que complejo testimonio de todo ello. Al ser una senda abierta que permitía estudiar la evolución de las sociedades en el espacio y en el tiempo, la obra de Meillet, un lingüista tocado también por la obra de Durkheim y por la impronta de *L'Année sociologique*, a quien reconoció sus enseñanzas y en cuyas páginas también colaboró, fue para Marc Bloch más que una introducción a la lingüística general y a la lingüística histórica. En él, estas lecciones representaron una de las filiaciones más importantes para su visión del método comparativo.

IV. Del método comparativo y lingüística histórica

Durante milenios el lenguaje ha sido objeto de estudio y su importancia ha sido tal que (en una de sus variantes) la aparición de la escritura ha sido considerada la línea divisoria entre la historia y la prehistoria. Dejando a un lado esta cuestionable periodización —e incluso el problema fundamental de aquellos pueblos que, sin haber descubierto la escritura, fueron

³⁶⁸ Citado en DOSSE, François, *La historia en migajas*, *Op. cit.*, p. 88.

denigrados con el nombre de ‘pueblos sin historia’, o incluso a pesar de tenerla fueron considerados “primitivos”—, desde la antigüedad, en la órbita de irradiación de las tierras bañadas por las aguas del Mediterráneo o las del Nilo, el Tigris, el Éufrates o el Indo, el papel del lenguaje en las civilizaciones fue sin duda extraordinario. “La escritura marca la *formación* de las palabras (o de la significación) pero también de las cosas”, escribió Julia Kristeva, puesto que: “palabras y cosas *escritas* se encuentran íntimamente relacionadas, haciendo cuerpo con una misma realidad en proceso de diferenciación y clasificación”. Cargado de valores mitológicos, morales, sociales e históricos, el lenguaje participa en el mundo, en la naturaleza, en el cuerpo, en la sociedad. “El universo con la palabra en él se organiza como una inmensa combinación”. Esto quizá constituye el trazo fundamental del lenguaje en las sociedades llamadas “primitivas”, dice Kristeva,³⁶⁹ a propósito de este antiguo sistema de significación y sistematización del lenguaje, de la lengua, de la escritura.

La escritura de los egipcios fue celosamente preservada en papiros y bibliotecas, y al ser considerada incluso como el lenguaje de los dioses, fue escrita en pirámides monumentales. Sumerios y acadios fundamentaron la civilización mesopotámica en la escritura, fuera en piedra o en tablillas de barro, al igual que lo hicieron los fenicios. En la India, el cuidado religioso de la lectura de los textos sagrados era tanto una preservación de la ortodoxia del ritual y de la predominancia de la palabra en los himnos védicos, como un incomparable ejercicio de memoria. La naturaleza divina del mundo fue registrada por los hebreos en su libro máspreciado, *La Biblia*. En otro gran libro sagrado, el *Corán*, se representó la gramática de la civilización árabe, así como la ‘lectura’ y ‘la recitación’ del libro sagrado. Por su parte, en el *Zend-Avesta*, los persas tuvieron el libro sagrado que simbolizaba toda su religión. Fue tal la importancia de estos textos sagrados, que cristianos, hebreos, musulmanes y persas fueron considerados ‘pueblos del libro’. Elevado al rango de ciencia, el lenguaje entre los chinos sintetizó el mundo del saber en esa portentosa civilización oriental. La civilización maya también dejó un registro escrito de las dinastías políticas o de los avanzados cálculos astronómicos, fuera en estelas como en las pirámides de la selva madre. Los griegos atribuyeron al lenguaje el valor de la fundamentación lógica, mientras que los romanos se

³⁶⁹ KRISTEVA, Julia, *Le langage, cet inconnu. Une initiation a la linguistique*. (Col. Points Essais). Éditions du Seuil, París, 1981, p. 69.

encargaron de pulir, traducir, naturalizar y transmitir la gramática y el pensamiento de los griegos, aunque a partir de códigos distintos. Por ello: “Todos saben que la lingüística occidental nace en la filosofía griega”.³⁷⁰ Los teólogos medievales, e incluso humanistas y renacentistas, basaron sus estudios en los lenguajes que eran la manifestación de grandes civilizaciones: el griego y el latín. Así, en una u otra civilización, el lenguaje ha tenido una importancia extraordinaria a lo largo de la historia. Es más, ¿no fue Galileo Galilei quien dijo que las matemáticas eran “el lenguaje en el que Dios escribió el universo”?

Sin embargo, si el lenguaje es considerado un testimonio del grado de desarrollo histórico de una civilización, es también una vía de acceso a las complejas dinámicas de funcionamiento de cada una de ellas, así como a los mitos, las creencias, la filosofía o el saber que le son propios. Esto es lo que representa el cruce entre lenguaje e historia, entre antropología, filología y lingüística, entre filosofía y literatura, entre sociología y geografía. Es decir, si el lenguaje ha sido objeto de reflexión específica durante épocas enteras de la historia humana, la ciencia que considera al lenguaje objeto de conocimiento particular, susceptible de introducirnos al análisis de una civilización y a las dinámicas de su funcionamiento en el tiempo, así como en las características propias de un lenguaje y en sus relaciones históricas con otro, es todavía reciente. Pues la existencia de la lingüística —“ciencia del lenguaje y [al igual que una] ciencia de las lenguas”, donde la “facultad humana, característica universal e inmutable del hombre”, que es el lenguaje, es “otra cosa que las lenguas siempre particulares y variables, en las cuales se realiza”—³⁷¹ al compararse con la dilatada existencia de su propio objeto de estudio, es parte de un tiempo más breve.

A finales del siglo XVIII, el descubrimiento del sánscrito y del parentesco entre las lenguas indoeuropeas representó una fase nueva, una revolución de las teorías lingüísticas precedentes. “La lingüística se elabora en los marcos de la gramática comparada”, señaló Benveniste, añadiendo que “el método puesto a prueba en el dominio indoeuropeo se ha tornado ejemplar”.³⁷² El libro de Friedrich von Schlegel, *Über die Sprache und Weisheit der*

³⁷⁰ BENVENISTE, Émile, “Ojeada al desenvolvimiento de la lingüística”, en *Problemas de lingüística general 1*. Trad. Juan Almela, Siglo XXI editores, México, 16ª ed. 1991, Tomo 1, p. 21.

³⁷¹ *Ibid.* pp. 20-21.

³⁷² *Ibid.*, p. 21.

Indier (1808), permitió a los eruditos de toda Europa conocer el sánscrito. Las relaciones entre los grupos romances y su desarrollo a partir del latín hacía mucho que eran conocidas, pero sólo con el descubrimiento del antiguo lenguaje de la India pudo demostrarse que las relaciones entre los grupos principales de lenguajes de Europa, como el latín y el griego, y las relaciones entre éstos con los grupos germánico y céltico, era más que una inducción. Estos descubrimientos hicieron florecer a la lingüística comparada que se desarrolló durante la primera mitad del siglo XIX, aun cuando había sido ya anunciada por Leibniz, en su *Dissertation sur l'origine des langues* (1710), que había llamado la atención sobre la necesidad de un estudio comparativo de los lenguajes conocidos y una recolección empírica de los datos lingüísticos. “Pero sólo cuando se introdujo el sánscrito para obtener material de comparación”, escribió el lingüista Malmberg, sólo entonces pudo demostrarse que:

la teoría del origen común y la relación mutua entre los lenguajes indoeuropeos tenía un firme fundamento objetivo y podía considerarse definitivamente probada.³⁷³

Esta demostración del hecho del origen común y de la existencia de las mismas causas de evolución entre las lenguas, despertó una extraordinaria curiosidad por el pasado, —problema central del romanticismo—, representada por una oleada de estudios sobre Grecia o Roma, y sobre todo, por estudios sobre el pasado de las grandes civilizaciones de Oriente. Este fue el trasfondo ideológico sobre el cual se cimentó la lingüística comparada y la lingüística histórica. Es decir, la reconstrucción de los protolenguajes a partir de los cuales se habían desarrollado los existentes, permitía observar el origen de las naciones, de su historia y de los propios lenguajes que conducían hacia los orígenes de las civilizaciones, fueron problemas que se convirtieron en la tarea central de la lingüística. El método consistió en examinar “los más antiguos especímenes conocidos de cada lenguaje en cada grupo lingüístico, en pos de rasgos comunes y regulares”.³⁷⁴

Prueba de ello es el estudio de la regularidad de las correspondencias fonéticas de los lenguajes europeos, descubiertas en palabras escandinavas con significados parecidos, que el

³⁷³ MALMBERG, Bertil, *Los nuevos caminos de la lingüística*, Trad. Juan Almela, Siglo XXI Editores, México, 22ª ed. 2003, p. 5.

³⁷⁴ *Ibid.* p. 7.

danés Rasmus Rask (“el primer gran exponente del método comparativo” en la lingüística³⁷⁵) estudió a propósito del origen del noruego antiguo, en su obra *Unersogelse om det gamle nordiske eller islandske sprogs oprindelse* (1818); aunque el método comparativo puede hallarse también en la impresionante *Deutsche Grammatik* (1819), escrita por el fundador de los estudios germánicos, Jakob Grimm, o incluso en *Über das Conjugationssystem der Sanskritsprache* (1816), de Franz Bopp, quien comprendió las relaciones del sánscrito con otras lenguas de Europa a partir de la necesidad de una ciencia autónoma, la filología comparativa o gramática comparada; aunque el método comparativo también se encuentra en el *Compendium der Verleichenden Grammatik des indogermanischen Sprachen* (1861), de August Schleicher, que es una especie de sistematización de la gramática comparada de Bopp. A pesar de sus diferencias, estas obras son algunas de las más célebres investigaciones comparativas del momento fundacional de la lingüística indoeuropea.

No obstante, aunque el estudio de las etapas prehistóricas del lenguaje había fascinado a las primeras generaciones de lingüistas, sus sucesores de finales de siglo no siguieron por esa vía, “teniéndolo por anticientífico y metafísico”,³⁷⁶ enfocándose al estudio de las lenguas en el presente, en sus derivaciones históricas, en sus relaciones mutuas, comparándolas aun cuando éstas provinieran de geografías sumamente distantes y civilizaciones diferentes con distintos grados de desarrollo (tendencia que prosiguió con el tiempo, por ejemplo, la comparación entre el quechua y el turco elaborada por Dumézil). Es decir, aun cuando olvidaron la búsqueda de los orígenes mantuvieron las coordenadas de la lingüística histórica y el método comparativo.

Sin embargo, durante esta primera etapa, los viajes que Humboldt realizó, y que lo llevarían de América al lejano Oriente, originaron un vasto estudio de los lenguajes y la naturaleza del lenguaje. Su influencia y autoridad científica son tales que se le ha considerado “el verdadero creador de la filología comparada”.³⁷⁷ Él tenía “gran conciencia de los aspectos dinámicos del lenguaje”, aunque su interés era la descripción del estado lingüístico sincrónico,

³⁷⁵ *Ibid.* p. 7.

³⁷⁶ *Ibid.* p. 24.

³⁷⁷ KRISTEVA, Julia, *Le langage, cet inconnu*, *Op. cit.* p. 199.

y por tanto, “al mismo tiempo considera cada uno como un todo coherente”.³⁷⁸ A propósito, Bolívar Echeverría señaló³⁷⁹ que esta especie de “unidad del espíritu humano”, planteada en la *Sprachphilosophie* de Humboldt, quien buscó una “racionalidad humana por encima del carácter específico o la identidad peculiar de cada lengua”, se basaba en el reconocimiento de una “*identidad elemental*” de las distintas lenguas humanas, puesto que era la “resistencia romántica” al universalismo abstracto de la modernización capitalista; el intento de superar la incapacidad de concebir “al otro en su otredad, la necesidad de percibirlo como una versión (por lo general, disminuida) del sí mismo”, enfatizando que la pluralidad o peculiaridad de cada una de ellas plantea “la simbolización originaria o fundante”. Es decir, esta condición que se afirma en la pluralidad, concibiendo la universalidad de lo humano de manera concreta y no en el universalismo abstracto que ‘devora al otro’, subsumiéndolo, despojándolo de sí mismo:

es la clave de la construcción del mundo de la vida: la articulación que es capaz de juntar la experiencia de lo desconocido, lo otro o lo nuevo, con las características físicas de aquellos sonidos que relacionan al que pronuncia las palabras con quien las escucha.³⁸⁰

A pesar de ello, el descubrimiento del origen común entre los lenguajes indoeuropeos, a partir del cual se desarrollaron múltiples familias lingüísticas, fue una hipótesis monumental que estuvo basada en las semejanzas, en los parecidos, en los trazos comunes que en el largo camino de la evolución histórica permitían reconocer la identidad entre el presente europeo con el del pasado más antiguo. El énfasis en las similitudes, que ocultó las diferencias, siendo subsumidas por un universalismo abstracto, representó el triunfo lingüístico del evolucionismo, indispensable para su coronación en el pensamiento social. “La sociedad sería pensada sobre el modelo del lenguaje visto como una línea evolutiva”,³⁸¹ señaló Julia Kristeva. La búsqueda de un objeto susceptible de ser estudiado científicamente y que permitiera el acceso a una sociedad ‘primitiva’, generó una reacción todavía más lejana al coronamiento del evolucionismo: el descubrimiento del lenguaje por la antropología.

³⁷⁸ MALMBERG, Bertil, *Los nuevos caminos de la lingüística*, *Op. cit.* p. 37.

³⁷⁹ ECHEVERRÍA, Bolívar, “La identidad evanescente”, en *Las ilusiones de la modernidad*. México: El Equilibrista, 1997, pp. 55-58.

³⁸⁰ *Ibid.* p. 57.

³⁸¹ KRISTEVA, Julia, *Le langage, cet inconnu*. *Op. cit.* p. 191.

Kristeva escribió que los británicos fueron pioneros de esta “antropología lingüística”, fueran evolucionistas o no: Edward Tylor, el maestro de la teoría de las ‘supervivencias’, por supuesto, pero después de él, J.F. Firth, por ejemplo, o incluso, Malinowski, egregio representante del funcionalismo. El antropólogo de origen alemán, emigrado a los Estados Unidos, Franz Boas, cabeza en jefe del difusionismo (préstamos o influencias externas), también destacó con sus estudios sobre los esquimales y el lenguaje. Kristeva señaló que “en Europa, la antropología se inspira en los trabajos de Saussure y de Meillet”,³⁸² así como en los sociólogos Durkheim y Mauss, que en el lenguaje encontraron una orientación de sus investigaciones.

La serie de acercamientos entre lingüística y antropología, antropología y sociología, psicología y sociología, sociología y lingüística, lingüística e historia, también fueron regulados a partir del método comparativo. En una disciplina o en otra, sus practicantes lo consideraron una herramienta central. Como estudió Saussure, en la “lingüística propiamente dicha”, sobre todo en el estudio de las lenguas romances y de las lenguas germánicas, la comparación no fue más “que un medio, un método para reconstruir los hechos”, por lo que al ser entendida como uno de los varios aspectos de los fenómenos lingüísticos, se le “otorgó a la comparación el puesto que exactamente le corresponde”: el descubrimiento de las correspondencias entre las lenguas,³⁸³ es decir, una herramienta, un medio para penetrar en la naturaleza de los fenómenos lingüísticos. Según Benveniste, con el *Cours de linguistique general*, “se precisa una noción nueva de la lengua”, y “la lingüística entra entonces en su tercera fase, la de hoy”. A partir de entonces, los lingüistas estudian la “realidad lingüística actual”, por lo que la lingüística estudia:

No la filosofía del lenguaje ni la evolución de las formas lingüísticas, sino ante todo la realidad intrínseca de la lengua, y tiende a constituirse como ciencia, formal, rigurosa, sistemática.³⁸⁴

³⁸² *Ibid.* p. 54. El interés de Mauss por la antropología de Fraser y Tylor, era también el interés por la lingüística de Max Müller (*Supra*, nota 99), pero también de A. Meillet, S. Lévi y A. Carrière, con quienes estudió historia de las religiones en la École Pratique des Hautes Études, de París. Cfr. PELOSI, Hebe Carmen, *Historiografía y sociedad. Las fuentes de Annales y su recepción en la historiografía argentina*, Universidad del Museo Social Argentino, Buenos Aires, 1991, p. 111.

³⁸³ SAUSSURE, Ferdinand, *Curso de lingüística general*, Trad., y notas de Mauro Armiño, Publicado por Charles Bailly y Albert Sechehaye, con la colaboración de Albert Riedlinger, Toledo: Akal, 2006, p. 28. El parecido de esta definición, con la de Meillet en 1913, es sorprendente: “El objeto de la ciencia que se ha convenido en llamar gramática comparada es hacer de la historia de los desarrollos lingüísticos un medio de relación entre las diversas lenguas”, MEILLET, Antoine, “Sur la méthode de la grammaire comparée”, en *Linguistique historique et linguistique générale I*, Champion, París, 1921, p. 19.

³⁸⁴ BENVENISTE, Émile, “Ojeada al desenvolvimiento de la lingüística”, *Op. cit.* p. 22.

Sólo entonces los lingüistas reconocieron principios fundamentales de la lingüística moderna: que la lengua forma un *sistema*, pues la lengua es una disposición de partes y se compone de elementos articulados en combinaciones variables, según ciertos principios de *estructura*, o tipos particulares de relaciones que articulan las unidades de un nivel determinado.³⁸⁵ Pero también obtuvieron conceptos clave: lengua, lenguaje, habla; signo, significado, significante; unidad lingüística, circuito del habla, estado de lengua, o sincronía y diacronía, conceptos tan importantes para los historiadores. En esta etapa, destaca una figura que tuvo una viva admiración por el método comparativo en su disciplina, cuya obra fue central en la concepción del método comparativo de Marc Bloch: Antoine Meillet, uno de los grandes maestros del método comparativo en la lingüística histórica.

Tras haber obtenido el doble bachillerato (en ciencias y letras) en el Liceo Banville, e incluso de haber trabajado durante un año en el elitista Liceo Louis-le-Grand, a partir de 1885 Meillet estudió en la Sorbona, donde siguió los cursos de Louis Havet (latín), James Darmesteter (védico), Abel Bergaigne (sánscrito), aunque también aprendió de Arbois de Jubainville (irlandés) o de Arsène Darmesteter y Gaston Paris (lenguas romances),³⁸⁶ al tiempo que también estudió en el marco de la Cátedra de Gramática Comparada, que el gran maestro de lingüística y mitología indoeuropea en Francia, Michel Bréal (1832-1915) impartió durante décadas en el Collège de France (1864-1905), quien a su vez había estudiado en Berlín en la Cátedra de Gramática Comparada de Franz Bopp, de quien incluso prologó uno de sus libros traducidos al francés;³⁸⁷ y en la de sánscrito, de Albrecht Weber. En la École Pratique des Hautes Études, Meillet estudió gramática comparada con quien ha sido considerado el fundador de la lingüística contemporánea, pues según Benveniste: “Saussure [1857-1913] es ante todo y siempre el hombre de los fundamentos”,³⁸⁸ así como con Sylvain Lévi (1863-1935), quien sería titular de la Cátedra de Lengua y Literatura Sánscrita en el Collège de France (1894-1935).

³⁸⁵ *Ibid.*, pp. 22-23.

³⁸⁶ MERLIN, Alfred, “Notice sur la vie et les travaux de M. Antoine Meillet, membre de l’Académie”, en *Comptes-rendus des séances de l’Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, núm. 4, año 96, 1952, p. 577.

³⁸⁷ BOPP, Franz, *Grammaire comparée des langues indo-européennes*, París: Imprimerie Impériale, 1868, T. II. La importancia del método comparativo en Bréal, también puede verse en el tema de su lección inaugural, en 1864, al Collège de France, intitulada: “De la méthode comparative dans l’histoire des langues”.

³⁸⁸ BENVENISTE, É. “Saussure después de medio siglo”, en *Problemas de lingüística general*, *Op. cit.* p. 34.

Con esta sólida formación, años después recibiría la influencia de Durkheim y del grupo de *L'Année sociologique*, convirtiéndose en colaborador de sus páginas y manteniendo un intercambio constante con Mauss, Hubert, Granet, Halbwachs o Fauconnet. Inclusive, junto a Lucien Lévi-Bruhl (cuya relación de amistad también significó para él una profunda influencia intelectual³⁸⁹) y Salomon Reinach, fue uno de los animadores del Institut Français d'Anthropologie. Cuando Meillet insistía sobre el “carácter social de los hechos lingüísticos”, o que el “hecho lingüístico era por excelencia un hecho social” —así como Saussure decía que el “lenguaje es un hecho social”—, esto que fuera una de las originalidades de su pensamiento, es también una huella de la influencia que la sociología ejerció en el estudio del lenguaje humano.

Con la desaparición de quienes habían sido sus maestros: Saussure,³⁹⁰ en 1913; y Bréal,³⁹¹ en 1915; Meillet tuvo un ascendiente decisivo en el dominio de la lingüística francesa.

³⁸⁹ MASTROGREGORI, Massimo, *Il genio dello storico*, *Op. cit.* p. 102.

³⁹⁰ Sobre la *Mémoire sur le système primitif des voyelles dans les langues indo-européennes*, “sistema” publicado cuando Saussure contaba tan sólo con 21 años, Meillet escribió que era “el más bello libro de gramática comparada que se había escrito”. Es más, reconoció: “el pensamiento de F. de Saussure era tan rico, que me había impregnado por completo”. Citado en MERLIN, Alfred, “Notice sur la vie et les travaux de M. Antoine Meillet, membre de l'Académie”, *Op. cit.* pp. 573 y 574. Más adelante, la tarea que Meillet había emprendido intensamente y las enseñanzas de Saussure, fueron consideradas una misma línea de trabajo y común objeto de elogio. En un homenaje a Saussure, en presencia suya y de Meillet, Charles Bally pronunció estas palabras sobre el “fundador y maestro incontestado de la escuela ginebrina de lingüística”: “Así, Usted ha sido, con su gran alumno Antoine Meillet, uno de los raros lingüistas que en la actualidad puede reunir en una síntesis vigorosa el dominio inmenso de la lingüística indogermánica, y la vasta erudición que supone tal grado de esfuerzo, que a manos llenas usted ha prodigado a sus alumnos.” MEILLET, Antoine y Charles BALLY, “Allocutions prononcées le 14 juillet 1908 à l'occasion de la remise à Ferdinand de Saussure des *Mélanges de Linguistique*”, en *Cahiers Ferdinand de Saussure*, núm. 59, (2006), pp. 179-185, p. 183. Sobre la amistosa relación personal e intelectual, además de los interesantes apéndices, entre ellos una carta de Madame Saussure a Meillet, escrita poco después de la desaparición de su esposo, donde le dice que la escrupulosa y meticulosa preparación de los cursos, dejaba a Saussure poco tiempo disponible para la publicación de otro tipo de trabajos más personales. *Cfr.* BENVENISTE, Émile, “Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet”, en *Cahiers Ferdinand de Saussure*, núm. 21, (1964), pp. 93-130.

³⁹¹ En una época en la cual los nombramientos eran vitalicios, Michel Bréal había anunciado su retiro del Collège de France desde 1905, haciendo todo lo posible por dejar a Meillet en su lugar, quien lo había suplido ya entre 1899-1900. Algo parecido le había ocurrido en 1889, cuando suplió durante un año a Saussure en la École Pratique des Hautes Études, cuyo lugar ocupó definitivamente cuando su maestro decidió retornar a Ginebra, su ciudad natal; en cuya universidad fue Profesor Extraordinario y titular de la Cátedra de Lingüística, en la cual impartió el célebre *Curso de lingüística general*. Es decir, desde que Meillet tenía 23 años, aunque ya con el grado de Doctor en Letras (con 21 años), disfrutó del reconocimiento precoz y del apoyo indiscutido de dos de los grandes maestros francoparlantes de la lingüística, que a la edad de 40 años lo llevaría a ocupar una cátedra en el Colegio de Francia. Sin embargo, en 1928, renovando el gesto que Bréal le había hecho años antes, cedió su lugar en la École Pratique a uno de sus alumnos más distinguidos, Émile Benveniste (MERLIN, Alfred, “Notice sur la vie et les travaux de M. Antoine Meillet, membre de l'Académie”, *Op. cit.* p. 574), quien a la muerte de Meillet también ocuparía su lugar (con tan sólo 35 años) en el Colegio de Francia, en la Cátedra de Gramática Comparada (1937-1972), convirtiéndose con el tiempo en uno de los lingüistas más importantes de su época. Benveniste, por su parte, apoyaría el ingreso de otro alumno de Meillet al Collège de France, G. Dumézil, para ocupar la Cátedra de Civilización Indoeuropea (1949-1968). Además de la genealogía, en todos los lingüistas hay otra similitud quizá heredada también de Bréal: la presencia de un imponente análisis

Profesor en la École des Langues Orientales, en la École Pratique des Hautes Études, Secretario de la Société de Linguistique de París, titular de la Cátedra de Gramática Comparada de las lenguas indoeuropeas en el Collège de France (1906-1936), Caballero de la Legión de Honor y premio Osiris por el Instituto, Meillet construyó meteóricamente una carrera académica entre las más ilustres de su época, caracterizada por una formación que aún hoy día despertaría la admiración de cualquier lingüista, pero sobre todo por una osadía intelectual y un conocimiento enciclopédico de las lenguas, antiguas o modernas, clásicas u orientales, del mundo que estudió durante décadas. En 1910, la Universidad de Berlín le otorgó el título de Doctor *honoris causa*, en los términos siguientes: “*grammaticae comparatae auctori gravissimo, scriptori elegantissimo, praeceptorum meritissimo; studiorum grammaticorum inter Gallos laeta spe efflorescentium decori atque exemplo*”.³⁹²

La geografía de sus conocimientos era vasta e impresionante. Su obra es el reflejo de la conversión de toda la lingüística indoeuropea, desde su más lejano pasado hasta sus derivaciones y ramificaciones más contemporáneas, en el fresco de milenios de historia, construido a través de la historia de las lenguas y esa “*grammaticae comparatae*” con la cual había sido distinguido. Latín y griego, Meillet los conocía a profundidad: *De quelques innovations de la déclinaison latine* (1906), *Aperçu d’une histoire de la langue grecque* (1913), *Esquisse d’une histoire de la langue latine* (1928), y en colaboración con M. Ernout, *Dictionnaire étymologique de la langue latine* (1932); y con J. Vendryes, *Traité de grammaire comparée des langues classiques* (1925). Pero sabía también alemán: *Caractères généraux des langues germaniques* (1917); polaco: *Grammaire de la langue polonaise* (1921), escrita en colaboración con Willman-Grabowska; o serbo croata: *Grammaire de la langue serbo-croate*, (1924) con A. Vaillant. Escribió, además, la gramática del armenio: *Esquisse d’une grammaire comparée de l’arménien classique* (1903), *Armenisches Elementarbuch* (1913); al igual que la del eslavo antiguo: *Recherches sur l’emploi du génitif-accusatif en vieux slave* (1897), que había sido su tesis doctoral en Letras; *Le slave commun* (1924), *Études sur l’étymologie et le vocabulaire du vieux slave* (dos partes, 1902-1905); o del iraní antiguo: *Grammaire du vieux-perse* (1915); incluyendo las lenguas indoeuropeas: *Introduction à l’étude comparée des*

filológico y comparativo, fuera éste último etimológico o mitológico. Sobre las Cátedras, véase la muy útil “Liste des professeurs depuis la fondation du Collège de France en 1530”, en el sitio del Collège de France: www.college-de-france.fr

³⁹² *Ibid*, p. 583.

langues indo-européennes (1903), *Les dialectes indo-européens* (1908), *Les origines indo-européennes des mètres grecs* (1923). Su interés abarcó las lenguas antiguas, pero también las contemporáneas: en colaboración con Lucien Tesnière, escribió *Les langues de l'Europe nouvelle* (1918); y con M. Cohen, *Les langues du monde* (1924). Con razón, en un homenaje póstumo, se dijo: Meillet “se interesaba por todo, se mantenía al corriente de todo, lo comprendía todo”.³⁹³

Pero vista con mayor detalle, su obra es también un inventario de la investigación comparativa de los lenguajes hablados todavía en su época, a cuyo estudio los lingüistas de toda Europa se habían dedicado durante generaciones, representando entonces una especie de *summa* de los grandes desarrollos de la lingüística de *fin de siècle*. 1. *Indoiranio*, con su rama índica: védico, sánscrito, pali, prácrito; y su rama irania, tanto oriental: afgano y las lenguas de Pamir; como occidental: persa (persa antiguo, persa medio o pelvi y persa moderno), el avéstico o zendo y el curdo; 2. *Armenio*; 3. *Albanés*; 4. *Baltoeslavo*, con una rama eslava: ruso, búlgaro, serbocroata, esloveno, checo, eslovaco, serbio, polaco, casubio, polabio —ya extinto— así como otros lenguajes y dialectos; y con una rama báltica: lituano, letón, prusiano, también extinto. 5. *Germánico*, con una rama septentrional que comprende los cinco idiomas escandinavos principales: danés, noruego, sueco, faroés e islandés; con una rama oriental, ya extinta, representada por el gótico occidental y oriental; y con otra rama occidental: inglés, frisón, holandés y el alemán (con sus dos grupos dialectales principales: bajo alemán y alto alemán). 6. *Céltico*, cuyas dos ramas, el occidental, extinto, pero incluía el galo, y el céltico insular: galés, bretón, islandés, escocés, gaélico, manx (de la isla de Man); 7. *Itálico*, dividido en occidental, representado por el latín y las lenguas romances de él derivadas: francés, provenzal, catalán, español, portugués, retorrománico, italiano, sardo, rumano y el extinto dálmata; y el itálico oriental, extinguido, pero incluía el osco y el umbro; 8. *Griego*, representado por los dialectos antiguos y modernos de Grecia y la *koiné*.³⁹⁴

³⁹³ *Ibid*, p. 582. Para la bibliografía de las obras principales de Meillet, que he cotejado con el artículo de Merlin, y con la nota necrológica de Maurice Leroy (“Antoine Meillet, en *Revue belge de philologie et d'histoire*, Tome. 15, fasc. 3-4, 1936, pp. 1292-1295), puesto que las fechas de aparición original de los libros en ocasiones son discordantes, véase el sitio de la Société de Linguistique de Paris: www.slp-paris.com

³⁹⁴ MALMBERG, Bertil, *Los nuevos caminos de la lingüística*, *Op. cit.* p. 11.

De ahí que entre los lingüistas, como Meillet, la puesta a punto sobre los problemas relativos a tal o cual lengua en particular (griego, latín, sánscrito, iraní, celta, itálico, albanés, hitita, tocario o lenguas germánicas, eslavas o romances) era también la exploración de los fundamentos de la lingüística, de una historia de la lengua marcada por los hechos de la civilización, en la cual la historia era vista como medio para entender la constitución de la historia de las lenguas. Los libros de Meillet, más teóricos y metodológicos, *Linguistique historique et linguistique générale I* (1921) y *Linguistique historique et linguistique générale II* (1936), o *La méthode comparative en linguistique historique* (1925), son testimonio de esta reflexión que renovarían la lingüística francesa de la primera mitad del siglo XX.

La celebridad y el prestigio intelectual en el medio académico francés de Meillet, se deben a la profunda erudición de sus trabajos, de impecable cultura técnica. Pero la originalidad de sus análisis no sólo se refleja en el tratamiento y la diversidad de los temas abordados, sino en la conexión de la lingüística con otras ciencias vecinas: psicología, antropología, geografía, historia y sociología. “La lingüística ha tomado contacto con todas las disciplinas vecinas donde espera encontrar explicaciones”,³⁹⁵ escribió Meillet a propósito de estas relaciones disciplinares que hicieron posible la reflexión sobre el uso de las lenguas y las condiciones sociohistóricas de su existencia, constituyendo los pilares de una obra en la cual las transformaciones lingüísticas son analizadas en relación a los complejos cambios de las lenguas, sea en la modificación de la pronunciación, sea en la modificación de su sentido y del rol gramatical o de la sintaxis, sea en las modificaciones que una lengua sufre a partir de la influencia de las poblaciones, o la diferenciación dialectal y las relaciones entre la lengua común y las variantes locales. El análisis de Meillet pone el acento en el estudio de los cambios sociales, en la acción del hombre; es decir, si la confluencia de factores lingüísticos, sociológicos, filosóficos, económicos y políticos determinan los acontecimientos, la importancia de una lengua reside en que ésta es un aspecto de la vida de una civilización, su trascendencia, como él decía, reside en el hecho o “en la medida en la cual expresa una civilización”.³⁹⁶

³⁹⁵ MEILLET, Antoine, *La méthode comparative en linguistique historique*. París: Librairie Ancienne Honoré Champion, 6ª Ed. 1954, p. VI.

³⁹⁶ Citado en MERLIN, Alfred, “Notice sur la vie et les travaux de M. Antoine Meillet”, *Op. cit.* p. 579.

Hayan sido los trabajos consagrados a las lenguas indo-europeas, o a las grandes lenguas de la familia (del iraní al alemán), el centro del análisis se encuentra en los trazos que constituyen su individualidad, pero también en sus raíces comunes o en las relaciones internas de los diversos lenguajes dentro de un grupo y de los criterios para clasificarlos en subgrupos, o en las relaciones de unas lenguas con otras. Para todo ello, era indispensable el método comparativo.

En un congreso celebrado en la Haya, en el cual algunos participantes consideraron a la comparación un método caduco, sin beneficio alguno, Meillet se definió diciendo: “Yo soy comparatista”.³⁹⁷ De igual manera, las conferencias que impartió en el *Instituttet for Sammenlignende Kulturforskning* de Oslo, reunidas en el libro *La méthode comparative en linguistique historique*, dan cuenta del valor que tenía para él. Como observó A. Merlin, este método era para Meillet:

el único instrumento eficaz del cual dispone el lingüista para hacer la historia de las lenguas, porque sólo ella permite seguir en el tiempo los estados sucesivos de una lengua y la marcha de su evolución, de reconocer aquellas que están emparentadas y forman grupos, de reconstituir esquemáticamente el ancestro inicial común de las cuales ellas descienden y representan las derivaciones autónomas.³⁹⁸

Para Meillet, los lenguajes son inseparables de la vida, de la historia y de los hombres que la construyen. Así, el lenguaje es también un hecho histórico, una expresión de una civilización en un momento dado de su historia. Las palabras, con los signos y los símbolos en los cuales se manifiestan los cambios de sentido, conllevan datos culturales, sociológicos y psicológicos que reflejan las variaciones sociales que les condicionan, pero también explican su razón de ser. De acuerdo con Saussure, pero también con Durkheim, Meillet considera al lenguaje como un fenómeno social más que individual, de acuerdo con la idea de que el lenguaje (la lengua) se manifiesta a sí mismo a través del habla (la palabra), y donde los cambios en el lenguaje son el resultado mismo del cambio de las palabras en un medio histórico definido, sujeto a la acción transformadora de las sociedades. Por ello, los “hechos lingüísticos” son también “hechos sociales”.

³⁹⁷ Citado en *Ibid*, p. 576.

³⁹⁸ *Ibid*, p. 576.

Saussure consideraba al lenguaje como un sistema que vinculaba a los individuos con los medios de expresión comunes, en una institución social que les era inmanente pero que al mismo tiempo era independiente de ellos. Ello era evidente a partir de un movimiento muy amplio de la duración, originado desde tiempos prehistóricos, en el cual las grandes lenguas indoeuropeas se ramificaron y evolucionaron separadamente, hasta presentar el aspecto registrado en la época de los primeros testimonios que de ellas habían obtenido los lingüistas. Pero, a diferencia suya, Meillet se cuestionaba si ¿es la estructura misma de la lengua la que manifiesta en sí las líneas directrices de su evolución?, o por el contrario ¿los elementos que se modificaron bajo la acción de múltiples influencias externas, propiciaron muy lentamente un cambio en la estructura del lenguaje? La posición de Meillet, característica de la lingüística histórica, se inclinaba más hacia lo que en ella le parecía revelar la evolución de las sociedades, pero en cuya explicación está la consideración de hechos múltiples, cuya acción repercute en la naturaleza de la propia lengua. Uno de estos hechos, era la acción de los hombres como forjadores del lenguaje. “Una lengua no se comprende”, escribió Meillet, “si no se tiene una idea de las condiciones donde vive la población que la emplea”.³⁹⁹

No es extraño que los historiadores hayan recibido calurosamente la obra de Meillet, particularmente la lingüística histórica. En 1913, con motivo de la aparición de su *Aperçu d'une histoire de la langue grecque*, Lucien Febvre escribió a propósito de quien fuera uno de sus maestros.⁴⁰⁰

He aquí un libro de historia, en el sentido amplio y verdadero de la palabra. ¿Y cómo sería de otro modo? Mejor persona que Antoine Meillet no se ha empleado en los últimos tiempos para abrir la brecha sobre el tenaz prejuicio de la ‘filiación directa’ que los historiadores —de las instituciones, por ejemplo— conocen bien, demasiado bien. Ninguno ha mostrado mejor que no todo ha transcurrido como si la lengua se transmitiera pura y simplemente de generación en generación, y que todos los cambios resultasen de esta transmisión constantemente renovada.⁴⁰¹

Pero, ¿cuál es el procedimiento de esta lingüística histórica? Si el signo lingüístico

³⁹⁹ MEILLET, Antoine, *La méthode comparative en linguistique historique*, *Op. cit.* p. VI.

⁴⁰⁰ Mastrogregori ha señalado que la lingüística histórica de Meillet y la geografía humana de la escuela de Vidal de la Blache, los dos primeros y grandes temas de reflexión de Febvre en su itinerario intelectual, como puede verse en *La tierra y la evolución humana*, aparecida hacia 1922 en la colección de H. Berr, “fueron filtradas a través de Henri Berr”. MASTROGREGORI, Massimo, *Il genio dello storico*, *Op. cit.* p. 100.

⁴⁰¹ FEBVRE, Lucien, “Antoine Meillet et l’Histoire. La Grèce Ancienne a travers sa langue”, en *Combats pour l’histoire*, *Op. cit.*, p. 158.

tuviera valor propio, si pudiera situarse “fuera de la tradición”, éste evocaría de cualquier manera una “noción” y la comparación utilizada por el lingüista sería de tipo general (“las leyes universales”) y por ello toda historia de las lenguas devendría imposible ante la incapacidad del lingüista de mostrar la propia transformación, el desarrollo de la lengua a lo largo del tiempo. Meillet escribió que el signo lingüístico, aunque “es arbitrario”, no tiene valor más que “en virtud de una tradición”.⁴⁰² Ante este hecho, el conocimiento de las lenguas es indirecto. El problema del lingüista deviene en la imposibilidad de observar el cambio de una palabra, de todo el lenguaje, de manera directa; como si éste fuera un testigo del proceso. Por ello, ante la imposibilidad de la observación directa, Meillet señaló que al lingüista sólo le queda “el examen de los textos, que no es más que un sustituto de la observación directa que se ha vuelto imposible”.⁴⁰³

El enfoque definido por la lingüística histórica reside en un principio que se convierte en una precondition del trabajo del lingüista interesado por el origen, el desarrollo, las vinculaciones y los préstamos entre las lenguas. Para Meillet, no es posible comprender la lengua si no se tiene una idea de las condiciones en las que vive la propia población que las emplea. No se trata de una mera abstracción gramatical, sino de la huella de la acción humana. A partir de las coordenadas espacio-temporales, y del preciso momento en que se conocen los usos sociales de los hombres que emplean esa lengua, el carácter de la unidad mínima del lenguaje, el signo, obtiene pleno sentido y significado.

El procedimiento de la gramática comparativa permite establecer un sistema lingüístico ordenado en clasificaciones, familias o subgrupos, dentro del cual las nociones de las lenguas del grupo conservan sus características más o menos intactas. Esta clasificación permite estudiar la historia de las lenguas a través de diversos períodos históricos, pero sin que exista una idea completa de las condiciones que determinan el cambio lingüístico —pues sólo determina el estado de una lengua en cierto momento, en ciertas condiciones—, o permitan entrever la manera en la que evolucionan las lenguas. Para el desciframiento de las nociones generales (de los signos “arbitrarios”) el lingüista, a través de la gramática comparativa, debe

⁴⁰² MEILLET, Antoine, *La méthode comparative en linguistique historique*, *Op cit*, p. 12.

⁴⁰³ *Ibid.* p. 7.

de transportarlas a períodos históricos delimitados: “dotar a la gramática comparativa de un carácter real”. Pues no se puede aplicar “formulas regulares de correspondencia que se llaman leyes fonéticas y menos todavía explicar los hechos gramaticales por formulas analógicas elementales”.⁴⁰⁴

Para identificar los dialectos, las diversas formas y variaciones de una misma lengua, (las diferencias), la necesidad de la gramática es, una vez establecida la coordenada temporal, proceder con el establecimiento de los límites espaciales donde los “hechos dialectales” han tenido lugar. Deudora de los trabajos de Georg Wenker, pionero e impulsor del atlas: *Deutscher Sprachatlas* (1926), o del *Atlas linguistique de la France* (1903-1910), publicado por Jules Gilliéron en colaboración con Edmond Edmont, esta identificación de las diferencias dialectales es la puesta a punto de una geografía lingüística: “no se puede comparar los hechos de las diversas lenguas sin tener en cuenta la zona ocupada por cada uno de esos hechos”.⁴⁰⁵

De este modo, cuando Meillet señala que “la gramática comparada ha introducido la realidad geográfica”,⁴⁰⁶ se refiere a la delimitación de una zona que permite descubrir la existencia de instituciones compartidas, costumbres o tradiciones a partir del hecho de situar las palabras cronológicamente, definiendo sus relaciones, haciendo posible su génesis, pero sobre todo sus variantes, de acuerdo a las influencias de las civilizaciones que en ese medio han tenido lugar. Las variaciones en el lenguaje son una expresión de la fluctuante influencia de centros importantes durante la historia. “En los mapas puede verse la naturaleza de la relación entre dos palabras dialectales sinónimas”, escribió Malmberg:

Con frecuencia una palabra vieja es vencida, en una vasta región, por una nueva, nacida en el centro de tal región, con el resultado de que la palabra vieja sólo sobrevive en la periferia. Es común que los dialectos de la periferia de un área así, aunque apartados geográficamente, exhiban sorprendentes parecidos de vocabulario, formas dialectales y estructura fonética, y compartan la resistencia a las nuevas mudanzas originadas en el centro.

Con la delimitación de los límites se marca también la extensión de los espacios de acción e interacción entre las propias lenguas, producto de la vecindad, el contacto o la

⁴⁰⁴ MEILLET, Antoine, “Sur l’état actuel de la grammaire comparée”, en *Linguistique historique et linguistique générale II*, Librairie Ancienne Honoré Champion, París, 1936, p. 161.

⁴⁰⁵ *Ibid.* p. 162.

⁴⁰⁶ *Ibid.* p. 162.

colonización de diferentes sociedades, en cuyo medio las lenguas no cesan de transformarse, permitiendo circunscribir lo mismo las innovaciones que los arcaísmos, y por ende, todo ello permite medir la dinámica y la interacción entre zonas (sean centrales o periféricas) a partir del uso y el sentido de ciertas palabras. A partir de esta geografía, a su manera una geología del lenguaje, la gramática comparada debe contemplar las diferencias de los dialectos, de las épocas, de las diferencias entre las situaciones sociales y de las maneras de expresarse. En el vocabulario reside un testimonio de la acción y la obra de los hombres en el pasado; revela los términos concernientes a la familia o el parentesco; los nombres de los animales, sean domésticos o salvajes; las actividades económicas lo mismo que las relaciones de vecindad, el dinamismo de los contactos entre diversas civilizaciones y culturas que datan de miles de años atrás. “Todo hecho de lengua manifiesta un hecho de civilización”, decía Meillet.⁴⁰⁷

Con esta perspectiva, el lingüista puede dar cuenta de la evolución de las lenguas. Variables en el tiempo: modificaciones de las formas o la anatomía de las palabras; condiciones sociales: el establecimiento de la lengua en una época determinada; variables en el espacio: los dialectos o las ramificaciones menores; jerarquía social: el lenguaje culto o el popular. Es el corazón de la gramática histórica: estudiar los cambios del lenguaje en el tiempo y el espacio. ¿El mecanismo para estudiarlo? El método comparativo:

Los hechos que se utilizan para comparar las lenguas indoeuropeas entre ellas mismas son los de la lengua común. El comparatismo opera con aquello que ha persistido en el uso general de los jefes indoeuropeos.⁴⁰⁸

Meillet estudia ciertas palabras arcaicas comunes a los indoiranés, a los itálicos y a los celtas, que no tenían correspondencias en ninguna otra parte. El nombre del rey, *rex* en latín, *rix* en galo, no se encontraba en ninguna parte de las regiones centrales de los indoeuropeos. Pero la comparación con el védico *raj*, proporciona el equivalente y otorga a la serie un sentido más pleno. De acuerdo con ello, el mundo itálico y céltico, por un lado, y el mundo indo-iraní, por el otro, así como han conservado ciertas instituciones jurídicas y religiosas, también lo hicieron las palabras que servían para nombrar estas instituciones. De este modo, los colores del pasado son revelados a partir de la comparación en el seno del lenguaje, poniendo a

⁴⁰⁷ *Ibid.* p. 168.

⁴⁰⁸ *Ibid.* p. 164.

prueba las hipótesis a lo largo del tiempo, estudiando su uso, origen y desarrollo. Para Meillet, esta unidad obtenida a partir de la comparación refleja una concepción política, una necesidad material por mantener y preservar la cohesión social a través de una identidad basada en el lenguaje: “la unidad de las lenguas indoeuropeas traduce la unidad de una aristocracia”.⁴⁰⁹

No obstante, su propuesta no es solamente histórica, aun cuando ésta tiene un papel central,⁴¹⁰ pues lo que busca es producir un conocimiento objetivo, verdadero, validado empíricamente, con la intención final de acceder a la ley científica. Penetrado por el cientificismo y el principio de objetividad de su época, escribió:

Se impone la necesidad de buscar, de formular las leyes sobre las cuales son susceptibles de operar los cambios lingüísticos. Se determinará así no leyes históricas tales como las ‘leyes fonéticas’ o las formulas analógicas que emplean los manuales actuales de lingüística, sino leyes generales que no valen sólo para un momento del desarrollo de una lengua, pues por el contrario son de todos los tiempos; que no están limitadas por una lengua dada, porque se extienden igualmente por todas ellas. Y se precisa, no serán leyes psicológicas ni leyes físicas, sino leyes lingüísticas. (...) La búsqueda de leyes generales, tanto morfológicas como fonéticas, a partir de ahora debe de ser uno de los principales objetos de la lingüística. Pero, por su misma definición, estas leyes sobrepasan los límites de las familias de las lenguas; ellas se aplican a la humanidad entera.⁴¹¹

De acuerdo con ello, los cambios de sentido deben de ser considerados a partir de la diferenciación de los elementos que constituyen las sociedades, pero con la ambición de crear un conocimiento basado en las leyes. Y éstas, de carácter lingüístico. Es una ambición que sitúa a la lingüística en un lugar privilegiado de las ciencias del hombre, en medio del reacomodo de las disciplinas en el sistema de los saberes modernos y del aparato institucional de educación superior francés:

El siglo XIX ha sido el siglo de la historia y los progresos que ha realizado la lingüística desde el punto de vista histórico han sido admirables. Las ciencias sociales se constituyen ahora y la lingüística debe tomar el lugar que su naturaleza le asigna.⁴¹²

⁴⁰⁹ *Ibid.* p. 164.

⁴¹⁰ En su lección inaugural en el Collège de France, Meillet afirmó: “La constitución de la historia de las lenguas ha sido un momento esencial en el desarrollo de la lingüística, pero la historia no ha sido más que un medio para la lingüística, no un fin”. MEILLET, Antoine, “Sur l’état actuel des études de linguistique générale”, en *Linguistique historique et linguistique générale I, Op. cit.* p. 7.

⁴¹¹ *Ibid.* pp. 11 y 13.

⁴¹² *Ibid.* p. 18.

Es más, en un sorprendente paralelismo con el estatuto científico atribuido al método comparativo en las disciplinas vecinas, Meillet escribió:

De las investigaciones [de la lingüística comparativa] y del rigor con el cual se conduzcan, depende el futuro de la lingüística.⁴¹³

Parece extraño que estas intenciones (parecidas a las que también existían en la sociología, la geografía y la historia) hayan sido minimizadas por los historiadores franceses, que no reaccionaron en la manera en que sí lo hicieron con la sociología durkheimiana. En medio de la competencia institucional y en un medio académico tan competido, las reacciones en defensa del territorio no se hacían esperar. Pero las ambiciones de la lingüística francesa se sostenían en un longevo prestigio intelectual e institucional, tanto en Francia como en el resto de Europa. El inmenso prestigio de Rask, Bopp, Müller, Grimm o Saussure, las cátedras de gramática indoeuropea de Bréal, Meillet o Benveniste en el Collège de France (cuya duración se despliega durante más de un siglo: 1868-1972), así como las cátedras de otras lenguas de Europa y Oriente, como la de Sylvain Lévi, o la de uno de los grandes maestros de la generación de Gustave Bloch, Ernest Renan,⁴¹⁴ significaban el reconocimiento intelectual e institucional de una disciplina sobresaliente, particularmente los de la lingüística histórica, cuyo vocabulario y perspectiva de análisis eran similares a los utilizados por los historiadores, y podían ser utilizados más allá de su propio campo, por ejemplo, en la historia. Lucien Febvre lo señaló de manera ‘desinteresada’:

la lingüística permite a los historiadores descubrir un rincón del pasado ‘sin textos’, a través de una inducción, limitada, puede ser, pero fuerte, sólida, fundada sobre una experiencia irrefutable, [ella] le hace la convocatoria a la historia, y para sus propios fines le demanda un concurso desinteresado.⁴¹⁵

⁴¹³ MEILLET, Antoine, *La méthode comparative en linguistique historique*, *Op cit*, p. 116.

⁴¹⁴ Touati ha hecho notar la admiración de G. Bloch por Renan, de quien poseía “todas sus publicaciones”, por ejemplo: *Histoire comparée des langues sémitiques*, que “todavía se encuentran en la biblioteca de la familia Bloch en Fougères”. TOUATI, François-Olivier, *Marc Bloch et l’Angleterre*, *Op. cit.* p. 35 y n. 27. Desde una etapa temprana, el análisis filológico de un orientalista como Renan había despertado el interés de M. Bloch, quien en su Cuaderno de “Metodología Histórica” de 1906 había hecho anotaciones, sobre todo del capítulo VIII, dedicado a la filología, de su obra *L’Avenir de la science* (1890). La filología era indispensable para la crítica de textos históricos, siendo incluso considerada como uno de los pasos del método crítico. Su importancia era tal que historiadores de la talla de Fustel de Coulanges le atribuyeron el principio de autoridad científica: “El mejor de los historiadores es el que se mantiene lo más cercano a los textos, quien los interpreta con mayor justicia, quien no escribe o piensa sino a partir de ellos”. *Supra*, nota 140. Indispensable para la historia, al igual que para la lingüística, la filología era un punto de encuentro entre la historia y la lingüística. BLOCH, Marc, “Metodología Histórica”, *Op. cit.* pp. VI-VIII.

⁴¹⁵ FEBVRE, Lucien, “Antoine Meillet et l’Histoire”, *Op. cit.* pp. 163 y 159.

Ante esta muestra de admiración por parte de Lucien Febvre, en 1939 Bloch escribió incluso que para “asegurar su porvenir”, la historia comparada de la estructura social debía voltear a la lingüística:

Sus modelos, debe pedírselos más bien a los métodos, más seguros, de la lingüística. Al igual que éstos comenzaron a elaborar, muy sólidamente, una lingüística indo-europea o intersemítica, por ejemplo, la primera preocupación que se nos impone es edificar —sin descuidarse, por supuesto, de ampliar nuestra visión en cada instante— una historia comparada de las sociedades europeas.⁴¹⁶

Al igual que en el caso de los durkheimianos, la importancia de la lingüística y la influencia de Meillet se ubican en diversos momentos de la biografía intelectual de Marc Bloch y quizá por vías también distintas. Al ser uno de los grandes eruditos de su época, y después de la desaparición de Bréal y Saussure, figura dominante de la lingüística francesa; al estar vinculado a muchas instituciones de gran importancia y con el grupo de *L'Année sociologique*, los canales de irradiación de la obra de Meillet eran muchos. Había sido influido por el pensamiento de Durkheim y de Lévy-Bruhl, pero a su vez había sido maestro de Mauss y era uno de los maestros intelectuales de Lucien Febvre, cuyas lecciones habían sido ‘filtradas’ a través de Henri Berr. De una forma u otra, Marc Bloch había mantenido relaciones intelectuales con todos ellos.

Ante la imposibilidad de explicar una filiación directa, que seguramente no existe, lo importante es sugerir las rutas posibles por las cuales, y a través de quienes, pudo haberlo leído y qué lecciones aprendió de él, con la intención de ubicar esta influencia en el momento en la cual se presenta. Lo cierto es que Bloch leyó a Meillet e incluso tomó distancia crítica de él. Al respecto, los recuerdos de Lucien Febvre, el primero en construir una imagen de la biografía de Marc Bloch, son engañosos y erróneos; ofrecen una idea tardía y sobredimensionada de esta impronta intelectual, a partir de la cual ‘surgió’ la idea del método comparativo de Marc Bloch. Según él, Bloch lo había aprendido “bajo la influencia” de Pirenne —a quien “en 1921” le había escuchado pronunciar en Bruselas el discurso sobre “*la Historia comparada*”—, y de Meillet, que había reflexionado sobre el tema en muchas ocasiones, mismas que “en espíritu” se relacionaban con las de Pirenne. A partir de ambas, Marc Bloch,

⁴¹⁶ BLOCH, Marc, “Problèmes d’Histoire Comparée”, *Op. cit.* pp. 439-440.

quien antes de este descubrimiento había “practicado siempre con los textos. Pero eran sobre todo los textos franceses”, había llegado a la conclusión de que una historia rural de Francia no se satisfacía en sí misma”, y por tanto “comenzó a prepararse para esta difícil investigación. Bloch se prepara. Aprende las lenguas...”⁴¹⁷

A pesar de este testimonio de Lucien Febvre, que presenta el tardío descubrimiento de un Marc Bloch deslumbrado por el método comparativo de los ‘dos’ grandes maestros, la relación de éste último con Meillet había partido desde sus años de estudio en la École Normale Supérieure. En 1906, él escribió: “Para abordar la historia de las sociedades es importante concentrarse en lo que dicha historia posee como más determinado: tal es el caso del lenguaje”.⁴¹⁸ Líneas más adelante, escribe sus reflexiones sobre el análisis filológico de Renan. ¿Fue él, cuya obra había sido tan apreciada por Gustave Bloch, su iniciador en el método comparativo de la lingüística? No parece ser así. Como bien ha notado Mastrogregori, las huellas de Durkheim y Meillet se encuentran ya en este Cuaderno de 1906, pero es éste último quien filtra a Marc Bloch las enseñanzas acerca de la conciencia colectiva de Durkheim.⁴¹⁹ La relación con el lingüista va a desplegarse durante décadas, pero es en los artículos metodológicos de 1928 y 1930, cuando Meillet adquiere el estatuto de fuente importantísima en el comparatismo blochiano. Estableciendo la filiación directa con su obra, particularmente *La méthode comparative en linguistique historique*, Bloch escribió que de ella había tomado “prestada la idea general de la evolución acerca de las dos formas de dicho método”.⁴²⁰ La “idea general”, es decir:

En la historia propiamente dicha, esta aplicación del método comparativo [la comparación en tiempos contemporáneos y espacios vecinos] sería el equivalente de la lingüística histórica (por ejemplo de la lingüística indoeuropea), mientras que la historia comparada en modo extenso [en

⁴¹⁷ FEBVRE, Lucien, “Marc Bloch et Strasbourg”, *Op. cit.* p. 395. Esta impresión de Febvre es la misma que escribió a propósito de *Les caractères originaux de l’histoire rurale française*, de Marc Bloch, en la cual sostuvo que a partir de la invitación que en 1929 le hiciera el Instituto para el Estudio Comparativo de las Civilizaciones de Oslo, para dar cuatro conferencias sobre la historia rural francesa, “por primera vez hizo sentir a Marc Bloch su fuerza y su joven maestría”, por lo que estas conferencias “remodeladas, profundizadas y ampliadas, se convirtieron en el libro que todos utilizamos”. BLOCH, Marc, *La historia rural francesa: caracteres originales*. Advertencia al lector de Lucien Febvre y suplementos a todos los capítulos por Robert Dauvergne, Crítica, Barcelona, 1978. p. 12. Durante décadas, esta interpretación hizo de esta obra un libro de ocasión, cuando en realidad, como señaló Toubert, se trataba de “un proyecto largamente acariciado”. TOUBERT, Pierre, “Prefacio a *Les caractères originaux de l’histoire rurale française* de Marc Bloch”, *Op. cit.* p. 61.

⁴¹⁸ BLOCH, Marc, “Metodología Histórica”, *Op. cit.* p. VI.

⁴¹⁹ *Ibid.* p. X, n. 5

⁴²⁰ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 115, n. 3.

tiempos y espacios lejanos] se correspondería, poco más o menos, con la lingüística general.⁴²¹

¿Cuáles son estos métodos? La definición del método comparativo que brinda Meillet en *La méthode comparative en linguistique historique*, reside en “dos maneras diferentes”, ambas “legítimas” aunque distintas “de un extremo a otro”, pues distingue entre la comparación que busca leyes generales del espíritu humano y la comparación que ofrece indicaciones sobre el desarrollo histórico, es decir: se puede comparar “sea por leyes universales, sea por indicaciones históricas”.⁴²² En un tono que invita a pensar en V. Propp —cuyos libros son sin embargo posteriores (1927 y 1946) a la fecha en que las siguientes palabras están escritas—, Meillet describe el primer tipo:

Se encuentra sobre todo en el mundo de los cuentos de animales: los parecidos entre los diversos animales y el hombre son tales que es natural otorgar a los animales aventuras comparables a aquellas que tienen los hombres y expresar de esa manera las cosas que no serían tan fáciles de hacer entender directamente. Se puede comparar los cuentos entre ellos para definir las formas, los caracteres, el empleo, para hacer así una teoría general de los cuentos de animales. Las concordancias que lo constatan resultan de la unidad general del espíritu humano y las diferencias de la variedad de tipos y de los grados de civilización. El resultado permitirá instruirse sobre los caracteres generales de la humanidad, pero no se aprenderá nada sobre su historia.⁴²³

El parecido con la comparación ‘antropológica’ es asombroso. El registro diacrónico que resulta del contraste “entre” cuentos pertenecientes a muy diversas tradiciones, la atención hacia “los parecidos” como base de la comparación, y el efecto explicativo de la “unidad fundamental del espíritu humano”, son la huella del evolucionismo, particularmente en la obra de Frazer, que constituye una de las últimas expresiones brillantes de esta tradición. La estrecha relación entre Meillet y Frazer es evidente. El mismo Bloch relaciona esta forma de la comparación en la lingüística general con la utilizada en el estudio de las “civilizaciones primitivas”, haciendo énfasis en *La rama dorada*. Aun cuando precisa que son diferentes, “según el campo de estudios de que se trate”, las analiza en la primera modalidad de la comparación: sociedades separadas en el tiempo y en el espacio.⁴²⁴

⁴²¹ *Ibid.*, p. 117.

⁴²² MEILLET, Antoine, *La méthode comparative en linguistique historique*, *Op. cit.* p. 1.

⁴²³ *Ibid.* p. 1.

⁴²⁴ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* pp. 115 y 116.

Al referirse al estudio de las “civilizaciones primitivas”, que “en la actualidad”, y esto es lo importante, “se orienta de manera más visible hacia una clasificación más rigurosa de las sociedades que compara”,⁴²⁵ él abre la puerta para considerar también a la sociología durkheimiana. ¿No habían escrito Mauss y Durkheim un ensayo en *L'Année sociologique*, intitulado *De quelques formes primitives de classification* (1902-1903), que gradualmente iría cobrando una relevancia cada vez mayor?

Es a estas confluencias entre diversas formas de la comparación, a lo que Marc Bloch se refiere cuando dice que de Meillet ha tomado la “idea general” del método comparativo. Sin embargo, esta comparación que el lingüista define como un “tipo general”, o de la lingüística general, haría “imposible la historia de las lenguas”,⁴²⁶ por lo que él mismo apuesta a la comparación de la lingüística histórica, que será también la que más interese al historiador, sin que la comparación sea hacer la historia de las cosas, sino primero definir sus rasgos esenciales, su naturaleza profunda, sus rasgos comunes y específicos, para después, en un segundo momento, hacer su historia.

Pero, ¿cuál es su procedimiento, en qué consiste esta modalidad del método comparativo en la lingüística histórica? Este procedimiento parte de la identificación de los problemas que deben de resolverse, identificando también, previamente, las unidades de análisis (el signo o el hecho lingüístico) que serán sometidas al procedimiento de la comparación, evitando la acumulación de hechos sin vínculos entre sí a partir de un método experimental. La comparación debe sustituir los hechos comunes por los hechos elegidos por el lingüista, del mismo modo que el físico elige los elementos de sus experimentos. “La comparación es el único instrumento eficaz del cual dispone el lingüista para hacer la historia de las lenguas”, escribió Meillet señalando el procedimiento que debe seguirse:

Se observan los resultados de los cambios, no los cambios en sí mismos. Entonces, es gracias a las combinaciones que se sigue —y que se puede seguir— el desarrollo de las lenguas. Pero estas combinaciones son, como se verá, rigurosas y precisas. Todas descansan sobre la afirmación que ciertas concordancias entre lenguas diversas no se explican por trazos comunes a todos los hombres y requieren la hipótesis de una tradición particular. Tal es en esencia el método comparativo. Para apreciar el valor comprobatorio de una combinación, jamás hay que

⁴²⁵ *Ibid.* p. 117, n. 7.

⁴²⁶ MEILLET, Antoine, *La méthode comparative en linguistique historique*, *Op. cit.* p. 2.

perder de vista el carácter de la prueba.⁴²⁷

De un modo parecido al de Durkheim, en este procedimiento se encuentra el peso de las variaciones, las concordancias, las clasificaciones, el grado de desarrollo civilizatorio, el uso de la prueba y el valor de la misma. Esto se explica no sólo por la influencia de Durkheim en Meillet, sino por el estudio de la cuestión social, sea por la sociología, sea por la lingüística histórica, sea incluso por la antropología. Para el lingüista, la clasificación basada en tipos o familias permite formar los marcos a partir de los cuales es posible comparar lenguas que pertenecen a medios y desarrollos históricos diferentes, aun cuando mantienen relaciones estrechas de vecindad y parentesco, teniendo un origen común o presentando correspondencias y préstamos entre una y otra.

En el caso de la comparación de los nombres de los números, Meillet muestra el establecimiento del inventario del cual partirán las clasificaciones y las tipologías, lo que ayuda a identificar las particularidades de las lenguas entre la amplia gama de similitudes, reconociendo las formas estructurales de las mismas y discerniendo su génesis. Por ejemplo, la serie de los nombres de los números en francés, italiano y español: *un, une; uno, una; uno, una*; o *deux, due, dos; trois, tre, tres*, sucesivamente hasta el *cent, cento, ciento*, con la excepción de *huit, otto, ocho*, presentan una igualdad de concordancias que no parece ser accidental: indica reglas de correspondencia bien definidas entre las lenguas. Esta atención a las correspondencias es también un análisis basado en los parecidos entre signos de una misma serie, que conlleva a encontrar la pista para descifrar su origen.

En esta serie de signos lingüísticos, Meillet señala que en las diferencias existentes entre una lengua y otra “el detalle *singular* aporta una confirmación” (...) “los nombres de los números en francés, italiano y español remontan a una sola y misma tradición original”.⁴²⁸ A partir de la tensión entre los parecidos y las variaciones divergentes, es claro que las lenguas romances se parecen entre sí porque son ramificaciones del latín. Es una comparación entre lenguas de sociedades vecinas y contemporáneas, con influencias comunes ejercidas en función de su vecindad y contemporaneidad, cuyos parecidos pueden ser explicados y

⁴²⁷ *Ibid.* p. 11.

⁴²⁸ *Ibid.* pp. 3 y 4.

analizados precisamente porque las lenguas están sujetas a las mismas causas de su evolución:

Estas concordancias, que no pueden ser explicadas por los préstamos de una lengua a otra, suponen un origen común. Pero es necesario interpretarlas de una manera sistemática: tal es el objeto de la lingüística comparativa.⁴²⁹

En la tabla siguiente, Meillet explica los parecidos entre los nombres de números estrechamente relacionados:

Francés	Italiano	Español
<i>Un, une</i>	<i>Uno, una</i>	<i>Uno, una</i>
<i>Deux</i>	<i>Due</i>	<i>Dos</i>
<i>Trois</i>	<i>Tre</i>	<i>Tres</i>
<i>Quatre</i>	<i>Quattro</i>	<i>Cuatro</i>
<i>Cinq</i>	<i>Cinque</i>	<i>Cinco</i>
<i>Six</i>	<i>Sei</i>	<i>Seis</i>
<i>Sept</i>	<i>Sette</i>	<i>Siete</i>
<i>Huit</i>	<i>Otto</i>	<i>Ocho</i>
<i>Neuf</i>	<i>Nuove</i>	<i>Nueve</i>
<i>Dix</i>	<i>Dieci</i>	<i>Diez</i>
<i>Vingt</i>	<i>Venti</i>	<i>Veinte</i>
<i>Trente</i>	<i>Trenta</i>	<i>Treinta</i>
<i>Quarante</i>	<i>Quaranta</i>	<i>Cuarenta</i>
<i>Cent</i>	<i>Cento</i>	<i>Ciento</i>

Sin embargo, matiza en función de una posibilidad: “en el mismo caso, la experiencia muestra que hay dos tipos posibles de tradición: los tres grupos considerados pueden remontarse a un origen común, o bien dos de los tres pueden haber prestado las formas del otro”.⁴³⁰ Entonces, ¿cuáles son las lenguas que han estado sujetas a estos préstamos, más que a una filiación directa o a un origen común? Este principio es importante, particularmente en el caso de los nombres de los números en el armenio clásico, el latín, el sánscrito, o el

⁴²⁹ *Ibid.* p. 7.

⁴³⁰ *Ibid.* p. 4.

griego ático antiguo, cuyas concordancias son menos evidentes y las correspondencias son más difíciles de determinar. ¿La razón? Son lenguas separadas por grandes intervalos en el espacio y en el tiempo, así que las similitudes no se explican por un común origen: el sánscrito, pertenece a la rama índica del indoiranio; el latín, al itálico; el griego sólo al griego, así como el armenio, cuya familia es el propio armenio; sino por los préstamos y las correspondencias. Pero entre los nombres de los números en francés, italiano y español, la hipótesis del préstamo que sugiere el papel rector de una lengua sobre otras, en función de una mayor capacidad de dinamismo y preponderancia, debe ser excluida porque no podría explicar las formas de ninguna de las tres lenguas a partir de estos intercambios.

En la clasificación, la segunda hipótesis está excluida porque no supo explicar las formas de ninguna de las tres lenguas a través de una u otra. Ni el francés *huit* puede salir del italiano *otto* o del español *ocho*, ni el italiano *otto*, del francés *huit*, ni el español *ocho*, del francés *huit* o del italiano *Otto*. Ello prueba de esta manera que los nombres de los números del francés, del italiano y del español tienen un punto de partida común que no es francés, ni italiano, ni español.⁴³¹

La comparación entre lenguas parte de la existencia de cierta *similitud* entre ellas. Sin embargo, esta analogía entre el nombre de los números venidos de medios distintos, también es vista a través de la anomalía que altera la serie. La atención a las variaciones entre los signos (*huit, otto, ocho*), entre las analogías o las similitudes, y las anomalías o las diferencias, sirve también para determinar la ausencia de préstamos o influencias recíprocas que, al comprobarse la hipótesis del origen común, son consideradas accidentales y sirven para volver a armar la serie. Es decir, la serie: *huit, otto, ocho*, a Meillet le indica la imposibilidad de explicar “las formas de ninguna de las tres lenguas a través de una u otra”. Así, esta forma de la comparación a través de los sistemas morfológicos, soportado por los hechos históricos, muestra el parentesco entre las lenguas, las similitudes que constituyen “la *unidad* de una civilización”, como dice Meillet. De este modo, en su caso:

El método comparativo se basa en las concordancias que se observan entre los *hechos particulares* [los hechos de una lengua particular considerados en su existencia histórica] que revelan los subsistemas fonético y morfológico: éstos obedecen a leyes generales y a los factores particulares de condicionamiento.⁴³²

⁴³¹ *Ibid.* p. 4.

⁴³² SWIGGERS, Paul, “La linguistique histórico-comparative d’Antoine Meillet: théorie et méthode”, en *Cahiers Ferdinand de Saussure*, núm. 39, (1985) pp. 181-195, cita: p. 190. Véase también, *Supra*, nota 411.

No obstante, las desviaciones y las características disímiles entre los nombres de los números, también permiten mostrar las especificidades históricas de una sociedad en un área determinada (“hechos particulares” o “hipótesis de una tradición particular”), el grado de influencia de una cultura sobre otra (relaciones de centro y periferia), los cambios sucesivos de la lengua y de sus usos por parte de los hombres, así como las anomalías que son explicadas a través de la serie, apareciendo como ‘supervivencia’ de una realidad más añeja, pues el uso escrito está ordinariamente “dominado, en gran medida, por formas anteriores que no son siempre conocidas”.⁴³³

Este complejo movimiento hace abstracción de lo particular (dialectos, lengua culta y popular, tipos de uso y formas de las lenguas, etc.) para reconstruir lo general: el recurso a la historia que a la lingüística permite articular la unidad de una civilización. Desde esta perspectiva, el conocimiento de las analogías y de las diferencias, descubiertas por esta gramática comparativa de la lingüística histórica, permite encontrar las características particulares y generales de un movimiento de muy largo registro (la gran evolución de las lenguas europeas), destacando la historia de la evolución general a partir de un origen común, así como también las grandes desviaciones de este mismo tronco, que a partir del uso continuo de las lenguas y el propio funcionamiento de una determinada sociedad, nunca cesan de modificarse. ¿Acaso no decía Meillet que la interpretación sistemática de los préstamos o del origen común de las lenguas, era “el objeto de la lingüística histórica comparativa”?⁴³⁴

En esta forma de la comparación, la idea de Meillet es sobre todo una investigación “de las diferencias”,⁴³⁵ por supuesto, pero de las *diferencias de medio*, puesto que permiten descubrir la *originalidad* de las formas de una lengua, tanto en lo que corresponde al problema de la evolución general, que sin embargo conlleva a la determinación de los parentescos y las filiaciones entre las lenguas. Es más, ¿no es la “diferencia de medio” un aspecto central en el método comparativo de Marc Bloch, a cuya pluma se debe el libro *La historia rural francesa*, que en francés lleva por subtítulo: *caracteres originales*?

⁴³³ MEILLET, Antoine, *La méthode comparative en linguistique historique*, *Op. cit.* p. 7.

⁴³⁴ *Supra*, nota 429.

⁴³⁵ MASTROGREGORI, Massimo, *Il genio dello storico*, *Op. cit.* p. 152.

A propósito de los rasgos originales, Bloch escribió que si en su época la lingüística comparada se había planteado como una de sus tareas más importantes el estudio de los “rasgos originales de las distintas lenguas”, sin embargo, desde sus comienzos se había dedicado al estudio de “la determinación de los parentescos y de las filiaciones entre las lenguas, es decir, la búsqueda de las “lenguas madres”. Para él, esta delimitación del grupo indoeuropeo original y la reconstrucción de sus rasgos fundamentales, constituían “algunos de los triunfos más brillantes de un método completamente basado en la comparación.”⁴³⁶ En el problema entre las similitudes y las diferencias, el historiador se refería también a una “mala caricatura” del método comparativo: “que el único objetivo de este método es la búsqueda de las similitudes”, pero, si “se le concibe justamente”, resulta interesante en lo que respecta:

a la percepción de las diferencias existentes a partir de un mismo punto de partida, tanto de las diferencias originales como de aquellas otras que son resultado de una evolución que ha seguido caminos diferentes.⁴³⁷

Para un historiador, como él, educado además en el método comparativo de Pirenne, quien también insistió en las diferencias y las originalidades, esta “percepción de las diferencias” a las que atiende la lingüística histórica no resulta sorprendente. Sin embargo, esta percepción es sólo *uno de los dos* objetivos del método comparativo en la historia: la búsqueda y explicación de las diferencias, por supuesto, pero también de las similitudes. Refiriéndose al libro de Meillet, *Caractères généraux des langues germaniques* (1917), Bloch escribió:

Meillet proponía, muy ingenuamente, que una de las tareas esenciales de la lingüística comparada consistía en realizar un esfuerzo continuo por “poner en evidencia la originalidad de las diferentes lenguas”. Del mismo modo, la historia comparada se debe dedicar a buscar la “originalidad” de las diferentes sociedades.⁴³⁸

He aquí la marca del pensamiento de Meillet en Bloch, a quién este último debía una profunda admiración,⁴³⁹ y la recuperación selectiva del historiador acerca de las lecciones del

⁴³⁶ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 139.

⁴³⁷ *Ibid.*, pp. 128-129.

⁴³⁸ *Ibid.*, p. 129. Mastrogregori (*Il genio dello storico*, *Op. cit.* p. 152) ha señalado esta relación sin considerar la crítica de Marc Bloch a Meillet. Bloch enfatiza que el problema no reside sólo en determinar la diferencia entre dos objetos, sino en establecer los rasgos precisos que los distinguen, lo que implica, “como primer paso”, que ambos se contemplen por separado. En este sentido, la crítica de Bloch adquiere una importancia extraordinaria.

⁴³⁹ Hacia 1930, en los *Annales* escribió a propósito de él: “siendo precisamente un gran lingüista es al mismo tiempo un hombre cuya brillantez intelectual se extiende mucho más allá de su especialidad, alcanzando a todos los estudios relativos a

lingüista. ¿Cómo se explica el papel central de Meillet, a diferencia de Frazer, Durkheim y Pirenne, en la configuración de su propia idea del método comparativo? La obra de Meillet es el punto más álgido de la tradición comparatista en la lingüística histórica francesa. Desde el siglo XVIII, gracias a los esfuerzos de una pléyade de eruditos europeos, ésta fue una disciplina marcada por la necesidad de comparar. ¿Cómo descubrir las particularidades, orígenes y préstamos de cada una de las lenguas, si no a través del método comparativo? Predominante en el Collège de France durante un siglo entero, desde la época de Bréal y en buena medida hasta Benveniste, la comparación en la lingüística era también la reflexión en torno de la disciplina misma, de su carácter y naturaleza. Pero a su vez, en Meillet, la comparación es también la herramienta que dio a su obra un perfil determinado: el inventario de la caracterización general de las diferentes familias de los lenguajes estudiados desde el final del siglo XIX, que durante cuatro décadas él siguió explorando con sus investigaciones.

Pero este procedimiento comparatista no puede explicarse sólo por una larga tradición de la disciplina. A su manera, es también deudora de la lectura ‘sociológica’ de la comparación: Durkheim, evidentemente, pero también Mauss, Hubert, Granet, Fauconnet, Hertz o Lévi-Bruhl. En la obra del forjador de la sociología francesa, quien fuera uno de los grandes maestros de Meillet fuera de su propio campo, este último encontró una herramienta para descifrar los ‘hechos lingüísticos’, entendiéndolos como ‘hechos sociales’: el lenguaje como ‘hecho’ de civilización. Sin embargo, esta había sido una lectura cruzada, vinculada estrechamente con la propia lectura que los durkheimianos habían hecho de los antropólogos británicos y norteamericanos: Tylor, Maine, Frazer, Morgan. En este sentido, aun cuando en la lingüística había una tradición comparatista por excelencia, y aun cuando los antropólogos habían “descubierto” la importancia del lenguaje, “inspirándose” incluso en los trabajos de Saussure y Meillet, como escribió Kristeva,⁴⁴⁰ la propuesta de Meillet es también ‘heredera’ del método comparativo de la sociología y de la antropología, atendiendo a variaciones, clasificaciones, pruebas y leyes de carácter general. Esta es la clave de la importancia de Meillet, su papel de

las sociedades humanas, aquellos mismos que los *Annales* se esfuerzan por representar: el Sr. Antoine Meillet”. BLOCH, Marc, “Un centro de estudios en desarrollo: el Instituto para el Estudio Comparado de las Civilizaciones de Oslo”, en *Historia e Historiadores*, *Op. cit.* p. 70.

⁴⁴⁰ *Supra*, nota 382.

transformador del método comparativo, en la lingüística histórica, a partir de dos experiencias anteriores. Marc Bloch reconoció este papel de la lingüística, al decir que ésta fue

la primera en convertir a la comparación, que en su origen era totalmente instintiva, en un método racional y aún hoy en día es la única de la que se puede decir que basa una parte muy considerable de sus esfuerzos en este tipo de método.⁴⁴¹

Los rasgos más importantes de este procedimiento que Meillet utilizó en la lingüística histórica, son los siguientes:

a) El establecimiento de un *inventario* del cual partirán las clasificaciones y las tipologías de las lenguas, analizadas a partir de las concordancias de los nombres de los números, por ejemplo, con la intención de explicar estas variaciones clasificadas en tipos o familias, en medios históricos diferentes en tiempo, lugar y desarrollo civilizatorio, con la intención de ubicar su origen común o las correspondencias y los préstamos; b) Este procedimiento parte, entonces, de la identificación de los problemas que deben resolverse; es decir, la tarea es definir las *unidades de análisis* (el signo o el 'hecho lingüístico', que no es más que el estudio de las lenguas) que deberán someterse a la comparación sincrónica; c) A partir de este método experimental se observan los resultados de los cambios a lo largo del tiempo, y no su historia misma. *Las variaciones* de las correspondencias entre los hechos lingüísticos en el tiempo y en el espacio, permiten descifrar las causas de los parecidos y las diferencias: trazos comunes o una tradición particular. El resultado tiene un valor comprobatorio, es decir, el carácter de *prueba*. De ahí parten las leyes lingüísticas.

En buena medida, en una disciplina como la historia, y sobre todo la historia *annaliste*, de ahí parte una de las sistematizaciones más importantes de la formulación de Bloch, que no sólo codificó nuevamente sino que además añadió las lecciones del método comparativo en "las civilizaciones denominadas 'primitivas'". Si los durkheimianos habían 'filtrado' el método comparativo en la sociología francesa a través de los antropólogos victorianos, reconfigurándolo casi por completo; si el historiador comparatista Fustel de Coulanges es tanto un eslabón con la ilustración, como también con los antropólogos, sociólogos e historiadores;

⁴⁴¹ BLOCH, Marc, "Comparación", *Op. cit.* p. 106.

si los lingüistas, como Meillet, habían conciliado la impresionante tradición comparativa de la lingüística histórica, con los 'hechos' sociológicos y el estatuto epistemológico de la comparación en una ciencia laureada, necesitada de leyes, como todas las anteriores, pero de leyes lingüísticas; entonces, la tarea de Marc Bloch sólo puede ser entendida a partir de esta red de relaciones intelectuales, todavía más amplia de las que atañen al método comparativo. Receptivo, vigilante, crítico, con capacidad de transformar e innovar un método practicado en estas disciplinas, pero en el terreno de la historia, su tarea fue obtener lecciones y experiencias específicas del método comparativo en cada una de ellas. A partir de todas ellas, sintetizando lo mejor de cada una, él hizo de la historia comparativa el punto de confluencia de las ciencias del hombre, convirtiéndola en la promesa de una historia nueva, diferente. Era su proyecto, por supuesto; pero fue también uno de los paradigmas de *Annales*.

III. El mapa de las influencias intelectuales

Relativizadas, consideradas correas de trasmisión del conocimiento entre los autores, puestas a prueba en función del indudable impacto intelectual que generan, pero también por el grado de resistencia y maleabilidad al que son sometidas en el momento de ser incorporadas a un conocimiento anterior, en movimiento y con capacidad de modificar las sucesivas añadiduras, al tiempo que éste también se transforma, las influencias intelectuales en la obra de un autor tienen que ser observadas a partir de estos dos aspectos, parecidos gracias a su estrecha relación, diferentes en cuanto a su origen, que al encontrarse se transforman mutuamente, recreando, generando y sustituyendo lo que ya existía por un conocimiento nuevo y diferente, producto de esta hibridación.

Marc Bloch había atisbado finamente el problema. Al recordar una frase de Seignobos, en la cual señalaba que las ideas revolucionarias del siglo XVIII provenían de las ideas inglesas del siglo XVII, Bloch escribió que se le podría conceder la razón:

suponiendo al menos que en las fórmulas extranjeras nuestros filósofos hayan añadido a su vez nada original en cuanto a substancia intelectual o a tonalidad de sentimientos. Pero incluso así reducida a un préstamo, no sin mucha arbitrariedad, la historia de este movimiento de las ideas distará mucho de haber sido [completamente] esclarecida, porque siempre subsistirá el problema de saber por qué la transmisión ocurrió en la fecha indicada, ni más tarde, ni más temprano. Un contagio supone dos cosas: generaciones microbianas, y el instante cuando el mal prende, un

“terreno”.⁴⁴²

El debate sobre las lecturas y las transferencias intelectuales entre los evolucionistas victorianos, cuyas obras sobre las relaciones de parentesco aparecieron en la década de 1870, muestran el complejo dinamismo de la marcha de las ideas en un momento determinado. ¿Cómo explicar los parecidos entre las obras?, ¿por una influencia rectora, un origen común, o préstamos recíprocos? Esta operación de la lectura ha llevado al debate de quién influyó a quién y en qué momento determinado de la investigación, aun cuando las relaciones epistolares, las reseñas y las discusiones protagonizadas por ellos mismos muestren una parte de estas relaciones intelectuales.

Así, Tylor “creyó haber establecido la interferencia de cómo la antigüedad del sistema materno llegó a los pioneros de la investigación, Bachofen y McLennan, y se reforzó por las investigaciones posteriores de una generación de hábiles investigadores, encabezada por Morgan y Lubbock”.⁴⁴³ Fustel de Coulanges, acusado de haber “tomado prestado tácitamente sus principales ideas”⁴⁴⁴ de Maine, en *la Cité Antique* “escribía sin tener noticia de Maine”.⁴⁴⁵ Este último polemizó con McLennan y con Morgan, aunque no con Bachofen, “que no debió haber leído”.⁴⁴⁶ “Una tesis similar en ciertos aspectos” a la de *Primitive marriage*, de McLennan, “había sido adelantada independientemente” por Bachofen, pues él no leyó este libro sino cuando su propia obra había sido ya publicada.⁴⁴⁷ Morgan definió la ‘solución coyuntural’ independientemente de la obra de McLennan, puesto que compró *Primitive marriage* cuando “la solución ‘coyuntural’ estaba totalmente definida”.⁴⁴⁸ Por su parte, Morgan descubrió, “por su propia vía”, cuarenta años después de Marx, “la concepción materialista de la historia”, como escribió Engels.⁴⁴⁹

Difícil de resolver, la importancia de estas relaciones reside en enunciar las cuestiones, planteando los problemas de las influencias, transferencias y filtraciones, más que todavía en

⁴⁴² BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* pp. 146-147.

⁴⁴³ *Supra*, nota 47.

⁴⁴⁴ *Supra*, nota 154.

⁴⁴⁵ *Supra*, nota 174.

⁴⁴⁶ *Supra*, nota 46.

⁴⁴⁷ *Supra*, nota 49.

⁴⁴⁸ *Supra*, nota 48.

⁴⁴⁹ *Supra*, nota 52.

tratar de resolverlos; es decir, en este caso su valor reside más en lo que sugieren que lo que en realidad explican. Los intercambios muestran el dinamismo de las relaciones, el reconocimiento, la convergencia y la atracción recíproca en torno del estudio de las relaciones de parentesco, a partir del cual todos ellos confluyen, haciéndolo con una sincronía asombrosa que permite la concentración y la expresión del fervor evolucionista.

¿Es así como deben explicarse las 'influencias' intelectuales en torno del método comparativo en Marc Bloch? Sorpresivo, difícil de evaluar en su real importancia, el hallazgo de las transferencias, en una coyuntura específica, entre una disciplina u otra, entre una tradición o corriente intelectual y otra muy distinta, también presenta riesgos en su delimitación y movimiento. Por ejemplo, entre los durkheimianos las conexiones sugieren que esta red intelectual es también afectiva o de parentesco (Durkheim-Mauss), política de carácter republicano (dreyfusianos), y étnica, puesto que articula las relaciones entre judíos de origen alsaciano (Durkheim, Mauss, Bloch, Lévy-Bruhl), hecho último que hace de la sociología durkheimiana la escuela más importante de judíos anterior a la Escuela de Frankfurt. Además, estratificada generacionalmente, pero también intelectualmente, la red muestra diversas relaciones al interior: los maestros de unos que a su vez se sienten deudores de las enseñanzas de otros (Tylor/Maine-Durkheim), así como a compañeros y colegas, que si bien se sienten herederos de un gran maestro, entre ellos mismos la relación se jerarquiza (Simiand-Halbwachs). ¿Es posible articular a los antropólogos, sociólogos, lingüistas e historiadores en una misma red?

Brice Lyon señalaba la correspondencia Lamprecht-Pirenne-Bloch; Pierre Toubert hacía lo mismo con Maine/Maitland-Durkheim-Bloch; Mastrogregori con Durkheim-Mauss/Meillet-Bloch. La posición de Fustel de Coulanges es vital para analizar las desiguales relaciones entre Gustave Bloch, Henri Berr y quizá Ch. V. Langlois, con Marc Bloch. La 'filtración' de las influencias intelectuales y del método comparativo en Marc Bloch, sugiere continuidad, la identificación, el reconocimiento y la confluencia hacia un mismo método practicado en tantas disciplinas distintas, pero también su depuración y maleabilidad. La transmisión sólo en ocasiones es directa, pues a menudo es filtrada, purgada. El trasvase es complejo: en la medida que éste ocurre, la influencia original se modifica, transformando también el específico

tipo de conocimiento que se 'aprende'. En ello reside la importancia de las 'redes de sociabilidad intelectual'. En este sentido, las influencias son una especie de 'supervivencia': su presencia en Bloch no es solamente la expresión de su recuperación o selección, sino también su uso en otro medio, aclimatándolas o transformándolas en el terreno de la historia. Esto último explica la elección intelectual: el hecho de que estén ahí, en vez de otras o además de otras.

Es fácil definir los puntos de encuentro. En primer lugar, la práctica o ejecución concreta del método comparativo es el testimonio de su propia importancia en campos distintos e incluso contrapuestos entre sí, pero relacionadas al grado de identificarse, por ejemplo, a la antropología o la historia con la sociología. Punto de convergencia entre investigadores con diversos perfiles y muy diversa proveniencia, el método comparativo es sobre todo el punto de encuentro de las ciencias del hombre. No es la simple vinculación de antropología, historia, sociología y lingüística, sino las redes de expansión que a través del método comparativo fueron hechas en el seno de estas disciplinas con otras tantas (geografía, política, economía, jurisprudencia, psicología, etc.), explorando temas que anteriormente habían sido estudiados solo por una de ellas, recodificando aproximaciones a los problemas sociales, leyendo las fuentes desde otra perspectiva, construyendo los objetos de estudio a partir de necesidades también distintas. Pero las similitudes aparentes: 'todos comparan', pueden ocultar las diferencias entre estas distintas formas de la comparación. Y sobre todo, la recepción, la transformación y la distancia crítica de estas formas anteriores en Marc Bloch. Esto último es lo que me ha preocupado a lo largo de este capítulo.

Sin embargo, las diferencias entre las formas del método comparativo son las que permiten observar las prácticas concretas, los preceptos científicos a partir de los cuales éste adquiere un lugar específico en la disciplina, los procedimientos analíticos que le son propios, las relaciones con otros métodos pertenecientes al mismo pensador o a la misma corriente, las unidades de análisis que se configuran lentamente en una disciplina (la religión –o más ampliamente, las civilizaciones-; el comercio –las invasiones-; el signo lingüístico –las lenguas-; etcétera), la atención hacia las similitudes como coordenada general para hacer leyes científicas, o hacia las diferencias para resaltar la originalidad de los fenómenos y postular

leyes que se basan no en la subsunción de la pluralidad, en nombre del universalismo abstracto de la Modernidad y del universalismo europeo, sino en la afirmación de las originalidades, haciéndolo, no obstante, desde una perspectiva civilizatoria.

¿Hay similitudes y diferencias entre todos ellos? ¿En qué se parece el método comparativo de Frazer con el de Durkheim?, ¿y con el de Pirenne o Meillet?, ¿cuál sería la similitud entre un historiador y un sociólogo, o entre un lingüista y un antropólogo? ¿Es posible comparar a los comparatistas?

El procedimiento del método comparativo en la lingüística histórica (Meillet, antes que Saussure, quien fue el teórico de la lingüística general), por la serie de circunstancias determinantes que ejercen los fenómenos históricos, guarda un parecido extraordinario con el de la historia. Si Pirenne había enfatizado que el método comparativo permitía conocer la “originalidad” de los procesos históricos, la particular atención a las diferencias es *mayor* entre Pirenne y Meillet, que entre Frazer y Durkheim, cuya atención giró *sobre todo* en torno de las similitudes. Es decir, en el contraste que resulta de estas preocupaciones entre uno u otro, Pirenne y Meillet se parecen más tanto entre ellos mismos como ante Frazer y Durkheim, aun cuando el lingüista haya sido influenciado por éste último (caso parecido al de Mauss, Halbwachs o Simiand), su influencia en Marc Bloch también significó que las lecciones de Durkheim fueran ‘filtradas’ hacia él.

Sin duda, Pirenne y Meillet, o Frazer y Durkheim, consideraban la importancia de las similitudes como de las diferencias en el método comparativo, pero no lo hacían de igual manera. La atención y el acento que cada uno ellos mantuvo hacia unas u otras, de acuerdo con las posturas nomotéticas e ideográficas al interior de cada disciplina, o al carácter científico de su disciplina, más absoluto o más relativo, y por tanto la concepción y la práctica del método comparativo, permite explicar no sólo el carácter *reactivo* hacia a las similitudes o las diferencias, sino el sentido de la crítica de Bloch hacia todos los comparatistas. La crítica hacia Frazer y Durkheim reside en no prestar suficiente atención a las diferencias, mientras que la objeción a Pirenne y Meillet se fundamenta en la poca atención que ellos tenían respecto de las similitudes. No es la primacía de unas sobre otras. La ambición de Marc Bloch era recuperar

críticamente las experiencias anteriores, superando los sesgos instrumentales de cada una de las formas del método comparativo, con la intención de restituir una visión mucho más equilibrada entre similitudes y diferencias. Es en la tensión dialéctica que existe entre unas y otras donde reside esta superación, que al mismo tiempo que atiende a los aspectos particulares de los hechos históricos, contempla la posibilidad de generar curvas, procesos y series de los fenómenos históricos.

De entre todas las ciencias, quizá haya sido la lingüística la más equilibrada respecto a esta tensión. ¿Era posible armar el conjunto indoeuropeo sin considerar lo mismo la particularidad de cada lengua que sus rasgos compartidos? Las investigaciones de Meillet habían hecho posible encontrar los rasgos particulares de las lenguas europeas, destacando la historia de la evolución general a partir de un origen común, así como también las grandes desviaciones de este mismo tronco, que a partir del uso continuo de las lenguas y el propio funcionamiento de una determinada sociedad, se habían sucedido en un amplio registro temporal. El procedimiento de la lingüística histórica de Meillet residía en las *diferencias de medio*, una aproximación muy cara a la historia, lo cual permitía aquilatar, *sobre todo*, la *originalidad* de las lenguas. Esta búsqueda era la gran empresa de Meillet. Por el contrario, la de Marc Bloch fue encontrar tanto el carácter original de los hechos históricos, como las dimensiones generales de los fenómenos históricos, superando la tensión entre las posturas ideográficas y nomotéticas dentro de la historia, y de las ciencias humanas.

Este campo de transferencias cruzadas (Ver diagrama 2), en el cual se ha puesto a prueba el método comparativo a partir de la lógica de la comparación: jugar a los parecidos y a las diferencias, es una especie de observatorio a partir del cual se vislumbran con mayor claridad los planteamientos de Marc Bloch sobre el método comparativo en la historia. En este sentido, aun cuando él ‘aprendió de todos’, no aprendió lo mismo de todos ellos. Esto permite comprender lo que él sabía del método comparativo en las ciencias del hombre, así como también permite comprender los caminos a través de los cuales lo había conocido y cuál había sido la lectura crítica de todas las lecciones recibidas.

Así, “el despertar de curiosidades” que terminaron imponiéndose a los esfuerzos

convergentes de los trabajadores”, hayan sido los antropólogos, historiadores, sociólogos o lingüistas que ‘influyeron’ en Marc Bloch, permite comprender el “ambiente colectivo” en esta coyuntura de las ciencias del hombre. “Comprender”, decía Bourdieu, “significa comprender primero el campo con el cual y contra el cual uno se ha ido haciendo”.⁴⁵⁰

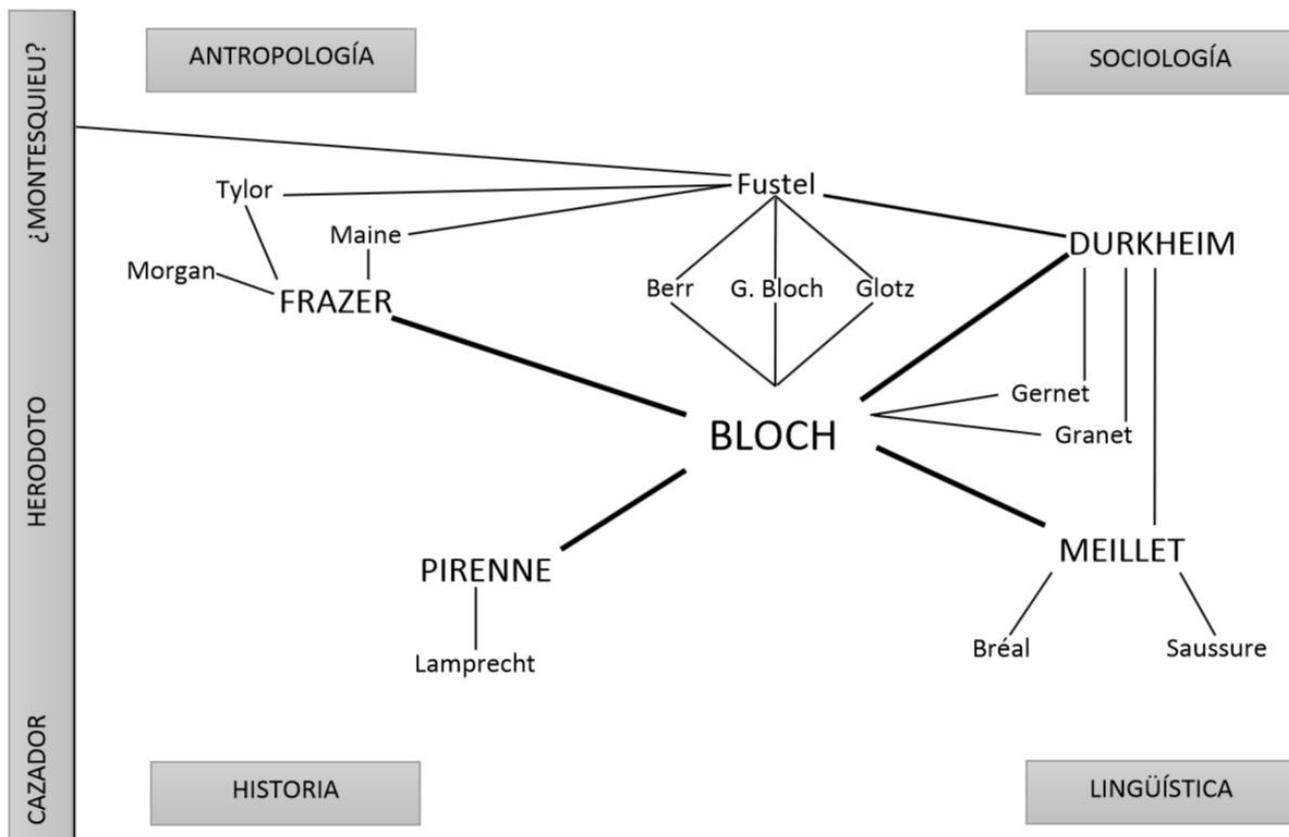


Diagrama 2. Las influencias del método comparativo en Marc Bloch.

Curiosamente, Marc Bloch decía que “para que una filosofía impregne toda una generación, no es necesario que actúe a la letra, ni que la mayoría de las mentes [sometidas a su influencia] sufran sus efectos sino por una especie de ósmosis [semi] inconsciente las más de las veces”.⁴⁵¹ Años antes, en un tono similar, él había escrito: “La influencia del medio intelectual es un fenómeno muy sutil que, por otra parte, flota en el ambiente”,⁴⁵² pero habría que agregar: cobra su dimensión concreta en los testimonios. Ahí la influencia ‘evanescente’,

⁴⁵⁰ BOURDIEU, Pierre, *Autoanálisis de un sociólogo*. Trad. Thomas Kauf, (Col Argumentos) Anagrama, Barcelona, 2006, p. 17.

⁴⁵¹ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 189.

⁴⁵² BLOCH, Marc, “Fustel de Coulanges, historiador de los orígenes de Francia”, *Op. cit.* p. 252.

que “flota en el ambiente”, obtiene esta especie de concreción que permite ubicarla, explorarla, con la intención de hacer de ésta una unidad material, coherente, significativa, aun cuando su presencia sea solamente una huella de ella misma y deba ser restituida a sus dimensiones temporales, culturales, científicas e intelectuales, de las cuales formaba parte.

El riesgo de las influencias no sólo reside en su ubicación precisa (“Bloch jamás se expresó claramente sobre las influencias de las cuales se sentía impregnado”, decía Fossier⁴⁵³ un poco erróneamente), así como en el específico impacto en otra idea y la recuperación selectiva que de ellas se hace, sino también en su cosificación. Bajo esta visión, todos quienes han ‘influenciado’ a M. Bloch se convierten en simples transmisores de un conocimiento aprendido con anterioridad, incapaz de evolucionar con el tiempo. Lo aprendido descansa así la paz de los justos: no hay crítica, evaluación propia e innovación por parte de los ‘transmisores’. Su tarea es ésa: reproducir la tradición como si fueran autómatas. La comprensión del problema de las influencias intelectuales, pero también de la dinámica del método comparativo en las ciencias del hombre, tanto en Europa como en los Estados Unidos, implica comprender ‘la marcha de las ideas’ en la coyuntura, en ese mundo del último tercio del siglo XIX, hasta mediados del siglo XX. A propósito de Marx, Wallerstein ha señalado algo parecido:

Marx sabía, cosa que muchos de los que se dicen discípulos suyos no saben, que era un hombre del siglo XIX cuya visión estaba inevitablemente limitada por esa realidad social. (...) Utilicemos, pues, sus escritos, del único modo sensato: como los de un compañero de lucha *que sabía tanto como él sabía*.⁴⁵⁴

Según las disciplinas y sus características epistemológicas (perspectivas ideográficas o nomotéticas en el seno de las mismas disciplinas), en el cual este método había sido aplicado, el estado del medio en el cual se le recibía y ponía en marcha, las prácticas o las reglas de uso, las intenciones y ambiciones que éste conllevaba, el método comparativo oscilaba entre comparaciones diacrónicas y sincrónicas, pero también en la atención particular hacia las similitudes o las diferencias. Todo ello es testimonio de las diferencias entre las formas de la comparación. Ahí se encuentra la explicación más general de éstas, pero también la clave para

⁴⁵³ FOSSIER, Robert, “Préface” a BLOCH, Marc, *La société féodale*. (Bibliothèque de l’Evolution de l’Humanité) Paris: Albin Michel 1994, p. III.

⁴⁵⁴ WALLERSTEIN, Immanuel, *El capitalismo histórico*. Trad. Pilar López Mañez, (Col. Sociología y Política), Siglo XXI Editores, México 1ª ed. 1988, p. VIII. (Las cursivas son mías).

observar y entender las similitudes.

De acuerdo con este juego caracterizado por la tensión entre parecidos y disimilitudes, base de la comparación incluso antes, mucho antes de que el método comparativo se configurara en un método de la *scientia* moderna, ¿podríamos comparar no ya a los comparatistas entre sí, sino con otros ‘casos’ parecidos?, ¿podríamos compararlos no en sus aspectos más evidentes o incluso similares, sino a partir de sus propias diferencias? Si es posible recurrir a la morfología-histórica para comparar a un cazador del neolítico con un historiador de la Grecia clásica, podríamos preguntarnos, ¿en qué se parece un antropólogo de las postrimerías del siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, como Frazer, con un historiador griego del siglo V a.C., como Herodoto?, Es más, en este complejo diálogo e intercambio transcultural y transecular, ¿podríamos comparar a Frazer con el cazador del neolítico?, ¿y con Durkheim, Pirenne, Meillet o Bloch?, ¿podríamos conectar a Frazer y Durkheim, o a Pirenne y Meillet, a través del cazador, o del historiador?, ¿cuáles serían no ya las diferencias evidentes sino las homologías profundas?, ¿la tensión entre similitudes y diferencias? Es decir ¿podría enlazarse las formas del método comparativo de la coyuntura, con las formas de la comparación en el más amplio registro de la morfología histórica?, ¿cuáles son las lecciones que podríamos obtener a través de comparar lo ‘comparable’ con lo ‘incomparable’?, ¿‘formas’ de la comparación *in illo tempore et nunc*?

Conectados a través de Marc Bloch, todos ellos encuentran una ‘afinidad electiva’ que los organiza en torno de una misma práctica: las formas del método comparativo. La tarea de éste último, a partir de la cual transformó las lecciones y experiencias anteriores, así como todos los demás lo habían hecho en esta serie de préstamos y aclimataciones disciplinares del método comparativo, ¿lo convierte en ‘heredero’ de todos ellos? Por supuesto, “dicho método no tiene que ser inventado”, según él mismo reconoció: “pues ya hace mucho tiempo que éste viene demostrando su utilidad en gran cantidad de ciencias sociales”.⁴⁵⁵ Sin embargo, su tarea no se limitó a ‘recuperar’ todo ello y guardar respeto por el pasado heredado (pues así como hubo *préstamos* y aclimataciones también hubo resistencias y *rechazos*) sino a codificarlo nuevamente, realizando con ello una profunda simbiosis del método comparativo en las

⁴⁵⁵ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 113.

ciencias del hombre.

Su tarea no fue ‘descubrir’ un nuevo continente, sino recodificar en el terreno de la historia los avances más importantes del método comparativo en las ciencias humanas, a través de Frazer, Durkheim, Pirenne y Meillet, convirtiendo así a la historia comparativa en punto de confluencia de todas ellas, y en punta de lanza del proyecto de *Annales*, una “especie de pequeña revolución intelectual”, como Marc Bloch la definió.⁴⁵⁶ No era simplemente una ‘renovación’ o una ‘reforma’, se trataba de una verdadera ‘revolución intelectual’ que “significaba, sobre todo, escribir la propia historia y criticar los trabajos históricos de los demás, en nombre de una idea “distinta y más nueva” de la historia misma”.⁴⁵⁷

Así, es en esto último donde se encuentra tanto el sentido más profundo del trabajo de Marc Bloch, como la explicación de las palabras con las cuales comienza su célebre artículo sobre la historia comparada de las sociedades europeas: “No comparezco ante ustedes como [el] “descubridor” de una nueva panacea”.⁴⁵⁸

⁴⁵⁶ “Carta de Marc Bloch a Lucien Febvre. 20 de septiembre de 1929”, en *Marc Bloch & Lucien Febvre et Les Annales d’Histoire Économique et Sociale. Correspondance: 1928-1933*, *Op. cit.* p. 205.

⁴⁵⁷ MASTROGREGORI, Massimo, *Introduzione a Bloch*. Laterza, Roma-Bari, 2001, p. 6.

⁴⁵⁸ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 113.

CAPÍTULO III

LA ARQUITECTURA DEL MÉTODO COMPARATIVO EN MARC BLOCH

Ha llegado el momento de aplicar, de adaptar con profundidad al estudio de la historia de las sociedades europeas, el magnífico utillaje comparativo que han forjado los lingüistas y etnógrafos.

Marc Bloch, "Un centro de estudios en desarrollo: el Instituto para el Estudio Comparativo de las Civilizaciones de Oslo", 1929.

I. Marc Bloch: el historiador comparatista

Francés de nacimiento, judío de ascendencia, e historiador como también lo fue su padre, Marc Bloch poseyó un verdadero cosmopolitismo intelectual. No sólo su esmerada educación es testimonio de ello,¹ sino que el mejor ejemplo es su propia obra. Durante años convocó a los historiadores para traspasar las engañosas fronteras del Estado y la Nación francesas, pretendidas unidades de análisis, porque no imaginaba que un historiador se consagrara al estudio de su propio país sin otorgarle a su investigación un carácter científico original: el esfuerzo de comparar. "El método comparativo puede", decía Marc Bloch en tono imperativo, "y debe calar en las investigaciones minuciosas y de detalle".² Con esta premisa, y con la intención de evitar las falsas causas locales, monopolio de un país o de una región, para observar así los caracteres comunes al igual que las verdaderas originalidades, el historiador estaba llamando a jugar, en el espacio como en el tiempo, el juego permanente de la comparación.

¹ Al respecto, Étienne Bloch escribió sobre su padre: "Excelente latinista y buen helenista, había aprendido también todos los idiomas necesarios para un historiador no sólo de la Europa moderna, sino también de la historia de Europa desde sus orígenes: alemán, pero también alto alemán; inglés, pero también lo necesario de sajón para interpretar los viejos textos anteriores a la conquista de la isla; español, por supuesto, e italiano, obviamente griego, pero también ruso y escandinavo. Paleógrafo, lo era continuamente, arqueólogo, cuando hacía falta. Siempre aprendía con renovado ardor, y en los últimos años, entregó toda su atención a la estadística, lamentando el poco interés que esta disciplina despertaba en la mayoría de los historiadores". BLOCH, Étienne, "Marc Bloch. Una vida completa. Testimonio escrito en 1947-1948", en *Marc Bloch: el historiador en su laboratorio. Testimonios e interpretaciones*. Prólogo de Carlos Antonio Aguirre Rojas, Trad. Ma. Jiménez Mier y Terán, Villahermosa: UJAT, 2003, p. 45. Del mismo autor, *Marc Bloch 1886-1944, une biographie impossible*. Préface de Jacques Le Goff, Culture & Patrimoine en Limousin, 1997.

² BLOCH, Marc, "A favor de una historia comparada de las sociedades europeas", *Op. cit.* p. 114.

Gran conocedor de la historia alemana, interesado también en la historia de Inglaterra —de cuya seducción se originarían algunos de sus más bellos trabajos comparativos—, Bloch se preocupó en definir a la civilización europea a través de todos los aspectos de un sistema social, que armó a partir de una serie de comparaciones internas, así como a través de la comparación entre el feudalismo europeo con el de Japón.³ Así, fuese a través de la comparación entre sociedades vecinas y contemporáneas, o lejanas en tiempos y espacios, el método comparativo le permitió edificar una historia de las estructuras fundamentales de las civilizaciones europeas.

Presagio de una historia de tiempos largos más que de tiempos cortos, de estructuras y tendencias más que de acontecimientos, de interpolación de curvas evolutivas y de la constatación tanto de las convergencias como de las divergencias, el método comparativo fue una de las más importantes herramientas intelectuales que animó sus investigaciones, permitiéndole observar las etapas de evolución de los fenómenos sociales y sus estructuras correspondientes, desde una perspectiva más amplia, global, civilizatoria. De esta manera, el conocimiento del pasado era tanto el resultado de los parecidos como de las diferencias de naturaleza, de divergencias y contrastes, de retardos y variables cronológicas, de síntesis y modelos globales, aspectos del comparatismo que no escaparon a su atención.

Por ello, el método comparativo funciona como uno de los ejes articuladores del conjunto de la obra de Marc Bloch, menos por la dimensión problemática (los temas y los intereses intelectuales), que por una preocupación metodológica y conceptual: la historia comparada, uno de los desarrollos más importantes de su visión acerca de los problemas históricos. Por ello, el método comparativo representa tanto una de las *claves de acceso* a toda su obra, como quizás el aspecto *más original* de toda ella, equiparable a “la larga duración”, de Fernand

³ Con la intención de enfatizar la primacía de las comparaciones de Bloch con Inglaterra o Alemania, algunos investigadores rayan en el carácter reactivo. La comparación “esencialmente con Inglaterra”, dice Touati; o el uso abrumador de la investigación alemana “desde el punto de vista estadístico en su obra maestra *La sociedad feudal*”, de acuerdo con Werner, más cauto y precavido que el otro. De manera independiente a los resultados de las pesquisas, lo importante es señalar el riesgo, pues de seguir esta lógica, Marc Bloch es, en última instancia, un historiador de Francia. Si él mismo nunca aceptó de buen gusto ser llamado ‘medievalista’, definiéndose simplemente como ‘historiador’, tampoco puede decirse que su obra haya estado caracterizada por la comparación ‘esencial’ con uno u otro país. Bloch no fue sólo “uno de los primeros historiadores verdaderamente europeos”, como señala Werner, fue un historiador de las civilizaciones europeas. *Cfr.* TOUATI, François-Olivier, *Marc Bloch et l'Angleterre*, *Op. cit.* p. 23; WERNER, Karl Ferdinand, “Marc Bloch et la recherche historique allemande”, *Op. cit.* pp. 128 y 129.

Braudel; “la economía moral de la multitud”, de Edward Palmer Thompson; o al “paradigma indiciario”, de Carlo Ginzburg.

Al ser un historiador de las estructuras, un historiador de los tiempos largos, Marc Bloch fue también un historiador comparatista. Tal fue la importancia concedida durante años al método comparativo, que éste es inseparable de su propia figura. Uno y otra se han mezclado con tal fuerza, que el profundo raigambre de esta imagen parece confundir los contornos entre este método y los demás que animan su obra. Para que en el paisaje intelectual contemporáneo pueda hacerse perceptible el lugar específico que ocupa el método comparativo en la concepción de la historia en Marc Bloch, es necesario dibujar con precisión los contornos del antiguo paisaje, midiendo las separaciones, estableciendo los límites que deben ser advertidos al momento de comprender ‘la historia de la estructura social’ y la vinculación de las ciencias del hombre, en torno de la historia comparada.

Sin embargo, visto en sí mismo, es imposible entender el valor del método comparativo. No es un método aislado en el conjunto de la metodología del historiador, una isla cuya sola importancia determine el funcionamiento de un gran océano, sino que forma parte de una red de comunicaciones, corrientes, relevos y puntos de apoyo, que si bien dota de un grado de originalidad a toda la superficie marina, caracterizando incluso ciertos momentos de su dinámica interna, lo hace solo en la medida que forma parte de una arquitectura mayor. Desde esta perspectiva, es posible aquilatar las diferencias de potencial que adquiere el método comparativo en el conjunto de la obra del cofundador de *Annales*, tanto en su lógica interna, como método de análisis, como al exterior: parte fundamental de la concepción de la historia y de la metodología que animó su obra.

Su concepción de la *duración* en la historia, o la perspectiva de *larga duración histórica*, así bautizada por Braudel años después, pero que ya antes de esta teorización, tanto Marx o Engels, como Elías o Bloch, habían empleado en sus investigaciones, es la primera de estas claves de acceso a su metodología y su concepción de la historia, con las cuales, al ser parte orgánica de éstas, el método comparativo se relaciona, pero cuya presencia también las enriquece, concediéndoles un perfil específico. Así, a contracorriente de la idea del transcurso

lineal del tiempo y del progreso ascendente de la humanidad, y al estudiar las estructuras profundas de los procesos sociales, junto con las dinámicas temporales que en ellos ocurren, desde el momento de su emergencia hasta su desarrollo y posterior declive, la atención de Bloch se dirigió a los tiempos largos.

Más allá de un tiempo muy corto, insuficiente para dar explicaciones satisfactorias de las relaciones de los grupos humanos con el medio ambiente que los constriñe y la forma como las sociedades readaptan el medio para aprovecharlo; más allá de los 'hechos dignos de mención', que según él pertenecen a "un momento muy corto de la duración, o sea, la nuestra",⁴ Bloch plantea la ralentización del tiempo y el estudio de las estructuras profundas. Pues, como él señalaba: "lo más profundo de la historia bien puede ser lo más seguro".⁵

Es decir, las realidades lentas en transformarse y casi imperceptibles para los hombres, como los cambios de la memoria y las creencias populares colectivas; las transformaciones de las técnicas y los complicados mecanismos de su difusión y empleo; las complejas relaciones de los hombres con el medio ambiente, la formación de las estructuras sociales, mentales o económicas; las transformaciones transeculares de las instituciones, o de la cultura, economía y sociedad, son fenómenos que hacen alusión a las estructuras profundas y las realidades subyacentes de los procesos históricos, que para Marc Bloch son "los elementos más durables",⁶ dentro del continuo cambio que es la historia. De esta manera, lo que él señalaba no es un simple ritmo de movimiento lento o un período transecular, sino las realidades profundas que constituyen los ejes de gravitación de las grandes curvas evolutivas de los fenómenos históricos, que a través del método comparativo el historiador solía interpolar para descifrar las causas de los parecidos, la explicación de las diferencias.

En *Los reyes taumaturgos*, las explicaciones del historiador se encuadran en registros temporales con duraciones largas y diferenciadas entre sí.⁷ A partir de ellas, M. Bloch mostró que las condiciones reales en las que este rito curativo, ese don maravilloso que hacía de los

⁴ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 186.

⁵ *Ibid.* p. 206.

⁶ *Ibid.* p. 135.

⁷ AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, "Prólogo: El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso del intelectual con su propio presente", en BLOCH, Étienne, *Marc Bloch: el historiador en su laboratorio*. *Op. cit.*, pp. 23-24.

monarcas europeos precisamente unos hacedores de milagros, se habían desarrollado a partir de la visión sobrenatural que del mundo tenían los pueblos de la Edad Media, como la pervivencia del paganismo revestido por el rito sagrado cristiano o la creencia popular en el poder curativo de los reyes. Al explicarlas, Marc Bloch penetra en creencias muy profundas de la humanidad, cuyas raíces datan desde la noche de los tiempos: la consideración del mundo en una doble dimensión, tanto mágica como natural, donde lo maravilloso coexiste y se complementa con lo cotidiano, sin que ambas sean distinguidas entre sí; creencias sobrenaturales sobre el poder político y las creencias en el ‘rey-mago’ o en los ‘jefes-reyes’, a quienes se les atribuye características excepcionales y poderes sobrenaturales.

Su análisis es el de los tiempos largos, en los que la transformación de las creencias maravillosas sobre el don taumatúrgico de la realeza es lenta, ritmada, a veces tan cosmética que es difícil ver los cambios, aunque en ellas el historiador encuentra la explicación de las “representaciones colectivas que *originaron* el tacto de las escrófulas”,⁸ permitiendo afirmar y difundir la fe en el poder taumatúrgico de los reyes, particularmente en los reyes franceses e ingleses, durante siglos enteros. Sin embargo, estas ‘representaciones colectivas’, base de las creencias sobre el poder político, no sólo persistieron incluso después de la desaparición del ‘toque real’, sino que han sobrevivido en “la memoria científicamente elaborada de la nación”, modernizándose y revistiéndose así con las características de una época distinta, mostrando sus efectos en la actualidad.⁹

Instrumentalizada por las monarquías de Francia e Inglaterra, y puesta en marcha para obtener prestigio y legitimidad política en momentos de peligro, las creencias populares colectivas también son analizadas por el historiador en un largo período de ocho siglos, en el que se registran transformaciones como el Humanismo, el Renacimiento, la Reforma y la Ilustración en Francia e Inglaterra. En la elevación de los monarcas a un estatuto sagrado, dotado con poderes sobrenaturales capaces de curar enfermedades como las escrófulas, que son “particularmente propicias al milagro, puesto que (...) producen fácilmente la ilusión de la

⁸ BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.* 120. (Las cursivas son mías).

⁹ RAULFF, Ulrich, “República y carisma. Marc Bloch y el prodigio moderno”, en *Argumentos*, núm. 26, *Op. cit.* pp. 33-58. Del mismo autor, particularmente “L’ancienne et la nouvelle alliance. Histoire, politique et religion”, en *Marc Bloch. Un historien au XXè siècle*. Préface de André Burguière, Trad. de Olivier Mannoni, Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme, París, 2006, pp. 195-270.

curación”;¹⁰ o en el hecho de recibir la unción de la Santa Ampolla guardada en la Catedral de Reims, o el Santo Óleo preservado en la Catedral de Westminster, reliquias populares convertidas en objeto de culto de un grupo social, ¿no eran hechos que revestían a los reyes de un carácter sagrado, cuya condición los hacía rivalizar con sacerdotes y obispos?, ¿acaso no era esta la expresión de un rito colectivo fundador de una religión real?

El ritual de curación real es situado coyunturalmente en el conflicto que atraviesa toda la Edad Media: tanto dentro de los propios reinos, cuando la disputa por el poder enfrentaba a las familias reales, como en el momento en el que se enfrentaban las dinastías reinantes de Francia e Inglaterra; o bien, en los momentos en que éstas se confrontaban con el poder espiritual y terrenal del Papado, antagonistas cuyo conflicto marcó la naturaleza de los Estados y la política absolutista de los reyes de la Europa Occidental.

Al observar los diferentes registros temporales, Marc Bloch analiza un conflicto de larga duración que influía en la reactualización del ciclo monárquico en beneficio de las monarquías de Francia e Inglaterra. En ello, las prácticas de curación de las escrófulas, enmarcadas en las creencias sobrenaturales de la realeza sagrada, permitieron a los reyes utilizar este poder maravilloso para obtener prestigio y legitimidad, sobre todo en momentos en que éstas presentaban una marcada debilidad política. De este modo, la investigación de Marc Bloch se mueve a partir de estos registros de la duración, pues como él mismo señalaba:

Para que una institución que se destina a servir objetivos precisos marcados por una voluntad individual pueda imponerse a todo un pueblo, es necesario que sea transportada por la corriente profunda de la conciencia colectiva; y acaso recíprocamente, para que una creencia un poco vaga pueda concretarse en un ritmo regular, no es indiferente que algunas voluntades claras la ayuden a cristalizar. La historia de los orígenes del tacto real, si es que pueden aceptarse las hipótesis que he presentado, merecerá incluirse entre los ejemplos ya numerosos de una doble acción de esta clase, que el pasado suministra en abundancia.¹¹

No obstante, si las prácticas del rito taumatúrgico se explican por la necesidad imperiosa de crear consensos políticos, revitalizar la legitimidad monárquica y oxigenar el don curativo de los reyes dentro de sus reinos respectivos como fuera de ellos: a una escala europea, puesto

¹⁰ BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.* p. 153.

¹¹ *Ibid.*, pp. 156-157.

que pretendía mostrar la grandeza de uno u otro linaje ante sus pares, o ante la fuerza omnipresente del mundo cristiano: el Papado; entonces, las acciones que los monarcas hicieron de esa creencia popular sobre lo maravilloso, lo próximo, lo sensible, se ubican, de manera evidente, en un registro temporal inmediato cuya acción, sin embargo, impacta en registros temporales más amplios. Para que este rito floreciera, señala Marc Bloch, era necesario que éste fuera transportado por la “corriente profunda de la conciencia colectiva”, así como por “algunas voluntades claras que la ayuden a cristalizar”.

En *Los reyes taumaturgos* “ya está contenida una alusión a la teoría del “tiempo de la larga duración”,¹² pues, en una especie de antesala al trabajo que posteriormente haría Fernand Braudel, Marc Bloch sugiere que el pasado es una suma estratificada que remite a duraciones temporales diversas, imbricadas, con relaciones mutuas y distintas influencias que en un momento dado salen a relucir, mostrando los efectos de la historia profunda, dilatando sus influencias en el presente:

El historiador nunca sale del tiempo, sino que por una oscilación necesaria que el debate sobre los orígenes [se refiere a Simiand] nos había hecho ver, en él considera a veces las grandes ondas de fenómenos emparentados que atraviesan de un extremo a otro la duración, a veces el momento humano en el que esas corrientes se juntan en el poderoso nudo de las conciencias.¹³

De acuerdo con esta perspectiva de la duración, su *definición del concepto de historia*, otra clave de acceso, no puede ser entendida como el estudio de los muertos o de las sociedades desaparecidas: la idea, todavía hoy predominante, de la historia entendida como el estudio del pasado. “Algunas veces se ha dicho: “La historia es la ciencia del pasado”, escribió Marc Bloch, agregando:

Lo que [a mi parecer] es una forma impropia de hablar (...) [Porque, en primer lugar] la idea misma que el pasado, en tanto tal, pueda ser objeto de una ciencia es absurda.¹⁴

A diferencia de esta posición liberal que destinó a la historia al estudio del pasado, propiciando el distanciamiento de los historiadores respecto del presente, Bloch propuso un

¹² GURIEVITCH, Aaron, *A Síntese Histórica e a Escola dos Anais*, Editora Perspectiva, Brasil, 2003, p. 45.

¹³ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 247.

¹⁴ *Ibid.*, p. 137.

concepto de historia coherente con la naturaleza del tiempo histórico. Su definición: “ciencia de los hombres en el tiempo”,¹⁵ vincula el más remoto pasado humano con el presente más cercano. El estudio del presente, la historia del tiempo presente, irrumpió así de manera novedosa en el oficio de los historiadores, siendo la perspectiva que él puso en marcha a la hora de escribir *La extraña derrota*, pero a partir de la cual también se explica la génesis de *Los reyes taumaturgos*.

El estudio del presente no significaba concentrarse sólo en éste último, puesto que, como él decía: “sólo el estudio del pasado es capaz de entrenarnos en el análisis social”,¹⁶ sino en considerar con mayor sutileza el complejo problema de la duración. Para él, la historia no era una ciencia que estudiara el pasado, precisamente porque el tiempo histórico está siempre en movimiento, señalando así que la tarea fundamental de los historiadores es captar el cambio, la transformación vertiginosa de las sociedades *en* el tiempo. ¿Cuándo termina el pasado y cuándo comienza el presente?, ¿es posible fijar claramente esta distinción en el tiempo? “Para comprender a un grupo humano, lo primero es conocer su pasado”, decía el historiador, añadiendo una hermosa frase que bien hubiera podido ser de Walter Benjamin:

El presente se suele oponer al pasado; pero en el transcurso del tiempo, el presente, en realidad, no es más que el punto extremo de un largo pasado, de un pasado que en gran medida le gobierna y sobrevive en él.¹⁷

La frontera entre pasado y presente es porosa, evanescente. “Dejemos, por el momento, la falsedad que hay”, decía Bloch, “entre el cisma que se pretende decretar así entre el pasado y el supuesto presente”.¹⁸ En la duración, el presente es un instante que muere “tan pronto como nace”, escribió, ejemplificando: “Acabo de hablar, acabo de actuar y mis palabras o mis actos se hunden en el reino de la memoria”.¹⁹ El presente muta de forma incesante, transformándose en pasado:

¹⁵ *Ibid*, p. 157.

¹⁶ BLOCH, Marc, “Que demander à l’histoire?”, *Op. cit.* p. 10.

¹⁷ BLOCH, Marc, “El curso de Fontenay. Cómo escribir la historia de un pueblo”, en *Agricultura y vida rural en Francia en los siglos XVII y XVIII*. Trad. Juan Vivanco, Textos reunidos y presentados por Étienne Bloch, Prólogo de Emmanuel Le Roy Ladurie, Crítica, Barcelona, 2000, p. 180.

¹⁸ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 37.

¹⁹ *Ibid*, p. 148.

si el momento actual, en el sentido estricto del término, no es sino algo que continuamente se esfuma, la frontera entre el presente y el pasado se desplaza con un movimiento no menos constante.²⁰

Por ello, cuando Bloch decía que la historia era la ciencia de *un* cambio, se refería al hecho de que el tiempo histórico siempre permanece en movimiento: “Tanto en un tiempo como en el otro lo que el historiador quiere captar es un cambio”.²¹ La tarea fundamental es captar *los* cambios, *las* transformaciones propias de “una ciencia en movimiento”,²² que sólo se aprecian claramente cuando éste se posiciona frente al presente y observa el mundo en el que vive: “esa facultad para aprehender lo vivo es la principal cualidad del historiador”.²³ Facultad que convierte al presente en el vínculo con el pasado, en el observatorio que sirve para poner al día la imaginación y que al historiador le posibilita la formulación de preguntas que le permitan penetrar en sociedades, más próximas o más lejanas, que en buena medida conoce a través de testimonios que han sobrevivido al paso del tiempo y le han llegado de manera indirecta. De acuerdo con Marc Bloch, el historiador “no estudia el presente con la esperanza de descubrir en él una reproducción exacta del pasado”, ya que “simplemente busca en el presente los medios para entender y sentir mejor el pasado”.²⁴

Observar el pasado sin perder la referencia del presente, considerar la dialéctica existente entre los tiempos y comprender la historia a partir del pasado, pero también del presente, es lo que demandaba Marc Bloch: “el pasado no determina totalmente el presente, sin aquél, éste permanece ininteligible”.²⁵ Pero esta afirmación parte de uno de los métodos más inexplorados de toda su obra: el método regresivo. Método que en vez de partir del pasado con dirección al presente, va recorriendo la película de la historia ‘hacia atrás’: “para llegar a comprender los cambios es necesario rebobinar la película”²⁶ La travesía parte de lo más reciente con la intención de llegar al período más distante. “¿No es inevitable que,

²⁰ *Ibid*, p. 148.

²¹ *Ibid*, p. 157.

²² *Ibid*, p. 129.

²³ *Ibid*, p. 155.

²⁴ *Ibid*, p. 211.

²⁵ BLOCH, Marc, *La extraña derrota. Testimonio escrito en 1940*. Trad. Santiago Jordán Sempere, Prólogo de Stanley Hoffmann, (Col. Libros de Historia), Crítica, Barcelona 2003, p. 151.

²⁶ BLOCH, Marc, “Marc Bloch: el historiador tal y como le gustaría que lo viesen los demás [Candidatura al Collège de France, 1934]”, en *Historia e historiadores, Op. cit*, p. 153.

ordinariamente, los hechos más remotos sean al mismo tiempo los más oscuros?”, se preguntaba, “¿cómo escapar a la necesidad de ir de lo mejor a lo peor conocido?”. Y Definía:

El historiador es siempre esclavo de sus documentos, y más que ninguno lo es el que se dedica a los estudios agrarios; so pena de no poder descifrar el jeroglífico del pasado, necesita, casi siempre, leer la historia al revés.²⁷

No se trata de una práctica que adolezca de un reduccionismo temporal a partir del cual pretenda verse toda la historia, o de una simple estrategia de colonización del presente, en agravio de la sociología, la economía o la ciencia política, ante quienes la historia se presenta desafiante, sino de concebir al presente como un laboratorio imprescindible para plantear problemas y formular hipótesis; de convertirlo en un principio de método, y en “la principal cualidad del historiador”:

Sucede que en una línea dada, el conocimiento del presente importa de una manera aún más directa para la comprensión del pasado (...) porque el camino natural de toda investigación es ir de lo mejor conocido o lo menos mal conocido a lo más oscuro.²⁸

De manera inocultable, todo ello tiene también una intención extra-historiográfica, un sentido político: “La ignorancia del pasado no se limita a entorpecer el conocimiento del presente, sino que compromete, en el presente, a la acción misma”.²⁹ Con ello, a los historiadores se les exige no perder el pulso a la actualidad, no alejarse de los problemas de la sociedad en la que viven por tratar de perseguir el pasado, interesándose solamente en él. “El problema de la utilidad de la historia, en sentido estricto, en el sentido “pragmático” de la palabra útil”, decía Bloch, “no se confunde con el de su legitimidad propiamente intelectual”.³⁰ La historia del tiempo presente, llena de lecciones así como de pasiones propias de su naturaleza, no es una simple historia partisana, adoctrinadora, pero al estar comprometida con su sociedad, adquiere un sentido pragmático.

Así, al permitir la reflexión sobre la realidad más contemporánea, brinda también la posibilidad de actuar sobre ella, modificando el rumbo de los acontecimientos. “Somos los

²⁷ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, *Op. cit.* p. 32.

²⁸ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 156.

²⁹ *Ibid*, p. 152.

³⁰ *Ibid*, p. 127.

vencidos provisionales de un injusto destino”, escribió Marc Bloch en las primeras páginas de su *Oficio de historiador*.³¹ He aquí un concepto de historia, que al verlo además como un hecho de biografía intelectual, se presenta como el naufragio que el historiador atravesará al final de su vida, y dentro de éste, ocurrido en la segunda guerra mundial, el naufragio de una época entera, el naufragio de una civilización.

Tras pasado por la dramática experiencia de una nueva guerra, el discurso de Marc Bloch precisaba tanto el sentido pragmático de la historia como la legitimidad intelectual de la ciencia, que para él, historiador defenestrado violentamente, judío perseguido, soldado derrotado en 1940, y posteriormente enrolado en las filas clandestinas de la resistencia francesa, “no se confunde”, según escribió. Preocupado por esta necesidad de saber, pero sobre todo de comprender, buscando una visión más compleja del oficio de historiador, y tratando de responder, ante todo, “cómo y por qué un historiador practica su oficio”,³² la tarea adquiere una profunda dimensión intelectual, el diseño del *cuestionario*, que era para él: “la primera necesidad de toda investigación histórica bien llevada a cabo”,³³ o sea, la sustitución de la narración de los acontecimientos por una historia orientada por el planteamiento de los problemas y la formulación de las hipótesis. Un “cuestionario que desde el inicio apunta hacia una aproximación sintética”,³⁴ pues si los testimonios “sólo hablan [verdaderamente] cuando uno sabe interrogarlos”,³⁵ cualquier investigación histórica supone, desde el comienzo, que “la encuesta tenga ya una dirección”, decía Bloch.³⁶

Si la historia tenía una estructura preexistente que consistía en legitimar la existencia, el desarrollo y la expansión del Estado-nación, durante el siglo XIX la tarea de los historiadores se

³¹ *Ibid*, p. 119.

³² *Ibid*, p. 128. El título provisional de Marc Bloch a sus reflexiones sobre el oficio de historiador, llevaba un nombre parecido, después modificado por Lucien Febvre, a cuyo cargo estuvo la primera edición francesa de 1949. En una ríspida carta, en la cual Bloch responde a Febvre, quien le ha aconsejado abandonar el proyecto del libro, él sostiene: “*El Oficio de historiador*”, es así como he pensado intitular a mi libro. No, no abandonaré este trabajo”. Cfr. “CDLXXVI. M. Bloch a L. Febvre. 9 de octubre de 1942”, en *Marc Bloch, Lucien Febvre et Les Annales d’Histoire Économique et Sociale. Correspondance: 1938-1943*. Edición de B. Müller. París: Fayard, 2003, Tomo 3, p. 216. Publicado por vez primera, y en español, en el año 2003, con el título “Cómo y por qué trabaja un historiador”, en BLOCH, Étienne, *Marc Bloch: el historiador en su laboratorio*, *Op. cit.* pp. 175-192, y la primera edición en francés del año 2006: “Comment et pourquoi travaille un historien”, en BLOCH, Marc, *L’histoire, la Guerre, La Résistance*, antes citado.

³³ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 171.

³⁴ GINZBURG, Carlo, “Nuestras palabras y las suyas. Una reflexión sobre el *Oficio de historiador*, hoy”, *Op. cit.* p. 21.

³⁵ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 172.

³⁶ *Ibid*, p. 172.

había circunscrito a reunir, leer, clasificar y emplear el método crítico sobre los documentos, acomodando los acontecimientos en una narración coherente con la intención de mostrar el desarrollo histórico y el destino de la Nación misma. “Pero por desgracia, ningún historiador jamás ha procedido así”, según señalaba, “aunque acaso haya creído hacerlo”.³⁷ “Para decirlo todo”, escribió, “una palabra es la que domina e ilumina nuestros estudios: “comprender”.³⁸

De este modo, concebida como “una empresa razonada de análisis”, esta concepción de la historia parte de un presupuesto esencial, la participación activa del historiador: “En el principio está la inteligencia”,³⁹ o como decía Carlo Ginzburg: “la mirada del historiador es más relevante que su objeto de estudio”.⁴⁰ Así, esta operación es también

muy joven como empresa razonada de análisis. Se esfuerza por penetrar finalmente los hechos de la superficie, por rechazar, después de las seducciones de la leyenda o de la retórica, los venenos, hoy en día más peligrosos, de la rutina erudita y del empirismo disfrazado de sentido común.⁴¹

En el comienzo de la investigación subyace la “duda examinadora”.⁴² En esta afirmación con fuertes resonancias cartesianas, Marc Bloch señala que el investigador sólo opera porque antes se ha planteado un problema y formulado una hipótesis. A partir de ello, la mirada del historiador no reside únicamente en los ‘hechos dignos de mención’, sino en toda huella humana en el tiempo; porque como escribió Febvre, “es el historiador quien da vida a los hechos históricos, incluso a los más humildes”,⁴³ señalando así que toda huella, todo registro de las obras y las acciones de los hombres en el tiempo, depende de la mirada del historiador. Por esta razón, Bloch decía que tras los rasgos del paisaje, fueran las herramientas o las máquinas; tras las instituciones en apariencia más lejanas de quienes los establecieron, la historia quiere captar a los hombres, en todas sus acciones, en toda su complejidad: “El buen

³⁷ *Ibid*, p. 172.

³⁸ *Ibid*, p. 237.

³⁹ *Ibid*, p. 172.

⁴⁰ GINZBURG, Carlo, “Ginzburg: “La mirada del historiador es más relevante que su objeto de estudio”, [Entrevista con César Güemes], en *La Jornada*, Martes 23 de marzo de 1999.

⁴¹ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 129.

⁴² *Ibid*, p. 187.

⁴³ FEBVRE, Lucien, *Combats pour l'histoire*, *Op. cit.* p. 23.

historiador se parece al ogro de la leyenda. Ahí donde olfatea la carne humana, ahí sabe que está su presa”.⁴⁴

El historiador se convierte así en un cazador. Husmeando, olfateando las huellas, leyendo, clasificando, comparando y analizando los múltiples testimonios, en ocasiones monumentales, pero a menudo fragmentarios, sigue la pista que los hombres van dejando a lo largo del tiempo y del espacio; pues “el objeto de la historia es, por naturaleza, el hombre”. O mejor dicho, como añade Bloch, el objeto de la historia reside en “los hombres”.⁴⁵

Antítesis de la ‘historia-relato’, la historia-problema —formula cuya paternidad se le atribuye a Lucien Febvre, quien decía: “plantear un problema es precisamente el comienzo y el final de toda historia. Sin problemas, no hay historia”—,⁴⁶ corresponde también al cuestionario de Marc Bloch. Para uno u otro, esta es una operación intelectual que pretende comprender y hacer comprender; para ambos, estos planteamientos representan uno de los paradigmas de *Annales*, cuyo símbolo será la *Apología para la historia o el oficio de historiador* y los *Combates por la historia*.

Enfocada al estudio de las acciones de los hombres en el tiempo, pensada desde el observatorio de los tiempos largos, y problematizada a partir de la “duda examinadora” o del “cuestionario”, la arquitectura de esta historia requería también del método comparativo. Pero éste conduce a la concepción de *la historia global*, otra de las claves de acceso a la obra de Marc Bloch, operación imposible sin el método comparativo. ¿Cómo demoler los estrechos compartimentos topográficos, que encierran a los fenómenos?, ¿cómo traspasar la determinación de los ‘acontecimientos dignos de mención’ o de los ‘grandes hombres’, en pos de análisis más amplios en su objeto y en su método?, ¿cómo formular tendencias de un desarrollo secular, o hipótesis de carácter universal?, ¿cómo armar el fresco de una civilización más allá de la diversidad de los casos estudiados?

⁴⁴ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 139.

⁴⁵ *Ibid.*, p. 138.

⁴⁶ FEBVRE, Lucien, *Combats pour l'histoire*, *Op. cit.* p. 22.

La crítica a los ‘acontecimientos’ no es la extinción de la importancia de las acciones de los individuos y menos aún de las particularidades o lo individual, percepción errónea que todavía suscita algunos equívocos. ¿No ha emergido el artículo sobre los rumores, precisamente de un acontecimiento, de una gigantesca experiencia colectiva que fue la primera guerra mundial?, ¿no han estado centrados los artículos sobre el rey Salomón o el rey Arturo, en las ‘biografías’ de los grandes reyes, entendidas como síntomas de un problema mayor, y con los siglos devenidas en leyendas? En esta operación no existe la negación del ‘papel del individuo en la historia’, sino el hecho de encuadrar nuevamente la lente de observación para ubicar el lugar específico que ocupan el individuo y lo individual en el marco de los fenómenos sociales, observándolos conjuntamente a partir de modelos explicativos de carácter más general o universal, surgidos de esta misma base. No se trata de forzar los colores de los diversos mosaicos, con la idea de armar un crisol que irradie una tonalidad falsamente general, sino de crear el momento de una iluminación que permita destacar las tonalidades más brillantes, por encima de la diversidad de los tonos opacos. Es decir:

Una civilización nada tiene de un rompecabezas mecánicamente armado; el conocimiento de las piezas, estudiadas sucesivamente, cada una por separado, jamás dará el del conjunto; no dará ni el de los fragmentos mismos.⁴⁷

La historia global es la relación de la historia con otras disciplinas: geografía, sociología, psicología, economía, lingüística, antropología, etc, superando, por un lado, el aislamiento de la historia, y por el otro, traspasando la compartimentación disciplinar de las ciencias humanas. Solamente a partir de la ayuda mutua es posible conocer más allá del territorio específico que cubre cada ciencia. “La ciencia no descompone lo real sino con la finalidad de poder observarlo mejor”, advertía Marc Bloch, puesto que “el peligro comienza cuando cada proyector pretende verlo todo por sí mismo, cuando cada cantón del conocimiento se cree una patria”.⁴⁸

Un observatorio global pretende establecer problemas, preguntas o hipótesis de orden general, “plantear los grandes problemas”, precisar “perspectivas más amplias”⁴⁹ que deben ser estudiadas de una manera distinta: del todo hacia la delimitación de la parte que se quiere

⁴⁷ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 246.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 242.

⁴⁹ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, *Op. cit.* p. 28.

analizar, y no desde el recorte preasumido del objeto, intentando reconstruir posteriormente el nexo con la totalidad de la cual forma parte. Si “una ciencia no se define únicamente por su objeto”, entonces, como él advirtió: “Sus límites también pueden marcarse por la naturaleza propia de sus métodos”.⁵⁰ En este sentido, esta es una historia global tanto por el método específico de aproximación, como por las características del objeto que estudia.

En cuanto al primero, destaca el papel fundamental del análisis, orientado, no obstante, hacia la síntesis; ésta que constituyó uno de los rasgos más importantes de la obra de Henri Pirenne, o del esfuerzo intelectual de Henri Berr. “Nos encontramos de nuevo ante el viejo dicho: hacen falta años de esfuerzo para un día de síntesis”, recordaba Marc Bloch a propósito de *La Galia romana*, de Fustel de Coulanges, añadiendo algo todavía más importante que la sentencia original: “el “análisis”, sólo puede ser utilizado por la “síntesis”, si desde el principio la ha tenido en cuenta y se ha preocupado por serle útil”.⁵¹

En alguna ocasión, encontrándose frente a la superposición de marcos de análisis inapropiados para estudiar cada uno de los aspectos de la vida social europea en cada momento histórico, Bloch escribió que para “liberarnos definitivamente de las construcciones artificiales [divisiones políticas, administrativas o nacionales], es preciso encontrar un nuevo marco geográfico”, y éste debía ser “establecido desde su propio interior y no desde el exterior”.⁵² Estas divisiones que suelen transportarse del presente al pasado, violentan el paisaje antiguo, delimitándolo en una arquitectura que no sólo no es la suya sino que niega a la anterior. Al respecto, el historiador se cuestionaba:

¿En qué época y lugar se ha visto que los fenómenos sociales hayan detenido su evolución y desarrollo dentro de los mismos límites que sirven para delimitar con total precisión los dominios políticos o nacionales?⁵³

Por ello, con el ánimo de “liberarse definitivamente de las construcciones artificiales”, dice Marc Bloch, es “preciso encontrar un marco geográfico apropiado para cada uno de los aspectos de la vida social europea en cada momento”, un marco geográfico establecido “desde

⁵⁰ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 158.

⁵¹ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 143, y n. 33.

⁵² BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 142.

⁵³ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 142.

su propio interior y no desde el exterior”.⁵⁴ Puesto que estas construcciones ‘artificiales’ representan, además, un pecado capital para el historiador, “el más imperdonable de todos los pecados en una ciencia en el tiempo”, es decir: “el anacronismo”.⁵⁵ Así, en lo que respecta al objeto de estudio de la historia global, marco de análisis del proyecto de una esbozada *Historia de la sociedad francesa en el marco de la civilización europea*, hacia 1939, el historiador escribió:

Ahora bien, que las palabras Francia, nación, incluso civilización francesa, representan connotaciones completamente legítimas de objetos perfectamente reales y concretos, es algo que me parece indudable [sin embargo] un tipo de cultura humana compartida, nacida con grandes semejanzas de destino y fortalecida por innumerables intercambios, convierte a Francia en una parte constitutiva de un área de civilización mucho más amplia que nosotros llamamos “Europa” y “Occidente”, en un sentido cuyo valor histórico precisaremos más adelante. Ha habido o incluso hay ahora, sin duda, una feudalidad francesa, un capitalismo industrial francés, un socialismo francés, pero sólo como aspectos o manifestaciones, fuertemente particularizados, de fenómenos europeos de naturaleza similar. De ahí resulta que a cualquier descripción del pasado de Francia, y a toda explicación de su presente, se imponen esas perspectivas más amplias como el fondo de una pintura imprescindible para que tengan el justo relieve esos primeros planos considerados; en una palabra, no podría haber [una] verdadera historia de la sociedad francesa, sin haber sido bañada [y sumergida] dentro de la atmósfera más amplia de la civilización europea. Por este camino y sólo por él, que evita atribuir a Francia aquellos rasgos que justamente considerados pertenecen más bien al Occidente en las particularidades y originalidades de una nación cuya imagen exacta no puede derivarse más que de la percepción de estos contrastes específicos.⁵⁶

Poco antes, en 1931, en *La historia rural francesa*, Marc Bloch escribió:

Incluso un horizonte que se extienda a una nación entera es a veces insuficiente. ¿Cómo captar en su singularidad, sin una previa mirada sobre Francia, los desarrollos particulares de las diversas regiones? A su vez, el movimiento francés no toma verdadero sentido más que cuando ha sido ya planteado en el plano europeo. No se trata de asimilar por la fuerza sino, por el contrario, de distinguir; no se trata de construir, como en el juego de las fotografías superpuestas, una imagen falsamente general, convencional y borrosa, sino de destacar, por contraste al mismo tiempo que los caracteres comunes, las originalidades.⁵⁷

En esta compleja concepción de la historia en Marc Bloch, caracterizada por el continuo diálogo entre la metodología y los problemas que plantean los objetos de estudio, el objetivo era “comprender” y hacer comprender las dimensiones de “una ciencia de los hombres en el

⁵⁴ *Ibid*, p. 142.

⁵⁵ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 259.

⁵⁶ BLOCH, Marc, “Reflexiones para el lector curioso del método”, *Op. cit.* pp. XIII-XIV.

⁵⁷ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, *Op. cit.* p. 28.

tiempo”; una empresa razonada de análisis que atravesaba registros diversos de la duración y geografías lejanas o coetáneas a los hechos que formaban el objeto de la investigación, la intención de Marc Bloch era construir, como él escribió con estas palabras que constituyen la profunda huella de Pirenne en su propia formación, y el sentido de la convocatoria al trabajo colectivo: “La única historia verdadera, que no puede hacerse sino con ayuda mutua, es la historia universal.”⁵⁸

De este modo, la obra de Marc Bloch apunta hacia la dirección siguiente: la unidad de problema es la unidad de análisis. Ello explica la profunda coherencia interna de su obra, regulada también por el método comparativo, que él aprendió de las ciencias del hombre más avanzadas en este terreno. Ubicado en el centro de sus preocupaciones intelectuales, este método es parte de su concepción de la historia y de la arquitectura que edifica los eslabones de esta historia comparativa, de una historia de la estructura social de las sociedades europeas.

Establecida la posición que éste ocupa en su concepción de la historia, precisar el sentido que adquiere como método de análisis social en la obra de este historiador, implica una tarea distinta. Para que sea comprendida, una herramienta metodológica debe ser ubicada en la dimensión que le correspondía en el momento en que fue adquirida y después reconstruida, para luego observarla en su propia marcha. Durante años, Marc Bloch abrevó de diversas experiencias comparativas empleadas en las ciencias humanas, aprendiendo e incorporando a su propio pensamiento ideas, principios de método y reglas de uso, pero también tomando distancia crítica de todos los abordajes. La atención hacia las similitudes y las diferencias es una prueba de esto último. Esta operación de acercamiento y distanciamiento representa para Bloch un momento de transformación intelectual: desde la lectura que él hizo de todas ellas, hasta la originalidad de sus propios postulados en torno del método comparativo; pero también permite analizar el itinerario biográfico intelectual, reconstruido a partir del método comparativo.

Por ejemplo, los artículos metodológicos de Marc Bloch, “Pour une histoire comparée des sociétés européennes” (1928) y “Comparaison” (1930), aparecen en un momento preciso de

⁵⁸ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 158.

su biografía intelectual, y del armazón metodológico del método comparativo en la historia y la lingüística francoparlantes. En abril de 1923, Pirenne había impartido en Bruselas la conferencia magistral del V Congreso Internacional de Ciencias Históricas: “De la méthode comparative en histoire”, haciendo énfasis en la *originalidad* de los fenómenos históricos. Dos años después, en 1925, Meillet había impartido en Oslo un ciclo de conferencias en el Instituto para el Estudio Comparativo de las Civilizaciones, incluidas en el libro *La méthode comparative en linguistique historique*, en el cual su autor había explicado las “dos maneras diferentes de practicar la comparación”, que parecen ser la base de la conceptualización del método comparativo en Bloch.

En agosto de 1928, este último había presentado una ponencia en el VI Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado también en Oslo, donde también estuvo presente Pirenne: “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”,⁵⁹ que posteriormente aparecería publicada en la *Revue de synthèse historique*, dirigida por Henri Berr, además de ser el texto de su primera postulación al Collège de France. Dos años después, otro de los artículos metodológicos importantes, presentado originalmente en una de las “Semanas de Síntesis” de H. Berr, “Comparaison”, fue publicado en su propia revista en 1930.

Ambos artículos son posteriores a las grandes disertaciones del método comparativo, primero en la historia y después en la lingüística histórica. ¿Fue este el momento, como Lucien Febvre da a entender en su introducción a *La historia rural francesa*, en el cual Marc Bloch ‘descubrió’ el método comparativo? De ninguna manera. Más allá de esta idea de ‘generación espontánea’, la primera gran demostración que él ofreció respecto de la utilidad del método comparativo en la historia, es anterior a la conferencia de Pirenne y al libro de Meillet de 1925: *Los reyes taumaturgos*, de 1924. A partir de esa fecha, el historiador fija un recorrido metodológico que se hará cada vez más importante conforme pasen los años, un itinerario caracterizado por la importancia de las *similitudes* y las *diferencias*, que además de ser el rasgo más original de su crítica a todas las formas del método comparativo que integran la

⁵⁹ Es curioso que tras haber participado en este congreso, desde el cual se anunció la inminente aparición de *Annales*, Bloch escribió algunas reflexiones sobre la ‘originalidad’ del medio: “el interés provocado por una cultura que sin dejar de estar viva ha sabido conservar una profunda originalidad”, o “en un país cuya originalidad histórica ofrece fructíferas lecciones a todos aquellos que las saben comprender”. BLOCH, Marc, “Los congresos: ciencias históricas”, en *Historia e historiadores*, *Op. cit.* pp. 59 y 60.

constelación de sus influencias intelectuales, representan, sobre todo, las “dos condiciones para que, históricamente hablando, haya comparación”.⁶⁰

Los artículos metodológicos representan tanto una visión panorámica como una síntesis del conocimiento de Marc Bloch sobre el método comparativo. Al ocupar un lugar reflexivo sobre el tema, su importancia es innegable. Si la importancia de “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, reside en que en este artículo el historiador se dispuso a armar y a escribir el procedimiento bajo el que había construido *Los reyes taumaturgos*, al igual que manifestar los pasos del método comparativo a partir de los cuales edificó sus obras posteriores, no es menos cierto que al contrastarlo con “Comparaison”, hay diferencias importantes que a menudo han sido consideradas insustanciales en la historiografía especializada. Sería insensato negar el lugar excepcional que ocupa el primero, pero sin duda es importante reconocer el valor que al otro le ha sido negado, precisamente por haber sido considerado durante tantos años una simple prolongación o mero apéndice suyo.

Aparecido cuatro años después de *Los reyes taumaturgos*, así como pocos meses después del artículo sobre la “Ministerialidad” en Francia e Inglaterra, “Pour une histoire comparée des sociétés européennes” es un texto programático, cuya base es sobre todo la experiencia comparativa de 1924, que en 1928 adquirió las dimensiones de una profunda reflexión metodológica. Considerado canónico, ha opacado la importancia de “Comparaison”, artículo aparecido en 1930, a seis años del primer abordaje histórico y tan sólo dos años después del primer abordaje metodológico, pero en medio de la redacción de *La historia rural francesa*, publicada en 1931.

Así, uno y otro, ocupan un lugar específico en la producción de su autor. Son el puente entre el momento de la más importante reflexión metodológica sobre el método comparativo (1928-1930), con los resultados de su aplicación concreta: la historia comparada, una característica importante de los dos primeros libros importantes del historiador, aparecidos en el transcurso de 1924-1931, época que Marc Bloch se encontraba “en el camino hacia la gran

⁶⁰ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 115.

historia”,⁶¹ delimitando hacia el futuro el rumbo de su itinerario intelectual, caracterizado, entre otros problemas, por la atención permanente a la historia comparada. Sin embargo, la aparición de ambos artículos en este período no es importante sólo como un hecho de biografía intelectual, sino que trasciende el aspecto biográfico hasta alcanzar una dimensión programática y articuladora de ese proyecto colectivo que transformaría la ciencia de la historia en el siglo XX: la aparición del primer número de la revista *Annales*, en enero de 1929, es la fecha en que se despliega el proyecto de los ‘primeros *Annales*’, caracterizado también por el paradigma de la historia comparada.

El aspecto más formal de ambos textos metodológicos, representa el primer aspecto importante de las diferencias de potencial y las características hermenéuticas entre uno y otro. “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, es una ponencia posteriormente convertida en artículo extenso; “Comparaison” también lo es, pero fue escrita para una voz de diccionario, dedicado al Vocabulario histórico, por lo cual su extensión debía ser breve, aunque panorámica. En éste último, Bloch señala los temas a tratar de manera más sintética y en ocasiones más explícita que en el otro. “La palabra”; “El desarrollo del Método comparativo”; “La comparación histórica y sus diferentes formas”; y sobre todo en la importantísima sección intitulada: “Los resultados del método comparativo”, son tanto los temas que articulan la definición de la comparación histórica, como el camino de una reflexión madurada durante años.

“Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, es una convocatoria que intenta persuadir a los historiadores, y particularmente a los medievalistas, de la importancia de uno de los métodos más importantes a los que se puede echar mano para la creación de una historia científica. El tono persuasivo que guía la invitación a la toma de conciencia, es una llamada que reproduce las líneas generales de la conferencia de Pirenne en 1923: el llamado a superar las barreras del nacionalismo en los estudios históricos. Marc Bloch subraya los efectos del nacionalismo que ha convertido a la historia europea en una especie de “Torre de Babel”, en la cual los historiadores no pueden traducir el nombre de instituciones de la lengua nativa a la

⁶¹ AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, “Prólogo: El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso del intelectual con su propio presente”, *Op. cit.* pp. 23-26.

extranjera, o al hacer la traducción le atribuyen un significado que altera su sentido original. Fuera de un dominio nacional explorado por años, fuera del dominio del vocabulario técnico que ha sido construido por una escuela nacional, desaparece la condición de especialista, convirtiéndose en “novato” al historiador mejor preparado. Así, “la discordancia de vocabularios no es más que la manifestación de una falta de armonía mucho más profunda”.⁶²

Para el historiador, las fronteras políticas se transforman en una suerte de fronteras en el ámbito del vocabulario histórico, que impiden “constituir progresivamente un lenguaje científico común”⁶³ a todos los historiadores europeos. Mas no es ésta una vana exigencia suya, una solicitud a la renuncia del estudio del ámbito nacional, “en que por lo general se encierran” los historiadores “como consecuencia de ciertas necesidades prácticas”,⁶⁴ según decía. Por el contrario, es una invitación a la toma de conciencia de la amplitud de los fenómenos históricos, punto de partida de los estudios. “Tanto a la hora de planificar su trabajo como en el planteamiento de los problemas a tratar o en la terminología utilizada”, Marc Bloch pide a los historiadores que “se inspiren en las enseñanzas que les proporcionan los trabajos realizados en otros países”.⁶⁵

Con todo ello, Marc Bloch enfatiza el servicio de la historia comparada: la “plena libertad para conocer y servir”. Sólo así, ésta “animará a su vez a los estudios locales, sin los que ella nada puede hacer pero que tampoco podrían llegar a nada sin ella”.⁶⁶ Por ello, centra su interés en la importancia del método comparativo en la historia, con la firme convicción de que éste permita no sólo cosechar “éxitos”, sino cambiar los “hábitos” de trabajo de los historiadores que, además, consideran al método comparativo como propio de la “filosofía de la historia” o de la “sociología general”.

A contracorriente de esa opinión extensamente compartida, Marc Bloch señala que su aplicación “a la historia de las instituciones políticas, económicas y jurídicas” ha sido sugerida

⁶² BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 146.

⁶³ *Ibid.*, p. 147.

⁶⁴ *Ibid.*, p. 147.

⁶⁵ *Ibid.*, p. 147.

⁶⁶ *Ibid.*, p. 147.

“ya con anterioridad en numerosas ocasiones”⁶⁷ (y cita los trabajos de Henri Sée, Henri Berr, Ch-V. Langlois, y Henri Pirenne, todos ellos historiadores reconocidos). Aun cuando escribe que su “generalización y su perfeccionamiento constituyen una de las necesidades más apremiantes que en la actualidad se imponen a los estudios históricos”,⁶⁸ e incluso al enfatizar que “puede y debe calar en las investigaciones minuciosas y de detalle”, considerando que “es el precio de su futuro y quizá sea también el futuro de nuestra ciencia”,⁶⁹ el historiador, en un momento de precaución, enfatiza que este método no es “todopoderoso, pues en ciencia no existen los talismanes”.⁷⁰

En “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, la intención de Marc Bloch es precisar, utilizando ejemplos detallados, “la naturaleza y las posibilidades de aplicación de esta magnífica herramienta”, e indicar “los principales servicios que éste puede ofrecer”, así como sugerir, “algunos medios prácticos con los que facilitar su empleo”.⁷¹ En estos tres niveles corre la argumentación general del artículo: cuál es el carácter y la naturaleza del método comparativo, cómo puede aplicarse al estudio de las sociedades europeas, y cuáles son los servicios y resultados de esta “magnífica herramienta”, a la cual Bloch le atribuye el futuro de la historia.

Por esta razón, Marc Bloch no se limita a sentar las bases de la convocatoria en pos de la historia comparada. Su intención es doble: invita a la reflexión, muestra la utilidad, apuesta por el desarrollo de la comparación histórica, por supuesto; pero sobre todo muestra cómo hacerla, cómo practicarla, a partir de ejemplos concretos que han salido de sus libros y artículos. Es en este registro en el cual este artículo adquiere su dimensión programática, y se empata con el otro, “Comparación”. A su vez, ambos son tanto la ruta del camino a seguir, como una memoria de la experiencia de un viajero que pasa por ahí, registrada en el mismo instante en que éste transita por el sendero y va señalando la ubicación de los pantanos, los falsos atajos y los peligros que acechan en una ruta todavía inexplorada para la mayoría de los

⁶⁷ *Ibid*, p. 113.

⁶⁸ *Ibid*, p. 113.

⁶⁹ *Ibid*, p. 114.

⁷⁰ *Ibid*, p. 113.

⁷¹ *Ibid*, p. 114.

historiadores, con la intención de que su paso, aun cuando azaroso y difícil, no sea accidentado y falto de provecho.

Debido a lo anterior, el trazo de la ruta está construido más por el seguimiento de las agujas de una brújula que por el de los puntos de un mapa, pese a lo cual pueden alcanzarse los promontorios desde donde se observa la geografía de los descubrimientos posibles. Pero los descubrimientos pertenecen a otro registro: el de la historia comparada, los libros y artículos históricos del historiador francés.

Como puede leerse en el “Prefacio” de *Los reyes taumaturgos*, el libro ya estaba listo desde octubre de 1923, antes de la aparición de los célebres textos de Pirenne o Meillet. Este libro es la historia comparada de un milagro, de sus orquestadores, de sus creyentes, de sus analogías y diferencias recíprocas. ¿El objetivo? Un problema: las creencias colectivas. Un lugar: Europa Occidental. Una época: ocho siglos de historia, del año mil a los albores de la Revolución francesa. Una forma: estudio de historia comparada. Todos ellos constituyen las coordenadas de una obra que representa una “contribución a la historia política de Europa en sentido amplio, en el verdadero significado de esta palabra”,⁷² que al ser ensamblada a partir de las creencias colectivas sobre la realeza maravillosa y sagrada comunes a toda la Europa occidental, pero sobre todo a partir de la particularidad que éstas adoptaron entre los reyes médicos de Francia e Inglaterra, cuyas manos curaron la enfermedad de las escrófulas, es también la “historia de un milagro”.⁷³

En esta investigación, el historiador es un jurista que hace alusión lo mismo a las leyes que a la jurisprudencia; un etnólogo que penetra en el corazón de los ritos y las leyendas; un sociólogo que observa los movimientos lentos, ritmados y complejos de la estructura social y de las instituciones; un psicólogo que puede sentir las transformaciones de los modos de pensar y de sentir, lo mismo entre los sectores populares que en los doctos de la monarquía y el clero. Utilizando e interpretando todos los medios de información que tuvo a su alcance, Marc Bloch logra elevar el análisis desde un rito de curación, por siglos referido, hasta una

⁷² BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos Op. cit.* p. 86.

⁷³ *Ibid.*, p. 86.

concepción de carácter general que constituye el sistema de “prácticas y creencias” de los pueblos de Europa, entre el año mil y la Revolución francesa, fundamentalmente en Francia e Inglaterra.

Con la intención de mostrar, a través del estudio de un período temporal transecular y a lo largo de toda la Europa Occidental, los caracteres que articulan la evolución de la civilización europea, el historiador recurrió al método comparativo. “¿Qué lectura puede hacer de *Los reyes taumaturgos* un historiador hoy?”, se preguntaba Jacques Le Goff, respondiendo: “La primera fascinación que provoca el libro proviene, aún y siempre, de su perspectiva comparatista”.⁷⁴

La comparación entre sociedades cercanas en tiempos y espacios, parte de una similitud de entrada: la presencia del ritual de curación de los escrofulosos, realizado por los reyes de Francia e Inglaterra, y explicado a partir de que éste se sitúa en medios distintos, obteniendo, por tanto, características diferenciadas. “En efecto, el milagro real es tan inglés como francés”, escribió Marc Bloch:

En un estudio explicativo de sus orígenes, los dos países no podrán ser estudiados en forma separada (...) Si se trata de analizar la concepción de la realeza, que el rito de curación no hizo más que traducir, se verá que las mismas ideas colectivas se encuentran, en su origen, en las dos naciones vecinas.⁷⁵

Cuatro años después de la aparición de *Los reyes taumaturgos*, en 1928 Marc Bloch había publicado un artículo de historia comparada en Francia y Alemania, dedicado a la institución de la “Ministerialidad” —cuyo argumento recuperó a modo de ejemplo en su artículo metodológico de 1928—, en el que hacía referencia tanto al problema de las similitudes, como al de las diferencias:

Independientemente, las dos sociedades han tenido desde el origen —y por causa— muchos puntos en común; su evolución presenta paralelismos incontestables. Sin duda, desde el principio, existieron numerosas diferencias que fueron acentuándose con el curso de los tiempos. ¿Cómo echar luz en estas diferencias, si en ambos lados las preguntas no han sido

⁷⁴ LE GOFF, Jacques, “Prólogo” a *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.* p. 50

⁷⁵ BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.* p. 109.

planteadas?⁷⁶

Dos años después, en el artículo intitulado “Comparación”, él reflexionó sobre el núcleo de la comparación: similitudes y diferencias.

No creo preciso indicar que todos los fenómenos, tomados de diferentes conjuntos y seleccionados para ser seguidos y estudiados en paralelo deben presentar entre sí una serie de analogías de naturaleza idéntica pues si no fuese así mi trabajo carecería de sentido. Practicar el método comparativo [es] buscar las similitudes y las diferencias que existen entre series de fenómenos de naturaleza análoga que han sido tomados de diferentes medios sociales con el objeto de explicarlos.⁷⁷

Con los años, este interés se acentuó en varios niveles. El metodológico, por supuesto; la escritura de las obras, sin duda; pero también en el ámbito pedagógico. Ya desde 1928, él señalaba que a los trabajos comparativos debía concedérseles un lugar en la enseñanza universitaria, un lugar en la docencia de los profesores, para que se asuma, por ejemplo, el estudio del régimen señorial y vasallático en Europa occidental, el desarrollo de las sociedades urbanas o la revolución agrícola,⁷⁸ temas a los que él y Pirenne dedicaron importantes investigaciones. Años después, en 1937, Marc Bloch decía: “Pedimos que, mediante una enseñanza de la historia y la geografía entendido en sentido amplio se intente dar a nuestra juventud una imagen verídica y global del mundo”. Y en un tono que recuerda los beneficios que él había señalado de la comparación etnográfica (“esa sensación de diferencia”) escribió: “El pasado remoto imbuye del sentido y el respeto de las diferencias entre los hombres”.⁷⁹ Es más, en su segunda candidatura al Collège de France de 1934, “Proyecto de Docencia de Historia Comparada de las Sociedades Europeas”, al criticar el nacionalismo que a partir de la nación configuraba una pretendida unidad de análisis, él escribió que al historiador esa toma de partido “no sólo le oculta las similitudes existentes, sino también las divergencias”.⁸⁰

En 1934, entre el 28 de enero y el 14 de febrero, Marc Bloch fue invitado a impartir una

⁷⁶ BLOCH, Marc, “Un problème d’histoire comparée: la ministériarité en France et en Allemagne”, en *Mélanges historiques*, *Op. cit.* pp. 503-528.

⁷⁷ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* pp. 107 y 108.

⁷⁸ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 143, n. 32.

⁷⁹ BLOCH, Marc, “Sobre la reforma de la enseñanza”, en *La extraña derrota*, *Op. cit.* pp. 209 y 210. Con el mismo título, este artículo había sido publicado, por vez primera en español, en la revista *Pedagogía*, núm. 8. (Dossier: *Annales, educación y paradojas*) Vol. 11, UPN, México, 1996, pp. 82-89.

⁸⁰ BLOCH, Marc, “Marc Bloch: el historiador tal y como le gustaría que lo viesen los demás”, *Op. cit.* p. 151.

serie de conferencias sobre la historia comparada en la prestigiada London School of Economics: *Seigneurie française et manoir anglais*,⁸¹ que después de convertirse en la base de un curso que Bloch impartió en la Sorbona en 1936, serían póstumamente publicadas en 1960. Al explicar la génesis, las vicisitudes y la desaparición o las prolongaciones de ambas formas sociales, él escribió:

desde muchos puntos de vista, en dos sociedades vecinas, emparentadas y sometidas a las mismas grandes corrientes de influencia, como la sociedad francesa y la sociedad inglesa, no será, que en sus puntos de confluencia, no son tan profundamente diferentes como nosotros lo habíamos visto hasta ahora.⁸²

En *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, publicado en 1931, libro que sintetizó una serie de investigaciones que su autor había desarrollado durante décadas: desde la época de su estancia en Alemania, cuyo resultado es su monografía de 1913, *L'Île-de-France*, pero cuya redacción o "causa inmediata"⁸³ obedece sin embargo a las conferencias impartidas en Oslo, en septiembre de 1929, en el mismo instituto al que Meillet había sido invitado cuatro años antes (en el cual también habían sido recibidos investigadores de la talla de P. Vinogradoff o A. Dopsch), Marc Bloch estudió el movimiento rural de la civilización francesa a lo largo de casi un milenio, observándola a partir de su "estructura agraria profunda", en la cual se fueron absorbiendo muy lentamente diversas sociedades o fragmentos de otras sociedades que primitivamente pertenecían a mundos exteriores, hasta construir la sociedad rural francesa.

⁸¹ Cfr. TOUATI, François-Olivier, *Marc Bloch et l'Angleterre*, *Op. cit.* p. 276.

⁸² BLOCH, Marc, *Seigneurie française et manoir anglais*, *Op. cit.* pp. 18-19.

⁸³ TOUBERT, Pierre, "Prefacio a *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*", *Op. cit.* p. 61. Con la intención de comprender la génesis de este libro, Toubert establece una periodización acerca de los "años de aprendizaje" de Marc Bloch: 1908-1914, etapa en la cual se "ocupa totalmente de la historia social del mundo rural". Se nutre de la lectura del francés Henri Sée, pero "desde el inicio su horizonte es noreuropeo": Henry S. Maine, Frederic W. Maitland y P. Vinogradoff en Inglaterra o H. Brunner en Alemania. Para la "historia del señorío rural", Bloch accede a la historia económica: Karl Lamprecht, Werner Wittich (quien practicaba el método regresivo), Gustav Schmoller, Otto Hintze, y nuevamente, F. Maitland. Desde 1914, Marc Bloch se nutre de los fermentos renovadores de los durkheimianos y su revista, además de la antropogeografía y la psicología colectiva, "entonces en apogeo en Leipzig": Friedrich Ratzel, Wilhelm Wundt; aunque en Berlín haya aprendido de Auguste Meitzen y en Leipzig de R. Kötzschke. Toubert señala que "de la fecundidad de estas influencias combinadas es testimonio su libro de 1913 sobre *L'Île-de-France*, ensayo capital para la comprensión de *Caractères originaux*". Así, "uno de los encantos sutiles de este último libro "tiende a la riqueza acumulada de esta herencia historiográfica", lo cual brinda elementos para explicar que "toda la investigación francesa de la posguerra se orientó a confirmar sus fundamentos y a enriquecer sus conclusiones". TOUBERT, Pierre, "Prefacio a *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*", *Op. cit.* pp. 76, 77 y 82.

De acuerdo con el historiador, esta “prehistoria rural” domina la explicación de las grandes etapas de ocupación del suelo, los principales sistemas y regímenes agrarios, la forma de los campos, las explotaciones y transformaciones de los cultivos, o la tecnología agrícola y los basamentos de la alimentación europea, el papel de los vínculos de dependencia entre las clases superiores e inferiores, el peso de las costumbres y las tradiciones rurales, hasta la formación y las lentas modificaciones de la estructura social y sus implicaciones, en un largo período que corre desde el siglo XI al siglo XIX. En conjunto, estos son temas que para Marc Bloch constituyen la historia de las estructuras agrarias profundas, y revelan la historia de las diversas civilizaciones que han dado forma a lo que actualmente es la civilización europea.

Por su estructura agraria profunda las diversas regiones que constituyen la Francia de hoy se oponen y sobre todo se oponían entre sí mucho más fuertemente que cada una, tomada aparte, a otras tierras de más allá de las fronteras políticas. Poco a poco, es cierto, por encima de esas diferencias fundamentales, se fue construyendo lo que puede llamarse una sociedad rural francesa, aunque ello tuviera lugar lentamente y pasando por la absorción de diversas sociedades y fragmentos de sociedades que primitivamente pertenecían a mundos exteriores.⁸⁴

Al reunir “dentro de sus fronteras y bajo la misma tonalidad social los tenaces vestigios de civilizaciones agrarias opuestas”,⁸⁵ con la intención de comprender el proceso general de su evolución, aun cuando este movimiento estuviese caracterizado por una serie de “matices locales”, el estudio de Marc Bloch puso “el acento, ante todo, sobre algunos grandes fenómenos comunes”.⁸⁶ Su objetivo era comparar los sistemas agrarios franceses para precisar las particularidades de su evolución respecto de otros sistemas del mismo tipo. A pesar de estar presentes en uno y otro lugar, y que en cada uno de esos espacios revistieron tonalidades diferentes, los sistemas de roturación del suelo y los sistemas de cultivo representan las raíces más antiguas y desapercibidas de la civilización europea. Por tanto, aun cuando el señorío medieval manifestaba marcadas diferencias en el Mediodía, el Norte o el Este, es sin duda un fenómeno a escala europea.

De esta forma, a pesar de que Marc Bloch se refiere sobre todo a la historia rural de Francia, lo hace entendiéndola como uno de los mosaicos de toda la arquitectura europea. La

⁸⁴ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, *Op. cit.* p. 29.

⁸⁵ *Ibid.*, p. 29.

⁸⁶ *Ibid.*, p. 29.

unidad de problema que constituye el estudio de las estructuras rurales y la organización señorial que a estas le correspondían, representa también la unidad de análisis: el observatorio europeo. Esta es una perspectiva de historia total que para ser elaborada requirió el empleo de la larga duración y del método regresivo, así como del método comparativo. Y éste muestra su alcance: pone a prueba la validez de las hipótesis, establece conjeturas, adelanta tesis posibles, muestra los caracteres particulares de los desarrollos en las diversas regiones y países de la Europa occidental y oriental, al mismo tiempo que destaca los rasgos comunes de una historia a ras de suelo, contada a propósito de ocho siglos de historia compartida, con rasgos comunes en su evolución, aunque también diferentes.

En el último gran trabajo del historiador, *La sociedad feudal*, cuyos volúmenes *La formación de los vínculos de dependencia* y *Las clases y el gobierno de los hombres*, aparecidos en 1939 y 1940 en la colección “L'évolution de l'humanité”, dirigida por Henri Berr, el método comparativo es quizá más ambicioso, pero al igual que en los libros posteriores, éste no navega sólo. Esta síntesis permite armar una civilización que desde la mitad del siglo IX a las primeras décadas del siglo XIII, constituye la estructura total de la historia de la Europa Occidental y Central. En esta obra, el objetivo es estudiar “el análisis y la explicación de una estructura social y sus relaciones”,⁸⁷ puesto que “la armazón de instituciones que rige una sociedad no podría, en última instancia, explicarse más que por el conocimiento del medio humano por entero”.⁸⁸

A partir de una perspectiva atenta lo mismo a estos grandes movimientos estructurales, que a su mutación más coyuntural e inmediata, el historiador reconstruye los caracteres fundamentales de la “estructura social y sus relaciones”, considerándolo un método de análisis que bien “podría emplearse en otros campos de estudio, limitados por fronteras distintas”.⁸⁹ Así, la arquitectura de *La sociedad feudal* está construida para edificar una estructura social y las formas de relaciones, que en el feudalismo revistieron una tonalidad particular.

⁸⁷ BLOCH, Marc, *La sociedad feudal*, Trad. Eduardo Ripoll, Prólogo de H. Berr, Akal, Madrid, 1986, p. 23.

⁸⁸ *Ibid.*, p. 81.

⁸⁹ *Ibid.*, p. 24.

En las páginas de esta obra se vislumbra la extraordinaria erudición de su autor, que al estudiar las fuentes de los archivos y las obras de los estudiosos de la época, o la literatura medieval (cantares de gesta, epopeyas, poesías) o los frescos y relieves de la iconografía medieval, recurrió a una serie de disciplinas como la lingüística (etimología de las palabras, los conceptos como vasallaje y feudo) la toponimia y la onomástica (que le permitieron encontrar las variaciones de forma y sentido) o la arqueología, la geografía social, la sociología y la psicología, además del estudio de las costumbres agrarias, los vínculos del individuo con la naturaleza, e incluso las transformaciones demográficas y económicas a lo largo del período feudal, representan una práctica que invita a pensar en el hecho de que para el historiador no hay testimonio histórico del que no obtenga provecho y que para comprenderlos, para penetrar en este legado fragmentario de la propia historia, hay que dirigirse a la historia global.

Con esa intención, Marc Bloch se adentra en las condiciones de vida y la atmósfera mental, haciendo énfasis en las “formas de sentir y de pensar”, en la “memoria colectiva”, en el “refinamiento intelectual” y del derecho, propios de una época en la cual, detrás de toda la vida social, “existía un fondo de primitivismo, de sumisión a las fuerzas indisciplinares, de contrastes físicos sin atenuantes”.⁹⁰ Esta búsqueda le muestra los “vínculos de la sangre”, la “solidaridad del linaje” y los caracteres y las vicisitudes del “vínculo de parentesco”, cuya progresiva debilidad, a menudo que avanzaba la época propiamente feudal, hizo latente la necesidad social de buscar otros vínculos que en una atmósfera de continua violencia garantizaran la protección de los más débiles, situados en la parte más baja y desprotegida de la jerarquía feudal: el vasallaje, el feudo y el señorío rural. Esta debilidad relativa de la solidaridad del linaje y de los vínculos de parentesco, “explica que existiese el feudalismo”.⁹¹ Escalonados en una serie de jerarquías que atravesaban todo el edificio social, de arriba hacia abajo (el vasallaje y el feudo) y de abajo hacia arriba (la servidumbre y el señorío), los vínculos de dependencia entre los hombres fueron efecto de las tres oleadas de invasiones que asolaron Europa hacia el siglo IX, cuya acción otorgó “su verdadera trama a la historia de

⁹⁰ *Ibid.*, p. 94.

⁹¹ *Ibid.*, p. 160.

Occidente, como a la del resto del mundo”,⁹² y delimitó al mundo europeo, rodeándolo por “tres bloques”: mahometano, bizantino y eslavo.⁹³

De esta forma, el marco de análisis estructural caracterizado por una unidad, Europa, por encima de sus diferencias, de las características endógenas de los fenómenos, muestra las líneas generales del desarrollo histórico. En esta arquitectura, emplazada desde el observatorio de la historia global, el método comparativo es uno de los principales soportes que permiten la configuración de “el análisis y la explicación de una estructura social y sus relaciones”, sirviendo al historiador incluso en el caso de “la lejanía de la historia del Japón”, puesto que la comparación permite dibujar los contornos y los caracteres fundamentales de la civilización occidental:

Limitado por estos tres bloques —mahometano, bizantino y eslavo—, ocupado sin cesar, desde el siglo X, en llevar adelante sus movedizas fronteras, el haz de pueblos romanogermánicos estaba lejos de presentar en sí mismo una perfecta homogeneidad. (...) No obstante, por acentuadas que fuesen estas diversidades, ¿cómo no reconocer por encima de ellas una *tonalidad de civilización común*: la de Occidente?⁹⁴

Observada desde esta perspectiva, el método comparativo marca una trayectoria de veinte años de investigación, cuya definición esencial, basada en las similitudes y las diferencias, había sido elaborada por M. Bloch *antes* de la aparición de los textos de Pirenne o Meillet, pero *a partir* del hecho de dialogar y discutir con ellos. Esto no significa que los textos más abiertamente metodológicos de ambos sean un descubrimiento total, puesto que representan la sistematización de largos años de trabajo sobre esta perspectiva. Pirenne había comenzado el siglo XX escribiendo su *Histoire de Belgique*, una obra dedicada a una historia nacional, que fue construida bajo el observatorio del método comparativo. En 1903, Meillet había hecho lo mismo con su *Introduction à l'étude comparative des langues indoeuropéennes*. Sin embargo, décadas antes que ellos, los antropólogos británicos y norteamericanos, así como los sociólogos durkheimianos, habían publicado sus trabajos más importantes,

⁹² *Ibid*, p. 74.

⁹³ Al respecto, véase PLATAGEAN, Évelyne, “Europe, seigneurie, féodalité. Marc Bloch et les limites orientales d’un espace de comparaison”, en ATSMAN, Harmut y BURGUIÈRE, André, (Comps.) *Marc Bloch, aujourd’hui. Histoire comparée et sciences sociales*, *Op. cit.* pp. 279-298.

⁹⁴ BLOCH, Marc, *La sociedad feudal*, *Op. cit.* p. 23. (Las cursivas son mías).

ensamblados a través del método comparativo. Por tanto, este movimiento intelectual es un movimiento de movimientos intelectuales

Para comprender el significado del método comparativo y de la historia comparada en Marc Bloch, hay que prestar atención a estos dos niveles que corren simultáneamente y son parte de la misma concepción. Implica pensar los códigos que articulan el método comparativo, así como fue definido por el historiador en sus artículos metodológicos (los “pasos” y las “tipologías”), como el propio movimiento de la historia comparada: el despliegue de su carácter y naturaleza en su concreción, o sea, de cómo el método sirvió para escribir la historia de las civilizaciones europeas, desde el observatorio de la historia global y de larga duración histórica. Pues, si este método no puede ser comprendido fuera del marco de la metodología y las claves generales de la concepción de la historia en Bloch, otorgándoles el carácter de *unicuum*, tampoco puede ser analizado fuera del marco de la obra del historiador.⁹⁵

La operación intenta explicar la unidad interna del método, de ponerlo a prueba a través de su práctica. Uno y otro registro, la específica reflexión metodológica y la escritura de la historia comparada, se complementan, se imbrican, en la medida en que ambos forman parte de un todo mayor, y configuran el procedimiento que da forma a la comparación histórica, o mejor dicho, de una práctica que se basaba en la existencia de dos condiciones: una *cierta similitud* entre los hechos observados, y una *cierta diferencia* entre los medios donde han existido. Es decir, de aquello que Bloch definió como: “comparar históricamente”.

En esta serie de correspondencias se encuentra el grado de originalidad de un método en la obra de un historiador, al igual que la trayectoria de su empleo: desde 1924, cuando él tenía 38 años y apareció publicado su primer libro importante, hasta su desaparición en 1944, cuando estaba próximo a cumplir los 58 años de edad, es decir, los veinte años más prolíficos

⁹⁵ En 1967, William H. Sewell Jr., publicó un artículo relevante sobre la ‘lógica de la historia comparada’ en la obra de Marc Bloch. Para Sewell, en la obra de Bloch existen tres diferentes usos del método comparativo, es decir: 1) probar las hipótesis explicativas; 2) descubrir las particularidades en diferentes sociedades; 3) formular problemas de investigación histórica; todos estos usos, a pesar de ser distintos entre sí, tienen una lógica en común que el mismo Marc Bloch “nunca reconoció” o “nunca afirmó explícitamente”: la lógica de probar la validez de las hipótesis explicativas. Si la importancia de este artículo reside en el estudio de algunos ejemplos, contrapuestos entre sí, de la obra del historiador francés, que en conjunto muestran la ‘lógica’, al igual que las virtudes y límites del método, es un análisis cuya hipótesis es sin embargo superficial. ¿No ha sido Bloch un historiador dedicado a trabajar a partir de la ‘duda examinadora’, o del ‘cuestionario’ y las hipótesis? Cfr. SEWELL Jr. William H., “Marc Bloch and the logic of comparative history”, en *History and Theory*, núm. 2, Vol. 6, 1967, pp. 208-218.

de su itinerario intelectual. Ello marca una curva que atraviesa todo su itinerario intelectual, desde *Les rois thaumaturges*, hasta *Seigneurie française et manoir anglais*, pasando por *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* y *la Société féodale*, representando uno de los rasgos más originales de la obra de Marc Bloch, así como una clave de acceso a toda ella.

II. El procedimiento de la comparación histórica

“Comparar: aproximar dos o más cosas para determinar sus similitudes y diferencias”. Esta sencilla definición de diccionario, dice Marc Bloch, tiene el mérito de insistir tanto en las “diferencias” como en las “similitudes”. “Así comprendida”, escribe el historiador: “la comparación (...) es inherente a casi todo tipo de conocimiento”.⁹⁶ Entendida como la aproximación de dos o más cosas para determinar las similitudes y las diferencias entre ellas —operación con resultados hasta ahora sólo esbozados, aunque de riqueza excepcional—, la comparación dio nacimiento a un método muy preciso utilizado en las ciencias humanas, fuese la antropología o la historia, fuese la sociología o la lingüística: el método comparativo. Definir la comparación histórica, es en suma la tarea elemental del historiador comparatista.

¿Qué significa el término “historia comparada”? ¿qué recursos ofrece un término como éste al entendimiento, a la vez tan cotidiano y recurrido con éxito por algunos historiadores, como excepcional y lleno de ambigüedades para la gran mayoría, que desconfían de su uso o tienden a considerarlo una herramienta desgastada, inservible, que ha visto ya sus mejores años? Al señalar que el término ha sufrido un “desplazamiento de sentido”, en el cual, pese a “algunos usos abusivos del mismo”, en las ciencias humanas “normalmente se reúnen dos corrientes intelectuales muy diferentes bajo el término “método comparativo”, que “sólo los lingüistas parecen haber distinguido cuidadosamente”,⁹⁷ haciéndolo “bajo los nombres de lingüística general y lingüística histórica”, Marc Bloch señala que ésta es una clasificación que radica “en la elección de los medios de que se extraen los fenómenos”.⁹⁸

⁹⁶ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 105.

⁹⁷ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* pp. 114-115.

⁹⁸ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 108. (Las cursivas son mías).

Una vez que el historiador ha delimitado ambos recorridos, los introduce en el terreno de la historia. A diferencia de las formas del método comparativo en las ciencias humanas, el procedimiento de la comparación histórica se caracteriza por la elección de los fenómenos a comparar, explicando sus similitudes y diferencias a lo largo de sus curvas evolutivas y los medios en que han tenido lugar, o sea, en el marco de las coordenadas de espacio y tiempo. Al respecto, J. Kocka escribió:

La historia comparada, en cambio, se caracteriza por la comparación sistemática; su estrategia central es la comparación. El procedimiento de la comparación se utiliza en muchas disciplinas científicas (...) Lo que convierte la comparación en histórica es, en realidad, la concepción de sus objetos de estudio en una relación espacio-temporal específica (...) Esta definición de la comparación histórica es aplicable al conocimiento histórico en su conjunto.⁹⁹

Pero es sin duda una definición sumamente provisional. ¿Cómo identificar, delimitar, analizar e interpretar las similitudes o las diferencias entre fenómenos de medios distintos?, es decir, ¿cómo explicar los parecidos?, ¿las diferencias?, ¿y sus relaciones recíprocas? Entonces, ¿qué significa comparar, pero sobre todo, comparar históricamente? De acuerdo con Marc Bloch, comparar históricamente es una operación que consiste en:

*Elegir, en uno o más medios sociales diferentes, dos o más fenómenos que a primera vista parecen presentar ciertas analogías entre sí, describir sus curvas evolutivas, constatar las similitudes y las diferencias y explicarlas en la medida de lo posible. Es necesario, por tanto, que existan dos condiciones para que, históricamente hablando, haya comparación: una cierta similitud entre los hechos observados —hecho que en cierta forma es implícito ya de por sí— y una cierta diferencia entre los medios en que ambos han tenido lugar.*¹⁰⁰

“Elegir”; “en uno o más medios sociales diferentes”; fenómenos que presentan “analogías” de entrada; “describir sus curvas evolutivas” (Frazer); “constatar y explicar las similitudes y las diferencias”. Dos condiciones son imprescindibles para que “históricamente” haya comparación: “cierta similitud entre los hechos observados” (¿este término hará referencia al concepto durkheimiano de ‘hecho social total’?) y “cierta diferencia entre los medios” (Mauss, Meillet o Pirenne) donde se han desarrollado. En estas ideas se encuentran las claves que permiten comprender el procedimiento del método comparativo. No obstante, a pesar de la importancia de esta definición —que arroja luz sobre la profunda simbiosis de las

⁹⁹ KOCKA, Jurgen, “La comparación histórica”, *Op. cit.* p. 44.

¹⁰⁰ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 115. (Las cursivas son mías).

influencias intelectuales de Bloch—, no es exactamente el procedimiento del método comparativo en la historia.

Crítico mordaz de los manuales de su época, cuya fama se debía a la explicación detallada de los pasos para convertirse en historiador, atribuyendo al oficio una imagen llana y cándida, Marc Bloch nunca reivindicó este aspecto mecanicista, aun cuando fuese por cuestiones pedagógicas. Evidentemente, él mostró muchos de los pasos de la comparación histórica, ejemplificándolos con reflexiones surgidas de su propia experiencia, señalando las “tipologías” o las dos formas del método comparativo en historia (“Pour une histoire comparée des sociétés européennes”), e incluso los “resultados del método comparativo” (“Comparaison”), pero todo ello es todavía insuficiente para comprender cómo y por qué el historiador practicó la historia comparada.

Sus lecciones son todavía susceptibles de una nueva clasificación, no sólo para definir algunos planteamientos en cuya formulación el historiador no profundizó, sino para explicitar algunos que él mismo dejó tan sólo enunciados. Dos son las etapas, subdivididas en pasos, que constituyen el procedimiento del método comparativo en la obra de Marc Bloch. La primera etapa es la *exploración del problema*: a) Elección y descubrimiento de los fenómenos; b) Las tipologías de la comparación histórica. La segunda es la *interpretación de los fenómenos*. Ésta se subdivide en varios pasos: a) Interpretación de las causas de las similitudes y las diferencias evolutivas; b) Formulación de las unidades de análisis; c) Investigación de influencias y préstamos; d) Investigación de filiaciones y relaciones; e) Explicación de las supervivencias.

I. Elección y descubrimiento de los fenómenos

“El descubrimiento de los fenómenos siempre es anterior a la descripción de los mismos”.¹⁰¹ Con esta frase, Marc Bloch se refería al “paso primordial”, el primer momento del procedimiento del método comparativo: el descubrimiento y la elección de los fenómenos a estudiar. Con la comparación, o se encuentran algunos que parecían no existir, permaneciendo ocultos durante años, sin llegar a manifestarse; o los que ya estaban ahí pueden llegar a

¹⁰¹ *Ibid*, p. 118.

observarse con una mirada distinta; e incluso es posible encontrar problemas similares, en medios distintos, que eran desconocidos; características distintas, que una palabra como 'descubrimiento', trata de revelar. Por ello mismo, el historiador debe asegurarse que el silencio de los testimonios no sea el de los hechos; en su mirada radica la capacidad de dar luz a nuevos hechos históricos que se encuentran en el silencio, pero que sólo es posible descubrir en la medida en que la investigación busca, desde el comienzo, las causas profundas de un fenómeno que escapa, en tiempos y espacios, de los márgenes que lo circunscriben. Así, "mediante la comparación", como dice Bloch recurriendo a una expresión de Durkheim:

llegamos a conocer la existencia de un problema, y esto, como resulta necesario indicar, es un gran servicio, pues no hay nada más peligroso, en cualquier orden de la ciencia, que la tentación de encontrar que todo es "natural".¹⁰²

¿Cómo descubrir un fenómeno? La explicación reside en la elección de los medios sociales que serán comparados. "*Elegir*", escribió Bloch en su definición de 'comparar históricamente'. Pero, ¿cuál es el criterio que regula una 'elección' de este tipo?, ¿por qué 'elegir' uno u otro medio? La formulación de las unidades de análisis, exactamente qué fenómeno o institución va a compararse, es una tarea que se emprende a partir de las preguntas: "las preguntas que planteemos conducirán nuestra selección de las unidades de comparación".¹⁰³ O bien: "la comparación se conforma a través de una pregunta".¹⁰⁴ "La dificultad radica, por tanto", según escribió Bloch, "en la confección del cuestionario y ésta es la ayuda más valiosa que aporta la comparación"¹⁰⁵ al historiador. En este sentido, el cuestionario se convierte en el plan que guiará la pesquisa, dependiendo de éste el resultado que al historiador interesa conocer, los fenómenos a descubrir. ¿Cómo reconocer este paso en la obra del cofundador de *Annales*?

La historia rural francesa se inaugura, no obstante, con el estudio de un fenómeno europeo: el de las grandes etapas de la ocupación del suelo en tiempos prehistóricos; antes, mucho antes de que existieran el Estado y las agrupaciones sociales propiamente francesas. Este es el preámbulo al cual pertenece toda la civilización material europea, observada en su

¹⁰² *Ibid*, p. 138.

¹⁰³ ELLIOT, J.H., "La historia comparativa", *Op. cit.* p. 239.

¹⁰⁴ KOCKA, Jorgen, "La comparación histórica", *Op. cit.* p. 49.

¹⁰⁵ BLOCH, Marc, "A favor de una historia comparada de las sociedades europeas", *Op. cit.* p. 118.

desarrollo a partir de una perspectiva de larga duración. El mundo rural europeo es visto a través de este basamento geográfico-natural, donde la preocupación por la ampliación de las tierras de cultivo a expensas del bosque, dadas las necesidades de la población en aumento, organizada fundamentalmente en hábitats de agrupamiento por grupos, en aldeas;¹⁰⁶ el hambre que asolaba al proletariado campesino y las ambiciones de las clases superiores de la estructura social (movimiento que hasta el siglo XIV fue exitoso, pero que durante los siglos XIV y XV se mantuvo inactivo, retomando, después de esta época, un nuevo vigor, aunque sin comparación con el gran movimiento europeo de la Edad Media), son los factores que configuran la faz agraria y la geografía rurales de toda Europa, además de que impulsan relaciones, en el señorío, de los propios hombres con la tierra y su explotación.

Sin embargo, las formas que surgieron en Europa para explotar el suelo no solamente fueron distintas, sino que respondieron a dos grandes tipos de civilizaciones agrarias ubicadas en el seno de la civilización europea. Y es aquí donde la comparación adquiere el potencial para descubrir fenómenos. Como explica Bloch, la vida agraria de Europa, hasta el siglo XVIII está regida por el cultivo de los cereales. Hecho fundamental en la civilización material de Europa, base de la alimentación y de la producción agrícola, esto había creado un sistema de producción caracterizado por una economía cerealista, cerrada, casi sin intercambios. Este papel de los cereales reconfiguró durante siglos la vida agraria de los pueblos de Europa, atormentados por el fantasma permanente de la miseria, y por añadidura, del hambre.

A pesar de esta uniformidad, dice el historiador, la explotación de los suelos obedecía, según las regiones, a principios técnicos muy distintos. Las condiciones de vida y las necesidades materiales, lo mismo que el estado rudimentario de las técnicas de labranza y la tecnología agraria, impulsaron en los antiguos agricultores el principio de cultivo temporal, que si bien permitía trabajar la tierra sin agotarla y asociar el cultivo del cereal con el pasto que crecía en el tiempo de reposo (necesario para los animales y para un sin fin de actividades de los campesinos), era de resultados insuficientes. Por ello, ante la escasez, estas comunidades fueron obligadas a sustituir este principio por una rotación regulada, que dio paso a un sistema

¹⁰⁶ Cfr. BLOCH, Marc, "Tipos de estructura social en la vida rural francesa", en *Argumentos*, núm. 26. *Op. cit.* pp. 173-179, también incluido en *La tierra y el campesino*, *Op. cit.* pp. 489-494.

de explotación del suelo más perfeccionado y de diversos ciclos, que duraría varios siglos, hasta que con el advenimiento de la revolución agrícola de los tiempos modernos, fuera ampliamente superado.

Partiendo de la observación directa del paisaje, Marc Bloch propone una clasificación de los tipos de rotación de cultivos que se hacían en Europa en dos sistemas distintos, a pesar de que las necesidades del reposo del suelo, la escasez de abonos y las pocas opciones de introducir otros cultivos igualmente importantes a los cereales, eran similares en todos lados. A partir de esta clasificación, el autor revelará un fenómeno europeo. La primera clasificación es *el sistema de rotación bienal*, donde, por alternancia, año con año, se cultivaba sólo la mitad de los campos mientras que la otra mitad quedaba sin cosecha. La *rotación trienal*, la segunda clasificación, se basaba en la distinción de dos categorías de cosechas, y dividía la tierra en tres partes (“hojas”) iguales en tamaño: una de ellas reservada para los “cereales de invierno”, otra para los “cereales de primavera”, y la última, reservada, durante un año entero, para el barbecho. Sin embargo, para el historiador, esta clasificación de los tipos de rotación de cultivos representa dos sistemas opuestos, agrupados en dos grandes bloques:

los dos sistemas se oponían, ya desde la edad media, por grandes bloques. El bienal era el amo en lo que puede llamarse, en suma, el mediodía: región del Gerona, Languedoc, mediodía del Ródano y vertiente meridional del Macizo Central; llegaba hasta el Poitou. Más al norte dominaba el trienal.¹⁰⁷

Pero el hecho fundamental que suscita esta clasificación de los dos grandes bloques de rotación de cultivo, deriva en un análisis extraordinario:

El ciclo de dos fases es la vieja rotación mediterránea, practicada por griegos e itálicos y cantada tanto por Píndaro como por Virgilio. El trienal cubre la mayor parte de Inglaterra, y todas las llanuras de Europa del norte. La oposición entre ellos, en nuestro país, traduce el enfrentamiento de dos grandes formas de civilización agraria que, a falta de mejor nombre, pueden llamarse civilización del norte y civilización del mediodía.¹⁰⁸

Es decir, en el corazón de Europa Occidental, fundamentalmente en el norte francés, *coexisten dos civilizaciones agrarias*. El método comparativo es fundamental, pues a partir de

¹⁰⁷ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, Op. cit. p. 130.

¹⁰⁸ *Ibid*, p. 133.

la elección e identificación de las características particulares, primero del poblamiento del suelo, y después de los sistemas de rotación en Francia, se revela la existencia de fenómeno de gran magnitud: la coexistencia de dos grandes tipos de civilizaciones diferentes en las formas de explotación del suelo, pero que constituyen, en conjunto, las raíces profundas de la civilización europea. Ante esto último, M. Bloch señalaba:

la coexistencia de dos grandes tipos de instituciones agrarias —tipo meridional, tipo septentrional— *es a la vez una de las más destacadas originalidades de nuestra vida rural y una de las más valiosas revelaciones que nos aporta, sobre las raíces profundas de nuestra civilización en general, el estudio de la economía campesina.*¹⁰⁹

A partir de este descubrimiento, ¿cuál fue la repercusión en torno de la observación de los problemas agrarios de la Europa profunda y longeva?, ¿reveló algunos fenómenos que habían permanecido en el anonimato o encontró otros más?, ¿cómo se explica la coexistencia de dos civilizaciones agrarias en un mismo territorio, que muchos siglos después sería el de Francia? En el punto VII de “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, y al señalar que “aún nos encontramos en la etapa de recopilación de los hechos y no en la de su explicación”,¹¹⁰ Bloch criticaba la explicación de la ‘unidad elemental del espíritu humano’, premisa explicativa que fue clave en el pensamiento evolucionista, y que en la lingüística había encontrado su coronación, pero al apuntar el mecanismo del método comparativo hacia otra dirección, que sin embargo se mueve en un terreno hipotético y temerario, el historiador señala su intención: “poner de manifiesto la existencia de relaciones muy antiguas entre sociedades históricas muy diferentes”, que si bien no pueden ser demostradas a partir de una “filiación común”, es una constatación que admite “la existencia de una *comunidad de civilización* en un momento muy antiguo”.¹¹¹

Así, desde 1928 y en un verdadero adelanto de las hipótesis que hacia 1931 demostrará en *La historia rural francesa*, Marc Bloch plantea la idea de utilizar el estudio de las prácticas agrícolas para reconstruir el mapa étnico de Europa con anterioridad a la existencia de testimonios escritos. Abordando el estudio del paisaje rural que tuvo gran difusión en Inglaterra, Francia septentrional y central, casi toda Alemania y una gran parte de Polonia y Rusia,

¹⁰⁹ *Ibid*, p. 134. (Las cursivas son mías).

¹¹⁰ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 141.

¹¹¹ *Ibid*, p. 140. (Las cursivas son mías).

caracterizado por las explotaciones rurales fragmentadas, con campos estrechos y alargados y sin cercados, Marc Bloch considera que este mapa agrario, —testimonio muy antiguo de las formas de ocupación del suelo y de las costumbres sociales, y mucho más longevo que el mapa político y lingüístico de Europa—, contrasta con los campos “casi cuadrados del Mediodía francés o los cercados de las regiones occidentales de Francia e Inglaterra”. A partir de ello, él adelanta la hipótesis siguiente:

Considerando muy llamativa la extensión, difundida entre sociedades en apariencia muy diferentes entre sí, del primer tipo de paisaje anteriormente indicado (constituido por parcelas largas y abiertas con posesiones fragmentadas) resulta muy evidente que *a priori* se puede plantear toda una serie paulatina de hipótesis explicativas: presencia, en el origen, de una civilización común, posibilidad de la existencia de préstamos o de difusión de ciertos procedimientos técnicos a partir de *un centro primitivo*.¹¹²

Para el historiador, esta apreciación de las civilizaciones agrarias, basadas en los ciclos de rotación de los cultivos, corresponde tanto a una concepción económica como geográfica: “Nuestras civilizaciones rurales son hijas de los llanos o de las colinas”.¹¹³ Pues un régimen agrario no se caracteriza únicamente por el orden de sucesión de los cultivos, sino también por las formas de la geografía y del paisaje rurales, de donde emergen los rasgos fundamentales de una clasificación de los regímenes agrarios: el de los *campos alargados y obligatoriamente abiertos*, que corresponde a un sistema agrario en “armonía”, a una especie de “comunismo rudimentario”, donde el equilibrio de las formas de explotación común y las amplias extensiones de tierra baldía servían para la alimentación de los animales del pueblo. “Un régimen semejante no pudo nacer”, dice el historiador, “más que gracias a una gran cohesión social y a una mentalidad básicamente comunitaria”.¹¹⁴ Características de este sistema agrario que no era específicamente francés, pues cubría grandes extensiones de Inglaterra, Alemania, Polonia y Rusia. Para analizar esta extraordinaria difusión, Bloch recurre al observatorio de la historia global:

Los problemas de origen (...) no pueden tratarse, pues, más que a nivel europeo. Lo que constituía un rasgo mucho más característico de nuestro país era la coexistencia en nuestras tierras de este sistema con otros dos.¹¹⁵

¹¹² *Ibid*, p. 141. (Las cursivas son mías).

¹¹³ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, *Op. cit.* p. 134.

¹¹⁴ *Ibid*, p. 144.

¹¹⁵ *Ibid*, p. 148.

La característica peculiar de Francia ante Europa se debe a que además de los regímenes agrarios de campos abiertos y alargados, en ella se encontraba el régimen de los *campos abiertos e irregulares*, y también el régimen agrario de los *cercados*.¹¹⁶ En esta tipología armada por el historiador, el de los campos abiertos e irregulares se diferencia del régimen de los campos abiertos y alargados, porque en vez de presentar la apariencia de bandas largas y estrechas, agrupadas en cuarteles de igual orientación, sus bandas no tienen gran diferencia entre sus dos dimensiones, y el paisaje adquiere, entonces, la forma de un rompecabezas. Al respecto, Bloch apunta que “ese régimen”:

que como el anterior es más que francés, europeo, parece que se extendió sobre todo por tierras cuya constitución agraria, desgraciadamente, se ha estudiado menos que la de Alemania o Inglaterra, como por ejemplo las de Italia.¹¹⁷

A partir de la tipología de los diversos regímenes agrarios que coexisten en oposición el uno con el otro, Marc Bloch enfatiza que “en Francia pueden distinguirse tres grandes tipos de civilización agraria en estrecha relación, a la vez, con las condiciones naturales y la historia humana”.¹¹⁸ Ellas son: el régimen de los *cercados* (tierra pobre, cultivada durante mucho tiempo en forma intermitente), el régimen “septentrional” y el “meridional”. Estos dos últimos, a pesar de compartir el derecho colectivo sobre las tierras de labor, presentaban serias diferencias: en el primero, la agrupación de los campos alargados y agrupados en series paralelas, se acompañaban con el arado con ruedas (probablemente de ahí había partido el primer impulso de la rotación trienal de los cultivos); y en el segundo, la irregularidad de los campos y el poco espíritu comunitario se acompañaban con la rotación bienal y el arado simple. Base fundamental de la apropiación del suelo, estos regímenes agrarios constituyen la plataforma a partir de la cual se levanta la arquitectura de Francia, o mejor aún, de la civilización europea.

Debido a sus propias características: amplia extensión y lejanía de un campo con otro, en el régimen de campos irregulares no existía esa cohesión social comunitaria que

¹¹⁶ Al respecto, Pierre Toubert señaló: “Una Francia rural definida como el único país de Europa, donde finalmente, mediante todos los progresos, mutaciones y desequilibrios técnicos y sociales, la vieja civilización agraria mediterránea logró sobrevivir y coexistir con dos civilizaciones conquistadoras: la del open field nórdico y aquella de los campos cercados del mundo céltico”. TOUBERT, Pierre, “Prefacio a *Les caractères originaux de l’histoire rurale française* de Marc Bloch”, *Op. cit.* p. 81.

¹¹⁷ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, *Op. cit.* p. 148.

¹¹⁸ *Ibid*, p. 163.

caracterizaba a los campos cerrados, por lo que las obligaciones colectivas desaparecieron más prontamente, puesto que, inclusive, el establecimiento en estas tierras se hizo “sin una regulación conjunta del trabajo”.¹¹⁹ Aunado al problema del individualismo agrario, el gran contraste entre ambos se debe a la antítesis de dos técnicas de labranza: la diferencia de los arados. Uno con cuchillas, reja y vertedera, para los campos irregulares: el *aratrum* romano, y el otro: la *charrúa*; arado parecido al primero, pero con ruedas, siendo importante para roturar tierras regulares no accidentadas, por lo cual su uso generaba surcos más largos, alargando también a los campos.¹²⁰

Al respecto, Bloch señala que a los dos sistemas abiertos se opone el de los cercados. La tierra de labor era del dominio de la colectividad, una posesión colectiva, pero el campo de cultivo protegido por el muro, es solamente del cultivador. “Esos hábitos de autonomía agraria constituían hasta tal punto la esencia misma del sistema”, dice el historiador, “que pervivían incluso cuando las circunstancias habían llevado a la supresión de su símbolo sensible, el cercado.”¹²¹ Y símbolo, además, de la transformación agraria que se manifestó en Inglaterra desde los inicios del siglo XVI hasta los primeros años del siglo XIX: el movimiento de los cercados (*enclosures*) tanto de las tierras comunales como de las tierras de labor, según explica Bloch, es una transformación que puede definirse por medio de la desaparición de las servidumbres colectivas y por la individualización de la explotación agrícola.¹²²

Al referirse al cercado de las tierras de labor, el historiador señala que el “punto final del proceso evolutivo” generó una “estricta apropiación personal de la tierra”, en sentido contrario a la explotación comunitaria y los intereses de la colectividad que durante siglos habían caracterizado el uso de las tierras. La campiña inglesa, anteriormente caracterizada por

¹¹⁹ *Ibid*, p. 149.

¹²⁰ Sobre la tecnología medieval, los artículos de la sección “Histoire de l'économie et des techniques” en BLOCH, Marc, *Mélanges historiques*, *Op. cit.* pp. 791-914; CIPOLLA, Carlo M. (Ed.) *Historia económica de Europa. La Edad Media*. Ariel, Barcelona, 1979; AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *Las luminosas “edades oscuras”*. *La concepción marxista sobre la transición de la Antigüedad al Feudalismo*. Universidad de San Carlos, Guatemala, 2005; WHITE, Lynn, *Tecnología medieval y cambio social*, Paidós, Barcelona, 1990.

¹²¹ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, *Op. cit.* p. 158.

¹²² Este argumento pertenece al punto III, que al igual que el punto VII del artículo sobre la historia comparada de las sociedades europeas, corresponden a una “anticipación” de las conclusiones sobre un trabajo dedicado a “los sistemas agrarios”, presentado también en el VI Congreso Internacional de Ciencias Históricas, de Oslo, e intitulado: “Le problème des systèmes agraires. Envisagé particulièrement en France”. *Cfr.* TOUATI, François-Olivier, *Marc Bloch et l'Angleterre*, *Op. cit.* p. 276.

campos abiertos y alargados, “hasta donde la vista podía alcanzar”, dice Bloch, fue el escenario de estas transformaciones y el testimonio de su huella en el pasado. La extensión de los efectos de la desaparición de las servidumbres colectivas, que llevó aparejada la construcción de los cercados, fue tan amplia y su influencia tan prolongada, que explica que “no exista ni una sola historia de Inglaterra, por elemental que sea, que no preste atención a los *enclosures*”.¹²³ Pero en Francia, a pesar de que estos fenómenos “sí existieron”, el historiador objeta que desafortunadamente no hay en ningún libro “la menor alusión a este tipo de movimientos”.

¿Cuáles son “las diferencias que a este respecto presentan las evoluciones, a la vez similares y divergentes, de las sociedades francesa e inglesa”¹²⁴?, sobre todo cuando en Provenza, región francesa situada en las orillas del Mediterráneo, en la que esta transformación también tuvo lugar, la desaparición de las servidumbres colectivas no llevó aparejada la construcción de cierres, o una “concentración parcelaria”. Aunque el historiador dice desconocer la respuesta a esta pregunta, señalando además que en este momento “aún nos encontramos en la etapa [del] descubrimiento del fenómeno”,¹²⁵ establece la agenda de trabajo a futuro: deben ser los investigadores especializados en historia provenzal, quienes exploten “esta veta que yo simplemente me he limitado a indicar”, dice Bloch, señalando: “Mi única ventaja ante ellos es muy modesta”, explicando que había leído la bibliografía dedicada a los *enclosures* ingleses, o a las revoluciones agrícolas “análogas que tuvieron lugar en otros países europeos”,¹²⁶ es decir, su ventaja reside en que echó mano del método comparativo.

Problemas del paisaje rural francés. O mejor europeo. Cercados, campos irregulares, campos alargados, agricultura individualista u obligaciones colectivas, son ésas otras tantas realidades que, efectivamente, se encuentran y oponen mucho más allá de nuestras fronteras; y sin duda, en esto como en todo, el más seguro medio de entender Francia es a veces salir de ella.¹²⁷

A través del método comparativo, en *La historia rural francesa* el historiador estudió una serie de fenómenos que van desde la prehistoria ‘europea’ hasta el siglo XVIII: la ocupación de

¹²³ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 120.

¹²⁴ *Ibid.*, p. 120.

¹²⁵ *Ibid.*, p. 120.

¹²⁶ *Ibid.*, p. 121.

¹²⁷ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, *Op. cit.* p. 27.

la tierra y el hábitat, las relaciones entre los regímenes agrarios y las técnicas agrícolas, la tipología de las civilizaciones rurales y de los campos, la costumbre y los grupos sociales, que a pesar de haber sido estudiados anteriormente por las tradiciones inglesas y alemanas enfocadas al estudio de la vida rural, ahora cobraban un cariz diferente: la visión de síntesis. “Hay momentos en que una síntesis, aún prematura en apariencia”, escribió M. Bloch, “resulta más útil que muchos trabajos de análisis; son momentos en que, dicho en otros términos, importa sobre todo enunciar bien las cuestiones, más que, todavía, tratar de resolverlas”.¹²⁸ Y esta síntesis es también resultado del método comparativo, puesto que éste, como decía Bloch: “no es más que un medio para entender las originalidades propias de la sociedad feudal y señorial francesa: compararla con la alemana y con la inglesa”.¹²⁹

Con la intención de comprender las originalidades de la evolución francesa, el historiador estudió las diversas y contrapuestas civilizaciones agrarias, estableciendo sus orígenes más remotos, midiendo los desarrollos paralelos o desiguales, formando hipótesis de contactos, difusiones y permanencias de instituciones, costumbres o actitudes de apropiación de la naturaleza, en un observatorio comparatista que pone el acento en el estudio de sociedades vecinas y contemporáneas, constantemente influidas entre sí durante siglos de contactos y desarrollos paralelos, por lo que, a pesar de las diferencias y los “matices locales”, están sujetas a las mismas causas de su evolución: un “centro primitivo” o una “comunidad de civilización”.

Así, mientras que algunos fenómenos resultan evidentes y decisivos para una sociedad determinada, en ocasiones pasan desapercibidos en otros medios, teniendo una influencia menos manifiesta y un desarrollo menos visible. No se trata de establecer puntualmente los hechos, ‘tal como éstos acontecieron en realidad’, sino de una tarea más humilde: “Ahí donde resulta imposible calcular, se impone sugerir”,¹³⁰ decía Marc Bloch, puesto que como cualquier método científico, el método comparativo tiene sus límites: “sugiere más de lo que realmente

¹²⁸ *Ibid*, p. 27.

¹²⁹ Citado en TOUBERT, Pierre, “Prefacio a *Les caractères originaux de l’histoire rurale française* de Marc Bloch”, *Op. cit.* p. 76, nota 74.

¹³⁰ BLOCH, Marc, *Apología para la historia*, *Op. cit.* p. 140.

explica”.¹³¹ Así, este es el primer paso de la primera etapa del método comparativo: la elección y el descubrimiento de los fenómenos. Y “es la comparación, por tanto, la que incita a descubrirlos”.¹³² En esto reside el primer “resultado” del método comparativo, así definido por Marc Bloch en “Comparación”: la “*capacidad para sugerir investigaciones*”.¹³³

II. Los tipos de la comparación histórica

La comparación histórica demanda al ‘historiador comparatista’ un conocimiento a profundidad de los fenómenos que pretende estudiar, pues el complejo movimiento de los fenómenos sólo puede ser comprendido a partir de una escala de observación de análisis general. Así, la exigencia heurística es mayor: desde el punto de partida de la investigación, el análisis de los hechos debe orientarse hacia la síntesis. Esto no significa el olvido de las investigaciones a detalle, circunscritas a regiones de mayor o menor tamaño, —pues sin ellas la síntesis sería imposible¹³⁴—, sino orientarlas hacia ‘los verdaderos problemas’, hacia ‘la elaboración científica de la historia universal’, como Bloch decía.

El problema reside en reservar el uso de la historia comparada, como él dice, casi de modo exclusivo para “la confrontación de fenómenos que se han desarrollado en ambas partes de la frontera de un Estado o de una nación”.¹³⁵ Considerando este procedimiento, que generalmente se reserva a los contrastes y las oposiciones políticas o nacionales, “una simplificación un tanto tosca”, el historiador define una noción más “sutil y exacta”, parecida a la utilizada en la lingüística: la “*diferencia de medio*”.¹³⁶

¹³¹ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 111.

¹³² *Ibid.*, p. 110.

¹³³ *Ibid.*, p. 110.

¹³⁴ Al respecto, es particularmente interesante la sección “Los pueblos”, de *La tierra y el campesino*, en la que además de otros estudios sobre los pueblos de Francia y Europa, se encuentra un texto lleno de ricas reflexiones, en el cual Bloch decía: “Dado que la historia local, la de un pueblo, por ejemplo, sirve para explicar la relación de esa pequeña sociedad con el conjunto más amplio en el que está comprendida”, apunta el historiador, “lo que los historiadores de oficio le pedimos ante todo a una historia local es que nos ayude a contestar a las grandes preguntas de la historia, si no universal, por lo menos regional. Hace poco definí una historia local [se refiere a *L’Île-de-France*] como “una pregunta de interés general hecha a los documentos que proporciona una región —una localidad— particular”. No me desdigo”. BLOCH, Marc, “El curso de Fontenay. Cómo escribir la historia de un pueblo”, *Op. cit.* p. 181.

¹³⁵ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 115. (Las cursivas son mías).

¹³⁶ *Ibid.*, p. 115.

Desde este momento, Bloch no sólo sigue de cerca la clasificación de los lingüistas, cuya división radica “en la elección de los medios de que se extraen los fenómenos”, sino que a partir de ello genera dos formas del método comparativo, aplicables a medios sociales diferentes: la comparación en *medios* vecinos y contemporáneos (Meillet y Pirenne) o en *medios* lejanos en tiempos y espacios (Frazer y Durkheim). Formulando el procedimiento, la comparación de “dos o más fenómenos” y en “medios diferentes”, por un lado, circunscribe temporal y espacialmente las *causas* de explicación de las *originalidades* de los fenómenos estudiados o el motivo de las *diferencias* históricas, y por el otro, explica las *analogías* de los fenómenos estudiados o el motivo de las series, las regularidades históricas.

Mauss había señalado que un caso bien definido era suficiente para realizar la comparación. Por su parte, algunos antropólogos siguieron después por esa misma vía, que hoy invita a pensar los aspectos del ‘caso’ en relación a la ‘totalidad’, lo comparable en relación a lo ‘incomparable’. Ello implica identificar los fenómenos que se compararán, creando las unidades de análisis que, de acuerdo con el cuestionario de la investigación, constituirán las similitudes de origen y formen la base sobre la cual se determinarán las diferencias. ¿Cómo identificar, delimitar, analizar e interpretar las causas de las similitudes o las diferencias entre fenómenos de medios distintos?, ¿cómo explicar los parecidos?, ¿y las diferencias?, ¿sus relaciones recíprocas?, ¿cómo ordenar los fenómenos históricos que pretenden estudiarse a través del método comparativo?,

De acuerdo con Marc Bloch, “el procedimiento de la comparación, así entendido, es común a todos los aspectos del método”, y es susceptible de “dos aplicaciones totalmente diferentes tanto por sus principios como por sus resultados”.¹³⁷ Él distingue “dos tipologías”,¹³⁸ dos tipos de aplicaciones del método, cuya “idea general” de la evolución acerca de las dos formas de dicho método había tomado prestada de Meillet, aun cuando en una de ellas resuene fuertemente el eco de la etnografía, particularmente de Frazer. Ambas ‘tipologías’ aparecen ya sea tanto en *Los reyes taumaturgos* o *La historia rural francesa*, como en *La Sociedad Feudal* o *Seigneurie française et manoir anglais*.

¹³⁷ *Ibid*, p. 115.

¹³⁸ *Ibid*, p. 117. “Dos tipologías”, de acuerdo con la traducción al español. Sin embargo, en el francés original aparece la expresión “deux types”, que es la que aquí se sigue.

En el primer caso, que él relacionaba con el procedimiento de “la lingüística general”, pero que es también el de la etnografía, se trata de elegir:

sociedades tan separadas en el tiempo y en el espacio que resulta totalmente imposible llegar a *explicar las analogías* observadas entre dos fenómenos mediante el recurso a las influencias mutuas o por medio de un origen común.¹³⁹

De acuerdo con ello, este primer ‘tipo’, o “dicho de modo simple, este método comparativo de largo alcance es esencialmente un procedimiento de interpolación de curvas evolutivas”.¹⁴⁰ Sin embargo, esta forma basada sobre todo en las *analogías*, es la más difícil de ejercer. La tarea es explicar por qué sociedades separadas en el tiempo y en el espacio presentan similitudes y cuáles son las causas de esos parecidos. La interpretación de las causas, se deriva de la intersección de las analogías en la interpolación de curvas evolutivas paralelas e independientes.

En “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, Marc Bloch criticó las similitudes entre las sociedades ‘salvajes’ del presente con las de los ‘primeros tiempos’, o las relaciones de las sociedades helénica o romana con las sociedades ‘primitivas’, que a él eran contemporáneas. Este procedimiento, tan socorrido por los representantes del evolucionismo, tanto en la Isla como en el Continente, o incluso en los Estados Unidos, que enlazaba los tiempos a partir de las similitudes entre los ‘salvajes’ o ‘primitivos’, es criticado por el historiador. Al referirse a uno de los pasajes de la introducción a *La rama dorada*, tema sobre el cual ya se había detenido en *Los reyes taumaturgos*, Bloch sometió a crítica el emplazamiento de Frazer, y sobre todo la explicación de las analogías entre sociedades separadas en tiempos y espacios, a través del ‘origen común’, fórmula omnipresente en el pensamiento evolucionista, aunque construida antes de 1859.

Aun cuando Bloch se distancia de esta comparación de los etnógrafos, este movimiento es también el de un rescate. Fino observador, el historiador rescata los aspectos positivos de este abordaje, que constituye una de las influencias intelectuales en su propia concepción del método comparativo en historia: la restitución, mediante una especie de “choque mental”, de esa “sensación de diferencia, de exotismo, que es condición indispensable para toda

¹³⁹ *Ibid*, p. 115. (Las cursivas son mías).

¹⁴⁰ *Ibid*, p. 117.

comprensión inteligente del pasado”; la posibilidad de llenar, “mediante hipótesis basadas en la analogía, algunas lagunas de nuestra documentación”; la “apertura de nuevos caminos en la investigación”; la explicación de “muchas supervivencias que hasta entonces resultaban ininteligibles”.¹⁴¹

Es ésta la forma de la comparación que aparece en las últimas páginas de *La sociedad feudal*, “un corte a través de la historia comparada”: el momento de la comparación entre el “feudalismo” europeo y japonés. La comparación entre Europa y Japón data, sin embargo, de años atrás. Por ejemplo, en 1933, en la reseña dedicada a un trabajo de A. Asakawa sobre el “feudalismo” japonés¹⁴² Bloch recomendaba su lectura a todos los especialistas en el “feudalismo” europeo, advirtiéndoles: “similitudes y diferencias serán para ellos igualmente sugestivas”. Él decía que “la institución imperial” japonesa se había desarrollado al mismo tiempo que el régimen vasallático europeo, aunque era anterior a éste. Pero esta institución había sido “siempre como un cuerpo extraño en el seno de un sistema más joven que se había esforzado por rechazarla”, en cuyo entorno, finalmente, “se reunieron todos los enemigos y los destructores de este sistema”. De ahí parte una pregunta fundamental: “¿A pesar de todas las diferencias (entre las más sensibles el hecho de que en Europa jamás existió el Shogunato), esta historia, en el fondo de las cosas, no es la misma que la de las realezas europeas?” Al señalar que esta comparación no la había hecho el autor del libro, sino él mismo, Bloch señala que el método comparativo permite formular una serie de reflexiones, y esta acción “puede ser el servicio más precioso que puede brindar a nuestros estudios”. Esta es la clave que años después aparecerá en ese “corte a través de la historia comparada”.

¹⁴¹ *Ibid*, pp. 116-117.

¹⁴² BLOCH, Marc, “Féodalité et vassalité japonaise (Compte rendu: K. Asakawa, Féodalité japonaise dans l'article “Feudalism”, de l'*Encyclopaedia of the social sciences*, t. VI, p. 214-220), en *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, núm. 24 Tomo 5, 1933, p. 598. En este mismo volumen, el mismo Bloch había publicado un artículo: “European feudalism”, especie de síntesis de las tesis de *La sociedad feudal*. Las reseñas de Marc Bloch, ¡aproximadamente 1200!, publicadas en las *Revue historique*, *Revue critique*, *Revue de Synthèse* o *Annales*, entre muchas otras revistas, basadas en la crítica de las fuentes y en la enunciación de los problemas más que en su resultado concreto, representan (como es el caso de los *Boletines* sobre la historia medieval alemana, publicados entre 1928 y 1937 en la *Revue historique*) el trabajo de un historiador sumamente erudito, crítico y analítico, pero también implacable. Al reducir la escala de observación, en las reseñas se encuentran muchas claves sobre el trabajo del historiador, lector, crítico y creador, que permiten reconstruir los hilos más finos de sus ideas, los avances de las hipótesis, las relaciones con las grandes líneas de investigación. No existe para Bloch un trabajo de este tipo, cómo sí lo hay, por ejemplo, para Lucien Febvre. Cfr. MÜLLER, Bertrand, *Lucien Febvre, lecteur et critique*, Albin Michel, París, 2003.

En *La sociedad feudal*, al caracterizar la identidad del feudalismo europeo, el historiador escribe que “no es imposible que civilizaciones distintas a la nuestra hayan atravesado un estadio aproximadamente análogo al que acaba de ser definido”, pero si esto es así, entonces “merecieron, durante tal fase, el nombre de feudales”.¹⁴³ Años atrás, en 1931, el historiador había adelantado algunas tesis, señalado que “los sociólogos modernos y los historiadores comparatistas han detectado en otras civilizaciones la existencia de instituciones análogas a las de la Edad media”, y de acuerdo con ello, “el término feudalismo ha sido aplicado a un modo de organización social que podría repetirse en diferentes formas, en diferentes períodos y medios”. Sin embargo, para Marc Bloch: “el feudalismo de la Europa medieval es el modelo de todos los sistemas feudales, al igual que el mejor conocido”.¹⁴⁴

El problema de la comparación entre Europa y Japón, como él mismo advirtió en *La sociedad feudal*, consiste en que el análisis es “demasiado sumario” y está “insuficientemente matizado”, por lo que la explicación de la presencia del feudalismo en ambos medios es provisional, aun cuando el discernimiento de las analogías le hayan permitido una conclusión bastante firme: al igual que Europa, Japón atravesó la misma fase, el mismo estadio; por tanto, el feudalismo no ha sido “un acontecimiento ocurrido una vez en el mundo y que quizás no volverá a repetirse jamás”, como decía Montesquieu. Así, tanto en Europa como en Japón, según dice Marc Bloch, “el *feudalismo* había estado procedido por dos estructuras sociales muy diferentes. Como entre nosotros asimismo, conservó profundamente la huella de ambas”.¹⁴⁵ Una misma estructura social —que no un origen común— es la que subyace como explicación de las analogías entre dos sociedades separadas geográficamente. ¿A qué se refiere el historiador?

Constituido en la atmósfera de las últimas incursiones germánicas, que obligaron a fusionarse a dos sociedades situadas en diferentes peldaños evolutivos, el feudalismo europeo lleva la huella de ambas: por un lado, la insuficiencia de los vínculos consanguíneos, que impulsó las relaciones de dependencia personal o los vínculos de dependencia; y por el otro, el debilitamiento del Estado, en particular en cuanto a su función protectora, lo cual hizo posible la

¹⁴³ BLOCH, Marc, *La sociedad feudal*, *Op. cit.* p. 459.

¹⁴⁴ BLOCH, Marc, “European feudalism”, en *Mélanges historiques*, *Op. cit.* pp. 178.

¹⁴⁵ BLOCH, Marc, *La sociedad feudal*, *Op. cit.* p. 460.

aparición de diversos poderes, con diversas características y distintos grados de fuerza. Para el historiador, “el feudalismo europeo se presenta, pues, como el resultado de la brutal disolución de sociedades más antiguas”.¹⁴⁶ Su origen se remonta a esta época, turbulenta en grado sumo, y hasta cierto punto, el feudalismo nació de estas mismas turbulencias.

La herencia de instituciones y de prácticas de que disponía la sociedad surgida de las invasiones estaba, por otra parte, entremezclada: al legado de Roma y al de los pueblos que conquistó, sin jamás borrar, de hecho, sus propias costumbres, vinieron a mezclarse las tradiciones germánicas.¹⁴⁷

Pero una vez detenidas las últimas invasiones, ningún enemigo interno o externo interrumpiría la evolución cultural y social de Occidente: Europa viviría una etapa de “inmunidad” que le permitiría desarrollarse. “Esta extraordinaria inmunidad, privilegio que sólo hemos compartido con el Japón”, dice Marc Bloch, “fue uno de los factores fundamentales de la civilización europea, en el sentido justo y profundo de la palabra”.¹⁴⁸

Ante la decadencia de la función protectora del Estado y el debilitamiento de la solidaridad del linaje, que también desgastó la protección que los lazos de sangre habían ofrecido, los hombres tuvieron que buscar otros vínculos que garantizaran su protección y la de sus bienes. La acción se repetía en todos lados y en toda la estructura social: un mismo hombre se hacía simultáneamente dependiente de otro más fuerte y protector de otros más humildes. “Buscarse un protector, complacerse en proteger: dos aspiraciones que son de todos los tiempos”, dice Bloch, agregando: “Pero no acostumbran a dar origen a instituciones jurídicas originales más que en las civilizaciones donde los otros lados flaquean”.¹⁴⁹ De ahí que, para el historiador, “el fundamento de la institución feudal es, a la vez, el vínculo y la subordinación de hombre a hombre”.¹⁵⁰ En el vocabulario feudal esta alianza de palabras expresa la dependencia personal; la relación humana que impregnaba toda la vida social, desde los más poderosos hasta los más humildes, y con ello se edificaba un vasto edificio de relaciones personales estratificadas.

¹⁴⁶ *Ibid*, p. 456.

¹⁴⁷ *Ibid*, p. 164.

¹⁴⁸ *Ibid*, p. 80.

¹⁴⁹ *Ibid*, p. 164.

¹⁵⁰ *Ibid*, p. 167.

Después del sistema de vasallaje, la institución del feudo es otra de las características esenciales del feudalismo. En el sistema feudal, el único señor era el que había otorgado la propiedad. En este sentido, “el único señor verdadero era el que daba algo”,¹⁵¹ o para decirlo de otra forma: “desde su origen, las relaciones de dependencia tuvieron su aspecto económico. Y el vasallaje, igual que las demás”.¹⁵² Por ello, y con razón, Marc Bloch describió así las características de la pirámide feudal: “Más que jerarquizada, fue una sociedad desigual; de jefes, más que de nobles; de siervos y no de esclavos”.¹⁵³ Estas son las sugestivas “similitudes y diferencias” a las que Marc Bloch había hecho referencia, a propósito de la comparación entre Europa y el Japón: el vasallaje y el feudo.

¿Cómo se explican, no las evidentes diferencias entre el vasallaje y el feudo europeo y japonés, sino las analogías entre ellos?, ¿cómo explicar las estrechas analogías de dos fenómenos que provienen de dos medios distintos, y cuyas curvas evolutivas también son diferentes? Al estudiar las similitudes entre problemas fonéticos, o instituciones que no provienen y dan testimonio de la existencia de estrechas relaciones de filiación, interdependencia o de una similitud evolutiva, que podrían existir “entre el francés y el bantú”, o de las relaciones “feudales” en Japón, “que recuerdan en algunos aspectos las que estaban en vigor en la Francia medieval”, Bloch señalaba que, en este caso, y ante la ausencia de contactos, préstamos o interacciones, las analogías no pueden ser explicadas a partir de un ‘origen común’ o de filiaciones entre ellas. De acuerdo con el historiador, las similitudes “simplemente dan prueba de la tendencia del espíritu humano a reaccionar de modo más o menos similar en circunstancias análogas”.¹⁵⁴

¹⁵¹ *Ibid*, p. 178.

¹⁵² *Ibid*, p. 178.

¹⁵³ *Ibid*, p. 456.

¹⁵⁴ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 108. ¿Se refiere a la “unidad psíquica del hombre”, a la manera de James Cowles Prichard?, ¿o a “la unidad de origen del hombre” y la “uniformidad de las operaciones de la mente humana en condiciones semejantes de sociedad”, como decía Morgan? Si es así, la razón acude a F. Dosse, quien a propósito de la concepción de los “primitivos” en *Los reyes taumaturgos*, decía: “El utillaje mental de Marc Bloch sigue siendo, pues, en este campo, tributario de una antropología todavía infantil [se refiere tanto a Frazer como a Lévy-Bruhl, y al momento antropológico anterior a *El pensamiento salvaje*] y encerrada en sus prejuicios etnocéntricos”. DOSSE, François, *La historia en migajas*, *Op. cit.* p. 91. Excesiva, la afirmación de Dosse señala, sin embargo, la filiación de Bloch con los antropólogos. Pero quizá la respuesta al problema esté en otro lado, posiblemente en lo que Marx (quien había estudiado a Maine, Morgan, Lubbock o Phear, como consta en sus *Cuadernos etnológicos*; además de haber leído también a Maurer o Kovalevsky, a quien conoció personalmente, entre otros) denominó *fuerzas productivas*: las capacidades y habilidades desarrolladas por los hombres (entendidos como *seres sociales*, en franca contraposición a la concepción de la esencia mística, etérea, abstracta o insubjetivada del hombre) en su relación con la naturaleza, que los limita en su acción, orillándolos a responder de una manera

A través de la interpolación de las curvas evolutivas, el empleo de esta tipología de la comparación deviene en una útil herramienta para descubrir fenómenos similares de medios diferentes, pero sobre todo, para descubrir “por medio de la analogía”, los eslabones de una cadena procesual, es decir:

De modo muy general, la comparación nos ayuda a interporlar las curvas evolutivas al permitirnos descubrir por medio de la *analogía* los eslabones que faltaban entre los distintos elementos de series evolutivas que nos parecían discontinuas como consecuencia de la insuficiencia de nuestros conocimientos.¹⁵⁵

No es una aproximación artificial la que existe en este procedimiento de la comparación de “larga distancia”; es, por el contrario, una operación que se basa en las *analogías* de las respectivas evoluciones de fenómenos situados en tiempos y espacios distintos. Todo ello sugiere nuevas hipótesis e investigaciones: ¿si el feudalismo no ha sido un acontecimiento peculiar de Europa ni único en la historia, ha habido otras sociedades que hayan pasado por este estadio?, ¿bajo la acción de qué causas, hayan sido éstas comunes o distintas?, ¿por qué es necesario seguir comparando la forma específicamente europea con otras más? De este modo, la comparación sugiere, ofrece nuevos interrogantes, nuevos caminos para la investigación histórica.

El segundo tipo del procedimiento de la comparación, que Bloch equiparaba con “la lingüística histórica” (la lingüística indoeuropea), consiste en:

precisa ante situaciones similares: “hasta el presente no se ha inventado el arte de capturar peces en aguas donde no se encontraran previamente”. MARX, Karl, *El capital*, México: Siglo XXI, 23ª ed. 1999, T.1, Vol. 1, p. 219. ¿Un Marc Bloch marxista? De ningún modo, pero sí es la afirmación de un historiador que practica a fondo la historia económica y rastrea todas las huellas de la obra de los hombres en el tiempo. Bloch admiraba a Marx: “Tengo personalmente, por la obra de Karl Marx, la más viva admiración. Como hombre, mucho me temo que era insoportable; como filósofo, menos original, sin duda, de cuanto algunos han pretendido pintarlo. Como analista social, nadie ha sido más poderoso. Si algún día los historiadores adeptos de una ciencia renovada, deciden crear una galería de ancestros, el busto barbado del viejo renano deberá tener un lugar, de primer rango, en la capilla de la corporación”. BLOCH, Marc, “L’Étrange défaite”, en *L’histoire, la guerre, la résistance*, *Op. cit.* p. 636. (Utilizo la versión francesa por las erratas de la traducción al español) Sobre la relación de Bloch (y de *Annales*) con el marxismo, AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *Itinerarios de la historiografía en el siglo XX*, *Op. cit.* pp. 121-237; BOIS, Guy, “Marxismo y nueva historia”, en LE GOFF, Jacques, CHARTIER, Roger y REVEL, Jacques, *Diccionario de la Nouvelle Histoire* Mensajero, Bilbao, 1988. pp. 432-450, y “Marc Bloch, historien d’un système social”, en ATSMAN, Harmut y BURGUIÉRE, André, (Comps.) *Marc Bloch, aujourd’hui. Histoire comparée et sciences sociales*, *Op. cit.* pp. 165-171; BRITO FIGUEROA, Federico, *La comprensión de la historia en Marc Bloch*, Centro Alejandro de Humboldt y Fondo Editorial Buría, Caracas, 1996, pp. 36-48.

¹⁵⁵ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 110. (Las cursivas son mías).

el estudio paralelo de sociedades vecinas y contemporáneas, constantemente influidas entre sí y sometidas precisamente en razón de su proximidad y de su sincronismo a la acción de las mismas causas en su evolución y que parcialmente tienen, al menos, un origen común.¹⁵⁶

Esta forma de la comparación es sincrónica, en la cual la cercanía de las sociedades vecinas en tiempo y espacio permite formular hipótesis de contacto, difusión o permanencia de los fenómenos históricos, así como identificar las causas de las originalidades y particularidades de un fenómeno. Considerándola una aplicación cuyo “horizonte es más limitado”, Bloch señala que esta es “científicamente la más rica”, pues se encuentra más capacitada para “realizar rigurosas clasificaciones y criticar las relaciones existentes”, cuyas conclusiones resultan “menos hipotéticas y más precisas”.¹⁵⁷ Aun cuando estas características (la capacidad de sugerir investigaciones o de prevenir las pseudocausas locales) también son “propias de la primera tipología, pues estos “dos aspectos del método comparativo presentan aspectos comunes”.¹⁵⁸ Ambas tipologías deben ser cuidadosamente distinguidas, pues como él decía: “la comparación que les propongo instituir entre las diferentes sociedades europeas”, “sincrónicas” y “próximas entre sí en el espacio y surgidas, si no de una, sí, al menos, de varias fuentes comunes”, pertenece a este “tipo metodológico”.¹⁵⁹

Esta forma de la comparación es a la que el historiador recurre con mayor frecuencia en sus obras, aunque no de manera exclusiva, llegando incluso a mezclar una y otra. Por ejemplo, en *Los reyes taumaturgos*, Marc Bloch utilizó la primera tipología con la idea de explorar los rasgos universales de las “creencias colectivas”: el poder sobrenatural atribuido a los reyes-jefes o al rey-mago, que data de la noche de los tiempos y se encuentra en todas partes. Ahí se detiene, sin embargo, el uso de esta forma del método comparativo.

El caso de la realeza sagrada europea ofrece un ejemplo muy claro y a la vez incomparable de la utilidad y de los límites de la etnografía comparada; ésta, única disciplina capaz de ponernos en el camino de la explicación psicológica del fenómeno, se revela en la práctica totalmente inadecuada para tratar la realidad de modo exhaustivo; esto es, al menos, lo que he intentado demostrar en los *Rois thaumaturges*.¹⁶⁰

¹⁵⁶ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 117.

¹⁵⁷ *Ibid*, p. 117.

¹⁵⁸ *Ibid*, p. 117, n. 7.

¹⁵⁹ *Ibid*, p. 118.

¹⁶⁰ *Ibid*, p. 118, n. 7.

Después de explorar la primera tipología, Marc Bloch utilizó la segunda. ¿La intención? Descifrar los rasgos originales y particulares que adoptaron las “creencias colectivas” en el rito francés e inglés. Es decir, entre la universalidad de creencias comunes a toda la humanidad, el historiador descubrió cómo y por qué éstas florecieron precisamente en éstos medios y en éstas épocas.¹⁶¹ De esta segunda “tipología”, Bloch extrajo la mayoría de las hipótesis que ilustran sus obras mayores, y ello permite ubicar con mayor claridad, en el juego de similitudes y diferencias, las influencias, filiaciones y relaciones que existen entre los fenómenos históricos, vistos a través del lente de la comparación histórica.

III. Interpretación de las causas de similitudes y diferencias evolutivas

“La segunda etapa de trabajo dentro de la correcta aplicación del método comparativo”, según decía Marc Bloch, es “la interpretación”.¹⁶² Después de la elección de los fenómenos y de su encuadramiento en las tipologías, este es el segundo gran momento del procedimiento del método comparativo. En su definición de ‘comparar históricamente’, el historiador explicaba que la historia comparada era resultado de elegir dos o más fenómenos que de entrada parecen presentar ciertas analogías entre sí, describiendo sus curvas evolutivas, para “constatar las similitudes y las diferencias y explicarlas en la medida de lo posible”. Con ello, señalaba el problema de la interpretación de los fenómenos.

¿Se trata de la interpretación de las analogías que a primera vista presentan los fenómenos que van a compararse?, ¿es ésta una interpretación basada en los parecidos?

¹⁶¹ LE GOFF, Jacques, “Prólogo” a *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.* pp. 50-51. *Cfr.* El debate celebrado en 1980 entre lingüistas e historiadores, acerca de la historia comparada en Marc Bloch, giró en torno de las dos formas del método comparativo. Los primeros, seguidores de Chomsky (en vez de Meillet, a quien le atribuyen el papel de gran inspirador de Bloch: sobre todo a partir del famoso libro de 1925), toman partido por la comparación universal, considerándola como la única vía para examinar los fenómenos. Incluso, al utilizar categorías lingüísticas para analizar la obra de Bloch, y practicar la historia comparada, terminan reprochándole el haber mezclado ambas formas del método comparativo: “falta de precisión y coherencia”. Los historiadores defienden la comparación histórica (señalando que Bloch refutó las tesis de Frazer y a partir de ahí “construyó una lúcida declaración metodológica en términos de conceptos de explicación que podrían ser satisfactorios a los historiadores”) y consideran que el programa de los lingüistas es “descuidado, “superficial” e “inaceptable”: “una aplicación estricta de los métodos lingüísticos a la historia comparada es imposible”. Revelador de la disputa entre las formas de la comparación y el choque entre disciplinas, y quizá debido al carácter absurdo de las tesis de los primeros, al igual que al acento reactivo de los segundos, el debate termina favoreciendo a una postura o a otra, a una forma u otra del método comparativo, sin posibilidad de un análisis más fino. HILL, Alette y HILL Boyd, “Marc Bloch and Comparative History”, y SEWELL, William H. y THRUPP, Sylvia, “Comments”, en *The American Historical Review*, núm. 4, Vol. 85, (Oct. 1980), pp. 828-846, y 847-853.

¹⁶² BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 121.

Frazer y Durkheim solían hacer comparaciones basadas sobre todo en las analogías. Su intención era establecer leyes que regularan el funcionamiento de la ‘religión’, entendida como unidad de análisis, para establecer así el carácter universal de sus respectivas tesis. ¿A qué se deben los parecidos?, ¿cuáles son las causas que explican las analogías?, ¿cómo explicar las relaciones entre fenómenos que, a simple vista, mantienen una relación basada en las similitudes?, ¿influencias o préstamos?, ¿o filiaciones y relaciones diversas? Imposible responder a estas preguntas por separado, es decir, al igual que la búsqueda de las causas de las analogías, la tarea del historiador comparatista consiste en identificar las diferencias.

“Es preciso, claro está, evitar cuidadosamente confundir el método comparativo con el razonamiento por analogía”, decía Bloch: “Aquél exige, por el contrario, para ser practicado correctamente, una gran sensibilidad a las diferencias”.¹⁶³ En el mismo sentido, en el punto VI de “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, Bloch explica “un malentendido que ha hecho mucho daño al método comparativo”: el pretendido objetivo único de “la búsqueda de las similitudes”, “el descubrimiento de analogías forzadas”, llegando al grado de “inventarlas” cuando éstas no existen, aduciendo “la existencia de ciertos paralelismos necesarios entre evoluciones diferentes”.¹⁶⁴

Para un historiador como Bloch, el interés por las similitudes se explicaba también por la regulación de los parecidos, a través de su reflejo en el espejo de la comparación: las diferencias, la originalidad y la particularidad de un medio social. ¿Pirenne y Meillet? Por supuesto. La interpretación de los fenómenos oscila entre el descubrimiento de las causas de las similitudes como de las diferencias: cómo explicar los parecidos entre fenómenos de medios distintos; por qué a pesar de mantener una similitud de entrada, son sin embargo distintos. Es por esta tensión que se explica el uso de ambos tipos del método comparativo en *Los reyes taumaturgos*, siendo también el primero importante en la explicación del “milagro real” y las “creencias colectivas”.

¹⁶³ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, *Op. cit.* p. 44. (Suplemento).

¹⁶⁴ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 128.

Concebido en su justa dimensión, el método comparativo, señala Bloch, resulta muy interesante en lo que respecta a:

La percepción de las diferencias existentes a partir de un mismo punto de partida, tanto de las *diferencias originales* como de aquellas otras que son *resultado de una evolución* que ha seguido caminos diferentes. [Sin embargo] La cuestión no sólo radica en determinar en líneas generales que dos objetos sean o no diferentes, sino también en establecer —y ésta es una necesidad que, al mismo tiempo, es mucho más difícil pero también más interesante— los rasgos precisos que los distinguen y que evidentemente implica como primer paso que ambos *sean contemplados por separado*.¹⁶⁵

En un análisis muy fino acerca de la evolución de las nociones de libertad y servidumbre personal en Inglaterra y Francia, Marc Bloch analiza los casos del *villainage* inglés de los siglos XIII, XIV y XV, con el *servage* francés, que han sido tratadas “como si fuesen equivalentes”. A partir de ahí comienza la tensión entre los parecidos y las diferencias. En ambas instituciones, localizadas en uno y otro lado del Canal de la Mancha, existen ciertas similitudes. De acuerdo con los eruditos, la definición de siervo y villano es: “privados de “libertad”, por lo cual, a partir de esta falta de “libertad” y de “su nombre servil”, según dice el historiador, los eruditos no dudan en asimilarlos con los esclavos romanos.

“Todos ellos, a pesar de sus diferencias de origen, tendieron a amalgamarse en una única clase”, explica Bloch, señalando que ante este problema los juristas definieron a este nuevo grupo, “en un lenguaje que les resultaba muy corriente”, como villanos. Así, mientras los *servi* o *nativi* alcanzaron la definición de libertad, en cambio el *villain* o el arrendatario puro, dejó de estar encuadrado en el grupo de los *liberi homines* y pasó a ser confundido con el *servus* hereditario, el *nativus*, debido a que, al igual que aquél, estaba privado de la justicia del rey. “Fue así como los dos términos, *villain* y *servus*, pasaron a ser tratados como sinónimos”, señala Bloch, “proceso que casi estaba completado hacia el año 1300”.¹⁶⁶

Marc Bloch rechazó esta analogía superficial que en Inglaterra asimilaba a hombres de diferentes condiciones bajo una misma etiqueta, asumiendo tanto a los *villains* como a los *serfs* y los *servi*, en la categoría de aquéllos hombres desprovistos de su libertad, precisamente al someterla a las variaciones en tiempos y espacios distintos: la comparación con Francia. “En

¹⁶⁵ *Ibid*, p. 129. (Las cursivas son mías).

¹⁶⁶ *Ibid*, p. 131.

Francia, en cambio, nunca se produjo nada parecido”,¹⁶⁷ y “no existe, por ello, razón alguna para que se asimile al siervo libre con el arrendatario que también se llamaba villano en Francia”, señala Marc Bloch, agregando que en Francia “estas dos categorías de individuos subsistieron, una junto a otra, hasta el final de esa época”.¹⁶⁸ El *serf* francés, como el *servus*, *nativus* o *theow* inglés de los inicios del siglo XIII, pertenecieron a condiciones jurídicas vecinas, según explica, por lo que “es totalmente lícito que sean tratados como dos aspectos de una misma institución”,¹⁶⁹ que además, en Inglaterra dio origen al *villanaige*. “Pero es aquí, precisamente, donde termina todo posible paralelismo”, puesto que

El siervo francés del siglo XIV y el villano o el sirvo inglés de la misma época son dos clases totalmente diferentes. Es muy posible que la realización de una comparación entre ambos resulte muy útil pero con el objetivo, en esta ocasión, de marcar los contrastes que existen entre ambos y a través de los cuales se expresa la asombrosa oposición que existe entre la evolución de las dos naciones.¹⁷⁰

Con la intención de agrupar a “clases” totalmente diferentes, las normas asumidas por los “teóricos y jueces” ingleses se establecieron de acuerdo con ciertos criterios que permitieron definir y diferenciar a los hombres de un *villanaige* respecto de los hombres ‘libres’. En ocasiones, estos criterios se asumieron a partir de las actividades agrícolas, los servicios de las corveas, *corvées*, prestados al señor. Para Marc Bloch, quien en esta explicación sigue muy cercanamente las ideas de Durkheim sobre ‘las representaciones colectivas’, “uno de los apuntes metodológicos más logrados que han salido de su pluma”,¹⁷¹ los juristas adecuaron sus decisiones:

a una serie de representaciones colectivas más o menos confusamente elaboradas desde hacía mucho tiempo por la sociedad medieval, tanto por la del continente como por la de la isla. La idea de que los trabajos agrícolas eran incompatibles con la libertad responde a una serie de viejas inclinaciones del alma humana; esta idea se expresaba, en época bárbara, mediante las palabras *opera servilia* que con mucha frecuencia se utilizaban para designar a este tipo de trabajos.¹⁷²

¹⁶⁷ *Ibid*, p. 132.

¹⁶⁸ *Ibid*, p. 132.

¹⁶⁹ *Ibid*, p. 132.

¹⁷⁰ *Ibid*, p. 132.

¹⁷¹ *Ibid*, p. 132, n. 22.

¹⁷² *Ibid*, pp. 133-134.

El problema de la libertad y la servidumbre en la Edad Media, según el historiador, adquiere debajo de la falsa analogía, un carácter sintomático: muestra las diferencias que las diferentes trayectorias van sumando en su camino. Mientras que en Inglaterra sirvió para determinar las diferencias entre los hombres ‘libres’ y los siervos, en Francia fue utilizada para referirse a uno de los rasgos que permitían distinguir al noble, quien consideraba el trabajo como una forma de degradación. Es más, a diferencia de lo que sucedía en Inglaterra, el criterio basado en los servicios prestados por el siervo no fue utilizado por ningún tribunal francés. De este modo, dice el historiador, se revela uno de los aspectos más sugerentes de “las divergencias entre dos sociedades emparentadas”: tendencias similares en ambas partes, que en Francia fueron escasamente definidas y estuvieron desprovistas de sanciones oficiales, mientras que en Inglaterra alcanzaron gran difusión y se convirtieron en instituciones jurídicas cuyos contornos fueron rigurosamente establecidos.¹⁷³

Partiendo de un fenómeno similar, el *seigneurie* francés y el *manoir* inglés, “dos aspectos de una misma institución”, Marc Bloch rastrea y explica las “diferencias originales” que provienen de dos medios distintos, estrechamente emparentados, sujetos a las mismas condiciones jurídicas establecidas por las monarquías, enmarcados en esas ‘representaciones colectivas’ que moldean la perspectiva del hombre respecto del trabajo, asimilándolo como un hombre ‘libre’ o sometándolo a la servidumbre. Para ello, Marc Bloch se ha servido del vocabulario de sus testimonios, concibiéndolo como una sonda que permite sumergirse en las profundidades del tiempo, y que permite hacer hablar a los testimonios incluso en contra de su propia voluntad, construyendo, entonces, tanto una puesta a punto de la explicación de las diferencias, como lo que él mismo, en un importante artículo relacionado estrechamente con estos temas, denominó: “la historia de una noción colectiva: la de la privación de la libertad”.¹⁷⁴

“En la base de casi toda crítica se inscribe un trabajo de comparación”, recordaba el historiador, añadiendo: “Sin embargo, los resultados de esta comparación nada tienen de

¹⁷³ *Ibid*, p. 135.

¹⁷⁴ BLOCH, Marc, “Liberté et servitude personnelles au Moyen âge, particulièrement en France: contribution à l’étude des classes”, en *Mélanges historiques*, *Op. cit.* p. 355.

automático. Acaba forzosamente por hallar a veces semejanzas, a veces diferencias”.¹⁷⁵ Por todo ello, él sugería lo siguiente:

Conviene no perder nunca de vista la “percepción de las diferencias entre medios sociales, que es la propia razón de ser, así como la salvaguarda, de todo estudio comparativo”; conviene también “definir en sus puntos de partida” las nociones que corresponden a los términos. La historia no se edificará “mediante una comparación razonada más que si, sin omitir pensar en el plan de conjunto, sabemos proceder, poco a poco, por experiencias cuidadosamente elegidas y analizadas *tanto en sus particularidades como en sus similitudes*”.¹⁷⁶

¿Similitudes? Por supuesto. ¿Diferencias? Sin duda alguna. Pero, ¿de qué hablamos cuando hablamos de similitudes y diferencias? Las analogías no son simplemente los rasgos comunes, los trazos compartidos, los caracteres repetidos entre fenómenos o instituciones, sino el resultado de la curva de evolución general de un fenómeno determinado, y por tanto éstas pueden ser explicadas en función de su origen o vecindad, sometidas a filiaciones o influencias recíprocas, o por esa hipotética respuesta humana a reaccionar de modo “similar en circunstancias análogas”. Por su parte, las diferencias también se clasifican. ¿Son solamente las antítesis de las analogías?, ¿o las diferencias de medio?, ¿o las que surgen durante la evolución de los fenómenos? Éstas pueden ser originales, surgidas en el específico medio en el cual se origina el fenómeno; o evolutivas, las mutaciones, las transformaciones a lo largo del itinerario general de un fenómeno en movimiento. En esto hacía énfasis Marc Bloch, cuando decía que el historiador debe buscar las causas de las similitudes y las diferencias. Y en un tono categórico, en su definición de ‘comparar históricamente’, escribió:

Es necesario, por tanto, que existan dos condiciones para que, históricamente hablando, haya comparación: una cierta similitud entre los hechos observados —hecho que en cierta forma es implícito ya de por sí— y una cierta diferencia entre los medios en que ambos han tenido lugar.

No obstante, en el momento de atender las causas de unas y de otras, importa sobre todo prestar atención a uno y otro aspecto. ¿Cómo descifrar la originalidad de un fenómeno sin compararlo, a través de una similitud de entrada, con otro fenómeno más, ubicado en tiempos y espacios próximos o lejanos? Esta “comparación razonada”, a la que hace referencia M. Bloch, desde el principio debe “pensar en el plan de conjunto”, es decir: la historia comparada de las

¹⁷⁵ BLOCH, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador*. Op. cit. p. 211.

¹⁷⁶ BLOCH, Marc, *La historia rural francesa*, Op. cit. p. 44 (Suplemento de R. Dauvergne)

sociedades europeas; observada tanto “en sus particularidades como en sus similitudes”. ¿El objetivo? Las originalidades y particularidades sirven para explicar *las relaciones* de estos rasgos con el conjunto más amplio del cual forman parte. Solo así es posible plantearse los ‘verdaderos problemas’, construir una explicación de la ‘estructura social y sus relaciones’, y definir la ruta para la ‘elaboración científica de la historia universal’.

IV. Formulación de las unidades de análisis

Sin explicitarlo en sus artículos metodológicos (aun cuando en “Comparaison” enunciara el problema de la “agrupación” o “la unidad interna” de los hechos), pero trabajando con ellas en sus obras, las unidades de análisis son parte fundamental del método comparativo en Marc Bloch. En este paso se encuentra uno de los momentos más complicados del procedimiento del método comparativo: ¿qué es exactamente lo va a compararse entre un fenómeno y otro?

La historia comparada no es el resultado de la simple confrontación de casos; implica una identificación de los fenómenos que, propiamente dicho, se compararán. Una vez elegidos, es necesario evaluar si son comparables o no, e identificar una tipología de comparación. Para comparar, recordaba Marc Bloch, era necesario que los fenómenos tuvieran “cierta similitud de entrada”, por ende, en primera instancia, las unidades de análisis hacen posible la comparación: arman los grupos, los conjuntos que después se estudiarán en paralelo. “No creo preciso indicar que todos esos fenómenos, tomados de *diferentes conjuntos y seleccionados* para ser seguidos y estudiados en paralelo”, escribe Marc Bloch en tono precavido, “deben presentar entre sí una serie de analogías de naturaleza idéntica pues si no fuese así mi trabajo carecería de sentido”.¹⁷⁷

Las unidades de análisis parten del cuestionario: lo que es necesario investigar, lo que es necesario demostrar. Desde ese momento se arma una tipología de las unidades de análisis, fijando con precisión conceptos claros, “nítidamente definidos, que designen las que, de acuerdo con la pregunta planteada, constituyan las similitudes relevantes de los objetos a

¹⁷⁷ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 107. (Las cursivas son mías).

comparar”, dice Kocka, “y formen así la base sobre la cual quepa después determinar las diferencias entre ellos”.¹⁷⁸ O sea:

La elección de las unidades de comparación se halla estrechamente vinculada con las interrogantes dominantes y los conceptos centrales (...) La selección de las unidades de comparación representa uno de los pasos más difíciles de la comparación histórica. Condiciona sus resultados y exige de antemano reflexiones teóricas de carácter fundamental. En la mayoría de los casos no puede llevarse a cabo sin recurrir a elementos decisionistas, pues la realidad histórica carece a menudo de delimitaciones unívocas, que, sin embargo, tienen que presuponerse si se pretende examinar, respecto a sus semejanzas y diferencias, unidades de comparación claramente definidas. No hay respuestas *a priori*. La formulación de la pregunta es siempre decisiva.¹⁷⁹

Para la formulación de las unidades de análisis es imprescindible la definición de conceptos, cuya formulación deviene de un movimiento de abstracción, de un esfuerzo teórico que muestre el proceso en el cual una palabra que designa algo muy particular o concreto, se transforma en un concepto que designa algo universal o abstracto.¹⁸⁰ Esto no significa que ‘Nación’ o ‘Estado’ sean genuinas unidades de análisis, porque son marcos de investigación que presentan dos tipos de problemas distintos. Primero, encuadran a los fenómenos dentro de los límites impuestos por las fronteras actuales (‘Nación’ o ‘Estado’), o incluso del pasado (‘Imperio’, ‘Reino’, ‘Principado’, etc.), circunscribiendo a un fenómeno en límites administrativos o políticos. Segundo, atribuyen a estos marcos una importancia injustificada, supeditando los fenómenos a comparar a partir de esta primacía de los hechos políticos.

Entonces, ¿es posible comparar una nación con otra?, ¿acaso Pirenne no escribió una historia comparada de una sola nación, Bélgica, que a la vez fue su patria?, ¿acaso el mismo Bloch no comparó Francia con Inglaterra y Alemania (entre otras más) en sus distintas obras? Por supuesto, pero ¿cuáles son los fenómenos que se manifiestan dentro de estos marcos nacionales, transgrediendo y derribando los límites que los delimitan y supeditan en importancia?, ¿cuáles son los problemas que representan el objeto y la unidad interna de la comparación entre ‘naciones’ o ‘Estados’? Al considerar la práctica de la comparación entre

¹⁷⁸ KOCKA, Jürgen, “La comparación histórica”, *Op. cit.* p. 49.

¹⁷⁹ *Ibid.*, pp. 50 y 52-53.

¹⁸⁰ KOSELLECK, Reinhart, “Para una historia de los conceptos: problemas teóricos y prácticos”, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 11. Trad. Carlos Alberto Ríos (Dossier: *Discurso crítico y modernidad*) Agosto-febrero, 2008, pp. 75-88.

sistemas definidos únicamente por medio de rasgos de tipo político, “ese terrible error, por lo general muy expandido”, el historiador señalaba:

Por el contrario, la historia comparada, cuando se utiliza bien, permite cambiar la *agrupación* de las diferentes series examinadas de tal modo que con ellas se puedan llegar a constituir *conjuntos* provistos, en cada ocasión y gracias a los indicios extraídos de los propios hechos, de *auténtica unidad interna*. Además, resulta preciso decir que esta renovación de los marcos de investigación es uno de los beneficios más importantes que nos puede aportar la práctica de la historia comparada”.¹⁸¹

Así, lo que en este momento interesa a Marc Bloch, es la formulación de las unidades de análisis. Lo importante es mantener presente que de su correcta elección y formulación dependerá el resultado de la historia comparada. Incluso en los títulos de sus obras puede verse la huella de esta importancia: el *carácter sobrenatural* atribuido a los reyes de Francia e Inglaterra: las ‘creencias colectivas’ o las ‘representaciones colectivas’; los *caracteres originales* de la historia rural francesa: los sistemas de rotación de cultivo o las civilizaciones rurales; La sociedad *feudal*: el feudalismo como tipo social, el vasallaje como sistema; *Seigneurie* francés y *Manoir* inglés: el señorío como unidad fundamental del régimen feudal. “La cuestión, por tanto, radica en delimitar cada uno de los diferentes sistemas sociales que van a ser seleccionados como objetos de comparación”, decía Bloch.¹⁸²

En el primer volumen de *La sociedad feudal, La formación de los vínculos de dependencia*, su autor estudia ‘conceptos’ como “Vasallaje”, “Feudo”, “Señorío”, y particularmente “Feudalismo” (*feodalité*) o “Feudal” (*féodal*). Utilizando el riguroso procedimiento de crítica textual, del cual se había valido en artículos anteriores, como “*Collibertus ou Culibertus*”, “Les colliberti: étude sur la formation de la classe servile”, “Serf de la glèbe: histoire d’une expression toute faite”, o “*Servus Glebae*”,¹⁸³ Bloch estudia el vocabulario histórico con la intención de analizar la variedad de significados de las palabras, encontrar las causas de su evolución y explicar su circunstancia histórica. Así, el historiador rastreó sus

¹⁸¹ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 109. (Las cursivas son mías).

¹⁸² *Ibid*, p. 109.

¹⁸³ BLOCH, Marc, “Siervo de la gleba: historia de una expresión estereotipada”, “*Servus glebae*”, “*Collibertus o Colibertus*, en *Reyes y siervos y otros escritos sobre la servidumbre*. Trad. María del Rosario Pérez Peña, Prefacio a la edición española de Adeline Rucquoi, Posfacio de Dominique Barthélemy, Universidad de Granada y Universidad de Valencia, Granada, 2006, pp. 339-366, 367-376, y 397-406.; “Les “colliberti”: étude sur la formation de la classe servile”, en *Mélanges historiques, Op. cit.* pp. 385-451.

orígenes, acepciones, sentidos y usos a lo largo de siglos, lo mismo en el seno de la “diversidad francesa: sudoeste y Normandía”, que en “Italia”, “Alemania”, o “fuera de la influencia carolingia: la Inglaterra anglosajona o la España de la monarquía asturiano leonesa”, observando todos los matices locales, explicando sus relaciones e influencias, al igual que las causas de sus desarrollos originales y de los parecidos, desde un “*panorama europeo*”, con el propósito de armar el marco de una civilización en movimiento.¹⁸⁴

“El análisis y la explicación de una estructura social y sus relaciones”, es el objetivo de *La sociedad feudal*, terreno fértil de aplicación del método comparativo, que regula la apreciación de las características y los efectos locales: los diferentes niveles del vasallaje o los matices del feudo, son conjuntos o unidades armadas a través de las diferencias de medios distintos: del Imperio a las Islas británicas, de la Europa central y occidental, a las fronteras con “tres bloques”: mahometano, bizantino y eslavo, representan el marco de las dimensiones geográficas. En cuanto al tiempo, considerando la existencia de “dos edades *feudales* sucesivas, de tonos muy diferentes”, el objetivo es, de acuerdo con el historiador, “hacer justicia, tanto a sus rasgos comunes como a los contrastes de estas dos fases”.¹⁸⁵ En esta geografía y calendario, el feudo y el vasallaje, consideradas como “conjuntos provistos, en cada ocasión y gracias a los indicios extraídos de los propios hechos, de auténtica unidad interna”, como decía Marc Bloch, tienen una importancia de primer orden. ¿No habían sido estas unidades del feudalismo europeo, las que el historiador comparó precisamente con “la lejanía de la historia” de Japón?

Debido al carácter más concreto de la investigación comparativa, *Seigneurie française et Manoir anglais* es el ejemplo más evidente de la formulación de las unidades de análisis. *Seigneurie* y *Manoir* son dos aspectos de una misma institución, sometida a las mismas

¹⁸⁴ Un ejemplo ilustra la atención que Marc Bloch concedió al vocabulario histórico, estudiado en la sección intitulada “La nomenclatura”, del *Oficio de historiador*. La denominación “*vasallo*, (*vassus*, *vassallus*), de origen celta, sustituyó en la Galia merovingia a *gasindus*, expresión con la cual se reconocía el antiguo nombre del compañero de guerra germánico. Antes de la conquista romana, y como en las sociedades celtas, la sociedad gala practicó un sistema de *compañía*, semejante en muchos aspectos al que existía en la Germania. En el momento de su paso al latín vulgar, el sentido de vasallo era muy humilde: “muchacho joven”. *Muchachos*, eran llamados los que estaban alrededor del amo, incluidos, junto a quienes eran de nacimiento servil, bajo el nombre de vasallos, “desde entonces especializado en su significación de seguidores de armas”. “Pues bien, *esta historia de una palabra* surgida de lo más bajo de la servidumbre para cargarse poco a poco de honor, *refleja la propia curva de la institución*”. BLOCH, Marc, *La sociedad feudal*, *Op. cit.* pp.171-172. (Las cursivas son mías).

¹⁸⁵ *Ibid*, p. 82.

corrientes de influencia en razón de su proximidad, aunque resultado de la discordante evolución de la institución señorial en Francia e Inglaterra. “Como hilo conductor a través de la historia comparada de los campos ingleses y franceses”, dice Bloch, “hemos hecho elección de una institución que durante largos siglos ha dominado la sociedad rural de los dos países; eso que en Francia llamamos *seigneurie*, y que en Inglaterra, por razones que habremos de explicar, lleva el nombre de *manoir*.”¹⁸⁶ De acuerdo con Bloch, con el tiempo, este último término adquirió el mismo sentido que en Francia: no designa la residencia del señor o el castillo, sino más ampliamente la tierra sobre la cual un señor ejerce su señorío, que es, como él explica, “el equivalente de lo que en francés llamamos *seigneurie* y es en este sentido en el que aquí lo usaremos corrientemente”.¹⁸⁷

Al igual que la similitud en la historia del nombre, cambios parecidos operaron, en momentos distintos, sobre la propia realidad. Con la ley del derecho de propiedad de 1922 (*Law Property Act*), la antigua institución, que había tomado su nombre y revestido su rigurosa estructura con la invasión normanda a Inglaterra, el *manoir*, fue abolida. Siglos antes, en la época de la Revolución, el régimen señorial francés, que pareciera haberse formado en la Galia del siglo IX, aun cuando ya era muy antiguo, también había sido abolido. “¿Cómo no proponerse desde el punto de partida, al menos una definición sumaria que exprese los trazos más permanentes y los más característicos del tipo?”, se pregunta el historiador, “¿Cómo interesarse en una palabra sin contenido?”¹⁸⁸

La definición se impone: ¿qué es el señorío?, ¿cuáles son las características de esta institución que será comparada en medios distintos? De este modo, la definición del concepto es la construcción de la unidad de análisis. Al respecto, Marc Bloch discierne las características de la unidad de comparación. Un territorio de dimensiones, según el caso, muy variables. La explotación está organizada de tal manera que una parte de los productos de la tierra están destinados a un solo hombre, quien tiene además una fracción de la tierra bajo su propia explotación (lo que unos historiadores llaman “reserva”, *réserve*; y los textos llaman “dominio”, *domaine*); sus habitantes forman un grupo que cuentan con pequeñas fracciones de

¹⁸⁶ BLOCH, Marc, *Seigneurie française et manoir anglais*, *Op. cit.* p. 15.

¹⁸⁷ *Ibid*, p. 16.

¹⁸⁸ *Ibid*, pp. 16-17.

explotaciones (*tenures*) y sus ocupantes (tenedores) obedece la autoridad del mismo personaje. Este individuo, a la vez amo y propietario del suelo, es el señor; el territorio, es el señorío. Al insistir categóricamente sobre esta unión, dice el historiador, “esta fusión que más que una empresa económica osaría llamarla un grupo de soberanía”. La dosificación de los dos elementos ha variado mucho con el paso del tiempo. La dualidad en ella misma es la esencia propia del régimen señorial.¹⁸⁹ En otros términos, dice Bloch, por un lado, el señorío es una institución de orden económico, y por el otro, es uno de los elementos de la estructura social, una de las células de la vida social al mismo nivel que la familia, el grupo de los vasallos, la comunidad urbana. Y la confusión de lo uno con lo otro, “¿no es uno de los trazos característicos del régimen social que nosotros llamamos, de acuerdo con una palabra mal elegida, aunque pasada de moda, la *féodalité*?¹⁹⁰

Observada desde esta perspectiva, la construcción de la unidad de análisis es también la explicación de su importancia en las ciencias humanas. Etnólogos, sociólogos, lingüistas e historiadores trabajaron con unidades de análisis, distintas en cuanto a la dirección de la investigación (“religión”, “signo lingüístico”, “comercio”, “feudalismo”, “vasallaje”, “sistemas agrarios”, entre otras), pero idénticas en cuanto a su objetivo: identificar una analogía ‘de entrada’ entre fenómenos sociales distintos; y a partir de una selección y clasificación de los hechos examinados, armar series, conjuntos o unidades de cohesión interna, no sólo coherente sino auténtica, para poner en marcha la comparación de las similitudes o las diferencias entre los fenómenos a estudiar.

Este es uno de los más importantes puntos de convergencia y la explicación de la extraordinaria atención prestada durante siglos al método comparativo por las ciencias del hombre. Además del estatuto epistemológico que la comparación pueda tener en el análisis social¹⁹¹ (por ejemplo, la propuesta durkheimiana de asimilarla con la experimentación); o de

¹⁸⁹ *Ibid*, p. 17. Para una discusión sobre estas tesis HILTON, Rodney, “*Seigneurie française et manoir anglais, fifty years later*”, en ATSM, Harmut y BURGUIÈRE, André, (Comps.) *Marc Bloch, aujourd’hui. Histoire comparée et sciences sociales*, *Op. cit.* pp. 173-182; “Feudalismo o *féodalité* y *seigneurie* en Francia y en Inglaterra”, en *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, Trad. Enrique Gavilán, Crítica, Barcelona, 1988, pp. 139-154.

¹⁹⁰ BLOCH, Marc, *Seigneurie française et manoir anglais*, *Op. cit.* p. 17.

¹⁹¹ Al igual que otros estudiosos, J. Kocka ha señalado: “En términos generales cabe decir que las comparaciones pueden ser utilizadas como experimentos indirectos y posibilitar la comprobación de hipótesis”. KOCKA, Jurgen, “La comparación histórica”, *Op. cit.* p. 48

las formas de la comparación: comparar sociedades vecinas y próximas en tiempos y espacios, o viceversa; o de la atención hacia las analogías o hacia las diferencias; la formulación de las unidades de análisis ocupa un lugar fundamental.

A partir de las similitudes y diferencias, éstas permiten discernir entre lo particular y lo general, lo único y lo repetible, la anomalía y la serie, la identidad y la alteridad; o las características que cada fenómeno histórico tiene en tanto sus elementos particulares (únicos e irrepetibles) o generales (series, procesos). Este procedimiento de abstracción de las realidades sociales cambiantes, con mayor o menor ritmo, y de formación de los conceptos que integrarán el inventario del cual partirán las clasificaciones de los hechos observados en torno de las unidades de análisis, ayuda a identificar los caracteres fundamentales entre la amplia gama de particularidades regionales o locales, haciendo abstracción de lo particular para reconstruir lo general.

V. Investigación de influencias y préstamos

¿Cuál es la causa de los parecidos?, ¿cómo explicar las analogías entre el ritual de curación de los reyes franceses e ingleses?, ¿imitación, préstamos o influencias? En *Los reyes taumaturgos*, Marc Bloch explica que la concepción de la realeza germana estaba impregnada de un carácter religioso. Sus reyes pertenecían a familias nobles, por ello, su virtud sagrada era hereditaria. “Los reyes pasaban por ser divinos, o al menos descendientes de dioses”,¹⁹² y de esta creencia en el origen sobrenatural de los reyes emanaba un sentimiento de lealtad general, no hacia un individuo en particular de la dinastía sino a toda ella, “la idea de la legitimidad personal era débil; la de la legitimidad dinástica, muy fuerte”.¹⁹³ Pero el Cristianismo alteró, al privarla de sus rasgos paganos, la concepción de la realeza sagrada: los reyes dejaron, al menos oficialmente, de ser divinos, aunque en la “conciencia popular”¹⁹⁴ persistieran las viejas ideas de manera más o menos clara. Incluso, la concepción de la realeza sagrada de la que descendían los emperadores romanos, cuyo culto imperial dotaba al emperador de un carácter divino, también se transformó con la caída de la dominación romana y con la llegada

¹⁹² BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.* p. 125

¹⁹³ *Ibid*, p. 126.

¹⁹⁴ *Ibid*, p. 129.

del cristianismo a religión oficial del Imperio. No obstante, como escribe Bloch: “a lo sumo cabe suponer que no desaparecieron los hábitos mentales a que había dado origen, ni cierta tendencia a confundir las categorías de lo político y de lo divino”.¹⁹⁵

Sin embargo, tanto en Francia como en Inglaterra, el cristianismo revistió a esta arcaica concepción: la creencia en el origen divino y mágico de la realeza que era tan cara a la religión imperial, con un carácter cristiano que retraducía e incorporaba el antiguo paganismo a la doctrina de Cristo, a través de “un ceremonial reciente y auténticamente cristiano”,¹⁹⁶ que transformaba a los soberanos europeos en “oficialmente sagrados”,¹⁹⁷ en virtud de una institución nueva: “la consagración eclesiástica del advenimiento y más particularmente su rito fundamental, la unción”,¹⁹⁸ institución que sustentaba y reintegraba a “la legalidad cristiana la realeza sagrada de las viejas épocas”¹⁹⁹ y elevaba lo profano al ámbito de lo sagrado.

En ambos lados del Canal de la Mancha, además de la unción, la traducción y el rescate de “la conciencia colectiva” venida de los tiempos paganos, otro rito acompañó a esta institución de la unción: la corona y la diadema, que no tenía otro carácter sagrado más “que el que le conferían las manos de quien se la ceñía al príncipe: en Bizancio, las del patriarca, y en Roma, las del papa”,²⁰⁰ quienes fungían como intermediarios de Dios ante el Rey, santificando a través de la acción de la Iglesia, el carácter sagrado del rey, naciendo, de este modo, la consagración del soberano.

A través de la consagración, la Iglesia confirmaba la vieja creencia que concebía el carácter sagrado de los reyes, revestido por la santificación eclesiástica y el sello de Dios. Al tener los reyes un carácter sagrado y por haber sido uncidos con un bálsamo dado por Dios, Bloch se pregunta “¿Cómo no iba a vérselos tarde o temprano como capaces de impartir curaciones?”.²⁰¹ ¿Hasta dónde podía ser útil y beneficioso que los reyes contaran con un revestimiento sagrado, santificado por la Iglesia y convenientemente aceptado por la gente

¹⁹⁵ *Ibid*, p. 133.

¹⁹⁶ *Ibid*, p. 135.

¹⁹⁷ *Ibid*, p. 135.

¹⁹⁸ *Ibid*, p. 135.

¹⁹⁹ *Ibid*, p. 135.

²⁰⁰ *Ibid*, p. 139.

²⁰¹ *Ibid*, p. 149.

común de la época? A través de la unción y del tacto real, la reivindicación del privilegio curativo otorgó legitimidad y prestigio a las dinastías reinantes.

La atención de Bloch al desarrollo de las instituciones cristianas que integran el ciclo monárquico, le lleva a preguntarse cómo a pesar de que las “creencias colectivas” sobre la realeza se hallan en el origen de los ritos de curación, tanto de los reyes Capetos como de los Plantagenets, éstas cristalizaron en “una institución precisa y regular: el “tacto” real”.²⁰² ¿Cómo explicar el hallazgo de instituciones semejantes en dos estados vecinos?, “¿coincidencia o interacción?”,²⁰³ ¿cuál es el modelo y cuál es la copia?

La comparación sirve al historiador para descubrir los fenómenos a partir de una analogía de entrada, pero al explicar las causas del parecido la sitúa en el terreno de las “creencias colectivas que se hallan en el origen de los ritos de curación y explican su éxito, fruto de un estado político y religioso común a toda la Europa occidental”,²⁰⁴ que se habían extendido tanto en Francia como en Inglaterra. “El rito de la curación atravesó la Mancha”²⁰⁵ hacia el siglo XII, un siglo más tarde de haber nacido en Francia, hacia el año 1000, y cuando lo hizo, la Reforma gregoriana se encontraba ya en plenitud. A partir de ese entonces, del nacimiento de esa institución, “pudo hacerse sentir la *influencia* de un país sobre el otro”.²⁰⁶ Por ello: “los Capetos no fueron plagarios”, pero sí fueron “plagiados”: aunque Enrique I de Inglaterra, “no confiesa su imitación”.

Es más, en el punto IV de “Pour une histoire comparée des sociétés européennes”, poniendo el ejemplo de las analogías entre los primeros carolingios y los príncipes visigodos, respecto de utilizar la fuerza pública y sus propios bienes en beneficio de la Iglesia, la “sacro-santa unción”, Marc Bloch señala, en un ejemplo curioso de interpretación de analogías y diferencias como medio para interpretar las influencias: “a pesar de todas estas analogías, también resulta muy sencillo descubrir la existencia de diferencias entre la monarquía

²⁰² *Ibid*, p. 153.

²⁰³ *Ibid*, p. 153.

²⁰⁴ *Ibid*, p. 153.

²⁰⁵ *Ibid*, p. 154.

²⁰⁶ *Ibid*, p. 153 (Las cursivas son más).

carolingia y la visigoda”.²⁰⁷ Sin embargo, las similitudes entre ambas son “extremadamente asombrosas”, por lo cual éstas podrían interpretarse como “resultado de causas similares que actuaron en ambos lados de los Pirineos en una misma dirección”. La investigación, entonces, gira en torno a la explicación de las analogías: “cuáles fueron los canales por los que la influencia visigoda pudo penetrar en el reino franco”,²⁰⁸ se cuestiona Bloch a propósito de las numerosas influencias exteriores que recibió la monarquía carolingia, que a su vez también influyó sobre las monarquías anglosajonas, tema que “no parece que haya sido suficientemente estudiado hasta el momento”.²⁰⁹

Al respecto, el historiador consideraba el problema de la interpretación de las analogías en los términos siguientes:

Es preciso rechazar todas aquellas falsas concordancias que no son más que coincidencias fortuitas (...) del mismo modo, también es preciso rechazar todas aquellas similitudes que no son producto de la influencia, sino de evoluciones similares.²¹⁰

De este modo, “el principal servicio que se puede esperar de una comparación bien establecida entre hechos tomados de sociedades diferentes y vecinas”, decía Marc Bloch:

es que permita llegar a discernir las *influencias ejercidas entre sí* por estos grupos. Este tipo de investigaciones, desarrolladas con la prudencia debida, nos revelarán, sin ninguna duda, la existencia de una serie de *corrientes de préstamos* entre las sociedades medievales que hasta ahora sólo se habían puesto de manifiesto de manera muy imperfecta.²¹¹

Así, al rechazar las falsas concordancias, fruto de “coincidencias fortuitas”, (por ejemplo, *bad* significa malo en inglés como en persa), o de “evoluciones similares”, la atención del historiador se dirige al estudio de las influencias, las corrientes de préstamos que permiten analizar los centros originales de una institución o fenómeno y explicar las causas de su difusión en otros lugares. Así, aunque apartados geográficamente, los fenómenos o las

²⁰⁷ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 123.

²⁰⁸ *Ibid.*, p. 123.

²⁰⁹ *Ibid.*, p. 124, n. 15.

²¹⁰ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 111.

²¹¹ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* pp. 121-122 (Las cursivas son mías). Inclusive, otro historiador *annalista*, que reconfiguró el método comparativo de Bloch desde la gramática de la larga duración histórica, señaló precisamente el papel de los ‘préstamos’, como el de los ‘rechazos’ y las ‘áreas culturales’, como condiciones para el establecimiento de una historia de las civilizaciones. *Cfr.* BRAUDEL, Fernand, “Historia de las civilizaciones: el pasado explica el presente”, *Op. cit.* pp. 223-226.

instituciones exhiben parecidos sorprendentes y manifiestan diferencias respecto del centro. Por ello, de acuerdo con lo que Marc Bloch definió en “Comparación”, este paso es el “tercer resultado del método comparativo”: “*Capacidad para investigar las influencias*”.²¹²

VI. Investigación de filiaciones y relaciones

Una vez descartadas las influencias, ¿puede medirse el grado de dependencia entre fenómenos, o entre una institución y otra? En *Los reyes taumaturgos*, al dedicarse al estudio de los comienzos del rito francés e inglés, Bloch se sumerge en un “pasado muy oscuro”,²¹³ con la idea de exhumar los orígenes de un “rito regular”²¹⁴ revestido con los gestos de los primeros reyes franceses e ingleses que tocaron a los escrofulosos. El ‘toque real’ que el monarca acompañaba con la señal de la cruz, son gestos sucesivos que desde Felipe I, (siglo XI), se presentarán en el rito de manera tradicional y durante “toda la monarquía francesa”,²¹⁵ por lo que el poder milagroso de los reyes se convertirá en “tradicional y hereditario”, al grado de constituir una de las características fundamentales del ciclo monárquico. Caso distinto al del rey francés Gontran, quien en el siglo XI gozaba de la fama de poder curar, pues el atributo sobrenatural le correspondía por su piedad personal y no como un atributo real que se prologara a todos los de su linaje, los merovingios. No obstante, como Bloch explica:

Gontran pareció tanto más fácilmente un santo, porque era rey: pertenecía a una dinastía que los francos estaban acostumbrados desde antiguo a considerar sagrada. Pero si él debió su santidad y por consiguiente sus poderes milagrosos, en parte al menos a su origen real, ese don constituyó sin embargo una gracia personal, que sus antepasados, sus antecesores, sus sucesores no poseyeron en absoluto. La serie de reyes médicos que conoció la Francia medieval no se inauguró con este piadoso soberano.²¹⁶

Al interpretar esta reminiscencia del poder curativo sobrenatural del Rey Gontran, Bloch la considera como una manifestación clara de que, en efecto, la presencia del mismo hecho en un momento histórico dado, no significa, necesariamente, una filiación con su propio pasado. En este sentido, la crítica “al ídolo de los orígenes” cobra actualidad: el problema de las

²¹² BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 111.

²¹³ BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos Op. cit.* p. 95.

²¹⁴ *Ibid*, p. 97.

²¹⁵ *Ibid*, p. 97.

²¹⁶ *Ibid*, p. 102.

filiaciones no reside en la delimitación de los orígenes de un fenómeno desde de la noche de los tiempos, sino a partir de las relaciones, las interacciones entre fenómenos. Lo que preocupa a Bloch es la búsqueda de los vínculos de filiación entre los merovingios y carolingios con “el comienzo auténtico del tacto de los escrofulosos con Felipe I”,²¹⁷ vínculos que, por cierto, no encontraría. Sin embargo, este meticuloso rastreo de las “representaciones colectivas”,²¹⁸ que atribuía a los reyes la milagrosa capacidad de curar, permite a Bloch reconstruir todo un “ciclo de creencias colectivas referentes al carácter sagrado de la realeza”.²¹⁹ Porque, como él mismo señala, “todo santo es visto por el pueblo como un médico”²²⁰ y además, todo rey es visto, por su carácter sobrenatural, por ser de origen sagrado, que a través del toque real puede transmitir el milagro de curación, casi como si fuese un santo.

Para el historiador, la datación de los orígenes del milagro real en Francia es posible encontrarla con el surgimiento del rito en Inglaterra, y saber así cómo se llega a ver en los reyes a médicos prodigiosos. Al respecto, él escribió:

En efecto, el milagro real es tan inglés como francés. En un estudio explicativo de sus orígenes, los dos países no podrán ser estudiados en forma separada, si se trata de establecer por qué el rito de curación hizo su aparición en Francia en un momento y no en otro, no se puede intentarlo si antes no se establece la época en que el mismo rito surgió en Inglaterra, sin esta precaución indispensable, ¿cómo saber si los reyes de Francia no se limitaron a imitar simplemente a sus rivales del otro lado de Canal de la Mancha? Si se trata de analizar la concepción de la realeza, que el rito de curación no hizo más que traducir, se verá que las mismas ideas colectivas se encuentran, en su origen, en las dos naciones vecinas.²²¹

En el caso de Inglaterra, el rey que había curado milagrosamente las escrófulas era Enrique II (siglo XII) cuya “capacidad de curar no era personal, exclusiva; era facultad de su función: sólo en cuanto Rey era taumaturgo”²²² y sus sucesores fueron herederos de ese don maravilloso. Pero, a diferencia del Rey francés Felipe I, quien debe su carácter sagrado y su don taumatúrgico a estas “representaciones colectivas” profundas y transeculares, ¿de dónde —se pregunta Bloch al tratar de encontrar las diferencias entre los orígenes de los ritos francés

²¹⁷ *Ibid*, p. 105.

²¹⁸ *Ibid*, p. 107.

²¹⁹ *Ibid*, p. 107.

²²⁰ *Ibid*, p. 106.

²²¹ *Ibid*, p. 109.

²²² *Ibid*, p. 111.

e inglés—, le viene a Enrique II la milagrosa capacidad de curar?, ¿tiene algún ilustre origen en la genealogía inglesa? De modo alguno. Enrique II, el curador de escrofulosos y a quien a su virtud real se le atribuía la desaparición de una peste que atacaba la ingle, hijo y heredero de Enrique I, debe su carácter taumatúrgico a una modificación de la hagiografía primitiva, donde San Eduardo o Eduardo el Confesor, habiendo sido considerado un monarca que tocaba a los enfermos, en su lecho de muerte había anunciado el advenimiento de un niño predestinado: el hijo de Enrique I, quien en la profecía figuraba como la promesa de las aspiraciones de los Plantagenet. Esta visión dada a conocer por Enrique I en provecho de su estirpe, obedece a la circunstancia de que necesitaba un medio para fortalecer su poder en Inglaterra.

De acuerdo con esta acción operada desde arriba para consolidar la legitimidad de la monarquía, (*Aller voir le roi*) el milagro real “se presenta ante todo como la expresión de una cierta concepción del poder político supremo”,²²³ que da origen al poder de curación de los reyes o la realeza sagrada en los primeros siglos de la Edad Media, que es justamente el estudio de la evolución de la realeza y del propio rito taumatúrgico. A través de la comparación, Bloch observa que a pesar de existir el mismo rito en Francia e Inglaterra, éste tiene diferencias que obedecen a los particulares casos en materia de política interior, pero que en términos generales comparten esta concepción de poder político supremo que es “un preciso diseño político-dinástico”²²⁴ y que da nacimiento a una institución que surgió de “un movimiento de pensamiento y sentimientos comunes a toda una parte de Europa”²²⁵ y que, como agrega Bloch, “desde hacía tiempo se encontraba en potencia en los espíritus”.²²⁶

Para descubrir las filiaciones, Marc Bloch recurre a la comparación entre sociedades cercanas y contemporáneas, pero a partir de considerar su imagen en el espejo: las lecciones de la comparación en tiempos y espacios lejanos y separados entre sí, considerándola una alternativa válida, aunque sólo sea para tomar distancia crítica, como en el caso de reyes milagrosos anteriores a las dinastías de los reyes taumaturgos, cuya analogía sin embargo incorporó en su explicación. A pesar de que éstos no representan filiaciones, sí permiten

²²³ *Ibid*, p. 120

²²⁴ GINZBURG, Carlo, “Prefacio a *I Rei Thaumaturghi* de Marc Bloch”, *Op. cit.*, p. 21.

²²⁵ BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos* *Op. cit.* p. 120.

²²⁶ *Ibid*, p. 120.

apreciar las *causas de las similitudes*, entre los ritos francés e inglés: el rey-mago. Siguiendo de cerca a Sir James Frazer, *La rama dorada*, y *Los orígenes mágicos de la realeza*, pero con unas palabras que recuerdan a Lucien Lévy-Bruhl, autor de *La mentalidad primitiva*, el historiador escribe:

El milagro de las escrófulas se emparenta incontestablemente con todo un sistema psicológico que se puede calificar de “primitivo” por dos razones. En primer término porque era la marca de un pensamiento todavía poco evolucionado y más sumergido en lo irracional; y también porque se lo encuentra en estado particularmente puro en las sociedades que hemos convenido en llamar “primitivas”.²²⁷

Utilizando la primera tipología del método comparativo, Bloch explica que los reyes de Francia e Inglaterra pudieron convertirse en médicos milagrosos, porque desde tiempo atrás eran considerados personajes sagrados: “*sanctus enim et christus Domini est*”. En Francia, los Capetos se presentaron siempre como los herederos auténticos de la dinastía Carolingia, y éstos como descendientes de Clodoveo y los Merovingios. Por su parte, los reyes Normandos de Inglaterra reivindicaron la sucesión de los príncipes anglosajones. En ambos casos, “la filiación es directa y continua”.²²⁸ ¿De dónde viene este origen común?, ¿de las tribus de Oceanía? De ningún modo. La intención del historiador es explicar el grado “particular” que tienen los pensamientos y sentimientos comunes a toda una parte de Europa, e identificar por qué éste apareció en determinado momento, y no en otro, lo mismo en Francia que en Inglaterra, y no en ninguna otra parte.

Sumergido en un análisis de larga duración, y en la segunda tipología del método comparativo, el historiador descubre la evolución del carácter sobrenatural de la realeza, primero germana y después romana; lo mismo que la evolución de las creencias y las ‘representaciones colectivas’ sobre la realeza, que en conjunto explican las filiaciones. Las causas profundas que dieron nacimiento a la institución del toque real, en Francia y en Inglaterra, viene de las realezas germánicas. El ritual de curación de la monarquía francesa e inglesa, tiene así un origen común: la antigua Germania, una de las raíces de la civilización feudal.

²²⁷ *Ibid*, p. 121.

²²⁸ *Ibid*, p. 124.

Es más, el punto V de “Pour une histoire comparée des sociétés européennes” abre, precisamente, con la explicación de las relaciones. “Las similitudes en historia no siempre implican relaciones”, escribe Marc Bloch parafraseando a Renan, y éstas son “las más interesantes de observar pues nos permiten avanzar en la apasionante búsqueda de las causas”.²²⁹ En esto último reside una de las “ayudas más destacadas del método comparativo” a los historiadores: los sitúa en el camino que conduce al “descubrimiento de las verdaderas causas de ciertos fenómenos”.²³⁰ Para el historiador, las similitudes entre procesos no siempre implican relaciones, de la misma manera que las similitudes no implican una filiación. Muchas analogías pueden reducirse a simples imitaciones, a causas similares que actuaron en uno y otro medio en una misma dirección, o a trayectorias paralelas de desarrollo. Incluso, el hecho de que exista el contacto no implica, ni mucho menos, la permanencia y el desarrollo del fenómeno.

Considerando el caso de los Estados generales o provinciales en la Francia de los siglos XIV y XV, aun cuando en esa época ya se había avanzado en la investigación de su historia, Bloch hace hincapié en un problema general de todos los autores de las monografías sobre los Estados provinciales: el problema de los “orígenes”,²³¹ la crítica demoledora de Simiand a la ‘tribu de los historiadores’. Dos operaciones intelectuales “de diferente escala y alcance desigual”, han sido confundidas por los investigadores, escribe Bloch.

Por una parte, han buscado “las instituciones más antiguas” (por ejemplo, las cortes ducales o condales), de las que parecen que los Estados han surgido y evolucionado, y por la otra, “la nueva extensión y el nuevo significado que en un momento dado tomaron estos organismos tradicionales; es decir, su transformación en *Estados*”.²³² De lo anterior, de la reflexión sobre problemas considerados en ocasiones de manera mecánica y reduccionista, surge una de las más bellas frases del artículo, dedicada justo al tema de la explicación de las relaciones: “Descubrir el germen no es lo mismo que revelar las causas de su germinación”.²³³

²²⁹ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 124.

²³⁰ *Ibid.*, p. 124.

²³¹ *Ibid.*, p. 125.

²³² *Ibid.*, p. 125.

²³³ *Ibid.*, p. 125.

¿Cuál es el origen del *État*, francés; de los *Stände*, alemanes; de las *Cortes*, en España; de los *Parliamenti*, en Italia?, ¿emergieron todos ellos de un origen común, hubo quizá alguna influencia mayor, o el parecido de debe a imitaciones, a préstamos o a trayectorias paralelas en las curvas de evolución? , ¿Cómo se explica el nacimiento de las instituciones? ¿Y su desarrollo y nuevo significado en su propia trayectoria histórica? Marc Bloch sienta las bases de la explicación, al señalar que sólo la “comparación de conjunto” resultará útil, puesto que es la única que puede retener dentro de un laberinto formado por una multitud de pequeños hechos locales, dentro de la multitud de causas imaginables, “aquellas que en realidad tuvieron una acción de carácter general, es decir, a sus únicas causas reales”.²³⁴

Un fenómeno general sólo puede tener causas generales, y si existe un fenómeno de amplitud europea, éste es, sin duda alguna, el que aquí he denominado, conservando su nombre francés, como formación de los Estados.²³⁵

Si este es un fenómeno común a la Europa occidental, su explicación no puede ser específicamente germana: los “territorios” constituidos en los siglos XII y XIII en el interior del Imperio, cuyo proceso no debe separarse de la consolidación de los principados feudales en Francia; ni francesa: los “señoríos” de los últimos siglos de la Edad Media e inicios de la época Moderna, cuyos ingresos estaban amenazados por la disminución real de las rentas monetarias, llevó a los señores, ante el peligroso empobrecimiento, “de todos los países a poner fin a dicho peligro”, aun cuando su aplicación, y su éxito, haya sido “muy variable”, señalando entonces las profundas diferencias del mismo movimiento (“uno de los principales intereses de nuestro método”²³⁶). En todo ello, dice el historiador, la tarea reside en observar el “impulso inicial que dio origen a esta inmensa variedad de resultados”: un fenómeno europeo sólo responde a causas europeas.²³⁷

Por ello, al señalar que los estudios comparativos eran “los únicos capaces de disipar el milagro de las causas locales”, refiriéndose también a una tesis del autor de *Recherches historiques sur l'introduction du français dans les provinces du Midi*, A. Brun, quien decía: “Una investigación localizada hubiese provocado una explicación localizada y los caracteres

²³⁴ *Ibid*, p. 126.

²³⁵ *Ibid*, p. 126.

²³⁶ *Ibid*, p. 127.

²³⁷ *Ibid*, p. 128.

generales —que son los únicos que importan— se nos habrían escapado”, Marc Bloch dice que este “brillante discurso” es, por sí solo, una “defensa del método que aquí estoy defendiendo”.²³⁸ Este es el paso, o incluso el “cuarto resultado” del método comparativo, así denominado por el historiador en “Comparación”: “*Capacidad para establecer filiaciones*”.²³⁹

VII. Explicación de las supervivencias

El problema de las supervivencias es la marca de la comparación antropológica en Marc Bloch, sobre todo de Tylor, admirado igualmente por Frazer o Durkheim. Irónicamente, éstas han sobrevivido también en la historia, a través de Fustel de Coulanges o de Bloch, dilatando sus efectos en medios distintos. Atribuidas generalmente a la primera tipología, las supervivencias tienen un papel importante en el método comparativo del historiador.

En el Libro Segundo de *Los reyes taumaturgos*, después del estudio sobre los ‘orígenes’ y las filiaciones del rito taumatúrgico, Marc Bloch reconstruye la larga curva de desarrollo del poder curativo de los reyes de Francia e Inglaterra, desde el siglo XI hasta su declive en el siglo XVIII, en Inglaterra, y en el siglo XIX, en Francia. A lo largo de ocho siglos de historia, Bloch compara a dos sociedades vecinas en tiempos y espacios, considerando las disputas políticas entre las casas reales, los embates teológicos que la reforma gregoriana o el galicanismo, el cambio de pensamiento operado por el Humanismo y el Renacimiento, lo mismo que el cisma producido por la Reforma protestante, y también la persistencia de la práctica taumatúrgica en las casas reales: en 1611, Luis XIII tocó al menos a 2210 personas, y en 1715, en la fiesta de Pentecostés, Luis XIV tocó a 1700 personas.

La comparación se basa en la delimitación de los fenómenos que Bloch compara, es decir: la creencia popular en el carácter sagrado de la nobleza cristiana, lo mismo en Inglaterra que en Francia, y la explicación de la persistencia del ritual de consagración, que hacía de los reyes unos hacedores de milagros. Al estudiar la “historia comparada de las prácticas supersticiosas”,²⁴⁰ lo mismo que la “medicina popular comparada”,²⁴¹ la intención del historiador

²³⁸ *Ibid*, p. 128, n. 18.

²³⁹ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* 111.

²⁴⁰ BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.* p. 245.

es rastrear “la conciencia colectiva”²⁴² y explicar el éxito del tacto real, su difusión y popularidad a escala europea, y la recepción de éste en lo que Marc Bloch llamaba: “la opinión común”,²⁴³ “el sentimiento público”,²⁴⁴ las “representaciones intelectuales y sentimentales”,²⁴⁵ o “el alma popular”.²⁴⁶

La búsqueda del prestigio y la legitimidad de las monarquías francesa e inglesa, —en constante enfrentamiento con la Iglesia—, hacía del rito de curación un extraordinario medio propagandístico que reafirmaba, frecuentemente, de “forma institucional, precisa y estable”,²⁴⁷ el origen sobrenatural de los reyes, que buscaban el control de la misma Iglesia, al mismo tiempo que reubicaba, constantemente, en el ambiente de veneración religiosa de la época, la concepción de la realeza sagrada y maravillosa. ¿Cómo entender el otorgamiento de las limosnas a los escrofulosos que buscaban al rey, y que llegaban provenientes de todas las regiones de la Europa occidental, si no por esta necesidad, por un lado, de curarse por el tacto real y, por el otro, por esta reafirmación de la legitimidad política de los soberanos?

La precaución se impone. Para constatar por qué tenía lugar el rito de curación de los reyes de Francia e Inglaterra a lo largo de tantos siglos, que van desde la Edad Media a los tiempos modernos, es necesario explicar por qué era necesario, cuáles eran los fines de los cuales estaba siendo objeto. La supervivencia se explica, entonces no tanto por el hecho de haber sobrevivido, sino por las causas que, en otro tiempo, permiten su arraigo y desarrollo. Al respecto, Marc Bloch decía lo siguiente:

No obstante, no es suficiente con la constatación de la “supervivencia”. Aún es necesario indicar que el hecho interesante y que, por tanto, debe ser explicado es precisamente el mantenimiento del rito o de la institución que en apariencia es discordante con el nuevo medio.²⁴⁸

²⁴¹ *Ibid*, p. 241.

²⁴² *Ibid*, p. 257.

²⁴³ *Ibid*, p. 305.

²⁴⁴ *Ibid*, p. 309.

²⁴⁵ *Ibid*, p. 347.

²⁴⁶ *Ibid*, p. 333.

²⁴⁷ *Ibid*, p. 237.

²⁴⁸ BLOCH, Marc, “A favor de una historia comparada de las sociedades europeas”, *Op. cit.* p. 117, n. 6.

Provenientes de los más recónditos lugares de la geografía del reino, cuando los enfermos, después de un largo y penoso peregrinaje, se presentaban ante el soberano, recibían una limosna, que con el paso del tiempo se convirtió en “un incentivo para quienes tal vez dudaban en hacerse tocar”,²⁴⁹ pues como Bloch escribió: “Cada pretendiente debió tratar de atraer, por todos los medios, a los escrofulosos en busca de curación”.²⁵⁰ ¿Cómo entender la adaptación oficial de una vieja receta mágica, como los anillos medicinales o *cramp-rings*, (anillos contra “el calambre”: la epilepsia) por el rey Eduardo II de York, si no por “reafirmar su autoridad claudicante”²⁵¹ cuya impopularidad le llevó a institucionalizar y hacer oficial una receta de la medicina popular inglesa, con la finalidad de permitirle reforzar su carácter sagrado y, gracias a ello, legitimarse frente a las multitudes que creían en el poder curativo de las reliquias?

O incluso, ¿qué pensar de las leyendas de la Santa Redoma entregada por Dios a los merovingios; de la oriflama, la lanza en llamas del “estandarte” de “cendal rojo”; del signo real: el *naevus* en forma de cruz; de las maravillosas flores de Lis que se volvieron representativas del blasón de los reyes Capetos; del Óleo Santo y los anillos medicinales venidos de la medicina popular e incorporados por los Plantagenet al ceremonial cristiano, si no el enriquecimiento del ritual y la reactualización del ciclo monárquico? Generalmente de origen popular, las reliquias se volvieron oficiales: útiles para reconstruir el ciclo monárquico y engrandecer la gloria de las dinastías reinantes. La exaltación del poder de curación de los reyes fue una manifestación que trató de reforzar el prestigio religioso y sobrenatural de los reyes de Europa, y es un fenómeno que en el transcurso de los siglos se reproduce con regularidad. Al respecto, Bloch señalaba:

cuando había que reparar las menguas sufridas por la popularidad de la casa real; siempre el ciclo de la realeza sagrada, y en particular el poder taumátúrgico, suministraban a la propaganda real sus temas predilectos.²⁵²

La operación era posible gracias a la persistencia de “las representaciones colectivas”, profundas y milenarias, atribuidas al carácter sobrenatural y maravilloso de los reyes, que

²⁴⁹ BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos Op. cit.* p. 188.

²⁵⁰ *Ibid*, p. 189.

²⁵¹ *Ibid*, p. 255.

²⁵² *Ibid*, p. 217.

originaron el tacto de las escrófulas. En la sección en la cual Marc Bloch emprendió la búsqueda de reyes milagrosos anteriores a las dinastías de los reyes taumaturgos, el recurso a la comparación diacrónica le fue útil para encontrar estos caracteres originales de un medio social y apreciar las similitudes sobre el carácter sobrenatural de las creencias colectivas. De esta manera, cuando él aborda el análisis de esta tendencia profunda de “las representaciones colectivas”, se cuestiona:

¿No es por demás evidente que este rito, en apariencia tan singular, fue en las sociedades medievales y modernas apenas *el último eco* de estas creencias “primitivas” que la ciencia de hoy, gracias al estudio de los pueblos salvajes, ha logrado reconstruir?²⁵³

A pesar de que en el estudio de las tribus de Oceanía, que Frazer describe en *La Rama Dorada*, Bloch encuentra “ideas comunes a toda la humanidad” sobre los jefes, ideas que datan desde el periodo neolítico donde se otorga al jefe un culto de calidad de ser sobrenatural, él manifiesta que éstas son comunes a toda la humanidad, aunque recibieron, “aplicaciones diferentes según los lugares y las circunstancias”.²⁵⁴ Por ello, después de aclarar que el concepto de la realeza sagrada floreció en otros lugares, menciona: “no cabe esperar que encontremos en Europa todas las instituciones de Oceanía”.²⁵⁵ O bien, sentencia: “cuidemos de cometer el error inverso y no transportemos las antípodas enteras a París o Londres”.²⁵⁶ De esta forma, el historiador explica que los reyes de Francia e Inglaterra pudieron convertirse en médicos milagrosos, porque desde tiempo atrás eran considerados personajes sagrados. Su origen data de las realezas germánicas, como Bloch estudió, aunque al hacerlo, advirtió: “con ellas estaremos tocando un fondo de ideas e instituciones extremadamente arcaicas”.²⁵⁷

Al analizar las series de los lugares en los cuales se dio la prolongada popularidad de los ritos de curación, además de ubicar uno u otro rito en ese ambiente maravilloso con el que los pueblos de la Europa Occidental concibieron a sus reyes durante siglos, Marc Bloch muestra, con tanta o más fuerza, las *supervivencias* de las milenarias ‘creencias colectivas’, evitando reducir a los pueblos de la Edad Media al nivel de los “salvajes” o las “sociedades primitivas”,

²⁵³ *Ibid*, pp. 120-121

²⁵⁴ *Ibid*, p. 123.

²⁵⁵ *Ibid*, p. 123.

²⁵⁶ *Ibid*, p. 123. (Las cursivas son mías).

²⁵⁷ *Ibid*. p. 124.

tan estudiadas por etnólogos y durkheimianos, pero interpolando curvas de evolución paralelas. “En el mundo maravilloso donde creían vivir nuestros antepasados”, dice Marc Bloch, “¿qué fenómeno no se explicaba por causas que sobrepasaban el orden normal del universo?”.²⁵⁸

El historiador enfatizaba que cualquier supervivencia, “sólo por el simple hecho de su conservación en apariencia singular”, debía ser estudiada “dentro del medio en que se conservó”. Es decir:

Así, por ejemplo, los poderes curativos que durante la Edad Media, y aún con posterioridad, se reconocen a ciertos soberanos europeos nos son mucho más fáciles de explicar desde que la etnografía nos ha permitido reconstruir la atmósfera psicológica en que se desarrollaron creencias análogas a éstas. Pero el hecho, en tanto que tal, no se puede reducir sin más al tipo de las sociedades primitivas pues este tipo de fenómenos apareció en el siglo X en el seno de una sociedad mucho más evolucionada.²⁵⁹

Al final del Libro Segundo y, fundamentalmente en el Libro Tercero, M. Bloch analiza la manera en que se perdió la fe en el milagro real, particularmente en Francia, puesto que en Inglaterra pasó algo distinto al caso francés: la laicización de la monarquía.

Lo que le permitió *sobrevivir* fue también, a medida que transcurrían los siglos, el testimonio acumulado de sucesivas generaciones que creyeron en tales hechos, en los que no se podía dudar y que aparecían basados, según se decía, en la experiencia.²⁶⁰

Las creencias en el milagro real encontraban su base en esta aureola mágica con la que las gentes de la Edad Media concebían al mundo y a sus reyes, pero con el paulatino fortalecimiento del Estado monárquico ante el poder de la Iglesia, la evolución intelectual del Renacimiento y sobre todo del siglo XVIII:

la decadencia del milagro real se halla estrechamente ligada a este esfuerzo de los espíritus, al menos en una élite, por eliminar del orden del mundo lo sobrenatural y lo arbitrario y por concebir las instituciones políticas con un enfoque exclusivamente racional.²⁶¹

²⁵⁸ *Ibid*, p. 526.

²⁵⁹ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 111.

²⁶⁰ BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos*, *Op. cit.* pp. 526-527. (Las cursivas son mías).

²⁶¹ *Ibid*, pp. 479-480.

Sumado a la progresiva influencia del Estado en la vida pública, (que substituyó en el orden de las cosas mundanas a lo divino) y a la transformación de las creencias populares sobre el soberano (sobre todo en Francia) pues éste dejaba de ser un personaje que había obtenido por herencia su don maravilloso, para convertirse en un personaje que era un representante hereditario del poder político estatal. Por esta razón, esta lenta transformación de las conciencias, operada en un largo período de transformaciones culturales, a pesar de que no eliminó totalmente la creencia en lo maravilloso, en lo próximo o lo sensible; o las visiones que desdoblaron al mundo al revestirlo con formas sagradas y mágicas, sí hizo posible que tanto la creencia en los reyes, durante siglos considerados taumaturgos o hacedores de milagros, como la creencia en el milagro (“lo que creó la fe en el milagro fue la idea de que tenía que tratarse de un milagro”²⁶²), sucumbieran conjuntamente.

Esto último es lo que Marc Bloch, en “Comparación”, denominó: el “segundo resultado” del método comparativo, o sea, la “*Capacidad para explicar las supervivencias y para realizar la interpolación de curvas de evolución*”.²⁶³

III. Sobre el método y la unidad del análisis

Claramente diferenciados por Marc Bloch, dos son los momentos o las etapas del procedimiento del método comparativo. Por un lado, la elección y el descubrimiento de los fenómenos, encuadrándolos en la comparación diacrónica o sincrónica; y por el otro, la interpretación de los problemas. Pero los pasos que integran la compleja interpretación de las similitudes y las diferencias no pueden ser disociados con facilidad, ni deben ser seguidos en el orden en el cual han sido presentados. No los divide una línea infranqueable ni los enlista un orden preestablecido con anterioridad. No hay mecanicismo en su aplicación ni reduccionismo de la realidad en formulas metodológicas. Porosos, los contornos que dividen un paso del procedimiento se confunden con el otro que les sigue o incluso con el que les antecede. Y sin embargo, todos ellos sirven para algo distinto, por lo cual deben ser analizados por separado.

²⁶² *Ibid*, p. 526.

²⁶³ BLOCH, Marc, “Comparación”, *Op. cit.* p. 110.

El movimiento de la puesta en marcha del método comparativo viene dado por los problemas a resolver, y éstos quedan subsumidos en la narración del historiador. Así, es en su obra, y no en los artículos de método, donde el método comparativo se encuentra en pleno movimiento: se mueve en la medida que va armando la historia comparada de las estructuras rurales y de las creencias colectivas, o las de la sociedad feudal y el señorío en Francia e Inglaterra. Aunque en ocasiones es evidente y hasta sobresaliente, la mayoría de las veces suele ser discreto: va corriendo subrepticamente por debajo de la superficie de la narración, aunque la dota con su carácter y naturaleza. Restituir la dinámica de un método como éste implica observarlo detenidamente en la medida que sirve para escribir la historia. Si aquí he mostrado los pasos que integran el procedimiento, ha sido con la intención de saber *cómo* comparaba el historiador comparatista, a qué paso corresponde cada uno de los análisis que él desarrolla y cómo este método sirvió para escribir la historia comparada, pero ello a condición de alterar el *continuum* de la narración y la explicación del historiador. En cierta medida, este ha sido tan sólo un fotograma de una película de larga duración.

El dinamismo y la agilidad interna del procedimiento irrumpen en la medida en que lo hace el cuestionario: la necesidad de conocer, la voluntad de probar. Es un movimiento complejo que parte de lo que se busca, pero la confirmación del hallazgo tentativo también modifica la pregunta inicial, refinándola y orientando el timón hacia otro rumbo, haciendo del planteamiento de las hipótesis una operación que gira en dos niveles distintos, pero relacionados intrínsecamente: el análisis de los hechos observados; y a partir de los casos particulares, la síntesis.

Esto permite observar la composición de la obra y el cuestionario de la investigación. De manera sorprendente, el resultado echa luz sobre las preguntas iniciales. Por ejemplo, en *Los reyes taumaturgos*, es probable que el historiador se haya cuestionado ¿de qué están compuestas las antiguas creencias colectivas sobre el poder sobrenatural atribuido a los ‘reyes-magos’?, ¿de dónde viene el ritual taumatúrgico practicado por los reyes ingleses y franceses?, ¿tiene éste un origen común, o es una respuesta del espíritu humano ante causas parecidas?, ¿las analogías se deben a coincidencias, imitaciones o a influencias mutuas?, ¿cómo se explican las supervivencias en la Edad Media de las antiguas creencias sobre los

‘reyes-magos’, que durante ocho siglos fueron puestas en práctica en uno y otro lado del Canal de la Mancha? Las preguntas llevan una orientación que marca el resultado concreto del hallazgo: unidades de análisis, influencias, filiaciones, supervivencias. A juzgar por sus resultados, y sin que pueda ser identificado únicamente con el cuestionario, el método comparativo arroja luz sobre el comienzo de la investigación.

En el procedimiento de este método está la innovación del historiador. Utilizando las formas anteriores, él definió un método capaz de *recrear* las experiencias dentro de la historia, un sustituto de la experimentación: la oportunidad de aprender de algunos factores cuya combinación permita obtener lecciones para la reflexión histórica. El pasado está lleno de enseñanzas para la acción en el tiempo presente, al igual que éste también permite comprender el tiempo anterior. La comparación permite descubrir las experiencias “naturales del pasado” entre dos o más fenómenos de medios sociales diferentes, cercanos o lejanos en tiempos y espacios, entre los cuales existiese, de entrada, ciertas analogías entre sí. Pero aun cuando dos fenómenos históricos guarden un parecido extraordinario, nunca serán idénticos. Los que sí “permanecen idénticos, son algunos factores cuya combinación varía más o menos”, dice Bloch, señalando que la tarea es “hacer variar esos factores de modo que se puedan apreciar sus efectos, en eso consiste precisamente una experiencia”.²⁶⁴ Provocar la sensación de ponerlas a prueba, de recrearlas para comprender y demostrar, es practicar el método comparativo en el terreno de la historia.

Esta innovación blochiana, simbolizada en el procedimiento del método comparativo, no es la invención total, inesperada y espontánea, producto del genio creador, sino la original asimilación de elementos pertenecientes a diversas tradiciones en un método, distinto por completo y más potente que los anteriores. Las correspondencias entre disciplinas, las influencias diversas y la formación de redes intelectuales en campos distintos, pero sobre todo la convergencia excepcional por la comparación en una coyuntura específica, facilitaron la serie de intercambios, asimilaciones y toma de distancia crítica hacia las innovaciones de los campos vecinos. Marc Bloch, historiador, lector y crítico, cuya obra se caracteriza por la originalidad y la unidad heurística de sus análisis, concedió una atención sorprendente al

²⁶⁴ BLOCH, Marc, “Que demander à l’histoire?”, *Op. cit.*, pp. 10 y 11.

movimiento de las ciencias de su época, encabezando en Francia y en los dominios de la historia *annalista*, la profunda confluencia de las ciencias humanas.

Filtrados de una disciplina a otra, de un comparatista a otro, los elementos del método comparativo de Marc Bloch han traspasado las fronteras epistémicas con facilidad extraordinaria, hasta concretizarse en la historia de manera diferente a la que Fustel o Pirenne hicieron en su época. La comparación de larga distancia, préstamos y supervivencias, huella del difusionismo y evolucionismo, recurridos tanto en la etnología como en la lingüística o la sociología, están incluidos en el procedimiento de la comparación histórica, a modo de explicar las relaciones entre los fenómenos, sean en sociedades próximas o en las más lejanas. Así, los elementos que integran los pasos del procedimiento blochiano tienen orígenes distintos. Son varias las historias que ahí se encuentran reunidas, conciliadas, adaptadas. Las filiaciones intelectuales mostraron las vías por las cuales una constelación fue recibida y posteriormente adaptada, pero filiación no es sinónimo de adaptación, aunque sugiere una pista para su explicación.

Su presencia no sólo representa una asimilación de las otras formas de la comparación, sino la sobrevivencia de estos aspectos en un medio nuevo, distinto, que hace posible su uso. En la medida que en la antigua geografía sirvieron para conocer e interpretar las relaciones entre las similitudes o las diferencias de los fenómenos, estos 'pasos' adquirieron una nueva actualidad. ¿La explicación? La relación de la historia con las ciencias humanas: la necesidad de explicar, de comprender y demostrar más allá de los marcos tradicionales del análisis histórico. No son los temas *per se*, sino las unidades de análisis, las que producen la demolición de los marcos disciplinares. No es el simple hecho de contrastar dos o más fenómenos, sino de definir, a partir de los hechos observados de manera particular, cuáles son las características fundamentales que constituyen el perfil de cada uno de los fenómenos a comparar, intentando descifrar por qué se parecen, pero también por qué son distintos.

Ningún método nace armado y éste no es la excepción. Definido como una herramienta para construir la historia comparada de las sociedades europeas, o el método comparativo en la historia, las etapas de su desarrollo sobrepasan las fronteras de la historia como ciencia. Se

encuentra así la explicación de su origen y potencial: la transgresión del nacionalismo y los compartimentos estancos del análisis político, era una tarea cuya realización demandaba la superación historiográfica de la disciplina; los problemas a resolver y la configuración de las unidades de análisis traspasaban los territorios de caza de los historiadores; las técnicas de observación, análisis y explicación, por ende, tampoco surtían efecto ante problemas nuevos, planteados a partir de un espíritu de investigación transgresor de los cánones tradicionales; todo ello configuró la circunstancia del método comparativo: la vinculación de la historia con las ciencias humanas. Y esta es también la explicación de su potencial: elementos de distintas formas del método comparativo están constituidos en torno de una nueva arquitectura: la historia comparada de las civilizaciones europeas, que al estar nutrida de elementos anteriores, emerge vigorosa, fecunda, prometedora.

Este es el aporte fundamental del autor como descubridor. No descubre en terreno árido, a partir de una genialidad inmanente predestinada a desarrollarse. Marc Bloch aprovechó su posición en la encrucijada de numerosas corrientes culturales e intelectuales, por donde transitaban las fructíferas y novedosas lecciones del método comparativo, en sus distintas formas, en sus diversas aplicaciones. A lo largo de la coyuntura y desde todas las direcciones: la lingüística histórica francesa, la sociología durkheimiana, la historia de Pirenne, e incluso de movimientos anteriormente ubicados en la cima del reconocimiento y la admiración internacional, y después en vías de eclipsarse, como el evolucionismo etnológico, Bloch fue un magnífico receptor, siempre curioso, osado y sobre todo crítico, antes de ser, y quizá por ello mismo, capaz de irradiar, con fuerza y vitalidad, las lecciones del método comparativo, desde la historia, por supuesto, pero con el altoparlante de las ciencias humanas.

Su propia definición del método comparativo en historia demuestra los préstamos de las experiencias anteriores, pero demuestra también la maleabilidad a la que fueron objeto y la razón de su permanencia en una arquitectura distinta, original, nueva. Esto explica la atención que el método comparativo blochiano ha tenido incluso más allá de la historia, puesto que ha sido recuperado en diversas ciencias del hombre. Este carácter que traspasa las fronteras de la disciplina, le viene dado por su propia gestación: el cosmopolitismo intelectual, y el trabajo de síntesis que de este paradigma ampliamente utilizado en las ciencias del hombre, ha hecho el

historiador. Quizá por todo ello su definición de la comparación en la historia es todavía la más sólida, completa y duradera, que existe en el panorama historiográfico contemporáneo.

En este sentido, la operación de Marc Bloch puede definirse con el término hegeliano de *Aufhebung*, puesto que supera lo anterior a partir de lo mejor de sí mismo. Este complejo mecanismo crea la síntesis, por un lado, y la dialéctica, por el otro. La recuperación crítica, dinámica y original, se manifiesta en los préstamos de los mejores rasgos de las influencias intelectuales, pero en la superación del énfasis concedido a las similitudes o a las diferencias, se encuentra la dialéctica entre éstas. Es por ello que esta visión más equilibrada permite no sólo evitar las falsas analogías y la falsa comparación, sino superar el carácter reactivo de las experiencias anteriores y los sesgos instrumentales. Al equilibrar la balanza, el debate entre las posturas ideográficas y nomotéticas presentes en el seno de las disciplinas, y el énfasis en los aspectos particulares (el carácter único e irreplicable de los acontecimientos, tan caro al historicismo) o en los generales (la formulación de series, tendencias, procesos), adquiere, con el método comparativo de Marc Bloch, las dimensiones de una propuesta que permite superar esta antinomia.

A esto se debe 'la suerte de aprovechar la coyuntura'. En este movimiento de acercamiento y distanciamiento, de crítica y recuperación selectiva y vigilante, de préstamos y rechazos, de asimilación y revolución del conocimiento aprendido, están las claves para entender el papel de Bloch: traductor y creador, lector y crítico, y la capacidad de aprovechar la buena suerte, no por el simple hecho de aprovechar, sino por el hecho de tener la suerte de poder aprovecharla.

Su pregunta acerca del carácter particular e irreplicable del feudalismo, o de la posibilidad que éste pudiera encontrarse en otra geografía, como Japón, es a su manera una pregunta parecida a las que etnólogos, sociólogos y lingüistas se habían hecho anteriormente: ¿cuáles son los caminos de la evolución social?, ¿puede establecerse una clasificación de las sociedades para indagar por qué algunas son tan distintas y otras tan parecidas?, ¿cómo precisar sus diferencias y similitudes, por contactos, préstamos o acciones comunes? O como se preguntaba Bloch al respecto de la fase feudal: "¿Ha habido otras sociedades que hayan

pasado por ella? Y si es así, ¿bajo la acción de qué causas, quizá comunes? Este es el secreto que encierran los futuros trabajos”.²⁶⁵

Para responder a estos cuestionamientos, en todas las disciplinas hubo necesidad de recurrir al método comparativo. Pero en las diferentes escalas de la comparación, o de las formas adoptadas por el método, según fuera el problema, según la disciplina, subyace el hecho fundamental, aunque en ocasiones desapercibido: *por qué comparar*. Es decir, ¿por qué esta tenaz preocupación por las similitudes y las diferencias? ¿Será acaso la antiquísima preocupación del cazador, que siguiendo el rastro del animal y haciendo una lectura indiciaria de las señales, los indicios y las pistas, contrastaba los síntomas, permitiéndole esta operación de velocidad fulmínea, identificar y comprobar la autenticidad de algo, la *identidad* de algo, así como también la *alteridad* o la condición del otro?, ¿o quizá pudiera ser la preocupación del historiador griego del siglo V, a.C., llamado Heródoto, quien al estar indagando sobre la identidad y la condición griega o helena con el resto del mundo conocido, comparó la organización política griega: las *poleis*, la democracia, la ciudadanía, la patria y los valores distintivos de la civilización griega, con los ‘bárbaros’?

Osada y peligrosa, es posible sugerir una conexión. Entre el inventario de las características y *las formas de las comparaciones*, se observan *las relaciones entre éstas*; o sea, las similitudes de las formas a partir de su *función* (despersonalizando el caso concreto, el personaje específico, la disciplina en particular): leer el ‘libro’ de la naturaleza, observar con claridad, analizar desde perspectivas más amplias, establecer relaciones explicativas entre los fenómenos, descifrar las causas de las analogías y las diferencias. Estas similitudes entre lo que se hace y cómo se hace, revelan profundas y antiquísimas *homologías*, y explican la vigorosidad de las comparaciones, su vigencia y actualidad. Así, tanto en el presente como en el pasado, y quizá el pasado que se hunde en la noche de los tiempos, el *por qué* de la comparación mantiene un genuino sentido y significado: su capacidad para descifrar aspectos vitales del funcionamiento del mundo, sea en el pasado más distante, sea en el presente más próximo.

²⁶⁵ BLOCH, Marc, *La sociedad feudal*, Op. cit. pp. 460-461.

En esta base se encuentran las formas de la comparación, las causas de sus mutaciones, la explicación de las características de sus formas y las relaciones entre éstas, en la medida en que se relacionan con el conjunto y siguen transformándose. Estratificadas, vinculadas entre sí y aun a pesar de sus inevitables y profundas diferencias, de sus inmensos movimientos de muy larga duración, las formas y sus funciones presentan homologías entre Bloch, Frazer, Pirenne, Durkheim y Meillet, todos ellos comparatistas, al igual que con ese viejo 'padre de la historia', quien escribió una historia "así de los griegos como de los bárbaros"; o con el todavía más longevo cazador del neolítico, quien al leer las huellas quizá descubrió algo más que la cacería, ese saber de tipo venatorio, es decir, descubrió la narración, pero contada a través de la operación intelectual de contrastar los síntomas, aparentemente insignificantes, que el animal va dejando a su paso.

Observada desde esta perspectiva, esta 'historia de Marc Bloch y de las formas de la comparación' no es más que un fragmento de una historia más amplia: la del método comparativo. Y ésta es tan sólo la de una etapa, o mejor dicho, la de una era: la historia de la comparación. En esta historia inmensa y longeva, todas las historias que la componen guardan profundas similitudes, pero también importantes diferencias. Continuamente readaptadas, modernizadas o actualizadas en formas distintas, las similitudes y las diferencias ponen a prueba a todas las formas de la comparación.

BIBLIOGRAFÍA

La diversidad de los temas abordados a lo largo de la investigación ha hecho difícil una clasificación más rigurosa de la bibliografía. Ante la dificultad de agruparla por completo en secciones que faciliten la consulta de los textos, he seguido una clasificación que respeta la arquitectura de la investigación, de acuerdo a los capítulos que la integran. Por lo tanto, la presentación bibliográfica obedece estrictamente al orden alfabético de los autores. Sin embargo, con la excepción del último capítulo dedicado al análisis de la obra de Marc Bloch, la bibliografía fue clasificada de manera distinta, con la intención de presentar acercamientos a diversos aspectos de la obra del historiador francés.

Dicho lo anterior, la bibliografía se compone por las siguientes secciones:

I) Bibliografía del Primer Capítulo; **II)** Bibliografía del Segundo Capítulo; **III)** Bibliografía del Tercer Capítulo; **III.I)** La obra de Marc Bloch: 1) Bibliografía general; 2) Libros; 3) Libros publicados después de su muerte; 4) Compilaciones de artículos; 5) Correspondencia. **III.II)** Estudios sobre Marc Bloch: 1) Biografías, memorias de coloquios, monografías y prefacios; 2) Estudios generales.

I. Bibliografía del primer capítulo.

- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *Microhistoria italiana: modo de empleo*. Fundación Centro Nacional de Historia, Caracas, 2009.
- , "Indicios, lecturas indiciarias, estrategia indiciaria y saberes populares. Una hipótesis sobre los límites de la racionalidad burguesa moderna", en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 7, (Dossier: *Retorno al paradigma indiciario*) Año 4, México, septiembre 2006- febrero 2007, pp. 37-62.
- AUBRY, Andrés, *Chiapas a contrapelo. Una agenda de trabajo para su historia en perspectiva sistémica*. Contrahistorias, México, 2005.
- AUERBACH, Eric, "La cicatriz de Ulises", en *Mímesis. La representación de la realidad en la literatura occidental*. (Col. Lengua y Estudios Literarios) Trad. I. Villanueva y E. Ímaz. Fondo de Cultura Económica, México, 11ª reimp. 2011, pp. 9-30.
- BASCHET, Jérôme "(Re) discutir sobre la historia", en *Chiapas* núm. 10. IIE-UNAM y ERA, México, 2000, pp. 7-41.
- BENJAMIN, Walter, *Dos ensayos sobre Goethe*. Trad. G. Calderón y G. Mársico, Gedisa, Barcelona, 1996.
- , *Tesis sobre la historia y otros fragmentos*. Traducción y Presentación de Bolívar Echeverría. Contrahistorias, México, 2005.
- BERR, Henri, *Al margen de la historia universal*, (Col. La Evolución de la Humanidad) Trad. José López Pérez, UTEHA, México, 1961.
- BLOCH, Marc, *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Trad. del francés por M. Jiménez y D. Zaslavsky. Edición crítica preparada por Étienne Bloch, Presentación a la edición en español de Carlos Antonio Aguirre Rojas y Presentación a la edición francesa de Jacques Le Goff. Fondo de Cultura Económica, México, 1998, pp. 153-154.
- BRAUDEL, Fernand, "Historia de las civilizaciones: el pasado explica el presente", en *Las ambiciones de la historia*. Trad. María José Furió. Edición Preparada y presentada por Roselyne de Ayala y Paule Braudel. Prólogo de Maurice Aymard. Crítica, Barcelona, 2002, pp. 196-241.
- , "La larga duración" [1958], en *La historia y las ciencias sociales*. Alianza Editorial, Madrid, 1989, pp.60-106.

- , "Prólogo a la edición francesa", en *El Mediterráneo y el Mundo Mediterráneo en la época de Felipe II*, [1949] (Sección de Obras de Historia) FCE, México, 1953, Vol. 1, pp. XIII-XXI.
- , *Civilización Material, Economía y Capitalismo. Siglos XV-XVIII. Las estructuras de lo cotidiano: lo posible y lo imposible*, Trad. Isabel Pérez Villanueva Tovar. Presentación de Felipe Ruíz Martín. Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- , *Las civilizaciones actuales. Estudio de historia económica y social*. [1963] Trad. J. Gómez y Mendoza y Gonzalo Anes. Tecnos, Madrid, 12ª. Reimp., 2000.
- , *Memorias del Mediterráneo. Prehistoria y antigüedad*, Trad. Alicia Martorell, Edición de Roselyne Ayala y Paule Braudel, Prefacio y notas de Jean Guilaine y Pierre Rouillard, Cátedra, Madrid, 1998.
- CALVINO, Ítalo, "La oreja, el cazador y el chismoso", en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío* núm. 7., *Op. cit.*, pp. 65-70.
- CASSIRER, Ernst, *Antropología filosófica*. Fondo de Cultura Económica, México, 1963.
- COLINO, Cesar, "Método comparativo", en REYES, Román, (Dir.) *Diccionario Crítico de Ciencias Sociales. Terminología Científico Social*, Plaza y Valdés, Universidad Complutense de Madrid, México-Madrid, 2009.
- COULANGES, Fustel, *La ciudad antigua*, [1864] Prólogo de Carlos García Gual, Trad. Alberto Fano, Editorial EDAF, Madrid, 1982.
- DÄLLENBACH, Lucien, *Le récit spéculaire: essai sur la mise en abyme* (Col. Poétique) Seuil, París, 1977.
- DETIENNE, Marcel, *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*. Sexto Piso, México, 2004.
- , *Comparar lo incomparable. Alegato en favor de una ciencia histórica comparada*, (Col. Historia, Ciencia, Sociedad), Trad. Marga Latorre, Península, Barcelona, 2001
- DOSSE, François, *Historia del estructuralismo*, Tomo 1: *El campo del signo, 1945-1966*. Trad. María del Mar Linares, Akal, Madrid, 2004.
- , *La historia: Conceptos y escrituras*, (Col. Claves) Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires, 2004.
- DROYSEN, J. G., *Alejandro Magno*, [1883] (Sección de Obras de Historia) Traducción y Presentación de Wenceslao Roces, Fondo de Cultura Económica, México 2ª ed. 1988.
- DURKHEIM, Émile, "Debate sobre la explicación en historia y en sociología", [1908] en *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias sociales*. Traducción, introducción y notas de Santiago González Noriega. Alianza Editorial, Madrid, pp. 299-320.
- EACHEVERRÍA, Bolívar, "La historia como desencubrimiento", en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 1. (Dossier: *Microhistoria Italiana*) Año 1. México, septiembre 2003-febrero 2004, pp.29-34
- ECO, Humberto y SEBEOK, Thomas A. (eds.) *El signo de los tres. Dupin, Holmes, Peirce*. Lumen, Barcelona, 1989.
- ENGELS, Friedrich, *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1975.
- EVANS-PRITCHARD, E.E. *Las teorías de la religión primitiva*. [1965], México: Siglo XXI Editores. 8ª edición 1991(1ª edición, en español 1973).
- FINLEY, Moses I., "Mito, memoria e historia", en *Uso y abuso de la historia*, Trad. Antonio Pérez-Ramos. Crítica, Barcelona, 1984, pp. 11-44.
- FINLEY, Moses I., *Los griegos de la antigüedad*. (Nueva Colección Labor) Prólogo de José Alsina, Editorial Labor, Barcelona, 1962.
- FINLEY, Moses, *El mundo de Odiseo*. (Col. Biblioteca Joven) Trad. Mateo Hernández Barroso. Fondo de Cultura Económica y Consejo Nacional de Recursos para la Atención a la Juventud, México, 1984.
- FINLEY, Moses I., *Esclavitud antigua e ideología moderna*, Trad. Antonio-Prometeo Moya, Crítica, Barcelona, 1982.
- FONTANA, Joseph, *Europa ante el espejo* (Col. Biblioteca de Bolsillo), Crítica, Barcelona, 2000.
- FOUCAULT, Michel, *L'Orde du discours*. Gallimard, París, 1970.
- GILLY, Adolfo, SCI Marcos y Carlo Ginzburg, *Discusión sobre la historia*, Taurus, México, 1995.

- GINZBURG, Carlo, *Los Benandanti. Brujería y cultos agrarios entre los siglos XVI y XVII*. Presentación de Carlos Antonio Aguirre Rojas. Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 2005.
- , *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*. Océano, México, 1ª reimpresión, 2000.
- , *Historia nocturna. Las raíces antropológicas del relato*. Península, Barcelona, 2003.
- , *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 2ª. reimp.1999.
- , *Pesquisa sobre Piero*. Muchnik Editores, Barcelona, 1984.
- , *El juez y el historiador. Acotaciones al margen del caso Sofri*. Trad. Alberto Clavería, Anaya y Mario Muchnik, Madrid, 1993.
- , *History, Rhetoric and Proof. The Menahem Stern Jerusalem Lectures*. Hanover, N.H, and London University Press of New England, 1999.
- , *Ojazos de madera. Nueve reflexiones sobre la distancia*. Península, Madrid, 2000.
- , *Ninguna Isla es una Isla. Cuatro visiones de la literatura inglesa desde una perspectiva mundial*. Trad. María Jiménez Mier y Terán. Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003.
- , *Tentativas*. Traducción de Ventura Aguirre Durán. Prólogo de Carlos Antonio Aguirre Rojas. Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, Morelia, 2003.
- , *El Hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso, lo ficticio*, Trad. Luciano Padilla López (Sección de Obras de Historia), FCE, Buenos Aires, 2010.
- , "Huellas. Raíces de un paradigma indiciario" [1979] en *Tentativas, Op. cit.* pp. 93-155.
- , "Reflexiones sobre una hipótesis: el paradigma indiciario, veinticinco años después", en *Contrahistorias*, núm. 7, *Op. cit.* pp. 7-16.
- , "Intervención sobre el 'paradigma indiciario'", en *Tentativas Op. cit.* pp. 157-175.
- , "¿Qué he aprendido de los antropólogos?", en *Alteridades*, núm. 38, Vol. 19, México, Universidad Autónoma Metropolitana, julio-diciembre, 2009, pp.131-139.
- , "Anacharsis interroga a los indígenas. Una nueva lectura de un viejo Best seller", en *El hilo y las huellas, Op. cit.*, pp. 197-217.
- , "Aristóteles, la historia, la prueba". Trad. José Luis Bernal, en *Ruptura*, núms. 10-11 (Dossier: *Carlo Ginzburg*). Villahermosa, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Marzo-junio 2002, pp.
- , "Datación absoluta y datación relativa: sobre el método de Longui", en *Tentativas, Op. cit.* pp. 117-196.
- , "De A. Warburg a E.H. Gombrich. Notas sobre un problema de método", en *Mitos, Emblemas, Indicios. Morfología e historia*, Gedisa, Barcelona, 2ª. reimp.1999, pp. 38-93.
- , "Semejanzas de familia y árboles de familia: dos metáforas cognoscitivas", en *Contrahistorias*, núm. 7 *Op. cit.* pp. 17-36.
- , "Ginzburg: "La mirada del historiador es más relevante que su objeto de estudio", [Entrevista con César Güemes], en *La Jornada*, Martes 23 de marzo de 1999.
- GLOTZ, Gustave, *La ciudad griega*. (Col. La Evolución de la Humanidad) Trad. José Almoína, Apéndice de Paul Cloché, UTEHA, México, 1957, tomo XV.
- HANNICK, Jean-Marie, "Simple réflexions sur l'histoire comparée", en *Folia Electronica Classica* (Louvain-la-Neuve) Número 2, Julio-diciembre 2001.
- HARTOG, François, *El espejo de Heródoto. Ensayo sobre la representación del otro*, Trad. D. Zadunaisky. Revisión del griego de César Guelerman, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2003.
- HERÓDOTO, *Los nueve libros de la historia*, Trad. Bartolome Pou, Introducción de Edmundo O'Gorman. Porrúa, México, 2011.
- HERÓDOTO, *Los nueve libros de la historia*. Trad. del griego, P. Bartolomé Pou, I.S, Introducción de Edmundo O'Gorman, Porrúa, México 1ª. reimp. de la 9ª. edición, 2011.
- , *Los Nueve Libros de la Historia*, Traducción del griego y estudio Preliminar de María Rosa Lida de Markiel, Biblioteca Clásicos Grecolatinos, 2006.
- KAHLER, Erich, *¿Qué es la historia?* (Col. Breviarios) México: FCE, 7ª reimp., 1992.

- KOYRÉ, Alexandre, *Estudios de historia del pensamiento científico* [1973] México: Siglo XXI editores, 3ª Edición, 1980.
- LÉVI-STRAUSS, Claude, *El pensamiento salvaje*, [1962] (Col. Breviarios), Trad. Fco. González. Fondo de Cultura Económica, México 13ª edición, 2003.
- MARX, Karl, *Formaciones económicas precapitalistas* (Col. Biblioteca del Pensamiento Socialista), Introducción de Eric Hobsbawm, Siglo XXI Editores, México 21ª ed., 2004.
- , *La ideología alemana*, Ediciones Quinto Sol, México, 5ª reimp. 2007.
- , *El capital*. Tomo1. Vol. 1 Siglo XXI Editores, México 21ª ed., 2004.
- MIEKE, Bal, "Mise en abyme et iconicité", en *Littérature*, núm. 29, 1978, pp. 116-128.
- MOMIGLIANO, Arnaldo, "La tradición y el historiador clásico", en *Ensayos de historiografía antigua y moderna*. Trad. Stela Mastrangelo, FCE, México, 1ª reimp. 1997.
- MOMIGLIANO, Arnaldo, *De paganos, judíos y cristianos*, (Col. Breviarios) Trad. Stella Mastrangelo, FCE, México 2ª reimp. 2011.
- MOMIGLIANO, Arnaldo, *La sabiduría de los bárbaros. Los límites de la helenización*, (Col. Breviarios) Trad. Gabriela Ordiales, Fondo de Cultura Económica, México, 1988.
- PALHARES, María, "El erizo encubierto. Entrevista a Carlo Ginzburg", en *ContraHistorias. La otra mirada de Clío* No 3. Traducción de Carlos Antonio Aguirre Rojas (Dossier: *Historiografía Mundial*) México: septiembre 2004-febrero 2005, pp. 106-107.
- PROPP, Vladimir, *Morfología del cuento*. Colofón, México, 7ª ed. 1999.
- , *Raíces históricas del cuento*. Trad. J. Arancibia, Colofón, México 2ª ed. 1989.
- Real Academia Española, *Diccionario de la Lengua Española*. México 22ª ed. 2001
- SAID, Edward, *Orientalismo*, Presentación de Juan Goytisolo, Trad. María Luisa Fuentes, Random House Mondadori, Barcelona, 3ª ed. 2004.
- SCHMITT, Jean-Claude "El historiador y las imágenes", en *Relaciones* núm. 77. El Colegio de Michoacán, Zamora, 1999, pp. 17-47
- SCI Marcos "En memoria de Bertold Brecht" (5/VI/2006) Disponible en: <http://enlacezapatista.ezln.org.mx/la-otra-campana/349>.
- VERNANT, Jean- Pierre, *Mito y pensamiento en la Grecia Antigua*, (Col. Ariel Filosofía) Trad. Juan Diego López Bonillo. Editorial Ariel, Barcelona, 2001.
- , *El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*. (Col. Argumentos) Trad. Joaquín Jordá. Anagrama, Barcelona, 2000.
- , *Entre mito y política*. (Sección de Obras de Historia) Traducción y notas de Hugo Francisco Bauzá. Fondo de Cultura Económica, México, 2002.
- , *La muerte en los ojos. Figuras del Otro en la antigua Grecia*, Trad. Daniel Zadunaisky. Gedisa, Barcelona, 2ª impresión 2001.
- VOLTAIRE, "Zadig, o el destino", en *Cuentos Completos en Prosa y Verso*. Trad. M. Armiño y M. Domínguez. Edición de Mauro Armiño. Siruela y FCE, México 2006, pp. 126-188.
- WITTGENSTEIN, Ludwig, *Observaciones a La rama dorada de Frazer*, Introducción y traducción de Javier Sádaba, Edición y notas de José Luis Velázquez, Tecnos, Madrid, 2008.

II. Bibliografía del segundo capítulo.

2.1. El 'ambiente colectivo': las influencias intelectuales.

- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, "La biografía como género historiográfico. Algunas reflexiones sobre sus posibilidades actuales", "Repensando las ciencias sociales actuales: el caso de los discursos históricos en la historia de la modernidad", en *Itinerarios de la historiografía en el siglo XX. De los diferentes marxismos a los varios Annales*. Centro Juan Marinello, La Habana, 1999, pp. 98-119, y 11-26.
- BENJAMIN, Walter, "Historia literaria y ciencia de la literatura", Trad. Carlos Antonio Aguirre Rojas, en

- Contrahistorias*, núm. 3, *Op. cit.* pp. 21-27.
- BRAUDEL, Fernand, "Expansión europea y capitalismo (1450-1650)" [1961], en *Las ambiciones de la historia*, *Op. cit.* pp. 293-335;
- , *La dinámica del capitalismo*, [1977] Trad. Rafael Tusón Calatayud, (Col. Breviarios) FCE, México, 3ª reimp. 2002;
- , *Civilización Material, Economía y Capitalismo. Siglos XV-XVIII*. [1979] Alianza Editorial, Madrid, 3 vols. 1984.
- CHARLE, Christophe, *El nacimiento de los "intelectuales"*. Nueva Visión, Buenos Aires, 2009.
- , *Los intelectuales en el siglo XIX. Precursores del Pensamiento Moderno*. Siglo XXI Editores, Madrid, 2000;
- , SCHRIEWER, Jürgen y WAGNER, Peter (Comps.), *Redes intelectuales transnacionales*. (Col. Educación y Conocimiento) Barcelona- Ediciones Pomares, UNAM, UAM-A, México, 2006;
- DOSSE, François, *El arte de la biografía. Entre historia y ficción*, UIA, México, 2007, p. 19.
- , *La marcha de las ideas. Historia de los intelectuales, historia intelectual*, Trad. Rafael S. Tomás, Publicacions de la Universitat de València, Valencia, 2006, p. 14.
- GERNET, Jacques, *El mundo chino*, Trad. Dolors Folch. Crítica, Barcelona, 1999.
- GOODY, Jack, *El islam en Europa*. Trad. Mirta Rosenberg, Gedisa, Barcelona, 2005.
- IM HOF, Ulrich, *La Europa de la Ilustración*, Trad. Bettina Blanch, (Col. La Construcción de Europa), Crítica, Barcelona, 1993.
- LEVI, Giovanni, "Los usos de la biografía", en *Historias*, núm. 37, México, oct. 1996-marzo 1997,
- LEYMARIE, Michel, SIRINELLI, Jean- François (Dirs.), *L'histoire des intellectuels aujourd'hui*, PUF, París, 2003,
- , *Les intellectuels en France, de l'Affaire Deyfus á nos jours*, Armand Colin, París, 1986.
- MARX, Karl, *El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1978, p. 9.
- MOMIGLIANO, Arnaldo, *Génesis y desarrollo de la biografía en Grecia*. FCE, México, 1986.
- PIRENNE, Henri, "Una polémica histórica en Alemania" [1897], en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 2. Trad. Carlos Antonio Aguirre Rojas. (Dossier: *Corriente de los Annales*) Año 1, México: marzo-agosto, 2004, p. 12.
- PLEJÁNOV, Jorge, *El papel del individuo en la historia*. [1898], Fundación Federico Engels, Madrid, 2007.
- SCHORSKE, Carl, *La Viena de fin de siglo. Política y Cultura*. Trad. Silvia Jawerbaum y Julieta Barba, Siglo XXI Editores, Argentina, 2011, p. 19.
- TREBISCH, Michel, GRANJON Marie-Christine (Dirs.), *Pour une histoire comparée des intellectuels*, IHTP-CNRS, París, 1998.
- WALLERSTEIN, Immanuel, (Coord.) *Abrir las ciencias sociales (Informe de la Comisión Gulbenkian)*, Siglo XXI, México, 1999.
- , "El eurocentrismo y sus avatares. Los dilemas de la ciencia social", en *Conocer el mundo, saber el mundo: el fin de lo aprendido. Una ciencia social para el siglo XXI*. Trad. Stella Mastangelo, Siglo XXI-UNAM, México, 2001. pp. 191-209.
- , "Fernand Braudel, historiador. "Homme de la conjoncture"", en *Impensar las ciencias sociales, Límites de los paradigmas decimonónicos*. Trad. Susana Guardado. (Col. El Mundo del Siglo XXI). Siglo XXI Editores, CIIICH-UNAM, México, 4ª ed. 2004, p. 208.
- , "La revolución francesa como suceso histórico mundial", en *Impensar las ciencias sociales, Op. cit.* pp. 9-26.
- , "Preludio medieval", en *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía-mundo europea en el siglo XVI*. [1979] Siglo XXI, México, 1999. pp. 21-89.
- , *La historia de las ciencias sociales*. (Col. Las Ciencias y las Humanidades en los Umbrales del Siglo XXI) UNAM, México, 1997.
- , *El capitalismo histórico*. Trad. Pilar López Mañez, (Col. Sociología y Política), Siglo XXI Editores, México 1ª ed. 1988, p. VIII.

-----, "¿Más allá de *Annales?*", en *Impensar las Ciencias Sociales, Op. cit.* p. 244.
-----, *La historia de las ciencias sociales*. UNAM-CIICSH, México, 1997, pp. 15-16.

2.2. Del método comparativo y antropología.

- ACKERMAN, Robert, *J.G. Frazer. His life and work*, Cambridge University Press, Cambridge, Reimp. 1988,
- BOAS, Franz, "Las limitaciones del método comparativo de la antropología", en BOHANNAN, Paul y Marc GLAZER, (Eds.) *Antropología. Lecturas*, Madrid: Mcgrawhill, 2007, pp. 85-93
- BOUTRUCHE, Robert, *Señorío y feudalismo*, Siglo XXI editores, México, 2 vols. 1995.
- CHILDE, Gordon V, *La evolución social* (Sección: Humanidades) Trad. Ma. Rosa de Madariaga, Revisión M. Contreras, Alianza Editorial, Madrid, 1973.
- EVANS-PRITCHARD, E.E, *Las teorías de la religión primitiva*, Trad. Mercedes Abad y Carlos Piera. Siglo XXI Editores, Madrid, 8ª edición 1991, p. 17.
- EVANS-PRITCHARD, Edward, *Historia del pensamiento antropológico*. Recopilación de André Singer, Introducción de Ernest Gellner, Cátedra, Madrid, 1987.
- FRAZER, James G. *La rama dorada*. Trad. Elizabeth y Tadeo I. Campuzano, y de Oscar Figueroa. (Sección de Obras de Antropología), Nuevo compendio a partir de la segunda y tercera ediciones. Edición, introducción y notas de Robert Fraser. FCE, México, 3ª ed., a partir de la compendiada en inglés, 2011.
- FRAZER, James George, *La rama dorada. Magia y religión*. (¡Sección de Obras de Sociología!) Trad. Elizabeth y Tadeo I. Campuzano, FCE, México, 15ª reimp., 2003, (1ª en español, 1944), p. 28.
- FREUD, Sigmund, *Tótem y Tabú*, (Biblioteca de Autor) Alianza Editorial, España, 2011.
- GINZBURG, Carlo "Lectures de Mauss. L'Essai sur le don", XXXII Conférence Marc Bloch, EHESS-París, 8/VI/2010),
- HARRIS, Marvin, *El desarrollo de la teoría antropológica. Una historia de las teorías de la cultura*. Trad. Ramón Valdés del Toro, Siglo XXI Editores, México, 16ª reimp. 2009.
- KULA, Witold, "El método comparativo y la generalización en historia económica", en *Problemas y métodos en la historia económica*. Península, Barcelona, 1963. pp. 571-614.
- KUPER, Adam, *Antropología y antropólogos. La escuela británica 1922-1972*. Trad. Antonio Desmonts, revisión José R. Llobera, Editorial Anagrama, Barcelona, 1973.
- LEACH, Edmund, "El método comparativo en Antropología", en SILLS, David, *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*, Ediciones Aguilar, Madrid, 1974, Vol.1, pp. 420-424.
- LOWIE, Robert H., *Historia de la etnología* [1937] (Sección obras de antropología) Versión de Paul Kirchhoff, México: FCE, 3ª reimp.1985.
- MARZAL, Manuel, *Historia de la antropología*, Pontificia Universidad Católica, Perú, 1998, Vol. 2, p. 64.
- MERCIER, Paul, *Historia de la antropología*. (Col. Historia, Ciencia, Sociedad), Península, Barcelona, 6ª ed., 1995, p. 5.
- MORGAN, Lewis Henry, *La sociedad primitiva* [1877], Colofón, México, 2ª ed., 2001.
- MUNCK, Thomas, *Historia social de la Ilustración*. (Serie Mayor), Barcelona: Crítica, 2001, p. 18.
- PITOCCO, Francesco, "Frazer e il comparativismo storico", en *La Ricerca Folklorica*, núm. 10. I frutti del ramo d'oro James G. Frazer e le eredita dell'antropologia. (Oct, 1984), pp. 119-120.
- RADCLIFFE-BROWN, A. R, "El método comparativo en la antropología social" [1952], en *El método de la Antropología social*, Trad. Carlos Manzano, Anagrama, Barcelona 1975.
- ROSATI, Massimo, "Marcel Mauss in Inghilterra", en *La Ricerca Folklorica*, núm. 50, Antropologia della salute: Temi, problema, recherche. (Oct, 2004), p. 149.
- SARASINI, Bia, "Frazer letto da Marcel Mauss", en *La Ricerca Folklorica*, núm. 10 *Op. cit.* p. 69.
- STOCKING Jr., George W. *After Tylor. British Social Anthropology 1888-1951*. The University of Wisconsin Press, USA, 1995.

- STOCKING, George W. *Victorian Anthropology*, The Free Press, a Division of Macmillan Inc. New York, 1987, p. 317.
- TAIBO II, Paco Ignacio, "Prólogo" a *Sandokan*, México: Ediciones Destino, febrero de 2005, p. 9.
- TOUATI, François-Olivier, *Marc Bloch et l'Angleterre*, La Boutique de l'histoire, París, 2007
- TRAUTMANN Thomas y Karl SANFORD KABELAC, *The library of Lewis Henry Morgan*, The American Philosophical Society, Philadelphia, 1994, Vol. 84, parte 6.

2.3. Del método comparativo e historia.

- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, "La corriente de los *Annales* y su contribución al desarrollo de la historia económica en Francia", en *Corrientes, temas y autores de la historiografía del siglo XX*. UJAT, Villahermosa, 2002, pp. 103-106.
- ARCANGELI, Blanca, "Il mestiere dello storico negli scritti di H. Pirenne", en PIRENNE, Henri, *L'Opera dello storico*, *Op. cit.*, p. 22, n. 25.
- BERR, Henri, "Prólogo", en GLOTZ, Gustave, *La Ciudad griega*, *Op. cit.* p. V.
- BIARD, Dominique, Bourel y Éric BRIAN, *Henri Berr et la culture du XXe siècle*. Albin Michel-Centre International de Synthèse, París, 1994.
- BLOCH, M. "Problèmes d'Histoire Comparée", en *Annales d'Histoire Sociale*, núm.4, Vol.1 1939, p. 439.
- , "Un problème d'histoire comparée: la ministérialité en France et en Allemagne", en *Mélanges historiques*, *Op. cit.* pp. 503-528.
- , "Féodalité et vassalité japonaise (Compte rendu: K. Asakawa, Féodalité japonaise dans l'article "Feudalism", de l'*Encyclopaedia of the social sciences*, t. VI, p. 214-220), en *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, núm. 24 Tomo 5, 1933,
- , "European feudalism", en *Mélanges historiques*, *Op. cit.* pp. 177-188.
- , "Liberté et servitude personnelles au Moyen âge, particulièrement en France: contribution à l'étude des classes", en *Mélanges historiques*, *Op. cit.* pp. 286-355.
- , "Henri Pirenne (22 dicembre 1862-24 ottobre 1935)", en PIRENNE, Henri, *L'Opera dello storico*, Estudio introductorio de Blanca Arcangeli, Bibliopolis, Nápoles, 1990, p. 127.
- , "Henri Pirenne, l'histoire de la Belgique (7e. tome)", fue publicada en *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, núm 17. Año 4, 1932, pp. 478-481.
- , "La dernière œuvre d'Henri Pirenne", en *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, núm. 52. Tomo X, 1938, pp. 325-330.
- , "Une synthèse de l'histoire économique médiévale", en *Annales d'Histoire Économique et Sociale*, núm. 31, T. 7, 1935, p. 79.
- , reseña a "Les villes du moyen âge", en *Revue Critique d'Histoire et de Litterature*, 1928, pp. 203-206.
- , Reseña a la "Histoire de l'Europe", en *Revue Historique*, núm. 182, 1938, pp. 348-350.
- BRAUDEL, Fernand, "Personal Testimony", en *Journal of Modern History*, 44, 1972, pp. 448-467.
- Bryce y Mary LYON (Eds.), *The birth of Annales history: the letters of Lucien Febvre and Marc Bloch to Henri Pirenne (1921-1935)*, Commission Royale d'Histoire, Bruselas, 1991, pp. 139-140 y 137-138.
- BURKE, Peter, "Modelos y métodos", en *Historia y teoría social*. Trad. Stella Mastrangelo, Instituto Mora, México, 1997, p. 34.
- COULANGES, F., "Faire œuvre d'historien", "L'histoire n'est pas une narration", "L'esprit de doute, le especialisme", "Voir le vrai, voilà le difficile", en HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l'histoire*, -----, *Histoire des institutions politiques de l'ancienne France. La monarchie franque*. Hachette, París, 1888.
- DUMOULIN, Olivier, "Comparada (Historia)", en BURGUIÉRE, André, (Dir.), *Diccionario de Ciencias Históricas*, Akal, Madrid 1991, pp. 130- 131.
- FEBVRE, Lucien, "Henri Pirenne 1862-1935", en *Annales d'Histoire Économique et Social*, núm. 35, año 7, 1935.

- , "Henri Pirenne a través de dos de sus obras", en *Combats pour l'histoire*, *Op. cit.* pp. 357-369 y "Una vue d'ensemble sur l'histoire sociale du capitalisme", en *Pour une histoire á part entière*, [1962] París: EHESS, reimp. 1982, pp. 330-349.
- , *Combats pour l'histoire*, [1952] Armand Colin, París, 1992.
- GARCÍA GUAL, Carlos, "Prólogo" a COULANGES, Fustel, *La Ciudad antigua*, *Op. cit.*, p. 13.
- GENICOT, L., "Pirenne, Henri, 1862-1935", en BURGUIÉRE, André, (Dir.), *Diccionario de Ciencias Históricas*, *Op. cit.* p. 536; "Chronologie d'Henri Pirenne", en *Henri Pirenne, hommages et souvenirs*, t.1, Bruxelles, Nouvelle société d'édition, 1938, pp. 131-143. (Disponible en el sitio La DigiThèque Henri Pirenne, des Bibliothèques de l'Université Libre de Bruxelles)
- GUIRAUD, Paul, *Fustel de Coulanges*, Librairie Hachette, París, 1896
- HARTOG, François, *Le XIXe siècle et l'histoire. Le cas Fustel de Coulanges*, (Col. Les Chemins de L'Histoire), PUF, París, 1988.
- HAVIGHURTS, Alfred F. (Ed.), *The Pirenne Thesis. Analysis, Criticism, and Revision*, Ration Education Company, Lexington, Massachusetts, 1969.
- HOBBSAWM, Eric, "Dentro y fuera de la historia", en *Sobre la historia*, Crítica, Barcelona, 1998, pp. 13-22.
- IGGERS, Georg, *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales*. Trad. Clemens Bieg, Presentación, adaptación y revisión científica de Fdo. Sánchez, Idea Books, Barcelona 1998
- KOCKA, Jurgen, "La comparación histórica", en *Historia social y conciencia histórica*. Trad. Elisa Chuliá, Marcial Pons, Madrid, 2002, pp. 43-64.
- KOSELLECK, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Trad. Norberto Smilg, Paidós, Barcelona, 1993,
- LUKES, Steven, *Émile Durkheim, his life and work. A historical and Critical Study*, Stanford University Press, California, 1985.
- LYON, Bryce, "The letters of Henri Pirenne to Karl Lamprecht (1894-1915)", en *Bulletin de la Commission Royale d'Histoire*, T. CXXXII, 1966, pp. 161-231.
- MARX, Karl, *El Capital*, (Biblioteca del Pensamiento Socialista), Trad. León Mames, Revisión y Notas de P. Scaron, Siglo XXI Editores, México, 1976, Tomo III, Vol. 6,
- MASTROGREGORI, M., *Il genio dello storico. Le considerazione sulla storia di Marc Bloch e Lucien Febvre e la tradizione metodologica francese*. Nápoles: Edizione Scientifiche Italiane, 1987.
- MOMIGLIANO, A., "La Ciudad antigua de Fustel de Coulanges", en *Ensayos de Historiografía, Op. cit.* pp. 271-286.
- MUCCHIELLI, Laurent, "1907: la leçon d'histoire comparée de Gustave Glotz", escrita como presentación a GLOTZ, Gustave, "Leçon d'Ouverture au cours d'histoire grecque de la Sorbonne", en *EspacesTemps.net*.
- NORA, Pierre, "La historia de Francia de Lavisse", en BUCHBINDER, Pablo y PAGANO, Nora (Comps.) *La historiografía francesa contemporánea.*: Biblos, Buenos Aires, 1993.
- PIRENNE Henri, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI*. [1936] (Col. Sección de Obras de Historia), Versión española de Juan José Domenchina, FCE, México, 7ª. Reimp. 1995,
- , "¿Qué están tratando de hacer los historiadores?", Trad. Alicia Eguiluz, en *Eslabones. Revista Semestral de Estudios Regionales*, núm. 7, (Dossier: *Ecos de la historiografía francesa en América Latina*), México, enero-junio 1997, pp. XXII-XXXI.
- , "De la méthode comparative en histoire", en G. DES MAREZ y F.L. GANSHOF, *Compte rendu du V Congrès International des Sciences Historiques*, Alemania: Krauss Reprint, 1972,
- , *Historia económica y social de la Edad Media*, [1933] Prefacio, anexo bibliográfico y crítico de H. Van Werveke. FCE, México, 16ª reimp., 1980. (1ª ed., en español, 1939).
- , *Las ciudades de la Edad Media*. [1927] (Col. "Área de Conocimiento: Humanidades") Madrid: Alianza Editorial, 2001.
- , *Mahoma y Carlomagno*, [1937] Versión española de Esther Benítez, Prefacio de Jacques Pirenne, Madrid: Alianza Universidad, 6ª reimp. 1997.

- PLUET-DESPATINS, Jacqueline, *Écrire la société féodale, lettres à Henri Berr, 1924-1943*, a cargo de, IMEC Éditions, París 1992.
- SARTORI, Giovanni, "Comparación y método comparativo", en SARTORI, Giovanni y MORLINO, Leonardo, (Comps.) *La comparación en las ciencias sociales*, Alianza Editorial, Madrid, 1994
- SCHÖTTLER, Peter, "Il "paradigma delle Annales" e la storiografia tedesca (1929-1939). Un trasferimento di scienza tra Germania e Francia?", en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, núm 1-2, año XIV, Roma, 1993, pp. 43-65.
- , "Redes de historiadores franceses y alemanes: el caso de los primeros *Annales*", en CHARLE, Christophe, SCHRIEWER, Jürgen y Peter WAGNER, (Comps.), *Redes intelectuales transnacionales*, *Op. cit.* pp. 101-118.
- SIEGEL, Martin, "Henri Berr's *Revue de Synthèse Historique*", en *History and Theory*, núm. 3, vol. 9, (1970), pp. 322-334.
- TOUBERT, Pierre, "Prefacio a *Les caractères originaux de l'histoire rurale française* de Marc Bloch", en *Argumentos*, núm. 26, Trad. Gabriela Contreras Pérez, (Dossier: *Marc Bloch, 1886-1944*), Año 10, UAM-X, México, 1997, pp. 59-90;
- VALENSI, Lucette, "Retour d'Orient. De quelques usages du comparatisme en histoire", en AT SMA, Harmut y BURGUIÈRE, André, (Comps.) *Marc Bloch, aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, EHESS, París, 1990, pp. 307-316.
- VERHULST, Adriaan, "Marc Bloch and Henri Pirenne on Comparative History. A Biographical Note", en *Revue belge de philologie et d'histoire*, Tome 79, fasc. 2. 2001, pp. 507-510.
- WALKER, Lawrence D. "A Note on Historical Linguistics and Marc Bloch's Comparative Method", en *History and Theory*, núm. 2, Vol. 19, Febrero de 1980.
- WERNER, Karl Ferdinand, "Marc Bloch et la recherche historique allemande", en AT SMA, Harmut y André BURGUIÈRE (Comps.), *Marc Bloch, aujourd'hui*, *Op. cit.* pp. 125-134.

2.4. Del método comparativo y sociología.

- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, *La escuela de los Annales. Ayer, Hoy, Mañana*. Montesinos, 1999, España.
- BERTHELOT, Jean-Michel, *La construcción de la Sociología*. Trad. Paula Mahler, (Col. Claves) Nueva Visión, Buenos Aires, 1ª ed. 2003.
- BESNARD, Philippe, "La formation de l'équipe de l'Année sociologique", en *Revue française de sociologie*, núm 1, Vol. 20, *Op. cit.* pp. 7-31.
- BESNARD, Philippe, "Lettres à Célestin Bouglé", en *Revue française de sociologie*, núm 2, Vol. 17 (Dossier: *A propos de Durkheim*), abril-junio de 1976.
- BOURDÉ, Guy y HERVÉ, Martin, *Les écoles historiques*, Éditions du Seuil, París 1997,
- BLOCH, Marc, "Les Annales sociologiques", en *Annales HES*, núm. 34, Tomo 7, 1935, p. 393.
- BURGUIÈRE, André, "Historia de una Historia: el nacimiento de *Annales*", en BUCHBINDER, Pablo y PAGANO, Nora (Comps.), *La historiografía francesa contemporánea*, *Op. cit.* pp. 101-129.
- , "Marc Bloch", en *Diccionario de Ciencias Históricas*, *Op. cit.* p. 87.
- , *L'École des Annales. Une histoire intellectuelle*, Odile Jacob, París, 2006.
- BURKE, Peter, *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929-1989*. Trad. Alberto Luis Bixio, Gedisa, Barcelona, 3ª ed. 1999, pp. 15-19.
- COLLINS, Randall, *Cuatro tradiciones sociológicas*. Trad. Ángel Fonseca. UAM-I, México, 1ª ed. 1996, pp. 217 y 218.
- , "The Durkheimian tradition in conflict sociology", en ALEXANDER, Jeffrey C. (Editor), *Durkheimian Sociology: cultural studies*. Cambridge University Press, Cambridge Mass., 1988, pp. 107-128.
- CRAIG, John E. "Maurice Halbwachs à Strasbourg", *Revue française de sociologie*, núm 1, Vol. 20.
- DURKHEIM, Émile, "Debate sobre la explicación en historia y en sociología (1908)", "La concepción materialista de la historia (1897)", "Prefacio al volumen primero de *El Año sociológico (1896-1897)*",

- “Prefacio al volumen segundo de *El Año sociológico* (1896-1897)”, “Sociología y ciencias sociales (1903)”, en *Las reglas del método sociológico y otros escritos sobre filosofía de las ciencias*.
- EVANS-PRITCHARD, E. E., “Levy-Bruhl” en *Las teorías de la religión primitiva*, *Op. cit.* pp. 129-160;
- FEBVRE, Lucien, “Hommage a Henri Berr. De la *Revue de Synthèse Historique* aux *Annales*”, en *Combats pour l’histoire*. *Op. cit.* pp. 339-342.
- , “Le Centre International de Synthèse”, en *Annales d’histoire économique et sociale*, num. 5, Vol. 2, 1930, pp. 81-83.
- , “La société féodale: una synthèse critique”, en *Pour une histoire à part entière*, *Op. cit.* pp. 413-427.
- , “Souvenirs d’une grande histoire: Marc Bloch et Strasbourg”, en *Combats pour l’histoire*, *Op. cit.* pp.391-407.
- , *Europa. Génesis de una civilización*. Trad. Juan Vivanco, Prólogo de Marc Ferro, Barcelona: Crítica, 1999.
- , *Honor y patria*. (Col. Sociología y Política) Trad. Aurelia Álvarez Urbajtel, Texto establecido, presentado y anotado por Thérèse Charmasson y Brigitte Mazon. Prefacio de Charles Morazé, Siglo XXI, México, 1999.
- FINK, Carole, *Marc Bloch. Una vida para la historia*, Trad. Manuel Ardit. Valencia: Publicacions de la Universitat de València y Universidad de Granada, 2004.
- FRIEDMAN, Susan, *Marc Bloch, Sociology and Geography. Encountering changing disciplines*. Cambridge University Press, Great Britain, 1996.
- GINZBURG, Carlo, “A proposito della raccolta dei saggi storici di Marc Bloch”, en *Studi Medievali*, Serie Terza, Año VI, Fasc. 1. 1965, pp. 335-353.
- , “Nuestras palabras y las suyas. Una reflexión sobre el Oficio de Historiador, hoy”, Trad. América Bustamante Piedragil y Carlos Alberto Ríos Gordillo, en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 19 (Dossier: *Historia, Crítica y Poder*), Año 9, Segunda Serie, México, sept. 2012-Feb. 2013.
- , “Prólogo a la edición italiana de *I Re Taumatughi*, de Marc Bloch”, Trad. Dianora Zagato, en *Argumentos*, núm. 26.
- GONZÁLEZ CASANOVA, Pablo, “Un Estudio de Sociología Religiosa”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, vol. 9, (Sept.–Dic. 1947), pp.353-365;
- “Sociología de un Error (Notas sobre la mentalidad primitiva)”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 2, vol.11, (May-Agosto 1949), pp. 229-245.
- GONZÁLEZ ECHEVERRÍA, Aurora, *Etnografía y comparación. La investigación intercultural en Antropología*. Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, 1990, pp. 26-30.
- HEILBRON, J., “Les metamorphoses du durkheimisme, 1920-1940”, en *Revue Française de Sociologie*, núm. 2, vol. 26, (Dossier: *La Sociologie Française dans l’Entre-Deux-Guerres*), abril-jun. 1985, pp. 203-237.
- HOBSBAWM, Eric, “Notas sobre la escuela británica y los *Annales*”, en *Sobre la historia*, *Op. cit.* pp. 184-189.
- HORTON, Robin, *Lévy-Bruhl, Durkheim y la revolución científica*. Trad. Carlos Manzano, Barcelona: Anagrama, 1980.
- ILLADES, Carlos, *Breve introducción al pensamiento de E.P. Thompson*, (Col. Biblioteca Básica) Universidad Autónoma Metropolitana, México, 2008.
- KARADY, Victor, “Stratégies de réussite et modes de faire-valoir de la sociologie chez les durkheimiens”, en *Revue française de sociologie*, núm 1, Vol. 20 (Dossier: *Les Durkheimiens*), enero-marzo de 1979, pp. 49-82.
- LACOMBE, Pierre, *La historia considerada como ciencia*, Espasa-Calpe, Buenos Aires, 1948.
- LEPETIT, Bernard, “Los *Annales*. Retrato de grupo con revista”, Trad. Monique É. Ferrándiz, en *Pedagogía*, núm. 8, vol. 11, México, UPN, Otoño 1996, 3ª, época, pp. 10-21.
- LÉVI STRAUSS, Claude, “Introducción” a MAUSS, Marcel, *Sociologie et Anthropologie*, *Op. cit.* pp. IX-LII

- LÉVI-STRAUSS, Claude, "La sociología francesa", en GURVITCH, Georges y MOORE Wilbert, (Dir.), *Sociología del siglo XX*, Trad. C. Dimitriu. El Ateneo, Barcelona, 1964 (correspondiente a la 1ª. ed., en español de 1956, y a la 1ª ed., francesa de 1947), Tomo II.
- Marc Bloch, *Lucien Febvre et Les Annales d'Histoire Économique et Sociale. Correspondance*, Tomo 1: 1928-1933. Edición elaborada, presenta y anotada por B. Müller, Fayard, París, 1994
- Marc Bloch, *Lucien Febvre et les Annales d'Histoire Économique et Sociale, Correspondence, Tomos dos, 1934-1937*, Edición establecida, presentada y anotada por B. Müller, Fayard, París, 2003.
- MARX, Karl, "El Carácter de la Comuna", en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 16 (Dossier: *Experiencias del autogobierno popular*) año 8, México: marzo 2011-agosto 2011, pp. 39-46.
- MAUSS, Marcel, "Essai sur les variations saisonnières des sociétés Eskimos. Étude de morphologie sociale", en *Sociologie et anthropologie, Op. cit.*, pp. 389-475.
- , "L'oeuvre de Mauss par lui-meme", en *Revue Française de Sociologie*, núm.1, vol. 20, *Op. cit.* pp. 209-220.
- , *Sociologie et anthropologie*, Introduction de Cláude Lévy-Strauss. QUADRIGE-PUF, París, 12ª. Edición, 2012.
- , *Œuvres de Marcel Mauss*. KARADY, Victor (Ed.) T. 1: *Les fonctions sociales du sacré*. T. 2: *Représentations collectives et diversité des civilisations*. T. 3. *Cohésion sociale et divisions de la sociologie*, Minuit, París, 1968.
- , *Manual de etnografía* (Col. Sección de Obras de Antropología), FCE, Buenos Aires 2006.
- , "Les sciences sociales a Paris vues par Marcel Mauss", y "Lettres de Mauss a Radcliffe-Brown", en *Revue Française de Sociologie*, núm. 2, vol. 26, *Op. cit.* pp. 343-352 y 239-243.
- MOMIGLIANO, A. "Georges Dumézil y el enfoque trifuncional de la civilización romana", *Op. cit.* pp. 466-506
- NETTEL, Patricia, "El principio de reciprocidad desde una perspectiva sustantivista", en *Política y cultura*, núm. 3, UAM-X, México, 1993, pp. 232-337.
- PERRIN, Charles-Edmond, "Prefacio" a *Mélanges historiques, Op. cit.* p. XI.
- REVEL, Jacques, "Historia y ciencias sociales: los paradigmas de *Annales*", en BUCHBINDER, Pablo y PAGANO, Nora (Comps.), *La historiografía francesa contemporánea, Op. cit.* pp. 79-100
- , *Las construcciones francesas del pasado. La escuela francesa y la historiografía del pasado* (Col. Popular) Trad. Víctor Goldstein. FCE, Buenos Aires, 2002.
- RHODES, R. Colbert, "Émile Durkheim and the Historical Thought of Marc Bloch", en *Theory and society*, núm. 1, vol. 5, enero 1978.
- RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, Luis, "Prólogo", DURKHEIM, Émile, *La división del trabajo social*. Trad. Carlos G. Posada, Colofón, México, 5ª edición 2002, pp. I-XLVIII.
- SEIGNOBOS, Charles, *Historia comparada de los pueblos de Europa*. [circa. 1938] Editora Nacional, México D.F., 3ª ed. 1951.
- SIMIAND, François, "Méthode historique et science sociale. Étude critique d'après les ouvrages récents de M. Lacombe et de M. Seignobos", en *Revue de Synthèse Historique*, núm. 16, T. VI, Feb. 1903, pp. 1-22; y núm. 17, T. VI, abril 1903, pp. 129-157.
- STEINER, Philippe, *La sociología de Durkheim*. (Col. Claves) Ediciones Nueva Visión, Buenos Aires 2003.
- THOMPSON, E.P, "La sociedad inglesa del siglo XVIII: ¿lucha de clases sin clases?", en *Tradición, revuelta y conciencia de clase. Estudios sobre la crisis de la sociedad preindustrial*. Barcelona: Crítica, 1989.
- VÁZQUEZ GARCÍA, Francisco, *Estudios de teoría y metodología del saber histórico. De la escuela histórica alemana al grupo de los "Annales"*. Universidad de Cádiz, Cádiz, 1989.

2.5. Del método comparativo y lingüística.

- BENVENISTE, Émile, "Lettres de Ferdinand de Saussure à Antoine Meillet", en *Cahiers Ferdinand de Saussure*, núm. 21, (1964), pp. 93-130.

- BENVENISTE, Émile, "Ojeada al desenvolvimiento de la lingüística", "Saussure después de medio siglo", en *Problemas de lingüística general 1*. Trad. Juan Almela, Siglo XXI editores, México, 16ª ed. 1991, Tomo 1.
- BLOCH, Marc, "Un centro de estudios en desarrollo: el Instituto para el Estudio Comparado de las Civilizaciones de Oslo", en *Historia e Historiadores, Op. cit.* pp. 67-70
- BOPP, Franz, *Grammaire comparée des langues indo-européennes*, París: Imprimerie Impériale, 1868, T. II.
- BOURDIEU, Pierre, *Autoanálisis de un sociólogo*. Trad. Thomas Kauf, (Col Argumentos) Anagrama, Barcelona, 2006.
- ECHEVERRÍA, Bolívar, "La identidad evanescente", en *Las ilusiones de la modernidad*. México: El Equilibrista, 1997, pp. 55-74.
- FEVRE, Lucien, "Antoine Meillet et l'Histoire. La Grèce Ancienne a travers sa langue", en *Combats pour l'histoire, Op. cit.*, pp. 158-168.
- FOSSIER, Robert, "Préface" a BLOCH, Marc, *La société féodale*. (Bibliothèque de l'Evolution de l'Humanité) París: Albin Michel 1994, p. III.
- KRISTEVA, Julia, *Le langage, cet inconnu. Une initiation a la linguistique*. (Col. Points Essais). Éditions du Seuil, París, 1981
- LEROY, Maurice, "Antoine Meillet, en *Revue belge de philologie et d'histoire*, Tme. 15, fasc. 3-4, 1936, pp. 1292-1295.
- "Liste des professeurs depuis la fondation du Collège de France en 1530", en el sitio del Collège de France: www.college-de-france.fr
- MALMBERG, Bertil, *Los nuevos caminos de la lingüística*, Trad. Juan Almela, Siglo XXI Editores, México, 22ª ed. 2003.
- MEILLET, Antoine y Charles BALLY, "Allocutions prononcées le 14 juillet 1908 a l'occasion de la remise a Ferdinand de Saussure des "Mélanges de Linguistique", en *Cahiers Ferdinand de Saussure*, núm. 59, (2006), pp. 179-185.
- , "Sur l'état actuel des études de linguistique générale", "Sur la méthode de la grammaire comparée", en *Linguistique historique et linguistique générale I*,
- , "Sur l'état actuel de la grammaire comparée", en *Linguistique historique et linguistique générale II*, Librairie Ancienne Honoré Champion, París, 1936.
- , *La méthode comparative en linguistique historique*. París: Librairie Ancienne Honoré Champion, 6ª Ed. 1954, p. VI.
- MERLIN, Alfred, "Notice sur la vie et les travaux de M. Antoine Meillet, membre de l'Académie", en *Comptes-rendus des séances de l'Académie des Inscriptions et Belles-Lettres*, núm, 4, año 96, 1952, p. 577.
- PELOSI, Hebe Carmen, *Historiografía y sociedad. Las fuentes de Annales y su recepción en la historiografía argentina*, Universidad del Museo Social Argentino, Buenos Aires, 1991.
- SAUSSURE, Ferdinand, *Curso de lingüística general*, Trad., y notas de Mauro Armiño, Publicado por Charles Bailly y Albert Sechehaye, con la colaboración de A. Riedlinger, Toledo: Akal, 2006
- SWIGGERS, Paul, "La linguistique histórico-comparative d'Antoine Meillet: théorie et méthode", en *Cahiers Ferdinand de Saussure*, núm. 39, (1985) pp. 181-195.

III. Bibliografía del Tercer Capítulo

III. I. La obra de Marc Bloch:

1. Bibliografía general:

- GASNAULT-BEIS, M. Cl. "Bibliographie" (de la obra de Marc Bloch), en *Mélanges historiques*, Vol. II, S. Fleury- EHHSS, París, 1983. pp. 1031-1104.

- “Bibliographie des travaux sur Marc Bloch 1944-1994”, en *Cahiers Marc Bloch. Bulletin de l'Association Marc Bloch*, núm. 2. Éditions La Boutique de l'Histoire, Paris, 1995, pp. 25-37.
- “Bibliographie Marc Bloch” (Continuación) en *Cahiers Marc Bloch. Bulletin de l'Association Marc Bloch*, Éditions La Boutique de l'Histoire, núm. 3. Paris, 1995, pp. 109; número 4, 1996, p. 101; y número 5, 1997, pp. 89-90.

2. Libros:

- BLOCH, Marc, “L'Île-de-France (les Pays autour de Paris)”, en *Mélanges historiques*, Prefacio de la última edición Yann Potin y prefacio de la edición original de 1963 Ch.-Edmond Perrin,; CNRS, Paris, 2011.
- , *Rois et serfs, un chapitre d'histoire capétienne*, Paris, Champion, 1920; reedición que recopila escritos sobre la servidumbre y postfacio a cargo de Dominique Barthélemy, *Rois et serfs et autres écrits sur le servage*, Paris, La Boutique de l'histoire, 1996.
- , *Reyes y siervos y otros escritos sobre la servidumbre* Prefacio de Adeline Rucquoi. Traducción de María del Rosario Pérez Peña, Universidad de Granada, 2006.
- , *Les rois thaumaturges. Étude sur le caractère surnaturel attribué à la puissance royale particulièrement en France et en Angleterre*, Estrasburgo, Publications de la Faculté des Lettres de Strasbourg, 1924. Nueva edición, prefacio de Jacques Le Goff, Le Grand Livre du Mois, Paris, 2003.
- BLOCH, Marc, *Los reyes taumaturgos. Estudio sobre el carácter sobrenatural atribuido al poder real, particularmente en Francia e Inglaterra*. Prólogo de Jacques Le Goff, Presentación y trad. de M. Lara, y trad. del prólogo de Juan Rodríguez Aguilar. (Col. 70 Aniversario) FCE, México, 2ª. ed. 2006.
- , *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, Les Belles Lettres, Oslo-Paris, 1931. Nueva edición, prefacio de Pierre Toubert, Armand Colin, Paris, 1988.
- , *La historia rural francesa: los caracteres originales*, Suplementos a cada uno de los siete capítulos por Robert Dauvergne, Advertencia del Lector de Lucien Febvre, Traducción Castellana de Alejandro Pérez, Barcelona, Crítica, 1978.
- , *La société féodale*, t. 1, *La formation des liens de dépendance*, Paris, Albin Michel, 1939; *La société féodale*, t. 2, *Les classes et le gouvernement des hommes*, Albin Michel, Paris, 1940. Nueva edición en un solo volumen, *La société féodale*, prefacio de Robert Fossier, Bibliothèque de l'Évolution de l'Humanité, Édition de Poche, Albin Michel, Paris, 1994.
- , *La Sociedad feudal*. 1. *La formación de los vínculos de dependencia*; 2. *La Sociedad feudal. Las clases y el gobierno de los hombres*, Uteha, México, 1958, 2 volúmenes. (Nueva edición en un solo volumen, traducida por Eduardo Ripoll Perelló y que incluye el prólogo de Henri Berr, *La sociedad feudal*, Akal, Madrid, 1986)

3) Libros publicados después de su muerte:

- BLOCH, Marc, *Apologie pour l'histoire ou Métier d'historien*, Armand Colin, Paris, 1949; reedición, prefacio de Georges Duby, Armand Colin, Paris, 1974; reedición crítica preparada por Étienne Bloch, prefacio de Jacques Le Goff, Armand Colin, Paris, 1993.
- , *Apología para la historia o el oficio de historiador*, Traducción de María Jiménez y Danielle Zaslavsky, Fondo de Cultura Económica, México, 1996. (Este libro es una edición crítica preparada por Étienne Bloch que incluye el prefacio a la edición francesa de 1993 de Jacques Le Goff y una presentación a la edición en español de Carlos Antonio Aguirre Rojas)
- , *Introducción a la Historia*, (Col. Breviarios). Trad. de Pablo González Casanova y Max Aub. Fondo de Cultura Económica, México, 1ª ed. 1952.
- , *Esquisse d'une histoire monétaire de l'Europe*, prefacio de Lucien Febvre y postfacio de Fernand Braudel, Armand Colin, Paris, 1954.

- , *L'étrange défaite*, Paris, Armand Colin, 1957. (1a. Ed. Société des éditions "Le Franc-Tireur", Paris, 1946). Reedición, prefacio de Stanley Hoffmann, Paris, Gallimard, col. "Folio-Histoire", 1990.
- , *La extraña derrota. Un testimonio de 1940*, Prefacio de Stanley Hoffman, Traducción al español de Santiago Jordán Sempere, Crítica, Barcelona, 2003
- , *La France sous les derniers Capétiens (1223-1328)*, prefacio de Fernand Braudel, Armand Colin, Paris, 1958.
- , *Seigneurie française et manoir anglais*, prefacio de Georges Duby, Armand Colin, Paris, 1960.
- , *Souvenirs de guerre 1914-1915*, Armand Colin, Paris, 1969.
- , *Écrits de guerre 1914-1918*. Textes réunis et présentés par Étienne Bloch. Introduction de Stéphane Audion Rouzeau, Armand Colin, Paris, 1997.
- , *L'histoire, la Guerre, La Résistance*, Édition établie par Annette Becker et Étienne Bloch, Quarto Gallimard, Paris, 2006.

4) Compilaciones de artículos:

- BLOCH, Marc, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française II. Supplément établi d'après les travaux de l'auteur (1931-1944)*, a cargo de Robert Dauvergne, Armand Colin, Paris, 1952
- , *L'individualisme agraire dans la France du XVIIIè siècle*, Gerard Monfort Brionne, 1978.
- , *Mélanges historiques*, Prefacio de Charles-Edmond Perrin S.Fleury-EHSS, Paris, 1983. 2 Volúmenes. (Hay reedición en un solo volumen)
- , *Histoire et historiens*, edición de Étienne Bloch, Armand Colin, Paris, 1995.
- , *Historia e Historiadores*, Akal, Textos reunidos por Étienne Bloch, traducción de F.J. González García, Akal, Madrid, 1999.
- , *Rois et serfs et autres écrits sur le servage*, Postfacio de Dominique Barthélemy, Paris, La Boutique de l'histoire, 1996.
- , *Écrits de guerre 1914-1918*, textos reunidos y presentados por Étienne Bloch. Introducción de Stéphane Audin-Rouzeau, Armand Colin, Paris, 1997.
- , *La terre et les paysans. Agriculture et vie rurale aux 17è et 18è siècles*. Textos reunidos y presentados por Étienne Bloch, Pról. Emmanuel Le Roy Ladurie, Armand Colin, Paris, 1999.
- , *La tierra y el campesino. Agricultura y vida rural en los siglos XVII al XVIII*. Textos reunidos y presentados por Étienne Bloch, Prólogo de Emmanuel Le Roy Ladurie, y traducción castellana de Juan Vivanco, Crítica, Barcelona, 2002.
- , *Marc Bloch. L'histoire, la Guerre, la Résistance*, Edición a cargo de Annette Becker ("Préface") y Étienne Bloch (Avant-Propós) Quarto Gallimard Éditions Gallimard, Paris, 2006.
- , "Sobre la reforma de la enseñanza", en *Pedagogía* Traducción de Alfredo Arnaud Bobadilla. (Dossier: *Annales, educación y paradojas*) Vol. 11 Núm. 8. UPN, México, 1996, pp. 82-89.
- , "Cómo y por qué terminó la esclavitud antigua", en *La transición del esclavismo al feudalismo*. Traducción Antonio Malpica Cuello y Rafael Peinado Santaella. Prólogo y bibliografía de Carlos Estepa. Akal, Madrid, 1980. pp. 259-194.
- , "Tipos de estructura social en la vida rural francesa", en *Argumentos*, núm. 26, Trad. María Jiménez Mier y Terán, (Dossier: *Marc Bloch, 1886-1944*), Año 10, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 1997. pp. 173-180.
- , "Cómo y por qué trabaja un historiador", en BLOCH, Étienne, *Marc Bloch: el historiador en su laboratorio. Testimonios e interpretaciones*. (Colección Marc Bloch) Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003. pp. 175-192.
- , "Tradición o literatura: los orígenes del ciclo de la leyenda del Rey Arturo", en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío* No. 2. Traducción de Carlos Antonio Aguirre Rojas. (Dossier: *Corriente de los Annales*) Contrahistorias, México, 2004. pp. 15-28.
- , *Marc Bloch. Una historia viva*. Estudio preliminar y selección de textos a cargo de Gigi Godoy y Eduardo Hourcade. Centro Editor de América Latina, S.A. Buenos Aires, 1992.

- , "El método comparativo en Historia", en CARDOSO, Ciro F. y PÉREZ BRIGNOLI, Héctor, (Comps.) *Perspectivas de la historiografía contemporánea*, Colección Sepsetentas, núm. 280, SEP, México, 1976, pp. 23-33.
- , "Reflexiones para el lector curioso del método", "Metodología histórica", en *Eslabones*, núm. 7, *Op. cit.* pp. XII-XXI.),

5) Correspondencia:

- BLOCH, Marc, *The birth of Annales history: the letters of Lucien Febvre and Marc Bloch to Henri Pirenne (1921-1935)*, a cargo de Bryce y Mary Lyon, Comisión Royale d'Histoire, Bruselas, 1991.
- , *Ecrire la société féodale, lettres à Henri Berr, 1924-1943*, a cargo de Jacqueline Pluet-Despatins, IMEC Éditions, Paris, 1992.
- , Marc Bloch-Lucien Febvre. "Témoignages sur la période 1939-1940: extraits d'une correspondance intime", en *Annales d'histoire sociale*, 8e. année, N.1, 1945, pp. 15-32.
- , *Marc Bloch-Lucien Febvre. Correspondance La naissance des Annales (1928-1933)* edición a cargo de Bertrand Müller (director) Fayard, Paris, 1994. Vol. 1
- , *Marc Bloch-Lucien Febvre. Correspondance. De Strasbourg à Paris (1934-1937)* edición a cargo de Bertrand Müller (director) Fayard, Paris, 2004. Vol. 2
- , *Marc Bloch-Lucien Febvre. Correspondance. Les Annales en crises (1938-1943)* edición a cargo de Bertrand Müller (director) Fayard, Paris, 2004. Vol. 3.
- , "Lettres à Richard Koebner (1931-1934)", edición a cargo de Peter Schöttler, en *Cahiers Marc Bloch. Bulletin de l'Association Marc Bloch*, número 5. Éditions La Boutique de l' Histoire, Paris, 1997, pp. 73-82.
- , "Lettres à Robert Boutruche (1930-1943)", edición a cargo de Étienne Bloch y Bertrand Müller, en *Cahiers Marc Bloch. Bulletin de l'Association Marc Bloch*, número 4. Éditions La Boutique de l' Histoire, Paris, 1995, pp. 25-98
- , "Marc Bloch-Fritz Rörig: correspondance, (1928-1932)", edición a cargo de Peter Schöttler, en *Cahiers Marc Bloch. Bulletin de l'Association Marc Bloch*, número 1. Éditions La Boutique de l' Histoire, Paris, 1994, pp. 17-52.
- , "Texte inédit de présentation de la *Société Féodale*", edición y presentación a cargo de Étienne Bloch, (Archivos de Moscú) en *Cahiers Marc Bloch. Bulletin de l'Association Marc Bloch*, número 2. Éditions La Boutique de l' Histoire, Paris, 1997, pp. 15-17.
- , "Marc Bloch a Étienne Bloch. Lettres de la "Drôle de guerre", édition établie et présentée par François Bédarida et Denis Peschanski, en *Les cahiers de L'IHTP*, núm. 19, CNRS, decembre 1991.
- DOPSCHS, Heinz, "Marc Bloch et les Mélanges en l'honneur d'Alfons Dopchs. Réflexions sur une lettre de Marc Bloch datant de l'Anschluss", en *Marc Bloch, aujourd' hui., Op. cit.* pp. 65-71.
- RUTKOFF, Peter M y William B. SCOTT., "Letters to America: The Correspondance of Marc Bloch, 1940-1941", en *French Historical Studies*, núm. 12, 1981, pp. 277-303.

III.II. Estudios sobre Marc Bloch

1. Biografías, memorias de coloquios y prefacios:

a) Biografías:

- BLOCH, Étienne, *Marc Bloch, 1886-1944, une biographie impossible*, con la colaboración de Alfredo Cruz-Ramírez, Culture et patrimoine en Limousin, Limoges, 1997.
- , *Marc Bloch: El historiador en su laboratorio. Testimonios e interpretaciones*, Colección Marc Bloch, Universidad Juárez Autónoma de Tabasco, Villahermosa, 2003.

- DUMOULIN, Olivier, *Marc Bloch*, Presses de la Fondation National de Sciences Politiques, Paris, 2000 (Existe traducción al español, *Marc Bloch, o el compromiso del historiador* Traducción de Esteban Molina González, Universidad de Granada, Universitat de Valencia, Granada, 2003)
- FRIEDMAN, Susan W. *Marc Bloch. Sociology and Geography. Encountering Changing Disciplines*, Cambridge University Press, Cambridge Massachusets. 1996.
- MASTROGREGORI, Massimo, *Il genio dello storico. Le considerazioni sulla storia di Marc Bloch e Lucien Febvre e la tradizione metodologica francese*, Edizioni Scientifiche italiane, Napoli-Roma, 1987.
- , *Il manoscritto interrotto di Marc Bloch. Apología della storia o Mestiere di storico*, Istituti Editoriali e Poligrafici Internazionali, Pisa-Roma, 1995. (Existe traducción al español, *El manuscrito interrumpido de Marc Bloch. Apología para la historia o el oficio de historiador*. Traducción de Isidro Rosas Alvarado, Fondo de Cultura Económica, México, 1998.
- , “*Marc Bloch e il Novecento*. Lezioni tenute all’Università di Roma “La Sapienza” Facoltà di Lettere e Filosofia Corso di Laurea in sotoria. Anno Accademico 2003-2004” Disponible en: http://w3.uniroma1.it/dsme/docenti/materiali_didattici/lezioni2003-2003.pdf
- , *Introduzione a Bloch*. Laterza, Roma-Bari, 2001.
- RAULFF, Ulrich, *Marc Bloch. Un historien au XXè siècle*. Préface de André Burguière, Trad. de Olivier Mannoni, Éditions de la Maison des Sciences de l’Homme, París, 2006
- BRITO FIGUEROA, Federico, *La comprensión de la historia en Marc Bloch*. Fondo Editorial Buría Caracas, 1996.
- FINK, Carol, *Marc Bloch. A life in history*, Cambridge University Press, Cambridge 1989. (Traducción al francés, *Une vie au service de l’histoire*, Presses Universitaires de Lyon, Lyon, 1997; al italiano, *Marc Bloch. Biografia di un intellettuale*, La Nuova Italia, Firenze, 1999; y al español, *Marc Bloch. Una vida para la historia*. Universitat de Valencia, 2004)

b) Memorias de Coloquios:

- ATSMA, Harmut y BURGUIÈRE, André, (Comps.) *Marc Bloch, aujourd’hui. Histoire comparée et sciences sociales*, Editions de L’ École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 1990.
- DEYON, Pierre, RICHEZ, Jean-Claude, STRAUSS, Leon, *Marc Bloch, L’historien et la cité*, Preses Universitaires de Strasbourg, Strasbourg, 1997.

c) Prefacios:

- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio “Presentación a la edición en español”, en *Apología para la historia o el Oficio de historiador*, FCE, México, 1ª reimp. 1988, pp. 13-41
- ARNALDI, Girolamo, “Introduzione” en *Apologia della Storia o Mestiere di storico*, Traducción italiana de C. Pishedda, Einauri, Turín, 1969. VII-XXXIII.
- AYMARD, Maurice, “Introducción al libro de Marc Bloch *Souvenirs de Guerre*”, en *Argumentos*, Núm. 26, (Dossier: *Marc Bloch, 1886-1944*), Año 10, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 1997. pp. 27-32.
- BARTHÉLEMY, Dominique, “Postface”, en BLOCH, Marc, *Rois et serfs et autres écrits sur le servage*, Paris, La Boutique de l’histoire, 1996. pp. 311-332.
- DUBY, Georges, “Préface”, en BLOCH, Marc, *Apologie pour l’Histoire ou Métier d’ Historien*, Paris, Armand Colin, 1974
- FINK, Carol, “Introduction”, en BLOCH, Marc, *Memoirs of War, 1914-1915*, Ithaca-Londres, Cornell University Press, 1980.
- GINZBURG, Carlo, “Préface” en BLOCH, Marc, *I Re taumaturghi* Einaudi, Turín, 1973, pp. X-XIX. (Existe traducción al español, GINZBURG, Carlo “Prólogo a la edición italiana de *I Re taumaturghi* de Marc Bloch” en *Argumentos*, núm. 26, (Dossier: *Marc Bloch, 1886-1944*), Año 10, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 1997. pp. 17-26.)

- HOFFMAN, Stanley "Préface", en BLOCH, Marc, *L'étrange défaite*, Gallimard, Colección "Folio-histoire", Paris, 1990, pp. 11-26. (Existe traducción al español, HOFFMAN, Stanley "Prólogo" en BLOCH, Marc, *La extraña derrota. Un testimonio de 1940*, Crítica, Barcelona, 2003. pp. 11-23)
- LE GOFF, Jacques "Préface", en BLOCH, Marc, *Les rois thaumaturges*, Le Grand Livre du Mois, Paris, 2000. pp. I-XXXVIII. (Existe traducción al español, LE GOFF, Jaques, "Prefacio a *Los reyes taumaturgos* de Marc Bloch", en *Relaciones*, núm. 51 El Colegio de Michoacán, México. 1992. pp. 7-53, incluida también en la edición conmemorativa del 75 aniversario)
- LJUBLINSKAJA, .A, D., "Préface à l'édition russe des *Caractères originaux de l'Histoire rurale Française*", en *Annales ESC*, 14e. Année, No. 1, Jan.-Mars 1959, pp. 92-105.
- TOUBERT, Pierre "Préface", en BLOCH, Marc, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, 3ª. Edición, Armand Colin, Paris, 1988. pp. 1-41. (Trad. al español, TOUBERT, Pierre "Prefacio a *Los caracteres originaux de l'histoire rurale française* de Marc Bloch" en *Argumentos*, núm. 26, (*Marc Bloch, 1886-1944*), Año 10, Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco, México, 1997. pp. 59-90.

2. Estudios generales:

- AGUIRRE ROJAS, Carlos Antonio, "Prólogo: El itinerario intelectual de Marc Bloch y el compromiso del intelectual con su propio presente", en BLOCH, Étienne, *Marc Bloch: el historiador en su laboratorio*. *Op. cit.*, pp. 23-24.
- , "Marc Bloch: In memoriam", en *Los Annales y la historiografía francesa. Tradiciones críticas de Marc Bloch a Michel Foucault*, Ediciones Quinto Sol, 1ª reimp. , México, 2005.
- ALTMAN, Georges (Chabot), "Notre "Narbonne" de la Résistance", en *Les Cahiers Politiques*, Mars 1945, pp. 1- 4.
- BOUTRUCHE, Robert, "Marc Bloch vu par ses élèves", pp. 195-207
- BOIS, Guy, "Marxismo y nueva historia", en LE GOFF, Jacques, CHARTIER, Roger y REVEL, Jacques, *Diccionario de la Nouvelle Histoire* Mensajero, Bilbao, 1988. pp. 432-450, y "Marc Bloch, historien d'un système social", en AT SMA, Harmut y BURGUIÈRE, André, (Comps.) *Marc Bloch, aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, *Op. cit.* pp. 165-171
- BRAUDEL, Fernand "Marc Bloch", *International Encyclopaedia of Social Sciences*, t. 1, 1972, pp. 92-95
- , "Marc Bloch à l'honneur", en *Annales ESC*, 14e. Année, No. 1, Janviers-Mars 1959, pp. 91-92.
- BURGUIÈRE, André, "Histoire d'une histoire: la naissance des *Annales*" en *Annales*, No. 6, 34é. Année, Novembre-décembre 1979, p. 1344-1346, pp. 1347-1359.
- , "La notion de "Mentalités" chez Marc Bloch et Lucien Febvre: deux conceptions, deux filiations", en *Revue de Synthèse*, IIIe. No. 111-112, pp. 333- 348.
- , "Marc Bloch" en BURGUIÈRE, André (Directeur) *Dictionnaire des sciences historiques*, Paris, PUF, 1986. pp. 88-91. (Traducción al español: "Marc Bloch" en BURGUIÈRE, André (Director) *Diccionario de ciencias históricas*, Madrid, Akal, 1991. pp. 83-87)
- COLMENARES, Germán, "Ciencia histórica y tiempo presente", en *Ensayos sobre historiografía*, Tm-Edit., Universidad del Valle, Banco de la República, Santafé de Bogotá, Colombia, 1997.
- DAVIES, R.R, "Marc Bloch", en *History* Vol. LII, No. 176, October 1967, pp. 265-282.
- DUMOULIN, Olivier, "Changer l'histoire. Marché universitaire et innovation intellectuelle á l'époque de Marc Bloch", en AT SMA, Harmut. y BURGUIÈRE, André, (Compiladores) *Marc Bloch, aujourd' hui. Histoire comparée et sciences sociales*, Editions de l'École des Hautes Études en Sciences Sociales, Paris, 1990. pp. 87-104.
- Editorial: "*Les Annales. 1929-1979*" en *Annales*, No. 6, 34é. Année, Novembre-décembre 1979, pp. 1344-1346.
- FEBVRE, Lucien, "De l'histoire au martyr. Marc Bloch 1886-1944", en *Annales d'Histoire Sociale*, 8e. année, N.1. 1945, pp. 1-10.
- , "Marc Bloch, Historien", en *Les Cahiers Politiques*, Mars 1945, pp. 5-11.

- , "Marc Bloch: dix ans après", en *Annales ESC*, 9 Année, No. 2, Avril-June 1954, pp. 145-147.
- GARCÍA QUINTELA, Marco V., "Dumézil, Momigliano, Bloch, Between Politics and Historiography", en *Studia Indo-Europea* 2, (2002-2005), 187-205.
- GEREMEK, Bronislav, "Marc Bloch, Historien et résistant", en *Cahiers Marc Bloch. Bulletin de l'Association Marc Bloch*, núm. 1. Éditions La Boutique de l'Histoire, París, 1995, pp. 3 -16.
- GODOY, Cristina y HOURCADE, Eduardo, "Individuos, grupos, estructura social. Una revisión de los antecedentes conceptuales y la elaboración sociológica de Marc Bloch a propósito de la Europa feudal", *Temas Medievales*, No. 6, Buenos Aires, 1996, pp. 279-302
- GOLDMAN, Hal, "Marc Bloch: Israelite de France", en *History Review* Vol. 6, December 1994.
- GOODY, J. "Marc Bloch and Social Anthropology", en *Marc Bloch, aujourd' hui. Op. cit.* pp. 317-322.
- GURIEVICH, Aaron, "Marc Bloch and Historical Anthropology", en AT SMA, Harmut y BURGUIÉRE, André, (Compiladores) *Marc Bloch, aujourd' hui. Op. cit.* pp. 403-406.
- , *A Síntese Histórica e a Escola dos Anais*, Editora Perspectiva, Brasil, 2003, p. 45.
- HARSGOR, Michael, "Total History: The *Annales* School", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 13, No. 1, (January, 1978), pp. 1-13.
- HILTON, Rodney, "*Seigneurie française et manoir anglais, fifty years later*", en AT SMA, Harmut y BURGUIÉRE, André, (Comps.) *Marc Bloch, aujourd' hui. Histoire comparée et sciences sociales, Op. cit.* pp. 173-182;
- , "Feudalismo o *féodalité* y *seigneurie* en Francia y en Inglaterra", en *Conflicto de clases y crisis del feudalismo*, Trad. Enrique Gavilán, Crítica, Barcelona, 1988, pp. 139-154.
- HILL, Alette y HILL Boyd, "Marc Bloch and Comparative History", y SEWELL, William H. y THRUPP, Sylvia, "Comments", en *The American Historical Review*, núm. 4, Vol. 85, (Oct. 1980), pp. 828-846, y 847-853.
- HUNT, Lynn, "French History in the Last Twenty Years: The Rise and Fall of the *Annales* Paradigm", en *Journal of Contemporary History*, Vol. 21, No. 2, Twentieth Anniversary Issue, (April, 1986), pp. 209-224.
- INGERFLOM, Claudio Sergio "Note Critique. *Moscou: Le procès des Annales*"
- Les Directeurs, "Un Livre Posthume de Marc Bloch", en *Annales ESC*, 4^o. Année, No. 3, Juillet-Septembre 1949, pp. 257-258. (información sobre COHR y ED)
- KOSELLECK, Reinhart, "Para una historia de los conceptos: problemas teóricos y prácticos", en *Contrahistorias. La otra mirada de Clío*, núm. 11. Trad. Carlos Alberto Ríos (Dossier: *Discurso crítico y modernidad*) Agosto-febrero, 2008, pp. 75-88.
- LEULLIOT, Paul, "Recent French Writings in the Social and Economic History of Modern France", en *The Economic History Review, New Series*, Vol. 1 No. 1, (1948), pp. 61-72.
- LYON, Bryce, "Marc Bloch: Historian", en *French Historical Studies*, Vol. 15, No.2, (Autumm, 1987), pp. 195-207.
- MANDROU, Robert, "L'Historiographie française des XVI^e et XVII^e siècles: Bilans et Perspectives", en *French Historical Studies*, Vol. 5, No.1, (Spring, 1967), pp. 57-66.
- MASTROGREGORI, Massimo, "La "vita nella storia" dell'opera di Bloch", en *Quaderni Sotirici* 74, a. XXV, No. 2, agosto 1990, pp. 512-510. (reseña del libro de Carole Fink)
- , "El problema histórico de los primeros *Annales* (1929-1945)", en *Iztapalapa*, (Dossier: *Annales historia y presente*), Año 15, Núm. 36. Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, 1995. pp. 9-22.
- , "Saggi et studi. L'Iddea della storia sperimentale". Disponible en: http://w3.uniroma1.it/dsme/docenti/materiali_didattici/idea_storia.pdf
- , "Bloch, Marc" en *Dizionario di Storiografia*. Paravia Bruno Mondadori, Disponible en: <http://www.pbmstoria.it/dizionari/storiografia/lemmi/033.htm>
- , "Los *Annales* en 1941" en *Epitafios*, Año 3, no. 8, enero-febrero 1994, pp. 25-30.
- MENTHON, François de, "A la mémoire de Marc Bloch", en *Les Cahiers Politiques*, Presses Universitaires de France, Mars 1945, p. 1.

- MÜLLER, Bertrand, "Marc Bloch et les années trente: l'historien, l'homme et l'histoire", en *Marc Bloch, l'historien et la cité*, *Op. cit.* pp. 158-182.
- , "Introducción", en *Marc Bloch-Lucien Febvre. Correspondance La naissance des Annales (1928-1933)* edición de Bertrand Müller (director) Fayard, Paris, 1994. Vol. 1. pp. V-XL.
- , *Lucien Febvre, lecteur et critique*, Albin Michel, París, 2003.
- NETTEL, Patricia, "Marc Bloch: un historiador entre la civilización y la barbarie", en: *Aproximaciones a la modernidad. París-Berlín Siglos XIX y XX* Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa, México, 1997. pp. 251-277
- NOIRIEL, Gérard, "En mémoire de Marc Bloch" en *Genèses* 17, sept. 1994, pp. 122-139.
- PERRIN, Charles Edmond, "L'Oeuvre Historique de Marc Bloch", en *Revue Historique*, pp. 72 année, T. CXCIX, Avril-Juin 1948, pp. 161-188.
- PLATAGEAN, Évelyne, "Europe, seigneurie, féodalité. Marc Bloch et les limites orientales d'un espace de comparaison", en AT SMA, Harmut y BURGUIÉRE, André, (Comps.) *Marc Bloch, aujourd'hui. Histoire comparée et sciences sociales*, *Op. cit.* pp. 279-298.
- RAULFF, Ulrich, "República y carisma. Marc Bloch y el prodigio moderno", en *Argumentos*, núm. 26, pp. 33-58, antes citado.
- SEWELL Jr. William H., "Marc Bloch and the logic of comparative history", en *History and Theory*, núm. 2, Vol. 6, 1967, pp. 208-218.
- SCHMITT, Jean-Claude, "Marc Bloch", en LE GOFF, Jacques, REVEL, Jacques, CHARTIER, Roger (Dirs.) *Dictionnaire de la nouvelle histoire*, Retz, Paris, 1978. pp. 45-73. (Existe traducción al español, *La nueva historia*, Mensajero, Bilbao, 1988)
- SIEGEL, Martin, "Henri Berr's *Revue de Synthèse Historique*", en *History and Theory*, Vol. 9, No. 3, (1970), pp. 322-334.
- SPANG, Rebeca, "*Marc Bloch: His Life and Legacy*", Colloquium held at Queen Mary, University of London, 16 June 2004, en *History Workshop Journal*, 59 (2005), pp. 284-286.
- STENGERS, J, "Marc Bloch et l'histoire", *Annales ESC*, 8e. Année, No. 3, Juillet-Septembre 1953, pp. 329-337.
- TOUBERT, Pierre, "Marc Bloch e il dopo: la storia agraria e le "Annales" (1929-1985)" en *Quaderni Sotirici* 74, a. XXV, No. 2, agosto 1990, pp. 487-499.
- V.M. HERUBEL, Jean-Pierre, "The "Annales Movement" and Its Historiography: a Selective Bibliography", en *French Historical Studies*, Vol. 18, No.1, (Spring, 1993), pp. 346-355.
- WEBER, Eugen, "About Marc Bloch", *The American Scholar*, Vol. 51, No. 1, Winter 1981-1982, pp. 73-82.
- WERNER, K. F. "Marc Bloch et la recherche historique allemande", en *Marc Bloch, aujourd'hui. Op. cit.*, pp. 125-133.
- WESSEL, Marleen, "Portrait d' une presence" (reseña del libro de Ulrich Raulff)", en *Cahiers Marc Bloch. Bulletin de l'Association Marc Bloch*, núm. 5. Éditions La Boutique de l'Histoire, Paris, 1997, pp. 51-60.
- ZEMON DAVIES, Natalie "A Modern Hero", *New York Review of Books*, 26 april 1990. pp. 27-29.